

NEOLIBERALISMO
NEODESARROLLISMO
SOCIALISMO

Claudio Katz

NEOLIBERALISMO
NEODESARROLLISMO
SOCIALISMO

**BATALLA DE
IDEAS B**
★

Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo
Claudio Katz



*Se autoriza la reproducción parcial o total,
siempre y cuando sea sin fines de lucro y se cite la fuente*

Diseño de tapa e interior: Agustín Artese y Diego Pérez Roig

Editores responsables: XXXXXX

Batalla de Ideas

Pasaje Dr. Rodolfo Rivarola 175 - C1015AAA - CABA, Argentina
editorialbatalladeideas@gmail.com

ISBN: xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

Printed in Argentina
Impreso en Argentina, XXXX de 201X

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Piva, Adrián
Economía y política en la Argentina kirchnerista. - 1a ed. -
Buenos Aires : Batalla de ideas, 2015.
288 p. : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-33-7439-5

1. Política Argentina. I. Título
CDD 320.82

Fecha de catalogación: XX/XX/201X

Dedicatória...

Índice

PRESENTACIÓN · Por Martín Ogando	11
PRÓLOGO · Por João Pedro Stédile	21
INTRODUCCIÓN	25
I. ESCENARIO LATINOAMERICANO	
1. Economía y clases	33
2. Bloques y gobiernos	47
3. Rebeliones y proyectos	63
II. NEOLIBERALISMO	
4. Ortodoxos y convencionales	79
5. Pensamiento socio-liberal	99
6. Globalistas y cosmopolitas	119
III. NEODESARROLLISMO	
7. Programas económicos	139
8. Argentina y Brasil	159
9. Teoría y política	179
10. Concepciones socialdesarrollistas	199
11. Miradas posdesarrollistas	217
IV. SOCIALISMO	
12. Imaginarios socialistas	237
13. Las batallas de Venezuela	249
14. La sorpresa de Bolivia	265
15. La epopeya de Cuba	281
16. China: un socio para no imitar	299
V. CONTEXTO MUNDIAL	
17. Las economías centrales	313
18. Ascendentes, intermedios y periferia	337
19. Controversias sobre la etapa	361
EPÍLOGO: Desenlaces del ciclo progresista	385
BIBLIOGRAFÍA	409

PRESENTACIÓN

Una reflexión urgente para las tareas actuales

A Hugo Chávez Frías, un hombre que habló a millones sobre el socialismo

El trabajo del editor es siempre un acto de fe, más aún en los tiempos que corren. Es poner a disposición una herramienta, creyendo en la posibilidad de interpelar, de encontrar del otro lado una mirada atenta, una cabeza dispuesta a hacer algo con ella. Qué correlación hay entre deseo y realidad una vez que el libro está en las calles, es algo que no puede saberse de antemano. Una vez que autor y editor la dejan ir, la productividad de una obra es impredecible y se forja en los combates en que cada lector elija ponerla en juego. Cuando la vocación editorial tiene pretensiones de intervención político-cultural, de crítica social y de apuesta militante, las cosas son aún más vertiginosas e inciertas. Hecha a pulmón, esta tarea está teñida del entusiasmo que genera sentirse parte de un movimiento más vasto, que comenzó mucho antes que nosotros y nosotras, y que tendrá destino y necesidad mientras persistan la explotación y la injusticia en el mundo. Dicho así, suena grandilocuente y puede que lo sea. Pero, en todo caso, se trata de una grandilocuencia colectiva, ajena a grandes personalidades o liderazgos mesiánicos. Por el contrario, sus raíces se encuentran en la memoria de millones de héroes anónimos que creyeron y creen que otro mundo es posible. **Batalla de Ideas** se propone ser un pequeñísimo, pero entusiasta aporte en esa epopeya colectiva.

Este libro inaugura la colección *Estudios Latinoamericanos*, reflexiones que deseamos nos permitan acercarnos a la compleja y multiforme realidad de nuestro continente, azotado como pocos por la explotación y la dominación capitalistas, pero, al mismo tiempo, laboratorio

político y social de las más radicales experiencias populares de nuestra época. La obra que presentamos es por demás sintomática del momento político que nos toca vivir. NEOLIBERALISMO, NEODESARROLLISMO, SOCIALISMO reúne una serie de muy valiosos aportes que Claudio Katz nos ofrece para comprender la dinámica de América Latina en la última década.

Atravesada por las crisis económicas, políticas y sociales del cambio de siglo y signada por la emergencia de tres grandes proyectos en disputa, la región se enfrenta hoy al avance de formaciones políticas de derecha. Sin embargo, esta coyuntura demanda ser puesta en perspectiva, evitando tanto el impresionismo sobre una aparente “restauración conservadora”, como la subestimación del carácter excepcionalmente rico en experimentos políticos que nos deja la última década.

La aparición de numerosas producciones políticas y académicas que tematizan los últimos años es condensación del camino que hemos recorrido desde que nos encontrábamos sumidos en la más cruenta ofensiva neoliberal. Es por esto que no naturalizamos estar editando hoy este tipo de obras, que buscan de manera abierta una intervención política desde una perspectiva socialista y emancipatoria.

Hace exactamente cuarenta años, se abría un período de derrotas del cual la clase trabajadora argentina todavía no se ha recuperado, aún a pesar de la rebelión de diciembre de 2001. El 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas —como ariete de la violencia genocida del capital— se abocaban a la tarea de quebrar decisivamente el ascenso de luchas obreras y populares más importante del siglo xx. El exterminio físico del activismo político y social era el escarmiento necesario frente a semejante desafío de los de abajo. Argentina no era un caso aislado: desde mediados de los años setenta, el capital desplegó una ofensiva global contra el trabajo, que adquirió contornos aún más definitorios en las dos décadas siguientes, dando lugar a una etapa de deterioro en las condiciones de vida de las clases subalternas y de retroceso político, social y cultural de las organizaciones populares en general y de las ideas socialistas en particular. Esta etapa defensiva para el movimiento popular —cuyo inicio suele datarse entre la crisis del petróleo, la ruptura de la arquitectura monetario-financiera de la segunda posguerra y el ascenso de los gobiernos de Margaret Thatcher (1979) y Ronald Reagan (1982) en Gran Bretaña y Estados Unidos, respectivamente— supuso un salto en el proceso de mundialización, internacionalización y concentración del capital; un mayor disciplinamiento de las clases trabajadoras; la crisis del llamado “Estado de bienestar”, con su consiguiente pérdida de conquistas sociales y democráticas, que se

condensó en la metamorfosis hacia una nueva forma de Estado; y el aumento de la subordinación y expoliación de los países dependientes. La crisis y posterior desaparición de la Unión Soviética y del llamado “bloque socialista”, con su enorme impacto político y cultural, terminó de coronar el triunfalismo irrefrenable del capital. No sólo había “fracasado el socialismo”, y ya no había alternativas civilizatorias frente al capitalismo, sino que las propias nociones de izquierda y derecha parecían relegadas al museo de la historia. En América Latina, luego de las sangrientas dictaduras militares, gobiernos democráticos terminaron de doblegar la resistencia popular e impusieron dramáticamente los lineamientos del “Consenso de Washington”.

Sin embargo, de las entrañas de esa noche neoliberal emergió la resistencia. Los portavoces del capital, los intelectuales “críticos” y hasta buena parte de la militancia política adoptaron las hipótesis del “fin de la historia”. Aun a pesar de ellos, nuestros pueblos no entendieron razones. Multiplicados en el cerro y en la selva; en la calle y en la ruta; en las escuelas, en los lugares de trabajo, en las villas, en las ciudades; mujeres y hombres mostraron tozudamente que la lucha de clases estaba allí, lejos de cualquier clausura. En estas resistencias al neoliberalismo y en el inicio de su crisis, los trabajadores, indígenas y campesinos empezaron a gestar las condiciones para una etapa de avances populares. En cada uno de nuestros países los ciclos de movilización de masas tuvieron lógicas y temporalidades propias, que van desde el temprano empantanamiento de las recetas neoliberales en la Venezuela del “Caracazo” y el alzamiento zapatista hasta los levantamientos populares de inicios del siglo XXI. Pero poco a poco estos procesos se fueron entrelazando y enriqueciendo, poniendo en movimiento un nuevo clima de época.

Esta “década larga” fue alumbrada por el ascenso de Hugo Chávez al gobierno a fines de los noventa, la rebelión popular del 2001 en Argentina y el ciclo insurreccional boliviano de 2000-2003. La derrota del ALCA en 2005 constituye, sin dudas, el epicentro continental y baluarte máximo de este periodo. En América Latina, la primera década del siglo XXI estuvo signada por la obtención de mayores márgenes de autonomía por parte de los Estados nacionales con respecto a los pensables en los noventa; por el repliegue de las políticas más abiertamente neoliberales, aunque no así por la superación de sus consecuencias estructurales; por la mejoría relativa de las condiciones de vida de los sectores populares; por una recuperación parcial de la organización social y política de los explotados; y por el desarrollo de experiencias estatales que incorporaron demandas populares postergadas. En algu-

nos países, estas experiencias asumieron un curso muy radical, reivindicando transformaciones revolucionarias e incluso, por primera vez en décadas, la perspectiva del socialismo.

Desde hace algunos años, este ciclo de avances populares vive bajo asedio. Algunas de las condiciones que marcaron esta década larga —a sus bloques y proyectos— están mutando y posiblemente generando una nueva etapa política. El cambio de las condiciones económicas internacionales y una clara contraofensiva del imperialismo, se conjugan con diversos grados de agotamiento de las experiencias políticas que marcaron a fuego la década. El reconocimiento de este diagnóstico no supone adherir a la tesis del “fin del ciclo progresista”, últimamente tan propagada.

En primer lugar, porque este *leitmotiv*, ideológicamente tan potente, no expresa sino los deseos de sus propios difusores. Pero fundamentalmente porque, a pesar de las innegables tendencias conservadoras, el destino de los procesos políticos y sociales en curso será definido en los próximos años en el terreno de la lucha de clases, escenario en el cual el resultado no está escrito de antemano y en el que, sobre todo, no nos pensamos como espectadores sino como protagonistas.

Sin derrotismo alguno, es preciso identificar agotamientos y contradicciones fuertes en los procesos políticos que más expectativas generaron en nuestro continente. Brasil presenta el caso paradigmático de aquellos procesos que asumieron un rumbo más moderado. El gobierno de Dilma Rousseff afronta una situación sin salida aparente: su propia subordinación a las recetas de ajuste ortodoxo, le ha enajenado simpatías populares, mientras que la oposición política de derecha y un sector de la burguesía sólo aceptan una claudicación completa o la imposición del *impeachment*. La acusación al propio Lula por el escándalo de corrupción de Petrobras, apenas horas después de anunciar su intención de ser candidato en 2018, parece marcar un nuevo salto en la crisis política.

En Venezuela —el proceso más avanzado—, las dificultades estructurales para superar la ineficiencia estatal, la corrupción y el burocratismo, junto a los años de guerra económica y hostigamiento imperialista, han puesto a la revolución en una situación crítica que preanuncia eventos definitivos en los próximos meses. El desabastecimiento, la inflación y el paramilitarismo ayudaron a construir una grave derrota electoral del chavismo en las últimas elecciones legislativas. Bolivia parecía el proceso más estable y consolidado, pero la derrota en el referéndum que impide una nueva postulación de Evo Morales siembra incertidumbre en el horizonte, en tanto el

movimiento deberá prescindir del líder indígena y campesino en el Palacio Quemado.

Ninguno de estos procesos se encuentra hoy derrotado. Incluso donde se han producido o pueden producirse cambios reaccionarios en el gobierno, no puede subestimarse la respuesta del movimiento popular en las calles y en sus comunidades. Sin embargo, es evidente que una fase se encuentra agotada y que los procesos necesitan reinventarse, revolucionar su curso, y, probablemente, experimentar un nuevo ciclo de lucha de masas para afrontar los desafíos por venir.

La locación concreta de nuestro proyecto editorial y el rutilante triunfo de la alianza Cambiemos demandan algunas palabras sobre Argentina, más aún en una colección que aspira a circular más allá de sus fronteras. En momentos en que este libro entra a imprenta, los sectores populares comienzan a sufrir las primeras medidas del gobierno de Mauricio Macri, fiel expresión de una ofensiva descarnada del capital contra los trabajadores y el pueblo. Al mismo tiempo, presenta una novedad cuyos alcances todavía no podemos conmensurar: Macri no es la expresión de ninguna vertiente o derivación de los partidos históricos que supieron representar al menos la memoria de grandes epopeyas populares. Es un producto nuevo, típico emergente del siglo XXI y de sus crisis de representación, nutrido del debilitamiento de las identidades y lealtades políticas populares históricas.

A la hora de dar definiciones y hacer pronósticos sobre el devenir del gobierno de Cambiemos, debe primar la prudencia. Esto recién empieza, van apenas un par de meses y es necesario evitar la impaciencia y el impresionismo. El futuro cercano será escenario de episodios relevantes —como las paritarias 2016, el manejo del tipo de cambio, el control de la inflación y el mayor o menor éxito en la salida a los mercados financieros internacionales y la búsqueda de nuevas inversiones— que delinearán las características de la nueva situación política. La historia dicta que la trayectoria de ningún gobierno es predecible, sino que su capacidad de construir consenso será constantemente puesta a prueba, desnudando sus debilidades.

Atrás han quedado doce años de gobiernos kirchneristas. El balance de esta experiencia seguirá debatiéndose y será objeto de múltiples polémicas, al igual que los motivos que llevaron a la derrota del Frente para la Victoria (FPV).

Elementos de la coyuntura, así como errores tácticos de la conducción, quizás especialmente agudizados en la campaña, pueden bastar para comentar el resultado estrictamente electoral. Sin embargo, no es este el tipo de balance que reviste más relevancia para la izquierda.

da y el campo popular. Lo más rico, en todo caso, es tratar de extraer algunas conclusiones estratégicas de esta década y de su desenlace. Conclusiones que hacen no sólo a límites, potencialidades, errores y decisiones del kirchnerismo y sus gobiernos, sino también a los del conjunto de las organizaciones populares que confrontaron con la estrategia política del FPV, pero fueron incapaces de generar alternativas de peso.

El kirchnerismo resulta inexplicable sin aquellas convulsivas jornadas de 2001 y el ciclo de movilización precedente. Entre los años 2001 y 2002, el proceso de luchas populares alcanzó su auge y las condiciones para el ejercicio del gobierno se tornaron tan inestables que es posible hablar del desarrollo de una verdadera crisis orgánica, tal como explicaba Antonio Gramsci: una crisis no sólo económica, sino también política y social, del Estado en su conjunto, es decir, del consenso con que cuenta la clase dirigente para seguir conduciendo los destinos de la nación mediante los mecanismos de legitimidad habituales. Por supuesto que se mantuvieron en pie pilares fuertes del Estado, como el Partido Justicialista (PJ) en tanto partido del orden (aunque cuestionado) y el aparato represivo. Sin embargo, lo decisivo para que esa crisis no haya configurado una situación revolucionaria en la Argentina fue el retraso del factor subjetivo organizado, consciente y preparado para articular el momento insurreccional, de impugnación y movilización callejera, con la conformación de una alternativa política popular. La ausencia de esa articulación entre la lucha social defensiva, el momento del levantamiento popular y la emergencia de una alternativa política por fuera del sistema tradicional de partidos es el rasgo que singulariza a la Argentina, diferenciándola de Bolivia y Venezuela.

La forma particular en la cual se había desarrollado la crisis de legitimidad de la “clase política” —en medio de la debacle social y económica, pero luego de un ciclo de repliegue de las representaciones populares históricas— dio un tono genéricamente “antipolítico” a las movilizaciones, expresado en el característico “que se vayan todos”. Esta fue una debilidad suplementaria del proceso, ya que el saludable cuestionamiento a la dirigencia política tradicional apareció confundido con un sentimiento antipolítico general, que limitó la potencialidad de la organización popular, reduciéndola a una dinámica meramente impugnatoria. En esta situación “catastrófica”, ante la incapacidad desde abajo para gestar una resolución progresiva de la crisis, emergió una sutura desde arriba, un proceso de “revolución-restauración”, si se nos permite citar nuevamente a Gramsci.

El kirchnerismo es producto de aquella relación de fuerzas paradójica en la cual las clases subalternas pudieron bloquear una salida deflacionaria a la crisis, pero no poner en pie una alternativa propia. Esta marca de origen ha acompañado a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, dotándolos de una dualidad característica: factor de la recomposición del consenso y del ciclo de acumulación de capital, pero sobre la base de viabilizar la ampliación de derechos y la satisfacción de algunas demandas populares postergadas. Es decir, el kirchnerismo no pretendió una refundación radical del régimen político, sino su relegitimación; no se propuso afectar negativamente la ganancia empresaria, sino aportar a su recomposición; pero sobre la base de las nuevas condiciones que eran necesarias para el ejercicio de la hegemonía. Esas condiciones demandaban incorporar demandas democráticas y distribuir hacia la clase trabajadora parte de la bonanza económica por venir.

Sobre esa base, y en un contexto económico especialmente favorable, el kirchnerismo logró tres mandatos presidenciales consecutivos y, al menos entre 2003 y 2011, consiguió compatibilizar un fuerte crecimiento promedio del PBI y altas tasas de rentabilidad empresaria con una recuperación importante del nivel de empleo y el aumento relativo del poder de compra del salario. Al mismo tiempo, sus gobiernos no estuvieron exentos de fuertes conflictos con grupos y fracciones del capital que, más allá de los vaivenes de su rentabilidad, mantuvieron fuertes dosis de hostilidad. Por otro lado, el kirchnerismo volvió a poner a la orden del día la narrativa nacional y popular. Asimismo, el objetivo de consolidar un “capitalismo nacional con inclusión” y recuperar un modesto entramado industrial para el mercado interno, fue acompañado por un llamado a la militancia que no dejó de producir huellas profundas en la sociedad.

Dada la correlación de fuerzas que se vio obligado a conjurar, el kirchnerismo debió encarnar una gestión progresista del Estado capitalista que, sin embargo, dejó incólume los fundamentos estructurales de la acumulación de capital, la concentración de la riqueza y la dependencia nacional, y que, en consecuencia, no cuestionó los pilares de una institucionalidad política formal-procedimental y limitada. Sobre esta base, tuvo una gran productividad política durante un largo periodo, ayudado por un contexto internacional favorable, usufructuado con una notable audacia táctica.

Cuando el antagonismo entre capital y trabajo, así como las condiciones del mercado mundial, angostaron los márgenes de manobra entre la vieja estructura estatal y las demandas democráticas, la

posibilidad de la derrota política del kirchnerismo tomó cuerpo. Por limitaciones estructurales, de clase, pero también por vocación y opción de proyecto político, el kirchnerismo no privilegió la satisfacción de los reclamos populares en la medida en que ello suponía una confrontación abierta con las clases dominantes en su conjunto. Por supuesto, esto acarrea enormes riesgos. Suponía abrir una dinámica de confrontación en la cual se pusieran en discusión los fundamentos del capitalismo dependiente argentino y de su antidemocrática institucionalidad, abriendo un proceso de movilización popular y un antagonismo social radical e impredecible.

Aun con las incertidumbres que entraña, no hay otro camino si el objetivo es ensanchar el horizonte de posibilidades de un pueblo. Opciones presuntamente más “realistas” conducen, en su zénit, a la gestión “virtuosa” del capitalismo, sinónimo irremediable de explotación, miseria y opresión.

A partir de estas reflexiones, asumimos el punto de vista de Álvaro García Linera: profundizar los procesos o retroceder frente a la derecha, ésta es la encrucijada latinoamericana. Entendemos que esta conclusión general es válida, más allá de que asuma en cada país un contenido distinto. No sostenemos esto desde el punto de vista ingenuo o retóricamente izquierdista, ni suponemos que la radicalización de un proceso garantiza victorias, aleja crisis y previene derrotas. En uno y en otro terreno, derrota y triunfo no están jugados de antemano, sino que se definen en el terreno de la lucha.

El legado de esta década seguramente será mejor valorado con el paso del tiempo, al calor de las luchas por venir. El kirchnerismo deja el poder con una mejoría real en una serie de indicadores objetivos para las clases trabajadoras y populares. El más notable de ellos es una cierta recuperación del salario y, fundamentalmente, una baja tasa de desocupación. También contamos con una serie de derechos democráticos y sociales conquistados, tanto por la lucha incansable de nuestro pueblo como por el sentido de oportunidad y la convicción del gobierno saliente. La experiencia kirchnerista deja, asimismo, una militancia más numerosa, distribuida entre diversas organizaciones políticas, sociales, sindicales y culturales de todo el campo popular.

La dispersión del campo popular, dividido en función de las divergentes orientaciones que se desarrollaron durante el kirchnerismo, opera sobre la fractura más profunda de una clase trabajadora subjetivamente desorganizada tras la ofensiva neoliberal. Después de años de reflujo en la movilización, ambos datos desafían nuestra capacidad para enfrentar articuladamente una nueva embestida del capi-

tal. Dicha dispersión se expresa tanto en la coexistencia de distintas estrategias políticas, cuyas divergencias se agudizaron en la última década, como también en la tendencia latente hacia la desorientación y la desmoralización. En una parte de la militancia organizada, en su mayoría valiosa, estos años han consolidado rasgos estatistas, pragmáticos y verticalistas, como resultado lógico de una experiencia política que se insertó exitosamente en el Estado e implementó desde allí medidas progresivas. Estas orientaciones, que parecen el reverso de las miradas basistas y localistas de la década del noventa, deben ser discutidas y superadas colectivamente en la lucha.

Nuestra hipótesis es que el resultado electoral que llevó a Mauricio Macri a la presidencia no expresa una derrota popular de magnitud. No está claro que la correlación de fuerzas sobre la que se asentó el kirchnerismo —aquella que permitió avances populares durante estos años— haya sufrido una reversión cualitativa. El gobierno de Cambiemos está trabajando desde el primer día para construir esa derrota popular. Esta hipótesis tendrá que afrontar, claro está, la prueba de la lucha de clases, del conflicto real y actuante.

Frente a este escenario, plagado de incertidumbres y desafíos, una obra como la que aquí presentamos constituye un aporte fundamental. La reflexión sobre los límites y potencialidades de los procesos sociales y políticos de la última década constituye hoy una tarea de primer orden. Comprender nuestras realidades para estar en mejores condiciones de transformarlas, esa es la máxima de nuestra acción. Esta es la tarea de la militancia social y política en el periodo que se abre, ya sea para construir las resistencias y hacer fracasar los planes del capital, así como para forjar trabajosamente nuevas perspectivas de liberación junto a nuestros pueblos, recuperando el horizonte del socialismo en el siglo XXI. NEOLIBERALISMO, NEODESARROLLISMO, SOCIALISMO de Claudio Katz, y con ella la íntegra colección de *Estudios Latinoamericanos*, se proponen aportar en esa perspectiva.

Martín Ogando

Buenos Aires, 5 de marzo de 2016

PRÓLOGO

Una visión necesaria sobre la lucha de clases en nuestro continente

En las últimas dos décadas, nuestro continente fue testigo de una dinámica situación de la lucha de clases, alternándose los proyectos, las victorias y derrotas entre la clase trabajadora y los capitalistas, la clase dominante.

Desde el año 1990 hasta el cambio de siglo, hubo una completa hegemonía del proyecto del capital, expresado en las ideas del neoliberalismo, aquel que significaba una subordinación de nuestras economías y nuestros pueblos a los intereses de la acumulación del capital estadounidense y europeo asociado a diversas fracciones del capital autóctono.

Cuando la derrota parecía sentenciada y el portavoz del proyecto neoliberal —el filósofo del Pentágono Francis Fukuyama— anunciaba su victoria final, la resistencia popular emergió. En muchos países se produjeron intensos procesos de lucha: hubo un Caracazo, con miles de muertos aún no contabilizados, hubo luchas en defensa de recursos comunes, por el agua y la energía. Y de aquella resistencia, el pueblo descubrió las debilidades y fragilidades del modelo del capital, eligiendo presidentes anti-neoliberales, comenzando en Venezuela por Hugo Chávez.

El período abierto en el nuevo siglo fue el de los gobiernos progresistas y la aparición de dos nuevas propuestas. Por un lado, el modelo del neodesarrollismo, de corte anti-neoliberal, pero sostenido sobre la alianza de la clase trabajadora con los sectores de la burguesía indus-

trial mercado-internista. Por el otro lado, el surgimiento del proyecto de integración continental, que no sólo reuniese a los gobiernos, sino que, fundamentalmente, uniera a los movimientos populares. El proyecto del ALBA, la integración continental fundada en la alianza popular bolivariana de Nuestra América, que —como dijera su fundador, Hugo Chávez— sería la clave para la construcción del *Socialismo del siglo XXI*.

Los años 2000 fueron, entonces, la década de la disputa entre tres proyectos, cristalizada en cada elección presidencial que se producía en nuestros países. En cada una de ellas, cada uno aparecía representado en una candidatura: los neoliberales pro Estados Unidos, la opción neodesarrollista y los candidatos del ALBA.

La integración regional avanzó también por otros caminos institucionales, especialmente cuando el proyecto del ALBA reveló sus limitaciones para reunir a gobiernos tan heterogéneos. Aparecieron entonces la Unasur y la Celac, espacios construidos para aislar las pretensiones de Estados Unidos y Canadá, que enterraron a la OEA como espacio unitario.

Pasados quince años, surgen nuevos escenarios con victorias y derrotas de cada lado, aunque ninguna de ellas es definitiva: muchos militantes se asustan con las derrotas electorales y muchos de nuestros partidos, sólo electorales en tanto abandonaron la organización popular, paranoicamente pronostican décadas perdidas frente a cada derrota electoral. Olvidan que la lucha de clases es muy dinámica y, esencialmente, cotidiana. Como nos advirtió Antonio Gramsci desde la cárcel, la lucha de clases abarca todos los espacios de la vida y debemos dar la batalla en cada uno de ellos.

En los últimos años, quedaron claros los límites de la hegemonía de los Estados Unidos, cuyo avance sobre nuestras riquezas naturales no significa una alternativa de progreso y solución a los graves problemas sociales de la región. El dominio de las empresas transnacionales sólo pretende sostener sus tasas de ganancia. Definitivamente, ese no es un modelo socialmente aceptable. Más aun cuando el avance sobre los recursos naturales ha implicado el agravamiento de las consecuencias sobre el medio ambiente, causando numerosos desastres a lo largo y ancho del continente.

El modelo neodesarrollista también ha mostrado su agotamiento, especialmente a partir de la oposición de los sectores burgueses que alguna vez lo apoyaron. A la par de la crisis económica internacional, las economías locales dejaron de crecer, volviendo imposible que la distribución de la torta no redunde en la pérdida de alguna de las partes. Los burgueses no quieren perder nada.

El proyecto del ALBA reveló sus limitaciones, especialmente a partir de la nueva crisis de los precios del petróleo y las concomitantes dificultades económicas de los países que lo lideraban.

Respecto de los movimientos populares, todavía no salimos del largo período histórico de reflujo del movimiento de masas, aunque quizás con la honrosa excepción del pueblo boliviano. De todos modos, todavía no hemos logrado generar, en ninguno de nuestros países, un acumulado de fuerzas suficientes como para lanzar un nuevo período de ascenso del movimiento de masas. Y las masas son las únicas que pueden torcer la correlación de fuerzas, en la lucha de clases local y continental. Como se ve, aunque más compleja y dificultosa, la lucha de clases se desenvuelve cada vez más a nivel continental e internacional.

Por todo aquello, la contribución teórica y las reflexiones que el lector encontrará en este libro de Claudio Katz son fundamentales para profundizar el debate, para conocer la realidad en su complejidad y para comprender el acontecer de nuestro continente. Nos encontramos con un libro más que necesario, imprescindible para que cada militante estudie y debata con sus compañeros. Este libro es un instrumento que refleja una visión que compartimos los movimientos populares que luchamos por el socialismo, cuyo camino es el modelo de integración popular del ALBA.

Buen estudio para todas y todos.

João Pedro Stédile,
desde las tierras tomadas por el MST

INTRODUCCIÓN

Durante la última década, se registró un intenso intercambio de ideas en América Latina. Los temas que siempre apasionaron a los pensadores de la región recuperaron centralidad. Se discutió sobre el subdesarrollo, la integración, la primacía de exportaciones agro-mineras, la intervención estadounidense y las resistencias sociales.

Estas reflexiones se desarrollaron en un marco de mundialización, crisis financiera y ascenso de nuevas potencias que condicionaron todas las opiniones en juego.

El telón de fondo de estos debates fue el impacto de las rebeliones populares, que en varios países frenaron la ofensiva neoliberal. Estos alzamientos modificaron el cuadro político y permitieron la obtención de importantes conquistas democráticas y sociales.

Los avances no fueron generalizados, pero influyeron sobre el conjunto de la región e impulsaron la renovación del pensamiento de izquierda. Este libro analiza las nuevas ideas que aparecieron durante este período y evalúa las polémicas que suscitaron, en función de los intereses sociales y los proyectos políticos en disputa.

El texto prioriza el estudio de tres corrientes teóricas: el neoliberalismo, el neodesarrollismo y el socialismo. Revisa los planteos de cada escuela, señalando las actualizaciones, continua-

des y rupturas de cada enfoque con sus precedentes. Pero el libro no ofrece sólo un retrato de los cambios registrados en el paisaje intelectual. Toma posición frente a las controversias en curso y aporta argumentos a favor de la perspectiva socialista.

El trabajo se divide en cinco partes. En la primera se estudia la situación latinoamericana, abordando los principales interrogantes económico-sociales de la última década: ¿cuáles son las consecuencias de la reinserción internacional de la región como exportadora de productos básicos? ¿Cómo se alteró el perfil social de las clases dominantes y la configuración de los segmentos oprimidos?

Estas transformaciones son analizadas en el variado escenario de gobiernos derechistas, centroizquierdistas y radicales que ha predominado en la región. La referencia de este estudio son los tres bloques regionales forjados en torno a la Alianza del Pacífico, el Mercosur y el ALBA. ¿Cómo han incidido las luchas populares sobre este tablero geopolítico? ¿Cuáles son las diferencias con realidades comparables de Europa o el mundo árabe? ¿Qué tipo de relaciones sociales de fuerza se han consolidado en América Latina?

En la segunda parte del libro comienza el análisis de las corrientes de pensamiento. Se estudia al neoliberalismo a partir de varias definiciones de esta ideología y se evalúan sus etapas en la región, comparando con vertientes análogas de los países centrales. También se indagan parentescos y diferencias con el liberalismo latinoamericano clásico.

La caracterización de la vertiente social-liberal ocupa un lugar destacado de esta sección. Se toma en cuenta la evolución de los autores que abandonaron previamente el progresismo, objetando las experiencias nacionalistas y adoptando las banderas del cosmopolitismo.

El tercer tema del trabajo es el neodesarrollismo. Se define el significado de un término que ha suscitado numerosas discusiones, estableciendo un contrapunto con el desarrollismo clásico. En otro capítulo se evalúa la estrategia económica de esta corriente considerando sus resultados en Argentina y Brasil.

También se indaga la temática general de esa escuela: ¿puede América Latina copiar el modelo asiático de industrialización? ¿Se reduce la brecha tecnológica con políticas estatales? ¿El desarrollo debe ser timoneado por las elites o por las empresas? ¿El impulso nacionalista ha perdido peso frente a las prioridades regionales?

En otro capítulo se estudia la variante socialdesarrollista, buscando esclarecer la especificidad del capitalismo redistributivo y la viabilidad del capitalismo de Estado. Aquí se discuten las propuestas de reemplazo del empresariado por el funcionariado y las convocatorias a contraponer el desarrollismo democrático popular con su equivalente conservador.

Esta sección concluye con un análisis del posdesarrollismo, que ha ganado influencia regional en las batallas contra el extractivismo. Se debate el cuestionamiento de la noción de desarrollo y las lecturas críticas de la modernidad que resaltan la centralidad del discurso. ¿Es conveniente caracterizar a los gobiernos latinoamericanos desde un ángulo primordialmente ambientalista? ¿Cuál es el alcance efectivo de las iniciativas localistas? ¿Es incompatible el desarrollo con el “buen vivir”?

En la cuarta sección se plantea una revisión general del socialismo como proyecto histórico e imaginario latinoamericano. ¿Cómo convergen los ideales de igualdad social con las metas de unidad regional? ¿Dónde se cruza el rechazo al capitalismo con la batalla por la Segunda Independencia?

Estos problemas son abordados considerando cuatro actualizaciones de este proyecto: como horizonte del siglo XXI, especificidad comunitaria, renovación económica y programa latinoamericano. Se busca clarificar si estos enfoques introducen teorías generales o respuestas acotadas a coyunturas nacionales y regionales.

El caso de Venezuela es estudiado como un gran laboratorio de transformaciones actuales. Se observa el curso seguido por un modelo económico socialdesarrollista, un gobierno nacionalista radical y una propuesta de socialismo para la nueva centuria. ¿Cuáles son las disyuntivas del país frente a la escala desestabilizadora que sucedió al fallecimiento de Chávez? ¿Qué significa radicalizar o congelar un proceso, a la luz de lo ocurrido en el pasado en Chile y Nicaragua?

El capítulo sobre Bolivia resalta la sorpresa que ha generado un esquema semejante a Venezuela con resultados diferentes. Se analizan las causas políticas y económicas de esta disparidad y las desconcertadas reacciones de la derecha. También se evalúa el programa del socialismo comunitario frente al resurgimiento de la problemática indígena. ¿Cuál es la factibilidad de esa propuesta en una era de capitalismo mundializado?

En el estudio sobre Cuba se remarca el impacto inicial de un ideario revolucionario que conmovió al continente. También se

resalta la enorme influencia que tuvo sobre el nuevo escenario latinoamericano la resistencia antiimperialista de ese país. El capítulo prioriza la caracterización de las reformas económicas actuales en la isla. Evalúa las causas y alcances de esa transformación y su grado de compatibilidad con un proyecto socialista. ¿En qué medida renueva o amenaza la meta igualitaria? Este interrogante es respondido analizando las iniciativas cooperativas, la expansión mercantil y la remodelación estatal en curso.

El caso cubano es también considerado en función de la experiencia china. Aquí se intenta dilucidar si la nueva potencia se expande ampliando el socialismo de mercado o reforzando la restauración capitalista. China es vital para las alianzas que necesita América Latina frente al imperialismo estadounidense. Pero ¿es un socio a imitar?

El libro concluye con un análisis del marco internacional creado por la crisis financiera en el 2008. ¿Cuáles fueron las secuelas de ese temblor? ¿A qué obedece el estancamiento de las economías centrales? Se indagan especialmente las diferencias entre Estados Unidos, Europa y Japón, considerando el lugar geopolítico y militar de cada potencia.

También se describe la irrupción de los países emergentes, distinguiendo a China del resto y considerando el alcance de la nueva brecha creada entre economías intermedias y periféricas. Esta caracterización permite abordar los temas nodales de la etapa actual —neoliberalismo, globalización, multipolaridad— y evaluar cuáles son los principales desequilibrios del capitalismo contemporáneo.

Los distintos capítulos del libro maduraron en controversias con adversarios e intercambios con compañeros. Estoy en deuda con todos los participantes de esos encuentros y agradezco especialmente los comentarios de cuatro lectores previos de este trabajo: Julio Fabris, Jorge Marchini, Leandro Morgenfeld y Adrián Piva. El libro habrá cumplido su objetivo si despierta inquietudes, clarifica problemas o resuelve interrogantes.

El texto fue escrito para contribuir a la batalla de ideas que se libra en toda la región contra los defensores del orden conservador. Por eso realza la utilidad del debate teórico, impugnando los mensajes pragmático-conformistas que difunden los voceros del fin de las ideologías.

La despolitización y el mito de la gestión aséptica de los asuntos públicos son creencias promovidas por las clases dominantes para

perpetuar su hegemonía. Renovar la disputa de ideas es el mejor antídoto contra esa tendencia. Permite reavivar el pensamiento crítico y contribuye a imaginar el proyecto de emancipación que necesitan las mayorías populares.

I

ESCENARIO LATINOAMERICANO

1. Economía y clases

¿En la última década América Latina ganó autonomía o reforzó su condición dependiente? ¿Amplió o redujo su margen de soberanía? ¿Afronta la crisis económica global con más protección o más desamparo?

La evolución de Sudamérica brinda muchos argumentos para las tesis de la autonomía y el curso de Centroamérica para el diagnóstico de la dependencia. La misma contraposición se verifica si se generaliza el sendero que transita Venezuela o México. Los nuevos márgenes de independencia de la región cobran relevancia cuando se pone el acento en la dimensión geopolítica, mientras que la reinserción periférica salta a la vista cuando se prioriza la evaluación económica.

Algunos enfoques remarcan la vigencia de una nueva etapa signada por la política exterior independiente, la multiplicación de gobiernos progresistas y el retroceso de la derecha. Otros resaltan el reforzamiento uniforme de modelos centrados en la exportación de bienes primarios.

¿Cuál es la caracterización acertada? La respuesta exige evaluar las grandes transformaciones económicas, sociales y políticas registradas en la región durante las últimas dos décadas.

Agroexportación y minería

La reestructuración neoliberal en América Latina afianzó desde los años ochenta un patrón de especialización exportadora que recrea la

inserción internacional de la región como proveedora de productos básicos.

Esta renovada gravitación de las *commodities* ha implicado una profunda transformación en el agro, basada en la promoción de cultivos de exportación en desmedro del abastecimiento local. En todos los países se reforzó un empresariado que maneja los negocios rurales con criterios capitalistas de acumulación intensiva. La vieja oligarquía encabezó esta reconversión, en estrecha asociación con las grandes compañías del *agrobusiness*.

Los pequeños productores soportan encarecimiento de los insumos, mayor presión competitiva y creciente transferencia de riesgos, a través de contratos amoldados a las reglas de la exportación. Deben adaptar su actividad a nuevas exigencias de refrigeración, transporte e insumos agroquímicos, para generar productos amoldados al marketing global. Frecuentemente se endeudan, venden la tierra y terminan engrosando la masa de excluidos que emigra a las ciudades.

Esta presión por elevar los rendimientos socava las reminiscencias de la agricultura no capitalista y diluye las viejas discusiones sobre la articulación de distintos modos de producción en este sector. Bajo la disciplina que impone la demanda externa se reducen las fronteras entre el sector primario y secundario y se amplía la gravitación del trabajo asalariado con modalidades tayloristas.

La soja es un típico ejemplo de este nuevo esquema agrícola. Se ha difundido en Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, destruyendo otros cultivos, mediante un modelo transgénico de siembra directa y dependencia de Monsanto como proveedor de semillas. Como requiere poca fuerza laboral para producir aceite o alimentos de animales, genera un sólo empleo cada 100-500 hectáreas (Katz, 2008b).

Pero la misma mutación se verifica en otras regiones y productos. Las frutas y vinos de Chile se elaboran con nuevos parámetros de venta externa, que incrementan la concentración rural y multiplican la subcontratación de trabajadores temporarios. Las flores en Ecuador y Colombia se cultivan con técnicas intensivas de irrigación y elevada explotación de la mano de obra femenina, desplazando la producción alimenticia tradicional. Los nuevos vegetales de invierno en las plantaciones de Centroamérica se exportan a costa de la producción tradicional y ya han generando un dramático incremento de la importación de alimentos básicos (Robinson, 2008).

Esta misma especialización en exportaciones primarias se verifica en la minería con la nueva modalidad de explotaciones a cielo abierto. Para extraer mineral se dinamitan montañas y las rocas son disueltas

por medio de compuestos químicos. Como estas técnicas reemplazan al viejo socavón y necesitan mayor inversión, se ha potenciado la presencia de compañías extranjeras que obtienen cuantiosas ganancias tributando bajos gravámenes. Las empresas de Canadá —mixturadas con australianos, belgas, suecos y estadounidenses— controlan la mayor parte de esos emprendimientos.

Chile es un paraíso de esta actividad. El cobre ya no es extraído sólo por la estatal Codelco. También participan otras compañías que pagan bajos impuestos (7,8%) y obtienen elevadísimas rentabilidades (50%). Lo mismo ocurre en Perú, que desarrolló un proyecto de alcance extractivo gigantesco en la región de Conga (Gudynas, 2012a; Hernández Navarro, 2013).

Esta minería utiliza enormes volúmenes de agua que afectan a los emprendimientos agrícolas y amplían la contaminación. Se refuerzan así las calamidades ambientales que soporta la región, ante la desaparición de los glaciares andinos, la sabanización de la cuenca amazónica y las inundaciones costeras. El extractivismo exportador acentúa todos los efectos del cambio climático (CEPAL, 2010).

Retroceso industrial

El declive industrial es la otra cara del auge agro-minero. El peso del sector secundario en el PBI latinoamericano descendió del 12,7% (1970-1974) al 6,4% (2002-2006) y la brecha con la industria asiática se ha ensanchado en producción, productividad, tecnología, registro de patentes y gastos en Inversión y Desarrollo (Rodríguez, 2012).

Este retroceso es frecuentemente identificado con la “reprimarización” de la economía latinoamericana. Pero la industria no desaparece y más acertado es señalar su readaptación a un nuevo ciclo reproductivo dependiente. El repliegue es muy evidente en Brasil y Argentina, las dos economías más representativas de la industrialización de posguerra.

En el primer país la productividad decrece, los costos aumentan y el déficit industrial externo se expande, en un marco de inversiones estancadas e infraestructuras de energía y transporte muy deterioradas. Algunos analistas estiman que el aparato industrial brasileño ha quedado reducido a la mitad de la dimensión que alcanzó en los años ochenta (Palma, 2012b).

La misma regresión se verifica en la industria argentina, a pesar de la recuperación registrada en la última década. Este sector ocupa un lugar menor que en los años ochenta (del 23% al 17% del PBI) y se en-

cuentra altamente concentrado en cinco sectores, con predominio extranjero, importaciones crecientes y baja integración de componentes nacionales (Katz, 2010).

En México, la industria tradicional —erigida durante la sustitución de importaciones para abastecer al mercado local— ha sido reemplazada por el auge de las maquilas, en las zonas francas. Este tipo de fábricas jerarquizan la exportación y operan a través de redes adaptadas a las normas de la acumulación flexible. Comenzaron con la indumentaria y la electrónica, se expandieron a la rama automotriz y ya representan el 20% del PBI mexicano. En la frontera con Estados Unidos se ubica la localización emblemática de este modelo. Las 50 plantas iniciales (1965) se multiplicaron a 3 mil fábricas mellizas (2004), asentadas a ambos lados de la zona limítrofe (Robinson, 2008).

Al desenvolverse como ensambladoras con reducida calificación laboral, estas fábricas contienen muchos rasgos de la especialización básica que afecta a toda la economía latinoamericana. Su principal insumo es la baratura de la fuerza de trabajo.

Las empresas lucran con el reclutamiento de trabajadores provenientes de las zonas rurales y criminalizan la sindicalización. Mientras que la productividad se asemeja a los niveles vigentes en las casas matrices, los salarios son varias veces inferiores a la media estadounidense y se ubican por debajo del sector agremiado mexicano.

Este cimiento del modelo en la explotación laboral es más visible en la nueva generación de empresas localizadas en República Dominicana, Guatemala u Honduras. Allí contratan jóvenes sometidos a una disciplina agobiante. La presión por aumentar la productividad es permanentemente recreada por la competencia asiática.

Remesas y turismo

El modelo de especialización en exportaciones básicas crea poco empleo, acentúa la emigración y ha generado en los pequeños países de la región un nuevo tipo de dependencia en torno a las remesas.

América Latina es la mayor receptora de estos fondos, que constituyen el principal ingreso de República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica y Nicaragua. Estas transferencias son la segunda fuente de divisas para Belice, Bolivia, Colombia, Ecuador, Paraguay y Surinam. Han sustituido la primacía del café en El Salvador y de las bananas en Honduras¹.

¹ Las remesas han generado un lucrativo negocio para las agencias de intermediación (Western Union, Thomas Cook, MoneyGram). Aquí la región acompaña una tendencia

Con las remesas se estabiliza una inédita situación dual de ingresos producidos en un país y consumidos en otro. La fuerza de trabajo remunerada en un punto solventa la reproducción de sus semejantes de otra zona. La comunicación global y el abaratamiento del transporte han creado un espacio multinacional estable de personas que viven al mismo tiempo en dos mundos, puesto que la conexión del inmigrante con su localidad de origen se mantiene, forjando un doble patrón de vida en ciertas comunidades (Anderson, 1994).

Este proceso potencia la fractura entre países que exportan población sobrante y economías que absorben selectivamente ese flujo. Los movimientos son multidireccionales, pero las regiones abandonadas y los destinos ambicionados son siempre los mismos, como lo prueban los 30 millones de latinos actualmente afincados en Estados Unidos.

También el turismo se ha tornado esencial para la supervivencia de los pequeños países de la región. Este servicio ya desplazó a las bananas como principal exportación de Costa Rica y es la segunda actividad de Honduras, Guatemala y el Caribe. A partir de la estandarización de las prestaciones, América Latina se ha tornado atractiva por su disponibilidad de fuerza de trabajo barata, sus ambientes naturales propicios y su valorado patrimonio cultural.

El capitalismo neoliberal reemplazó las viejas reglas del turismo social por criterios individualistas, que naturalizan la división entre ricos (con derecho a descansar) y pobres (con obligación de servir). Los medios de comunicación realzan la atracción de lo exótico, homogenizan la cultura y han convertido al Tercer Mundo en una “periferia del placer”.

La clase media accede a estas nuevas experiencias internalizando los mitos del librecomercio, sin registrar la creciente desigualdad que rodea a este negocio. Al reavivar el racismo y el elitismo, el turismo global tiene un impacto ideológico muy significativo.

Persistencia del modelo

La mundialización neoliberal ha reconvertido a Latinoamérica en una economía con alta centralidad de la agroexportación, la minería y los servicios, a costa del desarrollo industrial. Pero lo más llamativo es la continuidad de tendencias en el reciente período de crisis global.

mundial, puesto que las transferencias a los países en desarrollo pasaron de us\$ 332 mil millones (2010) a us\$ 372 mil (2011) y se esperaban us\$ 399 mil (2013) y us\$ 467 mil (2014) (Wall Street Journal, 2012).

Esta persistencia obedece al efecto intermedio del temblor financiero mundial sobre la región. Tanto en el período previo a la crisis (2003-2008) como en la fase posterior (2008-2013), la tasa de crecimiento latinoamericana se ha ubicado por encima de la media internacional. Ese promedio ha declinado en los últimos años sin tornarse irrisorio. Rondaría el 3,2% en el 2013 frente al 3% del año anterior (Ugarteche, 2013; Rubinzal, 2013).

En comparación a los devastadores colapsos sufridos entre 1980 y 2003, la crisis tuvo hasta ahora un efecto limitado sobre América Latina. No se produjeron quiebras de bancos, ni explosiones de la deuda externa. Esta neutralización fue más significativa en el sur que en el centro de la región, pero distingue a la región de la fuerte recesión registrada en los países centrales.

El contraste con la depresión de la década de 1930 es ilustrativo. Durante ese colapso las exportaciones de América Latina declinaron un 65% y las importaciones un 37%, mientras que el grueso de los países sufrió un desmoronamiento financiero que los obligó a suspender el pago de la deuda externa. Esa caída se revirtió con el encarecimiento de las exportaciones y la acumulación de reservas que acompañó a la Segunda Guerra Mundial (Guerra Vilaboy, 2006).

La continuidad del patrón de especialización exportadora ha sido también facilitada por el alto nivel de precios que mantienen las *commodities*. Estas cotizaciones cayeron en el 2008, pero se recuperaron rápidamente. La mejora de los términos de intercambio ha subsistido, con la triplicación de los precios de las materias primas registrada en la última década. El petróleo duplicó su cotización, el cobre se quintuplicó y la soja subió dos veces y media. Esta apreciación incentivó a su vez un incremento del 55% del volumen exportado (Arriazu, 2013).

Existen interpretaciones divergentes sobre las causas de este repunte de las materias primas. Algunas explicaciones remarcan la incidencia de los movimientos especulativo-financieros, otras caracterizaciones destacan la expansión de los agrocombustibles y un tercer enfoque considera que la demanda china ha establecido un nuevo piso de cotizaciones. Pero cualquiera sea su duración, este proceso ha incentivado la profundización de las transformaciones neoliberales precedentes.

Finalmente, la afluencia de inversiones extranjeras ha operado como determinante de la continuidad de tendencias. Esos ingresos totalizaron us\$ 173 mil millones en el 2012, superando en un 6% los porcentuales del año anterior y duplicando los montos de principio de la década. Los capitales ingresados y la valorización de las exportaciones

facilitaron el incremento de las reservas y una reducción del ratio del endeudamiento (Naim, 2013).

El retrato de las últimas décadas y de la crisis reciente corrobora el diagnóstico que resalta la centralidad de las *commodities* en las economías latinoamericanas. Por esta gravitación la región luce menos vulnerable en la coyuntura (balance de pagos, reservas, deuda), pero ha incrementado su fragilidad estructural.

Los cambios por arriba

La consolidación de la región como exportadora de productos básicos ha impactado también sobre el perfil de las clases dominantes, reforzando la conversión de la vieja burguesía nacional en burguesía local. El primer molde correspondía a los industriales que fabricaban para el mercado interno, con protección aduanera y subsidios que privilegiaban la expansión de la demanda. El segundo perfil es propio de un sector que ya no restringe su actividad a la manufactura, ni pregona desarrollos autocentrados. Promueve más la exportación que el mercado interno y prefiere la reducción de costos a la ampliación del consumo.

Esta transformación acentuó el enriquecimiento de una elite de millonarios. Algunos apellidos emblemáticos de este ascenso son Slim (México), Cisneros (Venezuela), Noboa (Ecuador), Santo Domingo (Colombia), Andrónico Lucski (Chile), Bulgheroni y Rocca (Argentina), Lemann, Safra y Moraer (Brasil). Sus fortunas se remontan al pasado, pero registraron un gran incremento con los negocios de exportación de las últimas décadas.

En su conjunto los capitalistas latinoamericanos constituyen un sector minoritario de la población. Existe un enorme divorcio entre su poder y el número de sus integrantes. Los propietarios y receptores de utilidades de las empresas no superan el 1% o 2% de la población económica activa. Este porcentaje se incrementa al 10%, si se incluye a los ejecutivos y profesionales que administran y controlan la fuerza de trabajo o ejercen algún rol estratégico en las compañías. A través de esas funciones participan en la confiscación del trabajo ajeno (Portes, 2004)

La reconversión de las últimas décadas aumentó la concentración e internacionalización de los principales grupos capitalistas, que se afianzaron como conglomerados regionalizados. Surgieron las nuevas empresas Multilatinas, a partir de familias adineradas que expandieron sus compañías, con gerenciamiento global y prioridades regionales. Los conglomerados de Brasil y México encabezan esta tendencia, secundados por Argentina y Chile.

La tradicional diversidad entre fracciones agro-mineras, industriales y bancarias no ha desaparecido, pero el entrelazamiento aumentó como consecuencia de la gran presión competitiva que introdujo la mundialización neoliberal. Esa rivalidad modificó la composición de las principales 500 empresas latinoamericanas. Entre 1991 y 2001 decayó la participación de empresas estatales (del 20% al 9%) y se incrementó el peso de las extranjeras (del 27% al 39%) (Santiso, 2008).

Los grupos locales reorganizaron su actividad con mayor financiación externa y capitalización bursátil. Este ingreso a los mercados de valores coincidió con el incremento de acciones circulantes en los denominados “países en desarrollo” (de us\$ 80 mil millones en 1981 a us\$ 5 billones en el 2005). Por esa vía aumentó la penetración del capital internacional en la estructura propietaria de las empresas latinoamericanas (Santiso, 2008).

Las compañías actuales son más poderosas, pero la clase capitalista de la región no remontó su papel global secundario y perdió posiciones frente a los nuevos competidores de Oriente. Ese resultado ha sido congruente con su especialización en ramas básicas y su distanciamiento de las actividades más elaboradas. Por esa razón la brecha industrial con el Sudeste Asiático se transformó en una fractura irreductible.

La burguesía local ha estrechado vínculos con el capital extranjero, pero no desaparece como un segmento diferenciado. Mantiene pretensiones de acumulación propia que desbordan el marco nacional y se proyectan al escenario regional. Se han forjado burguesías más asociadas con empresas foráneas, afianzando un proceso que comenzó en los años sesenta en Brasil, continuó en los ochenta en Argentina y se consolidó en los noventa en México. Este sector dejó atrás su debut industrial y se extendió a la agro-minería y los servicios².

La reciente incorporación de México, Brasil y Argentina al G 20 marca otro salto en la relación de las burguesías actuales con el capital extranjero. Pero entre ambos sectores existe una relación de cooperación antagónica, que combina el estrechamiento de las conexiones con el mantenimiento de las diferencias entre el socio mayor del norte y el empresariado menor del Sur³.

Aunque los negocios con el capital foráneo se han multiplicado, el país de origen persiste como base de operaciones, fuente privilegiada

² El giro implicó mayor subordinación de la burguesía nacional al capital extranjero y consiguiente renuncia a implementar transformaciones progresistas, en el balance que planteó Dos Santos (1998).

³ Esta caracterización fue anticipada por Marini (1985).

de las ganancias y centro de las decisiones de las burguesías locales. La internacionalización de los créditos, los mercados, y la propiedad accionaria, no anula el carácter localmente territorializado de los principales grupos capitalistas.

Clasificaciones erróneas

Las burguesías locales y asociadas que encabezan la especialización exportadora compartiendo beneficios con las empresas foráneas, no conforman una “nueva oligarquía”. Los rasgos precapitalistas que caracterizaban a ese sector se extinguen, junto al avance de los procesos de capitalización. Las viejas elites latinoamericanas —que recurrían a modalidades arcaicas de explotación y dominación para usufructuar de sus propiedades agro-mineras— pierden peso.

Algunos enfoques subrayan el carácter transnacionalizado de los grupos dominantes que optaron por globalizar sus negocios⁴. Pero aquí se confunde la asociación con la fusión, olvidando que la internacionalización en curso se desenvuelve a partir de clases y Estados existentes. La mundialización neoliberal no anula esas estructuras, ni tampoco elimina el entrelazamiento prioritario entre los capitalistas del mismo origen nacional.

La transnacionalización plena se encuentra por el momento limitada a sectores cosmopolitas gerenciales o fracciones de la alta burocracia de los organismos mundializados. La propiedad de las empresas se mantiene, en cambio, enraizada en zonas geográficas diferenciadas y los Estados nacionales persisten como el único instrumento con cierta legitimidad para disciplinar a los trabajadores.

Las burguesías locales latinoamericanas no son satélites manipuladas por las metrópolis. Actúan como clases capitalistas que combinan el usufructo de la renta agro-minera con la plusvalía extraída a los trabajadores. Se comportan como clases dominantes y no como capas parasitarias, compradoras o tributarias del capital foráneo. Su incapacidad para desarrollar la región no implica desinterés por ese objetivo.

La economía latinoamericana está regida por patrones de competencia, inversión y explotación. Como esas normas difieren significativamente del pillaje es una simplificación utilizar el mote de “lumpenburguesía” para retratar a la burguesía⁵.

Esa denominación sólo corresponde a sectores que acumulan capital en los márgenes del circuito legal. El narcotráfico, por ejemplo, obtie-

⁴ Es la visión de Robinson (2008).

⁵ Los orígenes de este error en Frank (1979).

ne fortunas en la criminalidad y blanquea parcialmente esos ingresos en actividades financieras o productivas. Pero conforma un segmento marginal y no integrado al club estable de los dominadores.

También es erróneo generalizar situaciones propias de los pequeños enclaves. América Latina constituye una unidad analítica, pero las caracterizaciones referidas a Honduras o Panamá no valen para Brasil. Sólo en los primeros casos prevalecen “burguesías neocoloniales” teledirigidas por Washington.

El giro hacia las *commodities* torna más nítido el perfil de los opresores latinoamericanos. Son capitalistas que explotan económicamente a los asalariados, burgueses que someten políticamente a los trabajadores y dominadores que subordinan ideológicamente a los dominados. Desenvuelven las mismas funciones que sus pares de otros puntos del planeta.

Pero cargan también con la débil autoridad de un sector que no lideró luchas nacionales, no cooptó personal significativo a su dominación y no facilitó la movilidad de las clases medias. También estas flaquezas se han potenciado bajo el nuevo patrón de acumulación de especialización exportadora.

Los cambios por abajo

Las transformaciones de la estructura social latinoamericana han alterado también la configuración de las clases dominadas. Como un eje de este cambio se localiza en el agro se verifica una pérdida de cohesión del viejo campesinado, afectado por el creciente éxodo hacia los centros urbanos. Por esta razón las tensiones en el agro presentan otro cariz.

El viejo latifundio que recreaba la miseria campesina obstruyendo la gestación de una burguesía agraria, decae frente a las empresas capitalistas que despojan al agricultor de sus tierras, contratan asalariados precarios y fuerzan el tránsito hacia las ciudades.

Este desplazamiento engrosa la masa de excluidos urbanos con poco trabajo e ínfimos ingresos, en un marco de pocas salidas laborales para la población excedente de América Latina. Por eso la informalidad se afirma como norma, tanto en la recesión como en la prosperidad de las economías extractivistas.

La emigración —que fue la válvula de escape para los desequilibrios de la acumulación europea en varios momentos del siglo XIX y XX— sólo aporta pequeños desahogos en la actualidad. Los jóvenes de la región no encuentran empleo en sus países ni el exterior. Tienen simultáneamente vedado el arraigo y la emigración.

Una consecuencia directa de esta exclusión es el incremento exponencial de la criminalidad. La narco-economía se ha convertido en un refugio de supervivencia para los sectores empujados a la marginalidad. En la región se registra la tasa de homicidios más alta del mundo. La delincuencia crece junto a la fractura social y la obscena promoción de los consumos y placeres que disfrutaban los enriquecidos.

Como el modelo extractivo crea empleos de baja calidad, la precarización laboral supera en América Latina los promedios de los países centrales. Esa informalidad ya no se recrea en los circuitos agrarios precapitalistas, ni en la reproducción familiar de la fuerza de trabajo. Se extiende junto a la penetración del capitalismo en todas las esferas de la vida social. Algunas investigaciones estiman que el sector precarizado reúne al 46% de los trabajadores latinoamericanos (Portes, 2004).

Otro dato clave es la extensión de la pobreza, que en América Latina desborda al sector informal. Afecta también a un amplio segmento de los trabajadores estables. A diferencia del grueso de las economías desarrolladas, el universo de los individuos con ingresos inferiores a la satisfacción de las necesidades básicas no se limita aquí a los excluidos. Se extiende a los trabajadores explotados de las empresas modernas. El porcentual de niños pobres (45% del total) es ilustrativo de la magnitud de este flagelo (CEPAL-UNICEF, 2010).

La extensión de la informalidad es también consecuencia de las maquilas y la regresión industrial. En el escenario manufacturero regional, la aceleración del cambio tecnológico incrementa la segmentación entre trabajadores especializados y descalificados. Los cargos estables con protección social decrecen, en comparación a los puestos de contratados sin ningún resguardo.

La magnitud de esta fractura es el rasgo descollante del mercado laboral. El típico operario masculino y sindicalizado de posguerra tiende a ser sustituido por trabajadoras mujeres más flexibilizadas. Este declive de los sectores formales es mayúsculo en las maquilas. La propia ampliación de la clase obrera industrial ha perdido el ímpetu precedente. El proletariado fabril no se extingue, pero su incidencia ha disminuido.

En el modelo actual de exportaciones primarias persiste la tradicional estrechez de la clase media latinoamericana en comparación a los países avanzados. Este segmento continúa aportando un colchón muy exiguo al abismo que separa a los acaudalados de los empobrecidos. Además, perdura la vieja clase media frente a los nuevos

segmentos de esa categoría. Subsisten muchas franjas de pequeños comerciantes y cuentapropistas y crecen poco los profesionales o técnicos altamente calificados. Este infradesarrollo es acorde a la estrechez de la industria.

Ciertamente los sectores medios amplían su consumo con la ampliación del crédito, la publicidad y el arribo de las grandes cadenas comerciales. Pero en economías tan atadas a la exportación de productos básicos, los cimientos productivos del poder adquisitivo son muy frágiles.

Muchos analistas igualmente destacan la reducción de la pobreza, el desempleo y la desigualdad durante la última década, sin registrar el estrecho alcance de una mejoría derivada del repunte cíclico del nivel de actividad.

Lo más novedoso ha sido la generalización de la asistencia social para atemperar la pobreza. Pero los auxilios oficiales sólo han protegido transitoriamente a los desamparados, sin alterar las causas del problema. Estos planes coexisten con la precarización y convalidan la segmentación laboral.

Por otra parte, la leve disminución de la desigualdad no modifica el lugar que ocupa la región al tope de los indicadores globales de inequidad. El coeficiente de Gini que mide esta polarización supera en la zona (51,6) a la media mundial (39,5), duplica los promedios de las economías avanzadas e incluye a los cuatro países que encabezan el barómetro mundial (Colombia, Bolivia, Honduras, Brasil). El ingreso del 20% más rico de la población latinoamericana supera en casi 20 veces al 20% más pobre (Guillemi, 2012).

Tendencias

En el contexto económico actual de Latinoamérica prevalece un esquema de especialización productiva, basado en la agroexportación, la minería de cielo abierto, el declive de la industria tradicional, las remesas y el turismo. Este molde implica una generalizada reinserción periférica o semiperiférica en la división internacional del trabajo.

En consonancia con estas tendencias gestadas durante el neoliberalismo se ha reforzado la transformación de las burguesías nacionales en burguesías locales, más internacionalizadas y asociadas con el capital extranjero.

El mismo cambio ha potenciado el éxodo campesino, la precarización laboral, la marginalidad urbana y la endeblez de la clase media.

Este escenario económico tiene enormes implicancias en terreno político.

2. Bloques y gobiernos

Los alineamientos geopolíticos en América Latina están condicionados por la acción de Estados Unidos, que reforzó su presencia en Centroamérica y preservó su gravitación en Sudamérica.

La primera potencia mantiene su influencia desplegando fuerzas militares. El Comando Sur de Miami, que supervisa este control, cuenta con más personal civil dedicado a Latinoamérica que todos los departamentos asignados a la misma zona en Washington.

Esta preeminencia del Pentágono se acentuó con la instalación de siete bases de gran alcance en Colombia. En ese país impera desde hace décadas el terrorismo de Estado, el asesinato de sindicalistas y el desplazamiento forzoso de campesinos.

Coerción para recuperar hegemonía

La CIA, la DEA y otras agencias secretas participan también en forma activa en la guerra social que ya dejó más de 60 mil muertos en México. Han aprovechado este conflicto para diseñar planes de militarización (como el Aspan de 2005 y el Mérida del 2007), intervenir en la modernización del ejército e influir en el dictado de leyes contra-insurgentes. Incluso han negociado con los Carteles a espaldas de las autoridades locales. Inspiraron, además, la ideología del miedo que se utiliza para justificar la acción cotidiana de los gendarmes (Cascante, 2011; Fazio, 2012).

Esta injerencia se desarrolla bajo un estandarte hipócrita de lucha contra las drogas que encubre el rol protagónico de Estados Unidos como mercado y refugio financiero del narcotráfico. En los bancos de ese país se lava el 70% del dinero generado por ese negocio. Bajo vigilancia norteamericana, Colombia persiste como el principal productor regional y Perú aumentó su plantío en un 55% en la última década (Berterretche, 2010).

La misma presencia yanqui se verifica en la guerra contra las bandas delictivas de Centroamérica (maras). Su persecución es esgrimida para atropellar a los pobres y apañar ejecuciones en los barrios carenciados. También en las posesiones coloniales del Caribe, el Pentágono multiplicó sus instalaciones militares (Islas Vírgenes, Puerto Rico), en estrecha asociación con Netherland (Curazao) y Francia (Martinica) (Reverón Collazo, 2013).

Cualquiera de estos hechos desmiente la ingenua creencia en la “pérdida de interés estadounidense por América Latina” o en el inminente “abandono de la doctrina Monroe”. Existe un llamativo divorcio entre esa sensación de repliegue y la creciente presencia imperial en toda la zona.

Desde el embarque de la IV Flota (disuelta en 1950 y reinstalada en el 2008), el total de militares latinoamericanos entrenados por el Pentágono superó el promedio de las décadas precedentes (195.807 efectivos entre 1999-2011). La asistencia militar-policial involucra altísimas sumas (us\$ 6.821 millones entre 2009-2013) y se incrementaron los tratados para compartir información sensible. Estados Unidos mantiene desplegados 4 mil uniformados en forma permanente para acciones de emergencia. Sus drones operan sin ninguna restricción en todo el hemisferio (Tokatlian, 2013).

La función geopolítica central de América Latina para el imperio no ha cambiado, y tampoco se ha modificado el manejo de esa supremacía con instrumentos de coerción y consenso. Esa estrategia siempre implicó una complementación bipartidista del garrote (Eisenhower, Reagan, Bush I y II) con la zanahoria (Clinton, Carter), sin rígidas distinciones entre Republicanos y Demócratas. Como Obama necesita reorganizar drásticamente las formas de intervención, retoma la tradición afable. Recompone paulatinamente esta injerencia, enmendando el lastre que dejaron las infructuosas guerras de Bush.

El margen de acción directa de los *marines* ha quedado recortado en América Latina desde el fracaso del ALCA, el declive de la OEA y la irrupción de organismos distanciados del mandato imperial (Unasur, Celac). La embajada yanqui ha perdido peso en varios países de Suda-

mérica, el espionaje genera inéditas protestas y dos denunciados de esas actividades han recibido ofertas de asilo en la región (Snowden por parte de Venezuela y Assange de Ecuador). El intento yanqui de penalizar estas reacciones con la “retención” en vuelo del presidente de Bolivia no dio ningún resultado.

Tal como ocurrió en los años setenta, Obama intenta restablecer la capacidad de acción de Estados Unidos. Repite el sendero que transitó Carter para atemperar los efectos de Vietnam y Watergate. Estados Unidos procesa esta adversidad, con los recursos de la única potencia que ejerce la custodia del capital a escala global. Esa supremacía militar le otorga una gran ventaja sobre sus competidores europeos y asiáticos.

Estrategias y rivales

Los recursos naturales del sur son la prioridad de las empresas del norte. El imperio apetece los minerales, el petróleo, el agua y los bosques de América Latina. El Departamento de Estado tiene mapeadas estas reservas y atesora datos ignorados por el resto del hemisferio. No por casualidad el 98% de las comunicaciones de la región pasan por algún centro informático estadounidense (Telégrafo, 2013).

El interés económico de la primera potencia por el resto del hemisferio no ha decaído. Se mantiene al tope en el ranking de inversores externos de la región y en el 2012 esas colocaciones fueron cinco veces superiores al quinquenio precedente. Las exportaciones al mismo destino crecen por encima de las ventas a otras zonas (Tokatlian, 2013).

Pero este terreno no está exento de competidores. Durante los años ochenta y noventa Europa incrementó su presencia en la región a través de España. El ingreso de ese país al euro y la internacionalización de sus empresas condujeron a un inédito aumento de las empresas hispanas en sus antiguas colonias. Durante el *boom* de las privatizaciones, esa inversión se situó incluso por delante de Estados Unidos.

Pero el futuro de España en la zona es una incógnita. Latinoamérica ha sido la tabla de salvación de muchas compañías ibéricas desde el estallido de la crisis global. Financiaron sus desbalances con transferencias de las filiales situadas en el Nuevo Continente. Este rescate se ha combinado con cambios de propiedad en los paquetes accionarios y nadie sabe quién terminará manejando esas compañías.

Europa continúa negociando tratados de libre comercio con la región, pero la expectativa de un gran mercado iberoamericano se está

diluyendo. Los mandantes del Viejo Continente disputan negocios, pero no la preeminencia de Estados Unidos en el hemisferio.

El desafío que introduce China presenta otro alcance. En la última década el gigante asiático se convirtió en el gran mercado de las materias primas exportadas por la región. Absorbe el 40% de esas ventas y algunas estimaciones consideran que cada punto de incremento del PBI chino arrastra un 0,4% de su equivalente latinoamericano.

También las inversiones de la potencia oriental se expanden en forma vertiginosa. Subieron de us\$ 15 mil millones (2000) a us\$ 200 mil (2012) y llegarían a us\$ 400 mil (en 2017). China se está convirtiendo en una gran fuente de crédito. Entre el 2005 y el 2011 concedió préstamos por más de us\$ 75 mil millones, superando los montos otorgados por Estados Unidos o el Banco Mundial (Hernández Navarro, 2013).

Aunque esos préstamos se negocian en mejores condiciones, su principal destino son proyectos de minería, energía o *commodities*, que afianzan la especialización latinoamericana en la provisión de insumos básicos.

China introduce una amenaza comercial a la supremacía estadounidense. Pero al igual que Europa, no aspira al control geopolítico de la región. Hay rivalidad económica, sin consecuencias político-militares a la vista.

Incluso llama la atención la aceptación yanqui de la presencia oriental en áreas vedadas. Hay empresas chinas en Panamá y la construcción de un nuevo canal, que atravesaría Nicaragua ha sido adjudicada a constructores de ese origen, sin desatar la reacción del Departamento de Estado. Esa tolerancia ilustra el interés que también tienen las compañías estadounidenses en la ampliación de las transacciones marítimas con Oriente.

La contraofensiva del Pacífico

La estrategia económica estadounidense gira en torno a los tratados de libre comercio. De los 20 acuerdos de este tipo que ha suscripto en todo el mundo, la mitad se localiza en la región. Con el ALCA aspiraban a forjar un gran mercado sin barreras para las compañías del norte. Pero ese proyecto fracasó en el 2005 por la resistencia que desplegaron varios países. No se pudo concretar el gran bazar que promovía Washington para manejar las exportaciones desde Alaska a Tierra del Fuego.

Estados Unidos comenzó a suscribir convenios bilaterales para reemplazar el fallido acuerdo hemisférico y ahora ensaya otro paso con

la constitución de la Alianza del Pacífico. Motoriza esta iniciativa mediante giras presidenciales y promesas de todo tipo. Ya concretó un bloque con Perú, México, Chile y Colombia, se apresta a sumar a Panamá y Costa Rica y tiente a Uruguay y Paraguay con el *status* de observadores (Morgenfeld, 2013).

Los tratados buscan incrementar las ventas estadounidenses a mercados que se tornan cautivos, a medida que la apertura arancelaria destruye la competitividad local. También refuerzan el patrón de especialización minero-petrolera de América Latina, para asegurar el abastecimiento de insumos básicos a las empresas yanquis.

El proyecto apunta, además, a la triangulación mundial. Está concebido como un puente con los dos convenios gigantescos que la primera potencia promueve con 28 naciones de la Unión Europea (Tratado de Sociedad Transatlántica de Comercio e inversión, TTIP) y con 11 países asiáticos (Acuerdo de Asociación Transpacífico, TPP). Estos acuerdos se amoldan a las necesidades de las empresas más globalizadas, que fabrican en distintas localizaciones y lucran con la movilidad de capitales y mercancías.

En el plano geopolítico la Alianza del Pacífico busca neutralizar cualquier proyecto de autonomía latinoamericana. Por eso se ha sustituido la suscripción dispersa de los TLC por un plan articulado de bloque regional.

México es el ejemplo más avanzado de esa estrategia. En dos décadas de vigencia del NAFTA, el país se ha transformado en una plataforma de petróleo y maquilas para el mercado estadounidense. Los neoliberales celebran esta asimilación difundiendo inverosímiles imágenes de progreso, que ocultan la desarticulación de la economía azteca¹.

La industria que México forjó durante la sustitución de importaciones ha quedado desmantelada. Por cada dólar que se exporta a Estados Unidos hay cuarenta centavos de importaciones del comprador. Esta atadura supera a Canadá y presupone un sometimiento absoluto. La formalidad de un tratado tripartito oculta una sociedad entre dos poderosos que subordinan al integrante latino. México vende el 90% de sus productos a su vecino, tiene sus riquezas naturales atadas a ese mercado y drena mano de obra para realizar trabajos descalificados al otro lado de la frontera (Echeverría, 2012).

Esta dependencia extingue la autonomía de política exterior que exhibía México en los años sesenta, cuando mantenía relaciones diplomáticas con Cuba desafiando al resto del continente. Esa actitud ha

¹ Dos exponentes de estos mitos: Oppenheimer (2013) y Cárdenas (2013).

quedado demolida con el NAFTA, que impera borrando la memoria de la enorme confiscación territorial que Estados Unidos le impuso a su vecino durante el siglo XIX.

La alta burguesía mexicana participa del acuerdo con el norte ampliando sus propios negocios. Ha desarrollado grandes compañías internacionalizadas y comparte con sus pares brasileños el tope del ranking regional. De las 100 principales empresas locales de la región ese binomio aglutina no sólo 85, sino también 35 de las 50 más rentables. El peso de Cemex, Alfa, Modelo, Telmex o Bimbo es tan relevante como el poder logrado por Slim, que se ha ubicado en la crema de los multimillonarios globales (Santiso, 2008).

Aquí radica la gran diferencia con los pequeños países centroamericanos. Ese pelotón no incluye economías medianas, ni semiperiféricas y cuenta con grupos capitalistas integrados a los grandes negocios. En lugar de gestar un imperio Slim, la insignificante burguesía hondureña recrea la trayectoria de las élites del banano y sus pares de Panamá se limitan a lucrar con la intermediación del canal o el comercio en las zonas francas.

Las variantes de la derecha

La mayoría de los gobiernos que participan en el bloque del Pacífico presentan un cariz derechista. Esta correspondencia no es casual. Están subordinados a Estados Unidos, incentivan la militarización y se amoldan a la etapa neoliberal.

Los dos sexenios del PAN (2000-2012) y la nueva presidencia del PRI en México son ejemplos de esta congruencia. Peña Nieto combinó viejas prácticas de manipulación electoral con el sostén mediático de Televisa para llegar a la primera magistratura. Se dispone a implementar la agenda de contrarreformas que exige la clase dominante en el plano energético, fiscal y educativo.

Para privatizar PEMEX ya derogó la enmienda constitucional que impide celebrar contratos con empresas privadas. Destruye la compañía nacionalizada que simboliza la gesta del Cardenismo. Con un incremento del IVA buscará financiar la eventual caída de ingresos fiscales que generaría esa entrega. También encarece el transporte público, desarticula el sector eléctrico y avasalla los derechos de la docencia (Aguilar Mora, 2013).

Colombia es un segundo caso de estrecha asociación entre gobiernos derechistas y adscripciones librecambistas. Aquí el alineamiento político-militar con Estados Unidos fue determinante para el liderazgo

reaccionario que encarnó Uribe. Aterrorizó a los campesinos, preservó los privilegios de los latifundistas, facilitó la violencia de los paramilitares y renovó la ideología anticomunista del Pentágono.

Su sucesor Santos persigue los mismos objetivos, pero reinició las fallidas negociaciones de 1982-1986 y 1998-2002 con la insurgencia. En una sociedad más urbanizada, con clases dominantes embarcadas en ampliar la frontera de la minería y agronegocio, el fin de las hostilidades es la llave de nuevas inversiones. Pero los viejos hacendados se oponen y el gobierno juega a dos puntas: mantiene la represión y negocia un acuerdo que convalide la concentración de tierras, perpetrada con desplazamientos y destrucciones comunitarias.

Chile constituye el tercer ejemplo de la misma conexión entre tratados de libre comercio y regímenes derechistas. Allí ambos procesos se recrearon mediante la Constitución Pinochetista, que ratificaron los demócratacristianos y socialdemócratas convertidos al credo neoliberal. La Concertación garantizó los privilegios del ejército (10% de las utilidades de la empresa estatal de cobre), un nivel de desigualdad superior al promedio regional y un agobiante sistema de endeudamiento personal para acceder a la educación superior. El período posdictatorial ha estado signado por la represión, la pobreza y la baja sindicalización².

En su segundo mandato Bachelet promete hacer lo que omitió en su gobierno anterior. Afirma que limitará la privatización de la educación y ampliará la participación estatal en un sistema de pensiones privadas que otorga jubilaciones ínfimas. Pero la enorme abstención que rodeó a su triunfo electoral ilustra la desconfianza que existe en la concreción de esas medidas. Cualquier paso estará sujeto al filtro restrictivo de la Constitución.

También Perú ha permanecido alineado con el bloque librecambista-derechista. El presidente actual (Ollanta Humala) retoma la trayectoria de gobiernos explícitamente neoliberales (Toledo) o de origen nacionalista (Alan García), que redoblaron la represión para expandir la megaminería. Sus promesas progresistas se diluyeron al acceder a la presidencia. Apalea movilizaciones sociales, congela salarios y viola derechos laborales. Incorporó oscuros personajes a su gestión y autorizó la presencia masiva de militares estadounidenses. Su comportamiento retrata un caso mayúsculo de travestismo político.

² El 1% más rico acapara el 31% del ingreso y el 5% más rico percibe 257 veces más que el 5% más pobre (Quijano, 2013; Brum, 2013).

Los condicionamientos políticos que generan los TLC tienen un alcance abrumador en los pequeños países de Centroamérica. Estas repúblicas arrastran una historia de sometimiento al poder estadounidense que se ha renovado con las remesas y la emigración. Los presidentes privatizadores de Panamá, Guatemala o Costa Rica han reforzado esa dependencia hasta extremos inéditos.

Golpismo institucional

La derecha ha logrado reciclar su preeminencia en el bloque pro-norteamericano a través de sucesivos comicios. Estas votaciones no amenazan los privilegios de los acaudalados, ni implican un ejercicio real de la democracia. En los pocos casos de mandatarios electos que atemorizaron a las minorías poderosas volvió a irrumpir el golpismo, esta vez con disfraz institucional. Las asonadas fueron propiciadas por el Parlamento, los medios de comunicación y la embajada estadounidense. Tres casos ilustran esta modalidad.

El presidente Aristide de Haití fue capturado y expatriado en el 2004 y las presidencias posteriores quedaron en manos de personajes permeables a los intereses de las fuerzas de ocupación extranjeras (Minustah). Gracias a esta cobertura, las empresas foráneas han lucrado con la tragedia humanitaria que afronta la isla luego del terremoto de 2010. Realizaron grandes negocios con la simple remoción de escombros. El peligro de hambruna sobrevuela siempre a un país que en 1972 se autoabastecía de alimentos y ahora importa el 82% de su principal consumo (arroz) (Colson, 2008).

Los gendarmes extranjeros introdujeron, además, una epidemia de cólera que produjo 7 mil muertos. Apañan las violaciones que soportan los haitianos en la frontera con República Dominicana y desprotegen a la población frente a la criminalidad del narcotráfico. Se estima que el 12% de la cocaína ingresada a Estados Unidos pasa por Haití (Chalmers, 2013).

En Paraguay bastó la introducción de algunos tibios cambios para desatar, en 2012, la reacción macartista contra el presidente Lugo. Armaron una farsa parlamentaria y consumaron en pocos días la acción destituyente. El mandatario que asumió posteriormente (Cartes) está muy involucrado con el narcotráfico y el contrabando.

En Honduras el golpe fue perpetrado para sepultar las reformas y la política externa autónoma de Zelaya. Luego de un récord de asesinatos consumaron un fraude, comprando votos, vendiendo credenciales y manipulando actas para impedir el triunfo de la coalición opositora (Arkónada, 2013).

La derecha también intentó golpes fallidos contra Chávez (putsch petrolero), Morales (ensayo de secesión territorial) y Correa (levantamiento policial). Estos fracasos demostraron los límites que afronta el proyecto reaccionario a escala regional. Por eso sus ideólogos conservadores suelen transmitir más desencanto que satisfacción (Sanguinetti, 2012).

Esa frustración aumentó con el primer año del nuevo Papa, que es un importante actor de la política regional. La derecha percibe que no habrá repetición latinoamericana de la cruzada desplegada por Juan Pablo II en Europa Oriental durante los años ochenta. Francisco tiene olfato político y capta la inexistencia de condiciones para reproducir esa acción. Por eso difunde mensajes alejados de la retórica convencional. Antes de adoptar cualquier estrategia de política exterior debe atenuar el descalabro de corrupción, pedofilia y pérdida de fieles que soporta la Iglesia.

La ambivalencia de Brasil

La continuada gravitación militar de Estados Unidos, la contraofensiva librecambista del Tratado del Pacífico y la variedad de gobiernos derechistas coexisten con un segundo eje geopolítico liderado por Brasil. Esta articulación alienta el regionalismo capitalista con estrategias político-económicas más autónomas. El país que encabeza esta estrategia alcanzó un PBI de US\$ 2,4 billones en 2011 y se ubica en el tope de las economías latinoamericanas. Cuenta con 14 multinacionales de proyección global y motoriza inversiones externas en función de un plan estratégico (IIRSA) con financiación estatal (BNDES) (Armenáriz, 2011).

Este papel de Brasil tiene raíces en la historia del país que preservó dimensiones continentales. A diferencia de Hispanoamérica, su conformación nacional no estuvo acompañada de fracturas territoriales. En la segunda mitad del siglo xx se convirtió en una economía mediana, con mercados internos más extendidos y cierta diversidad exportadora.

Estas características tipifican un *status* semiperiférico. El lugar de Brasil en la división internacional del trabajo tiene más parecidos con España que con Nicaragua o Ecuador. Se ubica en un espacio intermedio entre las grandes potencias y la periferia relegada.

El mantenimiento de esta posición exige exhibición de poder. Brasil moderniza su ejército, ensaya intermediaciones en conflictos alejados (Medio Oriente, Irán, África) y ambiciona el mismo asiento perma-

nente en el Consejo de Seguridad que otras subpotencias. Ninguna otra nación latinoamericana intenta jugar a ese nivel.

Pero al mismo tiempo, Brasil amolda su política exterior al logro de cierta coordinación hegemónica con Estados Unidos. Por un lado, protege militarmente la Amazonía de las 23 bases que maneja el Pentágono en la zona. Y por otra parte, comanda la ocupación de Haití en total sintonía con el Departamento de Estado. Sus empresas participan en el negocio de reconstruir la isla, alientan la creación de zonas francas y disputan privilegios de exportación (Boron, 2013a).

La dualidad de la política exterior brasileña tiene incontables manifestaciones. Dilma evitó participar en la cumbre regional de repudio al atropello yanqui-europeo contra el avión presidencial de Bolivia, pero también canceló una visita de Estado con Obama para protestar por el descarado espionaje de la CIA.

Este camino intermedio fue ratificado recientemente con la decisión de sustituir la compra de aviones militares estadounidenses por unidades de Suecia. Se evitó el choque frontal que hubiera implicado la adquisición de modelos rusos o chinos y se optó por un equipamiento escandinavo, que incluye componentes de empresas norteamericanas³.

El mismo péndulo ha seguido la diplomacia de Itamaraty en la última década. Durante el 2003-2011, predominó el distanciamiento hacia Estados Unidos y en el 2011-2013 prevaleció un gran acercamiento, que en los últimos meses parece concluido.

Brasil oscila sin poder imitar a otras subpotencias que detentan arsenales atómicos (como Rusia o India) o despliegan efectivos en su radio de influencia (Turquía). Intenta forjar su propio espacio, instalando un colchón que atempere las presiones estadounidenses sin confrontar con la primera potencia. No promueve rupturas con el imperio, ni tampoco acepta la subordinación neocolonial al mandato yanqui.

Mercosur y Unasur

Brasil promueve con Argentina la creación de un área comercial con gran participación de las empresas extranjeras, pero estructura arancelaria propia. El Mercosur pretende actuar como una asociación unificada en las negociaciones con otros bloques.

³ Luego del conflicto de espionaje, las empresas estadounidenses quedaron fuera de la licitación del gran yacimiento de Libra y perdió fuerza el ala pro-norteamericana de Patriota frente al sector crítico de Amorin-Figueiredo. Dos evaluaciones opuestas de la decisión de compra de aviones en Boron (2013b) y Zibechi (2013).

Pero este proyecto no ha podido avanzar a lo largo de dos décadas. Mientras Estados Unidos impulsa la iniciativa con la Alianza del Pacífico, el Mercosur navega sin rumbo. Rehúye iniciativas y sobrevive en el estancamiento.

La asociación no ha concretado ningún paso hacia la coordinación macroeconómica. El divorcio de monedas, tipos de cambios y políticas fiscales entre sus integrantes es mayúsculo. No existen propuestas para reducir las asimetrías entre países, y como la industria retrocede, tampoco hay planes de coordinación fabril o utilización compartida de la renta exportadora.

Los miembros del Mercosur comercializan los mismos productos e individualmente priorizan la soja y la megaminería. Este último sector absorbió, por ejemplo, el 51% de las inversiones externas en 2012 (CEPAL, 2012).

La parálisis actual recrea viejos conflictos entre Argentina y Brasil, en torno a normas arancelarias y restricciones cambiarias. Las inversiones se suspenden (Minera Vale en Argentina) y los proyectos se postponen (ferrocarril). En estas condiciones, Paraguay y Uruguay mantienen abierta la posibilidad de tramitar sus propios TLC, quebrando la cohesión del Mercosur (Turzi, 2013).

Las indefiniciones de Brasil sofocan a la asociación. Ese país tiene más convenios fuera del área que dentro de Sudamérica y no quiere institucionalizar acuerdos regionales que obstruyan su multilateralismo. Intenta mantener una doble inserción como exportador de productos básicos al resto del mundo y como abastecedor de mercancías elaboradas para sus vecinos. Pero cualquier iniciativa en el primer terreno afecta la expansión del segundo y viceversa.

Una integración productiva sudamericana con fondos regionales de estabilización cambiaria, moneda común y financiación del Banco del Sur, obligaría a Brasil a concentrar inversiones en la zona, en desmedro de su propia proyección internacional. A una escala inferior esta misma tensión entre prioridades regionales y globales se verifica en Argentina, que tiene distribuidas sus exportaciones por todos los continentes.

Las tendencias disolventes se acrecientan, además, a la hora de negociar tratados con otros bloques. La Unión Europea propicia un acuerdo de librecomercio que privilegia las exportaciones del Viejo Continente, sin atenuar el proteccionismo agrícola que limita las ventas sudamericanas. Los europeos suelen tentar con ofertas unilaterales a funcionarios de todos gobiernos para que acepten un acuerdo a espaldas del resto (Marchini, 2014).

El estancamiento del Mercosur contrasta con el intenso activismo geopolítico que ha desplegado el bloque sudamericano en los últimos años. Nunca hubo tantas reuniones presidenciales, ni eventos compartidos por los mandatarios de la región. Esta frecuencia contrasta, por ejemplo, con el declive de las Cumbres Iberoamericanas.

La nueva centralidad regional surgió de acciones conjuntas del Grupo Rio (2010) que alumbraron la Unasur y luego la Celac (2011-2013). Al asignar la presidencia rotativa de ese organismo a Cuba se concretó un fuerte desafío a la OEA. También frente al golpe que desplazó a Lugo hubo rápidas respuestas. El Mercosur suspendió a Paraguay y aceleró el ingreso de Venezuela a la asociación.

Pero especialmente Unasur es un conglomerado muy heterogéneo y Estados Unidos presiona a través de sus socios. En el organismo participan varios países de la Alianza del Pacífico que albergan *marines* en su territorio.

El bloque sudamericano carecerá de consistencia mientras Brasil se mantenga a mitad de camino. Busca sostén para sus aspiraciones, mientras frena todas las iniciativas de integración. Pero a la larga resultará imposible liderar un proyecto sin cargar con los costos de su concreción. Estas contradicciones se han reforzado en los últimos años, con los privilegios acordados a la agroexportación, en competencia con los aliados sudamericanos y en desmedro de la industria.

La opción brasileña por la soja afecta localmente, además, la variedad de cultivos de la era cafetalera e incrementa la tradicional concentración de la tierra. Sólo el 10% de los propietarios controlan el 85% del valor total de la producción agropecuaria y 50 empresas manejan toda la comercialización. La dependencia de los fertilizantes es mayúscula. El país participa del 5% de la producción agrícola mundial, pero consume el 20% de los agroquímicos. En este marco la reforma agraria quedó totalmente detenida y 150 mil familias continúan acampando a la espera de un terreno (Stédile, 2013).

Brasil no puede encabezar la integración sudamericana repitiendo el molde de extractivismo con poca manufactura que impera en la región. Su gravitación económica justamente emergió con el esquema opuesto de expansión fabril, durante los años sesenta y setenta. En las últimas décadas ha retrocedido en todos los planos de la industria. La tasa de inversión (17% del PBI) fue inferior durante el ciclo expansivo reciente (2006-2011) a la media histórica y la fuerte apreciación del tipo de cambio afectó adicionalmente la competitividad (Sampaio Arruda, 2012).

Brasil abandonó además el cimiento energético de la hidroelectricidad, a favor de una dudosa apuesta por la explotación petrolera. Facilitó

también la desnacionalización de la industria con aperturas al capital extranjero. Casi 300 empresas pasaron a control foráneo desde el 2004, con grandes ventajas para las compañías estadounidenses (3,4 veces más firmas que los franceses, alemanes y japoneses) (Lessa, 2013; Chade, 2013).

Las recientes medidas adoptadas por Dilma para apuntalar la industria con subsidios financiados por previsión social no revierten la regresión fabril. Durante la última década se apostó a la expansión del consumo sin correlato en la inversión. Más de 15 millones de brasileños viajaron por primera vez en avión y 42 millones fueron incorporados al sistema bancario. Se amplió el crédito y se recuperó el salario mínimo, pero estas mejoras coyunturales no resuelven el bache estructural en la industria (Nepomuceno, 2013).

Esta vulnerabilidad se acentúa por la gran afluencia de capitales de corto plazo, que tienden a salir del país con la misma velocidad que ingresan, en función del rendimiento financiero. Por primera vez en una década, el 2013 cerró con un peligroso déficit en los movimientos de capital que siempre atormentaron a la economía brasileña.

Durante el siglo xx, la economía argentina siguió etapas semejantes a Brasil, con resultados opuestos. Tuvo preeminencia durante el liberalismo agroexportador, perdió posiciones en la sustitución de importaciones y decayó brutalmente bajo la valorización financiera. Aún no se puede predecir cuál será el desemboque final del ensayo neodesarrollista de la última década, pero la clase dominante argentina ya no disputa hegemonía con su socio mayor.

Además, Argentina afronta nuevamente las tensiones clásicas de su economía: altísima inflación, desajuste cambiario y bache fiscal, aunque sin cargar, por ahora, con los niveles de endeudamiento que la empujaron a colapsos periódicos.

Este retorno al estancamiento obedece a la preservación de una economía que no remontó sus desequilibrios estructurales. Se renunció a un desarrollo productivo basado en la apropiación estatal de la renta agro-sojera y la burguesía local volvió a su costumbre de fugar capital y remarcar precios sin invertir. En estas condiciones afloran los límites de una estrategia exclusivamente basada en empujes de la demanda (Katz, 2014b).

Centroizquierda con sorpresas

La correspondencia actual entre el Mercosur y las administraciones de centroizquierda confirma la correlación general que existe entre

bloques regionales y tipos de gobierno. Pero tal como ocurre con el binomio TLC-derecha, tampoco aquí rigen estrictas sintonías.

El Mercosur precedió a los gobiernos actuales y tuvo una larga consolidación durante el zénit neoliberal de Fernando Henrique Cardoso y Carlos Menen. Pero el regionalismo capitalista que intenta la asociación es más acorde con los gobiernos actuales, que contemporizan con los movimientos sociales y auspician políticas externas más independientes de Estados Unidos. El lulismo y el kirchnerismo constituyen dos variantes de este mismo posicionamiento, pero con grandes diferencias en la acción política.

Durante la última década, el Partido de los Trabajadores (PT) decepcionó en Brasil a quienes esperaban un gobierno afín a los asalariados. El peso de esa organización expresó la influencia alcanzada por un proletariado fuerte y concentrado, pero con escasa experiencia y capacidad para contrarrestar la asimilación al sistema burgués, que impuso el lulismo. El PT quedó integrado a la estructura de las clases dominantes y aseguró la continuidad sin imprevistos que caracteriza al régimen político de ese país.

Este afianzamiento conservador multiplicó la despolitización, generalizó el consenso pasivo y modificó la base social del gobierno. Los sectores plebeyos de las regiones empobrecidas sustituyen a la clase obrera, las capas medias y la intelectualidad, en el sostén de la actual administración. El gobierno se ha guiado por el principio de otorgar sólo aquellas concesiones que aceptan las clases dominante. Su norma ha sido dar algo a los de abajo, sin quitar nada a los de arriba (Machado, 2013).

Esta política genera incontables contradicciones, pero no es neutral. Es una orientación al servicio del capital con algunos rasgos de tibio reformismo. Permitió una década de estabilidad burguesa, socavando la legitimidad del proyecto obrero original y se ha mantenido concertando alianzas con la derecha y haciendo concesiones ideológicas al *establishment*. El lulismo ha seguido la misma trayectoria de involución que transitaron los partidos socialdemócratas.

Con ese soporte Dilma desarrolló su gestión. Pero afrontó el año pasado la sorpresiva irrupción callejera de jóvenes indignados que impusieron sus demandas. Esta enorme movilización sólo tiene dos antecedentes contemporáneos: la lucha por las directas en 1984 y por el *impeachment* de Collor de Mello en 1992. Las protestas iluminaron la realidad del pueblo brasileño, que sufre desigualdad en gran escala, deterioro del transporte y degradación de la educación pública.

La novedosa oleada de manifestaciones que sacudió a Brasil es un dato corriente de Argentina. El ejercicio excepcional de la política en las ca-

lles en el primer país constituye la forma habitual de acción ciudadana en el segundo. Aquí radica la principal causa del carácter divergente que asumieron dos gobiernos del mismo cuño.

Mientras que el lulismo acentuó la desmovilización durante su gestión, las continuidades de la rebelión del 2001 obligaron al kirchnerismo a gobernar con un ojo puesto en la reacción de los oprimidos.

Esta peculiar variante del peronismo se abocó inicialmente a restaurar el sistema político tradicional amenazado por la sublevación popular. Pero recompuso el poder de los privilegiados, otorgando importantes concesiones democráticas y sociales al grueso de la población. A diferencia de Lula —que se manejó en un escenario de escasas reformas y sin ninguna presión desde abajo— los Kirchner actuaron en un tembladeral. Reconstruyeron un Estado colapsado, en contraste con un PT que mantuvo casi intacta la estructura transferida por Cardoso.

Esta diferencia determinó también la implementación de políticas económicas distintas. En Argentina se ensayó un esquema neodesarrollista con creciente regulación estatal, para recomponer un mercado interno devastado. En Brasil la inicial continuidad socioliberal fue pausadamente sustituida por acotadas medidas de intervención, tendientes a contrarrestar la erosión provocada por la ortodoxia monetarista.

El kirchnerismo encabezó un régimen asentado en el liderazgo presidencial, el arbitraje del poder ejecutivo y la influencia de organismos para-institucionales. Este molde político informal retomó ciertas modalidades neopopulistas del peronismo clásico, en contraposición al institucionalismo negociado que continuó imperando en Brasil. Por dos caminos diferentes, el kirchnerismo y el lulismo han buscado neutralizar el protagonismo de los sindicatos y la clase obrera.

Los dos gobiernos pertenecen a la misma especie de centroizquierda y han recurrido a la misma retórica progresista. Los Kirchner retomaron el proyecto de mixturar el peronismo con la variante socialdemócrata anticipada por el alfonsismo y Lula-Dilma transformaron al PT en un típico partido del orden vigente.

Los escenarios actuales confirman que el contexto neoliberal uniforme de los años noventa ha quedado sustituido por la incidencia del nuevo bloque autónomo de Sudamérica. Pero la clarificación del problema exige evaluar otro aspecto: la lucha social y los procesos radicales.

3. Rebeliones y proyectos

Al comienzo del nuevo siglo estallaron en Sudamérica grandes rebeliones sociales, que modificaron el escenario de reflujo popular en que se asienta el neoliberalismo. Estos levantamientos pusieron un límite a la ofensiva del capital y al proyecto que gestó la derecha para sepultar el ascenso revolucionario de los años setenta.

Subelevaciones de gran alcance

Los cuatro alzamientos victoriosos se localizaron en Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela entre el 2000 y el 2005. Fueron rebeliones masivas en medio de grandes crisis políticas, que incluyeron vacío de poder, repliegue de fuerzas represivas, derrotas de la reacción y desconcierto de las clases dominantes.

Los mandatarios identificados con el neoliberalismo fueron expulsados de la presidencia y los programas de virulenta privatización, apertura comercial y flexibilización laboral perdieron sostén social. Estas conmociones influyeron sobre otros países (Brasil, Uruguay, Paraguay, Colombia) que no registraron movilizaciones de esa envergadura.

Las rebeliones no alcanzaron la dimensión que tuvieron las grandes revoluciones sociales del siglo xx (México en 1910, Bolivia en 1952, Cuba en 1959 y Nicaragua en 1979). Los viejos Estados persistieron, el poder popular quedó acotado y no hubo desenlaces militares. Pero los alzamientos tuvieron fuerza suficiente para reavivar las demandas

nacionales y democráticas. Actualizaron las tradiciones antiimperialistas y en algunos casos reintrodujeron el horizonte socialista.

Estas acciones superaron ampliamente los estadios básicos de una protesta social, mejoraron las condiciones para obtener conquistas populares y propinaron derrotas a los dominadores. Estos resultados no se han registrado en otras partes del mundo.

Las rebeliones modificaron las relaciones sociales de fuerza y limitaron la agresión que el gran capital había iniciado con las dictaduras y las guerras sanguinarias, para quebrar la gesta continental inaugurada por la revolución cubana. Las revueltas contuvieron esa arremetida.

Las sublevaciones condicionaron también la etapa económica en curso. No lograron revertir la tónica regresiva de esas transformaciones, pero socavaron su estabilidad, viabilidad y continuidad. Pusieron un freno a las derrotas populares y forzaron concesiones o actitudes más cautelosas por parte de los capitalistas en los epicentros y en el vecindario de los estallidos populares.

Por estas circunstancias América Latina se ha convertido en una referencia para todos los movimientos sociales del mundo. Este interés salta la vista en cualquier foro de intercambio de las experiencias de lucha. Las acciones sudamericanas indicaron caminos de resistencia al ahogo que imponen el pago de la deuda externa y los ajustes del FMI. Han demostrado cómo implementar una auditoría de la deuda y cómo proteger las reservas ante la fuga de capital.

La envergadura de las resistencias latinoamericanas puede clarificarse mediante comparaciones internacionales. El contraste con las rebeliones del mundo árabe es ilustrativo. También allí el neoliberalismo masificó el desempleo, precarizó el trabajo y empujó a los desposeídos a la lucha democrática contra regímenes semidictatoriales.

Estados Unidos le asigna al Medio Oriente la misma importancia estratégica que al sur del hemisferio americano, depreda los recursos naturales de ambas regiones con la misma impunidad y pretende ejercer la misma supervisión militar en las dos zonas. Por esta razón el antiimperialismo despierta en Medio Oriente las mismas simpatías que en Latinoamérica.

Pero los pueblos de esta última región no han sufrido la destrucción bélica y el desangre padecido en el mundo árabe. Lograron recrear los proyectos nacionalistas, progresistas y de izquierda que declinaron en Medio Oriente. Preservaron tradiciones históricas seculares contrapuestas a la tutela teocrática que ganó espacio en esa región. Mientras

que América Latina ha podido sostener sus victorias democráticas, el mundo árabe sufre una contraofensiva del imperialismo y del islamismo reaccionario para sepultar con guerras sectarias las esperanzas que emergieron durante la primavera (Katz, 2013c).

Una segunda comparación con Europa del Sur es también instructiva puesto que varios países de esa región sufren los mismos ajustes que recayeron sobre América Latina en la década pasada. Soportan el mismo rescate de los bancos acreedores y la misma transferencia de empresas quebradas a los Estados. Las políticas deflacionarias aplicadas en Grecia o Portugal repiten el círculo vicioso del ajuste que desgarraba a Sudamérica.

Pero las victorias de las rebeliones que tumbaron a los presidentes neoliberales e impusieron agendas sociales en esta última región no se han repetido hasta ahora en Europa del Sur. Allí no se consiguieron aún triunfos significativos. En el Viejo Continente hay que lidiar con el complejo mecanismo monetario del euro, en medio de amenazas fascistas y cuestiones nacionales más controvertidas que en la contraparte americana.

Continuidades y cambios

El período abierto con las rebeliones del nuevo siglo persiste hasta la actualidad, sin haber registrado avances ni retrocesos cualitativos. La etapa de gran convulsión (2000-2005) que condujo a la caída de seis gobiernos fue sucedida por una fase de mayor estabilidad (2005-2008) y luego por un período de gestación de nuevas movilizaciones (2009-2013). La generalizada reacción contra los colapsos creados por el endeudamiento y las privatizaciones ha sido reemplazada por demandas más variadas y diferenciadas.

En algunas zonas, la batalla contra el saqueo de los recursos naturales (Perú, Ecuador) ocupa el lugar que en la década pasada tenía el rechazo al FMI. En otros países las movilizaciones cobran fuerza, a partir de reclamos específicos contra la carestía del transporte (Brasil), el costo de la educación (Chile) o la invasión de importaciones agrícolas (Colombia).

El signo general de la situación sudamericana está determinado por las conquistas obtenidas en los cuatro países que protagonizaron las grandes rebeliones. En Venezuela la derecha ha recurrido a todos los caminos posibles para reconquistar el gobierno y fracasó una y otra vez. Intentó golpes, conspiraciones, sabotajes y perdió 18 de las 19 elecciones realizadas en los últimos catorce años. Mientras las mejo-

ras sociales continúan, en cada uno de los comicios se ha librado una gran batalla contra la derecha.

Esta misma continuidad de avances democrático-sociales se verifica en Bolivia, en el marco de la nueva constitución del Estado plurinacional. El nivel de combatividad, radicalidad y protagonismo de los sectores populares es muy elevado e incluye conflictos con el único presidente surgido de los movimientos sociales.

Este tipo de choques ha derivado en un repliegue de los movimientos indígenas que encabezaron las revueltas de Ecuador. Pero la derecha ha quedado más aislada y tiene menos expectativas de recuperar el gobierno, en un contexto de estabilización política y ciertas mejoras sociales.

Finalmente, en Argentina el protagonismo que tuvieron los desocupados y la clase media ha sido reemplazado por los trabajadores organizados, en un marco de continuada vitalidad de la protesta callejera y capacidad popular para imponer conquistas.

Los límites que enfrenta el atropello neoliberal en estos cuatro países facilita la resistencia en otras naciones. La batalla de los estudiantes chilenos perdura como un acontecimiento central, al cabo de varios ciclos de multitudinarias manifestaciones. La demanda de educación gratuita y de calidad ha calado hondo en la población y golpea un pilar del continuismo forjado por los gobiernos de la Concertación.

La misma gravitación antineoliberal tienen los paros agrarios en Colombia contra las importaciones de alimentos que arruinan al pequeño productor. Esta protesta confronta con el TLC en uno de los países más comprometidos con la apertura comercial. La masividad del reclamo inaugura una fuerte pulseada, en un terreno sensible para las clases dominantes.

Lo mismo que ocurre en Perú con la defensa del medio ambiente contra la destrucción que genera la megaminería. La centralidad que tiene esta actividad para el capitalismo peruano explica la brutalidad de la reacción oficial.

La novedad del 2013 fue el despertar de las movilizaciones multitudinarias en Brasil. La respuesta inmediata contra la criminalización de la protesta ilustra la nueva conciencia democrática que existe frente a la represión. Se logró frenar el aumento de las tarifas e imponer una nueva agenda para el transporte y la salud pública.

Una juventud más escolarizada ha cuestionado el derroche del Mundial de Fútbol, ocupando el vacío que han dejado los viejos mili-

tantes. Estas marchas comenzaron a colocar al país en sintonía con la región (Antunes, 2013).

El estado de las luchas sociales en Centroamérica difiere sustancialmente del sur del continente. Allí no se han conseguido logros significativos. Al contrario, predomina la ofensiva del capital sobre el trabajo. México es el caso más evidente de esta situación. El país ha quedado golpeado por la despoblación agraria, la emigración masiva, las derrotas de los mineros y las dificultades de la lucha docente. Prevalece la impotencia frente a la flexibilidad laboral, en un contexto de terrorismo de Estado y salvajismo del narcotráfico. La bandera plantada en Chiapas hace veinte años perdura como un símbolo de resistencia, que no ha podido proyectarse al resto de la nación (Almeyra, 2013).

Pero las explosivas condiciones sociales de esta zona pueden generar un abrupto viraje hacia el ascenso popular, especialmente en los países que se recomponen del terrible legado de masacres de los ochenta. Desde la firma de los acuerdos de paz (2006) existe en Guatemala un gran movimiento por la justicia y el castigo a los represores de las matanzas cometidas en el pasado.

Otro tipo de resistencia irrumpe en las localidades más afectadas por la agresión de los presidentes ultraliberales. Por ejemplo, en Panamá se registró el año pasado un masivo levantamiento contra la privatización de las tierras en Colón.

La batalla clave de Centroamérica se libra en Honduras, donde se forjó un vasto movimiento de resistencia que erosionó el poder de los golpistas. Con un despliegue de gran heroísmo, la población enfrentó asesinatos, persecuciones e intimidaciones de un régimen criminal apañado por la embajada yanqui. No pudieron derrotar el continuismo que impuso la derecha a través de comicios fraudulentos, pero han gestado un polo opositor de enorme envergadura.

El contagio de Venezuela ha sido determinante en Honduras e influye sobre el conjunto de Centroamérica y el Caribe. Es el país que actúa como nexo, entre las acciones populares más avanzadas del sur y más retraídas del norte. La transmisión de experiencias de una región a otra tiende a multiplicarse junto a la creciente percepción popular de una identidad latinoamericana común.

Este avance en la conciencia regional es un resultado directo de las rebeliones que impusieron ciertas conquistas, sin haberse extendido ni profundizado. Ninguna revuelta devino en revolución triunfante, pero las clases dominantes tampoco pudieron retomar la ofensiva o disipar la relación social de fuerzas creada por la acción popular. Per-

sistió el divorcio de muchos países con las resistencias, pero nuevos segmentos de trabajadores se han incorporado a las protestas.

Cuba, Venezuela y Bolivia

Las rebeliones latinoamericanas tuvieron dos consecuencias decisivas: oxigenaron a la revolución cubana e incentivaron la aparición de gobiernos radicales en Venezuela y Bolivia.

Durante los años noventa, Cuba resistió heroicamente el aislamiento y las agresiones imperiales. Esta actitud reforzó su condición de símbolo de la emancipación. Logró mantener vivo el ideal socialista frente a bloques y agresiones, que habrían tumbado en pocos días a la mayoría de los regímenes políticos conocidos.

El cambio de relaciones de fuerza en la región y los fracasos estadounidenses permitieron atenuar el asedio de la isla y reavivaron el protagonismo de Cuba. El lugar geopolítico que ha reconquistado ese país es una de las principales consecuencias positivas de las sublevaciones del siglo XXI. Ha facilitado el surgimiento de gobiernos antiimperialistas, que afrontan severos conflictos con las clases dominantes, en un marco de gran movilización popular. Venezuela es el epicentro de esas experiencias.

El proceso bolivariano ha introducido transformaciones progresistas sin erradicar el Estado burgués y las relaciones de propiedad capitalistas. No es la primera vez en la historia que se ensaya un modelo intermedio de este tipo. Pero lo novedoso es la prolongada duración del intento.

El chavismo ha demostrado continuidad luego del fallecimiento de Chávez. La derecha intentó todo y no logró nada. Falló con el golpe, con la demagogia electoral y con el disfraz bolivariano. Debe enfrentar a una nueva generación militante más politizada y curtida en las batallas de la última década en la defensa de las conquistas sociales. Los grandes capitalistas no sólo buscan venganza. Quieren recuperar el manejo de la renta petrolera, que en la actualidad se destina en gran parte al gasto social (Guerrero, 2013; López Blanch, 2012).

Pero el desorden económico también obedece a los montos millonarios que maneja la corrupta “boliburguesía”. Lucran con la intermediación comercial y la especulación en gran escala. La caja petrolera que administra el gobierno debería facilitarle su acción. Pero el enemigo opera desde el interior del proceso y periódicamente acorrala al chavismo con maniobras cambiarias y financieras.

En Bolivia, Morales dirige otro gobierno radical surgido de rebeliones populares, pero gestiona un país muy distinto a Venezuela. En el Altiplano prevalece un enorme grado de pobreza, retraso económico y es-

trechez del mercado interno. El país arrastra, además, una estructura política débil y un Estado muy incompleto. Esa estructura nunca pudo cohesionar las nacionalidades que alberga en su territorio. Con la nueva Constitución plurinacional comenzó la reversión del elitismo racista y la conquista de los derechos postergados. Ha podido otorgar importantes mejoras sociales con los ingresos que el Estado captura de las exportaciones luego de las nacionalizaciones (Stefanoni, 2013b).

La gran tradición de lucha popular que existe en el país no ha decaído. El gobierno acompaña algunas protestas y choca con otras. Estas vacilaciones expresan las indefiniciones de un proceso, que por un lado promueve la modernización socialdesarrollista del capitalismo y por otra parte convoca a forjar una sociedad igualitaria. Al igual que Maduro en Venezuela, Morales comanda un gobierno en disputa entre los promotores de ambas perspectivas.

Los costos de la indefinición

Algunos gobiernos integrados al espacio radical desenvuelven políticas más próximas a la centroizquierda. Ecuador es un ejemplo de esta postura.

Correa ha intentado la modernización capitalista para optimizar el funcionamiento del Estado sin introducir cambios estructurales. Mantuvo la concentración en el agro (el 5% de propietarios acapara el 52% de las tierras) y el poder de las grandes empresas (62 grupos manejan el 41% del PIB). Las utilidades de estos sectores se incrementaron significativamente (un 54% más en el 2004-2009), en un marco de continuado predominio económico del petróleo, las remesas, el café, el banano, el cacao y los camarones (Machado, 2012).

El gobierno retomó inicialmente la agenda de la rebelión que encabezaron los movimientos sociales. Rechazó el TLC, cerró la base yanqui de Manta y sancionó una nueva Constitución. Posteriormente, Correa atenuó la tónica reformista y se limitó a utilizar el significativo aumento de los ingresos tributarios para reforzar el sostén asistencial. Difundiendo un ideario de “buen vivir”, la inversión social pasó de 0,35% (2006) a 3,82% (2011) (Houtart, 2012; Ogaz Arce, 2013).

El arrollador triunfo que logró Correa en los últimos comicios (febrero de 2013) suscita pronósticos opuestos. Algunos analistas estiman que la demolición de la derecha empresaria (Lasso, Noboa) despejó el camino para implementar la agenda progresista (ley de prensa, reforma agraria, código penal) con un sólido sostén parlamentario. Otras miradas resaltan la consolidación del caudillismo, la revitalización

del ejército y el creciente nombramiento de funcionarios conservadores en desmedro de las figuras radicales¹.

Nicaragua ofrece otra variante de esta combinación de posicionamiento radical en el plano externo y estrategia centroizquierdista en la órbita interior. Recientemente Ortega volvió a obtener un gran triunfo electoral, ampliando el soporte que ya logró en los comicios anteriores.

Ahora puede gobernar sin la oposición, archivando el pacto que le permitió el retornar en el 2006, mediante una reforma electoral pactada con la derecha. Continúa usufructuando con el recuerdo de la desastrosa gestión que caracterizó a los conservadores (1997-2001) y con la persistente división que reina en ese espacio, debido al enfrentamiento entre los ex presidentes Arnoldo Alemán y Enrique Bolaños Geyer.

Pero el Sandinismo actual se sitúa muy lejos del viejo FSLN. Suscribe acuerdos con el FMI, otorga privilegios a los bancos y penaliza el aborto para estrechar relaciones con la Iglesia (López Vigil, 2011).

La pugna con los oligarcas locales y la firme política frente a Estados Unidos ubican a Ortega en la vereda opuesta al polo derechista. Pero su abandono del pasado revolucionario también lo alejan del espectro radical. Optó por el amoldamiento al *statu quo* y la ruptura con el sandinismo original.

Una situación más compleja se vislumbra en El Salvador. Al cabo de muchos años de guerra y presidencias ultra reaccionarias, llegó al gobierno una coalición sostenida por el viejo liderazgo guerrillero del Frente Farabundo Martí (2009). Pero la presidencia quedó a cargo de un periodista sin trayectoria militante (Mauricio Funes), que preservó la gestión económica neoliberal, el TLC y el dólar como moneda. Se embarcó en un idilio con Estados Unidos, que incluyó la participación en operativos externos y la presencia de ministros afines al Departamento de Estado.

Es evidente el estrecho margen de acción que cuenta un país tan pequeño y dependiente de las remesas (18% del PIB) que auxilian al 70% de las familias. Pero es indudable también que el gobierno acepta estos condicionamientos como datos inmodificables y refuerza un orden social opresivo. Algunos analistas sostienen que la derecha comienza a lograr en la posguerra, lo que no obtuvo en veinte años de sangrientas batallas. Se consolidan así los intereses y privilegios de los poderosos (Gutiérrez, 2014; Calvo Ospina, 2012).

¹ La primera visión en Boron (2013c); la segunda en Martínez (2013). Ver también Rosero (2013).

Un ejemplo más contundente de frustración política se ha verificado en Paraguay por la actitud timorata del ex presidente Fernando Lugo. Cuando la derecha le exigió la renuncia, tomó sus pertenencias y se volvió a casa. No ofreció resistencia al golpe. El contraste con la valiente actitud que adoptaron Correa o Zelaya fue mayúsculo.

Incluso el cuestionamiento diplomático que hizo el Mercosur a la asonada de Paraguay fue superior a la reacción del mandatario depuesto. Esa conducta coronó un gobierno signado por la vacilación. Lugo no avanzó en la reforma agraria en un país con el 85% de las tierras en manos de un 2% de propietarios, que expanden la frontera de la soja expulsando campesinos.

Los procesos latinoamericanos —que eluden la radicalización imaginando reformas que el capitalismo no tolera— conducen a la frustración. Frenan el avance de la izquierda y terminan facilitando el retorno de la derecha.

El papel del ALBA

Para enfrentar el acoso que desplegaron las empresas y bancos estadounidenses, Venezuela y Cuba crearon el ALBA. Aumentaron el intercambio mutuo para resistir esa presión. Acordaron mayor abastecimiento petrolero del primer país a cambio de servicios educativos y sanitarios del segundo y extendieron posteriormente este principio a una amplia gama de productos.

Los mismos mecanismos instrumentaron los países que se incorporaron posteriormente a la asociación (Bolivia, Nicaragua, Ecuador, Islas de Antigua, San Vicente, Granadinas). Han introducido formas de cooperación entre economías que priorizan el bienestar popular a la rentabilidad de los negocios. Con esos criterios se propicia un proyecto muy diferente a las iniciativas de integración latinoamericana basadas en la competencia y el mercado.

En el plano político el ALBA asumió un planteo de unidad antiimperialista. Propone romper con el sometimiento a Estados Unidos para afianzar la soberanía y facilitar los avances populares.

A diferencia de los TLC o el Mercosur, el ALBA es inconcebible sin un basamento en gobiernos revolucionarios o radicales. En este caso, existe una gran correspondencia entre el bloque latinoamericano en construcción y las presidencias de izquierda. Ese proyecto no podría subsistir sin esos pilares nacionales, puesto que ninguna clase dominante se mantendría en esta asociación si recupera el manejo de los gobiernos.

El ALBA y sus complementos (como TeleSUR) se inscriben en un horizonte popular con futuro si germinan los componentes anticapitalistas. Esa perspectiva exige la radicalización de los gobiernos nacionalistas enfrentados con el imperialismo y en conflicto con los capitalistas locales.

Pero la consolidación inmediata del ALBA enfrenta límites derivados del gran subdesarrollo imperante en las economías que participan de esta iniciativa. Existe sólo un país con recursos significativos (Venezuela) y su riqueza petrolera no es sinónimo de economía mediana o bases industriales. Mantiene un abismo con las potencias centrales y una brecha enorme con México, Brasil o Argentina.

Los gobiernos bolivarianos han implementado un uso externo muy progresista del petróleo. Asisten a las economías y poblaciones más necesitadas con medidas tendientes a socavar la dominación imperial. Pero esta acción no genera por sí misma desarrollo económico y no erradicará el atraso de los países tan afectados por la pobreza.

El ALBA no sólo auspicia valorables iniciativas de intercambio. Concibe una unidad de cuenta e intercambio (Sucre), con perspectivas de moneda común opuestas al modelo neoliberal del euro. La concreción efectiva de este proyecto desborda a esa articulación, puesto que se requieren áreas monetarias y respaldos en divisas de gran porte. Lo importante es cómo la asociación define una agenda económica potencialmente alternativa para toda la región, mientras avanza con nuevos tratados entre sus miembros (como Petrocaribe o Eco-ALBA).

Los integrantes de este bloque deben desenvolver su acción en la cornisa de complejos equilibrios. Venezuela se incorporó por ejemplo al Mercosur, propinando una derrota al veto que interponía Estados Unidos a través de Paraguay. Pero esta decisión de protección política conlleva el costo de aceptar la adversa competencia de los bienes importados sin arancel desde Brasil.

En el plano geopolítico los gobiernos del ALBA han jugado un rol revulsivo con permanentes iniciativas contra la presencia militar estadounidense (como la promovida por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca). Han desarrollado campañas de denuncia y movilización frente a todas las agresiones del imperio. El sostén de la resistencia hondureña, el auxilio humanitario de Haití y el auspicio de las negociaciones de paz en Colombia son tres ejemplos significativos.

Los gobiernos del ALBA han cumplido también un rol de vanguardia en el sostén de los perseguidos por ejercer la libertad de prensa. Ecuador ofreció asilo a Julian Assange, enfrentando la cruzada que

emprendieron Estados Unidos y Gran Bretaña, para acallar al comunicador que destapó las grandes manipulaciones de la diplomacia.

Luego Bolivia, Nicaragua y Venezuela abrieron sus puertas al recibimiento de Edward Snowden, el otro perseguido por ilustrar al mundo cómo operan las redes de espionaje imperial. Esta solidaridad ha sido coherente con gobiernos que soportan bombardeos de injurias por parte de las grandes cadenas de la comunicación global.

El Mercosur y el ALBA constituyen dos proyectos muy diferenciados, a pesar de compartir espacios comunes (como Celac o Unasur). La primera asociación busca remodelar el capitalismo en torno a pilares regionales más autónomos y la segunda motoriza una acción antiimperialista con perspectivas de poscapitalismo.

Esta divergencia se traduce en actitudes muy opuestas frente a la intervención popular. En contraposición a los gobiernos del Mercosur, los presidentes del ALBA suelen acompañar los encuentros entre mandatarios con foros de discusión militante (“Cumbres de los Pueblos”).

En esas actividades participa una generación de militantes que rehabilita al socialismo e impugna abiertamente al capitalismo. Han comenzado a formular propuestas de acción continental para avanzar hacia la unidad latinoamericana, conquistando soberanía financiera, alimentaria y de recursos naturales (Movimientos Sociales del ALBA, 2013).

Dimensiones en conflicto

Para evaluar lo ocurrido en la última década hay que integrar todas las dimensiones de los procesos en curso. Las transformaciones políticas en la región aparecieron en un marco de continuada especialización primario-exportadora. Hay mayor diversidad de gobiernos y mayor predominio del mismo de patrón de reproducción.

El análisis de esta contradicción es eludido, tanto por las visiones que postulan la existencia de una “etapa posliberal”, como la vigencia de un “Consenso de *commodities*”. El primer enfoque remarca la vigencia de un período signado por la política exterior independiente, la multiplicación de gobiernos progresistas y el retroceso de la derecha (Sader, 2013). El segundo término resalta el reforzamiento uniforme de modelos centrados en la exportación de bienes primarios (Svampa, 2013).

Ambas categorías contienen una parte de la verdad, pero no explican el escenario regional. Para entender por qué Venezuela y México transitan por rumbos tan distintos en contextos semejantes, hay que distin-

guir los condicionantes económicos de los determinantes político-sociales. El patrón de reproducción da cuenta de la estructura productiva y la inserción internacional de cada economía. Pero los gobiernos deben ser caracterizados con otro instrumental. Emergen de la historia y tradición política de cada país, en correspondencia con las necesidades de las clases dominantes y los desenlaces de la lucha social.

Las dos dimensiones están muy relacionadas y las mutaciones de un plano inciden directamente sobre el otro. Pero esos cambios no se procesan al mismo ritmo, ni en la misma dirección. En la última década las grandes transformaciones políticas de América Latina incidieron en forma muy limitada sobre la esfera económica. Trastocaron el contexto ciudadano de algunos países sin alterar su esquema de reproducción.

Este resultado confirma que la acción de un gobierno tiene efectos acotados sobre la acumulación capitalista. Una administración derechista se amolda por completo al pilar neoliberal, otra centroizquierdista afronta conflictos y un proceso radical choca con esos fundamentos. En un caso prevalece la sintonía, en otro la convivencia y en un tercero la contraposición. Pero la modificación de un patrón económico y un tipo de inserción internacional van mucho más allá de los presidentes y sus políticas económicas.

Es importante diferenciar estos niveles de análisis para integrarlos en una caracterización totalizadora. Los triunfos populares contra el neoliberalismo no determinan un paisaje posneoliberal y la continuada especialización primario-exportadora no diluye en un *status* común a todos los gobiernos.

Esta desincronización entre política y economía que se verifica en América Latina deriva en última instancia de la existencia de rebeliones populares victoriosas, que limitaron el alcance regresivo del neoliberalismo sin sepultarlo. Las dualidades de la región se explican por la dinámica de levantamientos, que no fueron derrotados pero tampoco devinieron en revoluciones anticapitalistas triunfantes. Este resultado intermedio se refleja en la variedad de gobiernos.

Pero dualidad no es sinónimo de indefinición y las tendencias en pugna deberán dirimirse. Los gobiernos del ALBA sólo pueden alcanzar metas progresistas si se radicalizan, confrontan con las clases dominantes y comienzan a erradicar el patrón primario-exportador. La llave maestra de este viraje se ubica en la transformación revolucionaria del Estado. Si este giro se demora, los dominadores tendrán tiempo para inducir el declive de las experiencias radicales y forzar su derrocamiento o neutralización.

La respuesta a la pregunta inicial sobre el carácter más autónomo o dependiente de Latinoamérica quedará zanjada en esos desenlaces. Las dualidades de la región han perdurado pero no pueden eternizarse y suscitan intensas discusiones sobre el devenir de la región. Estas controversias reavivan ante todo una vieja batalla de ideas con el liberalismo.

II

NEOLIBERALISMO

4. Ortodoxos y convencionales

¿Cuáles son las peculiaridades del neoliberalismo en América Latina? ¿Alcanzó mayor penetración que en los países centrales? ¿Registra un declive superior al resto del mundo?

Es sabido que esta modalidad reaccionaria fue introducida en la región con cierta antelación. Las dictaduras del Cono Sur anticiparon en los años setenta la oleada derechista que posteriormente se afianzó en el grueso del planeta. Pero Latinoamérica ha sido también el epicentro de grandes resistencias populares, que propinaron significativas derrotas a ese aluvión conservador. Una revisión de la trayectoria e ideología del neoliberalismo permite explicar muchas especificidades de la región.

Caracterizaciones generales

Las primeras discusiones internacionales sobre el neoliberalismo destacaron las raíces teóricas de esta corriente en el pensamiento económico neoclásico. También explicaron su aparición por el agotamiento del crecimiento keynesiano de posguerra y resaltaron sus objetivos políticos regresivos. El neoliberalismo fue definido en los años ochenta como una ofensiva del capital sobre el trabajo para recomponer la tasa de ganancia (Hirsch, 1999).

En la década siguiente se constató la hegemonía ideológica mundial alcanzada por esta vertiente. A pesar de los magros resultados económicos logrados durante ese decenio, la derecha se reforzó aprovechando el debilitamiento de los sindicatos y el desasosiego creado por la fractu-

ra social. El neoliberalismo expandió su influencia e implementó una drástica reconversión de la economía.

La expectativa en un rápido declive de esta corriente fue disipada por la implosión de la Unión Soviética y la crisis del horizonte socialista. Las tendencias conservadoras obtuvieron un impulso adicional con la anexión de Alemania Oriental, el amoldamiento de la Unión Europea a la globalización y la demolición del Estado de bienestar (Anderson, 1995-1996; 2003; 2009).

La crisis económica iniciada en el 2008 abrió grandes interrogantes sobre la continuidad del modelo privatista. Esta convulsión superó las conmociones financieras precedentes e ilustró la magnitud de los desequilibrios creados por el neoliberalismo. Pero la preeminencia de este ciclo se mantuvo (Harvey, 2013).

Su persistencia se ha verificado en todos los acontecimientos de la coyuntura de 2008 a 2014. La etapa que comenzó con el thatcherismo transformó el funcionamiento del capitalismo mediante privatizaciones, aperturas comerciales y flexibilizaciones laborales. Este esquema intensificó la competencia global por aumentos de la productividad desgajados del salario que amplifican todas las tensiones de la producción, el consumo y las finanzas.

En los últimos años, este modelo profundizó los atropellos contra los trabajadores en contextos recesivos que potencian el temor a la miseria. La desigualdad social alcanzó niveles sin precedentes, la pobreza se expandió en las economías centrales y la precarización laboral se masificó en todo el planeta.

El neoliberalismo converge con la internacionalización de la economía. La fragmentación mundial de los procesos de fabricación y el desplazamiento de la industria hacia al Oriente consolidan la primacía de las empresas transnacionales. Las grandes firmas utilizan las normas del librecomercio y los bajos aranceles para desenvolver intercambios entre sus filiales. Estos movimientos apuntalan, además, la globalización financiera y el vertiginoso flujo de capitales entre los distintos países.

Las transformaciones neoliberales han generando un modelo que opera con parámetros muy distintos al keynesiano de posguerra. Ese esquema desencadena crisis muy específicas, que ya no irrumpen como arrastres de viejos desequilibrios de los años setenta. Al cabo de tres décadas de reorganización capitalista se han creado nuevas contradicciones en múltiples esferas.

El neoliberalismo contrajo los ingresos populares, afectó la capacidad de consumo, incrementó la sobreproducción de mercancías y agravó

varias modalidades de sobreacumulación de capital. Acentuó, además, un deterioro del medio ambiente que amenaza con desatar inéditos desastres ecológicos.

En el plano geopolítico este curso ha precipitado un rediseño de fronteras que contrasta con el congelado mapa de la Guerra Fría. Ya transitó por fases diferenciadas de bipolaridad, unipolaridad y multipolaridad en las relaciones que mantienen las grandes potencias. Pero todos los conflictos entre las clases dominantes se procesan en un nuevo marco de negocios globalizados.

El neoliberalismo perdura por el retroceso que impuso a los trabajadores. Se sostiene en el cansancio político que genera la alternancia de conservadores y socialdemócratas en la administración del mismo modelo. Todo indica que la reversión de esta etapa exigirá grandes victorias populares impuestas desde abajo.

En un escenario de este tipo, ¿cuáles son las peculiaridades de América Latina?

Justificaciones y períodos

A mitad de los años setenta, el neoliberalismo latinoamericano anticipó todas las tendencias de los países desarrollados. Ese paradigma se forjó en Chile bajo la dictadura de Augusto Pinochet, con el asesoramiento económico ortodoxo de los economistas Friedrich von Hayek y Milton Friedman. Allí se experimentó la doctrina que posteriormente aplicaron otras dictaduras de la región.

Estos ensayos no se extinguieron con el fin de los gobiernos militares. El neoliberalismo fue convalidado por los regímenes constitucionales que sucedieron a las tiranías del Cono Sur. Esta continuidad afianzó las transformaciones estructurales introducidas por el modelo derechista.

La prioridad del neoliberalismo en la región fue desterrar la influencia alcanzada por la izquierda y el nacionalismo radical al calor de la Revolución Cubana. También arremetió contra la heterodoxia keynesiana de varios pensadores de la CEPAL.

Su cruzada contra las reformas sociales, la redistribución del ingreso y la defensa del patrimonio nacional signó todo el período de transición posdictatorial. Con algunos cambios de formato fueron convalidadas las principales mutaciones regresivas impuestas por los militares.

En el plano económico el neoliberalismo latinoamericano atravesó por dos etapas diferenciadas. En los años ochenta, prevalecieron las “reformas de primera generación” con prioridades de ajuste antiinflacionario. En el decenio siguiente predominó el “Consenso de Washin-

gton” con transformaciones complementarias de apertura comercial, privatizaciones y flexibilización laboral.

En el primer período se introdujeron políticas de *shock* para recortar el gasto público social y elevar las tasas de interés. Estas medidas fueron justificadas con criterios neoclásicos de equilibrio que realizaban la primacía del mercado en la asignación de los recursos (Nahon, Rodríguez y Schorr, 2006).

Estos postulados walrasianos fueron esgrimidos para exaltar el reinado de la oferta y la demanda y cuestionar la injerencia estatal. Todos los debates fueron encapsulados en conceptos neoliberales. Abundaron los estudios para mensurar el aporte de cada “factor” (tecnología, recursos naturales, capital humano) al crecimiento. Las evaluaciones de los procesos productivos fueron despojadas de sus fundamentos sociales y la enseñanza de economía quedó reducida a una indagación de relaciones funcionales entre variables inexplicadas (Olivera, 2010).

La ideología neoliberal incentivó esa fascinación con la formalización y el tratamiento de la economía como un sistema mecánico, sujeto a los ajustes aconsejados por los técnicos neoclásicos. Toda la tradición latinoamericana de estudios históricos-sociales quedó sepultada por el aluvión de especialistas llegados desde Washington y Chicago. El análisis de las contradicciones, desequilibrios o límites de la economía latinoamericana fue reemplazado por espejismos tecnocráticos.

En este clima se gestó la segunda fase neoliberal. Se afirmó que el saneamiento del escenario macroeconómico regional ya permitía abrir las compuertas de la eficiencia, desmantelando empresas estatales y eliminando protecciones arancelarias.

A partir de ese momento cobró más relevancia la vertiente austríaca de la teoría neoclásica. Las supersticiones en la mano invisible fueron complementadas con propuestas de darwinismo social competitivo. Se incentivó el remate de las propiedades del Estado y la apertura masiva a las importaciones. Con el pretexto de restaurar patrones de riesgo, esfuerzo y productividad se propició la reducción de los ingresos populares y el aumento de la desigualdad.

El *establishment* transformó estos principios en un libreto de toda la sociedad. El mismo relato fue expuesto por los gobernantes, transmitido en las escuelas, enaltecido en las universidades y popularizado por los medios de comunicación. La organización ultra liberal Mont Pelerin Society y sus Centros de Estudios de la Libertad (CDEL) introdujeron muchas ideas para esta contrarreforma.

Crisis y fracasos

Al comienzo del nuevo siglo irrumpió la crisis del neoliberalismo latinoamericano. Los desequilibrios generados por ese modelo salieron a flote en toda la región junto a la creciente primacía del sector exportador en desmedro del desenvolvimiento interno. Aumentó la heterogeneidad estructural de la economía y se concentraron las actividades más rentables en un puñado de empresas. La capacidad del Estado para priorizar las decisiones de inversión quedó muy debilitada (Vidal y Guillen, 2007).

Las dos etapas neoliberales de ajuste y apertura no sólo deterioraron los ingresos populares. También provocaron la desintegración de la vieja industria local gestada durante la sustitución de importaciones. Se acentuó la vulnerabilidad de todas las economías ante la descontrolada afluencia o salida de capitales externos. También se intensificó la dependencia del vaivén internacional de los precios de las materias primas.

Las economías latinoamericanas volvieron a soportar la carencia estructural de divisas. No pudieron respaldar las reservas, ni mantener bajo control el tipo de cambio, la tasa de interés o el nivel de inflación. Cuando estos desequilibrios emergieron, los ministros pro-mercado abandonaron sus doctrinas y recurrieron al mismo endeudamiento que caracterizó a sus antecesores.

Todas las prédicas de ortodoxia fiscal, cuidado monetario y prudencia en la expansión de la deuda pública fueron archivadas. Se optó por el costoso crédito externo para lidiar con las asfixias generadas por el propio modelo. En muy poco tiempo los mitos del rigor neoliberal en el gerenciamiento del Estado quedaron desmentidos. Esta política desembocó en la misma asfixia de pagos que ha jaqueado repetidamente a la región (Guillen, 2007).

Varios años de privatizaciones y flexibilidad laboral recrearon las crisis financieras, los quebrantos fiscales, las fugas de capital y los colapsos cambiario-monetarios del pasado. El desplome de la Argentina en el 2001 fue la expresión más dramática de esta repetición de viejas convulsiones.

El neoliberalismo mantuvo un bajo nivel de actividad económica. La ilusión en un repentino despegue por el simple efecto de políticas conservadoras quedó desmentida. El recorte de los salarios y del gasto social no incentivó la inversión; las privatizaciones tampoco encendieron la mecha del crecimiento.

En todo el período estuvo ausente el esperado derrame de bienestar desde los acaudalados hacia el resto de la población. Sólo resurgieron los breves ciclos de mayor consumo de la clase media. Fue muy visible el acaparamiento de ingresos de los poderosos a costa de los trabajadores.

El balance del neoliberalismo es contundente en los propios términos de ese esquema. Pretendía revertir el bajo crecimiento y mantuvo un reducido nivel de expansión de la economía. Esperaba eliminar las crisis financiero-cambiarías y agravó esos desmoronamientos. Prometía erigir una plataforma duradera de inversión y acentuó la distancia de la región con los países que incrementaron su desarrollo.

Los intentos de remontar estos fallidos con alguna dosis de la misma medicina terminaron precipitando las crisis mayúsculas de principio de siglo XXI. Estas convulsiones confirmaron que las clases dominantes atropellaron las conquistas populares, sin convertir esos éxitos capitalistas en procesos sostenidos de acumulación (Katz, 2006b).

Los propios impulsores del liberalismo extremo quedaron defraudados por un retroceso económico que deterioró la incidencia de América Latina en el mercado mundial. La cohesión política inicial del proyecto derechista se diluyó y el modelo afrontó su desafío más directo a partir de las sublevaciones populares de 1999-2005.

Rebeliones y virajes

El neoliberalismo latinoamericano fue socavado por levantamientos sociales parcialmente exitosos. Este resultado determinó la principal singularidad del proyecto en la región. Las protestas pusieron un límite a la ofensiva del capital, especialmente luego de alzamientos victoriosos (en Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela) que tumbaron a los artífices del ajuste.

Las rebeliones no alcanzaron la envergadura de las revoluciones del siglo XX, pero modificaron las relaciones de fuerza y forzaron concesiones sociales que contradicen el programa de Thatcher-Hayek. Estas conquistas erosionaron el plan de la reacción y generaron un escenario que diferencia a Sudamérica de otras zonas con predominio neoliberal continuado (Katz, 2008c).

En este nuevo marco la derecha ajustó su estrategia e introdujo una variante más moderada del mismo modelo. Este curso incluye discursos éticos, cierta intervención del Estado y alguna sintonía con la síntesis neoclásico-keynesiana de posguerra (Herrera, 2010).

La retórica que adoptó el Banco Mundial es muy representativa de este cambio. Los promotores del ajuste han edulcorado sus recetas y esgrimen una hipócrita preocupación por la pobreza. Reconocen las “fallas de mercado” y promueven alguna regulación del Estado para corregir los excesos de la concurrencia (Burkett y Hart-Landsberg, 2003).

Los informes de los organismos internacionales ya no presentan la radicalidad neoclásica de los años ochenta o noventa. Reconocen las imperfecciones mercantiles y destacan la primacía de la acción estatal en ciertas

áreas (medio ambiente, capital humano, infraestructura). Estos mensajes combinan el acervo ortodoxo con la intervención pública y proponen nuevos remedios para las rigideces de los precios y las trabas en la circulación de la información.

Este neoliberalismo más atenuado también remarca la importancia del asistencialismo. Acepta el gasto público para contener la explosión de pobreza como un precio a pagar durante la transición en curso. Supone que esa erogación será pasajera y se extinguirá cuando el modelo genere más empleo. En los hechos registra el enorme impacto de grandes sublevaciones que atemorizaron a los capitalistas.

El neoliberalismo del siglo XXI ha morigerado su entusiasmo inicial con la globalización. Ya no transmite el espíritu triunfalista del “fin de la historia” que anunciaba Fukuyama, ni se vanagloria por las “victorias de Occidente”. Acepta la existencia de una mayor variedad de caminos al bienestar que la simple imitación de Estados Unidos o Europa.

También destaca la incidencia de los valores imperantes en Oriente que facilitaron los despegues de China y el Sudeste Asiático. Resalta la centralidad cultural de la comunicación global y subraya su novedosa influencia para incentivar el desenvolvimiento de la periferia.

El neoliberalismo actual ha incorporado además varias teorías de crecimiento endógeno, que realzan la necesidad de inversiones públicas para financiar los procesos de innovación. La tecnología ya no es vista como un bien público, neutral y exógeno, que puede ser absorbida por cualquier concurrente atento a la señales del mercado.

Pero ninguno de estos agregados, sutilezas o complementos ha modificado las conclusiones regresivas del neoliberalismo. Estos corolarios se mantienen tan invariables, como las convocatorias a garantizar los negocios de los poderosos. La prioridad de políticas “amigables” hacia el capital mediante aperturas comerciales, privatizaciones y flexibilidad laboral no ha cambiado. El mismo recetario persiste con un nuevo envase de presentación.

Variedad de sentidos

Al comienzo del siglo XXI el neoliberalismo perdió la homogeneidad que caracterizó a su debut. El término adoptó múltiples connotaciones y la definición previa de ofensiva del capital sobre el trabajo quedó referida a cuatro problemas específicos.

En primer lugar, existe una interpretación de este fenómeno como nueva etapa del capitalismo. Esta acepción alude al período transcurrido desde los años ochenta hasta la actualidad a escala global. La peculiaridad

de América Latina en esta fase ha sido su inserción internacional como proveedora de materias primas. El neoliberalismo aporta la justificación de este modelo exportador con primacía agro-minera, pilares extractivistas, fabricación maquiladora y servicios transnacionalizados. Todos los gobiernos de la región comparten este patrón de reproducción primario-exportador.

Un segundo sentido del neoliberalismo reúne a los países que han optado por estrategias de librecomercio. México lidera este pelotón desde la suscripción del NAFTA con Estados Unidos y Canadá hace veinte años. Su economía ha quedado moldeada por las consecuencias de un tratado que reforzó la integración del país a la potencia del norte, como proveedor de petróleo y mano de obra barata.

Pero el ambicioso proyecto estadounidense de forjar un mercado hemisférico para las grandes empresas (ALCA) se frustró. Las resistencias populares, la disconformidad de ciertos sectores empresarios y el rechazo de los gobiernos más autónomos alineados con el Mercosur neutralizaron ese intento en el 2005 (Cumbre de Mar del Plata).

Desde ese momento la promoción imperial de un gran tratado de libre comercio ha quedado sustituida por convenios bilaterales suscriptos con los gobiernos más afines. Varios TLC se consolidaron, otros se demoraron y algunos quedaron bloqueados. Pero un enjambre de acuerdos ya enlaza a Estados Unidos con el grueso de la región centroamericana y con varios países del sur (Chile, Colombia o Perú).

En los últimos años, Obama retomó la ofensiva para introducir un convenio general de librecomercio (Tratado del Pacífico), tendiente a gestar cierta triangulación mundial con Europa y Asia. También las firmas europeas impulsaron sus propias negociaciones e intentan erosionar el Mercosur forjando acuerdos unilaterales con Brasil (Hagman, 2014). Las mismas tratativas de Europa con Ecuador apuntan a extender el sometimiento comercial que ya impera en Perú o Colombia. En el caso de Uruguay las negociaciones incluyen un drástico compromiso de apertura comercial y equiparación de los proveedores nacionales del Estado con sus competidores externos (León, 2014; Elías, 2014).

Esta oleada de presiones no sólo recrea las rivalidades entre europeos, estadounidenses y chinos por el control de los recursos naturales de la región. El libre comercio es un mecanismo de la mundialización que promueven todas las potencias. Cuanto más elevado sea el número de convenios suscriptos por la región, mayor será su subordinación a un modelo que bloquea el desarrollo latinoamericano.

La tercera acepción del neoliberalismo alude a una política económica de ortodoxia monetaria, fiscal y cambiaria con variantes monetaristas y

ofertistas. Pero la crisis global del 2008 ha generado importantes cambios en esta práctica. Muchos neoliberales olvidaron los principios de riesgo y competitividad, justificando los auxilios estatales a los bancos.

Esta adaptación pragmática al temblor financiero no presenta hasta el momento la magnitud observada en las economías centrales. La región no padeció desmoronamientos bancarios, ni explosiones de endeudamiento. Persiste el ascenso de los precios de las *commodities* (en forma atenuada) y también la afluencia de inversiones extranjeras. Por esta razón se implementan políticas contracíclicas de gasto público e impulso al consumo. Los ministros neoliberales han recurrido a estas recetas con el mismo fervor que sus adversarios heterodoxos, especialmente en Chile, Colombia, México o Perú.

Ciertamente existe un tipo de política económica singular del neoliberalismo que se contrapone al patrón keynesiano. El signo determinante de esta orientación no es la gravitación del Estado, sino la jerarquía asignada a las privatizaciones, la apertura comercial y la flexibilización laboral. También se prioriza el gerenciamiento privado y las inversiones extranjeras como sustitutos del ahorro interno.

¿Cuáles son los intereses sociales favorecidos por esa política? Es evidente que beneficia a los capitalistas en desmedro de los trabajadores, pero no es tan nítido su apuntalamiento de sectores burgueses específicos. Algunos autores subrayan las ventajas obtenidas por los rentistas financieros y otros resaltan el sostén general de los grupos concentrados (Salama, 1998; Martins, 2005).

Es evidente que el neoliberalismo mejoró inicialmente el perfil de los sectores financieros y afianzó posteriormente los negocios agro-mineros volcados a la exportación. Ha obstruido, en cambio, los procesos de acumulación de las fracciones industriales más dependientes del mercado interno.

Evaluaciones combinadas

El cuarto sentido del neoliberalismo es su dimensión política. En este plano se identifica con los gobiernos derechistas subordinados a Estados Unidos, que recurren a la represión para apalea la protesta popular. Es la estrategia elegida por el PAN y el PRI que ensangrentaron a México en una guerra social bajo la cobertura de “erradicar el narcotráfico”. También aquí se ubican los mandatarios de Colombia que acumulan un récord de persecuciones y asesinatos de luchadores sociales.

En ese mismo campo deben ser situados los presidentes de Perú que privilegian la respuesta represiva frente a las resistencias al extractivismo.

Es la misma política que han seguido en Chile los líderes de la Concertación, manteniendo los pilares de la Constitución pinochetista. El uso de la fuerza es también un rasgo compartido por los presidentes privatistas de Centroamérica.

Todos estos gobiernos desarrollan agendas reaccionarias apuntaladas por los medios de comunicación. Priorizan especialmente la difusión de valores conservadores para oponer a las clases medias con los sectores más empobrecidos.

Pero este neoliberalismo político ha perdido el empuje triunfalista que exhibía en los años noventa. Sólo mantiene una gran capacidad para lanzar contraofensivas. En los últimos años, recurrió al golpismo con disfraz institucional para derrocar a un presidente tibiamente reformista en Paraguay y para tumbar un mandatario aliado del chavismo en Honduras.

La derecha igualmente fracasó en las acciones destituyentes para desplazar a los presidentes de Venezuela y Bolivia. Esta incapacidad para imponerse en los principales países en disputa ilustra los límites de la reacción. Habrá que ver cómo impacta el reciente afianzamiento electoral de la derecha en Colombia, el giro conservador de varios gobiernos de centroizquierda y el resultado de importantes elecciones en curso.

El rumbo estadounidense es el principal condicionante de cualquier acción significativa del neoliberalismo regional. La primera potencia mantiene su influencia en la zona desplegando fuerzas militares en Colombia. El margen de intervención directa de los *marines* ha quedado recortado, pero la función geopolítica de América Latina para el imperio no ha cambiado. En la nueva realidad de Unasur y Celac el imperio ensaya distintos caminos para restablecer su injerencia.

El neoliberalismo regional debe ser analizado evaluando esta variedad de procesos, puesto que presenta cuatro dimensiones diferenciadas: a) etapa del capitalismo; b) estrategia de librecomercio; c) política económica; y d) gobiernos derechistas. Es muy importante distinguir esos niveles a la hora de establecer un balance.

A diferencia de otras regiones no hay respuesta simple para definir si el modelo derechista se encuentra a la ofensiva o en repliegue. Existen varios gobiernos en conflicto con este curso y se han obtenido triunfos populares que limitaron su predominio. Pero todas las administraciones actuales comparten el mismo patrón primario-exportador de inserción en la mundialización.

Librecomercio y globalización

Los neoliberales contemporáneos retoman la vieja caracterización del librecomercio como llave maestra del desarrollo. Afirman que es la manera más directa de reducir la pobreza y la inequidad.

Pero olvidan que la implementación de este principio en América Latina desembocó en la primacía de exportaciones agro-mineras e importaciones industriales. Esa asimetría condujo al subdesarrollo y a la inserción dependiente en el mercado mundial.

Los defensores del librecomercio ignoran esta trayectoria histórica. Olvidan que Inglaterra optó por esa estrategia cuando ya era dominante a escala mundial. Tampoco recuerdan que el comercio irrestricto fue evitado por Estados Unidos, Japón o Alemania en el debut de su desenvolvimiento industrial. Sólo aceptaron parcialmente esa orientación cuando lograron alta productividad en los sectores sujetos a la competencia global (Bairoch, 1999).

Todas las economías desarrolladas impusieron normas de librecomercio a la periferia para asegurar la colocación de sus exportaciones industriales. Lejos de constituir un instrumento de prosperidad para las naciones atrasadas, esa apertura introdujo obstáculos a la diversificación económica y al crecimiento de la periferia. América Latina padeció el fortalecimiento de las oligarquías rentistas y el bloqueo a la acumulación sostenida de capital.

Los neoliberales contemporáneos retoman las viejas críticas al proteccionismo, señalando que impide aprovechar las ventajas comparativas de cada país. Sitúan esas conveniencias en la agricultura o en la minería, como si América Latina cargara con un mandato divino de provisión de materias primas a los países desarrollados.

No registran el evidente beneficio que aportó ese *status* internacional a las economías ya industrializadas y la adversidad que impuso a las naciones periféricas. Mientras que el primer tipo de países pudo desenvolver intensos procesos de expansión fabril, el segundo grupo quedó relegado a un estadio básico de exportador primario.

Es absurdo suponer que cualquier economía puede mejorar su perfil, reforzando su colocación “natural” en la división internacional del trabajo. El desarrollo exige lo contrario: lidiar con la adversidad de los condicionamientos externos.

Ningún país latinoamericano puede convertirse espontáneamente en una economía avanzada, sin modificar la matriz histórica que obstruyó su desenvolvimiento productivo. Esa estructura genera transferencias de recursos hacia los países desarrollados y reproduce distintas modalidades del atraso (Osorio, 2009).

Las ingenuidades librecambistas perdieron influencia durante la segunda mitad del siglo pasado con la industrialización de México, Brasil y Argentina. Pero las limitaciones y fracasos de los modelos de sustitución de importaciones reavivaron las creencias previas en los beneficios de la apertura comercial.

Esas ilusiones han encontrado un nuevo techo. Los efectos devastadores de la desprotección padecida por América Latina en las últimas dos décadas afectaron seriamente la credibilidad de los mitos librecambistas. Salta a la vista cómo la disminución de las tarifas aduaneras desmorona a las industrias locales, frente al aluvión de importaciones fabricadas en el exterior.

Los neoliberales igualmente realzan los beneficios de la globalización. Afirman que la apertura de las fronteras para la circulación del capital favorecerá a las economías relegadas, al inducir una traslación de fondos desde los países con altas dotaciones de capital hacia las economías subdesarrolladas.

Pero si esa tendencia fuera tan dominante ya habría irrumpido en el pasado. La existencia de un mercado mundial no es una novedad del siglo xx. Arrastra varias centurias de experiencias que nunca derivaron en equilibrios de la acumulación.

Teorías de la convergencia

El desenvolvimiento capitalista no está regulado por sencillos movimientos de capitales excedentes hacia los países empobrecidos. Es pura ensoñación suponer que las empresas transfieren espontáneamente fondos de Suiza hacia el Congo o de Alemania hacia Ceylán, en escenarios de capitales sobrantes en un polo y faltantes en el otro.

El sistema se reproduce siguiendo otros patrones de rentabilidad determinados por múltiples factores. La localización del capital es definida por los costos, los mercados y las expectativas en el comportamiento de las monedas, las tarifas o los salarios.

La fantasía globalista supone que esa compleja estructura histórica del capitalismo ha quedado abruptamente disuelta por el afianzamiento de idearios neoclásicos. Transforman esos imaginarios en realidades normativas que nadie logra corroborar (Lipietz, 2013).

Es cierto que la liquidez global fluye con más rapidez e intensidad que en el pasado, pero de la mano de empresas transnacionales que relocalizan su producción en ciertas regiones ya enlazadas con el capital global. Sólo en esas condiciones usufructúan la baratura, el adiestramiento o el sometimiento de la fuerza de trabajo.

Pero tampoco esos movimientos equiparan los acervos nacionales de capital. Generan fracturas y polarizaciones que segmentan al capitalismo en un nuevo orden de perdedores y ganadores, con centros, semiperiferias y periferias.

El esquema de las ventajas comparativas desconoce la existencia de obstáculos elementales al logro de equilibrios mundiales. Ignora la nueva secuencia de polaridades que caracteriza a cualquier reorganización del mercado global. Un hipotético curso de aproximación de África Subsahariana con Europa del Norte o de Centroamérica con Estados Unidos generaría fracturas de mayor alcance que las brechas a reducir. Estos desniveles serían propios de la acumulación y obstruirían los empalmes que imagina la teoría neoclásica.

El librecambismo neoliberal promueve políticas reaccionarias con supuestos banales. Reivindica la desigualdad social, celebra la mercantilización de la acción humana, glorifica el consumismo e incentiva un ejercicio despiadado de la competencia individualista.

También afirma que la revolución de las comunicaciones achicó el planeta, facilitando la concreción del ideal neoclásico de un mercado perfecto. Supone que una vez reducidas las barreras interpuestas por los Estados nacionales, nada impedirá la plena circulación del capital, la transparencia total y la asignación óptima de los recursos a escala mundial.

En estas condiciones el librecomercio aseguraría el desarrollo, al erradicar las trabas que en el pasado obstruyeron la movilidad del capital y del trabajo. Los economistas más ortodoxos (Barro, Sala I Martín, Williamson) y sus instituciones (FMI, Banco Mundial) recurren a esa teoría de la convergencia global, para justificar su promoción de políticas de apertura.

Pero esas afirmaciones no aportan ninguna novedad al conocido libreto de los rendimientos decrecientes en el centro, que deberían incentivar el despegue de la periferia. En esta hipótesis de convergencias entre economías atrasadas y adelantadas se inspiraron todas las teorías metropolitanas del desarrollo (Weeks, 2001; Arrighi, Korzeniewicz, Consiglio y Moran, 1996).

Durante décadas los neoclásicos ensayaron una “econometría de la convergencia” para intentar corroborar el achicamiento de las brechas estructurales entre el centro y la periferia. Pero con gran frecuencia esos estudios confundieron movimientos financieros coyunturales con tendencias de largo plazo.

Además construyeron modelos muy arbitrarios, atribuyendo el secreto del empalme global al comportamiento virtuoso de cierto factor (educa-

ción, tecnología, gestión). Aislaban ese elemento de la dinámica general de la acumulación buscando demostrar la preeminencia de tendencias hacia la equivalencia global. Pero estos procesos sólo se verificaban en la nebulosa de un razonamiento abstracto.

Frente a las inconsistencias de ese procedimiento algunos teóricos neoclásicos optaron por introducir una tesis sustituta de “convergencia condicional”. Postularon únicamente el empalme entre países con parámetros tecnológicos, institucionales o legales similares.

Pero con esta enmienda diluyeron los interrogantes a dilucidar. Ya no se supo quién converge y cuál sería la explicación de ese proceso. Al introducir una restricción más acotada abandonaron de hecho el presupuesto previo. Recurrieron a una hipótesis de “segundo mejor”, para exponer tautologías de convergencias entre economías que ya empalmaban previamente (Moncayo Jiménez, 2004).

Raíces ideológicas regionales

El pensamiento neoliberal contemporáneo combina fundamentos económicos neoclásicos con actualizaciones de la historiografía liberal. Esta concepción nutrió la ideología de las clases dominantes latinoamericanas desde la Independencia hasta la crisis de 1930. Recreó los mitos del colonialismo y retomó todos los supuestos de superioridad del colonizador europeo sobre los indígenas y los esclavos.

Las versiones más básicas de esa teoría repitieron los prejuicios iniciales propagados por los conquistadores de América. Esos enfoques concebían al nuevo continente como una región estructuralmente atrasada por la gravitación de imperativos climáticos adversos. Suponían que esos condicionamientos impedían a los nativos desenvolver la agricultura y el comercio. Por eso postulaban superar la barbarie regional con un padrino externo.

Durante tres siglos esta concepción difundió creencias de supremacía occidental. Divulgó la imagen de un nuevo continente dotado de excepcionales riquezas y pobladores incapacitados para aprovecharlas. Europa quedó identificada con la introducción de la civilización en un continente previamente divorciado de la historia humana.

Con estas ideas colonialistas se justificó la explotación impuesta a los pueblos originarios. El indio era sinónimo de salvajismo y su evangelización era presentada como un correctivo de ese primitivismo. Esa redención incluía el trabajo servil en las minas y en todas las haciendas creadas a partir de la usurpación de las tierras comunales.

Estos mismos preceptos fueron utilizados para introducir esclavos africanos en las regiones con poblaciones originarias diezmadas. La brutali-

dad de estas prácticas era maquillada con mensajes de padrinzgo tutelar sobre las razas inferiores (Chavolla, 2005).

El pensamiento radical del siglo XIX confrontó con estas teorías de glorificación colonial. Pero el liberalismo conservador de las oligarquías criollas retomó todos los diagnósticos de incapacidad de los nativos. Estos principios fueron utilizados por los terratenientes y comerciantes locales para afianzar su dominación. Con esos pilares gestaron naciones formalmente soberanas y económicamente dependientes del capitalismo británico.

La derrota de las corrientes democrático-radicales al concluir las guerras de la Independencia facilitó la consolidación de los prejuicios eurocentristas. Aparecieron nuevas explicaciones que atribuían el subdesarrollo no sólo a la gravitación previa de culturas indígenas. También fue impugnado el débil liberalismo de la tradición española.

En ese contexto el desprecio por el retraso indígena fue combinado con cuestionamientos al proteccionismo hispánico. La fascinación por la cultura inglesa (y francesa) condujo al repudio de lo identitario y al rechazo de la propia singularidad mestiza de la región (Devés Valdés, 2005).

La idealización del Viejo Continente se reforzó en todos los planos. Europa fue identificada con la racionalidad y el desarrollo de la ciencia. Con este bagaje de creencias se promovió la incorporación de los países latinoamericanos a un desenvolvimiento guiado por la locomotora europea. Estos mismos principios alimentaron la ideología positivista de la modernización.

El liberalismo se amoldó a las necesidades de las oligarquías agro-mineras. Justificó el incremento de sus fortunas y la instrumentación de un esquema de exportación de materias primas, a cambio de manufacturas provistas por la industria británica.

Las teorías librecambistas convalidaron el ahogo de la estructura productiva local y facilitaron la apropiación oligárquica de las rentas de la región. Fueron ideas muy persistentes hasta las primeras décadas del siglo XX. Presentaban los intereses de las minorías privilegiadas como conveniencias comunes de toda la sociedad latinoamericana.

Estas miradas perdieron influencia a partir de la gran depresión, pero resurgieron en los años cincuenta y sesenta a través de nuevas teorías del desarrollo. La fascinación con el ejemplo europeo fue sucedida por el deslumbramiento con el modelo norteamericano. Mediante grandilocuentes llamados a la modernización se convocó a sustituir los patrones rutinarios de conducta por nuevos valores de riesgo, inversión y competencia. Se afirmó que ese cambio de costumbres encarrilaría a Latinoamérica por la senda del desarrollo (Marini, 2007).

El salto de la pobreza hacia el bienestar, el consumo en gran escala y el trabajo especializado solamente requería insertar a la región en el despegue modernizador. El teórico estadounidense W. W. Rostow aportó los fundamentos de este guión. Utilizó también ese mensaje para contener la amenaza revolucionaria. El nuevo programa era motorizado por asesores del Departamento de Estado que intervenían activamente en la Guerra Fría y difundían sus concepciones como antídotos del comunismo (Bustelo, 1998).

Contradicciones de todo tipo

Desde los años setenta y ochenta, el neoliberalismo latinoamericano amalgamó viejas tradiciones de elitismo regional con un proyecto de ofensiva thatcherista. La hostilidad al estatismo (precolombino, colonial, posindependentista o nacionalista) reapareció con nuevos discursos de demonización del Estado.

La crítica al intervencionismo hispánico y a la idiosincrasia pasiva de los pueblos originarios se transformó en objeciones a la ausencia de competencia, en sociedades subordinadas al despotismo de los funcionarios. Resurgieron los cuestionamientos al agobio que impone la burocracia a la vida de los ciudadanos.

Estos mensajes resumen el libreto neoliberal contemporáneo. Despotrican contra el Estado omnipresente que impide desenvolver los negocios creados por los individuos. Convocan a eliminar esa opresión estimulando a las personas a valerse por sí mismas con el mismo ingenio e individualismo que florecen en los países exitosos.

Pero esta visión omite que el Estado no es tan adverso a los capitalistas. Solventa activamente el enriquecimiento de los poderosos y convalida el desamparo de los desprotegidos. Nunca abandona a los dominadores a su propia suerte, ni asegura la subsistencia de los desamparados.

Los neoliberales atribuyen el atraso latinoamericano a ciertas estructuras culturales internas. Explican siglos de estancamiento regional y resignación frente al paternalismo estatal por la ausencia de un talante competitivo anglosajón.

Pero olvidan mencionar que el liberalismo fue la ideología constitutiva de las naciones latinoamericanas y que sus parámetros definieron el modelo agroexportador prevaleciente desde mediados del siglo XIX. Al atribuir la falta de progreso a la inferioridad cultural de la zona, no explican como persistió esa tara en sociedades regidas por principios liberales. Suponen que las elites encarnaron ese espíritu mercantil frente a mayorías populares afectadas por el atontamiento estatista.

La versión actual de esa mirada aristocrática se concentra en la crítica al virus del populismo. La influencia de esta enfermedad es explicada por la conducta facilista que adoptan los funcionarios para asegurarse el sostén de sus clientelas electorales. Imponen una dependencia de los votantes hacia el Estado que frustra la preeminencia del mercado y recrea el estancamiento.

Pero también aquí omiten recordar a los grupos capitalistas beneficiados por este tipo de administración. En ese ocultamiento se fundamenta el hipócrita palabrerío que despliegan contra el gigantismo estatal. Proponen erradicar esa atrofia mediante la instalación de un “Estado mínimo”, que se desenvolvería mejorando la eficiencia del gasto y la eficacia de los funcionarios (Mols, 1995).

Este mensaje suele olvidar que el neoliberalismo ya arrastra varias décadas de administración estatal y que en ningún lado ha logrado alcanzar esa meta de eficacia. A veces justifican este fracaso afirmando que la mayoría de las experiencias gubernamentales “no han sido genuinamente liberales”. Contrastan lo vivido con un ideal de pureza mercantil-competitiva que no existe en ninguna parte del mundo.

Pero lo más curioso de ese argumento es su complementaria impugnación del socialismo. Afirman que este proyecto es una “utopía irrealizable” cuando su propio modelo navega en la fantasía.

El neoliberalismo actual retoma también la teoría de la modernización como explicación de las dificultades afrontadas por el empresariado latinoamericano para desplegar sus potencialidades. Atribuye esa frustración a la preeminencia de patrones culturales tradicionales, que obstruyen el surgimiento de los valores característicos del emprendedor contemporáneo. Estiman que esas capacidades empresariales están presentes, pero no logran emerger en el agobiante clima de estatismo latinoamericano (Reyes Giovanni, 2001).

Una idealización extrema de este individualismo empresario fue introducida en las últimas décadas por talibanes del neoliberalismo como Carlos Alberto Montaner, Martín Krause y especialmente Hernando de Soto. Presentan a los empobrecidos cuentapropistas como ejemplos de resurrección de la iniciativa privada. Afirman que los comerciantes precarizados del circuito informal han comenzado a liberar a la economía del estatismo con acciones de racionalidad mercantil en universos de genuina competencia.

Pero esta exaltación de los desamparados como exponentes del ideal capitalista constituye una verdadera confesión de los resultados del neoliberalismo. Este esquema expropia a los trabajadores, expulsa a los campesinos de sus tierras y empobrece a las clases medias hasta desembocar en la miseria que padece América Latina.

Lo más insólito de la argumentación neoliberal es su enaltecimiento de estos efectos. Aunque atribuye la precarización al intervencionismo estatal, es evidente que la informalidad es consecuencia directa de un modelo que destruye empleos, mediante privatizaciones y aperturas comerciales. Sus artífices idealizan las desgracias causadas por la flexibilización laboral.

Las caricaturas de los empobrecidos como agentes transmisores de la mano invisible tuvieron cierto eco en el debut del neoliberalismo. Pero han perdido influencia en la última década a medida que el empobrecimiento potenció la fractura social, masificó la delincuencia y acrecentó las tensiones de la marginalidad.

Este terrible escenario induce a la mayoría de los neoliberales a sustituir los elogios de la informalidad por la promoción de programas masivos de asistencialismo. Con teorías de auxilios transitorios (“hasta que el mercado genere empleo privado”) han incluido este tipo de gastos sociales en sus políticas de gobierno. Las administraciones derechistas destinan importantes erogaciones presupuestarias a contener la rebeldía que genera su modelo.

Una ideología de la dominación

La idealización del empresario es un pilar de la vertiente austríaca de la economía neoclásica, que se gestó con Menger y Bohm Bawerk y se afianzó con Von Mises y Hayek. Sus voceros propician la ampliación de las desigualdades sociales, la subordinación de la democracia a la propiedad y el reforzamiento de la supremacía irrestricta del mercado. Reivindican modalidades extremas de competencia, argumentando que aleccionan al consumidor y alientan la innovación del empresario.

A diferencia de la corriente walrasiana reconocen el carácter incierto de la inversión, la imperfección de la racionalidad individual y la fragilidad de las preferencias de los consumidores. Pero no deducen de estas dificultades ninguna propuesta de regulación de los mercados. Al contrario, proponen liberar el juego de la oferta y la demanda de cualquier interferencia, subrayando el carácter benéfico del orden mercantil y el efecto positivo del darwinismo social.

Con este tipo de concepciones, el neoliberalismo ha desenvuelto una influyente ideología en todos los sentidos del término. Aporta ideas que naturalizan la opresión para orientar la acción de los dominadores. Como creencia, cosmovisión o legitimación del grupo dominante, el neoliberalismo constituye un credo de gran peso para el funcionamiento actual del capitalismo (Eagleton, 1997a).

Es una ideología con fundamentos racionales que a su vez propaga sistemáticos engaños. Promueve ilusiones en el reinado del mercado y en la existencia de oportunidades para todos los individuos. Oculta la apabullante preeminencia de las grandes empresas y el afianzamiento estructural de la explotación. Difunde el mito de la obstrucción estatista del desarrollo latinoamericano, omitiendo la dependencia y la inserción primarizada de la región en el mercado mundial.

El neoliberalismo expande estas ideas al servicio de las clases dominantes. Sintetiza las conveniencias de los grupos privilegiados de América Latina. En el pasado expresaba los programas de los terratenientes exportadores y en la actualidad canaliza las demandas de los grandes bancos y las corporaciones agroindustriales con negocios internacionalizados.

Las ideas liberales son creencias colectivas propagadas por las clases capitalistas. Forman parte del pensamiento latinoamericano desde que esa cosmovisión emergió para cohesionar a las minorías opresoras. En las últimas décadas, provee todos los argumentos que utiliza al *establishment* para justificar su primacía. Los pilares de esas creencias (modernización, progreso, imitación de Occidente) inciden en la subjetividad de los individuos educados en las reglas de la mitología liberal.

El grado de penetración de esas ideas entre los oprimidos es un tema de gran controversia. Aunque el liberalismo tuvo momentos de gran influencia social, siempre fue una concepción explícitamente hostil a los intereses, tradiciones y deseos de los explotados. Por esta razón nunca fue plenamente interiorizada por este sector. Logró cierta incidencia entre fines del siglo XIX y 1930, pero quedó estructuralmente relegada con la industrialización de posguerra y la expansión del nacionalismo.

Ha retornado en las últimas décadas de oleada neoliberal pero sin echar raíces en la mayoría de la población. Las resistencias y victorias parciales logradas contra la ofensiva derechista han limitado la gravitación de sus conceptos, abonando las teorías que remarcan la acotada penetración de las ideologías dominantes entre los sectores populares (Abercrombie, Hill y Turner, 1987; Therborn, 1987).

Pero el liberalismo tradicional no es el único formato de esa concepción. También existen otras modalidades más sofisticadas que requieren evaluaciones específicas.

5. Pensamiento socio-liberal

El neoliberalismo de los años ochenta y noventa sumó a varios mandatarios de la denominada “Tercera Vía” como Tony Blair o Felipe González. Provenían del keynesianismo de posguerra y del reformismo socialdemócrata, pero asumieron el discurso conformista que proclamó el ocaso de la ideología, la extinción de la era industrial y la obsolescencia de la lucha de clases. Postularon una mirada socio-liberal y repitieron los mensajes privatistas, silenciando los monumentales desequilibrios creados por la desregulación de la economía.

Los teóricos de este giro asumieron una reivindicación pragmática del capitalismo. Presentaron la globalización como un rumbo inexorable que exigía mayor apertura, eficiencia y competitividad. Pero ocultaron el atropello a las conquistas sociales que introducía este curso¹.

El escenario de la involución

En gran parte de América Latina este período correspondió a la transición de las dictaduras a los regímenes constitucionales. Este pasaje fue negociado por las cúpulas militares y los partidos políticos tradicionales. Los autores que se aproximaron al social-liberalismo justificaron esos pactos, realzando su conveniencia para gestar procesos de

¹ Una justificación en Giddens (2000).

soberanía y democratización. Eludieron analizar cómo esos compromisos generaban sistemas políticos maniatados y subordinados a los acreedores externos².

Esos condicionamientos afloraron en los años ochenta y noventa cuando la crisis de la deuda masificó la miseria y pulverizó la estabilidad del constitucionalismo. Allí se verificó el carácter opresivo de las “democracias excluyentes” forjadas en los años previos. Esos regímenes convalidaron el empobrecimiento popular y consumaron una gran transferencia de ingresos a favor de los banqueros.

Estos efectos regresivos fueron minimizados por los autores que promovieron los acuerdos de transición posdictatorial. Suponían que el constitucionalismo abriría las compuertas del bienestar, desconociendo las consecuencias de perpetuar estructuras económico-sociales inequitativas y adversas al desarrollo. Concentraron sus estudios en la temática institucionalista evitando cualquier referencia a la desigualdad, a los intereses de clase o a la explotación capitalista. Sólo difundieron miradas conservadoras para apuntalar el orden vigente³.

Inspirados en el modelo de la transición española, los dirigentes del Partido Socialista de Chile implementaron el esquema más acabado de esa estrategia. Pactaron el sostenimiento de la Constitución pinochetista y compartieron el gobierno de la Concertación. Ese curso se convirtió en el arquetipo de una administración socio-liberal. Promovieron el librecomercio, la flexibilización laboral y la privatización de la educación.

El social-liberalismo fue también auspiciado por algunas versiones de origen eurocomunista. Recurrieron a la autoridad de Gramsci para destacar la conveniencia de forjar sociedades civiles cimentadas en la influencia cultural de los trabajadores. Sostuvieron que este proceso permitiría suavizar las normas coercitivas del Estado y contrarrestar la preeminencia del mercado, a través de un consenso de largo plazo entre el proletariado y la burguesía.

Pero la experiencia posterior demostró que las clases dominantes no comparten el poder. Sólo cooptan a ciertas capas de origen popular utilizando las prebendas del Estado. Se demostró que los espacios gestionados por los asalariados distan mucho de reproducir la paulatina conquista del poder que consumó la burguesía bajo el feudalismo. Los trabajadores no acumulan riquezas, no controlan empresas, ni administran bancos. Por estas razones tienen obstruida la reiteración

² Varios ejemplos en O'Donnell y Schmitter (1988).

³ Una crítica en Osorio (2009).

del camino que históricamente transitaron los capitalistas. Antes de asumir el control del Estado esa clase se convirtió en acreedora de los gobernantes y dueña del poder económico⁴.

El socio-liberalismo hizo suyos todos los conceptos de la Tercera Vía, la transición pactada y el gramscismo socialdemócrata. Con ese arsenal teórico escaló posiciones en los Estados, la academia y los círculos de poder de América Latina. Varios autores provenientes del marxismo se transformaron en voceros de un enfoque complementario del neoliberalismo tradicional.

La defensa del modelo derechista ya no quedó restringida sólo a Mario Vargas Llosa, Carlos Rangel o Alberto Montaner. Tres figuras de la izquierda intelectual como Fernando Henrique Cardoso, Jorge Castañeda y Juan José Sebreli sumaron su voz a este campo.

Estos tres autores se embarcaron en el giro derechista fascinados por la globalización. Elogiaron las ventajas del mercado y exaltaron las virtudes del capitalismo. Cuestionaron frontalmente la Teoría de la Dependencia y rechazaron todos los resabios culturales del “setentismo”. Esta involución sintonizó con una concepción afín a las tradiciones librecambistas de las elites latinoamericanas.

El itinerario de Cardoso

Fernando Henrique Cardoso ha sido el principal exponente de las mutaciones socio-liberales en América Latina. Se consagró como inspirador de la Teoría de la Dependencia y terminó como instrumentador de las grandes reformas reaccionarias de las últimas décadas.

Comenzó su gestión presidencial (1995-2002) anunciando que “olvidaba todo lo escrito en el pasado”. Posteriormente argumentó que un “político no puede actuar como intelectual”. Con este viraje el afamado crítico a la dependencia puso en marcha el mayor proceso de desnacionalización económica de Brasil (Kay, 2009; López Hernández, 2005).

Cardoso fue un importante artífice de la transición posdictatorial. Durante ese período anticipó el pragmatismo que signaría su gestión neoliberal. La concertación con los gobiernos militares preparó su resignación frente al capitalismo globalizado. Difundió la creencia que ese tipo de amoldamientos conducía al bienestar social.

Este intelectual trabajó en un conocido centro de estudios (CEPBRAP) y en el partido político que negoció los pactos con la dictadura (MDB).

⁴ Nuestro enfoque en Katz (2008c).

En esa época postuló que el desarrollo de Brasil requería una estrecha asociación con grandes empresas extranjeras. Propiciaba “internacionalizar el mercado interno” mediante la apertura comercial al mundo. Fue muy hostil al proteccionismo y al modelo de CEPAL de industrialización basada en el intervencionismo estatal. Encabezó una escuela sociológica en São Paulo con raíces cosmopolitas muy próximas al liberalismo (Martins, 2011a; Bresser Pereira, 2011).

Posteriormente Cardoso coronó su regresión adoptando posiciones explícitamente derechistas. Encubrió esta conducta con argumentos de defensa de las administraciones “republicanas” frente a los gobiernos “populistas”. Ubicó en el primer campo a los mandatarios conservadores y en el segundo a los presidentes en conflicto con el *establishment*.

Esta actitud actualmente incluye un giro pro-norteamericano y una furibunda oposición a cualquier manifestación de lucha popular. Cardoso participa en todas las campañas regionales “contra el autoritarismo”. Advierte especialmente esta desgracia en Venezuela, Bolivia o Cuba y enaltece el rumbo opuesto de Colombia o México.

Este contraste ilustra hasta qué punto asimila el denostado populismo con las reformas sociales, la participación popular o la resistencia antiimperialista. También confirma que su ideal republicano presupone la represión de la protesta.

Su mensaje es propagado por los medios de comunicación dominantes que propician acciones golpistas contra Venezuela, embargos contra Cuba o provocaciones contra Bolivia. Cardoso es un promotor activo de esas medidas desde el *lobby* belicista que comparte con otros 55 ex jefes de Estado (“Club de Madrid”). Un intelectual que inició su carrera analizando la dependencia cierra su ciclo vital en un reducto de la reacción (Cardoso, 2012).

Una dependencia invertida

Cardoso abjuró de todas las visiones críticas que expuso en un difundido libro sobre la dependencia. En su viraje neoliberal reinterpretó ese texto como una polémica con las teorías del subdesarrollo que sobredimensionan los efectos de la inserción periférica de América Latina. Señaló que esa restricción no impedía el crecimiento y pulió su viejo texto de cualquier connotación antiimperialista (Cardoso y Falelto, 1969; Cardoso, 2012).

En los años ochenta, divulgó una versión más conservadora de esa teoría en frontal oposición a las vertientes marxistas de la dependen-

cia (Ruy Mauro Marini, Andre Gunder Frank, Theotonio dos Santos). Esta mirada se amoldó al liderazgo que asumió en los procesos de transición pactada con las dictaduras (Correa Prado, 2011).

Mediante la revisión de su propia teoría Cardoso edificó el puente con el neoliberalismo. Estimó que su versión inicial de la dependencia sólo implicaba caracterizaciones del desarrollo, como sucesivos procesos de asociación de los capitalistas locales con las empresas foráneas. Contrapuso ese enfoque con las visiones más corrientes, que resaltaban los obstáculos al desenvolvimiento latinoamericano generados por esos acuerdos.

En esta reelaboración Cardoso transformó su descripción inicial de un modelo burgués asociativo en una reivindicación de ese curso. Ya no se limitó a trazar un retrato histórico del desarrollo regional impulsado por el capital extranjero, sino que tomó partido por ese camino. Una interpretación confusamente afín al ideario liberal se transformó en un proyecto favorable a ese rumbo.

En el clima contestatario de los años sesenta Cardoso había quedado erróneamente identificado como un crítico de la dependencia, cuando en realidad ya exponía una tesis opuesta a esa visión. No sólo rechazaba la interpretación del atraso regional como resultado de la dominación colonial-imperialista, sino que sugería exactamente lo contrario.

Cardoso destacaba la existencia de un desarrollo resultante de esa dependencia, como consecuencia del ingreso de empresas foráneas a los mercados latinoamericanos. En la década del ochenta dejó atrás el tono confuso de sus postulados y explicitó la conveniencia de profundizar la extranjerización de la economía mediante políticas neoliberales.

La ambigüedad inicial de Cardoso sintonizaba con su resistencia a explicitar alguna teoría de la dependencia. Prefería encarar un análisis acotado a "situaciones concretas de dependencia". También objetaba los diagnósticos de CEPAL que proponían emerger del subdesarrollo mediante modelos de sustitución de importaciones.

Cardoso realizaba la existencia de una vía opuesta hacia el crecimiento, basada en entrelazamientos con inversores externos y en la gestación de una clase media con creciente poder de compra. Presentaba el despunte del Sudeste Asiático como un ejemplo de ese sendero (Vernengo, 2006; Palma, 1987).

Estas ideas fueron ponderadas por muchos analistas como correctivos del enfoque estructuralista sin advertir su estrecha conexión con el credo neoliberal. Ese vínculo estaba opacado por el léxico crítico que

utilizaba Cardoso para presentar una teoría de la no dependencia bajo el rótulo de la dependencia.

Sus planteos iniciales tampoco quedaron esclarecidos en la polémica que encaró contra las vertientes marxistas. Se enredó en una maraña de acusaciones contra un “estancacionismo” económico que jamás exhibieron sus adversarios. En este flanco la real discrepancia giraba en torno a la definición de la dependencia, como una condición estructural de la jerarquía imperialista mundial o como una situación meramente pasajera, en el fluido escenario del capitalismo global. Cardoso postulaba este segundo enfoque anticipando su posterior deslumbramiento por la globalización (Sotelo Valencia, 2005).

La trayectoria de este personaje es un ejemplo extremo de las paradojas que han rodeado a muchos intelectuales latinoamericanos. Un adversario acérrimo de la soberanía nacional y de las luchas sociales que mantuvo durante décadas una aureola de pensador crítico y sorprendió a muchos con su opción por el neoliberalismo.

Pero esta involución no expresó sólo una adaptación a los vientos regresivos de la era thatcherista. Las teorías de Cardoso siempre estuvieron imbuidas de razonamientos próximos al liberalismo. Esta familiaridad quedó explicitada cuando el contexto externo permitió transparentar esos vínculos.

La mutación de Castañeda

El mexicano Jorge Castañeda ingresó en la vida política como militante comunista, postulando una estricta defensa de los puntos de vista de clase en las discusiones teóricas sobre la dependencia. Esa trayectoria quedó abruptamente modificada por un viraje conservador que lo condujo al gobierno derechista de Fox. Como secretario de Relaciones Exteriores asumió una fanática defensa del librecomercio y reivindicó las virtudes de una alianza con Estados Unidos (Castañeda y Morales, 2010).

Esta involución se consumó con furibundos cuestionamientos a toda la izquierda. Abjuró de la revolución y propuso abandonar el proyecto socialista. Auguró el éxito del capitalismo, previó el declive de la rebelión popular, pronosticó un “futuro sin marxistas” y consideró agotada la trayectoria de la Revolución Cubana (Castañeda, 1993).

Este réquiem a la rebeldía social fue curiosamente expuesto al comienzo de la crisis del neoliberalismo, en pleno retroceso de los gobiernos conservadores y en el debut de grandes levantamientos. Sus elogios al librecomercio contrastaron con el fracaso del ALCA y su fas-

cinación por Estados Unidos chocó con la pérdida de iniciativa del Departamento de Estado.

Castañeda anunció el fin de la protesta popular en coincidencia con el “Caracazo” y poco antes de la sublevación zapatista. Detectó gran pasividad entre los oprimidos cuando se preparaban las grandes rebeliones de Bolivia, Ecuador, Venezuela y Argentina. También su celebración de las ideas conservadoras chocó con la reactivación del pensamiento de izquierda.

El intelectual mexicano no sólo postuló el carácter inmutable del modelo neoliberal en contraposición a los horizontes anticapitalistas. Rechazó toda posibilidad de cambio del orden vigente y concentró sus expectativas de desarrollo latinoamericano en los Tratados de Libre Comercio. Por eso propuso perfeccionar esos convenios mediante una diplomacia de presión, en el universo de lobbies que rodean al Congreso estadounidense (Castañeda y Morales, 2010; Castañeda, 1993).

Castañeda se desempeñó como ministro del gobierno más pro-imperialista de la historia mexicana reciente. Al igual que Cardoso, arremetió contra la influencia del “populismo nacionalista” (Venezuela) y ponderó la benéfica acción de la “izquierda moderada, globalizada y pragmática” (Chile) (Castañeda y Morales, 2010).

Este contrapunto ha sido un repetido argumento de la prensa conservadora. Castañeda retomó la misma prédica subrayando el carácter intrascendente de la ideología contemporánea. Estimó que un voto de izquierda carece de significado distintivo frente a su equivalente de derecha. Señaló que ambas posturas han perdido relevancia ante las conductas prácticas que asumen los individuos (Castañeda y Morales, 2010).

Pero esta visión es incompatible con su continuada actividad como escritor y propagandista de los valores del *statu quo*. Si esos mensajes ya no cuentan, ¿por qué tanto empeño en su difusión? Declarando el fin de las ideologías, Castañeda postuló la muerte del pensamiento crítico y la vigencia de las teorías que convalidan el orden vigente. Supuso que su propia involución política era un rasgo compartido por toda la sociedad.

Por eso imaginó un futuro contemplativo de clases medias ascendentes y satisfechas con el escenario latinoamericano. Esta mirada refleja su distanciamiento de los padecimientos populares que periódicamente desatan rebeliones sociales. Esos levantamientos sorprenden y desmienten al ex marxista.

Uniformidad global continuada

Al igual que Cardoso, Castañeda afianzó su concepción neoliberal a través de una dura polémica con la Teoría de la Dependencia. Primero expuso su rechazo con severos argumentos marxistas de preeminencia del razonamiento de clase. Posteriormente mantuvo la misma objeción con fundamentos neoliberales. En ambos períodos recurrió a planteos muy simplificados.

Castañeda cuestionó inicialmente la familiaridad de la Teoría de la Dependencia con la ideología burguesa y la problemática desarrollista. Criticó su alejamiento de la temática de la explotación y consideró que el dependientismo divorciaba el análisis de las sociedades latinoamericanas de la extracción de plusvalía, mediante estudios altamente concentrados en las deformaciones del capitalismo periférico. Destacó que los mecanismos de expropiación del trabajo debían ser realzados como los únicos patrones explicativos de la dinámica socioeconómica. Señaló que al enfatizar la sujeción externa de la región, el dependientismo perdía de vista la primacía analítica de la explotación (1991).

Pero estos planteos ya indicaron una mirada reductiva, que en cierta medida explica la atracción posterior que ejerció el reduccionismo neoliberal sobre su pensamiento. El capitalismo no se limita a operar como un sistema de extracción de plusvalía. Esa confiscación es el eje de numerosas contradicciones, que enlazan la explotación económica con mecanismos de dominación política, racial o nacional. Para comprender este complejo funcionamiento del sistema es necesario jerarquizar el análisis de esta variedad de desequilibrios sin oponerlos entre sí.

Castañeda no sólo optó por esa contraposición. Objetó cualquier indagación complementaria de la apropiación general de plusvalía y criticó a los teóricos como Marini, que estudiaban las formas específicas de superexplotación en la periferia. Los acusó de omitir la centralidad de la confrontación clasista (Castañeda, 1991).

Pero desconoció que las investigaciones impugnadas apuntaban a clarificar la complejidad que asumen las formas de explotación en las regiones subdesarrolladas. Los teóricos marxistas de la dependencia percibían la existencia de modalidades de sujeción diferenciadas entre economías centrales y periféricas, en oposición al principio de uniformidad postulado por su crítico. Posteriormente Castañeda transformó esta idea de equivalencia entre los distintos países en una justificación de la globalización.

En su etapa inicial de ultra marxismo el intelectual mexicano también cuestionó el “economicismo” de la Teoría de la Dependencia.

Consideró que ese defecto conducía a desvalorizar las caracterizaciones políticas y la intervención en la lucha de clases.

Con el paso del tiempo Castañeda eliminó esta significación de las batallas clasistas, pero mantuvo la primacía asignada a la esfera política, como instrumento excluyente para mejorar el funcionamiento de la sociedad. Consideró que esa órbita de acción es autosuficiente y permite prescindir de complementos radicales en el plano económico-social. Dedujo que el mantenimiento del sistema capitalista no obstruye los cambios progresistas, si se acierta en el camino político para lograr esos avances.

Al igual que Cardoso, Castañeda objetó un inexistente “estancacionismo” económico entre sus adversarios (Marini, dos Santos) y a partir de esa crítica resaltó las grandes potencialidades del capitalismo. Aunque inicialmente pretendía destacar las múltiples contradicciones de este sistema, en los hechos desatendió esos desequilibrios para ponderar la pujanza de este modo de producción. Siguiendo esa pista se deslizó hacia el elogio de la mundialización neoliberal (1991).

Castañeda desechó todas las obstrucciones al desarrollo latinoamericano que la Teoría de la Dependencia observaba en la sujeción financiera, tecnológica o comercial. Remarcó la irrelevancia de esos lazos de subordinación.

También relativizó las diferencias entre potencias y países periféricos e incluso postuló que el imperialismo es un rasgo compartido por múltiples países. Supuso que opera por igual en economías centrales (Estados Unidos, Francia, Inglaterra) y en formaciones intermedias (como México, Brasil, Irán o Corea del Sur) (Castañeda, 1991).

Partiendo de esta equivalencia objetó cualquier demanda antiimperialista, planteo de soberanía o crítica a la explotación de los recursos latinoamericanos por parte de las empresas transnacionales. Esta descalificación expuesta en nombre de un socialismo planetario se transformó luego en globalismo neoliberal.

La reconversión de Sebreli

A diferencia de Cardoso y Castañeda, el argentino Sebreli adoptó el neoliberalismo como proyecto exclusivamente intelectual. Absorbió paulatinamente este planteo junto a otros ex marxistas, que redescubrieron las virtudes de la democracia burguesa durante la transición posdictatorial que lideró Raúl Alfonsín. Su visión se distingue por la descarnada exposición de las tesis socio-liberales. No ensaya ningún atenuante para justificar su adscripción a estas propuestas.

Sebreli nunca alcanzó la influencia lograda por el ex presidente brasileño o el ex ministro mexicano. Pero expuso la concepción socio-liberal con mayor amplitud que sus colegas. Incursionó en todas las esferas de ese pensamiento e intentó una ambiciosa exposición de sus fundamentos. Por esta razón conviene evaluar con atención todas las aristas de su enfoque.

Al igual que Castañeda, el escritor argentino sustituyó la defensa inicial de formas incontaminadas de socialismo por un crudo extremismo liberal. Reemplazó sus críticas a las desviaciones populistas de la izquierda por una reivindicación del mercado y un apasionado elogio de Occidente (Sebreli, 1975; Sebreli, 1992).

El rechazo de Sebreli a la insuficiente radicalidad del tercermundismo se convirtió en explícita defensa de la mundialización neoliberal. Este giro cuenta con numerosos antecedentes en la historia latinoamericana. Ha sido una regresión repetida por distintos intelectuales, desde la revolución mexicana hasta la actualidad (Fernández Retamar, 2006).

Ese tránsito fue particularmente intenso entre los dirigentes socialistas afines a la tradición librecambista que inauguró el argentino Juan B. Justo. Se distanciaron de la protesta popular y sólo conservaron las referencias al socialismo en el campo de la cultura. Esta evolución estuvo signada por la adopción de una extraña variedad del marxismo, tan reacia a la beligerancia popular como hostil a cualquier convergencia con el nacionalismo revolucionario.

El devenir de Sebreli se inscribe en este legado y actualmente incluye intensas cruzadas a favor de los gobiernos derechistas. Ha transformado su disgusto con el caudillismo en una diatriba contra el populismo. Identifica ese tipo de acción política con el fascismo de masas. Mediante ese paralelo reaviva la vieja idealización de la democracia (equivalente a Estados Unidos) y de la república (equiparada con gobiernos conservadores) (Sebreli, 2012).

Pero esa mirada invierte la realidad de América Latina al detectar fascismo en Chávez o en Evo y no en Uribe o en los golpistas de Honduras y Paraguay. Los militantes que resisten las provocaciones mafiosas son acusados de promover la violencia y los causantes de repetidas sangrías son exculpados de sus crímenes.

Sebreli ya no logra distinguir lo más básico del posicionamiento político. Confunde al agresor con el agredido y al fascista con el antiimperialista. Padece una fuerte alergia a cualquier indicio de intervención popular. Se irrita especialmente con las “multitudes”, olvidando que las masas son protagonistas centrales de cualquier transformación social.

El pensador argentino ha dejado atrás el socialismo de salón para expresar su enemistad con el populacho, desde los diarios tradicionales de la oligarquía. Al igual que Cardoso y Castañeda, recuperó su matriz liberal, sepultó su incursión por el marxismo y retomó los valores de la intelectualidad conformista.

Dependencias diluidas

El recorrido seguido por Sebrelí desde el purismo marxista hasta el social-liberalismo extremo incluyó una crítica virulenta a la Teoría de la Dependencia. Consideró que esa concepción carecía de sustento político por su estrecha ligazón con planteos emotivos. Estimó que todas las demandas de liberación nacional habían perdido sentido en un escenario de países con independencia política ya consumada (1992).

Pero ese cambio de *status* derivado de victorias anticoloniales nunca fue desconocido por el marxismo antiimperialista. Esta visión simplemente evitó la fantasía de colocar en un mismo plano a todos los países que comparten el atributo de la soberanía formal.

Esta igualdad es cotidianamente violada por las potencias imperialistas que dominan el tablero mundial. Basta observar como la independencia de Grecia es mancillada por los acreedores alemanes o de qué forma la soberanía de Honduras ha sido desconocida por los golpistas de la embajada estadounidense. La misma violación instrumentan las tropas francesas que se despliegan por Costa de Marfil. Este desconocimiento de soberanías se verifica justamente en países que ya dejaron atrás su condición colonial.

Ignorando estas realidades, Sebrelí estimó que el propio concepto de subdesarrollo había perdido sentido en un mundo diversificado y signado por distintas situaciones de crecimiento en la periferia o estancamiento en el centro (1992).

Con esta mirada tendió a uniformar al planeta por la simple complejidad de contextos, sugiriendo que en la intrincada red de conexiones actuales “todos dependen de todos”. Como no aportó ningún criterio para definir jerarquías, tampoco introdujo conceptos para explicar por qué razón Estados Unidos goza de un *status* tan diferente a Honduras. Simplemente retomó la mitología de la equivalencia que difunde el neoliberalismo contemporáneo.

Sebrelí invalidó también la dependencia con argumentos históricos, afirmando que el desarrollo desigual nunca obedeció a la explotación de las colonias. Destacó que hubo imperios que decayeron (España, Portugal, Turquía) y países que se desarrollaron luego de haber sido

colonias (Estados Unidos, Australia, Canadá). Señaló que otras naciones no tuvieron posesiones externas (Suiza) y muchas se desarrollaron con sujeción política (Noruega, Nueva Zelanda) (1992).

Con esta presentación de especificidades históricas sugirió que el crecimiento de las distintas economías, siempre estuvo divorciado de su relación con otros países y dependió por completo de méritos o desaciertos internos.

Pero esa interpretación confunde trayectorias iniciales específicas de cada país con el devenir del sistema mundial. Lo ocurrido en las etapas de menor desarrollo del capitalismo resulta insuficiente para entender el entrelazamiento internacional posterior de todas las economías. La variedad de cursos seguidos por los distintos países no desmiente la consolidación contemporánea de una estructura imperial polarizada.

Las fuerzas productivas como justificación

La hostilidad de Sebrelí hacia la Teoría de la Dependencia se basa en una concepción del desarrollo histórico muy afín al positivismo de la vieja socialdemocracia. Los teóricos de la II Internacional identificaban el progreso de la sociedad con la maduración de las fuerzas productivas. Suponían que ese desarrollo conduciría a cierto bienestar bajo el impulso de la competencia capitalista. Observaban esa pujanza como una condición insoslayable para el futuro socialista (Day y Gaido, 2011).

Sebrelí compartió plenamente ese enfoque, remarcando que los países subdesarrollados debían alcanzar un desenvolvimiento equiparable a los avanzados, antes de embarcarse en proyectos de igualdad social. Estimó que las economías centrales precedían a las periféricas, definiendo el curso a seguir durante un largo período previo al intento socialista (1975).

Esa mirada utilizaba la terminología del materialismo histórico para exponer una teoría del progreso muy semejante a la visión liberal. Afirmaba que ciertos motores económico-sociales empujan a la sociedad hacia estadios más provechosos, siguiendo una direccionalidad preestablecida.

Ese enfoque sólo actualizaba el generador del impulso progresista. En lugar del espíritu hegeliano, la clarividencia de la razón o la mano invisible de Adam Smith, subrayaba el impulso de las fuerzas productivas. Esta categoría era observada como un instrumento de gran potencialidad autónoma para modernizar los modos de producción.

Frecuentemente esta visión objetivista era presentada con una norma autoevidente, que no requería mayores evaluaciones. Se soslayaba la inconsistencia de un planteo que reduce todo el movimiento histórico al comportamiento de cierta variable. Omitía la enorme complejidad de la evolución social y su estrecha dependencia de acciones humanas. Desconocía que los antagonismos sociales y las luchas políticas han jalonado el curso efectivo de la historia.

La fascinación con las fuerzas productivas retrató el deslumbramiento del marxismo liberal con el desarrollo capitalista. Elogiaba el crecimiento y evaluaba los sufrimientos de los oprimidos como un precio a pagar por las mejoras del futuro. La explotación era vista como una desventura que el propio sistema tendía a morigerar, a través de reformas sociales.

Este razonamiento fatalista conducía a propiciar modelos de crecimiento acelerado, para permitir la aproximación de América Latina a los países avanzadas. Convergía con la teoría metropolitana del desarrollo y con sus recetas para afianzar la maduración del capitalismo regional.

El principal corolario de este esquema era la desvalorización o el explícito rechazo de la lucha social. Sebreli oscilaba entre cuestionar la irrelevancia y la nocividad de esa acción. Consideraba inútiles las luchas zapatistas durante la Revolución Mexicana, señalando la inviabilidad de sus metas agrario-comunales. Con el mismo razonamiento descalificaba a todos los movimientos guerrilleros posteriores de la región, objetando su afinidad con utopías ruralistas (1992).

Esta mirada era el calco de las posturas conservadoras que siempre despreciaron la intervención de las masas, identificándolas con la ignorancia o la obstrucción del progreso. En las visiones más benévolas, esas resistencias sociales eran observadas como actos motivados por creencias primitivas.

Pero este enfoque implícitamente supone que la historia se desenvuelve mediante un proceso dual de avance de las fuerzas productivas y sometimiento de los pueblos. No registra que este patrón de opresión contradice cualquier esperanza de emancipación. Si se progresa con desgracias para las mayorías y beneficios para las minorías: ¿cuál es el saldo positivo del pasaje hacia estadios sociales más avanzados?

La respuesta del marxismo liberal era muy semejante a un comodín repetido por todos los opresores: los sufrimientos de hoy permitirán gozar de los beneficios del mañana. Pero en la mirada del positivismo socialdemócrata ese porvenir tampoco era imaginable, puesto que el mandato de las fuerzas productivas exigía siglos de capitalismo an-

tes de cualquier desemboque igualitarista. Estos irresolubles enredos condujeron a un abandono de todas las referencias al socialismo y a una explícita reivindicación del capitalismo liberal.

El enfoque de Sebreli desconoce que la progresividad de los acontecimientos históricos no debe evaluarse con parámetros de crecimiento, inversión o innovación tecnológica. Este avance radica en la experiencia de lucha acumulada por los oprimidos. Ese legado sedimenta la memoria de sucesivas generaciones que heredan tradiciones de resistencia, afianzando los niveles de conciencia requeridos para los proyectos de emancipación⁵.

Sólo este proceso permite generar idearios poscapitalistas. El motor de la historia es una búsqueda de caminos para erradicar los sufrimientos de los explotados y se ubica en las batallas encaradas por todos los artífices de la acción popular: plebeyos, campesinos, desamparados, obreros.

Es cierto que la efectividad inmediata de esta resistencia es superior cuando es asumida por sectores con mayor gravitación económico-social (como la clase obrera). Pero las esperanzas de emancipación son comunes y la gestación de ideas para alcanzar ese objetivo es un proceso nutrido por todas las experiencias de lucha.

Por estas razones los socialistas consecuentes siempre se han ubicado junto a los desposeídos. Optaron por ese lugar antes de elucubrar cualquier razonamiento sobre el rol de las fuerzas productivas. Sólo esta actitud es congruente con un proyecto anticapitalista. Al desecharlo, Sebreli sembró las semillas de su propia evolución hacia el derechismo neoliberal.

Tradiciones de resistencia

Con sus tesis fatalistas de las fuerzas productivas Sebreli definió cuáles eran las sociedades que merecían sobrevivir y desaparecer en el curso de la historia. Situó a las sociedades precolombinas en el destino de extinción y estimó que las rebeliones indígenas del siglo xvi estaban condenadas al fracaso (1992).

Con esta caracterización repitió las leyendas difundidas por todos los vencedores, para presentar sus victorias como desemboques inexorables. Ese argumento fue utilizado para justificar las masacres perpetradas contra los pueblos originarios. Siempre se resaltó la inviabilidad de los sistemas caídos y la progresividad de sus reemplazantes. Pero este planteo contradice igualmente las centurias de estanca-

⁵ Hemos expuesto algunos lineamientos de este enfoque en Katz (2013a).

miento que sufrió la región. La destrucción de sociedades precolombinas nunca fue sinónimo de despegue económico.

Como el social-liberalismo se ubica en un campo adverso a los oprimidos, no puede registrar el legado que dejaron las batallas de los pueblos originarios por su supervivencia. Esa resistencia perduró, forjó una tradición y terminó pavimentado, por ejemplo, las conquistas democráticas actualmente logradas en Bolivia.

La valoración de la historia con el patrón objetivista de las fuerzas productivas, simplemente supone que el ganador estaba predestinado a vencer. Con ese criterio de finales predefinidos, Sebrelí presenta a las civilizaciones precolombinas como un terreno baldío y administrado por teocracias sanguinarias. Afirma que su declive era inevitable frente a la superioridad de los conquistadores. Considera que en el conflicto entre dos sistemas sociales siempre triunfa el más avanzado (1992).

Pero esta mirada no aporta interpretaciones sino simples convalidaciones de lo ocurrido. Cortés era mejor que Moctezuma, los piratas británicos dejaron atrás a los virreyes españoles, los terratenientes criollos superaban a los gauchos y los financistas estadounidenses eran más virtuosos que los campesinos centroamericanos.

En función de resultados conocidos *a posteriori* se supone que los triunfadores eran los portadores del progreso. Este esquema olvida los incontables ejemplos históricos de causas avanzadas que fueron derrotadas por regímenes más regresivos de esclavistas, oligarcas o colonialistas. Un ejemplo clásico de ese resultado fue la destrucción del Paraguay durante la guerra de la Triple Alianza.

El social-liberalismo desconoce estas evidencias porque reproduce los mitos del capitalismo europeo. Ensalza la modernidad y supone que el avance de Occidente permitió el triunfo del cambio sobre la tradición, del trabajo sobre el reposo, de la razón sobre la emoción y de la ciencia sobre la magia (1992).

El liberalismo difundió este mismo contraste para contraponer la inferioridad de las culturas autóctonas con la superioridad del legado europeo. Sebrelí retoma esa mitología para burlarse de todas las herencias culturales inspiradas en realismos mágicos, serpientes emplumadas y divinidades telúricas (1992).

Postula una burda contraposición que desconoce el enriquecimiento generado por el contacto entre tradiciones disímiles. La tradición latinoamericanista contribuyó a la cultura universal con conocimientos y prácticas originales que sus descalificadores elitistas nunca comprendieron.

Los mitos del eurocentrismo

Sebreli enaltece el patrón unívoco de Europa exaltando la modernidad y el racionalismo frente al relativismo cultural y la primacía de lo particular. Supone que el occidentalismo enriquece a todos los individuos con la difusión de reglas universales, en una batalla contra los particularismos étnicos, regionales y nacionales (1992).

Con estos términos retoma el clásico antagonismo entre civilización y barbarie, que postularon las elites librecambistas para descalificar las tradiciones autóctonas de América Latina. Mediante una distinción entre iluministas y retrógrados presuponían la total primacía cultural de una civilización frente a otra.

El escritor argentino recrea esas polaridades sin notar que sólo pueden contrastarse con cierta lógica en el terreno político y social, en función de posicionamientos favorables u opuestos al colonialismo, el imperialismo o el capitalismo. Y en este plano el liberalismo conservador siempre se ubicó en el campo adverso a la emancipación. El abanderado de la modernidad sustituye este análisis político por consideraciones filosóficas.

Su mirada reproduce todos los defectos de los enfoques eurocentristas de las ciencias sociales. Esa tradición recurrió inicialmente a criterios de la antropología convencional, para observar el comportamiento de los pueblos primitivos y evaluar su grado de lejanía con la sociedad occidental. El mismo parámetro era aplicado para descifrar los textos de las civilizaciones orientales y para indagar su nivel de distanciamiento de la modernidad.

Este abordaje forjó un esquema de interpretación de la historia que colocaba a Europa en un *status* prominente de modelo a seguir y pensamiento a copiar. El Viejo Continente era presentado como el rostro general de la sociedad futura. En este razonamiento se basó la idea de progreso, asociada a un devenir inevitable o una cualidad de la civilización occidental⁶.

En su estadio marxista, Sebreli asumió esos presupuestos contradiciendo los principios básicos del materialismo histórico. Olvidó que Marx forjó su concepción en una crítica a la exaltación del capitalismo europeo. El pensador alemán destacó la incompatibilidad de este sistema con la realización del individuo y subrayó la transitoriedad histórica de un modo de producción basado en la explotación.

En su madurez intelectual, Marx polemizó también con el mito smithiano de Europa como transmisora de un modelo comercial de

⁶ Una crítica en Wallerstein (2004).

desarrollo. Remarcó que el epicentro de este sistema no se ubica en el intercambio, sino en las relaciones sociales de propiedad. Explicó cómo el propio surgimiento del capitalismo se consumó mediante la expropiación de los campesinos y la creación del trabajo asalariado (Meiksins Wood, 2001).

Las mitologías eurocentristas sustituyeron estas caracterizaciones por alabanzas al origen del capitalismo en el viejo continente. Atribuyeron ese nacimiento a ciertas virtudes de la civilización occidental como la libertad del comercio, los incentivos a la propiedad, la austeridad de los inversores o el rigor en el trabajo. Postularon que esos méritos permitieron la expansión de las ciudades y el avance de la ciencia.

Pero esas idealizaciones no registran que Europa fue agraciada por una dinámica de desarrollo desigual, que premió más su retraso que su anticipada modernidad. Las flaquezas de una estructura feudal frente a los sistemas tributarios más avanzados de otras regiones, aportaron la flexibilidad requerida para el despegue de los procesos de acumulación originaria. En otras zonas Estados centralizados y más poderosos se apropiaban de todo el excedente bloqueando esa gestación inicial del capital⁷.

La comprensión de estos procesos exige indagar la historia sin los presupuestos de superioridad previa que inspiran al eurocentrismo.

Convergencias con los neoclásicos

Al incorporarse al universo teórico del liberalismo, Cardoso, Castañeda y Sebrelli terminaron repitiendo las banalidades de la ortodoxia económica. Estos lugares comunes incluyeron la vigencia de un mundo interdependiente, el aporte del capital extranjero al desarrollo y la responsabilidad de las economías atrasadas en su propio estancamiento.

Con descalificaciones al pensamiento crítico latinoamericano, el social-liberalismo retomó todos los cuestionamientos neoclásicos a la Teoría de la Dependencia. Recogió especialmente las visiones económicas ortodoxas de los años setenta, que presentaban la dependencia como un rasgo compartido por el centro y la periferia.

Esas miradas descartaban cualquier influencia de esa subordinación en el subdesarrollo latinoamericano. Afirmaban que ningún país es pobre por ser dependiente y rechazaban la existencia de jerarquías imperiales. Además, exaltaban al capitalismo como un sistema global flexible que siempre mejora la situación de sus integrantes (Blomstrom y Hettne, 1990).

⁷ Ver Amin (2008).

Los social-liberales reflataron estos enfoques. También recogieron los cuestionamientos que planteó el economista ortodoxo Lall al concepto de dependencia. Esta noción fue objetada por su incapacidad para aportar criterios de distinción entre las distintas economías del planeta. Lall afirmó que todos los países mantienen entre sí relaciones de dependencia, en un contexto de inserciones centrales, subordinadas o hegemónicas en el mercado mundial (Lall, 1975).

Con este diagnóstico objetó y al mismo tiempo aceptó la existencia de relaciones internacionales diferenciadas. Su postura ilustró la actitud del pensamiento económico convencional frente a las desigualdades internacionales. Este enfoque siempre ha oscilado entre la negación abstracta y el reconocimiento pragmático de esos desniveles. Por un lado, desconoce esas brechas recurriendo a un imaginario de mercado global perfecto. Por otra parte, constata esas asimetrías a la hora de abordar el problema con alguna pizca de realismo.

En oposición a esas inconsistencias la Teoría de la Dependencia resaltó la existencia de una gran fractura mundial y ensayó ciertas explicaciones de esa brecha. Cualquiera sean las insuficiencias de su respuesta, buscó interpretaciones para un problema clave del capitalismo contemporáneo. Los neoclásicos nunca pudieron siquiera ubicarse en la discusión de este tema.

Lall impugnó la vigencia de relaciones de dependencia, señalando que los capitales extranjeros no generan mecanismos de subordinación. También cuestionó la inconveniencia de exportar sólo materias primas y rechazó la existencia de tendencias al deterioro de los términos de intercambio.

Pero si ninguno de estos procesos induce a la polarización económica global: ¿a qué obedece la estabilización de enormes desigualdades entre el centro y la periferia en la historia del capitalismo? Si todos compiten en condiciones semejantes: ¿por qué razón Francia o Inglaterra siempre mantuvieron un lugar estable como países desarrollados? ¿Cómo se explica el afianzamiento del retraso estructural de Nicaragua o Somalia?

Lall simplemente sugirió que la respuesta debía ser investigada en terrenos opuestos a la Teoría de la Dependencia, pero no aportó ninguna pista para esa indagación. Como atribuyó un carácter pasajero a las desigualdades mundiales se limitó a postular que la expansión del capitalismo resolvería en algún momento esas asimetrías. En esta cancelación del enigma fue acompañado por todos los teóricos del social-liberalismo.

Lall evaluó los bloqueos a la acumulación en la periferia o los cuellos de botella a la industrialización con la misma actitud negadora. Estimó que esas obstrucciones desaparecerían una vez superados los obstáculos naturales que enfrenta cualquier despegue económico.

También aquí fue seguido por los social-liberales, quienes actualizaron la vieja caracterización del desarrollo como un recorrido transitado por todos los países y postularon la existencia de una secuencia biológica de maduración anticipada por las economías adelantadas.

Pero esta trayectoria no se ha verificado en ningún lado. El capitalismo global reproduce las polaridades entre economías prósperas y relegadas, sin universalizar las ventajas del crecimiento. Abre ciertos campos de acumulación obstruyendo otros y multiplica los sufrimientos de las víctimas en que se apoya el avance de los ganadores.

Es cierto que estas fracturas presentan una diversidad y complejidad muy superior a la simple dualización centro-periferia, que concibieron los primeros teóricos de la dependencia. Pero estas insuficiencias fueron corregidas por otros estudios que incorporaron conceptos suplementarios al enfoque inicial. Esta nueva secuencia de nociones (semiperiferia, subimperialismo, variedad de centros, situaciones de suma cero) contribuyó a esclarecer la dinámica de las desigualdades nacionales y regionales.

El social-liberalismo quedó al margen de esta clarificación porque profundizó su afinidad con la visión neoclásica, hasta converger plenamente con sus ilusiones de prosperidad capitalista global.

6. Globalistas y cosmopolitas

El social-liberalismo está deslumbrado con la globalización. Considera que el incremento registrado en la internacionalización de la economía constituye el dato más auspicioso de la realidad actual. Cardoso, Castañeda y Sebrelli sólo difieren en los argumentos de esa reivindicación.

Justificaciones más sorprendentes aportan otros dos autores del mismo perfil. Por un lado, el argentino Fernando Iglesias intenta combinar ciertas tesis de la izquierda liberal con posturas definitivamente derechistas. Por otra parte, el inglés Nigel Harris ha sustituido viejos planteos de la izquierda radical por sofisticadas defensas del cosmopolitismo burgués.

Fantasías globalistas

Cardoso considera que la globalización abre las compuertas del progreso. Estima que este cambio permite gestar una sociedad representativa de la vitalidad histórica del capitalismo (Cardoso, 2012).

Pero esta evaluación no condice con la envergadura de la crisis reciente. La convulsión del 2008 no sólo puso en entredicho la supervivencia de los bancos. También reveló un grado de inestabilidad sistémica incompatible con las ilusiones de solidez que transmite Cardoso. Su apología también ignora los aterradores desequilibrios ecológicos actuales. Este deterioro del medio ambiente ha dado lugar a numerosos estudios que advierten contra una potencial regresión a la era de los glaciares.

Cardoso repite todos los lugares comunes sobre la globalización para justificar la apertura neoliberal que implementó en Brasil. Estos cambios debían generar mejoras sociales que nunca se verificaron. Sus dos mandatos de ortodoxia monetarista amplificaron la polarización social y el estancamiento económico, en un marco de gran conservadurismo político.

También Castañeda expone una visión idílica de la globalización. Considera que permitirá gestar proyectos supranacionales de bienestar y expansión de la democracia. Supone que contribuirá a mejorar los sistemas escolares y la expansión de la “meritocracia”, requerida para apuntalar el crecimiento y la igualdad de oportunidades (Castañeda y Morales, 2010).

Con este tipo de fantasías los neoliberales han multiplicado las privatizaciones de la enseñanza. Deterioran la educación pública y excluyen a las mayorías del acceso al conocimiento. Castañeda ha participado personalmente en esta oleada de atropellos desde su función ministerial en el gobierno derechista del PAN.

Sebreli ofrece otro fundamento para los mismos elogios de la globalización. Considera que el auge de empresas transnacionales y coordinaciones económicas supranacionales retrata la marcha de un proceso progresivo e inexorable. Postula que no tiene sentido defender a la pequeña empresa frente a una evolución ineluctable del capitalismo y descarga una andanada de críticas contra la “utopía reaccionaria” de oponerse a ese destino (Sebreli, 1992).

Pero este inconsistente fatalismo oculta las terribles consecuencias sociales de la expansión mundial del capital. Este curso intensifica la destrucción de empleos, masifica la precarización laboral y potencia formas de competencia que corroen la continuidad de la acumulación. Sebreli olvida que ningún desenvolvimiento social es inevitable. En el marco de ciertas condiciones históricas se consuman transformaciones económicas sujetas al curso imprevisible de los antagonismos sociales.

Iglesias enaltece la globalización destacando su aporte a la consolidación de proyectos universales contrapuestos al particularismo. Considera que este proceso impulsa el desarrollo de la sociedad civil y reduce las pretensiones aislacionistas del viejo populismo. Pondera el nuevo espíritu globalista y rechaza a los nostálgicos que exaltan a la nación o proponen estatizaciones de la economía (Iglesias, 2004).

Pero la identidad que establece entre mundialización capitalista y consolidación de los derechos democráticos sólo se verifica en su imaginación. Las transformaciones de las últimas décadas han incenti-

vado el apetito de lucro de las grandes empresas provocando despojos de pobladores, pauperización de trabajadores y depredación de los recursos naturales. La euforia privatizadora ha sido la principal causa de esta regresión social.

La ceguera frente a estas consecuencias se percibe en la insólita conexión entre globalización y reducción de la desigualdad, que establece el teórico socio-liberal Nigel Harris. Postula ese vínculo a contramano de incontables verificaciones opuestas (2003).

Los cálculos que ha difundido recientemente el equipo de investigación dirigido por el economista Thomas Piketty desmienten en forma contundente cualquier ilusión en la mejora de la equidad. La mundialización neoliberal amplificó las brechas sociales en todos los países a un ritmo desconocido desde el siglo XIX (Piketty, 2014a).

Harris también afirma que las tendencias globalizantes contribuyen a reducir la pobreza (2013). Pero este supuesto no sólo contradice el estado de indigencia que soportan los millones de hambrientos de la periferia. También contrasta con la nueva pobreza que genera la destrucción neoliberal de las conquistas sociales en Europa y Estados Unidos.

Cosmopolitismo burgués

La apología de la globalización difiere del reconocimiento de la mundialización como una nueva etapa del capitalismo. El social-liberalismo no se limita a diagnosticar la presencia de este novedoso estadio, sino que reivindica su aparición como un gran momento de progreso. En lugar de formular un análisis objetivo del salto registrado en la internacionalización del capital expone aprobaciones de esa transformación.

Esta diferencia entre el diagnóstico y la alabanza separa al social-liberalismo de numerosos estudios que retratan, y al mismo tiempo cuestionan, la mundialización del capital. Estas miradas registran las contradicciones y los límites de ese proceso¹.

Harris combina evaluaciones con elogios. Subraya la diferencia entre la economía mundial (como entidad que enlaza a sus componentes nacionales) y la globalización (como nueva subordinación de esas estructuras a fuerzas externas). Describe la forma en que las empresas transnacionales y la banca global modifican las fronteras y desbordan las regulaciones estatales. También ilustra la adaptación de las decisiones de inversión a las necesidades de un mercado internacionalizado. Evalúa estos cambios con gran optimismo (2003).

¹ Un ejemplo de esa postura en Robinson (2001; 2002). Nuestro enfoque en Katz (2011).

Pero su entusiasta visión ignora los desequilibrios que introduce el período en curso. Harris omite la envergadura de la sobreproducción global y la magnitud del descontrol financiero que genera la mundialización. Desconoce que la competencia entre empresas, la saturación de productos y la plétora de capitales presentan una dimensión inédita.

El teórico inglés supone que la globalización recrea el virtuosismo cosmopolita del capitalismo naciente. Estima que la “revolución burguesa” actual tiende a superar la dominación estatal y facilita la constitución de sistemas genuinamente mercantiles. Considera que la actividad del empresario quedará liberada de las trabas que todavía impone la burocracia estatal (Harris, 2003).

Con esa mirada presenta un cambio en la reconfiguración de los Estados como un debilitamiento de esos organismos. No percibe que la globalización sólo remodela instituciones nacionales esenciales para la continuidad del capitalismo. Los Estados cumplen un rol central en la gestión de la fuerza de trabajo y persisten como estructuras insustituibles para garantizar la explotación del trabajo asalariado (Budd, 2013).

Harris desconoce este dato y se entusiasma con la expansión del mercado como pilar de la sociedad civil global. No aclara cómo podría cumplir ese papel reforzando al mismo tiempo todos los desequilibrios del capitalismo. Simplemente sugiere que el mercado contribuirá al renacimiento de los mercaderes y banqueros sin patria que forjaron a la sociedad moderna. Asigna a estos grupos un rol primordial en la historia humana por su capacidad para gestar sistemas de intercambio y desarrollo (2003).

Pero este mítico relato parece calcado de un manual neoclásico. Describe al capitalismo como un sistema sin origen conocido y tan sólo guiado por la fuerza suprahumana del mercado. Este mismo elogio expuso Adam Smith hace más de dos siglos, desconociendo las enormes crisis que genera este sistema (Marfleet, 2004).

Harris supone que el viejo cosmopolitismo comercial será reencarnado por una nueva clase de prósperos capitalistas transnacionales. Considera que este grupo ya se ha constituido como una formación objetiva (clase en sí) y evoluciona hacia su constitución subjetiva (clase para sí) (2003).

Pero omite la función explotadora de este sector. Tampoco registra cuán lejos se encuentra el capitalismo de forjar el Estado mundial que se requeriría para estabilizar a esa clase social transnacionalizada. El grado de madurez alcanzado por este nuevo segmento es un tema controvertido, pero su carácter opresivo está fuera de duda.

La marcha ascendente del capitalismo mundializado es imaginada por Harris como un proceso timoneado por las economías más abiertas. Elogia este perfil librecambista y se lamenta por la subsistencia de sistemas cerrados. Objeta esas protecciones estimando que provocan todo tipo de obstrucciones al desarrollo global (2003).

Ese mismo razonamiento exponen los neoliberales cada vez que falla alguno de sus experimentos. En esas circunstancias suelen afirmar que las “reformas fueron insuficientes”. Pero la explicación real de estos fracasos es totalmente opuesta. El propio modelo de apertura y privatización genera los desajustes que socavan su continuidad.

Toda la mirada de Harris ilustra el pasaje de un enfoque socialista-internacionalista a una visión liberal-cosmopolita. Esta involución incluye la hostilidad explícita hacia los movimientos sociales que impugnan la globalización capitalista. Identifica estas acciones con el “populismo” (2003).

Con esa postura se ubica en la vereda opuesta de la protesta social. Harris ha perdido la brújula para definir donde se sitúan el progreso y la reacción. No sabe que el primer terreno es abonado por los manifestantes que construyen foros sociales y el segundo por los millonarios que se reúnen en Davos (Green, 2006).

Ceguera frente al nacionalismo

El globalismo confronta duramente con el nacionalismo. Considera que esa ideología sintetiza todos los defectos de un encierro reactivo frente al progresismo cosmopolita. Identifica al patriotismo con el totalitarismo y cuestiona su resistencia a incorporar las ventajas de la mundialización. Esta crítica ha logrado cierta influencia, en un período signado por el deslumbramiento con Occidente y por el encubrimiento de la dominación imperial.

El cosmopolitismo burgués observa las distintas vertientes nacionalistas como reductos de líderes corruptos. Supone que estos dirigentes recurren a la demagogia para favorecer los intereses de casta y los manejos de las prebendas estatales. Advierte que esas manipulaciones están reñidas con la convivencia internacional.

Estos relatos son repetidos por los medios de comunicación y ya forman parte de un sentido común asimilado por la opinión pública de numerosos países. Incluyen la presentación del nacionalismo como una simple retórica utilizada por los tiranos del Tercer Mundo para perpetuarse en el poder.

En esas descripciones se coloca en una misma bolsa a los viejos socios del imperio caídos en desgracia y a los líderes antiimperialistas. Los dictadores en retirada (Leopoldo F. Galtieri, Manuel A. Noriega) son asemejados a los dirigentes populares (Omar Torrijos, Hugo Chávez). Con esta confusión se intenta sepultar las tradiciones de lucha anticolonialista que construyen los países periféricos (Chatterjee, 2000; Smith, 2000).

El antinacionalismo globalizante nunca distingue las vertientes progresivas y regresivas del nacionalismo. Ubica en un mismo casillero al antiimperialismo y al chauvinismo. Desconoce que la primera variante constituye un componente esencial de las resistencias populares y que el segundo incentiva disputas artificiales entre pueblos vecinos.

Esta diferencia es justamente omitida por los autores socio-liberales, que contraponen los méritos de la “izquierda mundializante” con los defectos de la “derecha territorialista” (Iglesias, 2004). Con esa clasificación recrean el tradicional contraste entre civilización occidental y sociedades primitivas, que todos los colonialistas han utilizado para justificar sus atropellos.

En la versión actual de ese contrapunto, Clinton, Blair y Obama son situados en la “izquierda mundializante”. Pero esta caracterización es muy difícil de sostener, dada la similitud de estos mandatarios con Thatcher, Reagan o Bush, a la hora desplegar *marines* o bombardear países.

Las agresiones imperiales son presentadas por este enfoque como actos de justicia frente a las perversiones del nacionalismo. Este relato incluye el ensalzamiento de Estados Unidos como el mejor resguardo democrático del orden internacional. Se supone que las virtudes de la primera potencia derivan de su capacidad para auto regular el uso de la fuerza (Iglesias, 2004).

Este panegírico habla por sí mismo. El principal responsable de los crímenes, las ocupaciones y los golpes de Estado sufridos por los pueblos de la periferia durante la segunda mitad del siglo xx es visto como un gran protector de la humanidad.

Castañeda es más cauto en estas alabanzas. Reconoce que en América Latina el nacionalismo persiste como una bandera popular contra Estados Unidos y distingue esta utilización del manejo xenófobo de esa ideología (Castañeda y Morales, 2010).

Con esta caracterización acepta que el nacionalismo no es una desgracia uniforme e incluye vertientes opuestas de antiimperialismo y

chauvinismo. Sin embargo el socio-liberal mexicano termina impugnando a ambas variantes, al afirmar que cualquier retórica nacionalista ha quedado desactualizada con la globalización. Estima que sólo subsiste como instrumento de algunos gobiernos para generar respaldo (Castañeda y Morales, 2010).

Pero si esas administraciones recurren a ese estandarte es porque el nacionalismo preserva alguna vitalidad estructural. Por un lado Castañeda repite el libreto neoliberal, que retrata al nacionalismo como un simple artificio para engañar a los pueblos. Al mismo tiempo desmiente ese diagnóstico, al reconocer la sintonía de este movimiento con las aspiraciones populares. No logra comprender que el secreto de esa adhesión estriba en la subsistencia de formas de opresión imperial, que son rechazadas por la mayoría de la población.

Del socialismo al globalismo

La crítica socio-liberal al nacionalismo frecuentemente proviene de autores que en los años setenta criticaban al antiimperialismo desde la izquierda, cuestionando su omisión de perspectivas socialistas.

Sebreli defendía esta línea de objeciones ultra internacionalistas. Se inspiraba en la posición asumida por Rosa Luxemburg, que a diferencia de Lenin, confrontó con los movimientos de liberación nacional remarcando su omisión de los antagonismos de clase. El intelectual argentino retomó esa visión y atribuyó a todos los nacionalismos un contenido reaccionario. Con esa fundamentación postuló que el pensamiento progresista debía ser antinacionalista (Sebreli, 1992).

Pero Sebreli olvidó que esos debates fueron anteriores a la Revolución Rusa y se saldaron con un alineamiento mayoritario a favor de la tesis leninista. Este último enfoque aportó una distinción entre nacionalismos avanzados y regresivos que demostró enorme vigencia en todos los procesos anticapitalistas del siglo xx.

Basta recordar la trayectoria de las revoluciones China, Vietnamita o Cubana para notar cómo la resistencia antiimperialista desembocó en transformaciones socialistas. Lejos de oponerse, estos dos cimientos de la lucha popular tendieron a converger en un mismo proceso de emancipación. Los principales procesos socialistas de la centuria pasada se consumaron combinando la radicalización conjunta de las demandas nacionales y sociales de los pueblos oprimidos.

En su giro derechista Sebreli archivó el marxismo, pero recreó su hostilidad hacia el nacionalismo. La selección de concepciones que decidió abandonar y preservar es muy ilustrativa de su viraje socio-libe-

ral. En su actual etapa conservadora el pensador argentino ha estado más atento a lo que dice Vargas Llosa que a los escritos de Lenin. Sus críticas al nacionalismo ya no destacan áreas de conflicto con el socialismo sino con el liberalismo.

El apologista de la globalización polemiza especialmente con el origen romántico de las teorías nacionalistas que indagan la identificación originaria de cada nación con cierta lengua, cultura o radio geográfico. Cuestiona la falta de rigor de estas conexiones, recordando la enorme variedad de desemboques nacionales que ha registrado la historia. También señala el carácter contingente de estas formaciones y la inexistencia de cualquier tipo de predestinación en la gestación de las naciones (Sebreli, 1992).

Pero esta acertada crítica a la idealización romántica del surgimiento nacional omite una segunda parte del problema: el devenir posterior del nacionalismo. Cualquiera sea el origen de cada entidad nacional, lo más importante ha sido el uso de esta tradición para causas progresistas o chauvinistas.

La forma en que Hitler o Mussolini utilizaban las mitologías de los pueblos germánicos o las civilizaciones latinas fue totalmente contrapuesta a la modalidad con que Sandino, Ben Bella o Arafat exaltaron la historia de Nicaragua, Argelia o Palestina. Esta diferencia cualitativa es imperceptible para el razonamiento socio-liberal, que coloca en una misma bolsa de deshechos a todas las modalidades del nacionalismo.

Esta ceguera no es casual. Una vez abandonada la meta socialista ya no interesa distinguir cuáles son los procesos nacionalistas afines o contrapuestos al objetivo igualitarista. Ahora sólo se busca detectar qué tipo de ideologías son favorables al liberalismo y en esta nueva clasificación todas las variantes del nacionalismo son impugnadas.

Emancipación repentina

Nigel Harris ha transitado por un carril muy semejante a Sebreli. También objetó durante cierto tiempo la estrategia de empalmar el proyecto socialista con las banderas de la liberación nacional. Posteriormente trazó un balance demoledor de todas las experiencias nacionalistas de posguerra. Remarcó su fracaso en desenvolver el capitalismo local a través de procesos de sustitución de importaciones y destacó las falencias de las economías cerradas en los nuevos escenarios de la globalización (2003).

Esos límites efectivamente determinaron el declive del antiguo desarrollismo y generalizaron el viraje de las viejas burguesías naciona-

les hacia el neoliberalismo. Pero este balance omite la existencia de otros procesos nacionalistas que siguieron trayectorias radicales, demostrando cómo la lucha consecuente por la liberación nacional puede empalmar con proyectos socialistas.

Al igual que sus pares latinoamericanos, Harris saltó del antidependentismo socialista al socio-liberalismo. Por eso desconoce todos los ejemplos de evolución positiva del nacionalismo. En sintonía con el globalismo de los años noventa, transformó su crítica socialista inicial al tercermundismo en una justificación del neoliberalismo actual.

Esta afinidad con la ideología dominante se verifica en sus cuestionamientos a la tradición económica proteccionista o a la política exterior autónoma, que mantuvieron algunos países de la periferia. Objeta esta actitud señalando que obstruyen el pleno despliegue de la globalización. Critica la resistencia de México a la desnacionalización del petróleo y considera que la persistencia de algunas empresas nacionalizadas en África Subsahariana contraría la nueva agenda global (Harris, 2003).

Esta argumentación parece calcada de los mensajes difundidos por el neoliberalismo para exaltar la apertura comercial y las privatizaciones. No se limita a retratar los límites o contradicciones de las políticas proteccionistas, sino que pondera la aplicación del paquete liberal en las economías subdesarrolladas. Estima inexorable la evolución hacia el capitalismo mundializado en los mismos términos que el fatalismo thatcherista resaltaba la ausencia de alternativas a sus propuestas.

Pero con esa visión se oculta que las desventuras padecidas por los países subdesarrollados en las últimas décadas provienen de su resignación frente al librecomercio. Las depredaciones que sufrieron estas naciones fueron consecuencia de su inserción en la globalización y no de la resistencia a participar en ese proceso.

Harris repite el argumento predilecto de los neoliberales, al afirmar que las dificultades afrontadas por las economías periféricas obedecen a su incorporación incompleta a la oleada globalizadora. Este razonamiento atribuye cualquier falla en este proceso a la inconsecuente introducción de las medidas reclamadas por los globalizadores. Pero como nadie conoce cuál sería ese patrón íntegro de reformas neoliberales, siempre hay espacio para argumentar que falta algo.

Lo más extraño de esa reflexión es su pretensión de preservar algún fundamento socialista. Harris encuentra esa conexión en el desemboque final de la revolución burguesa mundial en curso. Supone que al concluir este proceso quedará facilitada una transición hacia el igualitarismo.

Este insólito pronóstico presagia el socialismo a partir de la extensión de su opuesto. Presupone que la sociedad sin clases emergerá de la expansión del capitalismo. Como ya se ha descartado cualquier mediación nacional hacia la transición socialista, ahora apuesta a un devenir global instantáneo del poscapitalismo. En lugar de procesos diversos —resultantes de trayectorias nacionales diferenciadas— imagina algún corolario socialista simultáneo. Este resultado irrumpiría cuando el mundo declare su fatiga con el capitalismo.

Esa creencia en utopías globales repentinas es tan inconsistente que el propio autor evita aclarar cuál sería la modalidad, forma o contenido de ese proceso.

La inferioridad africana

El rechazo socio-liberal del nacionalismo antiimperialista profundiza una tradición conservadora de hostilidad hacia las mayorías. Retoma el desconocimiento de la opresión racial, la denigración del indigenismo y la descalificación de los movimientos populares. En el caso de Sebrelí esa actitud empalma con su vieja confrontación con el tercermundismo.

En el pasado objetaba este último alineamiento por su desconsideración del papel protagónico del proletariado, como único sujeto capacitado para liderar el cambio revolucionario. Estimaba que sólo la clase obrera podría comandar esa transformación, tanto por su exclusión de los beneficios del capitalismo, como por su portación de fines universales de emancipación. Subrayaba que el proletariado no ambiciona convertirse en una nueva clase dominante (Sebrelí, 1975).

Esta defensa del exclusivismo obrero era contrapuesta a otras visiones del marxismo (próximas al maoísmo o al castrismo), que resaltaban las potencialidades revolucionarias de distintos sectores oprimidos (como el campesinado o las minorías raciales). La crítica arremetía contra el intento de equiparar a esos segmentos subyugados con el proletariado. Resaltaba la primacía de la clase obrera por la homogeneidad social, conciencia política o gravitación económica de este sector.

Pero estos argumentos perdieron todo significado con la conversión del marxista puro en liberal. En ese giro Sebrelí olvidó al proletariado pero mantuvo su desconsideración hacia otros grupos oprimidos. Esta desvalorización incluye el cuestionamiento de la lucha secular de los pueblos de origen africano contra la esclavitud. Esti-

ma que esa modalidad brutal de explotación constituyó un mal necesario, que fue erradicado por meritorias acciones del liberalismo británico.

Sebrelí afirma que África se encontraba en decadencia cuando llegaron los europeos para participar en un tráfico de esclavos manejado por árabes y reyezuelos del continente. Considera que esa cruel actividad respondió a estrictos motivos económicos y fue suprimida al chocar con los valores humanistas del imperio inglés (1992).

En esta ridícula fábula se invierten los datos básicos de la historia para exculpar a los esclavizadores y responsabilizar a los esclavos por sus desgracias. Se enaltece directamente a las potencias coloniales, que en el debut del capitalismo recrearon una modalidad brutal de opresión laboral.

Sólo un razonamiento fatalista puede imaginar que la esclavitud generó más beneficios que sufrimientos. La combinación de esta visión mecánica con la idealización del liberalismo conduce a presentar la eliminación de la trata como un acto iluminista de modernización.

Esta mirada observa a los oprimidos como objetos inanimados, totalmente ajenos al curso de los acontecimientos. Por eso Sebrelí omite la extraordinaria revolución social y anticolonial de Haití, que condicionó todo el proceso de la Independencia de América. Su presentación endulzada de la esclavitud exige ocultar esa gesta.

Sebrelí también reivindica el colonialismo inglés por su difusión internacional de conocimientos, saberes y mejoras económicas (1992). Repite las viejas leyendas escolares del hombre blanco que emancipa a los nativos de su ignorancia y penurias. Pero evita comparar esa filantropía con las destrucciones que consumaron los colonizadores para multiplicar sus ganancias. No considera, por ejemplo, la hemorragia demográfica que sufrió África por la sustracción masiva de pobladores convertidos en esclavos. Esa depredación humana derivó en siglos de estancamiento del continente negro.

El escritor argentino reproduce el positivismo deshumanizado que la socialdemocracia asimiló del liberalismo a principio del siglo xx. Esa absorción incluyó la reivindicación del colonialismo como un proceso de civilización de los pueblos bárbaros. Que esa obra de progreso fuera realizada por cazadores de esclavos, depredadores de caucho o saqueadores de marfil nunca inquietó mucho a esa tradición. Ni siquiera registró que los conquistadores de África estaban ubicados en las antípodas del capitalista productivo.

La socialdemocracia pro-imperial siempre encontró alguna justificación del “costoso precio” que impone el “avance de la historia”. Con ese criterio eludía distinguir a las víctimas de los victimarios y omitía denunciar el enriquecimiento de las minorías a costa de las mayorías.

En el relato que ofrece Sebreli, los elogios del colonialismo inglés son sucedidos por críticas a los regímenes políticos radicales surgidos de la descolonización. Los breves y frustrados ensayos de “socialismo africano” a mitad del siglo xx en Angola, Mozambique, Etiopía o Yemen del Sur son incluso equiparados con el fascismo (1992).

Esta denigración es coherente con la presentación del colonialismo como un acto de instrucción. La descolonización es asemejada al desorden que generan los pueblos inmaduros y el análisis de las adversidades (o desaciertos) de las experiencias radicales es reemplazado por la impugnación de estos procesos. Esta descalificación incluye una explícita desvalorización de la cultura negra, que Sebreli considera inferior a sus equivalentes latinas, islámicas o judías.

El indigenismo y el populacho

El teórico argentino identifica al indigenismo con el irracionalismo. Afirma que en ese plano la tradición precolombina tiene muchos puntos de contacto con el despotismo oriental (Sebreli, 1992).

Esta evaluación naturalmente se basa la presentación de Occidente como la realización de la civilización. Sebreli considera que esa superioridad deriva de la primacía asignada a la razón, a la convivencia social y a las conductas humanistas. Estima que la herencia de las sociedades que chocaron con Europa merece ser desechada por obsoleta y regresiva.

El pensador socio-liberal presenta, por ejemplo, la cosmovisión incaica de unidad indivisible del hombre con la naturaleza como una manifestación de oscurantismo. Enaltece en cambio los mitos del progreso tecnológico irrestricto, a pesar de sus terribles efectos sobre el medio ambiente. No registra los peligros que esta demolición entraña para la supervivencia humana, mientras impugna las tradiciones de equilibrio ecológico de custodia de la “madre tierra”. Al endiosar el legado de Occidente en desmedro de otras culturas oculta los particularismos de una cosmovisión, que disfraza con prédicas universalistas su desvalorización de otras formas de pensamiento (Díaz Polanco, 2006).

Sebreli no analiza el significado de cada tradición cultural. Se limita a contrastarlas con el valorizado parámetro occidental. Tampoco sitúa

los acervos ideológicos en el lugar que ocuparon en las batallas sociales de cada época. Por eso el liberalismo es ubicado siempre en el primer escalón y el indigenismo en el último, sin observar quiénes fueron los voceros de estos pensamientos en cada circunstancia.

Con este enfoque no puede distinguir la enorme diferenciación interna que registraron ambas corrientes a lo largo de la historia. Son evaluadas como dos bloques opuestos omitiendo sus fracturas internas. Desconoce que los liberalismos de Mariano Moreno y Julio Argentino Roca eran completamente distintos y que las alabanzas melancólico-folklóricas del indigenismo chocan con la tradición combativa de Tupac Katari.

La ceguera socio-liberal impide notar cómo el iluminismo ha sido deformado por los opresores y en qué medida el indigenismo actual retoma demandas de igualdad política y cultural de los pueblos andinos. La visión conservadora obstruye esta percepción básica. Sólo registra el costado totalitario de la tradición indigenista, sin notar sus componentes de colectivismo igualitarista. Por eso cuestiona los legados de regimentación jerárquica y desconoce la tradición de trabajo comunitario (Sebreli, 1992).

En el imaginario liberal las sociedades precolombinas eran más totalitarias que las estratificadas estructuras sociopolíticas que introdujo la colonia. Esa creencia es congruente con la presentación que hace Sebreli del descubrimiento de América como una obra de emprendedores imbuidos del espíritu renacentista.

Esa leyenda ha sido atemperada en los últimos años por el *establishment* educativo, que reemplazó la insultante conmemoración del “día de la raza” por un edulcorado festejo del “encuentro entre dos culturas”. Sebreli preserva la versión más descarnada de ese acontecimiento y continúa suponiendo que América ingresó en la historia gracias a la demolición de las civilizaciones prehispánicas.

Esta denigración de los oprimidos empalma con su defensa del individualismo frente a la acción colectiva. En sintonía con el ultra liberalismo que asumió en los últimos años, Sebreli supone que todo individuo pierde sus cualidades cuando participa en un colectivo popular. En ese ámbito se torna pasivo y queda sujeto a la manipulación que ejercen los dictadores sobre la multitud (1992).

Partiendo de esa caracterización, Sebreli repite todos los prejuicios del liberalismo oligárquico contra las masas sometidas a la protección del caudillo. Reitera un tipo de zoncera que forjó el imaginario urbano de las clases medias latinoamericanas como individuos liberados del manoseo totalitario. Ese mito siempre ocultó la dependencia política e

ideológica de este sector respecto de minorías acaudaladas. El temido caudillo fue sustituido por encadenamientos más efectivos.

El social-liberalismo no registra esa subordinación a las elites oligárquicas porque ha incorporado todas las supersticiones neoclásicas de independencia individual. Imagina a las personas como agentes racionales que actúan siguiendo las señales de los mercados. Sebrelli combina esa ilusión con una actitud reactiva frente a cualquier acción popular.

¿Fin de las guerras?

El social-liberalismo justifica su entusiasmo con la época actual destacando que la globalización disipará el peligro de guerras. Afirma que se están conformando nuevos mecanismos de gobernanza mundial que pavimentarán la pacificación, mediante la adaptación de los Estados nacionales a la internacionalización de la economía. Estima que con ese amoldamiento se reducirán todas las amenazas bélicas.

Harris interpreta que las guerras constituyen simples consecuencias de la competencia entre los Estados. Recuerda que esa rivalidad se remonta al siglo XVIII (68 guerras con 4 millones de muertos), se acentuó en el siglo XIX (205 guerras con 8 millones de muertos) y culminó en el siglo XX (234 guerras con 115 millones de muertos). Señala que mediante esas conflagraciones las clases dominantes quedaron subordinadas a la agenda autodestructiva de los Estados.

También supone que la compulsión a los conflictos armados potenció las tendencias estatal-nacionalistas, sofocando la inclinación pacifista del capitalismo comercial. Las batallas sanguinarias se impusieron a la dinámica negociadora de los burgueses cosmopolitas (Harris, 2003).

Esta visión es un calco de la presentación liberal de la guerra, como un producto de ambiciones territoriales contrapuestas a la convivencia de los mercados. Los generales son vistos como responsables de las desgracias que rechazan los empresarios. Con este razonamiento se festeja la primacía lograda por los mercados en desmedro de los Estados. Se supone que la globalización reducirá los enfrentamientos militares permitiendo una sana competencia por el beneficio.

Pero con esta fábula se oculta la estrecha relación de los capitalistas con el belicismo estatal y la enorme fuente de lucro que representan las guerras para las grandes empresas. Lejos de ser ajena o contrapuesta a las conflagraciones, la competencia capitalista siempre ha sido determinante de esas sangrías.

Existen abrumadoras evidencias del papel jugado por esas rivalidades en el desencadenamiento de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. La pugna por dominar los mercados desembocó en inéditos enfrentamientos entre potencias. Los social-liberales no sólo ignoran este origen, sino que omiten la gravitación posterior de la economía de guerra en el crecimiento de los años cincuenta y sesenta. La carrera armamentista motorizó el nivel de actividad con el mismo ímpetu que había incentivado las reactivaciones precedentes.

El social-liberalismo también desconoce hasta qué punto el complejo industrial-militar del Pentágono continúa apuntalando a la economía estadounidense. Las guerras interimperialistas del pasado han sido sustituidas por una gestión imperial más colectiva, que exige intervenciones bélicas constantes para asegurar el control de la energía y los recursos naturales de África o Medio Oriente (Katz, 2011).

Harris supone que la pacificación del planeta sobrevendrá al cabo de una paulatina maduración de la globalización. Estima que esa meta será alcanzada cuando la solidez de la gobernanza mundial neutralice las resistencias del viejo autoritarismo. Con esa visión pondera el afianzamiento de una economía internacionalizada que consolidará un planeta pacificado.

Pero estas fantasías ignoran la escalada de genocidios y destrucciones materiales en curso. La expectativa de un gran consenso cosmopolita de convivencia no condice con la realidad de la dominación imperial.

Iglesias desconoce estos datos en su presentación de los conflictos actuales. Atribuye esos choques a la supervivencia de dictadores diabólicos que fanatizan a la población. Considera que las guerras son actos de suicidio colectivo, implementados por Estados que arrastran resabios de tribalismo feudal (Iglesias, 2004).

Con esa simplificación se exculpa a las clases dominantes por las tragedias bélicas, ocultando que no son víctimas sino artífices de las mismas. La lógica competitiva del capitalismo continúa determinando sangrías de este tipo.

Iglesias estima que esas pesadillas tenderán a disiparse con el afianzamiento en las Naciones Unidas. Considera que la pacificación acompañará la gestación de nuevos poderes democráticos. Apuesta al surgimiento de parlamentos globales al cabo de complejos procesos de maduración cosmopolita. Postula un detallado modelo de formas regionales de esa transición hacia estructuras políticas mundiales (2004).

Pero no registra la manifiesta incompatibilidad del capitalismo con esa utopía. Un sistema de competencia por beneficios surgidos de la explotación no puede desembocar en una sociedad civil global de armonía y consenso. El imaginario de una República Universal basada en el derecho internacional y regulada por una constitución planetaria requiere la previa erradicación de la primacía del lucro.

Intervención humanitaria

La principal consecuencia del cosmopolitismo social-liberal es la convalidación de la intervención imperialista. Esta acción es aprobada mediante curiosas aplicaciones de las teorías globalistas. Las mismas justificaciones de “protección humanitaria” que enarbolan las potencias occidentales son presentadas como grandes pasos hacia el orden democrático.

Harris afirma que esas incursiones ya no son realizadas por un Estado contra otro, sino por organismos colectivos para asegurar la convivencia mundial. Considera que por primera vez en la historia se ha creado la posibilidad de eliminar las guerras. Supone que las operaciones militares consensuadas a nivel internacional permitirán sustituir la vieja concurrencia bélica por una promisorio rivalidad en torno a la educación, el deporte o la cultura (2003).

Si esta ingenuidad no tuviera consecuencias prácticas pasaría desapercibida como otra banalidad liberal. Pero con ese tipo de reflexiones se avala el derecho de intervención imperial en Kosovo, Irak o cualquier otra región señalada por el Pentágono. Harris elude la denuncia de este tipo de expediciones, estimando que sólo transparentan el uso de armas o relaciones de poder ya existentes (2003).

Pero el social-liberalismo no se limita a convalidar el *statu quo*. Se ha especializado en perfeccionar un piadoso disfraz para recubrir las operaciones imperialistas. Iglesias afirma que soslayar el sostén de esas acciones conduciría a un resultado peor. Las matanzas entre grupos nacionales, religiosos o raciales embarcados en operaciones de limpieza étnica quedarían impunes. Por esta razón postula reemplazar el principio de no intervención por formas humanitarias de injerencia (2004).

Con un lenguaje más descarnado Sebrelí desenvuelve las mismas propuestas. Convoca a relativizar el concepto de soberanía territorial y resalta la meritoria labor cumplida por Estados Unidos en el derrocamiento de Manuel Noriega (Panamá) y Sadam Husein (Irak). Con el mismo cinismo que exhiben CNN o FOX, afirma que habría sido inad-

misible abandonar a su suerte al pequeño Kuwait invadido (Sebreli, 1992).

Con esas falacias se acepta la doble vara que impone la diplomacia norteamericana. Cuando un adversario de Estados Unidos perturba el orden global merece castigos inmediatos, mientras que cuando lo hace un aliado del imperio debe ser comprendido en silencio. En esta duplicidad se basa el tramposo criterio neoliberal de custodia de los derechos humanos.

Basta registrar la devastadora secuela de destrucción que dejan todas las agresiones imperialistas, para notar cuánto cinismo subyace en los llamados liberales a “empoderar a la sociedad civil” contra el belicismo estatal. La misma hipocresía presentan las convocatorias a forjar valores cosmopolitas, promoviendo desarmes o cortes internacionales de justicia (Iglesias, 2012).

La socialdemocracia globalizada se ha transformado en una usina de propaganda imperial. Revalida el derecho de intervención colonial con viejos argumentos de los opresores. Se imagina a sí misma como la encarnación suprema de la civilización y actúa como vocera de las causas más retrógradas del capitalismo contemporáneo.

III

NEODESARROLLISMO

7. Programas económicos

En los últimos años, aumentó la influencia del neodesarrollismo. El término se volvió usual en numerosos ámbitos de América Latina y se multiplicaron los encuentros para discutir su contenido.

Dos conocidas figuras de Brasil y Argentina reivindican esta concepción: Luiz Carlos Bresser-Pereira y Aldo Ferrer. Pero un amplio grupo de economistas trabaja en la misma dirección (Robert Boyer, Osvaldo Sunkel, Gabriel Palma, Cristóbal Kay, Alejandro Portes, João Sicsú, Luiz De Paula, Michel Renaut, José Luis da Costa Oreiro). Estos pensadores actúan en importantes organismos (Fundación Getúlio Vargas, Plan Fénix), han ganado terreno en las universidades y difunden planteos recogidos por los medios de comunicación¹.

¿Cuáles son las principales tesis económicas del “nuevo desarrollismo”? ¿En qué se diferencian de sus antecesores? ¿Qué indica la aplicación reciente de sus propuestas? ¿Cuál es el correlato político de sus caracterizaciones?

Cinco planteos

Dada la variedad de enfoques que reúne el neodesarrollismo no es sencillo precisar sus tesis centrales. Remarcan el carácter singular e imprevisible del crecimiento sostenido y la consiguiente dificultad para conceptualizarlo. Pero también estiman que el éxito de

¹ Una descripción de este impacto en Azcurra (2011).

esos procesos transita por cinco carriles (Sicsu, De Paula y Renaut, 2007).

En primer lugar, postulan la necesidad de intensificar la intervención estatal para emerger del subdesarrollo. Adscriben a las teorías que rehabilitan esta incidencia, señalando que no hay mercados fuertes sin Estados fuertes (Stiglitz, 2010).

Esta revalorización del intervencionismo no implica retomar el viejo keynesianismo, ni promover la reconstrucción del Estado de bienestar. Alientan un nuevo equilibrio entre matrices “Estado-céntricas” y “mercado-céntricas”, para superar las viejas dicotomías y encontrar modelos capitalistas adecuados para cada país. Subrayan que la presencia estatal no debe obstruir la inversión privada y consideran que la gestión pública debe reproducir la eficiencia del gerenciamiento privado (Sunkel, 2007).

El segundo pilar del enfoque neodesarrollista es la política económica no sólo para actuar en la coyuntura, sino como instrumento central del crecimiento. Analizan detenidamente las distintas opciones monetarias, fiscales y cambiarias que permitirían reducir la dependencia financiera de los bruscos ciclos de ingreso y salida de capitales.

Su prioridad es mantener acotado el déficit fiscal para alentar la competitividad con tasas de interés decrecientes y elevados tipos de cambio. Enfatizan la importancia de evitar el “mal holandés”, es decir, la sobrevaluación cambiaria que genera la afluencia de divisas receptadas por los países exportadores de materias primas (Bresser-Pereira, 2010).

El tercer objetivo del neodesarrollismo es retomar la industrialización para multiplicar el empleo urbano. Cuestionan la regresión fabril generada por la apertura comercial de los años noventa y estiman que la expansión industrial debe ser la prioridad de las economías intermedias. Piensan que los países avanzados ya agotaron esa etapa y que las naciones pobres no cuentan aún con el acervo requerido para encarar esta tarea (Ferrer, 1996; 2010b; Bresser-Pereira, 2010).

Reducir la brecha tecnológica es la cuarta meta del proyecto. El neodesarrollismo propicia incrementar la innovación local mediante acuerdos con las empresas transnacionales para lograr una fuerte absorción de conocimientos. Alientan un camino schumpeteriano de intensa modernización productiva, para superar las insuficiencias de la vieja industrialización. Remarcan la existencia de varias trayectorias tecnológicas posibles y promueven su amoldamiento al formato de cada economía (Rodríguez, 2007).

Imitar el avance exportador del Sudeste Asiático es la quinta propuesta neodesarrollista. Proponen subsidiar a los industriales que faciliten la expansión de las ventas manufactureras mediante estrategias estatales que “enseñen a competir”. Por esa vía esperan emular la lucidez de los dirigentes asiáticos y dejar atrás el conformismo latinoamericano. Advierten que un modelo de este tipo exigirá moderación salarial, estabilidad social y fuerte compromiso de los trabajadores con la productividad (Costa Oreiro, 2012).

Diferencias con el desarrollismo clásico

Con estas cinco ideas el neodesarrollismo retoma ciertos principios de sus antecesores y reivindica la misma denominación, con un aditamento (neo) que sugiere actualizaciones. Revisan más los conceptos de esa tradición que sus expresiones puntuales².

El enfoque desarrollista tradicional postulaba superar las consecuencias de la heterogeneidad estructural, en economías afectadas por el modelo agroexportador y el deterioro de los términos de intercambio. Raúl Prebisch, Aníbal Pinto y Celso Furtado proponían corregir esas deficiencias mediante procesos de industrialización, a fin de contrarrestar la baja productividad del agro y la estrechez general del poder adquisitivo. Confaban en la eficacia de las políticas económicas y en la fuerza del Estado para mejorar la posición de la región en el capitalismo mundial. Esperaban inducir un salto desde el estadio periférico hacia algún escalón más avanzado.

Bresser-Pereira y Ferrer mantienen la misma expectativa, pero promueven el remedio industrialista en otros términos, como consecuencia de las grandes transformaciones registradas en el agro. Un acelerado proceso de capitalización en este sector ha tornado obsoleta la vieja crítica al latifundio y al estancamiento de la actividad primaria. También ha perdido actualidad la propuesta de utilizar los recursos inmovilizados en el agro para la inversión fabril.

En el nuevo escenario los neodesarrollistas auspician procesos de crecimiento en coalición con el agronegocio. El viejo conflicto con la oligarquía exportadora se ha diluido y los antiguos adversarios son convocados a forjar un bloque común. La conversión de los terratenientes en nuevos empresarios ha recreado la solidaridad capitalista entre los adinerados del campo y la ciudad. La tradicional contraposi-

² La enorme inestabilidad política que rodeaba a las experiencias desarrollistas del pasado dificulta su balance. Es lo que ocurrió, por ejemplo, con el emblemático caso del gobierno argentino de Frondizi en los años sesenta.

ción entre el liberalismo agrario y el proteccionismo urbano ha disminuido y el neodesarrollismo visualiza a la agroexportación como una potencial proveedora de divisas para la reindustrialización.

Pero este cambio implica aceptar la remodelación neoliberal del agro y la consiguiente concentración de tierras, especialización en exportaciones básicas, pérdida de cultivos diversificados y acentuado deterioro del medio ambiente.

Al igual que sus antecesores los nuevos desarrollistas estiman que el crecimiento industrial aumentará el empleo, expandirá el mercado interno y mejorará el consumo. Pero a diferencia del pasado se han generalizado tecnologías que reducen la utilización de la mano de obra y la creación de trabajo ya no acompaña el ritmo de inversión. Que la expansión de la economía sea incentivada por el mercado o la regulación estatal no modifica esta carencia de empleo. En ambos casos el capitalismo latinoamericano genera insuficientes puestos de trabajo y estabiliza la precarización en labores informales, descalificadas y mal remuneradas. El neodesarrollismo no ofrece respuestas a esta seria adversidad.

Esa concepción estima que el deterioro de los términos de intercambio y la relación centro-periferia ya no constituyen obstáculos significativos para el despegue regional. Considera que la reversión del primer parámetro registrada en la última década es perdurable y que la segunda polaridad tiende a diluirse con el crecimiento de las economías emergentes. En este terreno se verifica otra diferencia sustancial con la vieja CEPAL.

También asignan menor gravedad y periodicidad a las crisis económicas latinoamericanas. Con esta evaluación apuestan a superar los desajustes actuales mediante un buen manejo de las políticas macroeconómicas. Le quitan dramatismo a las tensiones estructurales que preocupaban a Prebisch y Furtado.

El neodesarrollismo reconoce formalmente la continuidad de las viejas contradicciones expuestas por la heterodoxia, pero espera atenuarlas mediante un acertado manejo de las variables cambiarias, financieras y presupuestarias. Concentra el grueso de su artillería en la administración del tipo de cambio (Bresser-Pereira, 2011).

Sus teóricos advierten contra las desventuras que entraña para la industria cualquier apreciación cambiaria. Pero no analizan el efecto opuesto que genera la depreciación de esa variable sobre el salario. Ese impacto se ha verificado tradicionalmente en ciclos devaluatorios que incrementan los precios internos y empobrecen a los trabajadores. El viejo desarrollismo era más cauto en este terreno y sólo postulaba un

manejo cuidadoso de la cotización de las divisas para acotar las ganancias de los exportadores.

Indefiniciones e inconsistencias

Los teóricos neodesarrollistas esperan liderar un intenso proceso de crecimiento, pero no definen cómo alcanzarlo. La regulación estatal que promueven tiene incontables modalidades y efectos. La contraposición entre neodesarrollistas proclives a la intervención del Estado y neoliberales adversos a esa injerencia es una simplificación. Todos recurren a una fuerte presencia del sector público cuando les toca administrar la economía.

Ese comportamiento es consecuencia de la gravitación alcanzada por los grandes bancos y empresas en el capitalismo contemporáneo. Resulta imposible gestionar este sistema sin protagonismo de la burocracia estatal y los gerentes del sector privado. Lo que está siempre en juego es el tipo de intervención estatal predominante en cada período y no la existencia o intensidad de esa presencia.

El neodesarrollismo sugiere que su acción serviría para eliminar las distorsiones que genera el mercado. Contrapone este objetivo con la actitud ortodoxa de esperar espontáneas correcciones de la oferta y la demanda.

Pero también aquí la diferencia pierde contenido cuando se comanda la marcha cotidiana de la economía en situaciones de alta tensión. La crisis global reciente brindó una contundente evidencia de la forma en que ortodoxos y heterodoxos actúan en común cuando se impone el socorro a los bancos. En esos momentos las divergencias sólo giran en torno a la modalidad de esos auxilios.

Los neodesarrollistas propician una adaptación pragmática a las exigencias de la coyuntura y por eso incorporan fórmulas que contienen múltiples elementos, sin definir nítidas primacías. Suelen convocar a fortalecer el mercado y el Estado, a reforzar la centralización y la descentralización, a potenciar lo público y lo privado, y a desenvolver políticas austeras y activas.

Pero esta variedad de orientaciones no abandona nunca el principio de favorecer a los grandes grupos capitalistas. La prioridad asignada al tipo de cambio competitivo con baja inflación y reducido déficit fiscal ilustra el sostén a los poderosos. En ese modelo los costos del impulso exportador son solventados por los trabajadores a través de devaluaciones, restricciones al gasto social o un corset a los salarios.

Muchos neodesarrollistas sugieren que estos esfuerzos constituyen el precio a pagar por la reindustrialización. Pero no registran la contradicción existente entre esa meta y la convalidación de la primacía agroexportadora. Mientras los recursos que requiere la expansión fabril continúen localizados prioritariamente en el agronegocio, una industria latinoamericana de cierto valor agregado continuará languideciendo.

Los neodesarrollistas suponen que la recuperación manufacturera será impulsada significativamente por las empresas transnacionales. Consideran que estas firmas garantizan la expansión continuada del producto, si el Estado evita una apertura indiscriminada al capital extranjero y orienta las inversiones hacia los sectores estratégicos.

Pero la experiencia indica que las grandes compañías extranjeras definen su colocación de fondos en función de planes globales, que rara vez coinciden con las prioridades de las naciones receptoras de esos capitales. Esta discordancia dio lugar a la denominada “industrialización trunca” de América Latina (Fajnzylber, 1983).

Esa deformación incluye un déficit comercial crónico del sector manufacturero, provocado por la baja integración nacional de partes y una alta dependencia de insumos importados. Este desequilibrio determina ciclos de acumulación afectados por desbalances externos, que no desaparecen con ingenierías cambiarias, fiscales o monetarias.

Frente a este crítico escenario el neodesarrollismo navega en un mar de contradicciones. Por un lado despotrica contra la “destrucción de los tejidos fabriles nacionales” perpetrada por la competencia importadora durante las últimas décadas. Y por otra parte cuestiona el “proteccionismo excesivo” del pasado y la improductividad legada por el encierro arancelario.

Aunque buscan un punto intermedio entre ambos extremos, en los hechos se amoldan a las demandas actuales de las empresas transnacionales, que exigen libre movilidad de capitales y mercancías entre sus filiales. Con esta actitud convalidan los desajustes que pretenden corregir.

Los mismos contrasentidos se verifican en el plano tecnológico. El neodesarrollismo apuesta a reducir la enorme brecha que separa a Latinoamérica de las economías centrales. Pero supone que esa disminución surgirá de una mayor presencia económica de las firmas que generan esa fractura. Por eso convoca a absorber las tecnologías disponibles en el mundo, mediante la intermediación de compañías transnacionales.

Esas empresas no derraman conocimientos hacia la periferia. Transfieren a sus filiales un manejo estrictamente acotado de las prácticas requeridas para asegurar sus líneas de fabricación. Mantienen localizados los laboratorios de investigación y desarrollo en los países de origen.

El neodesarrollismo considera que esos obstáculos pueden remontrarse, forjando “sistemas nacionales de innovación” patrocinados por el Estado y las empresas transnacionales. Pero la experiencia indica que esa iniciativa choca en la práctica con el dilema de privilegiar la inversión pública o subsidiar a las compañías extranjeras. Esas subvenciones obstruyen el ansiado despliegue de las innovaciones.

La visión neodesarrollista realza las convergencias del Estado con el sector privado. Pondera especialmente el rol de la empresa como un ámbito de cooperación y selección de las nuevas tecnologías, siguiendo los parámetros de productividad, competitividad y rentabilidad.

Pero esta idílica mirada desconoce que esos patrones se asientan en la explotación laboral y sólo definen las porciones de plusvalía extraída a los trabajadores, que captura por cada concurrente. Entre tantos elogios al talento, la creatividad y la disposición al riesgo del capitalista, no queda espacio para recordar su rol cotidiano en la apropiación de trabajo ajeno.

¿Copiar al sudeste asiático?

El neodesarrollismo enfrenta todos estos problemas con el ejemplo práctico del Sudeste Asiático. Si ellos lo han logrado, ¿qué impide a Latinoamérica repetir la misma trayectoria?

Esta imitación es postulada como la gran solución por los autores que ubican a ambas zonas, en un estadio semejante de desarrollo intermedio. Estiman que un buen aprendizaje del sendero transitado por las economías orientales permitirá desenvolver un camino semejante. Sólo se requiere aplicar las mismas políticas de déficit público, tipo de cambio competitivo y promoción del superávit comercial (Bresser-Pereira, 2010).

Pero el presupuesto de este razonamiento es la convergencia potencial de todas las economías emergentes en un escalón superior que las aproximará a los países centrales. Aquí retoman la vieja idea neoclásica de un ascenso general hacia situaciones de prosperidad, a medida que la modernización se expande por todo el planeta. Sólo este imaginario liberal permite suponer que la copia del Sudeste Asiático asegure el desarrollo de América Latina.

Si se rechaza ese presupuesto del capitalismo —como un sistema abierto a sucesivas incorporaciones de las regiones relegadas— la idea de emular el camino oriental se torna más conflictiva. La propia afirmación de que “Asia lo está logrando y América Latina no”, implica reconocer la existencia de inserciones diferenciadas en el mercado mundial.

Todo el razonamiento falla al ponderar al Sudeste asiático por su expansión, culpando a Latinoamérica por su retroceso. En los hechos ambas regiones quedaron situadas en distintas trayectorias en la nueva etapa de la mundialización y soportan desequilibrios de distinto tipo. La primera región no creció sostenidamente por sus méritos frente a los desaciertos del resto, sino que reiteró la pauta de desenvolvimiento desigual que ha predominado en toda la historia del capitalismo.

Este sistema se rige por principios de competencia despiadada y no suele dar cabida a progresos colectivos. Siempre induce situaciones de gran desigualdad. Lo que cambia en cada etapa son los protagonistas de la prosperidad y la regresión, como resultado de las asimetrías que generan las ganancias diferenciales de las distintas economías. Si todos pudieran desenvolverse siguiendo la misma norma de aproximación al bienestar, desaparecerían las brechas de competitividad en que se asienta el sistema. Nunca irrumpe un escenario virtuoso al alcance de todos.

Reconociendo esta dinámica se puede entender por qué razón América Latina se retrasó frente al Sudeste Asiático. En la estructura jerarquizada del capitalismo global, los países del Extremo Oriente presentaron gran adaptabilidad a un esquema de mundialización que premia la disciplina, el adiestramiento y la baratura de la fuerza de trabajo.

Los autores neodesarrollistas suelen omitir que el secreto de esa región radica en la superexplotación de los trabajadores. Ese tormento ha sido la condición del milagro exportador. Es cierto que América Latina también cuenta con una gran reserva laboral, pero no reúne las condiciones que optimizan la extracción de plusvalía. En esta región el proceso de industrialización fue previo a los requerimientos de la mundialización actual.

Existen, por ejemplo, numerosas maquilas en Centroamérica que se desenvuelven con patrones semejantes al Sudeste Asiático. Pero nunca alcanzaron el nivel de productividad impuesto por los regímenes autoritarios de Oriente.

La propia dinámica acumulativa del capital consolidó las brechas entre ambas regiones. Una vez iniciado el vuelco de la industria mun-

dial hacia el continente asiático ha resultado difícil contrarrestar esa tendencia con ofrecimientos de mayor baratura salarial. Un modelo de producción globalizada —basado en rivalidades por reducir los costos laborales— no deja mucho margen para la imitación. Todos deben descargar sus productos en un mismo mercado mundial, que no crece a la misma velocidad que el ritmo de fabricación.

Algunos autores neodesarrollistas eluden estos problemas postulando que la imitación del Sudeste Asiático debe incluir mejoras en los salarios. Pero el contrasentido de esta propuesta salta a la vista. El despunte capitalista de Oriente no se consumió incorporando a esa zona el Estado de bienestar europeo, los servicios sociales de Escandinavia o el mercado de consumo de Estados Unidos. Las empresas transnacionales se afincaron con estrategias de explotación extrema de los trabajadores.

Otros pensadores consideran que en el Sudeste Asiático siempre existió una conciencia industrialista que facilitó su expansión fabril. Estiman que esa convicción permitió optar por un modelo exportador que evitó las fragilidades del mercado interno (Palma, 2006).

Pero lo cierto es que Asia Oriental se industrializó más tarde que América Latina y empalmó con una etapa de mundialización afín a la “producción hacia afuera”. Por esta razón existieron programas disímiles en ambas zonas, que se adaptaron a momentos diferenciados del capitalismo. En las condiciones precedentes de los años sesenta nadie hablaba de Corea o Taiwán y las economías intermedias de Latinoamérica eran vistas como la gran promesa del desarrollo.

Suponer que el secreto del crecimiento oriental ha radicado en una inteligente elección de políticas exportadoras que América Latina desconoció, implica confundir las causas con los efectos. El nuevo escenario de la mundialización favoreció a un grupo de países y penalizó a otros, tornando más efectivos los instrumentos crediticios y cambiarios utilizados en Asia para apuntalar el esquema exportador. La existencia de tasas de inversión privadas que duplican en esa región los porcentuales de América Latina es también una consecuencia y no una causa de las diferencias existentes entre ambas zonas.

También se suele atribuir la expansión asiática a la vigencia de niveles inferiores de desigualdad. Mientras que el 10% más rico de la población latinoamericana acapara el 45% del ingreso, en Corea o Taiwán ese porcentaje se reduce al 22%-23% (Palma, 2006).

Pero en África la brecha social ha sido tradicionalmente inferior al promedio latinoamericano y esta diferencia no favoreció su desarrollo. La desigualdad es un rasgo intrínseco del capitalismo que no

mantiene relaciones unívocas con las tasas de crecimiento. En algunas economías centrales (como el norte de Europa) las brechas sociales fueron tradicionalmente bajas y en otros países (Inglaterra, Estados Unidos) fueron elevadas. Esas fracturas no definen las normas de la acumulación capitalista.

La globalización electiva

El neodesarrollismo vislumbra a la globalización como una gran oportunidad para los países medianos. Estima que ese proceso apuntalará el desenvolvimiento latinoamericano, si se aprovechan las ventajas comerciales evitando los peligros financieros (Bresser-Pereira 2010).

Pero nunca aclaran cómo se podrían usufructuar esas conveniencias soslayando sus efectos nocivos. Es evidente que las modalidades comerciales y financieras de la internacionalización están íntimamente conectadas entre sí. Los bancos intermedian en todas las transacciones manejadas por las empresas transnacionales.

La gran “oportunidad comercial” que se realza es la convalidación de la inserción dependiente de América Latina como proveedora de productos básicos. Y lo que se cuestiona como un “peligro financiero” es el endeudamiento descontrolado. Sin embargo, la experiencia histórica indica que a largo plazo esa primarización exportadora recrea la hipoteca de la deuda.

La mirada condescendiente hacia la globalización presupone que esa transformación genera crecientes beneficios para múltiples ganadores. Pero con ese enfoque se olvida a las víctimas del mismo proceso. En el caso latinoamericano, por ejemplo, se reconoce que sólo las economías medianas parcialmente industrializadas podrían participar del cambio en curso. El resto de la región quedaría marginada hasta concluir un camino previo de maduración. De esta forma, la oportunidad de la globalización queda reducida a un grupo de economías y no ofrece mejoras para los demás (Bresser-Pereira, 2010).

Toda la caracterización es formulada con razonamientos semejantes a los del viejo liberalismo. Al igual que Rostow, se imagina un proceso futuro de creciente aproximación entre países contagiados por la expansión capitalista. Los participantes elevan paulatinamente su *status* saltando de la pobreza a escalones intermedios, para converger posteriormente en la modernización. En ese momento todas las naciones alcanzan un nivel satisfactorio de bienestar.

Contra este tipo de fantasías reaccionaba la vieja CEPAL de los años cincuenta y sesenta. Objetaba esa ilusión de convergencias, destacan-

do las polaridades entre el centro y la periferia que genera el propio proceso de acumulación mundial.

Los teóricos neodesarrollistas mantienen una diplomática adhesión a esa concepción, pero en los hechos estiman que las fracturas tienden a atenuarse en el capitalismo global. Por esta razón diluyen el análisis estructural de las relaciones centro-periferia en miradas benévolas de la mundialización. Suelen postular que “cada país tiene la globalización que quiere y se merece” (Ferrer, 1996).

El mercado mundial es visto como un amplio espacio de libertad para lograr las metas ambicionadas por cada integrante. Ya no representa el obstáculo para el desarrollo que subrayaba la CEPAL. Con lenguaje heterodoxo se disimula esta aproximación a la tesis neoclásica.

Los misterios del *catch up*

El neodesarrollismo retoma la idea de crecer a través de un proceso de *catch up*, que permita copiar tecnologías elaboradas por los países desarrollados. Proponen realizar esa absorción a través del Estado nacional, para acortar el proceso de maduración de las economías ascendentes.

Esta visión fue inicialmente planteada por Alexander Gerschenkron en su estudio de la industrialización, como un proceso de asimilación de tecnologías por parte de los países que se aproximan al capitalismo. Señaló que Inglaterra comenzó esa evolución con la revolución del vapor (1780); Francia utilizó posteriormente ese legado para financiar su expansión fabril con el auxilio de los bancos (1830) y Alemania repitió ese desenvolvimiento mediante una fuerte intervención del Estado (1870). Finalmente, Rusia aprovechó esta secuencia para apuntalar su crecimiento industrial con gastos militares (1880).

Este proceso era visto como una concatenación de distintas modalidades de industrialización según el origen, las prioridades, el contexto y las motivaciones de sus artífices. Pero en todos los casos se estimaba que las economías retrasadas podían apropiarse de la herencia de sus antecesores. Ninguna fórmula previa aseguraba esta absorción, pero las condiciones institucionales favorables a la acción del empresario y a la integración de los trabajadores facilitaban esa asimilación. Gerschenkron coincidió entre las décadas de 1940-1950 con muchos autores impactados por la industrialización soviética y polemizó con los economistas liberales, que promovían la adaptación pasiva de los países subdesarrollados al mercado mundial (1970).

El pensamiento neodesarrollista retoma esa concepción para postular la utilización de las tecnologías disponibles. Distingue a las eco-

nomías retrasadas por su capacidad o impotencia para concretar esa captura. Comparte, además, la crítica al pensamiento neoclásico y al espejismo de un avance espontáneo de las economías relegadas siguiendo el faro del mercado.

Pero también supone que basta con elegir una estrategia correcta para ingresar en el círculo virtuoso de la acumulación. Con esta genérica fórmula no explica cuáles son los caminos concretos para concretar ese crecimiento.

El planteo de Gerschenkron es muy contradictorio. Por un lado exalta las enormes posibilidades de copia que tienen los recién llegados, pero al mismo tiempo señala la inexistencia de una norma para usufructuar de esa ventaja. Es una gran oportunidad carente de senderos nítidos para su aprovechamiento³.

Afirma que ciertas políticas permiten capturar las tecnologías disponibles, pero no se sabe cuáles son esas orientaciones. Su cronología histórica demuestra que el camino seguido por Francia fue muy distinto al transitado por Alemania o por Rusia. Si cada uno hizo su *catch up* con una fórmula propia, ¿cuál es la lógica general del acelerado avance de las economías que llegaron tarde?

Los propios ejemplos de esta concepción sugieren que pocos países pueden absorber las técnicas más avanzadas. Hay que estar en carrera para alcanzar al que se ubicó en la punta. Sólo una minoría de potencias coloniales durante el surgimiento del capitalismo y un puñado posterior de ascendentes semiperiferias participaron de ese certamen. El grueso de la periferia no tuvo cabida en el *catch up*. Cualquiera sea la política asumida por el Estado de los países marginados, no se entiende cómo podrían instrumentar esa copia de tecnologías.

Esta misma restricción aparece en el enfoque actual de Bresser-Pereira, cuando afirma que la globalización es una “oportunidad” para las economías medianas, que ya consumaron su “revolución capitalista”. Señala que el éxito industrial no se alcanza imitando un modelo precedente, sino buscando un camino particular. El *catch up* parecería brotar de ciertas singularidades que nadie logra explicar de antemano.

Pero con ese razonamiento sólo se sabe lo obvio, es decir, que hubo países exitosos y fracasados en el intento de rápida industrialización. Que la tecnología se encuentre disponible no modifica mucho ese contraste, ni aporta explicaciones de lo sucedido. La existencia de esos recursos técnicos no define esos resultados.

³ Esta crítica en Selwyn (2010).

La teoría del *catch up* reconoce la existencia de muchos casos fallidos, que demuestran la insuficiencia de cierta política industrial para garantizar el crecimiento sostenido. Gerschenkron estudió los ejemplos de Dinamarca (que se mantuvo como proveedor pasivo de exportaciones agrícolas), México (que no logró el financiamiento bancario para su industrialización) o Bulgaria (que sólo introdujo cambios en ciertas ramas, sin generar una expansión autosostenida). Atribuye el fracaso italiano del siglo XIX a la aplicación de políticas arancelarias desacertadas (1970).

Pero esta evaluación comparada no esclarece si la norma ha sido la preeminencia de economías consagradas o frustradas. Simplemente señala que en un gran pelotón de concurrentes tuvieron posibilidades de llegar a la meta. Aunque la causa del fracaso es situada a veces en el predominio de circunstancias adversas, en general se postula la responsabilidad primaria de políticas económica erróneas.

Desarrollo desigual y combinado

Las comparaciones basadas en el *catch up* pueden esclarecer obstáculos particulares al crecimiento, pero no clarifican la dinámica de la acumulación a escala global. Tampoco ilustran cuáles son las restricciones objetivas que afrontan las economías subdesarrolladas. Como se ignora estas limitaciones parecería que todos pueden aproximarse a una meta, que en los hechos alcanzan muy pocos.

Es el mismo problema que rodea al contraste de América Latina con el Sudeste Asiático. Se supone que la primera región no reproduce por sus propios errores lo que obtuvo la segunda, como si este horizonte estuviera siempre al alcance de los frustrados. La teoría del *catch up* realza potencialidades que ofrece la tecnología, pero no registra los obstáculos para materializar esa posibilidad. Relativiza, por ejemplo, las restricciones que imponen las patentes o las empresas transnacionales a la utilización de esos recursos.

Ese enfoque divorcia, además, la disponibilidad de las tecnologías de los principios de rentabilidad y explotación que rigen su difusión. Olvida que bajo el capitalismo el “aventajado por llegar tarde” es un competidor que sólo usufructuará de ese atributo si logra instalarse en el mercado mundial extrayendo una alta tasa de plusvalía a los trabajadores (Burkett y Hart-Landsberg, 2003).

La “oportunidad” de esa economía constituye por lo tanto una posibilidad para las clases dominantes con mayores aptitudes para someter a los asalariados. Como la tradición heterodoxa elude este

problema, concentra toda su atención en los estudios comparativos.

El neodesarrollismo comparte estos problemas al desconocer la vigencia de un orden global estratificado, que obstruye el desenvolvimiento de las economías subdesarrolladas. Omite que las ventajas derivadas de la disponibilidad tecnológica suelen ser inferiores, a las desventajas generadas por la inserción dependiente en la división internacional del trabajo. Aunque la periferia pueda acceder con más facilidad a los nuevos inventos, carece de recursos para utilizarlos provechosamente.

Al razonar desconociendo la subordinación comercial, financiera o productiva de las economías periféricas, se termina imaginando al desarrollo como un proceso resultante de la voluntad exhibida por cada país. El mundo queda dividido entre quienes detentan y carecen de esa facultad, cualquiera sea su ubicación objetiva en la estructura mundial.

Es cierto que en varios momentos de la historia, el ascenso de un grupo de la semiperiferia se registró siguiendo la dinámica del que llegó tarde. Arribaron al mercado mundial con renovadas capacidades para desplazar a las viejas potencias en declive. Trotsky analizó ese ascenso de Alemania frente a Inglaterra a principios del siglo xx, así como el despegue posterior de Estados Unidos frente a Europa (Trotsky, 1925-1926).

Pero su enfoque se basaba en una teoría marxista del desarrollo desigual y combinado muy diferente al *catch up*. Señalaba la imposibilidad de una aproximación de todos los concurrentes a la primacía de las grandes potencias. En contraposición al imaginario liberal (de un progreso al alcance de todos) y de la mirada heterodoxa (de sucesivas ventajas para los retrasados), destacaba que el capitalismo impide el bienestar colectivo por uno u otro camino. Consideraba que las desigualdades generadas por la acumulación mundial agravaban las contradicciones de todo el sistema, provocando situaciones más adversas que al inicio del proceso (Davidson, 2006; Trotsky, 1972).

Trotsky reconocía las bruscas desarmonías que estudia el *catch up*. Pero resaltaba los costos padecidos por los retrasados para forzar la expansión de sus economías. Estimaba que los desequilibrios creados por esa aceleración salían a flote en las fases siguientes de la competencia global. Este límite —que enfrentaron Alemania y Japón a mitad del siglo xx— podría reaparecer entre los “emergentes” que prosperan al comienzo del siglo xxi.

El deslumbramiento neodesarrollista con los países asiáticos desconoce estos antecedentes. En el pasado muchas economías no pudieron

sostener su salto inicial, cuando debieron confrontar con potencias más afirmadas en la órbita mundial. La fascinación actual con la globalización impide comprender esta contradicción, que habitualmente aflora en las grandes crisis.

De la misma forma que la conformación inicial del capitalismo a favor de las grandes potencias coloniales se consumó a costa de la periferia, el avance industrial contemporáneo de ciertas economías exige el retroceso de su competidor. El país que llegó tarde puede desplazar al que estaba primero, pero alguien debe costear los logros de los exitosos.

El mito liberal de un avance contagiado es tan inconsistente como la creencia heterodoxa de sucesivas imitaciones. Al suponer que el camino abierto por una economía puede ser transitado por todos sus pares se recrea la falacia de la composición.

El curso real del capitalismo está regido por un patrón de desigualdad muy distante de las fantasías de expansión ilimitada. La analogía biológica que se utiliza para graficar esa prosperidad —con imágenes de pasaje de la adolescencia a la madurez económica— omite que también existe la senilidad. No es cierto que el *catch up* tiende a renovarse una y otra vez con la apertura de nuevas fronteras. El propio capitalismo impone serias restricciones económicas, sociales y ambientales a ese ensanchamiento (Wallerstein, 1982; 1987).

El viraje endogenista

El neodesarrollismo es afín a las concepciones endogenistas que sitúan todos los obstáculos al desenvolvimiento en el plano interno. También aquí se distancia de Prebisch, quien atribuía el subdesarrollo al deterioro secular de los términos de intercambio.

Los sucesores del pensador heterodoxo son cautos en la reconsideración conceptual de este último problema. Simplemente se apoyan en la valorización reciente de las *commodities* para justificar su creciente atención a la temática interna. Nadie se atreve a evaluar cuánto durará la apreciación actual de los productos primarios. Esta valorización no impide, además, la continuada transferencia de recursos hacia las economías centrales, a través de mecanismos situados en la órbita financiera o productiva.

El viraje hacia concepciones endogenistas se remonta a la evolución seguida por la CEPAL desde los años ochenta. Los economistas de ese organismo sintonizaron con los críticos de la teoría de la dependencia, que resaltaban la primacía de los factores internos en el retraso

latinoamericano. Consideraban que esa falencia obedecía al manejo irracional de los recursos.

El giro endogenista se consumó en un clima de frustración con la industrialización. Posteriormente el neoestructuralismo reforzó esa mirada centrada en las flaquezas internas. En los años noventa, utilizaron múltiples adjetivos para caracterizar estas fallas y cuestionaron las caracterizaciones del subdesarrollo centradas en la salida de capital, la fragilidad comercial, la vulnerabilidad financiera o la sumisión tecnológica (Osorio, 2009).

En este enfoque el *status* de cada país queda definido por elecciones internas de progreso o estancamiento. El marco objetivo es desconsiderado y se magnifica la incidencia de las voluntades nacionales. Parecería que África decidió ser esquilhada y América Latina optó el atraso, en contraposición al rumbo de prosperidad adoptado por Europa o Estados Unidos.

Esta simplificación desconoce que el mercado mundial es un ámbito de inequidad. La interdependencia formal entre todos países encubre relaciones de supremacía y sometimiento. Es evidente que Estados Unidos utiliza patrones muy diferentes en sus relaciones con Alemania y Haití.

El endogenismo diluye las diferencias que separan a los países periféricos y centrales. De un cuestionamiento inicial a las visiones que exageraban la transferencia de ingresos padecida por el primer grupo, pasó al desconocimiento de esas hemorragias. No sólo relativiza el impacto del endeudamiento, la remisión de utilidades o el drenaje de la renta. También ignora que la desigualdad es un dato intrínseco de la acumulación a escala mundial.

El capitalismo se desenvuelve recreando las brechas entre economías disímiles. Estas fracturas son proporcionales a la escala alcanzada por la reproducción del capital. Cuanto más elevada es la inversión y la productividad, mayor intensidad tienen la competencia y los desequilibrios que segmentan al mercado mundial.

En la última década la tradición endogenista empalmó con el neodesarrollismo, en el nuevo marco sudamericano de revalorización de las materias primas, alivio de la deuda externa y ampliación de los márgenes de autonomía geopolítica. Este escenario induce a postular que la inserción internacional primaria ya no representa un obstáculo al desarrollo, si se implementan políticas adecuadas para afianzar el crecimiento.

¿Primacía mundial o local?

El giro endogenista ha sido también el principal cimiento de la esperanza neodesarrollista en lograr una copia del avance asiático. Atribuye explícitamente el ascenso oriental a la oportuna selección de modelos industrializadores.

Pero no observa que este caso refuta la gravitación asignada a los determinantes internos. Sólo la vigencia de una nueva etapa de capitalismo internacionalizado permitió aprovechar la mano de obra barata asiática para fabricar a escala global. Y ese mismo condicionante externo impide la reproducción internacional del mismo modelo. Esa recreación generaría excedentes que no podrían colocarse en ningún mercado.

El neodesarrollismo no registra este límite porque supone que el capitalismo regenera inagotables espacios de crecimiento ulterior. Esta complaciente mirada determina un punto de encuentro con sus adversarios neoliberales. Ambos comparten la misma confianza en la existencia de trayectorias despejadas para la acumulación, si se aplican acertadas estrategias de crecimiento. Esta expectativa también supone la vigencia de un tablero internacional de alta movilidad, mutación de hegemonías y multipolaridad (Amin, 1988).

Pero no existe ningún indicio que estas modificaciones geopolíticas favorezcan en bloque a la periferia. A lo sumo podrían mejorar en forma acotada la situación internacional de algunas semi-periferias a costa de otras y en desmedro general de los oprimidos. Conviene recordar que todos los participantes en el escenario de la mundialización neoliberal aceptan los cimientos sociales de un estadio basado en el atropello del capital al trabajo.

Las miradas neodesarrollistas actuales refuerzan su proximidad con los pensadores endogenistas que, siguiendo las tesis de la sociología histórico-comparativa, realzan la gravitación conceptual del Estado nacional. Este enfoque se contrapone con la teoría del sistema-mundo que remarca la primacía analítica del orden global, incorporando parte del enfoque centro-periferia.

Las visiones del sistema-mundo y las miradas de la sociología histórico-comparativa confrontaron tradicionalmente en los debates historiográficos sobre el origen del capitalismo. Mientras que la primera vertiente estimó que la inserción de cada economía en el orden internacional definió el curso de su economía, la segunda concepción atribuyó mayor incidencia a las condiciones internas. Con abordajes metodológicos centrados en el capitalismo

global o en el Estado nacional, esas controversias buscaron dilucidar enigmas sobre el origen del capitalismo⁴.

Pero los debates actuales indagan fenómenos derivados de la madurez de ese sistema que exigen fundamentos de otro tipo. Las explicaciones sobre los mecanismos que facilitaron el surgimiento del capitalismo, no resuelven las incógnitas contemporáneas sobre el devenir de este sistema. La influencia predominante del mercado mundial —o de las estructuras precapitalistas locales en el ocaso del feudalismo— plantea problemas muy diferentes a la primacía de la mundialización económica frente a la multipolaridad política en el comienzo del siglo XXI.

El legado conservador

El neodesarrollismo se ha distanciado del espíritu crítico que signó a la heterodoxia de los años sesenta y setenta. También abjura del espíritu radical creado por la Revolución Cubana, que indujo a esta corriente a incorporar propuestas de distribución del ingreso.

Esa apertura de la CEPAL al pensamiento progresista quedó abruptamente anulada con el predominio posterior de concepciones neoestructuralistas. En los años ochenta, archivaron las alusiones a la desigualdad centro-periferia y sepultaron las propuestas de reforma social. Propagaron, además, sus propias recetas de privatización, apertura comercial y flexibilidad laboral, con actitudes de resignación y cuestionamientos al desarrollismo tradicional (Kay, 1998).

Ese giro incluyó la participación directa de los discípulos de la CEPAL en la implementación de programas de ajuste adornados con retórica heterodoxa, como el Plan Austral en Argentina o el Plan Cruzado en Brasil.

El neodesarrollismo actual es un ahijado de esa trayectoria conservadora. Por eso refuerza la extinción de la CEPAL como referencia del pensamiento crítico. Esa institución se ha transformado en un organismo técnico de seguimiento de la coyuntura que evita cualquier comentario molesto para el *establishment*.

Los teóricos neodesarrollistas exhiben ambiciones más acotadas que sus antecesores, convalidan la especialización primario-exportadora y abandonan el léxico antiimperialista. Es cierto que intentan recomponer la alicaída gravitación de la industria, pero sólo introduciendo leves ajustes al interior del mismo bloque dominante. Promueven subsidios a los capitalistas manufactureros, en desmedro de la enor-

⁴ Ver Skocpol (1977) y Wallerstein (2005).

me porción apropiada por los sectores financieros y buscan un nuevo equilibrio con el agronegocio.

El neodesarrollismo estima que su moderado industrialismo puede prosperar en el marco geopolítico actual de cierto distanciamiento sudamericano de Washington. Pero sobrevalora el alcance de ese alejamiento y parece desconocer la enorme incidencia que tiene la continuidad del patrón económico agroexportador.

Sus teóricos alientan políticas económicas distintas a la ortodoxia neoclásica. Pero no aceptan rupturas significativas con el neoliberalismo y comparten más terrenos con esta vertiente que con su precedente desarrollista⁵.

El neodesarrollismo converge con las propuestas de incorporar mayor regulación estatal al capitalismo neoliberal para estabilizar su funcionamiento. Al cabo de varias décadas de privatizaciones, desorden financiero y descontrol de los negocios, el sistema imperante necesita reintroducir mayor control público para acotar los desequilibrios que genera el reinado de la ganancia.

Las teorías neodesarrollistas suelen describir futuros promisorios para América Latina, si se adoptan modelos de competitividad cambiaria, fiscalidad responsable y moderación salarial. Pero conviene analizar estas propuestas a la luz de experiencias ya ensayadas en la región.

⁵ Tres cuestionamientos de este tipo en Fontes (2010), Carcanholo (2010) y Gonçalves (2012).

8. Argentina y Brasil

En Argentina se implementó el principal ensayo del neodesarrollista de la última década. El país volvió a encabezar los virajes económicos de la región, como ya había ocurrido en los años cincuenta y sesenta con la sustitución de importaciones y en los noventa con el neoliberalismo extremo. Reafirmó su papel de experimentador de mutaciones significativas en América Latina. Este rol de adelantado es reivindicado por los autores que ponderan el modelo, en comparación a los esquemas ortodoxos de otras economías (Bresser-Pereira, 2010).

Un corto ensayo

El esquema intentado en Argentina logró cierta efectividad en la fase inicial del gobierno kirchnerista. Durante ese período (2003-2007) se reunieron las condiciones para lograr alto crecimiento con baja inflación y recuperación del empleo.

Las políticas neodesarrollistas aportaron un tercer ingrediente a los fundamentos objetivos de este ciclo. El primer determinante fue la depreciación de los salarios y la consiguiente recomposición de la rentabilidad que legó el derrumbe del 2001. El segundo motor de la expansión fue la valorización internacional de las agroexportaciones.

Las iniciativas neodesarrollistas introdujeron cambios en la administración del Estado y un nuevo arbitraje entre los grupos dominantes. Pero este curso mantuvo muchos vasos comunicantes con el esquema precedente. Subordinó la meta de reindustrializar a la con-

tinuidad de exportaciones primarizadas y apuntaló a los sectores empresarios más internacionalizados.

El modelo limitó inicialmente la valorización financiera y adaptó el rumbo de la economía a la nueva relación social de fuerzas impuesta por la rebelión del 2001. Hubo contemporización con las demandas populares y se recurrió a una mayor escala de asistencialismo.

Durante cuatro años, se pudo gestionar la economía con los parámetros del “modelo Bresser-Ferrer”. Hubo superávit fiscal primario, alto tipo de cambio, bajas tasas de interés y expansión del consumo. Pero la acelerada disipación de esta coyuntura anticipó el escaso margen existente para mantener ese curso.

Entre 2007-2010 comenzó la inflación y se frenó el crecimiento. El modelo persistió con los nuevos impulsos aportados por la introducción de un ingreso universal asistencial y la estatización de los fondos de pensión. Con esas medidas se intentó sostener un esquema ya amenazado por el deterioro de sus principales variables.

Esos desequilibrios emergieron con fuerza a partir del 2011. La inflación se intensificó, la producción se estancó, el déficit fiscal reapareció y fallaron todas las iniciativas implementadas para revertir el declive. El control de cambios, la pesificación y la expansión de la emisión no atenuaron el resquebrajamiento del modelo.

A comienzos del 2014, resurgieron finalmente las tensiones clásicas de la economía argentina que condujeron a las repetidas debacles del pasado. La reiteración de esos colapsos se encuentra actualmente contrarrestada por el limitado nivel de endeudamiento público y privado, la solvencia de los bancos y la continuada valorización de las exportaciones. Por esta razón el PBI se contrae, pero con apuestas a un rebote ulterior. Numerosos capitales internacionales ya preparan su arribo para adquirir empresas (Katz, 2014b).

Sin embargo, la continuidad del proceso neodesarrollista ha quedado severamente afectada por el contexto político que afronta el kirchnerismo. Es muy probable que, en los próximos años, Argentina atravesase un giro político semejante al observado al final de los grandes ciclos de las últimas décadas. Ya ocurrió a mitad de los años setenta, durante los ochenta y en el 2001-2003. En los tres casos el peronismo registró una convulsión mayúscula y pudo reconstituirse, pero sin recuperar la fidelidad popular que rodeó a su gestación. Ha sobrevivido más que otras fuerzas semejantes de América Latina transitando por una amplia gama de variantes, que incluyeron el nacionalismo inicial, la radicalidad popular, el giro represivo y el neoliberalismo.

A diferencia de sus antecesores, el kirchnerismo encabezó una administración con fisonomía centroizquierdista y retórica progresista. Restauró el sistema político, otorgó importantes concesiones democráticas y sociales e improvisó un proyecto diferenciado del peronismo tradicional. Pero no logró generar una identidad política sustituta.

Este período ha desembocado en un giro conservador de adaptación a las demandas del *establishment*. Este viraje incluye devaluaciones y achatamientos de los salarios. A la luz de los enormes desequilibrios acumulados durante los últimos años, es muy incierta la persistencia del curso económico actual.

Múltiples desajustes

La elevada tasa de inflación es la principal manifestación de las tensiones generadas por el modelo. Ese incremento de los precios supera en los últimos seis años la media global o latinoamericana y se ha estabilizado en torno al 25%-30% anual. No decae en las coyunturas recesivas y su porcentaje real fue desconocido durante largo tiempo por la manipulación oficial de las estadísticas. La gestión cotidiana de la economía quedó afectada por esta distorsión de un indicador clave.

El incremento de los precios obedeció inicialmente al reducido nivel de inversión frente a una demanda recompuesta. Ese cuello de botella se reforzó posteriormente por el manejo concentrado de numerosos sectores. La remarcación permitió mantener el nivel general de las ganancias una vez disipada la capacidad ociosa (Schorr y Manzanelli, 2013).

Algunos economistas cuestionan este diagnóstico de “inflación por oligopolio”, estimando que la carestía deriva de una “puja distributiva” entre empresarios y trabajadores. Argumentan que en otros países la misma concentración de los negocios no se traduce en inflación (Crespo y Fiorito, 2013).

Pero tampoco la disputa social por el ingreso genera allí el mismo incremento de los precios. En esos países los mismos desequilibrios desembocan en otro tipo de tensiones, puesto que el recurso inflacionario no está incorporado al manejo corriente de la actividad. Por simple experiencia, los capitalistas argentinos apelan más a la remarcación que sus pares de otros países. Es una conducta muy asociada con la elevada expatriación de capitales y el manejo de inversiones dolarizadas.

Los rebotes inflacionarios obedecen, además, a la preeminencia de una estructura exportadora de alimentos que encarece todos los costos agrarios, al compás de la valorización internacional de esos produc-

tos. Finalmente, en los últimos años, la inflación se intensificó por la decisión oficial de sostener el consumo a través de una intensa emisión. Este ritmo de creación de moneda quedó divorciado del respaldo en divisas y de los montos requeridos para la producción. Por esta razón se acentuó la depreciación del peso.

El déficit fiscal constituye el segundo punto crítico del modelo. Ya se aproxima al 3% del PBI y afecta duramente a las provincias, que destinan la mitad de sus presupuestos al pago de salarios. Ante la ausencia de financiación el gobierno promueve recortes a los subsidios del transporte y la energía para calmar las presiones del *establishment*.

El tercer campo de turbulencia ha sido la caldera cambiaria que estalló a fin del 2013. El gobierno implementó la devaluación que pretendía evitar. Intentó contener la estampida cambiaria vendiendo reservas, pero terminó generando una hemorragia que redujo peligrosamente el respaldo de los pesos en circulación. También se introdujeron formas de control cambiario que los neoliberales cuestionaron a viva voz, culpando al intervencionismo estatal por la “inestabilidad de los mercados” (Melconian, 2013; Ferreres, 2013).

Pero esa injerencia fue muy acotada y sólo buscó detener las presiones devaluatorias. Como Argentina no fabrica los dólares que utiliza para solventar sus compras externas, necesita algún tipo de regulación estatal cuando las divisas comienzan a escasear.

El gobierno intentó contrapesar el “mercado libre” que manejan los bancos y los exportadores. No violó ninguna ley de la naturaleza, ni tampoco los principios de una economía sana. El control de cambios fue introducido en forma tardía y se manejó con total arbitrariedad. En lugar de penalizar a los especuladores, los funcionarios toleraron la apropiación bancaria de los menguantes dólares.

Después de transitar por todos los rumbos posibles, el gobierno se embarcó en un ajuste que cuestiona los principios neodesarrollistas. Elevó las tasas de interés y forzó un encarecimiento del crédito que asfixia el consumo. De un estancamiento en la creación de puestos de trabajo se pasó a una coyuntura de menor empleo, en un marco de alta informalidad laboral. Este contexto se ubica muy lejos de la depresión del 2001, pero el modelo se ha quedado sin combustible.

Lo más crítico son las medidas de restricción salarial que convierten a los ingresos populares en la variable de ajuste. La inflación licúa los salarios, las jubilaciones y los programas de gasto social. El gobierno oculta las cifras de pobreza e indigencia para no transparentar que su promedio actual se asemeja a los decenios anteriores. Nadie puede exhibir como un logro de la “década ganada” que la pobreza afecte hoy al

trabajador y no al desocupado o que el asistencialismo evite las situaciones de extrema hambruna.

Argentina ha vivido muchas veces estas coyunturas críticas. Pero las condiciones actuales difieren significativamente en el plano político y económico de los antecedentes traumáticos legados por el “Rodrigazo” (1975), la hiperinflación (1989) o el colapso general (2001). La tensión actual no tiene el alcance del pasado, pero ilustra la impotencia de la receta neodesarrollista para evitar los temblores que atormentan a la economía.

Crisis global y demanda

Los problemas del esquema ensayado en Argentina son reconocidos por sus propios promotores. Suelen atribuir esas fallas al impacto de la crisis global que irrumpió en el 2008. Afirman que el modelo permitió contrarrestar las consecuencias más dramáticas de esa convulsión, pero sin neutralizar todos sus efectos. Establecen comparaciones con Europa y remarcan las virtudes del crecimiento nacional frente al resto de Sudamérica (Felleti, 2013).

Pero la crisis mundial afecta en forma muy diferente a cada región o país. Basta comparar la prosperidad de China con el derrumbe de Grecia para notar esas disparidades. El contraste que se establece entre Argentina y Europa del Sur olvida que la primera economía soportó en el 2001 el vendaval que actualmente sacude al Viejo Continente. Los ciclos de prosperidad y depresión global no están sincronizados.

Ciertamente el divorcio del mercado financiero internacional y la prioridad asignada al consumo, diferencian al modelo argentino de la apertura neoliberal, imperante en otros países de Sudamérica. Pero el impacto de la crisis mundial ha sido limitado y semejante en ambos casos, dada la afluencia común de divisas que generó la apreciación de las exportaciones. Los precios récord de la soja y los ingresos aportados por la agroexportación durante la última década, superaron en cinco veces el promedio de los noventa y en diez veces la media de los ochenta.

Los principales desequilibrios del experimento neodesarrollista radican en el propio modelo. Ese esquema supuso que bastaba con alentar la demanda para incentivar el despegue de un círculo virtuoso de inversión y crecimiento. Inspirados en la heterodoxia keynesiana, sus promotores imaginaron que el simple aliento al consumo impulsaría a toda la economía hacia un sendero de crecimiento autosostenido. Pero lo que funcionó en el 2003-2007 perdió consistencia en el 2008-2010 y se tornó inviable desde el 2011.

Bajo el capitalismo los empresarios no sólo se interesan por el comportamiento de las ventas. Priorizan las ganancias y evalúan los costos. El empuje del consumo es reactivador en ciertas coyunturas, pero obstruye la rentabilidad en otras circunstancias.

Los heterodoxos suelen cometer una ingenuidad simétrica al ideario neoclásico, al imaginar grandes expansiones de la oferta productiva por el mero repunte de la demanda. Esperan una reacción inviablemente positiva de los empresarios frente a esa mejora, olvidando la gravitación de otras variables como el riesgo o el beneficio. Su idealización del capitalismo les impide percibir las contradicciones de este sistema.

Con esas ilusiones apostaron una y otra vez a la autocorrección del modelo, mediante sencillos empujes de la demanda que terminaron generando impulsos inflacionarios, solventados con elevado gasto público y alta emisión. Lo que funcionó durante la salida de la convertibilidad por la existencia de importantes recursos ociosos, perdió viabilidad en la coyuntura posterior.

Esas políticas permitieron incluso ciertos resultados de corto plazo frente a la recesión del 2009. Aprovecharon la subsistencia de un gran colchón de fondos públicos para reanimar la economía. Pero ese excedente se disipó posteriormente. Cuando en el 2013-2014 desapareció el margen para posponer ajustes, el gobierno recurrió a las políticas de contracción de la demanda que el neodesarrollismo suele objetar.

La renta convalidada

El ensayo neodesarrollista ha fallado por la incapacidad del gobierno para incrementar la apropiación estatal de la renta de la soja. Esta medida es una condición insoslayable para estabilizar un modelo de expansión productiva y mejoras sociales. El kirchnerismo pretendió aumentar la captación pública de ese excedente subiendo los impuestos a las exportaciones de la soja (retenciones). Pero fue derrotado en la confrontación del 2008 con el agronegocio y desde ese momento abandonó todo intento de retomar la iniciativa en este campo.

Ese desenlace marcó un punto de inflexión. No le impidió al gobierno preservar (y recrear) su hegemonía política, pero le quitó al Estado los recursos necesarios para la reindustrialización. Persistió cierto crecimiento, pero con los motores del desarrollo totalmente apagados.

Argentina es una economía agroexportadora asentada en la extraordinaria fertilidad de la tierra. Ese ventajoso acervo de recursos naturales constituye una maldición bajo el capitalismo, puesto que esta-

blece un alto piso de renta comparativa para cualquier otra inversión. Ninguna actividad ofrece un nivel de rendimiento semejante al agro. Esta asimetría históricamente determinó la preeminencia inicial de la ganadería y los cereales y su reemplazo actual por la soja.

La industria no pudo competir durante la centuria pasada con el latifundio terrateniente y no logra rivalizar en la actualidad con los *pools* de siembra. Un sector primario que ofrecía escasas ofertas de trabajo a los chacareros, ya no crea empleo en la era de la siembra directa. La aglomeración en villas miserias que generaba el éxodo rural del interior ha devenido en informalidad laboral masiva, a partir del deterioro de la industria.

Los distintos proyectos de industrialización que se implementaron desde la segunda mitad del siglo xx apuntaron a contrarrestar esta tendencia a la primarización estructural. Pero todos afrontaron el mismo límite que impone la elevada renta agroexportadora al estrecho beneficio fabril. Como la fertilidad natural de la tierra asegura costos muy inferiores al promedio mundial, la vieja tentación de privilegiar el agro (o a su extensión agroindustrial) invariablemente se renueva.

Esa primacía agroexportadora reapareció con fuerza en las últimas décadas de modernización de la producción agrícola (modificaciones genéticas, agroquímicos, maquinaria de última generación) y aumento de la demanda internacional (por especulación financiera, compras de China-India y agrocombustibles).

Este escenario volvió a disuadir el tibio intento oficial de sostener la actividad fabril, más allá de alguna sustitución de importaciones. Los capitalistas de la soja mantuvieron su renta y el Estado se quedó sin los ingresos necesarios para desenvolver un modelo productivo. En estas condiciones el gobierno archivó su proyecto y se resignó a gestionar el *statu quo* de una economía sin dinamismo industrial.

Algunos autores extraen otro balance del conflicto con los agro-sojeros. Estiman que ese choque derivó en una radicalización progresista del oficialismo e incentivó medidas favorables al modelo neodesarrollista (como la estatización de los fondos de pensión y la asignación universal) (Varesi, 2011).

Pero esta caracterización invierte lo ocurrido y no explica los desequilibrios que finalmente empujaron al kirchnerismo al ajuste. Ignora que al renunciar a un manejo mayor de la renta el gobierno perdió el rumbo y se diluyó su proyecto.

Existió otra posibilidad para retomar el control de la renta durante la crisis cambiaria de principios del 2014 que requería especial voluntad

política. El gobierno podía intentar en ese momento la nacionalización del comercio exterior para obligar a los exportadores y financistas a liquidar los dólares acaparados. Pero optó por el libreto convencional.

El control estatal sobre las divisas es imprescindible para superar el *status* de Argentina como agroexportador de productos básicos. Únicamente el monopolio estatal del comercio exterior asegura la comercialización centralizada de los enormes recursos que tiene el país. Otras instituciones que ya existieron en el pasado —como el IAPI— podrían complementar esta labor, negociando los precios y financiando la siembra o la cosecha. Esas entidades permitirían desvincular los precios locales de las cotizaciones internacionales y contribuirían a contrarrestar la inflación generada por la exportación de alimentos.

El ensayo neodesarrollista socavó su propio despunte al renunciar al único instrumento eficaz para cortar la especulación cambiaria y la facturación fraudulenta de las exportaciones. Eludió comenzar la desprivatización de un ingreso que pertenece a todo el país y que permitiría remodelar la producción agropecuaria, frenar la expansión de la frontera sojera, recuperar la ganadería y recrear la vitalidad de los cereales y los cultivos regionales.

Burguesía e inoperancia

El neodesarrollismo apostó por enésima vez al comportamiento productivo de la burguesía, olvidando los reflejos que ha perfeccionado este sector para fugar capitales, remarcar precios y desinvertir. Las expectativas que todos los gobiernos depositaron en esa franja siempre concluyeron en estruendosas decepciones.

Esa conducta de los capitalistas argentinos obedece a numerosas razones. Ha influido la formación histórica de un sector muy dependiente de la financiación estatal, tradicionalmente débil frente a la oligarquía y muy temeroso de la clase obrera. También incide la frustrada experiencia con la sustitución de importaciones y la pérdida de posiciones frente a Brasil. Muchos autores suelen constatar periódicamente estos fenómenos, sin extraer ninguna conclusión (Zaiat, 2013).

La frustración actual es proporcional a las expectativas depositadas en la burguesía local. El kirchnerismo ponderó a ese sector y lo benefició con cuantiosos recursos del Estado esperando mayores inversiones. Pero esos subsidios volvieron a engrosar el patrimonio de los amigos del poder, sin ningún rédito productivo para el conjunto de la economía. Cada vez que ese uso parasitario salió a la superficie, el

gobierno reemplazó a un favorecido por otro. Todos los grupos privilegiados aumentaron su riqueza a costa del erario público y protegieron su dinero en el exterior.

La burguesía local participó en los negocios más rentables que le ofreció el kirchnerismo y se retiró cuando debía aportar capital propio. En lugar de “enterrar capital” en inversiones de largo plazo ha preferido embarcarse en operaciones de alta rentabilidad inmediata. Con esa conducta participó de las privatizaciones en los noventa y ahora observa con atención el posible regreso de los fondos de inversión para la reestructuración de las empresas.

El neodesarrollismo no sólo falló por su expectativa en los capitalistas. La última década estuvo signada también por una impotencia mayúscula en el terreno cambiario, impositivo y financiero.

Con el manejo de dólar se experimentaron todas las alternativas de introducción y eliminación de controles. En lugar de forjar un sistema protección de las divisas para las actividades prioritarias, se terminó armando un barroco dispositivo de medidas inútiles.

En el plano impositivo quedó nuevamente congelada la reforma progresiva discutida en incontables oportunidades. Las propuestas para gravar la renta financiera, el juego y las actividades minero-extractivas han sido tan numerosas, como los proyectos para reintroducir los aportes patronales en la previsión social. Se habló hasta el cansancio de estos temas sin ningún correlato en definiciones prácticas.

El colmo de las contradicciones oficiales ha sido la orgullosa política de cancelar deuda externa utilizando reservas del Banco Central. Rifaron el principal resguardo que tiene la economía, para exhibir al gobierno como “pagador serial”, a la espera de una respuesta amigable del mercado. Supusieron que los banqueros reingresarían las divisas que les entregaban los funcionarios y se abonó puntualmente una deuda pública resultante de infinitos canjes, sin investigar su origen y legitimidad.

Esta sucesión de fracasos ha sido coronada en el 2014 con el giro hacia la recreación del endeudamiento externo. Con ese objetivo se pagan las sentencias que emitió el tribunal del Banco Mundial (CIADI), a favor de cinco empresas afectadas por la pesificación que sucedió a la convertibilidad. También se reabrió por tercera vez el canje de títulos externos en litigio, para ofrecer un nuevo acuerdo a los fondos buitres. Estos financistas adquirieron por moneditas las acreencias argentinas desvalorizadas y ahora aguardan su pago íntegro en los tribunales de Nueva York (Katz, 2014c).

Por el simple arreglo de los litigios pendientes, la deuda externa volverá a crecer en forma muy significativa. La relación con el FMI es cada vez más cordial, desde que el gobierno aceptó la supervisión del organismo en la elaboración un nuevo índice de precios. Con el Club de París se llegó a un acuerdo de pago de las deudas contraídas durante la dictadura, se incrementaron sustancialmente los montos a cancelar y se reconocieron inadmisibles comisiones y punitivos.

El gobierno busca créditos externos luego de varios años de desembolsos que afectaron seriamente a las reservas. Presentó como un acto de “soberanía financiera” ese gran traspaso de fondos a los acreedores. Ahora intenta reiniciar un nuevo ciclo de endeudamiento de los entes estatales y provinciales. No sería la primera vez que con el lema de “financiar obras de infraestructura” se utilizan esos capitales para solventar los gastos corrientes.

Con el mismo objetivo de retomar el endeudamiento externo se ha indemnizado a Repsol, desconociendo la promesa de auditar el saqueo que consumió esa compañía. Algunos economistas describen esa capitulación como un logro, argumentando que el país necesita inversiones para recuperar el faltante energético. Pero olvidan que, hasta hace pocos años, Argentina exportaba combustible, mientras las reservas de petróleo y gas se desplomaban, generando el actual bache de importaciones. Este déficit no obedece al crecimiento de la economía. Simplemente hubo permisividad oficial frente a todos los incumplimientos de las compañías petroleras.

Las fallas estructurales

En las áreas más estratégicas hubo muchos discursos a favor de la industrialización, pero el modelo mantuvo intacto la creciente gravitación del extractivismo minero-petrolero. Se impulsó especialmente un tipo de minería a cielo abierto que genera efectos devastadores sobre la cordillera. Las empresas dinamitan montañas disolviendo rocas con materiales químicos contaminantes. Esta actividad destruye el medio ambiente sin crear empleo, ni generar desarrollo. Engrosa las ganancias de corporaciones internacionales que tributan bajos gravámenes.

Los defensores del modelo que reconocen estos problemas, pero argumentan que la reindustrialización ha sido el dato descollante, remarcan no sólo esta recuperación frente a la liberalización financiera de los noventa, sino también ante el resto de la región (Keistelboim, 2013).

Pero esta caracterización se basa en una repetida comparación con la depresión del 2001. Como pocas economías padecieron un colapso tan agudo, resulta muy sencillo demostrar la inédita envergadura de la recomposición fabril que tuvo Argentina. Se olvida que una vez re-puestos los niveles tradicionales de producción y empleo, quedó re-instalada la misma estructura industrial dependiente y vulnerable del pasado. Por eso reapareció la elevada importación de insumos y la escasez de divisas para solventarlos. El déficit comercial del sector se expandió, al compás de crecientes compras externas de bienes y equipos.

La recuperación cíclica de la última década reforzó, además, la concentración y extranjerización de la industria. Como se mantuvo una ley de inversiones extranjeras que otorga total libertad para remitir utilidades, el grueso de las ganancias fueron giradas a las casas matrices.

Las empresas transnacionales controlan la mayor parte de la actividad industrial y no realizan transferencias de tecnologías. Como el mercado argentino es marginal a sus estrategias globales, el nivel de reinversión local es muy bajo. El gobierno no sólo convalidó este escenario, sino que promovió un innecesario *boom* automotriz. El contraste entre esa expansión y el desplome del sistema ferroviario retrata hasta qué punto estuvieron invertidas las prioridades del desarrollo (Schorr y Azpiazu, 2010).

La reindustrialización quedó adicionalmente bloqueada por la consolidación de un sistema financiero pro-consumo y anti-inversión. Las pocas regulaciones heterodoxas que se introdujeron para ordenar el mercado de capitales o actualizar la Carta Orgánica del BCRA, no alteraron la carencia de préstamos de largo plazo. Sólo multiplicaron la liquidez que manejan los bancos para motorizar la demanda.

La crisis del ensayo neodesarrollista está reavivando en Argentina las convocatorias neoliberales a imitar las políticas de apertura y privatización de los gobiernos conservadores. Como ya se les pasó la euforia con España o Irlanda, ahora elogian a Perú y Colombia, exhibiendo sesgados indicadores de crecimiento o inversión. Nunca hablan de la vulnerabilidad financiera que afrontan todos los modelos abiertos al ingreso y salida de capitales especulativos. Tampoco mencionan las dramáticas consecuencias del extractivismo que sufren las economías minero-exportadoras.

Los neoliberales auguran una lluvia de dólares cuando se “recupere la confianza en un buen gobierno”, sin aclarar quién lucrará con esas divisas y cuánto costará su repago. También proponen extirpar el “po-

pulismo económico” y erradicar la perversa “intervención del Estado” (Cortés Conde, 2013).

Pero suelen desconocer el intenso estatismo que caracterizó a todos los gobiernos pro-mercado. El gasto público nunca se redujo significativamente bajo esas administraciones. También ellos utilizaron los recursos del Estado para subsidiar a los empresarios afines.

Al cabo de una década el neodesarrollismo tambalea. El modelo se distanció inicialmente del neoliberalismo, pero sin incluir las medidas requeridas para llevar a cabo la redistribución real del ingreso y el cambio de la matriz productiva. No modificó los pilares de una economía dependiente con gran desigualdad social.

Tres interpretaciones en Brasil

En Brasil existe un intenso debate sobre el neodesarrollismo y su grado de aplicabilidad al gobierno del PT. Esta controversia ilustra cuán discutible es la presencia de un modelo de ese tipo en la principal economía sudamericana.

Estas reservas provienen de la evidente continuidad que mantuvo el primer mandato de Lula da Silva con la política económica precedente. Allí estuvo totalmente ausente la ruptura que introdujo en Argentina el derrumbe de la convertibilidad.

La gestión inicial del sucesor de Fernando Henrique Cardoso sorprendió por la sintonía que mantuvo con su antecesor. La nueva gravitación social alcanzada por los trabajadores no se plasmó en un proyecto diferenciado de las tradiciones dominantes. El PT llegó al gobierno con la explícita aprobación de los grandes grupos capitalistas. No irrumpió en forma imprevista como Kirchner y adoptó, desde el inicio, una postura extremadamente conformista (Arcary, 2013).

Por esta razón muchos autores utilizaron denominaciones complementarias del neoliberalismo (social-liberalismo, neoliberalismo atenuado) para caracterizar el primer período de Lula. En ese debut no se avizoraron elementos de giro neodesarrollista. Pero en el mandato posterior y en la administración de Dilma aparecieron ingredientes de un viraje que han suscitado tres caracterizaciones distintas.

Un primer enfoque considera que en estos períodos se consumó el pasaje hacia el neodesarrollismo. Estima que el recetario ortodoxo fue desechado y que Lula debió otorgar concesiones al gran capital (altas tasas de interés, sistema impositivo regresivo, preeminencia del agro-negocio) para reintroducir la política industrial. Este curso es visto como una variante conservadora, que igualmente alentó la inversión

pública y estimuló el consumo mediante aumentos de la ayuda social y del salario mínimo (Pomar, 2013a).

La segunda caracterización remarca el continuismo y la ausencia de rupturas con el neoliberalismo. Estima que el PT se amoldó al “Consenso Post-Washington” con políticas económicas que estabilizaron el mismo curso de las últimas décadas. Sólo se introdujeron ciertas regulaciones en las privatizaciones, algún control en la liberalización financiera y acotados límites a la apertura comercial

Esta visión rechaza cualquier identificación del modelo de Lula con el neodesarrollismo, señalando que esta última tradición implica liderazgo de la burguesía industrial, sustitución de importaciones y posturas nacionalistas. Estima que ese legado contrasta con la primacía asignada a la exportación y a la liberalización comercial, en un marco de apertura al capital extranjero, desnacionalización y dependencia tecnológica (Goncalves, 2012). Otras variantes de este enfoque resaltan la continuada vulnerabilidad de la economía y de políticas ortodoxas encubiertas (Sampaio Arruda, 2012).

Finalmente existe un tercer planteo intermedio. Señala que la experiencia gubernamental ha desmentido tanto a los aprobadores como a los opositores del rumbo imperante. Estima que las corrientes neodesarrollistas al interior del gobierno fueron ganando posiciones frente a las vertientes monetaristas, hasta imponer correctivos a la etapa inicial. Estos cambios se plasmaron en nuevas políticas fiscales de estímulo productivo, inversión pública y expansión de la “Bolsa Familia”.

Este giro es conceptualizado como una política híbrida que permitió cierto crecimiento sin generar un programa coherente. La estrategia macroeconómica neoliberal del comienzo quedó entrelazada con iniciativas posteriores de cuño neodesarrollista (Saad Filho y Morais, 2011).

Esta caracterización destaca que en el segundo mandato Lula modificó la primacía inicial de los bancos a favor de la industria. Estima que consumió un viraje de altas tasas de interés y políticas de libre ingreso de capitales, a orientaciones que privilegian la actividad fabril con subsidios financiados por la previsión social. Considera que el lulismo tomó partido por las fracciones de la burguesía que disputan con el capital financiero, resisten la desnacionalización y propician la protección del Estado frente a sus rivales extranjeros (Boito, 2012).

Comparación entre dos países

Las tres posturas en el debate brasileño divergen sobre el grado de incorporación de elementos neodesarrollistas al modelo económico del

PT. Pero todas las posturas reconocen la gran distancia existente con la experiencia argentina (Crespo, 2013a; De la Balze, 1995).

En ningún momento se insinuaron en Brasil medidas comparables a la nacionalización de los fondos de pensión o conflictos equivalentes al choque que opuso al gobierno argentino con el agronegocio. En los dos países hubo impulso al consumo, asistencialismo, políticas contracíclicas y fomento parcial a la reindustrialización. Pero el lulismo nunca introdujo las iniciativas neodesarrollistas que caracterizaron al kirchnerismo.

Esta diferencia obedece a la disparidad de escenarios político-sociales que han imperado en ambas naciones. El lulismo y el kirchnerismo constituyen dos variantes de las mismas administraciones de centroizquierda. Pero se han desenvuelto en contextos muy distintos.

Mientras que el gobierno de Brasil acentuó durante su gestión la desmovilización social, el legado de la rebelión del 2001 obligó a sus pares del Cono Sur a gobernar con un ojo puesto en la reacción de los oprimidos. Recompusieron en Argentina el poder de los privilegiados, otorgando importantes concesiones democráticas y sociales al grueso de la población (Piva, 2013).

Lula no estuvo sometido a las presiones desde abajo que forzaron a los Kirchner a actuar en un tembladeral. El matrimonio K reconstruyó un Estado colapsado por el desmoronamiento de la convertibilidad, frente a un PT que mantuvo casi intacta la estructura transferida por Cardoso.

Esta diferencia explica la divergente incidencia del neodesarrollismo. En Argentina se ensayó un esquema con creciente regulación estatal para recomponer un mercado interno devastado. En Brasil la continuidad socio-liberal inicial fue pausadamente sustituida por medidas de intervención para contrarrestar la erosión generada por la ortodoxia monetarista. Condiciones políticas disímiles determinaron orientaciones económicas distintas.

Tal como ocurrió en Argentina desde el 2003, los indicadores económicos de Brasil comenzaron a mejorar a partir del 2006, provocando cierto desconcierto entre quienes auguraban un rápido eclipse. El crecimiento de las reservas internacionales, la mejora de la posición externa de Brasil, la reducción de la pobreza absoluta y el aumento del crédito de consumo sorprendieron a muchos analistas.

Al igual que en Argentina, este resultado obedeció a una combinación de condiciones externas favorables (bajas tasas de interés, afluencia de capital, mejora de los términos de intercambio) y políticas internas de apuntalamiento de la demanda. La escala de la recu-

peración económica fue inferior en Brasil, porque ese país no atravesó un desplome comparable al padecido por Argentina, ni contó con el rebote que generan esos colapsos.

Pero una vez concluido el ciclo ascendente, en ambos países afloran las mismas contradicciones de modelos que impulsan la demanda, sin remover las obstrucciones estructurales al desarrollo.

En el caso brasileño la tasa de crecimiento 2006-2013 ha sido muy baja en comparación a períodos precedentes y estuvo sostenida en esquemas de endeudamiento para expandir el consumo. La tasa de inversión (17%-20% del PBI) fue inferior a la media histórica y el pago de intereses de la deuda (40%-45% de la recaudación fiscal) continúa agobiando a la economía (Lessa, 2013).

El ascenso geopolítico que registra Brasil no se traduce en una expansión económica equivalente. Encabeza el bloque sudamericano, auspiciando políticas autónomas de regionalismo capitalista y se ha consolidado como subpotencia hemisférica. Pero su influencia es reducida en comparación a otras economías intermedias de Asia o Europa, que ganan espacio en el escenario global.

Un proyecto neodesarrollista industrializador choca en Brasil con la prioridad asignada a la agroexportación, en desmedro del desenvolvimiento manufacturero. El país depende cada vez más del agronegocio y esta limitación es incluso reconocida por las visiones más afines al modelo actual (Serrano, 2013).

El freno al desenvolvimiento industrial se verifica en la pérdida de competitividad y en la fuerte gravitación del denominado “costo Brasil”. Esa obstrucción se corrobora, además, en el estancamiento tecnológico y en la obsolescencia de la infraestructura. Si en la segunda etapa del PT ganó espacio el *lobby* industrial, esa incidencia no ha generado una recuperación fabril significativa. Una gran distancia separa los esbozos actuales de neodesarrollismo de los viejos modelos centrados en la prioridad industrial (Carneiro, 2012a).

¿Se masifica la clase media?

Algunos pensadores estiman que los efectos benéficos del neodesarrollismo no se verifican en la estructura económica de Brasil, pero ya se corroboran en la expansión de la clase media. Destacan la consolidación de un nuevo segmento intermedio que reconfigura la fisonomía social del país (García, 2010).

Pero esta caracterización sobredimensiona el ascenso del nuevo sector utilizando los mismos criterios que difunde el Banco Mundial. Este

organismo postula que “la extensión de la clase media transforma a Latinoamérica”, a partir de un inédito aumento de ese sector (30%) entre el 2003 y el 2009.

Estos cálculos se basan en estimaciones inconsistentes que ubican en la clase media a cualquier trabajador que gane us\$ por día, más allá de las desigualdades imperantes en la sociedad. La pertenencia a una clase no se define en comparación a otros grupos, sino en función de la simple tenencia de cierto ingreso. Quienes alcanzan ese piso quedan automáticamente ubicados fuera del universo de los humildes.

Con ese enfoque supone que la clase media se expande junto al aumento de la polarización social. La ampliación de ese segmento ya no atempera las brechas entre ricos y pobres, pero es igualmente retratada como un colchón intermedio (Adamovsky, 2012; Gandásegui, 2012).

El discurso de crecimiento de la clase media se generalizó en Brasil a partir de las mejoras registradas en el salario mínimo. Se incluyó dentro del nuevo estrato a todos los trabajadores que obtienen un ingreso *per cápita* entre us\$ 141 y us\$ 500 mensuales. Con ese cálculo se afirma que el 54% de la población pertenece a la clase media. Pero esta conclusión es poco realista en un país que ocupa la posición 84 en el índice mundial de desarrollo humano (Berterretche, 2013; Pasarinho Paulo, 2012).

Ciertamente hubo mejoras sociales reales en la última década. La recuperación de los salarios más postergados, los incrementos obtenidos en las negociaciones de las convenciones colectivas y el mayor financiamiento educativo retratan esos desahogos. Los beneficiarios de la Bolsa Familia obtuvieron una importante tajada de estos avances.

Pero el grueso de los campesinos quedó afectado por la concentración de la tierra y la disminución de la desigualdad fue muy limitada, en un país donde el 10% de la población posee el 75% de la riqueza del país. Además, la tasa de explotación se mantuvo invariable y se profundizó la precarización mediante distintas formas de subcontratación. Un tercio de los nuevos empleos del período fueron absorbidos por los trabajadores terciarizados (Sampaio, 2012).

La expansión de la clase media es frecuentemente identificada con la simple modernización del consumo. No se toma en cuenta que ese incremento de los volúmenes de compra se concretó con formas de crédito y tasas de interés poco sustentables. La persistencia de 30 millones de pobres cuestiona seriamente la presentación de Brasil como un país de segmentos medios. Se ha creado un nuevo círculo de ese sector, pero en un escenario de continuada segmentación social y convalidación del asistencialismo.

Denominaciones y proyectos

La caracterización del neodesarrollismo como un proyecto económico diferenciado del desarrollismo clásico y del neoliberalismo suscita fuertes controversias. Algunos autores cuestionan la especificidad de esta corriente, estimando que su nombre oculta meras intenciones y proyectos no realizados. Consideran que no existen logros acordes a los objetivos enunciados en el terreno de industrialización o el desenvolvimiento (Cantamutto y Costantino, 2013).

Pero es muy frecuente la aparición de términos que aluden a ciertas metas sin guardar sintonía con su concreción. Como esta situación se verifica actualmente con el neodesarrollismo, conviene discutir el contenido del proyecto, evitando discusiones sobre la legitimidad de su nombre.

Si la validez del término asumido por cada enfoque estuviera determinada por el grado de cumplimiento del programa invocado, resultaría imposible cualquier clasificación. Nadie podría referenciarse en el socialismo (puesto que no existen sociedades igualitarias) o en el liberalismo (ante la ausencia de economías gobernadas por la pureza del mercado).

Al igual que cualquier otro concepto político o económico, el neodesarrollismo pretende singularizar un proyecto representativo de ciertos sectores sociales. Es un error ignorarlo o descalificarlo por su distancia con el desarrollismo clásico. Sus propios promotores asumen esas diferencias, cuando utilizan el prefijo “neo” o el complemento “nuevo”.

La crítica a esta corriente no debe recaer en la veneración del viejo desarrollismo, olvidando que tampoco ese antecesor cumplió con sus metas. El frustrado proceso de reindustrialización actual prolonga las dificultades que enfrentó la versión fallida de los años cincuenta y sesenta. Las contradicciones con la primera experiencia anticiparon los problemas que vuelven a emerger en la actualidad.

El principal debate entre los intérpretes del neodesarrollismo opone a quienes elogian y critican los propósitos (o resultados) de esa experiencia. En el caso de Argentina la postura favorable que asumen ciertos pensadores (Basualdo, 2011; Rinesi, 2011) contrasta con la mirada polémica que adoptan otros (Féliz, 2013). Nuestro enfoque se ubica en este segundo campo (Katz, 2010).

Esta última visión busca comprender y cuestionar los cambios de modelos y políticas económicas que se han registrado en América Latina en los últimos años. Estas modificaciones se procesan al interior de

un mismo patrón de reproducción de exportaciones básicas. La complejidad del fenómeno justamente radica en la multiplicidad de vertientes que actúan dentro de la misma etapa del capitalismo.

Maldiciones y repeticiones

Es importante distinguir al neodesarrollismo del neoliberalismo, para notar cómo las diferencias en el plano económico se proyectan a la esfera política, en afinidades hacia gobiernos de centroizquierda o administraciones derechistas.

El neodesarrollismo no es una simple bandera demagógica de presidentes con discursos progresistas. Constituye la modalidad actual de los proyectos que periódicamente adoptan las elites, las altas burocracias o los grupos capitalistas de los países semiperiféricos. No es un programa en debate dentro Estados Unidos u Honduras. Irrumpe cíclicamente en el escenario político de Brasil, México o Argentina.

Este tipo de economías medianas necesitan retomar la industrialización. Cuentan con importantes mercados internos y masas de asalariados, pero sin el pilar que sostiene a esas estructuras en las potencias centrales. Han concluido hace mucho tiempo sus procesos de acumulación primitiva, pero enfrentan severas trabas periódicas para la acumulación de capital.

La consolidación internacional de una nueva gama de economías intermedias acentúa esta necesidad de recuperar el peso fabril. Pero este mismo escenario afecta las posibilidades de concreción de esa meta. Los países latinoamericanos que desarrollaron su industrialización con cierto nivel de salarios, no pueden emular a los modelos asiáticos que expandieron la exportación manufacturera a partir de mercados internos estrechos y carencias de recursos naturales. Las economías de la región necesitan expandirse aceleradamente, pero enfrentan espacios internacionales reducidos para materializar ese crecimiento.

Esta contradicción es muy severa para las naciones sudamericanas más afectadas que beneficiadas por la abundancia de recursos naturales. Ese excedente genera una altísima renta para bienes producidos a un costo inferior al promedio internacional. Este lucro se acrecienta cuando repunta el precio mundial de las materias primas, incentivando un rendimiento superior a la ganancia industrial.

Todos los programas desarrollistas han debido lidiar con esta contradicción, que induce a los capitalistas a evitar una actividad fabril de mayor riesgo y menor retorno que el negocio primarizado. Intentan revertir esta tendencia, canalizando porciones significativas de la

renta hacia los emprendimientos industriales rehuidos por las clases dominantes. Implementan esta política mediante impuestos a las agroexportaciones y subsidios a los industriales.

Las iniciativas neodesarrollistas resurgen periódicamente frente a las consecuencias de la perpetuación rentista. Si los grupos dominantes se resignan al *status* tradicional de sus países como exportadores de materias primas, la economía queda sujeta al vaivén internacional de los precios de esos productos, no genera empleo y sufre el ensanchamiento de las fracturas sociales. Es lo que ocurrió durante el neoliberalismo extremo de los años noventa.

Pero cuando los propios sectores dirigentes reaccionan con intervenciones estatales para utilizar la renta en procesos de industrialización, deben afrontar serios conflictos con los propietarios de ese excedente. Si pierden esa disputa se generan grandes crisis que inducen al *establishment* a exigir un retorno a la situación precedente. Es lo que sucedió en Argentina en última década.

Esta oscilación histórica se ha repetido en numerosas oportunidades y por esta razón el neodesarrollismo actual reitera frustraciones ya conocidas. Pero como persiste el desequilibrio estructural que empuja a retomar el intento, ninguna decepción elimina la tendencia a volver una y otra vez sobre los mismos pasos.

La definición del desarrollismo como una “religión de la periferia capitalista” ilustra esta peculiar tendencia a la reiteración. Al concluir una experiencia fallida emerge la amnesia social que hace olvidar ese fracaso, pero al mismo tiempo se preparan las condiciones para repetir el experimento (Ouriques, 2012).

Sólo otro proyecto con metas igualitarias, liderado por clases populares y encarado con dinámicas de lucha consecuente podría ofrecer una salida a esa encerrona.

9. Teoría y política

El neodesarrollismo reivindica al empresariado industrial como sujeto protagónico del desenvolvimiento. Esta defensa sintoniza con su mirada elogiosa del capitalismo. Algunos consideran que este sistema optimiza la evolución de la sociedad y otros estiman que constituye un dato invariable de la realidad. Todos cuestionan las consecuencias nocivas de ciertos modelos, pero aceptan los criterios de eternidad capitalista que ha difundido el neoliberalismo.

Idealización y realidad

Los autores neodesarrollistas repiten los mitos más corrientes sobre el funcionamiento armónico de las sociedades. Consideran que los individuos se organizan dentro de cierto territorio, en colectividades regidas por un destino que comparten todas las clases sociales. Suponen que existe un convenio implícito para mejorar el bienestar general, incrementando la competitividad internacional de cada conglomerado nacional. Ese acuerdo entre burguesías, burocracias y trabajadores funciona como un contrato social que permite el progreso de todos los involucrados (Bresser-Pereira, 2010).

Pero no aclaran por qué razón este imaginario consagra tantas desigualdades y funciona sin la aprobación previa de todos los firmantes. Si los trabajadores pudieran actuar libremente en la fijación concertada de las reglas sociales, establecerían remuneraciones equivalentes a su actividad y vetarían todas las formas de explotación.

El capitalismo se reproduce generando beneficios surgidos de la extracción de plusvalía. Se asienta en esa confiscación y no en la imposición de un consenso sobre la forma de distribuir el excedente. Lejos de favorecer a todos los integrantes de la comunidad, apuntala las ganancias de los poderosos a costa de los oprimidos. Ese manejo del poder por parte de una minoría no está sujeto a consultas, ni aprobaciones.

Esta realidad es imperceptible para el neodesarrollismo. Se encuentra fuera del campo visual de sus teóricos, que comparten los valores y razonamientos de los grupos dominantes. Por eso observan la coerción económica que sufren los asalariados por parte de los capitalistas como un contrato voluntariamente suscripto por ambas partes.

Con esa misma mirada reivindican a las burguesías latinoamericanas. Elogian su papel histórico en la constitución de las naciones, remarcan su creación de industrias, exaltan su manejo de los negocios y ponderan su generación de empleo (Bresser-Pereira, 2011).

Esta defensa contrasta con las visiones críticas que destacaron el comportamiento político pusilánime y la actitud económica improductiva de la burguesía industrial. Esos planteos contraponían la pujanza inicial de los capitalistas de las economías avanzadas con la ineptitud de sus equivalentes en la periferia (Bambirra, 1986).

Bresser-Pereira ensaya un revisionismo de esta visión, sin aportar pruebas del empuje que habría caracterizado a los industriales latinoamericanos. Olvida que las burguesías industriales no jugaron ningún papel significativo durante la formación de las naciones latinoamericanas. Tampoco fueron artífices de la limitada industrialización registrada durante el siglo xx. Los Estados cargaron con la mayor parte de esa tarea, frente a empresarios que siempre fueron más activos en la recepción de subsidios que en la introducción de inversiones.

El teórico del neodesarrollismo resalta especialmente la progresividad de la burguesía brasileña. Subraya que el protagonismo de ese sector nunca se interrumpió y polemiza con los teóricos de la dependencia que cuestionaron ese papel. Estos autores destacaron que la dictadura de 1964 representó un momento de viraje regresivo en la conducta de los capitalistas (Bresser-Pereira, 2011).

Bresser-Pereira rechaza esas caracterizaciones argumentando que la burguesía industrial nunca perdió vitalidad. Pero desconoce la principal discusión de ese período, que estuvo centrada en el cambio de comportamiento de los capitalistas locales como resultado de su creciente asociación con las firmas extranjeras. En su enfática defensa del empresariado, omite la sustancial alteración del patrón de acumulación que introdujo ese giro.

Otro tipo de capitalistas

Bresser-Pereira confronta duramente con el marxismo y la Revolución Cubana por su rechazo del padrinazgo burgués. Sostiene que la esforzada tarea de los desarrollistas para apuntalar la conducta progresista del empresariado siempre fue obstruida por la “izquierda burocrático-populista” (2010).

Pero esta crítica reafirma su contradictoria caracterización de la burguesía nacional. Por un lado, realza la inclinación natural de este sector hacia la inversión productiva y, por otra parte, señala que esa actitud exige auspicios externos por parte del Estado. Si el espíritu emprendedor de los capitalistas fuera tan intenso, ese sostén estatal no sería indispensable. La pujanza del empresariado tampoco podría ser fácilmente neutralizada por las críticas de la izquierda.

Bresser-Pereira convoca a los trabajadores a aceptar una alianza política conducida por la burguesía. Afirma que la constitución de un “frente policlasista” es decisiva para el desarrollo nacional. Nunca aclara cómo se distribuirían los réditos de ese acuerdo y oculta de qué forma han contribuido en el pasado a estabilizar la dominación de las clases opresoras.

Algunos analistas estiman que Bresser-Pereira acentuó su hostilidad hacia la izquierda al aproximarse al social-liberalismo de la Tercera Vía que encarnó Tony Blair. Pero su postura expresa también continuidades con la labor que desplegó durante los años noventa, como mentor de las privatizaciones (Castelo, 2010).

Bresser-Pereira se desempeñó como alto funcionario de la gestión neoliberal de Cardoso. Aunque se considera heredero del nacional-desarrollismo, participó de una experiencia gubernamental explícitamente opuesta a ese legado.

Esa tradición incluye posturas de resguardo del empresariado nacional frente a la competencia externa, que sólo algunos autores neo-desarrollistas preservan formalmente. Estos planteos constituyen la sombra del pasado, puesto que la nueva prioridad es la promoción de las exportaciones (Sicsu, De Paula y Renaut, 2007).

Bresser-Pereira es más contundente. Considera que las economías intermedias ya no necesitan proteccionismo y sugiere erradicar el viejo pesimismo en el estancamiento manufacturero, la asfixia de la balanza de pagos o el agravamiento de la heterogeneidad estructural. Apuesta a la rápida conversión de las economías emergentes en potencias desarrolladas, rechaza las nacionalizaciones y propone acotar el gasto público (2010).

Su postura refleja qué tipo de burguesías predominan en la actualidad. Los capitalistas reciben con gusto los subsidios del Estado, pero objetan la propiedad pública. Se consideran más poderosos y menos necesitados de los auxilios que aportaban las compañías estatales. Usufructúan del gasto público pero desconfían del Estado empresario.

Este cambio ilustra el pasaje de la vieja burguesía nacional a la nueva burguesía local. Los grupos que priorizaban el mercado interno, las barreras arancelarias y la inversión pública han sido sucedidos por sectores más volcados hacia la exportación. Forjan empresas “multilatinas” con socios internacionales y promueven conductas políticas más conservadoras. Techint y Odebrecht retratan esta nueva modalidad de intervención, enlazada con empresas transnacionales y también guiada por una gestión globalizada de los negocios (Katz, 2004).

La reivindicación de esta nueva burguesía exige argumentos más sofisticados. El desarrollismo clásico promovía la expansión de un empresariado industrial naciente en conflicto con la oligarquía exportadora. Esa tensión facilitaba la presentación de ese sector como un artífice del desarrollo nacional (Marini, 1994).

Pero los conflictos de los años cuarenta y cincuenta han quedado atrás. La burguesía local reforzó su ligazón con el agronegocio y promueve la perpetuación del *statu quo*. Ha estrechado vínculos con el capital extranjero y se ha regionalizado para capturar mercados de mayor envergadura. El neodesarrollismo se amolda a esta nueva fisonomía del capitalismo zonal (Fontes, 2010).

Mistificación del Estado

El neodesarrollismo realza el papel de los Estados nacionales como instrumentos transformadores de la economía. Subraya la gravitación de esa institución, no sólo por las garantías que aporta a la propiedad y a los contratos. Considera que cumple un papel irremplazable en la organización del crecimiento y en la concertación de pacto sociales.

Este enfoque es contrapuesto a la teoría neoliberal del “Estado mínimo” y a todos los discursos sobre el “retiro del Estado”. Demuestra que esa retórica encubre la continuada expansión de un organismo que acentúa su incidencia junto a la expansión de la acumulación. Lo que se modifica con el paso del tiempo son las funciones que ejerce el Estado, para privilegiar ciertas actividades en desmedro de otras.

Pero el neodesarrollismo no se limita a reconocer este protagonismo. Presenta la intervención del Estado como una forma de asegurar el bienestar general, ocultando que esa institución es controlada por

las clases dominantes. Basta observar cómo se recaudan los impuestos y se distribuyen los subsidios, para notar quiénes son los principales favorecidos por la administración estatal.

Al suponer que el secreto del crecimiento sostenido se encuentra en la fortaleza del Estado, el neodesarrollismo olvida que el subdesarrollo padecido por América Latina nunca obedeció a la debilidad de ese organismo. El Estado siempre estuvo muy presente al servicio de los grupos sociales más obstructores del desenvolvimiento regional. El sostén brindado a esos sectores determinó el atraso histórico de la zona.

Algunas miradas neodesarrollistas suelen destacar que la pujanza de cada economía depende de la capacidad exhibida por su Estado para lidiar con las clases dominantes. Estiman que la diferencia entre América Latina y Asia radica en la impotencia de la primera región para implementar las políticas que disciplinaron a las élites de la segunda zona. Destacan que la intención latinoamericana de mantener satisfechos a los poderosos contrasta con la práctica asiática de someterlos al rigor de normas muy estrictas. Señalan que esta diferencia determinó resultados muy diferentes. El rentismo convalidado por los Estados frágiles contrasta con la acumulación impulsada por los Estados gravitantes (Palma, 2012a).

Pero esta caracterización ofrece un retrato y no una explicación del problema. Contrapone Estados con autoridad que aseguraron el crecimiento, con instituciones débiles que se dejaron manejar por los poderosos, como si la primera fuerza emergiera de alguna voluntad supranatural de ordenamiento de la sociedad.

Este enfoque olvida que históricamente el Estado se fortaleció junto a los grupos dominantes. No cayó del cielo para que lo utilicen libremente todos los ciudadanos. El Estado fue forjado por las clases capitalistas para apuntalar su propia consolidación como sector hegemónico de la sociedad.

Es cierto que en prolongados procesos de transformación emergieron distintas variedades de Estados del mismo pasado precapitalista. Pero en todos los casos la principal función disciplinaria de ese organismo fue ejercida contra los desposeídos, con explícitas formas de brutalidad policial-militar o con implícitos mecanismos de coerción económica.

Los neodesarrollistas olvidan esta sujeción social o la ubican en un mismo plano que la gestión de tensiones entre los grupos dominantes. De esta forma el “Estado fuerte” es presentado como un rival o contendiente de los industriales con los latifundistas o los banqueros. Pero en los hechos ha operado como una estructura burocrática aso-

ciada con esos sectores, en la prioritaria opresión de las mayorías explotadas.

Si los Estados de los países asiáticos son más sólidos que sus pares de América Latina es porque lograron imponer un mayor sometimiento de los trabajadores. Es evidente que gran parte del milagro oriental obedece a la sujeción laboral que se instauró en los talleres mundializados de la región. El neodesarrollismo silencia este dato o lo describe como una circunstancia menor.

También olvida que los conflictos entre Estados y clases dominantes no han sido patrimonio exclusivo del Extremo Oriente. Constituyen una norma en todos los países que cuentan con burocracias consolidadas en el sector público y entidades representativas en el sector privado. El primer segmento debe arbitrar el cúmulo de intereses presentes en el segundo grupo y no puede dirigir al Estado sin favorecer a ciertos sectores contra otros.

Conviene recordar que las burocracias estatales de los primeros tigres asiáticos eran más autónomas de sus burguesías, pero también más dependientes del imperialismo estadounidense y del capital extranjero. Por razones geopolíticas (Guerra Fría) y económicas (etapa de internacionalización del capital), ese *status* no obstruyó su conversión en exportadores industriales. Cualquier comparación con Latinoamérica debe considerar estas diferencias.

La existencia de procesos sostenidos de acumulación no depende primordialmente de los conflictos entre burocracias, elites y capitalistas. Sólo cuando esas tensiones convergen con ciertas condiciones objetivas favorables para el crecimiento capitalista, hay expansión económica. En otras circunstancias, los mismos choques sólo recrean el estancamiento.

Rivalidades y burocracias

El neodesarrollismo identifica el crecimiento sustentable con una gestión adecuada del Estado. Por esta razón propone crear un funcionariado eficaz, mediante la selección “meritocrática” de las capas dirigentes (Portes, 2004).

Pero la relación causal entre burocracias eficientes y elevados ritmos de acumulación que establece este enfoque weberiano es muy discutible. La eficacia en el manejo del Estado surgió para consolidar crecimientos capitalistas ya preexistentes. Es un error invertir esa secuencia, suponiendo que el funcionariado óptimo ha sido la condición de la expansión burguesa.

Lejos de preceder y determinar el rumbo de los capitalistas, las burocracias se han reconfigurado junto a las clases dominantes. Por esta razón son espejos de las limitaciones que singularizan a cada segmento nacional de propietarios de los medios de producción.

El lugar de cada economía en la división internacional del trabajo ha condicionado por igual el comportamiento de ambos grupos. Pero la conducta de las clases dominantes define el patrón de evolución de las burocracias asociadas y no a la inversa. Esta primacía deriva de la naturaleza de una sociedad comandada por los capitalistas. Los Estados son gestionados por capas reclutadas entre sectores afines a las clases opresoras.

Registrar esta jerarquía analítica de las relaciones entre los dominadores y sus burocracias es vital para comprender la dinámica contemporánea del Estado. Con este enfoque se puede indagar el sustento de clase de esa institución (enfoque instrumentalista), sus mecanismos de reproducción (estructuralismo), las ligazones entre funcionarios y empresarios (visión asociativa) y las mistificaciones ideológicas que rodean a su desenvolvimiento (teorías de la comunidad imaginaria) (Gold, Lo y Wright, 1977).

Como el neodesarrollismo rechaza este abordaje de clase, ignora de qué forma las burocracias actuales se amoldan a las prioridades de los capitalistas. Esa adaptación explica por qué razón ya no promueven en América Latina las formas estatales populistas, que en los años cincuenta y sesenta facilitaban la alianza de la burguesía industrial con las elites modernizadoras. Esos pactos apuntalaban la sustitución de importaciones con un imaginario de mejoras sociales, que el esquema desarrollista posterior complementó fortaleciendo a las empresas públicas. El objetivo era potenciar el mercado interno y expandir el poder adquisitivo (Graciarena, 2000).

El modelo estatal predominante en la actualidad es muy diferente. Al cabo de varias décadas de privatizaciones, se amolda al giro exportador y a la primacía agro-minera. Prioriza los intereses de grupos concentrados e internacionalizados, que sólo aceptan coberturas asistenciales para administrar la pobreza.

Algunos neodesarrollistas retoman los estudios recientes sobre la persistencia del Estado nacional en la mundialización. Esos enfoques cuestionan acertadamente todas las teorías que postulan la inminente disolución de esa entidad en las redes transnacionales de la globalización (Mann, 2000).

Pero no alcanza con repetir que el Estado nacional continúa cumpliendo funciones básicas para el funcionamiento del capitalismo, si

no se explica cuáles son esas tareas. Los neodesarrollistas suelen reiterar generalidades sobre la primacía de la regulación sobre el mercado, sin registrar que la principal razón de perdurabilidad del Estado nacional radica en su papel en la explotación de los asalariados.

Sólo esa entidad cuenta con la autoridad histórico-política requerida para gestionar el manejo de la fuerza de trabajo. En las actuales condiciones de creciente internacionalización se necesita la mediación estatal para lucrar con las diferencias salariales existentes entre los trabajadores de distintos países.

El neodesarrollismo prioriza el estudio del rol jugado por el Estado nacional en la competencia geopolítica mundial. Retoma especialmente las investigaciones que convocan a indagar esa función en el duro escenario de confrontaciones contemporáneas (Skocpol, 1985).

Pero también aquí olvidan que el fundamento de esa rivalidad son conveniencias de los capitalistas contrapuestas a los intereses populares. En las batallas por la “competitividad”, el éxito de un empresario sobre otro no se traduce en beneficios equivalentes para los trabajadores. La propia competencia refuerza los mecanismos de dominación y socava tendencias potenciales a la cooperación, que permitirían procesos de desarrollo al servicio de las mayorías populares.

Nacionalismo atenuado

El viejo desarrollismo sintonizaba con el nacionalismo clásico y compartía su principio ideológico de plena identidad de intereses de los ciudadanos de cada país. Observaba a la nación como la entidad primordial de la sociedad y ponderaba la pertenencia a esa colectividad.

Esta concepción repudiaba las conductas antinacionales de las oligarquías subordinadas al capital extranjero. Recogía el fuerte rechazo de los oprimidos hacia esas minorías aristocráticas y logró una amplia adhesión popular prometiendo el desarrollo que surgiría de la derrota de esas élites.

En esta visión se asentó el nacionalismo burgués. Presentó su proyecto de industrialización como una meta compartida por todos los excluidos de la dominación terrateniente. Con ese discurso facilitó el ascenso de los sectores modernizadores, que desplazaron del poder a las oligarquías agroexportadoras. Esta mirada identificaba al librecomercio con los intereses foráneos y al desarrollo fabril con las necesidades del pueblo.

Pero la lealtad a la nación fue colocada en los hechos al servicio de la burguesía industrial, ocultando que este sector se enriquece a costa de

los asalariados. Las teorías nacionalistas nunca demostraron por qué razón los vínculos de un oprimido con el opresor del mismo territorio deben prevalecer sobre la solidaridad internacional de los asalariados.

Las críticas de los marxistas resaltaron estas contradicciones. Postularon la progresividad histórica de los antagonismos entre clases sociales, frente a las rivalidades que oponen a las distintas naciones por el predominio regional o global. Cuestionaron, además, los criterios románticos utilizados por las teorías nacionalistas para justificar la supremacía de la nación, como núcleo constitutivo de la sociedad y del Estado. Desmistificaron las narraciones y leyendas de las ideologías que enaltecían las trayectorias pasadas de las clases dominantes, ocultando los sufrimientos y resistencias de los oprimidos (Hobsbawm, 2000).

Pero el viejo nacionalismo también incluía aristas antiimperialistas que han desaparecido en las vertientes actuales. Ningún eco de las objeciones al colonialismo inglés y al intervencionismo estadounidense persiste en el neodesarrollismo. El rechazo patriótico al imperialismo ha quedado diluido. Estos cambios reflejan la consolidación de nuevas burguesías locales conectadas con negocios transnacionales.

A medida que aumenta su amoldamiento a la globalización, el neodesarrollismo atenúa el antiguo nacionalismo. Sólo mantiene una reivindicación formal de esa ideología, exaltando viejas disputas con el liberalismo (Bresser Pereira, 2011).

Pero este tipo de reivindicación implica preservar los aspectos más conservadores del viejo nacionalismo, sin convergencias con programas sociales, ni con resistencias de los pueblos de la periferia. Para ganar espacios en el mercado mundial junto a los nuevos socios foráneos se remodelan las tradiciones conflictivas.

Identidad y densidad nacional

Otros teóricos neodesarrollistas reivindican el nacionalismo como una modalidad soberana de adaptación al nuevo escenario mundial. Subrayan la existencia de “respuestas nacionales” a este contexto y postulan que “cada país tiene la globalización que se merece”. Distinguen la identidad de la densidad nacional. Mientras que el primer rasgo sólo determina la pertenencia a una misma nación, el segundo componente implica convicciones compartidas en torno a un proyecto productivo (Ferrer, 2007).

Este enfoque resalta la insuficiencia de las identidades culturales inspiradas en los valores universales que asumieron algunos países como Argentina. Consideran que el pilar identitario ha carecido de la

densidad complementaria requerida para asegurar la expansión productiva. Señalan que Japón forjó esta última cualidad en el pasado y Corea, China e India la construyen en la actualidad. Remarcan que la ausencia de ese atributo explica la desigualdad, concentración económica, inestabilidad política y subordinación ideológica que ha padecido Latinoamérica (Ferrer, 2010a).

Con esta mirada retoman ciertos principios del viejo nacionalismo que resaltaba el nexo prioritario creado por el territorio, el idioma o el bagaje cultural común. Consideran que ese vínculo debe prevalecer por encima del posicionamiento social. La condición de acaudalado o empobrecido es vista como dato menor frente a la pertenencia a la nación. Pero el olvido de esas asimetrías oculta quiénes son los ganadores y perdedores de esa asociación.

Ferrer introduce su distinción entre la identidad y la densidad nacional como factor determinante de los éxitos y fracasos de cada proceso de desarrollo. Pero no aclara cuál es la concatenación lógica de su razonamiento. Se limita a constatar que algunos países logran objetivos que otros no alcanzan, sugiriendo que las idiosincrasias definen la posición final de cada concurrente.

Pero como ese resultado sólo se conoce *a posteriori*, parecería inferirse que si una economía avanzó, fue porque contenía un espíritu nacional sólido, y si retrocedió, se debió a que arrastraba un cimiento frágil. De este contraste no emerge ninguna explicación.

Al igual que Bresser-Pereira, el acento nacionalista ya no es ubicado en el resguardo a una industria naciente, sino en las estrategias de incorporación al capitalismo internacionalizado. Por un lado, Ferrer relativiza el alcance de la mundialización —resaltando la continuada centralidad del mercado interno— y por otra parte convoca a encontrar caminos de inserción, en la “globalización que cada país merece”.

En ambos diagnósticos se jerarquiza el margen de acción autónomo de las naciones, moderando las adversidades estructurales que subrayaba la vieja CEPAL. Ahora todo depende de la capacidad para forjar “densidades nacionales”, más allá de los términos de intercambio o de la ubicación periférica en la división internacional del trabajo.

Ferrer mantiene la distinción entre países centrales y economías subordinadas que planteó Prebisch, pero reduce la gravitación de esas diferencias. Resalta la incidencia de las políticas nacionales en la ubicación de cada economía, reafirmando la primacía de las voluntades internas.

Todos los teóricos neodesarrollistas registran, igualmente, el efecto desestabilizante de la mundialización sobre las identidades nacionales. Ese proceso redistribuye niveles de soberanía, desplaza funciones de los Estados hacia organismos supranacionales y erosiona la idea de nación como resguardo último de la ciudadanía.

Pero asumen una actitud pragmática frente a esa mutación. Toman distancia del viejo nacionalismo autárquico sin adscribir al globalismo neoliberal. Ya no postulan teorías del resurgimiento nacional, pero tampoco aceptan los presagios de declive de esa entidad. Buscan un punto intermedio que probablemente refleja las peculiaridades de América Latina.

Esta región no afronta, por ejemplo, los dilemas de los países involucrados en la construcción europea. Allí el nacionalismo reaparece frente a la brutal pérdida de derechos soberanos que impone la gestación de un Estado continental al servicio del gran capital. En América Latina tampoco se vislumbra el repunte de los nacionalismos con ambiciones subimperiales que se verifica en Rusia, Turquía o India.

En los principales países sudamericanos el viejo nacionalismo burgués ha quedado sustituido por banderas más regionalistas. Este nuevo estandarte es afín a las necesidades que enfrentan las grandes firmas para ampliar mercados, fabricar bienes en forma conjunta o gestar uniones aduaneras en el molde del Mercosur.

Este regionalismo capitalista sintoniza con las empresas multinacionales de base local que operan en la región. Incentiva una ideología de la integración que gana influencia frente al viejo patriotismo. Hay pocas convocatorias a forjar una “Argentina Potencia” o una “Civilización Brasileña” y muchos llamados a reforzar un polo sudamericano, con agenda propia en la globalización.

Ritmos institucionales

El neodesarrollismo introduce una visión más pausada del desenvolvimiento. La esperanza en la industrialización acelerada que predominaba en los años cincuenta o sesenta ha sido sustituida por una expectativa menos impetuosa del avance capitalista. Este cambio no obedece sólo a las decepciones acumuladas durante varias décadas. Expresa, además, la influencia de los regímenes constitucionales.

Los teóricos neodesarrollistas ya no divorcian su visión del crecimiento del modelo político vigente. Con la desaparición de las dictaduras se extinguieron las antiguas ilusiones en el ejército como principal artífice de la industrialización. El alto número de funcionarios

desarrollistas que participaba en los gobiernos militares es un recuerdo del pasado.

La actual mirada gradualista se adapta a la lentitud de los ritmos institucionales y se nutre de visiones heterodoxas de la economía contemporánea. Estas concepciones suponen la vigencia de un sistema económico-político que distribuye los excedentes en proporción a la influencia alcanzada por las distintas fuerzas sociales. Considera que la sociedad armoniza los conflictos entre estos grupos, seleccionando a través del voto las alternativas más convenientes para la mayoría (Bresser-Pereira, 2012).

Pero con este enfoque se ignora la dominación que ejercen los capitalistas. Esa supremacía les permite acotar los márgenes de elección ciudadana, imponiendo límites muy estrictos a cualquier decisión que afecte sus intereses. Los acaudalados hacen valer siempre la “opinión de los mercados” para definir el curso de la producción y la finanzas (Katz, 2009).

Una confirmación contundente de esta supremacía se verificó en América Latina durante las regresivas décadas de constitucionalismo que sucedieron a las dictaduras. En ese período el ámbito institucional fue utilizado por el neoliberalismo para perpetrar cirugías sociales a favor de los capitalistas.

En lugar de evaluar esa experiencia, el neodesarrollismo repite la ingenua presentación de la institucionalidad burguesa como un ámbito neutral de administración de las tensiones sociales. Propaga, además, el mito del desarrollo como un premio a la calidad de esos organismos, estableciendo rigurosos paralelos entre el crecimiento y la eficiencia de los sistemas de votación, el aumento de la transparencia o la reducción de la corrupción (García, 2010).

También aquí, parece olvidar que la erradicación del subdesarrollo siempre estuvo más obstruida en América Latina por los intereses e incapacidades de los grupos dominantes, que por el presidencialismo, el laberinto legislativo o el letargo judicial.

Pero lo más curioso del neodesarrollismo son las contradicciones que rodean a su propio discurso de ensalzamiento de las instituciones. Mientras realza la gravitación de esas entidades elogia modelos asiáticos plagados de autoritarismo.

El apego a la moda constitucionalista conduce también a presentar la historia latinoamericana como un proceso de desarrollo jalonado por logros institucionales. Los neodesarrollistas suponen que esos hitos determinaron el curso de la región, desde la Independencia hasta

las repúblicas conservadoras y los sistemas políticos actuales (Domingues, 2009).

Pero esos parámetros institucionales se ajustaron, en realidad, a otros determinantes más significativos del sendero seguido por el capitalismo regional. Las condiciones favorables o desventajosas para la acumulación siempre operaron como el principal condicionante de esos procesos. Las transformaciones institucionales sólo incidieron sobre ese curso a través de confrontaciones políticas, a su vez influidas por la intensidad y el resultado de las luchas populares. El razonamiento puramente institucional ignora la incidencia de estas fuerzas económico-sociales subyacentes que han determinado la evolución latinoamericana.

Modernidad y capitalismo

El institucionalismo neodesarrollista apuesta al afianzamiento de la modernidad para expandir el progreso. Considera que ese estadio aproxima a la civilización a un orden superior de convivencia humana, abriendo senderos de armonía y bienestar social.

Pero ¿esta utopía positiva del porvenir es compatible con el capitalismo? Sus promotores presuponen que sí y rechazan el proyecto rival del comunismo que pregona el marxismo. Sin embargo, no explican cómo podría alcanzarse la gran meta de la equidad bajo un sistema asentado en la explotación y la desigualdad (Domingues, 2009).

Los teóricos de la modernidad neodesarrollista afirman que América Latina se encaminará hacia una sociedad promisoría si consolida la heterogeneidad y el encuentro de culturas que ha singularizado su historia (Domingues, 2009).

Pero con esta visión repite la presentación idílica de la región como un ámbito de convergencias. Evitan recordar el terrible pasado de dominación que inició el colonialismo con la importación de esclavos y la imposición de la servidumbre entre los pueblos originarios. Sólo afirma que esos vestigios han quedado superados desde la generalización de normas modernas de consideración y respeto.

Como eluden definir cuál es la relación de ese concepto con el capitalismo, no se sabe de qué forma la consolidación de la modernidad corregiría las desgracias actuales de la región. Simplemente esperan la extinción de esas desventuras, junto a la desaparición de las rémoras premodernas que arrastra América Latina.

Este razonamiento tiene muchas similitudes con las teorías liberales, que atribuían el subdesarrollo a la persistencia de sociedades tra-

dicionales adversas a la modernización. Sustituir este último término por su análogo de modernidad no modifica mucho el mensaje final.

La modernidad no es un concepto sustitutivo del capitalismo para estudiar el desarrollo. Es una vaga noción que no aporta criterios de indagación superadores de los enfoques centrados en la dinámica de las fuerzas productivas y la lucha de clases. Mientras que estos dos últimos parámetros clarifican el curso de la evolución social, la mera búsqueda de valores altruistas modernos no brinda pistas para entender el rumbo de la sociedad.

Las categorías del marxismo privilegian los estudios basados en las transformaciones de los modos de producción y los antagonismos entre las clases sociales. La óptica de la modernidad contrapone a este enfoque todo tipo de indefiniciones. Nunca se sabe si sus criterios aluden a metáforas, a formas de concebir los relatos históricos, a sensibilidades artísticas o a lógicas culturales (Anderson, 1984; Callinicos, 1993; Bensaïd, 1991-1992).

Estas ambigüedades son mucho mayores en el plano político. En este terreno la modernidad es habitualmente asociada con la consolidación de la Ilustración, la primacía de la razón o la expansión de la secularidad. Pero también aquí el logro de esas metas es incompatible con la perpetuación del capitalismo. Aproximarse a la concreción de ese tipo de ideales exige erradicar el sistema social imperante.

Elites clarividentes

A pesar de su enfática reivindicación de la burguesía, el desarrollismo siempre intuyó la incapacidad de los capitalistas latinoamericanos para consumir el crecimiento autosostenido. Por esta razón sus alabanzas al empresariado fueron complementadas con la búsqueda de sustitutos para implementar ese proceso.

Desde los años cincuenta concibió el surgimiento de distinto tipo de élites como reemplazantes potenciales de la burguesía. Imaginó que ese grupo encabezaría el mismo proceso que condujo a la pujanza de Occidente.

Algunos autores explicaron el despegue inicial de Inglaterra, el salto posterior de Estados Unidos y la expansión de Francia o Alemania por el liderazgo ejercido por ciertas minorías clarividentes. Atribuyeron esa capacidad a un legado de cultura europea urbana heredado del Renacimiento y la Reforma, y estimaron que la ausencia de esos sectores esclarecidos frustró el desenvolvimiento de Rusia o China. Evaluaron que en América Latina las élites conservaron ideales aristocráticos,

convalidaron la apropiación latifundista de la tierra y avalaron el bloqueo de la industrialización (Jaguaribe, 1969).

Esta interpretación weberiana supone que ciertas minorías transmiten al resto de la sociedad los valores requeridos para el desarrollo. Introducen flexibilidad política, tesón comercial, austeridad de las costumbres, prédica humanista y movilidad social.

Pero esta visión acepta todos los mitos eurocéntricos que idealizaron el debut capitalista en Occidente. Ignora interpretaciones más consistentes, centradas en las condiciones que facilitaron los rápidos saltos de la acumulación primitiva a la acumulación del capital que registró Europa Occidental.

Estas teorías subrayan la celeridad de la revolución agraria que precedió a la industrialización, el papel central de los Estados absolutistas o las ventajas obtenidas con el colonialismo. Aportan caracterizaciones más sólidas de ese inicio capitalista que las visiones focalizadas en la existencia de grupos iluminadores del rumbo a seguir.

La mirada marxista permite comprender los caminos elegidos por las clases capitalistas triunfantes, en función de las condiciones político-sociales en que actuaron. Por el contrario, la sociología convencional reduce ese proceso a los atributos peculiares de las elites. Las viejas simplificaciones que realizaban el rol de los reyes, los sabios o los generales son extendidas a un segmento más amplio. Pero en ambos casos la clave de la historia es situada en la existencia de núcleos capacitados (o destinados) a liderar el desarrollo (Laurin, 1985).

La lucidez de estos sectores queda transformada en el principal motor de la evolución social. Pero este factor sólo incidió en procesos condicionados por la estructura socioeconómica, la inserción internacional de cada región y el tipo de conflictos predominantes entre clases dominantes y dominadas. La simple contraposición de élites clarividentes que permiten el progreso con minorías incapaces de repetir ese rumbo, no aporta explicaciones del subdesarrollo.

En América Latina, la teoría de las “elites fallidas” subraya la existencia de fracturas entre este sector y las masas. Remarca la reiterada predilección de esos grupos por servir a los poderosos. Considera que por esa razón no logró autoridad para transmitir los valores de esfuerzo, productividad y responsabilidad, que necesitaba el conjunto de la población (Jaguaribe, 1969).

Pero ¿las clases dominantes estuvieron exentas de esas falencias? Al eludir este análisis se omite indagar el anclaje social de las limitaciones observadas en las elites. Estas capas ejercen funciones estratégicas en la

sociedad, sólo en consonancia con las clases dominantes. Ambos sectores actúan en forma autónoma, pero apuntalan los mismos intereses, refuerzan los mismos privilegios y defienden el mismo sistema social.

La tradicional expectativa desarrollista en las elites como sustitutos de los capitalistas ignora estas ligazones. Supone que si un grupo especializado evita las carencias de las clases dominantes el progreso estará asegurado.

Es cierto que en el caso latinoamericano las elites estuvieron más interesadas en servir a los poderosos, que en gestar procesos de desarrollo compartidos con las masas. Pero no se enemistaron con el pueblo por falta de lucidez, sino por su estrecho parentesco con procesos de acumulación manejados por la burguesía.

Contrastes y comparaciones

El neodesarrollismo atribuye la bifurcación que actualmente se observa entre Asia y América Latina al comportamiento de las elites de cada zona. Considera que las minorías orientales no están atadas al pasado europeo y actuaron con pautas de soberanía indígena, en lugar de repetir la actitud mestiza de subordinación que imperó en el Nuevo Mundo. Por eso lograron impulsar potentes proyectos nacionales primero en Japón, luego en Corea, Taiwán, Hong Kong, Singapur, posteriormente en Malasia y Tailandia, y actualmente en China, India y Vietnam (Bresser-Pereira, 2010).

De esta forma los países asiáticos son agrupados en un pelotón de exitosos, dotados de las mismas condiciones virtuosas que anteriormente se asignaba a Europa. El contraste con América Latina ya no se hace por la insuficiente asimilación de Occidente, sino por el exceso de esa influencia. Como la región estuvo más conectada que Asia al Viejo Continente, aquí se gestaron elites híbridas carentes de la autonomía que preservaron sus pares de Oriente.

Esta explicación sustituye los viejos prejuicios del eurocentrismo por las nuevas arbitrariedades del Asia-centrismo. Todo lo que obstruía el desarrollo ahora es visto como un factor impulsor de ese progreso. El esquema es tan arbitrario que presenta a las sociedades orientales como paradigmas de soberanía, cuando la mayoría de sus grupos dirigentes mantuvo niveles de subordinación al capital extranjero muy superiores a Latinoamérica. En la misma época que esta región conquistaba su independencia formal, Asia iniciaba un largo proceso de sometimiento semicolonial, que perduró hasta mediados del siglo xx. Japón fue la excepción.

Este tipo de unilateralidades florece cuando se explica el crecimiento de una región frente a otra por ciertas cualidades de las elites, olvidando el comportamiento del mismo grupo en el período precedente. Como se busca enfatizar la continuidad de ciertos valores determinantes del desarrollo (tradiciones productivas, estabilidad institucional, consenso social), se supone que esos rasgos son de larga data. Este artificio exige ignorar todos los acontecimientos que desmienten ese presupuesto.

Las caracterizaciones del desarrollo basadas en la idiosincrasia de las elites fueron utilizadas en los años ochenta, para situar el secreto del auge japonés en una ética del trabajo recreada por la autoridad paternal. Pero se olvida que estos mismos rasgos eran considerados un lastre en el período precedente, cuando los teóricos de la modernización cuestionaban las barreras interpuestas por las tradiciones al despegue de cualquier economía. En esa época el localismo era sinónimo de provincialismo, la aversión a Europa era considerada una rémora de pasados feudales y la continuidad de las costumbres era vista como un obstáculo a la iniciativa del empresario. Estos defectos se han transformado ahora en virtudes determinantes del milagro oriental.

El privilegio analítico asignado a las elites en desmedro de la dinámica objetiva de la acumulación y el comportamiento de las clases sociales obstruye el análisis. Sólo observando el comportamiento de las oligarquías, las burguesías nacionales y los capitalistas locales de América Latina resulta posible comprender conductas de las elites.

La ausencia de estas conexiones conduce a dos variantes simplificadas de interpretación del subdesarrollo latinoamericano. En un caso se afirma que las elites fallaron en el manejo del Estado por su incapacidad para encauzar a la región en el *catch up*. En la otra vertiente se estima que las elites no lograron superar las carencias históricas de la sociedad civil (faltó Renacimiento, Ilustración y Revolución Industrial), de la estructura social (estrechez de la clase media) o del entramado institucional (legado de autoritarismo)¹.

En el primer caso se magnifica la autonomía del Estado y en el segundo se idealiza la sociedad civil. Pero en las dos variantes se omite la complementariedad existente entre ambas esferas. La apropiación de trabajo ajeno que consuman los capitalistas en el ámbito privado es garantizada por los mecanismos legales de la estructura estatal.

La gran inestabilidad que ha padecido América Latina en los dos terrenos no obedece a la impotencia de las elites. Deriva de la inserción

¹ Estos enfoques en Jaguaribe (1995), O'Donnell (1997) y Kaplan (1995).

internacional periférica y la debilidad de las clases dominantes frente a la pujanza de los movimientos populares.

Otra modalidad de reivindicación de las élites exalta los segmentos más tecnocráticos de esos grupos. Considera que esas minorías detentan virtudes irremplazables como organizadores del crecimiento. Estima, por ejemplo, que Chile ha logrado grandes éxitos en comparación a otros países por la eficiencia que demostraron esos sectores en la gestión del Estado (Portes, 2004).

Pero la economía trasandina ha sido un gran laboratorio de políticas neoliberales que generaron desigualdad social, precarización laboral y concentración del ingreso. Se apuntaló una clase capitalista que lucra con la inserción primarizada del país como exportador de productos básicos.

Algunos neodesarrollistas soslayan estos problemas retomando la reivindicación del modelo político chileno de la Concertación, que previamente ponderó el neoestructuralismo. Esa corriente consideró factible morigerar el esquema neoliberal legado por la constitución pinochetista, mediante políticas de atenuación de la pobreza y mejora de la educación (Kay y Gwynne, 2000).

Pero el resultado de esa experiencia está a la vista. En Chile se afianzaron los privilegios de los poderosos en un clima represivo signado por el endeudamiento personal para acceder a la educación superior y un sistema de pensiones privadas que otorga jubilaciones ínfimas.

Conclusión

De todo lo expuesto se deduce que el neodesarrollismo actual constituye apenas un esbozo de estrategias gubernamentales. Ha sido tomado por ciertos gobiernos, corrientes políticas y pensadores para inducir conductas industrializadoras en las burguesías locales. Buscan que ese sector emprenda procesos de inversión para recomponer la gravitación manufacturera con nuevos perfiles exportadores.

Pero hasta ahora han obtenido pocos resultados en la ilustrativa experiencia de Argentina y en el tibio ensayo de Brasil. A la luz de estos intentos, el neodesarrollismo emerge tan sólo como una tendencia del escenario regional.

Quienes le asignan gran futuro trazan comparaciones con el pre-desarrollismo de los años treinta. Recuerdan que en esa época pocas voces intelectuales anticiparon el proyecto que se implementaría posteriormente. Pero las visiones más críticas también rememoran los numerosos proyectos de resurgimiento fallido que sucedieron a la etapa clásica de los años cincuenta y sesenta.

En cualquier caso, el neodesarrollismo se encuentra en un estadio de inicio. No representa un proyecto significativo de las clases dominantes comparable a su clásico antecesor. El neoliberalismo persiste como el principal organizador de las concepciones y prácticas de los capitalistas. Por esta razón las vertientes neodesarrollistas presentan tantos vasos comunicantes con la matriz neoliberal.

La caracterización de este fenómeno debe incorporar su dimensión política. No basta con observar cuál es el modelo macroeconómico promovido o qué fracción del capital se beneficia con esa orientación. Hay que notar las afinidades de este proyecto con cierto tipo de gobiernos.

En el caso sudamericano, ha sido muy visible su sintonía con los presidentes de centroizquierda que buscan recuperar autonomía geopolítica a través del Mercosur o adoptan un perfil de conciliación de clases y pactos sociales. En este terreno, se distancian de los gobiernos derechistas alineados con Estados Unidos, que mantienen orientaciones explícitamente anti-desarrollistas. En los países donde esa hegemonía neoliberal ha sido más persistente (Colombia, México, Chile), los márgenes para el despunte neodesarrollista han sido reducidos.

Pero ¿qué ocurre con las variantes más progresistas del neodesarrollismo? ¿Presentan un proyecto singular? ¿Enfrentan los mismos límites y contradicciones que sus pares convencionales?

10. Concepciones socialdesarrollistas

El neodesarrollismo ha despertado la atención de numerosos analistas latinoamericanos. Las discusiones sobre este enfoque incluyen caracterizaciones de modelos económicos, estrategias geopolíticas y procesos sociales.

Pero se ha prestado poca atención a la variante progresista de esa concepción, que algunos autores denominan socialdesarrollismo. Aunque esta segunda visión se encuentra en estado embrionario e incluye muchas indefiniciones, ya conformó un enfoque con influencia en varios países.

Planteos específicos

Pocos autores asumen la pertenencia al socialdesarrollismo. Algunos se identifican con el amplio universo de teorías del desarrollo, otros destacan afinidades con la heterodoxia económica radical y casi todos se ubican en el campo político de la izquierda. Uno de sus promotores estima que este enfoque le asigna mayor relevancia a la dimensión social que a las metas del desarrollo (Carneiro, 2012a).

América Latina es el principal objeto de análisis de esta corriente, pero sus miembros trabajan en propuestas específicas para Brasil, Argentina o México. Venezuela y Bolivia son campos de gran aplicación de este enfoque y la red Celso Furtado incluye a muchos simpatizantes de esa orientación (VVAA, 2007).

En el plano económico postulan iniciativas semejantes al programa neodesarrollista, pero enfatizan la gravitación del consumo como mecanismo de redistribución del ingreso. Resaltan la centralidad del mercado interno para generar un círculo virtuoso de incrementos del poder adquisitivo y expansión de la producción. También subrayan el papel preponderante de la demanda para forjar un modelo de crecimiento con inclusión social¹.

La asociación Furtado adoptó justamente el nombre de un teórico que resaltaba la centralidad de la demanda, en contraposición al “mal desarrollo” generado por el deterioro del salario y la concentración de la renta (Furtado, 2007).

Al igual que el neodesarrollismo la variante social promueve políticas monetarias activas, tipos de cambio competitivo y déficits presupuestarios financiados. Pero remarca la necesidad de mayor captación estatal de las rentas agrarias o mineras y también postula reducir la carga financiera que imponen los grandes bancos a las empresas y el Estado.

El socialdesarrollismo promueve una actitud de ruptura con el neoliberalismo que es rehuida (o explícitamente evitada) por el neodesarrollismo. Su visión es más afín a las corrientes radicales del keynesianismo que a las concepciones heterodoxas en boga. También subraya la continuidad de brechas estructurales entre el centro y la periferia que el enfoque convencional silencia o relativiza.

Algunos autores proponen una aproximación a las teorías de la dependencia. Registran la continuada subordinación de la economía latinoamericana a los centros metropolitanos y refutan los diagnósticos del subdesarrollo basados en la falta ahorro interno. También remarcan la transferencia de ese excedente al exterior (Guillen, 2007).

Los socialdesarrollistas confían en gestar un modelo inclusivo de capitalismo que reduzca los niveles de inequidad. Pero reclaman una nítida primacía del sector público sobre el privado mediante la consolidación de modelos de capitalismo de Estado².

A diferencia del neodesarrollismo son muy críticos del comportamiento de la burguesía nacional. Promueven la sustitución de esa clase por el funcionariado estatal en la gestión del crecimiento y resaltan la solidez de la burocracia frente a la fragilidad del empresariado³.

¹ En Brasil: Carneiro, (2012a). En Argentina: Amico y Fiorito (2014), Wierzbna (2014). En México: Guillén (2013).

² Esta evaluación se fundamenta en las investigaciones de Dos Santos (2011a).

³ También aquí se inspiran en los trabajos de Dos Santos (2008).

El terreno de mayor diferenciación con el neodesarrollismo se ubica en la esfera política. Contraponen sus modelos democrático-populares con los proyectos conservadores del neodesarrollismo convencional. En el caso brasileño presentan esta divergencia como una batalla entre dos perspectivas opuestas para el gobierno de Lula-Dilma (Pomar, 2013a).

Esta visión se apoya en fundamentos ideológicos socialistas totalmente ajenos al neodesarrollismo. Mientras que los herederos de la CEPAL siempre fueron hostiles al marxismo, muchos teóricos socialdesarrollistas provienen de esa tradición, mantienen su identificación con la izquierda e interpretan sus modelos como un paso hacia el socialismo.

Para alcanzar ese objetivo consideran necesario transitar previamente por un prolongado período de capitalismo regulado. Estiman que esa etapa intermedia permitirá cambiar las relaciones de fuerzas y reintroducir la batalla por la sociedad igualitaria (Pomar, 2013a). Otros vislumbran esa fase como un escenario de disputa entre procesos decrecientes de acumulación y dinámicas ascendentes de equidad (Guillén, 2007).

Todos consideran que el socialismo debe ser precedido por un modelo de integración latinoamericana. Estiman que el surgimiento de ese polo regional autónomo permitirá forjar posteriormente una economía poscapitalista de gran porte (Dieterich, 2005).

¿Estas propuestas ofrecen un programa sólido para el desarrollo latinoamericano? ¿Sugieren un curso favorable a los intereses populares? ¿Es compatible la construcción capitalista con la meta socialista?

Problemas del modelo

Los promotores del socialdesarrollismo destacan que el impulso de la demanda asegura un crecimiento autosostenido. Consideran que esos estímulos motorizarán la inversión. Reconocen el conflicto potencial que opone a la expansión de la demanda con el incremento de la rentabilidad. Pero afirman que esa tensión puede compatibilizarse si la redistribución del ingreso no desalienta las inversiones privadas (Carneiro, 2012a).

Sin embargo la experiencia indica que esa contradicción irrumpe en algún momento, en todas las economías regidas por el principio de la ganancia. Por esa razón los períodos de expansión del consumo son seguidos por fases inversas de ajuste. Las etapas de alto empuje de la

demanda desembocan en períodos contractivos de reducción de costos. En esas circunstancias el Estado de bienestar es reemplazado por la primacía de la austeridad.

La competencia por beneficios surgidos de la explotación que rige la evolución del capitalismo impone esa secuencia. El socialdesarrollismo olvida este principio y sitúa a sus modelos en la fase expansiva, suponiendo que el período inverso puede ser eliminado mediante una acertada política económica. Esa posibilidad nunca se ha verificado.

Algunos teóricos estiman que países como Brasil cuentan con un amplio margen para implementar el modelo socialdesarrollista (Carneiro, 2012b, 2012c). Pero lo ocurrido durante la última década es ilustrativo de las dificultades para concretar la conciliación de objetivos que postula ese esquema.

La economía brasileña creció (por debajo del promedio regional) con incrementos del consumo, endeudamiento de los sectores medios y un gran *boom* de las *commodities*. Pero el nivel de la inversión fue bajo, el estancamiento industrial persistió y el envejecimiento de la infraestructura alcanzó un punto crítico en energía, comunicaciones y transporte.

En este período la gravitación de las rentas agroexportadoras continuó disuadiendo la reindustrialización y la expansión de la demanda volvió a enfrentar el techo de un sistema financiero que absorbe gran parte del excedente. La intervención estatal y las políticas económicas heterodoxas tampoco fueron suficientes para reducir la brecha tecnológica.

Estas mismas contradicciones se han observado con mayor nitidez en Argentina. El modelo —que apostó al virtuosismo de la demanda— facilitó la recuperación inicial de una economía devastada por el derrumbe del 2001. Pero al cabo de un quinquenio de gran crecimiento afloraron los límites de un esquema que genera inflación, desajustes cambiarios y déficit fiscal.

Como la altísima renta sojera no financió la reindustrialización, la actividad productiva se estancó. Los grandes ingresos del fisco fueron canalizados hacia subsidios a los capitalistas, que volvieron a fugar capital sin aportar inversiones significativas.

Todos los efectos del impulso a la demanda quedaron neutralizados por la preservación de una vieja base agroexportadora, un perfil industrial dependiente y un sistema financiero adverso a la inversión. El incentivo al consumo manteniendo esa estructura recreó las viejas tensiones macroeconómicas que afectan al país.

¿Capitalismo redistributivo?

En los países con esquemas socialdesarrollistas explícitos los resultados han sido limitados y contradictorios. Venezuela tuvo una etapa de crecimiento incentivado por la demanda que se frenó y desembocó en el estancamiento inflacionario actual. Bolivia ha logrado una expansión mas sostenida en un escenario muy peculiar.

Todos estos modelos afrontan desequilibrios semejantes que aparecen cuando la expansión de la demanda choca con las exigencias de rentabilidad. El neodesarrollismo resuelve esa tensión promoviendo las medidas reclamadas por los capitalistas y el socialdesarrollismo rehúye el problema.

Los promotores de ese enfoque consideran que la implantación de sistemas productivos diversificados, basados en la democracia participativa y la redistribución del ingreso, permitirá reducir la inequidad y transformar el crecimiento en desarrollo.

Pero pierden de vista la intensidad de las crisis periódicas que afronta el capitalismo. Esas convulsiones revierten las coyunturas de prosperidad, reavivan el desempleo y masifican la precarización laboral.

El socialdesarrollismo olvida esas experiencias y formula cuestionamientos al neoliberalismo sin analizar las contradicciones y límites del capitalismo. Los desequilibrios de ese sistema no obedecen sólo a desaciertos de una u otra política económica. Este tipo de fallidos explica tensiones de corto plazo o errores en ciertos planos, que conviven con falencias estructurales en otros campos.

Muchas miradas socialdesarrollistas tienden a centrarse en la coyuntura subrayando problemas derivados del tipo de cambio (elevado o reducido), las tasas de interés (gravosas o dispendiosas) o las políticas monetarias (expansivas o contractivas). Cuando fracasa una orientación se afirma que debió primar la acción inversa.

Con esta visión postulan a posteriori enmiendas contrafácticas. Afirman que si en cierto momento se hubiera hecho tal cosa, jamás habría emergido el desequilibrio en cuestión. De esta forma olvidan las contradicciones que habrían aparecido en otros terrenos, si se aplicaba la receta propuesta⁴.

Este tipo de encerronas surge de ignorar que todas las tensiones en juego expresan desequilibrios intrínsecos del capitalismo. Este siste-

⁴ Fiori describe esas contradicciones en orientaciones que auspician contradictorias políticas de industrialismo y exportación de recursos naturales o incrementos de la competitividad y mejoras del poder compra, con iniciativas monetario-fiscales expansivas y austeras. Fiori (2011, 2012a, 2012b).

ma funciona regenerando contradicciones que ninguna política económica puede eliminar.

El keynesianismo radical soslaya estos problemas imaginando al capitalismo como un gran engranaje de variables monetarias, cambiarias o fiscales. Supone que un buen ministro puede equilibrar estos agregados, asegurando el perfil progresista del modelo. Pero la historia económica de América Latina desmiente esa expectativa.

¿Empalme con la teoría de la dependencia?

Muchos autores socialdesarrollistas remarcan la continuidad de los desequilibrios centro-periferia y promueven una convergencia de la CEPAL con el dependentismo. Estiman que Furtado y Marini aportan los pilares del modelo requerido para interpretar la evolución de América Latina⁵.

Pero esta última combinación es conflictiva. Ambos teóricos compartían diagnósticos sobre el origen del subdesarrollo regional, pero postulaban explicaciones y soluciones muy distintas para el mismo fenómeno. Por eso encabezaron dos escuelas contrapuestas que no pueden amalgamarse.

Todos los desequilibrios subrayados por Furtado eran analizados por Marini como características del capitalismo periférico. Destacaba la perpetuación de esas contradicciones por la inserción regional subordinada en el mercado mundial, las exacciones del capital extranjero y la incidencia de la estructura rentista. El teórico marxista no sólo descartaba la posibilidad de modificar ese *status* con políticas económicas, sino que objetaba explícitamente la ilusión de emerger del subdesarrollo mediante el industrialismo de la CEPAL.

Su visión incorporaba los aportes analíticos de Prebisch (esquema centro-periferia, deterioro de los términos de intercambio, heterogeneidad estructural) y de Furtado (impacto de la oferta laboral sobre la estrechez salarial, efecto de la importación de insumos sobre el freno industrial). También avalaba las críticas a una vieja matriz agraria, que sofocaba el desarrollo manufacturero y restringía el poder de compra de la población (Marini, 1994).

Pero Marini nunca compartió la esperanza desarrollista de resolver estos desequilibrios con políticas de modernización monitoreadas por el Estado. Cuestionó el optimismo en esa posibilidad durante los ciclos

⁵ Guillén (2013). Otros pensadores cercanos a la escuela brasileña de UNICAMP postulan enfoques endogenistas, que enfatizan la gravitación de los determinantes internos en el subdesarrollo.

de crecimiento y objetó el pesimismo estancacionista en los períodos de agotamiento de ese auge. En ambas fases subrayó los límites sistémicos del capitalismo en la periferia.

Marini cuestionó a Furtado con un criterio semejante al utilizando por Marx para objetar a Ricardo. Ponderó la actitud científica de ese pensador y destacó sus hallazgos teóricos. Pero al mismo tiempo subrayó la imposibilidad de comprender el funcionamiento del capitalismo latinoamericano desde una óptica burguesa. Por esta razón nunca intentó fusionar el estructuralismo con la Teoría Marxista de la Dependencia.

Capitalismo de Estado

El socialdesarrollismo asigna una gran incidencia a la capacidad del Estado para motorizar los componentes progresistas del capitalismo. Supone que la propia evolución de este sistema necesita regulaciones para contrapesar el predominio de las finanzas y la competencia descontrolada. El capitalismo de Estado es visto como un mecanismo autocorrector que permite la supervivencia de la acumulación. Pero ¿cuáles son sus peculiaridades?

El capitalismo de Estado no puede ser definido por el simple acrecentamiento de la intervención económica del sector público. Esa expansión se verifica en todos los países. Está presente en la incidencia del Pentágono en Estados Unidos, en la cogestión alemana de las empresas o en el paternalismo de los funcionarios japoneses. Esa influencia ha sido dominante durante todo el siglo xx y no determina ninguna especificidad de los modelos capitalistas. Ha constituido un rasgo compartido por el liberalismo de los años veinte, el keynesianismo de posguerra y el neoliberalismo actual.

Si el capitalismo de Estado sólo implicara mayor incidencia del Estado resultaría difícil distinguir las políticas económicas ortodoxas, heterodoxas, monetaristas o neokeynesianas. Tampoco se podría entender los momentos de alta intervención (socorro de los bancos) y menor regulación (privatizaciones) que han registrado en las últimas décadas de neoliberalismo.

El capitalismo de Estado no es siquiera sinónimo de gran acción estatal en circunstancias críticas. En esas coyunturas la injerencia estatal se impone como un dato, cualquiera sea el modelo predominante. El ejemplo más nítido de esta tendencia fue el auxilio de los bancos durante el colapso del 2008-2009. En el zénit del neoliberalismo la mano visible del Estado fue reforzada para salvaguardar la continuidad del sistema financiero.

Frente a estas dificultades para definir con alguna precisión el significado del capitalismo de Estado, el enfoque socialdesarrollista tiende a subrayar el creciente peso de las empresas públicas. Algunos autores estiman que esa tendencia se acentuó en los últimos años, con la incorporación de 120 entes públicos al ranking de las principales firmas del planeta (2004-2009). Recuerdan que un tercio de la inversión extranjera directa realizada en las economías emergentes fue ejecutada por ese tipo de compañías (2003-2010) (Crespo, 2013b).

Pero esa visión omite la pérdida de supremacía estatal efectiva en las empresas con gran accionariado capitalista y alta preeminencia del gerenciamiento privado. También olvida el deterioro del perfil nacional en las firmas integradas a las redes transnacionales de la inversión y el financiamiento global. El papel predominante de los grandes grupos burgueses no disminuye en esta versión de capitalismo regulado.

Las empresas públicas actuales difieren significativamente de sus equivalentes de posguerra. Incluyen formas de sociedades mixtas con mayor participación de los inversores privados. Esta influencia determina un sometimiento mayor de las firmas a las exigencias de rentabilidad que el mercado bursátil.

El capitalismo de Estado incluye, por lo tanto, una amplísima gama de definiciones o tendencias permiten amoldar sus caracterizaciones a lo que se pretende demostrar. Por esta razón son más esclarecedores los debates sobre la aprobación o la crítica de ese esquema.

Sus defensores sugieren que amortigua (o elimina) los problemas que acosan al capitalismo privado. Pero no explican cómo podría eludir las crisis que afectan a todo el sistema. Los estallidos financieros, la superproducción, la caída de la tasa de ganancia, la retracción del consumo no son patrimonio exclusivo del privatismo. El temblor del 2008 conmovió con la misma intensidad a Estados Unidos, Alemania o Francia.

Algunos autores socialdesarrollistas fundamentan su reivindicación con otros argumentos. Estiman que el capitalismo de Estado cumplirá un rol progresivo, si se extiende a escala internacional, frenan el predominio de las fuerzas conservadoras y abre caminos hacia el igualitarismo (Pomar, 2013a).

Con esa visión se retoman las viejas creencias de la socialdemocracia pero sin demostrar su factibilidad. Durante el siglo xx no se registró un solo caso de evolución hacia el capitalismo humanizado y se verificaron incontables evidencias de procesos regresivos. De la estabilización del capitalismo sólo emergieron fases ulteriores de mayor inequidad.

Una modalidad progresista del capitalismo es un contrasentido. Este sistema se desenvuelve perpetuando la desigualdad y los privilegios de los grupos dominantes. Por esta razón las visiones benévolas del capitalismo son utopías negativas. Suponen que este régimen podría mejorar su funcionamiento para favorecer a las mayorías populares, cuando en los hechos afecta a los trabajadores.

Burocracias y burguesías

A diferencia de sus pares convencionales, los autores socialdesarrollistas estiman que en América Latina la burguesía es un grupo social reacio a comandar procesos sostenidos de acumulación. Consideran que ese sector ha sido hostil a todos los intentos industrialistas con mejoras sociales ensayados en el pasado.

Pero constatan esa deserción sin explicar las razones de esa conducta. Ese abandono fue una reacción frente a los desbordes de la lucha social y las amenazas de radicalización popular. En esos momentos se activaron los reflejos conservadores de la burguesía y se corroboró su fuerte entrelazamiento con la oligarquía y el capital extranjero.

Como ese comportamiento persistió en las últimas décadas, algunos teóricos proponen contrarrestar el previsible abandono burgués del proyecto industrialista, con una mayor presencia del Estado. Otros prescinden de evaluaciones y simplemente sustituyen la calificación de los empresarios por juicios de la eficacia estatal. Suponen que en esa intervención radica el secreto del desarrollo cualquiera sea la conducta de los patrones.

Pero no es muy lógico suponer que un modelo capitalista pleno podrá consolidarse sin protagonismo hegemónico burgués. El sistema requiere una clase dominante que acumule dinero, extraiga ganancias y reinvierta capital. Por esta razón todas las sugerencias iniciales de sustitución estatal tienden a postular posteriormente medidas de fortalecimiento del empresariado.

El socialdesarrollismo convoca a limitar la gravitación de la burguesía pero apoya políticas de sostenimiento de ese sector. Esta contradicción demuestra hasta qué punto resulta difícil promover un sistema para los capitalistas sin presencia de los principales involucrados.

Para superar este conflicto se suele promover un mayor reemplazo de protagonistas. El lugar ocupado por las clases burguesas es asignado a los funcionarios que gestionan el Estado. Se supone que la burocracia se guía por intereses de elites que superan el mero lucro.

Pero la experiencia desmiente esa independencia social de las burocracias. Este segmento conforma capas autónomas muy conectadas con las clases dominantes. Siempre administran el Estado en sintonía con los grandes grupos empresariales.

Es cierto que las elites configuran un segmento específico con objetivos propios, que afronta distintos conflictos con las fracciones financieras, industriales o comerciales del capital. Pero están asociadas con la burguesía y comparten los mismos principios de enriquecimiento, lucro y explotación. Por eso se oponen a cualquier proyecto que afecte la continuidad del sistema vigente (Miliband, 1997).

La crema del funcionariado aspira a transformarse en capitalista para reforzar su poder con la propiedad de los medios de producción. El manejo del Estado le permite ubicarse en un *status* privilegiado, pero sólo como dueños de las fábricas y los bancos pueden estabilizar esas ventajas y transmitir las a sus herederos. La burocracia es imitadora y no rival de la burguesía.

¿Dos desarrollismos?

En el plano político los autores progresistas contraponen sus proyectos democrático-estatales con las variantes conservadoras del desarrollismo. Consideran que en el caso de Brasil esa disputa se ha procesado dentro de los gobiernos de Lula-Dilma y apuestan a ganar la partida al interior del Partido de los Trabajadores (Pomar, 2013b).

Pero el propio retrato que presentan de ese partido contradice esa expectativa. Describen una organización que surgió con proyectos socialistas y se convirtió en una maquinaria electoral entrampada en la preservación del *statu quo*.

Partiendo de esa caracterización no explican cómo podría el PT retomar un rumbo de izquierda. Esa organización se ha incorporado al mundo de las grandes empresas, forjó alianzas con las oligarquías provinciales y utiliza el voto clientelar. Participa de la financiación oscura de la política, redujo la gravitación del sindicalismo obrero y potenció el peso de los hacendados y los multimillonarios (Rocha, 2014; Berterretche, 2014).

Los teóricos socialdesarrollistas igualmente argumentan que las mejoras sociales obtenidas en la última década podrían proyectarse al plano de la justicia, el funcionamiento del Estado y la democratización de los medios de comunicación. Consideran que esas asignaturas pendientes serán encaradas en la próxima etapa, si se logra revertir la hegemonía cultural que mantiene la derecha (Pomar, 2013a).

Pero esa extensión requeriría afectar los intereses capitalistas y el PT no muestra ninguna disposición a involucrarse en esa confrontación. Por esa razón está amenazada la propia continuidad (o profundización) de los logros sociales. Este peligro surge de la estrecha asociación que mantiene el gobierno con los grandes grupos empresarios.

Los defensores del giro democrático-desarrollista presentan la política exterior como un ejemplo de realizaciones posibles que podrían ampliarse a otras esferas. Describen la promoción de la multilateralidad, la autonomía frente a Estados Unidos y la diversificación de la diplomacia hacia los países del sur. Consideran que en este plano se verificó la compatibilidad de las iniciativas empresariales y populares (Pomar, 2013a).

Pero las misiones comerciales, las inversiones externas, los créditos del BNDES apuntaladas por Itamaraty no han sido innovaciones del PT. Esa cancillería acumula una larga trayectoria de intervenciones externas sin componentes populares.

La diplomacia de la última década ha seguido el modelo del PSOE español, que se convirtió en un lobista de las firmas ibéricas en el exterior. Lula ha emulado a Felipe González como intermediario de los negocios y transformó al PT en un organizador de empresas con proyecciones globales (especialmente en Latinoamérica y África).

Esta mutación es omitida con elogios a la recuperación de tradiciones nacionalistas favorables a la integración regional y a la democratización de las relaciones internacionales (Pomar, 2013a).

Pero esta caracterización no condice con la ocupación militar de Haití. En esa intervención Brasil actúa en sintonía con Estados Unidos en el ordenamiento del hemisferio. Las tropas brasileñas han permanecido en la isla en medio de contundentes denuncias de complicidad con la represión y la tragedia social imperante. En los hechos Itamaraty ha buscado demostrar que puede asumir responsabilidades en la custodia del *statu quo* regional (Chalmers, 2014).

El giro internacional conservador del PT se ha verificado también en su intento de limitar la presencia de las corrientes radicales en organismos de fuerzas progresistas (como el Foro de Sao Paulo). Por ejemplo, en el XVII encuentro de esa entidad suscitó una gran controversia su veto a dos organizaciones de este tipo (Marcha Patriótica de Colombia y Libre de Honduras).

Expectativas regionales

El modelo socialdesarrollista está concebido a escala regional. Sus promotores estiman que el fortalecimiento del Mercosur y la confor-

mación de un bloque geopolítico autónomo son condiciones básicas para el desarrollo con inclusión social.

Pero ¿el enlace regional torna más realizables las metas que no se han alcanzado en cada nación? ¿Por qué razón el capitalismo regional corregiría esas carencias? La principal respuesta realza la mayor escala de los mercados y la creciente capacidad de negociación internacional de un bloque zonal.

Pero olvida que esa extensión no desactiva los intereses centripetos de los distintos grupos empresarios. Las burguesías brasileña, argentina o colombiana continúan privilegiando los negocios internacionales que han forjado a lo largo de siglos, en desmedro de un mercado latinoamericano común.

La existencia del Mercosur (o Unasur) demuestra que esos sectores también trabajan junto a las empresas transnacionales en el ámbito regional. Los intercambios comerciales y las inversiones en esta área son muy superiores al pasado. Pero hasta ahora, no existe el menor indicio de tendencias a la amalgama de los capitalistas latinoamericanos, en un conglomerado social convergente.

A diferencia de Europa ni siquiera despunta la aparición de un proto-Estado regional unificado con monedas, cancilleres o parlamentos comunes. Tampoco hay esbozos de ejércitos, banderas o himnos compartidos. América Latina siempre fue una región subordinada al capitalismo mundial y ese *status* no ha cambiado en el siglo XXI. La reinserción global de la zona como exportadora de materias primas ha recreado parcialmente ese sometimiento y socava los intentos de forjar asociaciones regionales autónomas.

Por esta razón, el Mercosur nunca despegó y actualmente enfrenta renovados obstáculos para su desenvolvimiento. También el equilibrio político consensuado dentro de Unasur —entre gobiernos muy disímiles— empuja a este organismo a una periódica inacción (Katz, 2008c).

Algunos pensadores estiman que América Latina igualmente puede alumbrar su propia variante de capitalismo regional progresista, si se incorpora al bloque contrahegemónico que lideran China y Rusia, en el nuevo escenario de la multipolaridad. Los BRICS son vistos como el principal laboratorio de un nuevo polo coordinado de capitalismo de Estado. Esperan que Brasil construya el puente de la región con las futuras potencias (Pomar, 2013a).

Pero basta observar la relación que ha establecido la principal economía en ascenso del mundo con América Latina para desmentir esas creencias. China incrementó en forma significativa su intercambio

con la región y el volumen total del comercio pasó de 10 billones (2000) a us\$ 257 billones (2013). Pero casi todas las ventas al gigante asiático están compuestas por cereales, minerales y soja y el 91% de las compras son productos manufacturados. Este mismo patrón rige para la subpotencia brasileña.

A pesar de la mejora en los términos de intercambio registrada en la última década, el patrón comercial de Latinoamérica con China tiende a repetir los viejos desbalances que afectan a la región. Ya son numerosas las comparaciones del esquema actual con el modelo impuesto por Gran Bretaña en el siglo XIX. Ese curso primarizó a la región y bloqueó su desarrollo industrial (Ventura, 2014).

La reaparición de las tradicionales disparidades entre el centro y la periferia impide la concreción de una variante cooperativa del capitalismo de Estado. Muchos estudiosos de las relaciones de América Latina con China describen la asimetría estructural que se ha creado entre ambas regiones (Martins, 2011b).

Esta misma desigualdad se verifica en torno a los BRICS, que impulsan emprendimientos financieros (como el reciente banco de desarrollo), sin alterar la brecha que separa a las potencias industriales (China) o militares (Rusia) de los proveedores de materias primas (Brasil).

¿Un paso hacia el socialismo?

Algunos enfoques vislumbran el ambicionado capitalismo progresista como un anticipo del socialismo. Consideran que el Mercosur y la relación con China pavimentarán el camino hacia la sociedad igualitaria. Observan estas iniciativas como eslabones de un proceso global, que inclinará la balanza global a favor de los proyectos populares resistidos por las elites occidentales.

Pero ¿cómo podría gestarse ese amortiguador con organismos interesados en mantener lazos privilegiados con las empresas transnacionales? Ese tipo de conexión predomina en la actualidad en todos los modelos de capitalismo vigentes.

En los años ochenta, se concebía otra transición a través de un Nuevo Orden Económico Internacional sostenido por la Unión Soviética. El propio concepto de capitalismo de Estado (o capitalismo monopolista de Estado) fue perfeccionado durante ese periodo con interpretaciones muy variadas. En algunas visiones era visto como un adversario del bloque soviético y en otros era interpretado como un nexo hacia la extensión internacional del socialismo (Inozémtsev y Mileikovski, 1980; Valier, 1978).

Las miradas actuales se alejan de ese enfoque, pero señalan que la preparación actual del socialismo transitará en América Latina por cursos neo (o social) desarrollistas de capitalismo. Con ese fundamento aprueban a los gobiernos de centroizquierda, estimando que esas administraciones consolidan la autonomía diplomática requerida para apuntalar la etapa pre-socialista. También destacan cómo esas administraciones limitan la preeminencia de gobiernos pro-estadounidenses y contribuyen a frenar las conspiraciones derechistas contra Bolivia y Venezuela (Pomar, 2013a).

Pero esa contención incluye un componente de tutela conservadora para neutralizar los procesos más avanzados de la región, que es omitida por los socialdesarrollistas. Evitan considerar las consecuencias de las medidas exigidas para forjar el capitalismo regional.

Esta construcción aporta ciertos blindajes externos a los procesos políticos antiimperialistas, pero exige limitar sus niveles de radicalización. Este acordonamiento no es novedoso. Todas las revoluciones afrontaron ese cerrojo y las victorias se lograron sorteando esas presiones.

Una forma de obstruir la radicalización es relegar al ALBA a un rol testimonial, estimando que sólo la Unasur está disponible para ejercer alguna acción efectiva en la región. Los autores que aceptan esa política reconocen la simpatía de toda la izquierda con el primer proyecto, pero subrayan la imposibilidad de extenderlo (Pomar, 2013a).

Esa mirada omite que dentro de Unasur hay varios gobiernos explícitamente reaccionarios. Por esa razón ese organismo sólo puede aportar un paraguas defensivo frente al acoso imperial, pero nunca apuntalará la dinámica antiimperialista que necesita América Latina para abrir un cauce hacia el socialismo.

Propuestas incompatibles

La expectativa de arribar paulatinamente al socialismo una vez concluida la fase previa de capitalismo estatal retoma la vieja estrategia de las etapas, que desde los años cuarenta postularon muchos Partidos Comunistas. Esta teoría jerarquizaba la batalla contra los latifundistas y esperaba actitudes progresistas del empresariado nacional.

Los socialdesarrollistas conocen esa frustrada experiencia pero evitan juzgarla. Se limitan a proponer su repetición, con la esperanza que el tiempo transcurrido impida una nueva decepción. No aclaran cómo se eludiría ese resultado transitando por el mismo camino (Pomar, 2013a).

Es evidente que el socialismo nunca llegará si se afianza el capitalismo. Un sistema es incompatible con el otro. El principio básico del primer régimen es la igualdad y el cimiento del segundo es la explotación. Cualquier proyecto de transición al socialismo requiere el declive y no la extensión del capitalismo.

Para forjar variedades de este último sistema hay que desenvolver prósperos negocios que apuntalen las fortunas de las clases dominantes. Ese proceso consolida privilegios que alejan la esperanza de socialismo.

En el pasado la alianza con las burguesías no condujo al reemplazo del modelo agroexportador por procesos exitosos de industrialización. Por esta razón tampoco se verificó el siguiente paso de maduración económica previa del poscapitalismo. La supervivencia del sistema actual recreó distintas modalidades de acumulación.

Muchos autores progresistas también supusieron que la burguesía se resignaría a suscribir alianzas desfavorables a su propio futuro, ante la imposibilidad de detener un curso socialista inevitable de la historia. Pero en los hechos muy pocos patrones se sometieron a ese mandato teleológico y continuaron preservando el sistema que los beneficiaba.

En esos años, también se imaginaba que el patriotismo de los capitalistas favorecería desenlaces socialistas. Esta expectativa era particularmente intensa en las coyunturas bélicas o en los momentos de agresión neocolonial. Pero siempre se corroboró una predilección opuesta de las clases opresoras a aceptar la dominación extranjera para preservar sus privilegios.

En todas esas variantes el socialismo era concebido como un norte visible, al cabo de ciertos años o décadas de prosperidad capitalista nacional. Este enfoque ha perdido actualmente esa vieja temporalidad. Los socialdesarrollistas no sugieren en qué momento comenzaría el pasaje del capitalismo de Estado a la sociedad igualitaria.

Como presuponen que ese estadio requiere la consolidación previa de un modelo capitalista regional la fecha en juego resulta inimaginable. Si el capitalismo latinoamericano aún no fue parido, tampoco es posible concebir cuándo emergerá su sucesor.

La correlación de fuerzas

Otro argumento para preceder la batalla por el socialismo con modelos de capitalismo resalta la necesidad de cambiar las relaciones de fuerza actualmente adversas (Pomar, 2013a).

Al cabo de dos décadas de neoliberalismo, el escenario mundial de repliegue que describe ese diagnóstico es indiscutible. Pero un cambio de ese contexto dependerá de luchas sociales victoriosas que permitan frenar los atropellos de las clases dominantes.

La correlación de fuerzas sólo mejoraría con ese resultado y no con la aparición de otro modelo capitalista. Un esquema desarrollista no es sinónimo de avances sociales. Basta recordar que, en los años sesenta, varias dictaduras sudamericanas adoptaron ese perfil económico para constatar la inexistencia de esa identidad.

Las miradas socialdesarrollistas de la correlación de fuerzas no retratan el estado de la confrontación entre trabajadores y patrones, sino la presencia de modelos más o menos favorables al capitalismo de Estado. En estas interpretaciones no se evalúa cuántas conquistas obtienen o pierden los asalariados, sino qué sector de la burguesía predomina. Si los industriales monitorean el sistema, el veredicto es auspicioso y si predominan los financistas, el juicio es sombrío.

Este abordaje postula una simplificada contraposición entre neoliberales y neodesarrollistas. Si la economía se estanca, aumenta la pobreza y se expande la desigualdad es por la primacía del primer grupo. Cuando prevalecen tendencias opuestas todos los méritos son asignados a la segunda corriente. El escenario objetivo del capitalismo y el desenlace de las luchas populares que explican ambas coyunturas quedan relegados, frente a esa forzada contraposición binaria.

Con ese criterio cualquier consideración de la correlación de fuerzas se torna arbitraria. Además, se suelen potenciar la adversidad de los escenarios para realzar la necesidad de alianzas con los capitalistas que atemperen la debilidad de los oprimidos. El análisis real de las derrotas o victorias de los movimientos populares queda sometido a un filtro, que dirime cuánto apuntalan u obstruyen esas acciones la gestación del capitalismo progresista.

Con este enfoque las discusiones de la izquierda pierden la brújula. Los elogios al capitalismo socialdesarrollista permiten establecer diálogos con los economistas del sistema que ignoran, rechazan u omiten referencias al socialismo. Pero el intercambio se torna más complejo con los marxistas que cuestionan al capitalismo y apuestan a su erradicación.

La sustitución del programa socialista por convocatorias a una etapa común con la burguesía induce a la adopción de las preocupaciones de las clases dominantes. El cuestionamiento de la explotación es sustituido por impugnaciones del librecomercio y las objeciones al capitalismo como sistema son reemplazadas por críticas a sus modali-

dades financieras, a las ganancias excesivas o a la escasa regulación. La competitividad es aceptada como principio e incluso convertida en la prioridad de toda la sociedad.

La trayectoria de las corrientes socialdemócratas ilustra esta involución. Luego de asumir la necesidad del capitalismo comenzaron a participar en la administración de los lucros que genera este sistema. En la actualidad su mimetización con los representantes de la burguesía es total.

Discutir sin prevenciones

Algunos autores socialdesarrollistas consideran que los debates sobre estrategias socialistas no deben traspasar los límites nacionales. Suponen que cada pueblo construye su propio camino sin contrastarlo con otras experiencias. Por eso objetan cualquier contraposición “dicotómica” entre izquierdas socialdemócratas y radicales. Estiman que cada variante se corresponde con las peculiaridades de su país y convocan a un desarrollo convergente de ambas vertientes (Pomar, 2013a).

Pero la historia de los procesos revolucionarios ilustra todo lo contrario. Estos cursos prosperaron a través de controversias entre fuerzas adversas. Esa diferenciación permitió a los bolcheviques superar a los mencheviques, a Mao romper con Chang Kai Shek y a Fidel Castro desembarazarse de los gusanos.

Ciertamente el momento actual no se equipara con esos períodos, pero rigen los mismos contrapuntos y la misma necesidad de clarificarlos, si se aspira a promover algún rumbo socialista. Este esclarecimiento transita por una diferenciación entre proyectos estratégicos pro y anticapitalistas.

Nadie discute que la transición al socialismo será un proceso prolongado que incluirá complejas disputas entre el plan y el mercado. Pero esa contraposición sólo puede desenvolverse en una sociedad que comenzó la erradicación del capitalismo y no al interior de este sistema.

11. Miradas posdesarrollistas

Diversos exponentes del pensamiento radical han formulado, en los últimos años, críticas contundentes al desarrollismo. Estos cuestionamientos objetan el extractivismo y los modelos de crecimiento a cualquier precio. Destacan especialmente los efectos devastadores de la agroexportación y la minería a cielo abierto que impera en América Latina. Ambas actividades constituyen el pilar de un curso económico regresivo implantado a mitad de los ochenta¹.

Ese patrón de acumulación refuerza la condición dependiente de la región y su inserción periférica (o semiperiférica) en la división internacional del trabajo. Consolida la desposesión de las mayorías populares, refuerza el desempleo y favorece a las empresas que lucran con la precarización del empleo.

La depredación del medio ambiente suscita incontables conflictos sociales. Los adversarios del desarrollismo participan activamente en la resistencia popular contra el saqueo del subsuelo, la desertificación, la extinción de las selvas y la desaparición de los bosques. Aportan detalladas denuncias de las consecuencias de esa demolición.

Las movilizaciones para preservar los recursos naturales originaron gran parte de las movilizaciones populares del último quinquenio. Un tercio de estas acciones estuvieron relacionadas con esa problemática y sólo en el 2012 se computaron 184 confrontaciones de

¹ Ver Gudynas (2009, 2012b, 2013b), Zibechi (2012b), Svampa (2010), Acosta (2009, 2012).

ese tipo en la región. Cinco protestas alcanzaron dimensiones transfronterizas (Svampa, 2013; Bruckmann, 2012).

Las críticas al extractivismo han sido planteadas desde enfoques ideológicos muy variados. Algunos teóricos cuestionan ese atropello con miradas reformistas promoviendo mayores regulaciones del Estado. Otros observan el deterioro del medio ambiente desde perspectivas marxistas, como un efecto de la competencia por beneficios surgidos de la explotación. Un tercer conglomerado de autores postula ideas posdesarrollistas².

Objeciones al desarrollo

El término genérico de posdesarrollo es utilizado por muchos participantes de la batalla contra el extractivismo. Identifican ese concepto con un proyecto alternativo al modelo actual de acumulación a costa de la naturaleza.

Pero, desde principios de los años noventa, esa noción también presenta otra acepción, como cuestionamiento a todas las nociones de desarrollo. Arturo Escobar sintetiza esta visión, postulando una influyente caracterización del escenario latinoamericano.

En sus escritos polemiza con los fundamentos “eurocéntricos” del desarrollo y remarca la atadura de ese concepto al restrictivo universo de las teorías modernas. Estima que los desarrollistas no registran la existencia de otras trayectorias de convivencia humana y propone una “deconstrucción del desarrollo”.

Esa labor permitiría sustituir los razonamientos dependientes del pensamiento occidental por enfoques centrados en la revalorización de las culturas vernáculas. Resalta la inutilidad de las viejas preguntas sobre el subdesarrollo de la periferia y promueve indagar las distintas formas en que Asia, África y América Latina fueron representadas como regiones atrasadas.

Escobar alienta ese viraje analítico mediante un rechazo de las preocupaciones tradicionales por el progreso y el avance de las fuerzas productivas. Considera más provechoso evaluar los discursos y las representaciones que emergen de las resistencias sociales. Convoca a estudiar esas protestas como prácticas del saber y como actos de subversión de los conocimientos.

La mirada de Escobar no retoma los cuestionamientos tradicionales a cierto tipo de desarrollo. Objeta la propia idea de desenvolvimiento

² Una detallada descripción de los distintos enfoques en Seoane, Taddei y Algranati (2013).

económico y social, a partir de una impugnación de las cosmovisiones totalizadoras. Estima que obstruyen la percepción de las diferencias y la clarificación de los problemas.

Para superar estas adversidades considera necesario abandonar el viejo apego a una sola perspectiva analítica. Aboga por la multiplicidad de enfoques y polemiza con el desconocimiento marxista de esa variedad. Estima que la simbiosis de esa teoría con la modernidad le ha quitado capacidad interpretativa y atribuye ese empobrecimiento a la preeminencia asignada a la búsqueda de cierta verdad (Escobar, 2005).

Otros autores aplican un enfoque semejante a la problemática de la dependencia. Afirman que esa noción padece ataduras al proyecto modernista y genera funcionalismo y mecanicismo. Critican el deslumbramiento con las creencias modernizadoras y con las expectativas de progreso ancladas en el devenir de ciertas leyes sociales (Munck 1999).

La realidad del subdesarrollo

Escobar constata el retraso estructural de América Latina pero cuestiona la necesidad de su desarrollo. Esta contradicción deriva de su peculiar caracterización de las carencias socioeconómicas de la región.

Reconoce la diferencia cualitativa que separa a toda la zona de las economías avanzadas, pero sustituye la mirada habitual de esa brecha —como una fractura entre el centro y la periferia— por un contraste entre dos tipos de modernidades. Contrapone la variante plena y dominante de ese modelo en los países centrales, con la forma colonial y subordinada que imperó en la región (Escobar, 2013).

Con ese enfoque enfatiza más las desventuras culturales, políticas e ideológicas de América Latina, que su inserción dependiente en el capitalismo mundial. Relativiza el impacto del subdesarrollo económico y pierde de vista las consecuencias de la exacción de recursos, el vaciamiento de riquezas, las transferencias de valor y la especialización productiva en exportaciones primarias. Esta desposesión determinó una escala de atraso semejante al padecido por otras zonas periféricas del planeta.

Escobar rechaza las convocatorias usuales al desarrollo de América Latina. Considera que esos llamados recrean la “invención del subdesarrollo” que construyeron los colonialistas y repiten los colonizados (Escobar, 2010a).

Pero esa visión conduce a presentar el *status* objetivo del atraso latinoamericano como un simple imaginario, difundido por los poder-

sos y convalidado por los subordinados. Olvida que el subdesarrollo no es una creencia, un mito o un discurso, sino una terrible realidad de hambre, baja escolaridad y pobreza.

Este desconocimiento conduce a evadir el grave problema que afronta una región relegada. Durante siglos los principales intelectuales latinoamericanos constataron ese atraso. No priorizaron la temática del desarrollo por atadura a un relato emanado de Occidente, sino por las duras vivencias experimentadas en todos los países.

Escobar elude este dato. Se limita a evaluar discursos, sin conectar esos enunciados con el drama rector del subdesarrollo. Por eso divorcia la exposición verbal del problema de sus manifestaciones materiales directas, omitiendo las falencias específicas de América Latina.

La región no sólo necesita —como todas las sociedades del planeta— encontrar un camino de desenvolvimiento que preserve el medio ambiente. También debe incrementar la satisfacción general de las necesidades básicas y reducir —con desarrollo— la distancia que la separa de las economías avanzadas. Frenar el desastre ecológico es una meta de primer orden tanto para Haití como para Suiza, pero erradicar el atraso no es tarea común a ambos países.

Escobar denuncia acertadamente las consecuencias destructivas del capitalismo contemporáneo. Pero esa constatación no alcanza para evaluar el impacto diferenciado de ese deterioro en el centro y la periferia del sistema. Tampoco permite deducir los cursos de acción necesarios para remediar esa demolición.

Al igual que el resto de la periferia, América Latina debe combinar las protecciones ambientales con la aceleración del crecimiento. Si el subdesarrollo es visto como un mero relato de la modernidad, no hay forma de encontrar propuestas que sintetizen las salvaguardas ecológicas con la superación del retraso económico.

Insuficiencias del localismo

Escobar prioriza las iniciativas locales y comunitarias. Descrie de los proyectos totalizadores y se inclina por trabajos en ámbitos más restringidos. Su rechazo del desarrollo coincide con el disgusto por las propuestas de gran porte que formulan los Estados nacionales y los organismos regionales.

Su enfoque pondera las experiencias ensayadas en el terreno local por los movimientos sociales y las ONGs. Remarca las ventajas que genera ese plano de intervención, en contraposición a los grandes proyectos que demandan las distintas clases sociales (Escobar, 2005).

Su rescate de la acción comunitaria contribuye a rehabilitar los principios de la solidaridad y la cooperación. Pero los emprendimientos que se encaran con esos valores, sólo conquistan mayor relevancia cuando logran desbordar el ámbito inmediato. Si estas iniciativas no se inscriben en proyectos estratégicos de transformación social, pierden fuerza y consistencia.

La acotada perspectiva localista no permite gestar las iniciativas requeridas para resolver los grandes problemas de la región. Estos temas involucran acciones en vastos terrenos como la energía, las finanzas o la industrialización, que no pueden implementarse sólo a escala local.

La visión comunitaria es afín al viejo utopismo cooperativista. En su formato clásico esa visión promueve la progresiva disolución de las relaciones de explotación, al cabo de una prolongada expansión de empresas autogestionadas.

Ese tipo de emprendimientos permite efectivamente prefigurar un futuro igualitario, pero sólo aporta algunas semillas dispersas de ese porvenir. Un florecimiento significativo de la economía solidaria exige superar las reglas de la rivalidad y del lucro que rigen bajo el capitalismo. La experiencia ha demostrado que una sociedad equitativa no puede construirse en torno a islotes cerrados en los poros del sistema actual. Escobar se distancia explícitamente de los planteos neoludistas y cuestiona las actitudes que romantizan la esfera local. Pero su concepción tiene grandes parentescos con esas utopías. Confirma esa proximidad cuando defiende la centralidad de las experiencias comunitarias, como principal camino de transformación social. Destaca que sólo allí se forjan los universos culturales que permitirían avanzar hacia el empoderamiento político (Escobar, 2005).

Pero omite trazar un balance histórico de esos emprendimientos. Varios siglos de experiencias ilustran la imposibilidad de erradicar el capitalismo a través de una acumulación de ensayos locales. Ninguna de esas modalidades desafió la continuidad actual del sistema de competencia, beneficio y explotación.

En numerosos países se registraron momentos de gran expansión de las comunas agrarias, los *kibutzim*, las cooperativas industriales y las fábricas autogestionadas. Pero en ningún caso se verificó la esperada trayectoria hacia el cambio de sociedad. Este giro puede ser preparado, forjando universos culturales alternativos y ampliando la fuerza política de los oprimidos. Pero requiere una conquista del poder político, que es habitualmente objetada o rehuida por los teóricos del localismo.

La formulación más conocida de esa concepción —postulada por Holloway— convoca explícitamente a soslayar el manejo de la estructura

estatal, para “cambiar el mundo sin tomar el poder”. Considera que esa captura recrearía las desventuras actuales, sustituyendo a un gobernante por otro en la administración del mismo Estado (Holloway, 2002).

Pero la continuidad que denuncia obedece a la preservación de los intereses capitalistas por parte de las elites, que se suceden en el manejo del Estado. Si esas clases y capas privilegiadas son desalojadas del poder y sustituidas por representantes de los oprimidos es posible construir otro Estado y comenzar la construcción de otra sociedad.

Restringir la acción político-social al plano local eludiendo la conquista del gobierno y el manejo del Estado conduce a perpetuar el capitalismo. Un camino opuesto de emancipación exige iniciar una larga transición hacia formas de gestión igualitaristas que permitirían la paulatina extinción de las estructuras estatales actuales.

En horizontes temporales previsibles el localismo no puede reemplazar al Estado, como referente de las demandas populares y como centro de la acción política. Cualquiera sea la multiplicación de contrapoderes alternativos resulta imposible desenvolver una lucha social efectiva ignorando a esa institución. El localismo desconoce ese dato y no formula estrategias poscapitalistas adaptadas a las singularidades de América Latina Katz (2008c).

El barómetro extractivo

La existencia de un amplio abanico de gobiernos progresistas puso a prueba en la última década la consistencia de las tesis localistas. Se crearon escenarios transformadores que desbordaron el radio comunitario. Pero la mayor dificultad se registró con el extractivismo como criterio de evaluación de esas administraciones.

Este último rasgo es compartido por distintos gobiernos latinoamericanos. Es una característica común de administraciones derechistas, centroizquierdistas y radicales. Todos se han amoldado a la reinsertión internacional de la región como abastecedora de insumos básicos. ¿Corresponde por lo tanto situarlos en un casillero compartido de extractivismo?

Algunos partidarios del posdesarrollismo tienden a resaltar esa uniformidad, en sus cuestionamientos frontales a los presidentes que avalan el proyecto primarizador (Dávalos, 2013).

Escobar se inclina por una postura intermedia. Rechaza la opción desarrollista de todas las administraciones, pero declara su simpatía con la propuesta del Buen Vivir que promueve Correa y con las políti-

cas generales que implementan Maduro, Mujica y Kirchner (Escobar, 2013, 2010a).

Esta ambivalencia confirma la dificultad para elaborar respuestas políticas, a partir de razonamientos exclusivamente centrados en la problemática del medio ambiente.

Esa dimensión constituye un importante elemento del contexto regional, pero no determina el perfil adoptado por cada gobierno. Para caracterizar esa fisonomía hay que considerar el sustento social, los intereses de clase y las alianzas geopolíticas privilegiadas por cada administración. Esos factores son más influyentes que la orientación seguida en el manejo de las materias primas.

La simple caracterización de los gobiernos en función de sus afinidades con la agenda extractivista genera múltiples inconsistencias. La centralidad común que tienen las exportaciones básicas no torna equivalentes a los presidentes neoliberales de Perú o México, neodesarrollistas de Argentina, radicales de Bolivia o Venezuela y revolucionarios de Cuba.

Los sistemas político-económicos que impusieron los derechistas Uribe y Santos se ubican en las antípodas del reformismo radical que han liderado Chávez y Maduro, a pesar de la incidencia semejante que tiene la extracción de combustible en Colombia y Venezuela. El contrapunto es mucho más drástico entre Alan García y Ollanta Humala con Fidel y Raúl Castro, a pesar de la relevancia común de ciertas actividades mineras en Perú (oro) y Cuba (níquel).

Las categorías de neoliberalismo o neodesarrollismo se refieren a orientaciones económico-políticas mucho más abarcadoras que la gravitación alcanzada por el petróleo o los distintos metales en cada país.

En nuestras caracterizaciones de los gobiernos derechistas, centroizquierdistas y radicales hemos asignando primacía analítica a las relaciones con las clases dominantes, el imperialismo y las masas populares. Este criterio permite entender por qué razón Chávez y Evo han sido mandatarios contrapuestos a Piñera y Uribe, a pesar de ejecutar orientaciones parcialmente semejantes en el manejo del petróleo o la minería (Katz, 2008c).

El barómetro extractivo dificulta ese esclarecimiento. No brinda elementos para distinguir las posturas de derecha, centro e izquierda o las conductas de elitismo, populismo y movilización antiimperialista.

Nuestro enfoque se apoya en fundamentos marxistas para interpretar las tendencias de cada gobierno. Con esa mirada evaluamos no sólo la preeminencia de métodos extractivistas para la explotación de los

recursos naturales, sino también el destino asignado al excedente obtenido en esas actividades.

Variedad de gobiernos

El generalizado extractivismo que impera en América Latina apunta en cada país propósitos específicos. Las administraciones neoliberales convalidan la tajada obtenida por los bancos, las empresas transnacionales y los capitalistas locales de la agro-minería. Los mandatarios neodesarrollistas equilibran ese destino con subvenciones a la burguesía industrial e inversiones en el mercado interno. Los gobiernos nacionalistas radicales restringen esos beneficios, para intentar mejoras sociales con políticas de redistribución del ingreso.

Entre los neoliberales la explotación de los recursos naturales está plenamente amoldada al librecomercio, la desregulación financiera y las privatizaciones. Cualquier resistencia popular a la depredación del medio ambiente es respondida con brutalidad policíaco-militar.

Perú ofrece el retrato más contundente de esa reacción. El mega-proyecto minero de Conga en Cajamarca genera desde 1993 una gran destrucción de la naturaleza que enriquece a los concesionarios del emprendimiento aurífero más grande de Sudamérica. Los campesinos se han movilizado contra una explotación a cielo abierto que destruye la provisión de agua. Libran una encarnizada batalla contra el proyecto de ampliar la mina. Esa extensión aniquilaría cuatro lagunas y dejaría un pálido reservorio artificial, manejado por empresas que obtendrían us\$ 15 mil millones de utilidades.

Al cabo de veinte años de saqueo del subsuelo, la explotación de Conga no ha generado ningún beneficio social. El 53 % de los habitantes de la región subsiste en condiciones de pobreza. La lucha contra ese atropello ya dejó varios muertos. El líder de la resistencia se encuentra actualmente apresado, a pesar del enorme caudal de votos que recibió en su presentación para cargos electivos (Noriega, 2014; Gudynas, 2012a).

En el modelo neodesarrollista ensayado en Argentina, el extractivismo se concentra en la soja. La expansión de ese cultivo se consume podando bosques, fumigando superficies, desplazando la ganadería y destruyendo la agricultura diversificada.

El intento oficial de incrementar la apropiación estatal de la renta sojera —mediante mayores impuestos— provocó un gran conflicto con el agronegocio en el 2008. El gobierno perdió esa batalla y también la fuente de recursos para su intento de reindustrialización. Por esta

razón, una vez agotada la recuperación post 2001, se apagaron los motores del desarrollo.

Ese fracaso coincidió, además, con el afianzamiento de políticas destructivas del medio ambiente en el terreno de la minería y el petróleo. Pero es importante registrar la fallida pretensión industrial-neodesarrollista del modelo argentino, para comprender sus significativas diferencias con el esquema neoliberal peruano.

Esta misma distinción podría extenderse a Ecuador, que implementa un curso más parecido a la Argentina que a Perú. Su versión neodesarrollista no apunta a recrear el peso de la industria, pero sí a estabilizar un proceso de acumulación capitalista.

A diferencia de Argentina la problemática del medio ambiente ha sido central bajo el gobierno de Correa. Un gran conflicto persiste con los movimientos sociales en torno al manejo de los recursos naturales. Esa confrontación se ha dirimido a partir de la decisión oficial de extraer el petróleo del Parque Nacional de Yasuní, que concentra un ambiente de extraordinaria biodiversidad.

La intención inicial de preservar esa riqueza bajo tierra con proyectos internacionales de protección ambiental quedó atrás. El gobierno confronta con todos los opositores a la extracción del crudo, combinando lenguaje autoritario con argumentos conservadores³.

La severidad de estos mensajes retrata la decisión oficial de utilizar los recursos petroleros para reforzar la estabilización del modelo capitalista. Intenta consolidar ese esquema con mayor eficiencia estatal y asistencia social. La reducción de la pobreza, las mejoras en la infraestructura, el perfeccionamiento del sistema impositivo pretenden cimentar un modelo que incluye acuerdos de librecomercio con la Unión Europea y financiamiento internacional con monitoreo del FMI (Borja, 2014).

Frente al esquema neoliberal y su contraparte neodesarrollista, existe una tercera orientación más redistributiva. Venezuela implementa ese esquema utilizando el petróleo para financiar las misiones, incrementar el consumo y reducir la desigualdad social.

El contraste de estas políticas con los gobiernos precedentes (copeyanos y adecos) es mayúsculo, a pesar de la continuidad que se verifica en la preeminencia de la petroeconomía. El chavismo también ha realizado un intento diversificación productiva que no prosperó por la respuesta desinversora de los capitalistas y por los límites del gobierno para confrontar con ese rechazo.

³ Ver Sousa Santos (2014), Acosta (2012), Cuví (2013), Stefanoni (2014b).

Un modelo semejante de recuperación estatal prioritaria de la renta de los hidrocarburos para solventar mejoras sociales se ha implementado en Bolivia. En este caso el esquema se estabilizó, sin remover la estructura improductiva y el elevado subdesarrollo del país.

El predominio de inversiones en sectores primarios en el Altiplano es tan visible como los compromisos suscritos con grandes empresas transnacionales. Pero el criterio de evaluación puramente extractivista no esclarece por qué razón el esquema político, económico y social de Bolivia y Venezuela difiere del curso imperante en otros países.

Industrialización y ecosocialismo

La evaluación del escenario regional con parámetros exclusivamente centrados en el medio ambiente impide registrar las prioridades de industrialización. Este objetivo exige ante todo descartar las estrategias de protección de la naturaleza basadas en la reducción del crecimiento. Todos los países necesitan con urgencia intensificar el ritmo de su expansión productiva.

Esa aceleración requiere utilizar parte de los recursos naturales en proyectos de exportación que permitan financiar ese desenvolvimiento. La discusión con el neodesarrollismo debe girar en torno a los protagonistas y sistemas sociales que permitirían alcanzar ese objetivo.

Muchos autores posdesarrollistas olvidan esa prioridad en sus críticas a la “ideología productivista de la izquierda”. Esos cuestionamientos deberían ser planteados con mayor cuidado.

Ciertamente existió una tradición soviética de industrialismo taylorista que desconocía los efectos contaminantes del crecimiento intensivo. Pero ese modelo fue anterior al actual reconocimiento del deterioro ambiental y no estuvo motivado por el apetito de la ganancia o la presión competitiva. Esta diferencia cualitativa con el modelo capitalista no es un dato menor. Tampoco es secundario el antecedente que ofrece esa experiencia para los procesos acelerados de industrialización que podrían implementar los países periféricos.

América Latina necesita gestar un modelo productivo para superar sus carencias económico-sociales. Reconoce esta urgencia industrial no implica avalar el extractivismo. Sólo induce a conciliar las políticas de sustentabilidad ambiental con las estrategias de desarrollo. Se debe compatibilizar la protección de la naturaleza con la creación de empleo y con la generación de las divisas requeridas para sostener un modelo de crecimiento.

Para implementar ese esquema hay que establecer distinciones en las formas de procesar los recursos naturales. En este terreno son esclarecedoras las investigaciones de varios autores que han establecido diferencias entre la minería y el extractivismo. Demuestran que dinamitar montañas a cielo abierto o contaminar las napas con cianuro, no es la única forma de obtener minerales (Gudynas, 2013a).

Las principales controversias aparecen frente a las concepciones más extremas que ignoran la imperiosa necesidad de la industrialización. Partiendo de ese desconocimiento se limitan a promover iniciativas de economía comunitaria y cuestionan las políticas de desarrollo centralizado y protagonismo de empresas estatizadas.

Estas visiones suelen recaer en imaginarios “Eldoradistas” de endiosamiento de la naturaleza y mistificación del mundo rural. Exaltan la agricultura tradicional y olvidan que cualquier práctica económica necesariamente afecta al medio ambiente.

Estos enfoques ignoran, además, la existencia de alternativas progresistas de crecimiento selectivo, basadas en jerarquizar la producción de los bienes sociales en desmedro de las mercancías prescindibles. Una discriminación de ese tipo permitiría, por ejemplo, sustituir paulatinamente los combustibles no renovables por la energía solar.

Ese viraje podría comenzar reduciendo la fabricación de los productos dañinos y acotando el dispendioso consumismo privado. El puntapié de ese giro podría ser el progresivo reemplazo del automóvil individual por formas de transporte colectivo.

Estas propuestas se inscriben en los enfoques que ha elaborado el ecosocialismo. Varios autores marxistas promueven esa visión, en contraposición a la destrucción capitalista de la naturaleza y a las ingenuas respuestas localistas a esa demolición.

El ecosocialismo ha demostrado cómo podría conciliarse la protección ambiental con el desarrollo, redefiniendo el significado de los bienes, diferenciando los productos necesarios de los superfluos y creando sistemas de información que reemplacen a la publicidad.

Esas iniciativas se enmarcan en una perspectiva de control social de los recursos y selección popular de alternativas de producción y consumo. Suponen avanzar en el establecimiento de formas de planificación democrática a escala global, a medida que madura un horizonte socialista (Lowy, 2009a, 2009b; Tanuro 2014).

Con esta visión anticapitalista resulta posible superar la estéril oposición entre extractivismo y pachamamismo. El ecosocialismo

permite resolver esa tensión, combinando propuestas poscapitalistas de expansión productiva, igualdad social y Buen Vivir (Boron, 2013d).

El parentesco posmoderno

Las tesis localistas y naturalistas que cuestionan la idea de desarrollo, no postulan el reemplazo de esa noción por algún principio equivalente. Como descreen de las totalidades, las comparaciones y los propósitos históricos rechazan la utilidad de los conceptos rectores.

Pero prescindiendo de nociones orientadoras resulta imposible esclarecer los problemas en debate. Esos fundamentos permiten ordenar el análisis y superar la espontánea percepción de la realidad circundante como un caos incomprensible. Para definir los significados, implicancias y consecuencias del extractivismo hay que adoptar algún patrón analítico y explicitar algún objetivo general.

Lo mismo ocurre con la objetada comparación. Si se declara la inutilidad de ese instrumento para clarificar las controversias, no se entiende cómo podría avanzar la comprensión de los problemas. Su explicación está muy ligada al contraste con procesos semejantes o contrapuestos.

En todas las discusiones del pensamiento social latinoamericano siempre se ha reconocido la gravitación de ciertas metas (como el desarrollo) y la existencia de ciertos impedimentos para alcanzarlas (como la dependencia). Al desconocer estos parámetros, no hay forma de saber cuáles son los obstáculos para alcanzar los objetivos en debate.

Escobar cuestiona estos principios pero curiosamente los utiliza en sus propias reflexiones, cuando incluye nítidas metas de protección del medio ambiente y lucha contra el extractivismo. ¿Estos objetivos no constituyen propósitos, insertos en totalidades con pretensiones históricas? ¿El equilibrio ecológico no implica cierta finalidad? Es evidente que en la defensa de esos proyectos se esgrimen argumentos en base a comparaciones. Escobar no puede sustraerse al uso de los instrumentos que objeta y en los hechos rechaza ciertas metas (como el desarrollo), pero acepta otras (como el equilibrio ambiental).

Por esa razón su crítica conjunta al liberalismo y al marxismo es inconsistente. Señala que ambas corrientes propugnan ciertos propósitos de largo plazo, cuando todas las escuelas de pensamiento (incluyendo la suya) aceptan esas finalidades. Lo importante no es el reconocimiento común de ciertos proyectos generales, sino la visión que cada escuela tiene de esos programas. Liberales y marxistas ha-

blan del desarrollo, pero desde ópticas y propuestas diametralmente opuestas.

Tampoco es cierta la objetada coincidencia de ambas escuelas en torno al mismo ideal moderno de progreso. Polemizan entre sí porque reconocen la existencia del objeto en disputa, pero una teoría postula la defensa acérrima del capitalismo y la otra cuestiona con la misma intensidad a ese sistema.

Escobar intenta colocarse por encima de esas controversias y resalta la inutilidad de ese debate, suponiendo que ofrece otros parámetros para abordarla. Pero no logra sostener esa prescindencia y en los hechos reflexiona en torno al mismo problema.

En sus trabajos cuestiona el apego de liberales y marxistas a nociones totalizadoras y centrales. Pero ignora que el uso de ciertos criterios no está determinado por ataduras a un pensamiento esencialista, sino por la simple definición de prioridades.

Ese tipo de orden es establecido por todos los analistas para definir la importancia de los temas que abordan. Todos recurren a ciertas propiedades, principios o puntos de vista para indagar algún fenómeno, puesto que el desconocimiento de esos pilares impide esa comprensión.

Nadie le atribuye a esos fundamentos un don mágico de clarificación, ni supone que todos los interrogantes pueden ser respondidos con referencias al desarrollo, el progreso o la modernidad. Solamente se acepta la necesidad de puntos de partida, metas y categorías centrales para dilucidar el contenido de los temas en discusión.

Resaltar la importancia del desarrollo no implica adoptar posturas teleológicas, imaginar objetivos inexorables, promover metas extemporáneas o soñar con faros que guíen el desenvolvimiento histórico. El problema es más sencillo y se reduce a dirimir si existen ciertos propósitos (como el desarrollo) que tienen validez y merecen ser alcanzados. Si la respuesta es positiva también debe clarificarse cuáles son las condiciones históricas que favorecen u obstruyen la obtención de esas metas⁴.

Sin este abordaje resulta muy difícil entender cuál es la lógica de los acontecimientos. Los escenarios sujetos a explicaciones quedan sustituidos por algún universo de fuerzas inmanejables y derivaciones azarosas.

En ese contexto no se sabe cómo podrían los individuos y las clases sociales imprimir cierta dirección al devenir de la vida humana. No

⁴ Ver Eagleton (1997b) Harvey (1998).

habría forma de actuar, ni posibilidades de alcanzar las metas de preservación del medio ambiente que ambiciona el posdesarrollismo.

Estas deficiencias son muy corrientes en todas las visiones posmodernas. Escobar recae en una modalidad de esa perspectiva. Con su enfoque se pueden ensayar descripciones, pero no valoraciones del controvertido problema del desarrollo. Abre un campo para detallados retratos de esos procesos, pero no brinda pistas para desentrañar la dinámica de esos cursos. Su mirada impide evaluar si los modelos en discusión son mejores, peores, viables, imposibles, igualitarios o elitistas.

Ese enfoque elude, además, una caracterización precisa del capitalismo, que es la principal noción en juego para comprender los problemas del desarrollo. Cuando este concepto es situado en un plano semejante a la modernidad, las críticas al neodesarrollismo y las defensas del medio ambiente pierden consistencia.

La exorbitancia del discurso

Escobar fundamenta su visión en una crítica metodológica al sustento materialista de los abordajes marxistas. Cuestiona la pretensión de indagar el subdesarrollo latinoamericano, cuando sólo correspondería estudiar cómo fueron concebidos los discursos del desenvolvimiento de esa región.

En sus escritos subraya la importancia de analizar esas retóricas, en contraposición a los estudios centrados en modos de producción y estructuras sociales. Considera que esta última mirada afronta las mismas adversidades epistemológicas que el paradigma liberal-positivista, focalizado en evaluar mercados y comportamientos individuales (Escobar, 2005).

Pero el enfoque que propone conduce a una restrictiva evaluación de discursos afines a las distintas teorías en disputa. No permite indagar los procesos que subyacen en esas contraposiciones. Como supone que ese análisis es imposible o inútil se limita a investigar las formas que presentan las distintas exposiciones sobre el desarrollo.

Con esa mirada todos los cuestionamientos al neoliberalismo o al neodesarrollismo se reducen a objetar la formulación que adopta una u otra ideología. Se registran divergencias retóricas sin evaluar el contenido social de los programas en conflicto.

Escobar ignora que los problemas del desarrollo involucran algo más que relatos. Esas presentaciones constituyen sólo una dimensión de procesos objetivos impulsados, cuestionados o resistidos por

distintas clases sociales, en función de intereses materiales divergentes.

Los sujetos que intervienen colectivamente en estos procesos no adoptan puntos de vista comunes por simple afinidad de discursos. Se agrupan para defender intereses compartidos. Estas coincidencias determinan visiones conservadoras, progresistas o revolucionarias del desarrollo.

El marxismo busca clarificar de qué forma esos enfoques benefician o perjudican a las distintas clases sociales. Evalúa las teorías en debate observando esas ventajas e inconveniencias. Indaga, por ejemplo, cuáles son los nexos de cada visión neoliberal o neodesarrollista con el agronegocio, los financistas o los industriales.

También extiende ese enfoque a caracterizaciones de la dependencia, observando la primacía de intereses exportadores, bancarios o fabriles. Con ese criterio el análisis de los textos no se limita al relato en sí mismo, sino que estudia las relaciones sociales predominantes en cada contexto. De esa forma evita oscurecer la comprensión de los fenómenos con simples juegos de lenguaje.

En oposición a este abordaje Escobar postula una visión posestructuralista, centrada en el análisis de los sentidos y la significación. Considera conveniente situar todo el estudio del desarrollo en este plano de representaciones y discursos (Escobar, 2005).

Pero con esa mirada le asigna al lenguaje funciones que desbordan su esfera de acción. Extiende los principios de esa disciplina a todos los campos del saber, colocando a esos parámetros en un lugar ordenador del análisis social.

Por ese camino recae en la exorbitancia del lenguaje y en la extrapolación de conceptos de la lingüística a esferas ajenas a su ámbito. Olvida que el lenguaje no es un modelo apropiado para estudiar otras variedades de prácticas humanas. Presenta un bajo coeficiente de movilidad histórica, no está sujeto a restricciones materiales y se desenvuelve con ilimitadas posibilidades de inventiva (Anderson, 1983).

El enfoque de Escobar recrea las dificultades del textualismo que evalúa los relatos por sí mismos, sin registrar las pautas que ofrece para comprender la realidad. Al suponer que el discurso pavimenta su propio terreno de interpretación en función de otros significados, transforma a múltiples disciplinas (economía, política, sociología, historia) en subgéneros de la literatura.

Las concepciones que instalan el imperio del discurso suponiendo que nada existe fuera del texto, adoptan una modalidad contemporá-

nea de idealismo. Imaginan al mundo como una construcción retórica. Las estructuras económicas o políticas que condicionan el devenir de la sociedad son ignoradas y desaparece la posibilidad de interpretar los procesos sociales. Las explicaciones se diluyen en una concatenación de significantes surgidos de la absolutización del lenguaje (Callinicos, 1999; Cinatti, 2003).

Rebeldías y conocimientos

Las miradas que observan al desarrollo como una lectura tienden a eludir juicios sobre esos procesos. La evaluación de los aciertos y los desaciertos queda suspendida y ya no interesa dilucidar cuales son los comportamientos apropiados y las decisiones correctas para los intereses en disputa. Esta postura es coherente con el rechazo a la búsqueda de la verdad.

Escobar cuestiona ese objetivo remarcando la inutilidad de proveer una caracterización más precisa de lo real. Resalta la ingenuidad de ese propósito y su dependencia de miradas eurocéntricas, empeñadas en descubrir verdades lógicas como único árbitro del conocimiento. Propone, en cambio, trabajar en las preguntas y las hipótesis, para evitar los conceptos únicos y la subjetividad jerarquizante de la izquierda (Escobar, 2005; 2010b).

Pero con ese enfoque atenúa la centralidad de la verdad y la gravitación de la racionalidad para comprender los fenómenos. Desconoce las premisas requeridas para entender la dinámica del desarrollo. Omitiendo la distinción entre lo falso y lo verdadero no hay forma de encarar esa indagación.

La objetada búsqueda de la verdad es un impulso insustituible, para clarificar los procesos históricos que conducen al desarrollo (o su opuesto de subdesarrollo) y a la dependencia (o su contraparte de autonomía).

Al desechar ese objetivo se abandona el estudio de las causas, los determinantes y los resultados de los procesos sociales. La secuencia de acontecimientos que condujo al atraso latinoamericano queda convertida una sucesión de accidentes fortuitos. El análisis de los hechos se diluye en el reino de la contingencia y el azar sustituye al registro de las condiciones, límites y posibilidades del desenvolvimiento histórico (Wood, 1986).

Este abandono posestructuralista de la clarificación histórica explica la gravitación asignada a la clasificación en desmedro de la interpretación. La aversión a la indagación racional también suscita una

creciente tentación a equiparar la comprensión provista por la ciencia con las intuiciones aportadas por cualquier modalidad del saber.

El enfoque de Escobar incurre en estos problemas conceptuales. Estos desaciertos no anulan el aporte de su trabajo. Es un crítico del capitalismo que actúa junto a los movimientos sociales y las comunidades. Sus escritos incluyen acertadas denuncias de la exclusión, la represión y la crueldad que impone la opresión imperial del Tercer Mundo.

Ese posicionamiento lo ubica en el campo de los rebeldes que bregan por la igualdad social. Para alcanzar ese objetivo es necesario afinar las caracterizaciones, las teorías y las propuestas.

IV

SOCIALISMO

12. Imaginarios socialistas

El socialismo reapareció en América Latina durante la última década en cuatro proyectos de futuro. En Venezuela adoptó un enunciado centenario (“socialismo del siglo XXI”); en Bolivia, un perfil singular (“socialismo comunitario”); en Cuba, una impronta actualizadora (renovación socialista); y, en el ALBA, una formulación continental (socialismo latinoamericano). En todos los casos, el horizonte de largo plazo ha sido combinado con propuestas nacionales (o regionales) inmediatas.

Pero ¿qué significa “socialismo”? ¿Cuál es el balance de sus experiencias? ¿Cómo se replantea en estos momentos?

Sentido y propósitos

El socialismo se convirtió en un gran movimiento popular a fines del siglo XIX, cuando encarnó un viejo anhelo de emancipación social. Recogió la vieja aspiración de los oprimidos de construir una sociedad de igualdad y justicia.

Los partidarios consecuentes de ese ideal confrontaron abiertamente con el capitalismo y adoptaron un perfil revolucionario al comprender que este sistema no puede ser reformado ni humanizado. El socialismo se define por oposición al capitalismo: es la antítesis de un régimen que funciona acrecentando los sufrimientos populares, las tensiones bélicas y la destrucción del medio ambiente.

El proyecto socialista apunta a gestar una sociedad sin opresores ni oprimidos. Esa meta es incompatible con la explotación actual que sufren los trabajadores. En cambio, aspira a revertir la desigualdad que recrea un sistema asentado en la competencia para incrementar el lucro. Postula erradicar progresivamente una rivalidad que socava la convivencia humana, desatando dramáticos choques entre distintos grupos de la sociedad.

El socialismo no se limita a pregonar un genérico ideal poscapitalista, ni postula mayor atención a la dimensión social de las relaciones humanas. Propone una modalidad específica de sociedad alternativa, basada en regímenes económicos de mayor expansión de la propiedad pública y sistemas políticos de creciente auto administración popular. Pero, al cabo de un siglo, perdura la discusión sobre las formas concretas que asumiría este esquema.

Marx percibió un anticipo de esa estructura en la Comuna de París: supuso que emergería en Europa y se expandiría posteriormente al resto del mundo. Pero la victoria bolchevique de 1917 inauguró otro rumbo. Una sucesión de revoluciones triunfantes en China, Cuba y Vietnam determinó el debut de la construcción socialista en los países periféricos¹.

Este escenario aterrorizó a las clases dominantes de todo el mundo, que debieron otorgar concesiones sociales inéditas. El Estado de bienestar, la gratuidad de ciertos servicios básicos, el objetivo del pleno empleo y el aumento del consumo popular eran mejoras impensables en la época de Marx o Lenin, pero fueron aceptadas por los opresores. En el contexto de recuperación económica de posguerra, esas conquistas aparecieron como consecuencia directa del temor al comunismo que invadió a los capitalistas.

Los grandes avances de posguerra no contuvieron el ímpetu de la izquierda. En los años setenta y ochenta, los emblemas del socialismo eran tan populares que resultaba imposible computar cuántos partidos y movimientos reivindicaban esa denominación. Un número significativo de esas corrientes se proclamaba también revolucionaria, para evitar cualquier confusión con los defensores socialdemócratas del *statu quo*.

Objeciones y comparaciones

La masiva adhesión al proyecto de emancipación comenzó a trastabillar con el levantamiento en Hungría, las tensiones chino-soviéticas, la rebelión de Solidaridad en Polonia y el cuestionamiento de los regímenes antidemocráticos vigentes en el denominado “bloque socialista”.

¹ Dos caracterizaciones de ese proceso pueden encontrarse en Bensaid (2003) y Anderson (2002).

Hubo intentos de renovación durante la llamada “Primavera checoslovaca” (1968), que fueron sofocados por las burocracias gobernantes. Las propuestas de rehabilitación del socialismo que afloraron en ese período se extinguieron en medio del desencanto.

El derrumbe de la Unión Soviética y el consiguiente afianzamiento del neoliberalismo marcaron un giro radical en todos los intentos por forjar una sociedad poscapitalista. Desde los años noventa, las clases dominantes perdieron el miedo al socialismo y comenzaron a restaurar los mecanismos clásicos de su opresión mediante la flexibilización laboral, la masificación del desempleo y el ensanchamiento de las brechas sociales.

Los viejos argumentos antisocialistas de endiosamiento del mercado, glorificación de la competitividad y justificación de la precariedad laboral recobraron primacía. Volvió a imperar la impugnación del proyecto igualitario, a partir de supuestos antropológicos que presentan a la desigualdad como un dato inevitable, a la propiedad como una institución invulnerable y al mercado como un pilar intocable de cualquier sociedad humana.

Con esos fundamentos se justifica al capitalismo, ocultando que este sistema favorece a los acaudalados y afecta a todos los oprimidos. Con los inconsistentes mitos de la mano invisible y la soberanía del consumidor, se ha propagado una ideología que naturaliza el desempleo, reivindica el egoísmo y legitima la explotación.

Ese pensamiento retoma la presentación del socialismo que planteó Hayek, como un sistema que anula el funcionamiento natural de la economía. Sus seguidores afirman que este descalabro irrumpe con la introducción de la planificación en desmedro del mercado, la expansión de empresas públicas afectando la competencia y la aparición de estímulos morales a costa del lucro (Pellicani, 1990).

Esta misma visión fue asimilada en las últimas décadas por todos los socialdemócratas, que se adaptaron al neoliberalismo y difunden mensajes apologeticos de la globalización.

La severa crisis que estalló en el año 2008 en las economías capitalistas centrales ha perturbado ese escenario ideológico. Los gigantescos desórdenes financieros, comerciales y productivos que generaron los gobiernos neoliberales superan con creces todo lo objetado al socialismo. El socorro concedido a los banqueros con fondos públicos ha implicado costosos gastos del Estado, sin ninguno de los beneficios que introduciría el socialismo.

La convulsión bancaria internacional puso de relieve la inconsistencia de los argumentos derechistas contra el “socialismo estatista”. Los

objectores del intervencionismo han recurrido a una gran injerencia en la economía, con propósitos opuestos al proyecto igualitario. Para rescatar a los banqueros, aumentaron la injerencia económica discrecional del Estado, olvidando todas sus críticas a la obstrucción mercantil. Los cuestionamientos neoclásicos al socialismo han perdido consistencia a la luz de ese auxilio a los financistas con recursos del Tesoro.

La crisis en curso también socava las objeciones que formulan los economistas heterodoxos al socialismo. Éstos contraponen las desventajas de este sistema con los méritos del capitalismo regulado y afirman que este modelo supera el descontrol neoliberal, sin padecer el estancamiento que generaría el igualitarismo (Bresser Pereira, 2012).

Pero este contraste choca en la actualidad con la creciente disolución de las diferencias que separan a los esquemas controlados y desregulados de capitalismo. Basta observar la enorme aproximación de la política económica alemana con su contraparte norteamericana para notar esas convergencias.

Los tradicionales exponentes del modelo social intervencionista se han convertido en fanáticos neoliberales, que implementan políticas deflacionarias de mayor ajuste. La crisis ha reforzado la confluencia entre esos dos esquemas, confirmando que están sujetos a las mismas contradicciones. Si se opta por uno de esos caminos, se terminan aplicando las recetas propiciadas por el otro.

La crítica al socialismo inspirada en las virtudes del capitalismo regulado elude reconocer esas tendencias contemporáneas. Si fuera tan sencillo optar por ese curso (en contraposición a las variantes neoliberales), el esquema heterodoxo ganaría espacio. Pero, en los hechos, pierde posiciones ante la dinámica competitiva que gobierna a todas las modalidades del capitalismo. Este sistema tiende a imponer la primacía de la vertiente más rentable y no el curso socialmente óptimo (Husson, 2008).

Algunos cuestionamientos más benévolos del socialismo suelen destacar que este proyecto incluye principios morales atractivos, pero inaplicables. Pondera sus intenciones, pero cuestiona su viabilidad. Ejemplifica esta inoperancia con el fracaso de la competencia económica que intentó la Unión Soviética frente a Estados Unidos.

Esa comparación olvida que Rusia era una economía semiperiférica en acelerado desarrollo que soportaba el sistemático hostigamiento de la principal potencia del planeta. Los dos países nunca estuvieron situados en el mismo plano.

La Guerra Fría provocó la distorsionada presentación de Estados Unidos y la Unión Soviética como competidores equivalentes. Esta contraposición fue iniciada por la diplomacia norteamericana (“no podrán alcanzarnos”) y aceptada por los gobernantes rusos (“en poco tiempo los alcanzaremos”). En esta pugna, quedó diluida la diferencia cualitativa que separaba a dos economías ubicadas en lugares muy distintos del ranking global.

Los integrantes del denominado bloque socialista no lograron consumir el *catch up* con las economías centrales, pero superaron ampliamente a sus equivalentes. Si se toma este último contraste, la balanza se inclinaba en los años cincuenta o sesenta a favor de los sistemas no capitalistas, tanto en las tasas de crecimiento como en los índices de desarrollo humano (Li y Piovani, 2011).

Rusia estaba mejor que Turquía, China avanzaba más que la India y Europa del Este no padecía las desgracias de América Latina. Los resultados de estas comparaciones eran contundentes no sólo en el *PBI per cápita*, sino especialmente en la calidad de vida. Las diferencias eran particularmente abrumadoras en los terrenos de la salud (expectativa de vida) y la educación (niveles de alfabetización y escolaridad) (Navarro, 2014).

Significado y balance

El desplome de la Unión Soviética y sus socios de Europa del Este no obedeció sólo a problemas económicos, sino que fue consecuencia de procesos políticos. Los gobernantes de esos regímenes no apostaban a un desarrollo comunista de la sociedad, sino a su propia conversión en burgueses. Envidiaban el confort de los millonarios de Occidente e idealizaban el estilo de vida norteamericano. Cuando encontraron la oportunidad para reconvertirse en capitalistas, abandonaron el incómodo maquillaje socialista.

La mayoría de la población continuaba prefiriendo las mejoras sociales alcanzadas, pero se mantuvo inactiva y toleró el viraje hacia el capitalismo. Esta actitud coronó décadas de inmovilidad y despolitizaron ciudadana, impuesta por censuras y prohibiciones que generalizaron la apatía popular. Por esta razón, nadie defendió las conquistas sociales del viejo sistema cuando esos regímenes se autodestruyeron.

El aplastamiento burocrático de la actividad popular fue la principal causa de la restauración capitalista, mientras que los problemas económicos ocuparon un lugar secundario. Ciertamente, el sistema cargaba con graves lastres de improductividad, desabastecimiento y

escasa variedad de consumos. Pero no arrastraba ninguno de los dramas del desempleo, el endeudamiento personal o la explotación que agobian a los trabajadores de Occidente.

La implosión de la Unión Soviética tuvo un enorme impacto sobre el escenario internacional y la conciencia política de los trabajadores. Constituyó el principal acontecimiento de las últimas décadas e indujo a algunos historiadores a caracterizar acertadamente la centuria pasada como un “siglo corto”, fechado por el surgimiento y desaparición de ese sistema entre los años 1917 y 1989 (Hobsbawm, 1998).

Esa conceptualización del siglo xx es más adecuada que la mirada de una “centuria larga” propuesta por otros analistas. Esta otra visión adopta el auge y declinación de Estados Unidos como principal referencia para conceptualizar un proceso gestado a fines del siglo xix y concluido en las primeras décadas del siglo xxi (Wallerstein, 1992; Aguirre Rojas, 2007).

Al asignarle mayor gravitación a la pujanza y declive de la potencia hegemónica que a la existencia de la Unión Soviética, se pierde de vista la trascendencia histórica de la Revolución Rusa. El mismo problema se verifica cuando se atribuye mayor incidencia en la lucha popular al proceso de descolonización que a la batalla por metas socialistas.

La experiencia legada por el primer ensayo de gestión estatal no capitalista en gran escala ha sido enorme. Aporta un cimientito para las futuras batallas por objetivos anticapitalistas. Este proceso necesariamente incluirá fracasos, que deberán ser revisados sin sepultar lo realizado. No es muy fructífero suponer que en el futuro los proyectos de emancipación empezarán desde cero, sin retomar las enseñanzas del pasado.

Comprender por qué razón se desplomó la Unión Soviética es condición para rehabilitar el proyecto socialista. Esa evaluación exige reconocer la naturaleza no capitalista que tuvo este ensayo durante un prolongado período. También requiere registrar cómo los ideales socialistas se disiparon con la estabilización de una burocracia, hostil al igualitarismo y a la democracia.

Existen variados enfoques para caracterizar qué fue exactamente la Unión Soviética. ¿Era “comunista”, “socialista”, “un capitalismo de Estado”, “un Estado obrero burocratizado”, “una formación burocrática”? Revisamos ese problema en nuestro libro sobre el tema, pero la principal discusión no gira en torno a cuál fue la naturaleza exacta de ese sistema. Existe un amplio campo de situaciones intermedias entre las distintas posiciones en debate (Katz, 2006a).

El debate más importante está referido a la validez de ese intento de construcción socialista (frustrado por Stalin, Kruschev o Gorbachov). Esa legitimidad se plantea en polémica con quienes interpretan que esa empresa nunca debió ensayarse o que fue irrelevante, ante la simple continuidad del capitalismo bajo un disfraz de socialismo.

Estos cuestionamientos no se limitan sólo a los autores neoliberales o keynesianos hostiles al objetivo del socialismo. También incluye a pensadores que en su etapa de izquierda objetaban la sensatez del intento anticapitalista en un país económicamente retrasado como era Rusia. Partiendo del acertado precepto que el socialismo sólo podrá realizarse a escala global, suponían que esa construcción nunca debió comenzar en un país subdesarrollado (Sebreli, 1975).

Esa visión retomaba la vieja idea socialdemócrata de imaginar al socialismo como un proceso evolutivo, que comenzará en las economías más avanzadas y se propagará paulatinamente al resto del mundo. De hecho, suponía un extraño debut socialista desde economías opulentas que irradiaría luego al conjunto del planeta.

En todas estas controversias, es importante distinguir el debut de la conclusión del proceso transformador. Que la construcción socialista resulte imposible en un solo país o región, no invalida su inicio en donde ese cambio sea necesario. Una transformación poscapitalista exigirá muchas generaciones y deberá experimentarse en distintos lugares (Amin, 1988).

Esta discusión remite a viejas controversias sobre la viabilidad del socialismo en la periferia. La respuesta negativa solía subrayar la ausencia de condiciones materiales para esa gestación, omitiendo que el problema se planteó en esas regiones por el carácter más acentuado de la crisis capitalista. Es un contrasentido afirmar que el socialismo no es factible en las zonas que más requieren su instrumentación.

Esta acción debe probarse en los países y circunstancias que exijan cambios revolucionarios. Si estos procesos no empiezan donde son requeridos, el ideal socialista nunca podrá ponerse en práctica.

La construcción de una sociedad igualitaria seguramente exigirá muchas generaciones y supondrá un funcionamiento mucho más complejo que la simple "administración de las cosas", imaginada en los proyectos iniciales. Pero, a través de distintas experiencias, cobrará forma la construcción poscapitalista. A pesar de sus limitados recursos, la mayor parte de las economías periféricas cuenta con importantes márgenes para instrumentar programas populares que comiencen a reducir la desigualdad.

Replanteos y denominaciones

Los críticos del proyecto socialista impugnan la introducción de medidas anticapitalistas en todas las circunstancias. En las coyunturas de intensa crisis, suelen afirmar que la prioridad es resolver la catástrofe económico-social inmediata y no imaginar soluciones para el porvenir. En los períodos de alto crecimiento y estabilidad económica, subrayan el carácter innecesario de cualquier transformación socialista.

Pero, en ambas situaciones, omiten las desventuras de pobreza, desempleo y explotación que impone el capitalismo. También desconocen que la alternativa socialista está concebida para toda una época y puede comenzar en cualquier fase del ciclo económico. Las experiencias del siglo pasado indican que los detonantes de la revolución socialista han estado más ligados a las convulsiones bélicas que al derrumbe productivo.

El desenvolvimiento soviético fue un ensayo frustrado de socialismo que será revalorizado con el tiempo. Como ha ocurrido tantas veces en la historia, constituyó una anticipación frustrada que servirá de fundamento a otros intentos de eliminar la desigualdad. Lo mismo sucedió con la Revolución Francesa, que introdujo ideales de igualdad política plasmados en períodos posteriores a su formulación inicial.

Lo ocurrido en la Unión Soviética permite notar que los obstáculos para forjar una sociedad de igualdad, justicia y libertad no son inherentes al género humano. No radican en el egoísmo o en un desinterés natural del individuo hacia sus semejantes. Son barreras políticas, sociales e ideológicas. Bajo el capitalismo, esas obstrucciones provienen de la dominación ejercida por la minoría capitalista y, en el modelo soviético, derivaron de la regimentación y del papel coercitivo impuesto por la burocracia gobernante.

La frustración creada por la implosión de la Unión Soviética afectó duramente la expectativa socialista de varias generaciones de trabajadores. Pero no es la primera derrota que han sufrido los oprimidos en su larga batalla contra el capital. La historia de la humanidad se ha desenvuelto en una sucesión de inesperadas victorias y amargas decepciones. Desde una mirada de largo plazo, el debut revolucionario de 1917 perdurará como un precedente de la gesta para liberar al individuo de las cadenas del mercado.

La continuidad de esta batalla exige especificar el ideal buscado y renovar la utilización de la terminología socialista. Es un error renunciar a este concepto argumentando que arrastra una pesada carga de distorsiones, a partir de su asociación con el régimen represivo vigen-

te en la Unión Soviética. Muchos conceptos sufrieron una deformación semejante y nunca fueron reemplazados.

La bandera de la democracia ha sido utilizada para todo tipo de tropelías. Es el estandarte predilecto del imperialismo para justificar sus “intervenciones humanitarias” en todos los rincones del planeta. Esta usurpación no ha erradicado el uso habitual del concepto democracia como síntesis de la soberanía popular. Lo mismo ocurre con el socialismo. Al igual que otros principios centrales de la acción política, no tiene sustituto para definir el ideario poscapitalista. Hay términos irremplazables para denotar ciertos fenómenos.

Transcurridas dos décadas del colapso de la Unión Soviética, el descrédito de los conceptos “socialismo” o “comunismo” ha perdido relevancia frente a su contraparte capitalista. Especialmente después de la crisis de 2008, esta última denominación es crecientemente identificada con el desempleo, la pobreza y la desigualdad. El ingenuo embellecimiento del capitalismo que intentó el neoliberalismo a principio de los años noventa ha quedado severamente golpeado.

Retomar la identidad socialista no sólo es posible y conveniente frente a la pérdida de credibilidad de los cuestionamientos neoliberales. También es importante para lidiar con las concepciones fatalistas que auguran una inexorable continuidad del capitalismo. Esa visión resalta la inexistencia de horizontes socialistas inmediatos, deduciendo de este dato la perdurabilidad del régimen vigente².

Durante años, el marxismo fue acusado de postular una ley de la historia determinante del destino socialista. Esta misma objeción debería ser extendida en la actualidad a los abogados de la eternidad capitalista. Si no existe un desemboque inevitable de la evolución humana en el devenir comunista, tampoco cabe imaginar la interminable recreación de un régimen de competencia por beneficios surgidos de la explotación.

Marxismo latinoamericano

Los balances de experiencias internacionales y regionales socialistas recobraron interés en América Latina en la última década. Las victorias de los años sesenta (Cuba), las derrotas de los setenta (Chile) y las frustraciones de los ochenta (Nicaragua) comenzaron a ser evaluadas en un nuevo escenario. El socialismo ha reaparecido como proyecto en Venezuela y Bolivia, recupera nuevas modalidades en Cuba y ha sido concebido a escala regional por el ALBA.

² Un ejemplo puede encontrarse en Fiori (2009)

En todos los casos, vuelve a reaparecer la necesidad de una confluencia de la izquierda regional con el nacionalismo revolucionario. Ese empalme es un resultado de la incidencia del antiimperialismo en todos los proyectos de transformación social. La batalla contra el intervencionismo estadounidense determina esas convergencias.

La lucha por el socialismo siempre fue concebida en América Latina en un plano regional. Pero esta dimensión se tornó más gravitante en los últimos años. Salta a la vista que en la actualidad cualquier proyecto estratégico debe ser planteado a ese nivel. Las clases dominantes formulan sus políticas en ese terreno y los sectores populares no pueden restringir sus iniciativas al campo meramente nacional.

En los últimos años, el ALBA aportó una interesante propuesta regional con horizontes socialistas. Promueve formas de integración solidaria, contrapuestas a los neoliberales Tratados de Libre Comercio y diferenciadas del regionalismo capitalista del Mercosur. Postula medidas para avanzar en la soberanía financiera (moneda común), alimenticia (reformas agrarias y rechazos del agronegocio) y energética (Petrocaribe, Petrosur).

El ALBA incentiva auditorías de la deuda externa, exige acelerar la concreción del Banco del Sur, alienta la creación de un fondo de estabilización cambiaria regional y sugiere coordinar el manejo regional de las reservas y los movimientos de capitales. Este tipo de medidas podrían aportar una base común para los procesos políticos radicales, que determinarían un sólido basamento para un futuro socialista (Katz, 2006b).

La unidad popular de América Latina es una meta ordenadora del proyecto socialista en nuestra región. Se inscribe en una batalla de dos centurias para conquistar el objetivo pendiente de la Segunda Independencia.

Al igual que en Europa, existe actualmente en América Latina una referencia estratégica de unidad continental. Pero, en el Nuevo Continente, esa meta constituye un objetivo irrealizado de larga data. No surgió como respuesta a guerras interiores por la supremacía imperial, ni apareció para forjar un bloque competitivo en la disputa global por los mercados.

El proyecto de unidad latinoamericana tampoco está corroído por la variedad de exigencias soberanistas que impera en Europa. Es ajeno a demandas separatistas por autonomías vulneradas o a rivalidades por la tajada de un presupuesto continental.

La aspiración unitaria regional en América Latina tiene otras raíces. Deriva de la existencia de estructuras nacionales históricamente incompletas y obstruidas por la dominación imperial.

El objetivo de la emancipación continental fue retomado por los teóricos del marxismo latinoamericano, que reivindicaron la gesta de la Independencia (San Martín y Bolívar), la fórmula de construir Nuestra América (Martí) y la necesidad de considerar las especificidades nacionales (Mella, Mariátegui).

Pero este regionalismo también confluye con una veta internacionalista que el socialismo latinoamericano desarrolló con gran intensidad desde la Revolución Cubana. Esta inclinación impulsó la creación de organismos revolucionarios continentales como la OCLAS, generó las Conferencias Tricontinentales y se verificó en misiones de solidaridad militante en varias partes del mundo. En la última década, este legado reapareció tangencialmente en las distintas iniciativas que concibió Chávez para crear alguna organización socialista sucesora de la I, II, III y IV Internacional.

América Latina ha sido también, desde el 2001, el principal escenario de los Foros Sociales Mundiales. Esos eventos impulsaron la protesta global contra el capitalismo mundializado y confrontaron directamente con las cumbres anuales que realizan en Davos las corporaciones más transnacionalizadas.

El marxismo latinoamericano actual remarca esta dimensión global del capitalismo contemporáneo y la consiguiente necesidad de acciones comunes de todos los explotados y subyugados del planeta. Pero también percibe que esa confluencia de los oprimidos no surgirá en forma espontánea o contraponiendo solamente los intereses comunes de los desposeídos con las conveniencias globales de los capitalistas.

Las tradiciones nacionales y regionales diferenciadas mantienen una influencia decisiva y el socialismo actual recupera la necesaria convergencia de procesos de emancipación nacional y social. Busca relanzar un proyecto con raigambres nacionales y respuestas mundiales al capitalismo globalizado. Encarna la mayor esperanza del siglo XXI y aporta una brújula para todos los pueblos que anhelan la igualdad y justicia. Este horizonte puede ser evaluado en tres experiencias recientes de países latinoamericanos.

13. Las batallas de Venezuela

Todos los problemas estratégicos discutidos en la izquierda durante la última centuria han recobrado actualidad en Venezuela. En ese país se desenvuelve un proceso de transformación política que proclama metas antiimperialistas e idearios socialistas. El camino para alcanzar estos objetivos vuelve a debatirse con la misma pasión que en el pasado.

Golpes, sabotajes y presiones

Venezuela soporta desde hace catorce años el asedio de la derecha. Durante el 2014, esa agresión incluyó una “guarimba”¹ —que comenzó en febrero y fue doblegada en junio— con un saldo de 43 muertos, centenares de heridos y la detención del cabecilla fascista.

Las organizaciones ultraderechistas recurrieron a todas las técnicas de la guerra de baja intensidad. Arremetieron con asesinatos, destrozos, amenazas y contaron con el asesoramiento directo de los paramilitares colombianos.

Esa provocación incluyó un intenso sabotaje económico con acaparamiento de mercancías, especulación de divisas y contrabando, para desgastar al gobierno y desmoralizar a la sociedad.

¹ “Guarimba” es la denominación utilizada para retratar la violencia destituyente de la derecha.

Estados Unidos incentivó estas acciones, aportando un novedoso manual de sugerencias golpistas. Sus voceros financieros difundieron diagnósticos de colapso económico, mientras el Departamento de Estado promovía la inestabilidad política y el aislamiento internacional².

Pero el levantamiento derechista no logró trascender los barrios de la clase media-alta y la violencia extrema terminó socavando la propia base social de la asonada. El opositor Capriles tomó distancia del alzamiento y los militares se mantuvieron en la vereda opuesta, con la excepción de un pequeño grupo de conspiradores que fue apresado. Los conservadores perdieron otra partida de su larga escalada destituyente, pero el asesinato del joven diputado Robert Serra ilustra la persistencia del plan desestabilizador.

La derecha intentó en la mesa de negociaciones lo que no consiguió en las calles. Los empresarios resumieron sus exigencias en un paquete de 12 puntos avalados por 47 economistas de la oposición. Demandaron la liberación del dólar, un nuevo ciclo de endeudamiento internacional, contrarreformas sociales, la anulación del actual sistema de precios y la devolución de las plantas estatizadas. Reclamaron un lugar en el Gabinete de Ministros para garantizar la devaluación y la derogación de las leyes laborales.

Como esas exigencias fueron desoídas, el *lobby* capitalista ha redoblado la presión. Busca recuperar pedazos de la renta petrolera socavando el control estatal de ese excedente. Esta erosión se consume con los dólares que obtienen a precios preferenciales para el manejo de las importaciones. Suelen desviar esos recursos hacia la especulación cambiaria.

Esta tensión con la burguesía ha caracterizado a todo el proceso bolivariano. Chávez respondía abriendo espacios de diálogo con los empresarios, mientras movilizaba al pueblo para marcar el tono de la discusión. Mantuvo esa conducta frente al golpe de 2002, luego de la victoria del referéndum de 2004 y en varias oportunidades desde 2006. Introdujo la modalidad de transformar cada elección en una multitudinaria prueba de fuerza contra los capitalistas y sus partidos³.

² La agencia Fitch describió desmoronamientos financieros, Moody's habló de colapso económico, The Economist presagió el "fin de la fiesta" y Merrill Lynch anticipó una "primavera venezolana". Luego el vicepresidente Biden y el secretario de Estado Kerry amenazaron con sanciones económicas (Serrano, 2014).

³ Analizamos estos antecedentes en Katz (2014).

Maduro intenta retomar esta misma dinámica, lidiando con el enorme vacío que ha dejado la muerte de Chávez y el gran malestar que genera el deterioro económico. En estas condiciones, logró una importantísima victoria frente a los fascistas⁴.

Venezuela volvió a contar con la red de alianzas internacionales que exige la batalla contra las conspiraciones imperialistas. Durante años, estos acuerdos contribuyeron a contrarrestar los golpes apañados por el gobierno estadounidense, la OEA y la corona española. Pero los diplomáticos de la burguesía también volvieron a ensayar presiones para disuadir la radicalización del proceso bolivariano. Estas exigencias apuntaron, durante las guarimbas, a la formación de un gobierno de coalición con la oposición derechista. Maduro resistió esta sugerencia y aprovechó el sostén de Unasur, sin aceptar la inmolación de su gobierno.

La pulseada petrolera

Al concluir el año, Estados Unidos utiliza la caída del precio internacional del petróleo como un nuevo instrumento de desestabilización. La cotización del combustible declinó un 30% en el último semestre, afectando seriamente a una economía que obtiene el 95% de sus divisas de la exportación de crudo. No es lo mismo manejar el presupuesto público con un precio del barril por encima de los us\$ 100 (la tendencia durante la última década), que con los niveles actuales de us\$ 60/70.

La depreciación del petróleo obedece, ante todo, a una contracción acumulativa de la demanda en las economías desarrolladas. Esta retracción deriva de una crisis irresuelta desde el 2008, que se acentuó en el último año con la desaceleración de China y los países intermedios.

También el cambio de la política monetaria estadounidense ha incidido en la caída del precio. La primera potencia decidió restringir los estímulos monetarios utilizados para socorrer a los bancos induciendo un esperado incremento de las tasas de interés. Este giro precipita la salida de los capitales especulativos de todos los mercados de materias primas.

En el desplome del precio del petróleo influye, además, el incremento del volumen de crudo extraído con formas no convencionales (*shale oil*). Esta innovación le permite a Estados Unidos aumen-

⁴ Distintos balances de su reacción contra el golpismo pueden consultarse en Boron (2014), Almeyra (2014), Gómez (2014) y Carcione (2014).

tar la producción y reducir las importaciones. El petróleo barato se ha convertido en una herramienta de ofensiva imperial. Luego de su reciente avance electoral, los neoconservadores republicanos han impuesto una agresiva agenda de política exterior a los liberales intervencionistas de Obama.

Debilitar a Venezuela no es el único objetivo de esta acción. La arremetida apunta a reforzar las sanciones impuestas a Rusia frente a la crisis de Ucrania. También se presiona a Irán para que abandone su programa atómico.

La ofensiva estadounidense cuenta hasta ahora con el sostén de Arabia Saudita, que convalida el abaratamiento del petróleo para afianzar su poder en Medio Oriente. El operativo busca asegurar la continuada primacía del dólar en el comercio petrolero, frente al uso de otras monedas que ensayan varios exportadores.

Pero Venezuela es una presa especialmente apetecida por Estados Unidos. No sólo concentra una de las mayores reservas de crudo del mundo, sino que, hasta el año 2008, aportaba el 14% del consumo de la economía del norte. Recuperar el manejo de esos recursos para Exxon y Chevron es tan prioritario como acelerar la privatización de la empresa petrolera mexicana (PEMEX) y reforzar la fidelidad de los gasoductos canadienses.

Con esos tres proveedores, el imperio se asegura el abastecimiento, más allá de la incierta evolución del *shale oil*. Este tipo de extracción podría tornarse inviable por su devastador impacto ambiental o por los altos costos de inversión, en un marco de precios declinantes.

Estados Unidos ha retomado un acoso sobre Venezuela que puede alcanzar niveles de guerra económica, si la depreciación del petróleo es complementada con el encarecimiento del crédito. Las calificadoras de riesgo ya bajaron el pulgar a los bonos del país, tornando más gravoso el acceso a los préstamos internacionales. Estos créditos son necesarios para compensar la pérdida de los ingresos petroleros. El Senado estadounidense como pletá el cerco con la introducción de sanciones a los viajeros e inversores en Venezuela.

La respuesta del chavismo ha sido inmediata. Maduro denunció con gran coraje las nuevas conspiraciones de la embajada estadounidense, se burló de las restricciones a las visas y convocó a la unidad latinoamericana para enfrentar la guerra del petróleo⁵.

⁵ La declaración aprobada por el "Encuentro de la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad", realizada en Caracas a fines de 2014, sin-

Conviene recordar que cada intento desestabilizador de la última década desató contragolpes populares que terminaron reforzando el proceso bolivariano. Esta misma posibilidad reaparece en la actualidad, si el chavismo encuentra respuestas a las adversidades de la economía.

Reformas y rentismo

El modelo económico de la última década permitió motorizar el consumo, en un marco de alto gasto social y creciente regulación estatal. Esta orientación facilitó la financiación de las mejoras populares con los cuantiosos recursos petroleros.

Este sostén es frecuentemente subrayado por la derecha para desmerecer (o relativizar) los avances sociales. Olvidan que la misma riqueza petrolera fue acaparada durante mucho tiempo por una minoría de privilegiados. La extensión del usufructo de ese excedente al conjunto de la población no ha sido un efecto espontáneo de las fuerzas del mercado. Requirió afectar los intereses de los capitalistas con medidas de redistribución del ingreso.

Luego de la expulsión de la elite tecnocrático-burguesa que manejaba la empresa petrolera del Estado (PDVSA), se pudo reducir la pobreza del 40% al 22%. También la indigencia bajó del 20% (1999) al 8,5% (2011) y la diferencia entre el 20% más rico y pobre de la población disminuyó de 14 a 8 veces. Se concretaron, además, importantes avances en el acceso popular al agua potable, salud y educación a través de la activa intervención de las misiones⁶.

Pero esas mejoras fueron combinadas con el otorgamiento de subsidios a los capitalistas, que acrecentaron las riquezas de la nueva “boliburguesía”⁷. Estos sectores recibieron cuantiosos montos de financiamiento público que alimentaron la fuga de capital. Ese mismo destino externo tuvo una parte de los fondos aportados por el gobierno para pagar las expropiaciones de empresas de electricidad, telefonía, siderurgia, cemento y distribución de alimentos.

También los banqueros locales absorbieron una significativa porción de esos beneficios. Los financistas incrementaron su patrimonio, utilizando depósitos de las entidades públicas para especular con bonos del Estado y operaciones en exterior (Clarín, 2014a).

toniza con esa reacción e incluye un detalle de esas denuncias (disponible en alainet.org).

⁶ Ver Álvarez (2009, 2012), Monedero y El Troudi (2007), Asiaín (2012), PNUD (2013).

⁷ En Venezuela, se denomina “boliburguesía” a los sectores capitalistas que lucran con negocios surgidos de la asociación (o participación) con el gobierno.

La combinación de este drenaje de fondos con un modelo de pura expansión del consumo ha recreado la estructura rentista de una economía poco productiva. Por esta razón, los desequilibrios tradicionales recobraron fuerza a través de la inflación, el déficit fiscal, el endeudamiento de PDVSA, la importación de alimentos y las fallas en las iniciativas de industrialización (Zuñiga, 2013a; 2013b; 2014).

Estas falencias son frecuentemente atribuidas a un mal manejo de la política económica y, ciertamente, hubo desaciertos en muchas áreas. Pero el trasfondo del problema son los límites que enfrentan todas las reformas ensayadas al interior de una economía capitalista periférica y dependiente. Esa estructura neutraliza el impacto de muchas transformaciones progresistas.

El modelo aplicado hasta ahora facilitó desahogos, pero no permite lidiar con la inflación, el estancamiento y el desabastecimiento de los últimos años. Para confrontar con estos flagelos, se requieren medidas radicales de control de precios y punición de la especulación financiera, el desabastecimiento y el contrabando.

Disputa de programas

Durante el año 2014, la inflación trepó al 60%, la brecha entre el dólar oficial (6 bolívares) y el paralelo (100 bolívares) alcanzó una inédita dimensión y el desabastecimiento se incrementó en forma significativa. Además, la caída del nivel de actividad se aproximó al 2%, la retracción de la inversión superó el 6% y las exportaciones se contrajeron en un 4,5%.

En ese contexto, se han acortado los tiempos para optar entre el congelamiento y la radicalización del proceso actual. Esta contraposición se verifica en las intensas discusiones que se libran en el movimiento bolivariano, entre los partidarios de implementar medidas procapitalistas y los defensores de una transición socialista⁸.

El eje de estos debates es el destino de las cuantiosas divisas que obtiene Venezuela. Un país tan dependiente del ingreso de petrodólares necesita una gestión estricta de esos recursos por parte del Estado. En los hechos, gran parte de esos fondos se pierde en el circuito de los bancos o la intermediación importadora y termina en los bolsillos de los grandes capitalistas.

Ese desemboque es motorizado por capas superiores del funcionariado y del sector privado, que en los últimos dos años transfirieron

⁸ Un ejemplo de estas controversias puede encontrarse en Pérez Martí (2013) y Zuñiga, (2013c).

ron entre us\$ 22 mil y us\$ 29 mil millones a las entidades privadas. Lo mismo ocurrió con los fondos que los administradores del ente regulador del dólar (CADIVI) derivaron hacia una veintena de empresas locales.

Para romper con ese entramado se requieren medidas contundentes en el plano bancario y comercial. Se ha tornado imprescindible nacionalizar la actividad financiera para centralizar el manejo de los activos en moneda extranjera, transfiriendo a la banca pública las principales responsabilidades de intermediación.

También resulta necesario establecer un monopolio estatal efectivo de las transacciones con el exterior, para poner fin a las maniobras cambiarias de los importadores. No es necesario entregar dólares físicos a estos sectores para que realicen su labor comercial. Con otro tipo de controles se podría racionalizar la adquisición de bienes, siguiendo principios de reducción del derroche y promoción de la productividad.

Estas iniciativas son promovidas por muchos sectores de la izquierda del chavismo. Proponen introducir una reorganización impositiva, que permita autofinanciar el gasto corriente con la recaudación, para canalizar la renta petrolera hacia la inversión. El saneamiento exige la repatriación de las fortunas resguardadas por los capitalistas en el exterior. Esas medidas aportarían la legitimidad requerida para racionalizar el gasto público en múltiples áreas, adecuando ante todo el precio interno de los combustibles.

Confrontaciones cambiarias

Venezuela necesita cortar el círculo vicioso de presiones cambiarias e inflación. Una economía con enormes excedentes comerciales padece la injustificada enfermedad de la devaluación debido al descontrol en la asignación estatal de las divisas.

Esa fragilidad no es un problema técnico. Define quiénes son los favorecidos y penalizados con la distribución de los réditos del petróleo. Por esta razón, la principal batalla económica de la última década ha girado en torno al perfil del régimen cambiario.

Durante ese período, se instrumentaron 26 modalidades de ese sistema (CADIVI, dólar-permuta, SICAD II, SITME, entre otros). El esquema del período 2003/2004 sintonizó con la recuperación de PDVSA; los mecanismos prevalecientes en 2004/2010 buscaron una fallida integración de los capitalistas al proceso bolivariano; y en el período 2010/2012 se intentó nuevamente atraer a esos sectores.

La burguesía ha respondido siempre con fraudes y maniobras cambiarias que obligan a revisar una y otra vez el régimen cambiario (Carcione, Pérez, Gómez, García, Matamoros y Marín, 2013).

Es importante registrar el trasfondo social de esta batalla, evitando las miradas tecnocráticas, que sólo evalúan los éxitos o las adversidades instrumentales de cada modalidad cambiaria. Olvidan que estos resultados forman parte de desenlaces políticos más o menos afines a la estabilización capitalista. En Venezuela no faltan dólares. Lo que está en juego es el destino de la renta petrolera (Guerrero, 2014a; 2014c).

Un viraje en el manejo de ese excedente es insoslayable para comenzar el “sembrado del petróleo” que necesita el país. No alcanza con apuntalar el poder de compra de la población. Hay que transformar la estructura productiva mediante una revolución agraria que reduzca la importación de alimentos. Se han invertido sumas considerables en ese proyecto, pero persiste el éxodo hacia las ciudades y la dificultad para recolonizar el agro (Chauran, 2014).

Lo mismo vale para las iniciativas de industrialización que se han estancado, frente a una difusión de talleres de ensamblaje que no atenúan la oleada de importaciones. Para revertir esta tendencia ya existe una hoja de ruta (por ejemplo, el “Plan Guayana Socialista”). Pero todas las decisiones económicas están condicionadas por un curso político que exige revisar lo ocurrido en el pasado.

Antecedentes y comparaciones

La experiencia vivida con la Unidad Popular chilena de los años setenta ocupa un lugar central de los debates actuales en Venezuela. Las comparaciones con ese proceso han sido actualizadas por muchos intelectuales que participaron intensamente en ambos procesos (Dos Santos, 2009).

A diferencia de la victoria precedente de Cuba, en Chile no se registró una captura revolucionaria del poder. Se conquistó un gobierno popular a partir de las urnas. Ese escenario era poco corriente en una época de dictaduras, violencia represiva, persecución anticomunista y Guerra Fría.

El contexto actual es muy diferente y el proceso bolivariano se inscribe en un marco regional de comicios periódicos y menor capacidad de intervención estadounidense directa. Pero las analogías con lo ocurrido en Chile hace cuarenta años son signifi-

cativas en dos terrenos: las confrontaciones con la derecha y las dificultades para traspasar la barrera que separa al gobierno del poder.

La presidencia de Salvador Allende coronó en 1970 varias décadas de gran influencia política y sindical de la izquierda, pero su gestión sólo duró tres años. También el chavismo tuvo origen en la izquierda, aunque en variantes más próximas al nacionalismo antiimperialista. Como en Panamá (Torrijos) o en Perú (Velasco Alvarado), se forjó en la radicalización de la oficialidad militar.

Estas diferencias de gestación no reducen el parentesco. Ambos procesos declararon propósitos socialistas a partir de victorias electorales, fueron hostilizados por el imperialismo y contaron con el apoyo de la movilización popular.

Las semejanzas entre los conspiradores derechistas de Chile y Venezuela saltan a la vista. En los dos casos se conformaron grupos fascistas, impulsados por un gran odio social contra los oprimidos y un enfermizo anticomunismo. Pero la gran diferencia radica en la inexistencia de un Pinochet en la patria de Bolívar. En este marco, el golpismo clásico ha sido reemplazado por variantes más institucionales e indirectas.

La vieja asonada militar es poco viable a principios del siglo XXI, pero su preparación y sus objetivos no han cambiado. Venezuela soporta el mismo tipo de sabotajes, caceroleos, boicots financieros y conspiraciones mediáticas que padeció Allende entre 1970 y 1972. Lo ocurrido con Zelaya en Honduras ilustra mayores parecidos con ese antecedente y la propia captura de Chávez en el 2002 confirma esas semejanzas. En la actualidad, los golpistas no asumen su intención dictatorial, sino que priorizan alguna legitimación de tipo cívico-electoral (Nicanoff, 2014).

Como la derecha necesita consumir el desgaste de los gobiernos populares en períodos más prolongados y carece del auxilio directo del Ejército, invierten más recursos en el boicot económico. Por eso Venezuela ha soportado una escalada tan persistente de fugas de capital, desabastecimientos, remarcaciones de precios y especulaciones cambiarias. Las espaldas petroleras que tiene el Estado le han permitido aguantar ese aluvión, con más fuerza que las débiles barreras construidas por la UP chilena.

A diferencia de Allende, el chavismo cuenta con una gran experiencia e influencia dentro de las fuerzas armadas. Surgió en ese ámbito y se consolidó mediante una sistemática limpieza de agentes de la CIA. En ningún momento Chávez cometió la ingenuidad

del ex presidente trasandino, que desplazó a un general aliado (Prats) para designar a su enterrador (Pinochet).

El líder bolivariano tampoco repitió el sometimiento de Allende a la presión de los fascistas, que impusieron el desarme de la resistencia popular luego del primer ensayo golpista (tacnazo de junio de 1973). Frente al mismo peligro, Chávez comenzó un reclutamiento de milicias y forzó la renuncia de generales opositores (Baduel). Maduro reafirmó esta actitud encarcelando a los oficiales involucrados en la guarimba.

El triunfo electoral de Allende incentivó un gran ascenso popular, que incluyó ocupaciones campesinas de tierras y acciones directas de los obreros. Estos mismos trabajadores protagonizaron un pico de lucha revolucionaria, al crear los cordones industriales que precedieron al golpe. Venezuela ha vivido manifestaciones del mismo alcance desde el Caracazo y algunos analistas estiman que la intensidad de esas movilizaciones supera el nivel alcanzado en Chile (Guerrero, 2014b).

Balances y propuestas

Existieron dos miradas contrapuestas a la hora de trazar un balance de la tragedia padecida por la Unidad Popular. Un enfoque postuló que ese proceso sufrió una exagerada aceleración y soportó presiones de radicalización que precipitaron un conflicto evitable con los militares. Esta visión proponía contrarrestar la amenaza golpista con un freno de las reformas y un cogobierno con la Democracia Cristiana (Cueva, 1979).

La tesis opuesta estimaba que se cometió el error inverso. En lugar de apuntalar la gran disposición de lucha popular, Allende aceptó el chantaje de la derecha. Limitó todas sus acciones a un cuadro constitucional que la burguesía había desechado. De esta forma, desorientó a los jóvenes que buscaban resistir y confundió a los trabajadores que aspiraban al socialismo (Marini, 1976).

En condiciones políticas muy distintas a los años setenta, ha reaparecido un debate semejante al registrado en Chile. Quienes estiman que la Unidad Popular avanzó más de la cuenta, ahora consideran que el chavismo debe moderar su acción. Este enfoque es afín a la perspectiva socialdemócrata que promueve el PT brasileño (Pomar, 2013).

La misma mirada adoptan los economistas que proponen evitar medidas adversas a los capitalistas. Promueven adoptar parte del

paquete cambiario y financiero exigido por las cámaras patronales, con la esperanza de atenuar la inestabilidad que padece el gobierno.

En la vereda opuesta se ubican todas las corrientes de la izquierda bolivariana, que auspician drásticas iniciativas para frenar el desangre de divisas, capitales y productos. Estas medidas apuntan a evitar la repetición de lo ocurrido en Chile, cortando el sustento económico-financiero de la conspiración derechista.

Pero ese objetivo no se alcanzará solamente con un acertado paquete de medidas comerciales o bancarias. Se requiere el sustento de movilización social, que la UP disuadió cuando Pinochet ultimaba sus preparativos. Ese protagonismo de las masas no se improvisa. Necesita ser construido, forjando el poder popular en los lugares de trabajo y en las comunas para intimidar a los golpistas. Con esa estrategia se pueden corregir las ingenuidades de la vía institucional al socialismo que postulaba Allende.

El líder de la UP apostaba a una paulatina extensión de los espacios legales conquistados por su coalición para concretar una superación gradual del capitalismo. Promovía este avance sin rupturas radicales ni construcciones populares paralelas al constitucionalismo burgués.

El chavismo enfrenta un dilema semejante luego de haber obtenido más victorias electorales que la UP con márgenes muy superiores de sufragios. También introdujo reformas constitucionales y mecanismos de democracia participativa que nunca se implementaron en Chile.

Estrechez y dogmatismo

El proceso bolivariano cuenta con un margen de tiempo significativamente superior al antecedente chileno para ensayar un pasaje de la administración del gobierno al manejo del poder. Las viejas controversias entre marxistas sobre la forma de concretar este salto vuelven al centro de la escena. Pero no existe una receta predeterminada que asegure el éxito de la izquierda. Las estrategias socialistas sólo pueden desenvolverse con prácticas políticas, contrastando proyectos con resultados y teorías con experiencias.

Este ejercicio exige superar las creencias dogmáticas que imaginan el futuro como una simple reiteración de las revoluciones del siglo xx. Esas visiones suelen mistificar un modelo exitoso (soviets, guerra popular prolongada, foco), desconociendo los cam-

bios de escenario que dificultan esa reiteración. Tampoco perciben la preeminencia actual de caminos intermedios y temporalidades más prolongadas para alcanzar esa meta.

Las miradas dogmáticas caracterizan al chavismo como una corriente procapitalista y estiman que sus líderes corporizan versiones contemporáneas de Luis Bonaparte. No reconocen la existencia de golpes reaccionarios y la consiguiente prioridad de derrotar al enemigo fascista. Consideran que Maduro y Capriles son dos opciones de la burguesía y que la represión gubernamental ha sido tan perniciosa como la violencia derechista⁹.

Este enfoque impide registrar la evidente existencia de una provocación destituyente. Si los asesinatos de militantes, los asaltos a locales partidarios, los atentados contra funcionarios, los sabotajes económicos y las campañas mediáticas internacionales no forman parte de un intento golpista: ¿cuál es el parámetro de una asonada? ¿Habrá que descubrir su existencia luego del desangre?

Lo mismo ocurre con la equiparación del chavismo con sus oponentes. Se supone que la categoría “burgues” es autosuficiente y ya no requiere distinguir a las vertientes radicales y conservadoras del nacionalismo. Se olvida que las corrientes antiimperialistas han sido protagonistas de grandes procesos revolucionarios que abrieron compuertas al socialismo, cuando la izquierda supo comprender la naturaleza de esos procesos (Orovitz Sanmartino, 2014).

Los dogmáticos suelen presentar las convocatorias al socialismo que retomó Chávez, como un simple ejercicio retórico para embaucar a las masas. Pero si hubiera perseguido ese propósito de engaño, no se entiende por qué razón recurrió a una causa internacionalmente disminuida, con reducido impacto entre los trabajadores y controvertida significación entre la juventud.

Las visiones sectarias no registran el giro que introdujo la reivindicación del socialismo en la vida política de Venezuela. Este horizonte surgió al calor del choque que opuso al proceso bolivariano con las clases dominantes.

Cualquiera que visite el país notará la difusión alcanzada por el planteo socialista. Es una meta enfáticamente postulada en las misiones, los hospitales, las empresas o las comunas que adoptaron esa denominación. El cuestionamiento del capitalismo y la crítica a la burguesía han quedado incorporados al lenguaje corriente del

⁹Numeros artículos al respecto pueden consultarse en *Prensa Obrera*, po.org.ar.

chavismo e impactan fuertemente sobre la conciencia de la población.

Las ideas socialistas formaron parte de la maduración política de Chávez, que evolucionó a través de giros a la izquierda. Estos cambios incluyeron el rechazo del nacionalismo burgués tradicional y la rehabilitación del proyecto comunista. Cuando nadie pronunciaba la palabra “socialismo”, el líder bolivariano reinstaló el término en la agenda política de los movimientos latinoamericanos (Katz, 2013).

Este legado ha sido ratificado por Maduro en las tesis que orientan la estrategia de su gobierno. Esas definiciones subrayan que el socialismo es indispensable para reafirmar la soberanía, forjar una economía productiva y lograr la plenitud democrática (PSUV, 2014).

La mirada dogmática no percibe el efecto de estos pronunciamientos. Supone que el tratamiento contemporáneo del socialismo se equipara a cualquier momento del siglo xx, como si el colapso de la Unión Soviética constituyera un acontecimiento irrelevante. Los ideales de la izquierda sólo pueden ser actualizados con otra postura y otra sensibilidad.

Socialismo del siglo xxi

Venezuela cuenta con ciertas ventajas para embarcarse en una transición al socialismo. No es la típica nación pobre que tradicionalmente afrontó ese desafío. Es un país exportador de petróleo que funciona con elevados patrones de consumo. Pero necesita superar la larga tradición rentista de ineficiencia económica, que le impide utilizar esos ingresos para su desarrollo industrial.

El proyecto socialista implica saltar el escalón inicial de reformas que introdujo el chavismo, para diversificar la economía, modificar la gestión del Estado y reducir la atadura a la factura petrolera. El logro de esas metas exige erradicar los privilegios de la burguesía.

Muchos dirigentes bolivarianos comparten este diagnóstico, reflexionan en términos marxistas y promueven una transición socialista. En este plano, se distancian por completo de los procesos centroizquierdistas de Sudamérica. Quiénes desconocen esta diferencia no logran asimilar las nuevas pistas que aporta la experiencia venezolana para una estrategia anticapitalista.

En la tradición revolucionaria del siglo xx, la formación de un gobierno de trabajadores, la captura del Estado y la transforma-

ción de la sociedad eran concebidas como procesos simultáneos o con reducidas diferencias temporales. Ahora se puede vislumbrar ese curso como una sucesión de momentos más diferenciados. Es evidente que Venezuela cuenta, desde hace más de una década, con un gobierno popular, un Estado en disputa y grandes fracturas en la sociedad.

El manejo del Estado no opone sólo a funcionarios genéricamente afines y opuestos al chavismo. Hay organismos que aseguran la defensa del régimen contra las guarimbas y otros que contribuyen a una acumulación de riquezas convergente con la derecha. También la sociedad está erosionada por el conflicto entre clases capitalistas —que mantienen los cimientos tradicionales de su poder económico— y un poder popular que se ha extendido significativamente.

El nuevo entramado comunal podría aportar los pilares de la configuración igualitaria del futuro, que algunos teóricos denominan “sociedad civil socialista”. A diferencia de los soviets o los organismos de base surgidos al calor de victorias militares, el poder popular emerge en Venezuela con más diversidad política y con gran construcción desde abajo. Es un proceso en pleno desarrollo que enfrenta obstrucciones burocráticas con asombrosa capacidad de movilización y renovación (Iturriza, 2014).

Las nuevas batallas en torno al gobierno, el Estado y la sociedad distinguen a la experiencia chavista de la revolución socialista clásica consumada en Cuba. En Venezuela, se verifica un proceso revolucionario caracterizado por varios momentos de avance cualitativo (recuperación de PDVSA, nueva Constitución), que se han concretado madurando la conciencia socialista en la confrontación con la burguesía. Un nutriente clave de esta transformación es la percepción subjetiva que tienen los involucrados de este proceso como una revolución. Todos utilizan ese término para nominar la experiencia que protagonizan.

Para consumar la transición socialista, el proceso revolucionario requiere saltos de mayor envergadura en el plano económico-social. La nacionalización de los bancos y del comercio exterior podrían constituir los dos peldaños centrales de esta etapa. Aportarían el cimiento necesario para dinamizar la economía, a partir de un modelo industrial de expansión del empleo genuino y superación del asistencialismo. La ayuda social que acompañó al surgimiento y afianzamiento del chavismo necesita transformarse en trabajo productivo, para evitar los efectos nocivos del clientelismo (Cieza, 2014).

Una transición poscapitalista exige sustituir los modelos de renta, consumo y baja productividad por esquemas de plan, mercado y desarrollo socialista.

Venezuela persiste como el principal laboratorio de proyectos y prácticas de los marxistas latinoamericanos. La respuesta a los nuevos desafíos emergerá del propio desenvolvimiento de la lucha. Con mentes abiertas y mayor compromiso militante resulta posible develar todos los enigmas del socialismo del siglo XXI.

14. La sorpresa de Bolivia

Bolivia comparte con Venezuela el modelo económico socialdesarrollista, la fisonomía nacionalista radical del gobierno y el ideario socialista, pero con modalidades muy distintas. También difieren los resultados y los balances que la prensa internacional difunde de la gestión de Evo Morales, en comparación a Chávez-Maduro.

El programa redistributivo fue aplicado en Bolivia con igual contundencia que en Venezuela. Se utilizó una renta energética (gasífera) para impulsar el consumo, mediante incentivos a la demanda orientados por el Estado.

Como en el resto de América Latina, este esquema fue dinamizado por el incremento de los precios de las materias primas exportadas. Los ingresos por estas ventas externas subieron de us\$ 2 mil a us\$ 10 mil millones por año.

Pero lo más significativo de Bolivia ha sido la elevada captación estatal de la renta generada por los combustibles. El incremento de las regalías absorbidas por el Estado aumentó de us\$ 300 millones a us\$ 6 mil millones al año.

En la década precedente, las finanzas estatales sólo capturaban el 18% de ese total y las empresas transnacionales se quedaban con el 82% restante. La nacionalización parcial de los hidrocarburos en el año 2006 revirtió esta relación. Basta recordar la enorme incidencia de la venta de combustibles y minerales en el PBI boliviano, para mensurar esa mutación (Navarro y Cárcamo, 2014).

Un giro semejante se verificó en Venezuela con la recuperación de PDVSA, pero la dimensión del cambio ha sido superior en Bolivia. En este país, el Estado se había quedado sin recursos y toda la renta se filtraba al exterior.

Las consecuencias económicas de esta transformación han sido mayúsculas. El gasto público se triplicó, el empleo público aumentó significativamente y los precios de los alimentos se estabilizaron.

Algunas estimaciones consideran que la mejora del salario mínimo alcanzó el 64% (2005-2013), mientras que los bonos de asistencia cubren al 33% de la población, en un marco de tarifas de electricidad y de combustible congeladas (Bárcena, 2014).

Otras evaluaciones destacan que la pobreza extrema urbana se redujo del 24% al 14% y su equivalente rural del 63% al 43%. Los programas sociales han influido directamente sobre este resultado, a través de auxilios percibidos por todos los sectores marginados del mercado laboral. Hay bonos para los niños que van a la escuela (“Juancito Pinto”), para las mujeres que recién tuvieron familia (“Juana Azurduy”) y para los ancianos que nunca hicieron aportes jubilatorios (“Renta Dignidad”) (Molina, 2013).

Avances desde el subsuelo

Las mejoras sociales conquistadas han sido semejantes a las registradas en Venezuela durante el primer período del modelo socialdesarrollista. Pero una diferencia importante radica en el nivel de estabilización que logró este esquema en Bolivia. Este soporte se refleja en el creciente flujo de inversiones extranjeras directas.

La afluencia de divisas ha consolidado un elevado volumen de reservas (47% del PBI), en un contexto de moderado endeudamiento público (35% del PBI). La tradicional fuga de capitales que caracterizaba al país se detuvo y dio lugar a un incipiente proceso inverso (Bárcena, 2014).

Esta secuencia de crecimiento continuado diferencia al país de Venezuela. Bolivia lidera, en los últimos años, la tasa de crecimiento regional y esos resultados han generado un esperable elogio de CEPAL y una sorpresiva felicitación del FMI. El producto bruto pasó de US\$ 9.525 millones en 2005 a US\$ 30.381 millones en 2013 y el PBI *per cápita* saltó de US\$ 1.010 a US\$ 2.757.

Esta expansión se concretó con una baja tasa de inflación y una llamativa preocupación por preservar el equilibrio fiscal. Algunos analistas atribuyen ese resultado a un manejo prudente de las variables macroeconómicas, como consecuencia del trauma legado por la hiper-

inflación del último gobierno de izquierda (1982-1985). También destacan la psicología campesina de Evo y su aversión al endeudamiento (Stefanoni, 2014a).

La gestión actual ha priorizado la construcción de caminos, puentes y ciertos emprendimientos como el satélite “Tupac Katari” o el teleférico entre La Paz y El Alto. Estas obras recuperan la autoestima de una sociedad afectada por la ausencia de realizaciones.

¿El modelo socialdesarrollista ha pasado la prueba? ¿Demostró su viabilidad? ¿Augura una siguiente etapa de superación del subdesarrollo?

Nadie se atreve a cantar victoria en una economía tan dependiente de la monoexportación de combustibles. El Altiplano ha podido usufructuar más que otros países de la excepcional coyuntura de altos precios de las materias primas. Utilizó la renta generada por ese incremento para impulsar el consumo y redistribuir los ingresos.

Pero la ausencia de transformaciones productivas prende luces rojas para el futuro. Bolivia ha consumado avances que ya experimentaron en el pasado países más industrializados (como Argentina) o con estructuras medianas (como Venezuela) y enfrentará los mismos límites que encontraron esos antecesores.

El Altiplano parte de un piso muy bajo de subdesarrollo y cuenta con márgenes mayores para las expansiones rápidas. Pero ese retraso también determina un alto nivel de vulnerabilidad, en comparación con economías que cuentan con más recursos y capitales acumulados.

Los límites del modelo se vislumbran en la esfera de los hidrocarburos, que financian todos los programas del Estado. Luego de renegociar 44 contratos de concesión, las compañías extranjeras mantienen considerables posiciones (especialmente Repsol y Petrobras). La experiencia ilustra especialmente los peligros de utilizar los ingresos fiscales en subvenciones a los contratistas. La indemnización de us\$ 1045 millones recientemente concedida a la empresa Pan American Energy (por la expropiación de acciones realizada en el 2009) es una advertencia de esos antecedentes. Bolivia necesita todos sus recursos para procesos de industrialización (como la utilización del gas para elaborar fertilizantes y plásticos).

En el agro se verifican problemas semejantes. Comenzaron a normalizarse las situaciones irregulares que afectan a los dueños de las pequeñas parcelas. Pero la reforma agraria continúa demorada y la elevadísima concentración de la propiedad en un centenar de clanes terratenientes no se ha modificado.

Inéditas conquistas

El secreto de la estabilidad económica hay que buscarlo en la solidez del poder político construido por Evo Morales. Tras ocho años de gobierno, el líder del MAS conquistó en el 2014 un nuevo mandato, con un porcentaje de votos superior al 60%. Ese resultado se ubica por encima de la victoria del 2005 y se aproxima al triunfo del 2009. Ha ganado en 8 de los 9 departamentos y logró mayoría en las regiones anteriormente adversas de Oriente (con ciertas pérdidas en sus bastiones del Altiplano).

Hasta ahora, Evo ha podido sobrellevar el temido desgaste que genera el ejercicio del gobierno y mantiene la mayoría absoluta en ambas cámaras. Sus éxitos en los comicios se inscriben en el nuevo orden constituyente que introdujo a partir del 2006, luego de la aprobación de una nueva carta magna con el 72% de los sufragios.

Este nivel de fortaleza electoral no tiene precedentes en un país que tuvo 36 presidentes que no superaron el primer año de ejercicio. Evo será el mandatario más duradero de esa larga historia de fragilidades presidenciales. Ha logrado revertir la improvisada búsqueda de equilibrios entre las corporaciones que dominaba la vida política.

La consistencia que exhibe Evo contrasta con el desangre económico-social que sufrió Bolivia durante el largo período neoliberal iniciado en 1985. Esa nefasta etapa ha sido reemplazada por un aluvión electoral que convalida los triunfos previamente obtenidos por el pueblo en las calles.

Esa extraordinaria sucesión de luchas sociales fue comenzada por los productores de coca y posteriormente encabezada por los campesinos y trabajadores que libraron la Guerra del Agua. Derrotaron a los privatizadores, expulsaron a los concesionarios extranjeros y abrieron una gran secuencia de victorias desde abajo. Al costo de 77 muertos impusieron la huida del sanguinario Sánchez de Lozada.

El gobierno de Evo surgió de estas batallas y se consolidó derrotando las conspiraciones de la derecha. Doblegó a los reaccionarios en las urnas, luego de aplastar la sublevación fascista del 2008 (masacre de Pando). Esa victoria explica la fortaleza de su administración.

Morales ha sido el único presidente de la región que surgió directamente de acciones insurgentes de los movimientos sociales. Por esta razón, puso en marcha el contundente paquete de iniciativas democráticas y descolonizadoras que consagraron el establecimiento del Estado Plurinacional. La población indígena logró un reconocimiento sin precedentes de derechos colectivos para 40 etnias, en numerosos

terrenos, tales como la lengua, la cultura, la representatividad y la democracia participativa (Mayorga, 2014).

Nuevos conflictos

En pocos años, se han introducido reformas políticas y sociales que Bolivia desconocía desde los años cincuenta. La derecha tradicional presenta esas mejoras reales como simples fantasías retóricas. También señala que el gobierno populista desaprovechó el ventajoso escenario económico internacional. Le resulta inadmisibles haber perdido el control sobre esos lucros y no logra entender cómo su derrota ha desembocado en un escenario de estabilidad capitalista.

Otros sectores conservadores optaron por subirse al carro victorioso del MAS. Incorporaron especialmente en Oriente una parte de sus viejas fuerzas (MNR, ADN) al oficialismo. Con esta absorción, Evo logró mayoría en las zonas en disputa, pero hay sumas electorales que restan consistencia política. Esas ampliaciones nunca fueron gratuitas para los gobiernos populares (Arkonada, 2014a).

Evo lidera un proceso reformista radical no sólo en el plano interno. También desenvuelve ese perfil a escala internacional, mediante impactantes cónclaves para exigir la defensa efectiva del medio ambiente como la Cumbre de Cochabamba (Arkonada, 2014b).

Lo más significativo de esa intervención geopolítica es una postura antiimperialista que desborda el terreno declarativo. La expulsión de los conspiradores yanquis (disfrazados de funcionarios de USAID) fue seguida de un retiro impuesto al embajador estadounidense que ha dejado vacante esa delegación. Además, los gobernantes de Israel fueron acusados de terrorismo de Estado y el viejo reclamo a Chile de una salida al mar ha sido expuesto con gran contundencia frente a Piñera y Bachelet.

Morales promueve una ideología que combina nacionalismo con indigenismo. Comanda un sistema político que ha desplazado a la vieja elite de oligarcas blancos. Inició su gobierno prometiendo “transformar las protestas en propuestas” y proclama que Bolivia necesita “socios y no patrones”.

Pero el desenvolvimiento de su proyecto enfrenta un techo muy estricto en los marcos del capitalismo. Hasta ahora, su esquema concilió alivios populares con privilegios de las clases dominantes. Son dos metas en conflicto que emergen a la superficie cada vez que el gobierno adopta alguna medida favorable a los grupos de poder.

En esos casos, la reacción popular ha sido contundente. Ya ocurrió en diciembre del 2010 con el incremento de los precios de los combus-

tibles (“Gasolinazo”) y durante las marchas contra la construcción de una carretera que atraviesa territorios indígenas, el TIPNIS. El gobierno ha contemporizado con esas protestas y buscó resolver las tensiones en la mesa de negociación. Pero estos conflictos se acrecientan a medida que Bolivia se transforma en una sociedad urbana con mayores exigencias sociales.

El capitalismo impide la satisfacción de esas nuevas demandas y reduce los márgenes para conciliar los intereses en pugna. Hasta ahora, Evo logró soslayar estos problemas, pero no podrá eludirlos en el futuro.

Socialismo comunitario

A diferencia de Venezuela, el socialismo no está presente en Bolivia en los discursos oficiales, en las campañas electorales o en las exposiciones ideológicas corrientes de los gobernantes. Pero forma parte de la tradición política del país y de las principales organizaciones populares. El propio agrupamiento oficial (MAS) incluye la denominación socialista y Evo dedicó su reciente victoria electoral a Fidel Castro y Hugo Chávez, convocando a reafirmar la lucha contra el capitalismo.

El socialismo se introduce en otro plano, a través de la conceptualización teórica que ha desarrollado el vicepresidente Álvaro García Linera. Su punto de partida es la crítica de los catastróficos efectos del capitalismo. Describe cómo este sistema multiplica la desigualdad, el desempleo y la destrucción de la naturaleza. Cuestiona el principio del beneficio, los efectos de la explotación y las agresiones del imperialismo.

Linera retoma el proyecto socialista como respuesta a ese escenario. Defiende ese modelo en términos tradicionales, polemizando con las distorsionadas interpretaciones que difundió la propaganda anticomunista. Recuerda que el capitalismo ha ocupado un breve lapso en la historia y destaca la vigencia del socialismo para superar los tormentos del capitalismo (García Linera, 2010a).

Estas contundentes definiciones contradicen el planteo que expuso al asumir como segunda figura del gobierno de Evo. En ese momento, propuso impulsar un modelo de “capitalismo andino-amazónico”, tomando distancia de la convocatoria de Chávez a forjar el socialismo del siglo XXI. Sugirió que en Bolivia era conveniente la implementación de alguna variante económica del desarrollismo. Con sus nuevas definiciones a favor del socialismo, parece revisar ese enfoque precedente.

Pero la peculiaridad del planteo de Linera radica en el perfil comunitario de su propuesta socialista. Subraya la vitalidad que mantienen

las comunidades en Bolivia y la consiguiente vigencia de principios de trabajo asociativo, con fuertes valores éticos de fraternidad, tanto en el campo como los barrios populares de las ciudades.

El vicepresidente considera que esa continuidad permite gestar una variante de socialismo comunitario, semejante al aplicable en Ecuador o a ciertas zonas de México, India y África. Estima que este proyecto no es realizable en los países desarrollados (o de capitalismo intermedio) que han perdido toda memoria de las viejas formas económicas colectivas (García Linera, 2010a).

Su propuesta está acotada a las regiones del planeta que conservan legados comunitarios. Linera no postula los proyectos generales de construcción cooperativista que impulsan las corrientes autonomistas. Tampoco propone crear comunas rurales, fábricas autogestionadas o economías del tercer sector como anticipos del socialismo. Se limita a señalar que el proyecto anticapitalista puede apoyarse, en ciertos países, en la herencia legada por las antiguas estructuras comunitarias.

Esta tesis retoma la especificidad del socialismo andino que, en las décadas de 1920 y 1930, intuyó José Carlos Mariátegui. El intelectual peruano estimaba que el capitalismo había arrasado en su país con las comunidades incaicas del *ayllu*. Pero también destacaba la subsistencia del espíritu solidario gestado por esa tradición. Convocaba a trabajar en la organización de una economía colectiva a partir de esos principios de comunismo agrario (Mariátegui, 2007).

Linera actualiza esa concepción y considera que su visión es coherente con la propia maduración de Marx, que en los últimos estudios de su vida remarcó las potencialidades revolucionarias de las comunidades agrarias rusas (*mir*) (Kohan, 2000).

Pero el siglo y medio transcurrido desde esa caracterización han incluido intensos desarrollos capitalistas, procesos revolucionarios y ensayos de construcción socialista. El grado de subsistencia material de las comunidades en el siglo XXI es significativamente menor al observado por Marx o por Mariátegui. Aunque Linera pone el acento en el legado político-cultural y no en las estructuras económicas de esas formaciones, las mutaciones han sido muy grandes en todos los planos.

Existe otra significativa diferencia con esos antecedentes. Tanto Marx como Mariátegui formularon sus hipótesis apostando a una victoria próxima del socialismo a escala mundial. Con esa perspectiva en mente, imaginaban empalmes de los resabios del *mir* ruso o del *ayllu* peruano con pujantes desarrollos industriales de la periferia, apuntalados por las economías poscapitalistas de Europa.

Linera reafirma esa eventual conexión entre un socialismo de raíces indígenas con el desenvolvimiento de alternativas anticapitalistas a escala mundial. Por eso rechaza cualquier ilusión de forjar un modelo socialista encerrado en el Altiplano. Pero también destaca que esa transición será un prolongado proceso de imprevisible duración (García Linera, 2008).

Este esquema no aclara cómo se produciría el enlace de las antiguas formas comunitarias con el socialismo global. El cambio de temporalidad del proyecto no es un dato menor. La experiencia confirma que, cuando esas modalidades quedan sujetas a un contacto dominante con el capitalismo, se reduce significativamente la posibilidad de un empalme con cursos socialistas. La competencia mercantil, la generalización del trabajo asalariado y las inversiones del agronegocio impiden esa convergencia.

Esta contradicción acentúa las propias ambigüedades del enfoque de Linera, que pondera la meta socialista sin abandonar su propuesta previa de capitalismo andino-amazónico. Más bien sugiere algún tipo de coexistencia entre ambos esquemas mediante fragmentos de capitalismo que convivirían con pedazos de socialismo. Supone que, durante esa concordancia, el segundo sistema erosionará gradualmente al primero (García Linera, 2010a). Pero no define cómo se consumaría esa transición. En sus textos evita precisar si concibe una tensión entre el mercado y la planificación durante el pasaje al socialismo o si proyecta un fortalecimiento previo del capitalismo, antes de cualquier comienzo socialista.

Estados y gobiernos

Linera estima que el socialismo comunitario será precedido por una gran consolidación del Estado. Considera que esa institución ha quedado sometida en la actualidad a un contradictorio proceso de mayor centralidad y vulnerabilidad. Puede manejar grandes presupuestos e intervenir con más contundencia en la economía, pero se encuentra más condicionada y sometida a los flujos internacionales del capital.

El vicepresidente entiende que para afianzar los derechos populares resulta indispensable fortalecer al Estado nacional. Postula esta caracterización en abierta polémica con teóricos como Antonio Negri, que cuestionan ese propósito (García Linera, 2010b).

Con este planteo, Linera cierra su etapa de pensamiento autonomista. Pone fin a un período de expectativas en el protagonismo de

los movimientos sociales y teorizaciones afines al concepto de “multitud”. Su llegada al gobierno implicó el abandono de esos conceptos y la adopción de una firme convicción en la centralidad del Estado (Stefanoni, 2008).

En esta nueva mirada, la naturaleza de clase del Estado es eludida. No se sabe si la institución que permitiría incorporar grandes derechos populares se inscribirá en una transición socialista o en el ámbito burgués.

Linera subraya que, en Bolivia, el Estado debe primero asegurar la descolonización, incorporando los derechos negados durante siglos a los pueblos indígenas. Describe cómo se avanzó en ese terreno legitimando toda la variedad de idiomas y culturas reconocidas en la nueva configuración plurinacional. Estima que este cambio constituye el punto de partida para sustituir el “Estado aparente” de las minorías oligárquicas por el “Estado integral” de las mayorías populares (García Linera, 2010b).

En los hechos, postula construir una estructura estatal sólida que ejerza su autoridad sobre todo el territorio. A diferencia del grueso de América Latina, esta construcción nunca fue completada en Bolivia. El gobierno de Evo ha intentado concluirla, creando una nueva red de funcionarios sustitutiva de las elites racistas precedentes.

Linera entiende que este paso será efectivizado por un gobierno popular, que en los hechos se desenvolverá en el marco capitalista. También aquí su planteo de socialismo comunitario queda diluido ante la decisión práctica de preservar el régimen social vigente.

El vicepresidente también remarca la radicalidad del proceso boliviano en comparación a otros países como Sudáfrica. Señala que allí se introdujeron drásticos avances descolonizadores con la eliminación del *Apartheid*, pero sin alterar la dominación económica de los grandes negocios. Considera que, en Bolivia, se consiguieron logros democráticos del mismo alcance, pero con nacionalizaciones y recuperación del poder económico del Estado (García Linera, 2010b).

Esas medidas efectivamente incrementaron la captura estatal de la renta de los hidrocarburos, pero no iniciaron las transformaciones requeridas para una transición socialista. Linera evita evaluar esta limitación y sólo remarca la dimensión política del proyecto anticapitalista. Señala que esa estrategia requiere unidad de las organizaciones populares, seducción de las capas medias y aislamiento del imperalismo. Estima que en esas condiciones se podrá forjar gradualmente el socialismo (García Linera, 2010b).

¿Cómo concretar ese proceso? La gran popularidad y estabilidad del gobierno de Evo permite evitar estas preguntas. Pero no resuelve las dificultades que enfrentaron todos los procesos que siguieron el camino propuesto por Linera.

Indianismo y marxismo

Los indígenas ocupan un lugar prioritario en la nueva realidad boliviana. Linera remarca ese papel, recordando que Evo recupera un liderazgo perdido desde la época del Manco Inca (1540).

El vicepresidente resalta esta gravitación en polémica con los marxistas clásicos, que subrayaban el papel conductor del proletariado en las alianzas populares. Destaca el declive de la condición obrera al calor de las transformaciones registradas en la minería. También remarca la incapacidad política de la vieja central sindical (COB) para adaptarse a este cambio y pondera el nuevo liderazgo indígena-campesino.

Esta visión de Linera proviene de su anterior proximidad con el indianismo katarista, que postulaba la reinvencción del indígena como sujeto de la emancipación. El vicepresidente estima que esa gravitación quedó confirmada en la última década de bloqueos de caminos, que condujeron al surgimiento de una central sindical campesina (CSUTCB) (García Linera, 2008).

Pero las conclusiones actuales de Linera no emergen sólo de esa trayectoria. También incorporan su alejamiento del katarismo. En los años setenta, defendía las tesis indianistas; luego, participó en la acción guerrillera y permaneció cinco años en la cárcel, manteniendo el ideario de autodeterminación de las naciones aimara y quecha. Pero el encuentro de su grupo Comuna con Evo luego de la “Guerra del Gas” lo separó de ese pasado político.

En la actualidad, se sitúa en una vertiente integracionista del indianismo que reconoce la pluralidad y los aportes de la izquierda. Cuestiona la corriente culturalista (pachamámica) que promueve la simple folklorización y es crítico de la tendencia opuesta que propone construir una república india transnacional (en toda la región) o territorial (en Bolivia) (García Linera, 2008).

El distanciamiento del katarismo y la aproximación al marxismo explican su caracterización actual del socialismo comunitario. Dejó atrás el programa de indianización total y participa en un gobierno que realiza la gravitación de los indígenas, sin aceptar su separación del resto de sociedad. Esta visión de Linera tiene más proximidades con la izquierda mariateguiana que con el indianismo katarista. Con

este nuevo enfoque, reformula el proyecto socialista manteniendo la centralidad de la cuestión indígena.

Interrogantes de una evolución

Las rebeliones sociales de la última década pusieron de relieve la opresión padecida en América Latina por 45 millones de individuos pertenecientes a 485 grupos étnicos distintos. Esta resistencia ha derivado en un significativo incremento del número de indígenas que autoreconoce su identidad.

El último censo registró un gran aumento de la población que asume esa pertenencia. Agrupan al 8,3% de los habitantes de la región, pero constituyen el 62% de los habitantes de Bolivia. La enorme brecha que separa este porcentual del resto del continente (con la única excepción del 41% en Guatemala) explica la centralidad del problema indígena en el Altiplano (CEPAL, 2014).

Luego de siglos de avasallamientos, la convergencia de las demandas político-culturales de los indígenas con planteos antiimperialistas tradicionales ha generado nuevas síntesis políticas. Se ha demostrado que los oprimidos pueden asumir varias identidades, combinando aspiraciones culturales, nacionales y sociales (Katz, 2008c).

Linera inscribe su visión en este reconocimiento, tomando distancia del indianismo extremo. Su visión previa mantenía vínculos con una vertiente del esencialismo étnico que rechaza la existencia de estándares comparativos universales para evaluar políticas y estrategias populares.

Ese enfoque realza la superioridad cultural de cierto grupo, mediante un atrincheramiento en las identidades que no deja lugar a la armonización y el entendimiento entre las distintas culturas. Objeta la insensibilidad liberal frente a la diversidad, pero reivindicando un particularismo que ignora el interés común de oprimidos (Díaz Polanco, 2006).

El enfoque actual de Linera es más compatible con los ideales de la izquierda, que promueven la defensa conjunta de la igualdad y la diferencia. Marx alentaba el proyecto comunista y el anticolonialismo; Lenin auspiciaba el internacionalismo y el derecho a la autodeterminación nacional; y Mariátegui apuntalaba el socialismo y el indigenismo (Díaz Polanco, 2006).

Con su proyecto de socialismo comunitario, el vicepresidente retoma la búsqueda de esos puentes entre indianismo y marxismo. Esta síntesis complementa varios cambios de su enfoque. Reemplazó las propuestas de autodeterminación por la prioridad del Estado Plurina-

cional y sustituyó el protagonismo de la multitud por un gobierno de movimientos sociales. Sus ideas iniciales de comunismo aldeano evolucionaron hacia una expectativa de capitalismo andino-amazónico, que actualmente ha devenido en un programa de socialismo comunitario.

Estas modificaciones tienen cierto parentesco con el itinerario intelectual de Chávez, que empezó coqueteando con la Tercera Vía, se relacionó con los militares derechistas argentinos, perfeccionó el nacionalismo militar revolucionario y terminó adoptando el socialismo.

La complejidad, riqueza y potencialidad de estas trayectorias no son registradas por las evaluaciones que simplemente acusan a Linera de mantener un razonamiento procapitalista y adverso a la revolución social (Ferreira, 2011).

Que el intelectual boliviano haya colocado el proyecto socialista en el centro de su estrategia no es un dato menor. El significado real de ese cambio quedará esclarecido con su evolución y su práctica política. A pesar de sus vaguedades, contradicciones e inconsistencias abre un terreno fértil para debatir la actualización del horizonte anticapitalista.

Incoherencias de la derecha

La derecha se burla de cualquier referencia al socialismo, considerando que apunta a entretener al electorado. Pero las menciones de su opuesto —el capitalismo— son vistas como consideraciones de gran trascendencia. Presenta la glorificación del mercado, la competencia o la ganancia como sinónimos de pensamiento profundo y ubica la defensa de la igualdad en un terreno de puro palabrerío.

Utilizando ese criterio, ponderó la eliminación de todas las alusiones del MAS al socialismo durante la última campaña electoral. Atribuyó ese abandono al reforzamiento de un discurso conciliador y pro empresarial alejado de Venezuela (Guillemi, 2014). Pero esta interpretación no se condice con la dedicatoria del éxito electoral que hizo Evo a los pueblos que luchan contra el capitalismo.

Es igualmente llamativa la diferencia de actitud que asume el *establishment* frente a Evo y Chávez-Maduro. El mismo tipo de socialismo que no entrañaría consecuencias para Bolivia es presentado como un terrorífico peligro para Venezuela. Ese temor es propagado por un pool de 82 periódicos latinoamericanos integrados a la SIP, que publica desde hace varios meses una página diaria de descripción del caos chavista.

Mientras que algunos medios anuncian el colapso final de la producción petrolera venezolana, otros retratan intenciones masivas de abandono del país (Oppenheimer, 2014; Vyas, 2014). Vargas Llosa encabeza esa campaña reaccionaria, proclamando la necesidad de acciones más contundentes que la simple protesta pacífica para derrocar al gobierno (Vargas Llosa, 2014).

La doble vara de la derecha frente a Bolivia y Venezuela no se basa en distinciones teóricas entre el socialismo comunitario (aceptable) y el socialismo del siglo XXI (indigerible). El problema de los conservadores radica en la dificultad para encontrar argumentos creíbles de ataque a Bolivia, luego de los logros conseguidos en la última década. El gobierno del MAS ha puesto de relieve el sistema político discriminatorio que ha regido en el Altiplano durante siglos y nadie se atreve a defender ese *apartheid*.

Por otra parte, el tamaño, los recursos y la gravitación regional determinan una incidencia geopolítica de Bolivia muy inferior a Venezuela. El imperialismo no se resigna a perder el manejo del principal territorio petrolero de América Latina y conspira para recuperar el control de PDVSA.

Estados Unidos no dudó en el pasado en invadir países más chicos que Bolivia (como Granada o Panamá) y mantiene desde hace décadas su asedio contra la isla de Cuba. Pero, en la última década, transformó a Venezuela en el “eje del mal” porque este país demostró capacidad de desafío con la construcción del ALBA, la diplomacia del petróleo y la concreción de alianzas extraregionales inadmisibles para el Departamento de Estado.

El lugar que ocupa cada nación en los ataques imperiales cambia en cada coyuntura y no está determinado sólo por razones ideológicas. El gobierno de Argentina es agredido últimamente con la misma intensidad que su par venezolano, a pesar del explícito rechazo peronista de cualquier proyecto socialista.

La derecha diaboliza a ambos países, contrastando sus pesares con el bienestar imperante en el resto de Latinoamérica. Contraponen la excelente situación que atraviesan las naciones gobernadas por el neoliberalismo, con las desgracias sufridas bajo las administraciones populistas. Destaca cómo en Venezuela y Argentina se destruye la cultura del esfuerzo, el ahorro y la inversión por la politización del quehacer cotidiano (La Nación, 2014a). También difunde datos que sitúan a ambos países al tope de los indicadores negativos de la región (Bazzan, 2014).

Con esas anteojerías ni siquiera registran las enormes diferencias que separan a las dos naciones. Mientras que en Venezuela la burguesía conspira para recuperar el manejo de renta petrolera, en Argentina la renta agraria está en manos del sector privado y sólo se disputa el monto de la tajada impositiva que absorbe el Estado.

El modelo económico socialdesarrollista de reformas sociales y redistribución del ingreso, que se ensaya en el primer caso difiere sustancialmente del programa neodesarrollista de recomposición de la burguesía industrial, que se intentó en el segundo país. El chavismo confrontó con el imperialismo, movilizándolo a las masas y afrontando escaladas golpistas. En cambio, el kirchnerismo sólo ha liderado una experiencia de centroizquierda con autonomía de Estados Unidos, pero sin prácticas antiimperialistas.

El ataque indiferenciado de la derecha contra Venezuela y Argentina y su implícita consideración hacia Bolivia retrata la total inconsistencia de los mensajes derechistas. No explican cómo en el Altiplano se ha logrado una estabilidad macroeconómica bajo un régimen político liderado por caudillo que reúne todas las pesadillas del populismo. Tampoco aclara de qué forma un gobierno tan alejado de sus formatos políticos ha logrado niveles de inflación, inversión o tranquilidad cambiaria semejantes a los países con gobiernos ultraliberales.

La derecha realiza a estas últimas administraciones ocultando los índices de exclusión, criminalidad o explotación. Nunca habla de la precarización laboral de Perú, del desastre de la jubilación en Chile o de la tragedia de los emigrantes de México y Centroamérica.

La omisión de noticias adversas en los países gobernados por la derecha, los silencios sobre Bolivia, las calumnias contra Venezuela y las campañas contra Argentina retratan cómo operan los medios de comunicación. Moldean un sentido común distorsionado para fijar la agenda pública al servicio de la dominación burguesa.

Los comunicadores de las grandes cadenas periodísticas nunca actúan con independencia, profesionalidad u objetividad. Aprovechan su condición de personajes influyentes para construir realidades virtuales divorciadas de los acontecimientos reales.

Por eso, las batallas en este campo son decisivas y cualquier paso hacia la democratización del espacio comunicacional es vital. Desafiar el mensaje conformista, contrapesar la manipulación de las imágenes y demostrar que la información es un derecho en conflicto con la rentabilidad es una prioridad para la acción de la izquierda.

Coyunturas y futuros

El afianzamiento de un proyecto político radical con imaginarios socialistas en Bolivia retrata los límites de la contraofensiva actual de la derecha latinoamericana. Los conservadores buscan reinventarse con discursos más sociales, compromisos de asistencialismo y perfiles

juveniles. Proclaman la disolución de las ideologías, despolitizan las campañas electorales y enfatizan la centralidad de la gestión.

La derecha pretende aprovechar el estancamiento del ciclo de ascenso popular, que comenzó a fines de los noventa en Venezuela y alcanzó su máxima intensidad entre los años 2000 y 2005. La resistencia de Honduras, las marchas campesinas en Colombia, las protestas estudiantiles en Chile y el despertar juvenil en Brasil no tuvieron la dimensión de las rebeliones previas de Venezuela, Argentina, Bolivia o Ecuador que tumbaron gobiernos neoliberales.

Pero no es la primera vez en la historia latinoamericana que un fuerte despegue de revueltas populares es sucedido por un escenario de contragolpes e indefiniciones. Los equilibrios de los últimos años estuvieron muy influidos por la recuperación económica y la afluencia de divisas generadas por la revalorización de las exportaciones agro-mineras. Ambos fenómenos tienden a frenarse.

Nadie sabe qué rumbo adoptará la resistencia popular en los próximos años. Pero la situación actual de Bolivia ilustra cómo la experiencia de la última década ha creado un piso de convicciones ideológicas y definiciones políticas que elevaron el nivel de conciencia popular. Este acervo constituye el basamento para debatir las estrategias de la izquierda.

Estas reflexiones presuponen una revalorización del socialismo, en contraposición a la presentación derechista de este debate como un simple juego de palabras, en torno a etiquetas sin contenido.

Esa discusión permite destacar que América Latina no afronta sólo escenarios neoliberales o neodesarrollistas, sino también posibilidades anticapitalistas. Las experiencias de Venezuela y Bolivia alimentan reflexiones sobre estrategias, ritmos y caminos al socialismo. También inducen a soñar con ese futuro.

15. La epopeya de Cuba

Cuba aportó el mayor ideario de transformación social a varias generaciones de latinoamericanos. Su revolución conmovió a la juventud, convulsionó a las organizaciones políticas y sacudió a la izquierda.

En los años sesenta, el castrismo rompió todos los dogmas al demostrar que un proceso socialista era posible en el continente. A 90 millas de Miami, introdujo nacionalizaciones generalizadas para responder a las conspiraciones del imperialismo. Posteriormente, intentó una heroica extensión regional de la revolución.

La decisión cubana de resistir la restauración capitalista luego del colapso de la Unión Soviética generó un nuevo asombro. La población de una pequeña isla lindante con el centro imperial afrontó un sofocante aislamiento internacional y realizó inconmensurables esfuerzos para mantener su independencia.

La perdurabilidad de ese proceso fue determinante del cambio que ha registrado el escenario sudamericano. La reinstalación de una colonia estadounidense en Cuba habría obstruido la resurrección de los procesos radicales y limitado las victorias logradas contra el neoliberalismo.

Resulta muy difícil imaginar los avances de Venezuela o Bolivia sin el ejemplo de un país que supo confrontar con el poderío estadounidense. La repetición en la isla de la trayectoria seguida por Rusia o Europa del Este habría sepultado, por un largo período, todas las tradiciones revolucionarias transmitidas al continente.

Pero, transcurridas más de dos décadas del desplome del desplome de la Unión Soviética y su bloque económico internacional (COMECOM), se han registrado importantes transformaciones en Cuba. Estos cambios contienen enormes posibilidades e incuestionables peligros.

Logros y desafíos

La principal enseñanza reciente de lo ocurrido en Cuba es la enorme capacidad de mejora popular que ofrece un esquema económico-social no capitalista. En medio de la penuria económica, el aislamiento diplomático, las provocaciones militares, las presiones financieras y la agresión mediática se lograron preservar parámetros de esperanza de vida, escolaridad o mortalidad infantil muy superiores al resto de la región.

Esta extraordinaria realización resulta incomprensible para los apologetas del capitalismo. Como no pueden presentar ejemplos equiparables, eluden cualquier mención de esos logros. Cuba demostró de qué forma se puede evitar el hambre, la delincuencia generalizada y la deserción escolar con escasos recursos.

El país afronta actualmente graves dificultades para mantener la gratuidad de los principales servicios, pero esas limitaciones son muy diferentes a las adversidades que predominan en los países semejantes.

Cuba no es Argentina, Brasil o México. Hay que comparar su situación con las economías latinoamericanas situadas por debajo de ese escalón de desarrollo económico. Ninguno de esos casos puede exhibir el perfil de una isla sin desempleo, indignancia o pobreza masiva.

En la isla están cubiertas las necesidades básicas de la población. Todas las familias tienen acceso a la alimentación, la educación y la salud. La escasez de abastecimientos o la falta de variedad de los consumos no incluyen a los bienes indispensables para garantizar esa cobertura.

Cuba cuenta con un excelente nivel de escolaridad. Un reciente estudio del Banco Mundial estima que su sistema educativo mantiene parámetros de formación profesional en muchos planos semejantes al nivel de Finlandia, Singapur o Canadá (Lamrani, 2014).

También ha logrado un índice de esperanza de vida que supera en cinco años al resto del continente y cuenta con tasas de mortalidad reducidas en todos los grupos etarios. Consiguió el promedio más

bajo de malnutrición de América Latina y uno de los porcentajes más elevados de conexión de viviendas a las redes de agua potable (Navarro, 2014).

El país preserva, además, el índice de seguridad alimenticia más elevado de la región y un bajo nivel pobreza en comparación a la media de Latinoamérica (Vandepitte, 2011). De acuerdo a las estimaciones del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Cuba es uno de los tres países latinoamericanos que ha logrado ubicarse en el casillero de alto nivel de desarrollo (PNUD, 2014).

Pero la isla afronta un serio problema para sostener esos avances. El estancamiento y las privaciones que siguieron al derrumbe de la Unión Soviética se atenuaron, pero obligan a implementar un giro económico. Toda la sociedad reconoce esa impostergable necesidad, puesto que nadie ha podido recuperar el patrón de ingresos vigente en los años setenta y ochenta.

El desplome del sostén soviético fue seguido por un agravamiento del bloqueo estadounidense (ley Torricelli en 1992 y acta Helms Burton en 1996). Ese cerco obstruye el comercio y genera costos monumentales. Un barco que toca puerto cubano no puede amarrar en Estados Unidos y al principal mercado del mundo no puede ingresar un producto con componentes cubanos.

La isla ha sufrido periódicas provocaciones que obligan al Estado a solventar un gravoso aparato militar defensivo. El gobierno cubano necesita mantener 600 mil hombres en condiciones de acción bélica inmediata y debe financiar una estructura armada totalmente desproporcionada para las dimensiones del país (Isa Conde, 2011).

Además, en los últimos años el país padeció fuertes adversidades comerciales y climáticas. Cayó el precio de las exportaciones (níquel) y subió el costo de las importaciones (alimentos). Hubo huracanes, sequías e inundaciones de gran intensidad, especialmente entre 1998 y 2008. Estos trastornos no provocaron tragedias humanas como habitualmente ocurre en el resto del continente, pero que implicaron costos millonarios. La crisis internacional generó también una reducción de los ingresos del turismo, aun a pesar del moderado aumento de los visitantes.

La economía es gestionada desde hace varios años con cierto déficit presupuestario y el nivel de actividad es sostenido al filo de la navaja. El equilibrio comercial es tan ajustado como la financiación externa.

Cuba resistió la restauración del capitalismo con el gran sacrificio que implicó el “Período Especial” de los años noventa. El impacto económico del desplome de la Unión Soviética fue demoledor. Todo el comercio de la isla estaba asociado con los países del Comecon y las ventas de azúcar a ese bloque solventaban el conjunto de los gastos externos.

El país se quedó sin nada y tuvo que asegurar su defensa y abastecimiento de bienes básicos en condiciones de encierro y colapso del transporte, la electricidad y el combustible. Muy pocos regímenes políticos han logrado sortear adversidades de esa envergadura.

Un reciente estudio explica la fuerza de esa resistencia por la memoria de las transformaciones sociales logradas en los años sesenta y setenta. También resalta el rechazo a convertir nuevamente a la isla en un burdel estadounidense. El trabajo traza una aleccionadora comparación con la devastación de derechos populares padecida por los países del Comecon que reingresaron al capitalismo durante el mismo período (Morris, 2014).

Pero al cabo de esa experiencia, Cuba no está en condiciones de continuar el camino precedente al socialismo. Salta a la vista la imposibilidad de erigir en forma solitaria una sociedad de abundancia e igualdad, en una pequeña localidad del Caribe. La continuidad de la revolución permitió defender lo conquistado, pero no asegura el desarrollo productivo y el bienestar material que supondría la consolidación del socialismo. Si en la Unión Soviética se verificaron dificultades para forjar esa sociedad cortando lazos con el mercado mundial, es obvio que Cuba ni siquiera puede concebir esa posibilidad.

El importante cambio de contexto latinoamericano ha contribuido a revertir el aislamiento del país. Se aligeraron las privaciones y se normalizó el funcionamiento de la economía, especialmente a través de la cooperación con Venezuela. Pero este desahogo sólo ayuda a sostener lo conquistado.

Tres problemas

Las mutaciones que debe encarar Cuba obedecen a tres cambios de largo plazo. En primer lugar, la nueva realidad geopolítica que introdujo el colapso de la Unión Soviética desajustó toda la estructura productiva. El país había amoldado su economía a una expectativa de grandes avances poscapitalistas en el mundo o, por lo menos, en la región.

Siempre se supo que un alcance efectivo del socialismo era imposible en una sola isla y, por esta razón, se intentaron altos de niveles de complementación con los socios del Este. Esa conexión fue combinada con la apuesta a una sucesión de victorias revolucionarias en América Latina.

Esa estrategia política explica la elevada especialización que desarrolló la isla en médicos, ingenieros, educadores y militares. En torno a esas actividades se construyeron los valores de una sociedad que ponderaba a los héroes en combate, a los brigadistas y a las misiones internacionalistas.

El legado de ese período se verifica en muchos planos. Cuba aportó sus métodos de alfabetización, medicina preventiva y preparación militar a numerosos países de Latinoamérica y África. Este acervo fue particularmente compartido con Angola y Nicaragua en los años setenta y ochenta, con Haití durante el terremoto y actualmente con Venezuela (intercambio de educadores por petrolero) o con Bolivia (médicos y cirugías de alta complejidad).

Otra prueba reciente de esta especialización cubana en acciones de socorro y solidaridad es el cuerpo de médicos enviados al África para lidiar con la epidemia de ébola. Nada menos que el New York Times dedicó un elogioso editorial a esta acción, contrastando los riesgos que asumen esos profesionales con la reticencia estadounidense a enviar misiones al lugar. Más chocante es la negativa de las compañías de seguros a cubrir el financiamiento de esas operaciones (New York Times, 2014).

Los ponderados médicos cubanos son un producto de la educación militante que la revolución introdujo para apuntalar la expansión internacional del socialismo. Cuando esa meta se frustró, el país debió afrontar la paradoja de contar con una población educada y con ambiciones del Primer Mundo, en una frágil economía del Tercer Mundo.

Una masa de trabajadores y profesionales con altos niveles calificación y conciencia laboral se desempeña en una isla con industrias y sectores agrícolas de baja productividad. Este divorcio entre el alto desarrollo cultural e intelectual de la sociedad y el estrechísimo basamento económico tiene incontables manifestaciones. Los receptores del turismo, por ejemplo, cuentan con mayor preparación profesional que el promedio de los visitantes.

Esta desconexión genera difíciles problemas para quienes no encuentran trabajo con remuneraciones acordes a su especialidad. Que un taxista o un camarero multipliquen con toda facilidad el

ingreso de un ingeniero o un médico es la mayor evidencia de esa extraña situación (Padura, 2010; 2012).

En los últimos veinte años, Cuba registró cambios radicales en su economía, que generaron un segundo tipo de problemas estructurales. El país sobrevivió aceptando el turismo, los convenios con empresas extranjeras y un doble mercado de divisas que segmenta a la población entre receptores y huérfanos de las remesas.

La aparición de este importante flujo de divisas determinó una transformación económico-social muy significativa. El grueso de los dólares ingresados no es invertido. Se transfiere al consumo, produciendo una fractura en el poder de compra entre los sectores favorecidos o privados de esa moneda.

Algunos analistas describen cómo este doble mercado creó una importante estratificación social. Los marginados de ese circuito viven con presupuestos ajustados y se alimentan con comidas austeras. Los que tienen divisas pueden disponer de mejores vestimentas, computadoras o teléfonos celulares (Vandepitte, 2011).

Esta brecha surgió en 1993 con la implantación de un doble mercado que buscó paliar la falta de divisas. Ese impacto inequitativo fue atenuado con políticas impositivas. Para adaptar el ideal igualitario a la adversidad externa, el Estado acotó con gravámenes la nueva desigualdad.

Un tercer problema de la economía cubana deriva de la errónea imitación del modelo ruso de estatización completa. La fascinación acrítica con la Unión Soviética condujo en los años setenta a una inoperante extensión del sector estatal, que impactó en forma muy negativa sobre la productividad agroindustrial. Esa oleada de estatizaciones anuló todos los pequeños comercios y fabricantes privados. En 1977 se eliminaron los últimos vestigios de las actividades por cuenta propia.

Esas medidas desconocieron que la transición al socialismo sólo es factible mediante un paulatino avance del plan sobre el mercado, en función de la eficiencia lograda por el sector estatal en comparación al privado. Cuba repitió la modalidad rusa de estatización integral, sin considerar la aplicación de las estrategias más moderadas que adoptaron Yugoslavia o Hungría.

Todos los intentos para subsanar los inconvenientes creados por la estatización completa fueron infructuosos. El trabajo voluntario, la zafra de 10 millones o la rectificación de fines de los ochenta sólo aportaron paliativos. Tampoco fueron escuchados los cuestiona-

mientos expuestos en algunos organismos de la época como el CEA (Centro de Estudios sobre América). El principal efecto negativo de esa estatización fue el declive de la productividad y la dependencia que mantiene Cuba de la importación de alimentos.

Seguramente, esta equivocación obedeció a problemas teóricos (incomprensión de la transición al socialismo) y a manejos burocráticos. Pero también es cierto que no resultaba fácil compatibilizar la prioridad asignada a la estrategia revolucionaria continental con políticas contemplativas hacia el mercado. El primer objetivo requiere un nivel de idealismo, heroísmo y equidad que choca con la vida comercial. Para los revolucionarios nunca fue sencillo equilibrar el romanticismo con el realismo. Lenin y Trotsky enfrentaron problemas muy semejantes a fines de los años veinte (Katz, 2006a).

Las reformas en curso

Para lidiar con este complejo escenario, el gobierno ha decidido ampliar la gravitación económica del mercado con el objetivo de favorecer la inversión. Después de muchas discusiones y vacilaciones, han comenzado a aplicarse las resoluciones discutidas desde el 2008 y sintetizadas en los lineamientos del 2011. Se relajan las restricciones vigentes para la pequeña actividad privada, se autoriza la creación de negocios y la contratación de empleados. También se anulará la libreta, habrá una paulatina liberalización de los precios y se buscará eliminar la existencia de dos monedas.

Las medidas incluyen una mayor autonomía en la gestión de las empresas estatales. Cada firma podrá manejar en forma descentralizada su presupuesto, adquirir insumos y vender productos en función de sus propios cálculos (PCC, 2011).

El objetivo inmediato es el ahorro de divisas. A diferencia de la ex Unión Soviética o China, Cuba no puede sobrevivir en la autarquía. Necesita dólares para adquirir combustibles e importar alimentos. Por esta razón, se ha dispuesto reordenar las cuatro fuentes de ingreso de moneda dura: turismo, níquel, servicios profesionales y remesas.

Para reanimar la agricultura, se entregarán tierras ociosas a la pequeña producción privada y a las cooperativas, buscando repetir la expansión que logró China en los años ochenta. Pero la isla no sólo enfrenta una escasa disponibilidad de tierras fértiles. También carga con un altísimo nivel de urbanización que dificulta los incentivos para trabajar en el sector rural.

El punto más conflictivo de las reformas es la introducción de un *status* de trabajadores “disponibles” para todos los afectados por la reorganización de las empresas públicas. La falta de recursos obliga a transparentar la dura realidad de compañías deficitarias, que no pueden ser solventadas por el Estado. Por esta razón se elimina el principio de garantía oficial del empleo. Se busca crear un nuevo segmento de ocupados en el sector privado y cooperativo, que absorba los recortes del trabajo estatal (Maiki, 2011).

El gobierno ha pospuesto reiteradamente decisiones que chocan con las aspiraciones de la revolución y con los valores pregonados durante décadas. Pero entiende que no le queda otro remedio. Las reformas promercantiles son vistas como el único camino para superar el crítico estancamiento de la economía.

Estos cambios no implican por sí mismos un retorno al capitalismo. Este sistema presupone propiedad privada de las grandes empresas y bancos, formación de una clase dominante y generalización de la explotación. Las reformas no introducen ninguna de estas características. Amplían la gravitación de la gestión mercantil en el marco precedente. Se otorgan concesiones a la acumulación privada, con límites tendientes a evitar la restauración burguesa.

En los últimos años, comenzaron a implementarse estos cambios. Se han dispuesto numerosas autorizaciones para la compra-venta de viviendas o automotores y se han distribuido parcelas cultivables. Aparecieron pequeños negocios (como los “paladares” de comidas) y numerosos emprendimientos comerciales.

Ya existe un clima de mayor actividad privada y se avizoran inversiones en el mejoramiento de las viviendas. La flexibilización introducida en este sector incluye restricciones a la propiedad de extranjeros y a la herencia, para evitar una corriente de compras desde Miami. Los principales convenios con empresas extranjeras están centrados en la renovación del Puerto de Mariel y en la construcción de una zona industrial en esa región.

Un punto crítico es la emigración de trabajadores calificados. Desde la eliminación de las trabas para viajar al exterior se ha registrado una fuerte corriente de salidas. Esta expatriación se verifica especialmente entre los graduados universitarios. Mientras no se genere trabajo para la masa de ingenieros, sociólogos o médicos será difícil frenar ese drenaje de materia gris.

La reorganización general del empleo ya comenzó con los 350 mil empleados que dieron el salto hacia los pequeños negocios. Los trabajadores por cuenta propia conforman una porción mínima (6%)

de la fuerza laboral, pero podrían alcanzar un alto número en los próximos años.

El peligro de una gran oleada de corrupción junto a las reformas promercado es una amenaza conocida. Hay más de 300 funcionarios enjuiciados o encarcelados por este motivo. Todos saben cómo esa enfermedad desangró a la ex Unión Soviética y afecta a China. Pero el principal desafío es acelerar el ritmo de crecimiento de una economía que no ha logrado expandirse a más del 2% o 3% anual. Las inversiones son escasas y el financiamiento internacional no llega (Rodríguez, 2014).

Las reformas se desenvuelven hasta ahora en un marco semejante a la NEP ensayada en la Unión Soviética en los años veinte y en China en la era pre Deng. No traspasan los límites compatibles con la continuidad de un proyecto socialista. La experiencia ha demostrado que el salto hacia el capitalismo no se produce por simple extensión del radio mercantil. Aparece cuando predomina el sector de la burocracia que favorece la reconversión de las elites en clases dominantes.

Lo ocurrido en la Unión Soviética demuestra que esa decisión política es el factor determinante del retorno al capitalismo. Las divisas para repetir este proceso de restauración no se encuentran en Cuba en manos de los funcionarios, sino entre los receptores de dólares. Pero los dirigentes definen cómo se utilizan esos recursos.

Cooperativistas y críticos

La reforma se debate intensamente en la isla, desmintiendo la imagen de unanimidad o silencio que existe en el exterior. Todos los mitos sobre la ausencia de discusiones se basan en el desconocimiento de esas polémicas.

Tres corrientes diferentes han cobrado forma en estos debates. Un planteo destaca la conveniencia de preservar la preeminencia del Estado, otro promueve mayores mecanismos mercantiles y un enfoque autogestionario postula expandir las cooperativas.

La propia marcha de las reformas suscita también duros cuestionamientos al alcance previsto para el trabajo asalariado. Hay reclamos para establecer impuestos compensatorios y límites más precisos para esa contratación (Piñeiro Harnecker, 2010).

Otros señalamientos polemizan con medidas que ampliarían la desigualdad social (creación de campos de golf, residencias exclusivas) y con iniciativas para permitir la adquisición de propiedades por parte de extranjeros (Campos, 2011).

Muchos cuestionamientos son formulados por los partidarios de reforzar las cooperativas. Promueven alentar las redes de almacenes en los barrios y reforzar las empresas de autogestión ya existentes (UBPC). Estiman que reavivará la economía sin fomentar el individualismo (Isa Conde, 2011).

Este modelo incentiva firmas autoadministradas que aprovechen el conocimiento de cada territorio y sector. Propone formas de control social por parte de los ciudadanos y los gobiernos locales sobre esos emprendimientos (Dacal Díaz, 2013).

Este enfoque se inspira en un balance crítico del ahogo burocrático sufrido por esas empresas. Recuerda que las UBPC enfrentaron trabas y tuvieron poca capacidad de decisión en los esquemas organizativos verticalistas del pasado (Miranda, 2011).

Con estos planteos, se busca acotar el apetito por los beneficios que genera la reintroducción del mercado. Se defienden los valores socialistas, limitando la apertura a la iniciativa privada (Alonso, 2013).

Pero las cooperativas no resuelven por sí solas los cuellos de botella que afronta la economía. Aportan un complemento indispensable a las reformas introducidas para transformar las divisas atesoradas (o consumidas) en inversión. En el escenario actual, la creación de este sector de pequeña empresa privada es insoslayable. China puede aportar créditos y Venezuela petróleo, pero Cuba debe reciclar sus propias fuentes de ahorro hacia la actividad productiva.

Algunos cuestionamientos frontales a las reformas desde ópticas convergentes con enfoques estatistas presentan otro tono. Afirman que las transformaciones actuales abren el paso al capitalismo, repitiendo el giro que inicio Gorbachov con la Perestroika. Denuncian las “propuestas burguesas” de los documentos oficiales, atacan su contenido “antisocialista” e impugnan su proximidad con el neoliberalismo (Fernández Blanco, 2011; Cobas Avivar, 2010).

Esta mirada retoma los viejos argumentos de la ortodoxia, sin explicar por qué razón la estatización completa afectó tan seriamente a la economía cubana. Supone que el colapso de la Unión Soviética obedeció a simples conspiraciones reaccionarias, omitiendo el rol asfixiante la burocracia y los privilegios que acumuló acallando el descontento popular. Con esa visión, supone que Cuba puede congelar su situación actual, reciclando el estancamiento.

Este enfoque alerta contra peligros reales de desempleo y polarización social. Pero no aclara cómo se podría evitar la pauperiza-

ción general mediante un proceso de estatizaciones sin recursos. Es cierto que existe una posibilidad de gestación de clases dominantes con la malversación de los fondos estatales. Pero la única forma de contrarrestar ese escenario es ampliando el control popular.

La reintroducción del capitalismo no se consumará con el florecimiento de la pequeña propiedad. Ese fantasma sirvió en el pasado para reforzar comportamientos burocráticos y sofocar la iniciativa económica individual. No es cierto que la expansión del comercio derivará en la inmediata creación de grandes riquezas privadas.

Esa secuencia constituye ciertamente un riesgo, frente a un peligro mayor de colapso por simple languidecimiento. Cuba enfrenta alternativas de supervivencia que exigen optar por el mal menor.

Es puro fatalismo suponer que toda NEP desembocará en el capitalismo como ocurrió con la Perestroika. En el periodo que sucedió a muerte de Lenin, el resultado fue completamente diferente. Se afianzó la colectivización forzosa y el estatismo coactivo. El desafío actual es evitar ambos desenlaces.

Los críticos afirman que las reformas son implementadas por una casta burocrática para perpetuar sus privilegios sacrificando la revolución. Pero no explican por qué razón no consumaron ese tránsito luego del colapso de la Unión Soviética. En ese momento, tenían más argumentos que en la actualidad para abrazar la causa del capitalismo.

En los hechos, este enfoque se limita a proponer alguna modalidad de planificación compulsiva, que, en el mejor de los casos, conduciría a recrear una situación semejante a la vigente en Corea del Norte. Cuba ha logrado evitar el encierro militar que padece ese país. El estatismo extremo aporta más problemas que soluciones a las disyuntivas que enfrenta la isla.

Cuestionamientos dogmáticos

Una visión convergente con las críticas del estatismo extremo postulan los enfoques dogmáticos, que observan el curso actual de Cuba como una ratificación de la restauración capitalista (Petit, 2011).

Este diagnóstico no explicita los criterios que utiliza para caracterizar esa regresión y tampoco expone datos sobre ese proceso. Simplemente constata la existencia de ese retorno como un hecho que no exigiría mayores explicaciones. También sugiere que el imperia-

lismo apuntala este proceso, como si la isla no padeciera un duro acoso estadounidense.

Esa mirada establece además una analogía con China, suponiendo que el curso capitalista post Deng se reproduce ahora en el Caribe. Con estas afirmaciones, despacha el tema y sanciona el entierro de la revolución.

Otra caracterización inspirada en fundamentos parecidos ensaya argumentos más consistentes, polemizando con nuestra visión. Acepta distinguir períodos o modelos y evita enunciar la simple vigencia de un proceso restaurador. Toma en cuenta nuestra comparación con la NEP soviética y considera que presentamos un diagnóstico realista sobre los objetivos de las reformas promercado.

Sin embargo, estima que nuestra mirada es puramente economicista. Considera que introducimos comparaciones indebidas por la pérdida de una brújula política. Afirma que la NEP de Lenin podría coincidir con iniciativas semejantes en China o Cuba, pero estuvo inspirada en políticas revolucionarias ausentes en ambos países (Yunes, 2011).

Este enfoque valida a Lenin y desecha a Castro, a pesar de reconocer la existencia de orientaciones económicas parecidas. Justifica en el bolchevique lo que objeta en el guerrillero por un simple presupuesto previo. Una figura es endiosada y la otra descalificada, a pesar del rol equivalente que tuvieron en dos extraordinarias revoluciones socialistas del siglo xx. No se entiende por qué razón esa diferenciación invalidaría las semejanzas de programas económicos en coyunturas comparables.

Si la NEP rusa fue sólo meritoria por su bautismo leninista carece de relevancia como modelo para la transición socialista. Si, por el contrario, brinda pautas para combinar el plan con el mercado, es un esquema que puede ser valorado en distintas situaciones. Este segundo criterio permite entender su relativa aplicación en varios momentos de la Unión Soviética, China y Europa del Este. Evaluar esa instrumentación no implica recurrir a ninguna simplificación economicista.

Nuestro objetor denuncia a la burocracia como el principal enemigo de la revolución dentro de Cuba. Pero con esta genérica denominación no indica quiénes son exactamente esos conspiradores. Sugiere que la dirección castrista cumple ese rol de manera análoga a Gorbachov, como si la resistencia del “Período Especial” hubiera sido liderada por fantasmas.

El crítico denuncia a los funcionarios que acumulan el dinero que se utilizará en la reconversión capitalista. Nadie niega ese peligro. Pero de esa advertencia no se deduce la existencia de una ley de repetición histórica, que augura para Cuba el mismo destino seguido por la Unión Soviética.

Hay que presentar indicios del cuestionado enriquecimiento para evaluar el alcance de la involución denunciada. De lo contrario es puro prejuicio. En los últimos veinte años, la dirección cubana dio muestras de ejemplaridad y austeridad y las principales manifestaciones de desigualdad involucraron más a los receptores de divisas que a los funcionarios.

Pero si todo el problema se redujera a señalar quién se enriquece, los dilemas de la economía cubana quedarían inmediatamente superados difundiendo ese listado. El mayor problema radica en definir una agenda: ¿habría que prohibir el ingreso de divisas desde el exterior? ¿Convendría anular el turismo? ¿Se deberían cortar las inversiones extranjeras? ¿Habría que impedir el resurgimiento de la pequeña propiedad?

Frente a estos escabrosos problemas, nuestros críticos optan por el silencio. Consideran que cualquier definición induce al “economicismo” y prefieren transitar por la nebulosa, olvidando que Cuba enfrenta dramáticas disyuntivas de subsistencia. De sus críticas a las reformas sólo se deduce la promoción de alguna modalidad de anulación total del mercado (como por ejemplo existió en Albania).

La otra opción sugerida es la convocatoria a una revolución mundial inmediata, que permitiría superar todos los dilemas del aislamiento construyendo el socialismo universal. Pero las propias dificultades que han enfrentado en la última centuria las corrientes dogmáticas para concretar esas victorias socialistas ilustran la complejidad de ese camino.

Realismo y escepticismo

Los críticos depositan grandes expectativas en la democracia soviética para resolver las asfixias económicas cubanas. Resaltan la centralidad que le asignó Trotsky a este mecanismo para superar los problemas de la economía rusa en los años treinta.

Sin duda este aspecto es importante, pero al sobrevalorarlo se termina esperando resultados mágicos de su aplicación. La isla afronta embargos comerciales, provocaciones militares, penuria de aprovisionamientos, carencia de recursos y pérdidas de aliados

estratégicos que no desaparecen (ni se atenúan automáticamente) con mayores cuotas de democracia interna.

Trotsky era un político realista y nunca apostó al milagro de la democracia. Enfatizaba sus críticas a la contrarrevolución stalinista, pero enunció propuestas económicas muy precisas para Rusia. Se oponía a la estatización forzosa y proponía combinar el plan con el mercado en sintonía con la НЕР. Ese esquema puede servir de antecedente a las reformas en curso en la isla (Trotsky, 1973; 1991).

En el tema de la democracia hay que ser muy cuidadoso con las comparaciones. Trotsky confrontaba con gulags y fusilamientos de bolcheviques que jamás existieron en Cuba. Al contrario, ese país fue el epicentro del proceso revolucionario con mayor nivel de democratización y participación popular del siglo xx. Logró consumir transformaciones sociales ciclópeas con un número reducido de pérdidas humanas. Además, mantuvo regímenes de excepción muy acotados en comparación a procesos semejantes, incluido el caso soviético de la era Lenin-Trotsky

Los dogmáticos ubican a las reformas cubanas promercantiles dentro del paradigma ortodoxo neoliberal. Estiman que introducen un plan de ajuste, contrapuesto a la resistencia desarrollada durante el “Período Especial” (Yunes, 2010).

Lo más curioso de esta caracterización no es la ceguera frente al evidente abismo que separa a la política económica cubana de Thatcher, Merkel o Cavallo. Se presenta un contrapunto con lo realizado por el mismo gobierno en la década precedente. Los dirigentes que encabezaron una proeza de lucha contra el imperialismo, ahora implementarían las recetas de Washington, ¿cómo se produjo semejante mutación?

La explicación dogmática habitual señala el “comportamiento bonapartista de Castro” frente a la “presión de las masas”. Pero resulta muy difícil encontrar alguna evidencia de esa relación, puesto que sobran los indicios opuestos de liderazgo oficial en la resistencia de los años noventa. Tampoco es fácil demostrar la existencia de rechazo popular a la posterior introducción de las reformas.

Los críticos navegan en una maraña de contradicciones. Cuestionan la baja productividad de la economía, pero sugieren encierros que acentuarían esa adversidad. Rechazan el aislamiento, pero objetan la alianza de supervivencia que estableció Cuba en el pasado con la Unión Soviética. Pronostican el fracaso de reformas económicas que recién comienzan, sin explicar por qué razón las previ-

siones de colapso cubano fallaron en los últimas dos décadas. Con ese tipo de miradas no se puede calibrar la excepcional epopeya cubana de los últimos cincuenta años.

En otros sectores del progresismo hay mayor cautela con los pronósticos, escasa preocupación por la naturaleza social del régimen y gran escepticismo sobre el futuro. Suelen remarcar el peso de la represión, el declive de la utopía libertaria y la consolidación de un sistema político autoritario (Stefanoni, 2013a).

Pero olvidan que en las terribles condiciones de hostigamiento que ha padecido la isla se pudo concretar una revolución con inéditos grados de libertad. Este nivel de tolerancia no sólo superó los precedentes de Rusia o China, sino también al grueso de las experiencias nacionalistas radicales. El trasfondo del problema es la legitimidad de cualquier revolución y sus protecciones defensivas.

No es muy sensato suponer que los logros en la isla se habrían podido obtener sin sufrimientos, sacrificios y errores. La valoración de la revolución es particularmente importante en un momento de tantas presiones para convertir a Cuba en un “un país normal”. Con ese engañoso estandarte se puede enterrar todo lo construido en medio siglo y abrir las puertas para recrear la desigualdad y criminalidad predominantes en América Latina¹.

Oportunidades y expectativas

Algunos analistas registraron en los últimos años la existencia de un clima de entusiasmo con los cambios en curso. Destacan que Cuba vive una primavera que rompe con el inmovilismo (Burbach, 2013). Otros partícipes más directos de este proceso resaltan el impacto positivo del curso actual, pero advierten la necesidad de adoptar iniciativas de mayor democratización, como la reforma del sistema electoral y el acceso irrestricto a internet (Campos, 2011).

En esta misma evaluación se inscriben las propuestas de nuevos esquemas de difusión de la información y control popular sobre la estructura estatal. Se remarca la tardanza en implementar los cambios y también la insensibilidad frente a las críticas (Dacal Díaz, 2013).

Esos desaciertos tuvieron negativas consecuencias en el pasado. El entusiasmo por un cambio no dura eternamente. Conviene recordar todas las oportunidades de renovación del socialismo que

¹ Pueden ampliarse lecturas al respecto en Padura (2014) y Boron (2014b).

se perdieron en los países del Este. La frustración que siguió a la Primavera de Praga desmoralizó a toda una generación y facilitó la posterior restauración del capitalismo.

La apatía es el principal peligro en una sociedad que pasó la prueba del “Período Especial”, pero debe cicatrizar las heridas que dejó ese trauma. En la coyuntura actual, hay que lidiar con la desesperanza que genera la necesidad del cambio y la preocupación por sus consecuencias. El giro hacia el mercado implica la adopción de medidas que muy pocos desean y todos comprenden (Guanche, 2011).

Involucrar a los ciudadanos en el manejo directo de su futuro es el principal antídoto contra los peligros de las reformas. Este propósito puede lograrse apuntalando la democracia socialista. La vitalidad de este sistema es un remedio efectivo contra la apatía. Lo ocurrido en la Unión Soviética debe servir de contraejemplo. Como la población se consideraba ajena al régimen político, se mantuvo al margen de los cambios que restauraron el capitalismo.

Cuba cuenta con niveles de democracia real superiores a cualquier plutocracia capitalista. Sus líderes no son elegidos por una elite de banqueros e industriales, ni surgen de la cosmética publicitaria que construyen los medios de comunicación. Tampoco rige el terror contra la población o la intimidación que impera en varios regímenes policíacos de Centroamérica. Pero existen incontables manifestaciones de insuficiencia de la democracia en el sistema político y la prensa. Las reformas son la oportunidad para corregir esas deficiencias.

Si los cambios económicos logran combinar acertadamente las cooperativas, la pequeña propiedad y la primacía estatal, la recuperación de la economía renovará el optimismo. Las transformaciones productivas y comerciales podrían generar mejoras visibles en el nivel de vida de la población. El gran desafío es motorizar esos avances con el mercado, impidiendo al mismo tiempo la restauración del capitalismo.

La clave inmediata para sortear ese peligro es limitar la desigualdad social, mediante el mantenimiento de sistemas educativos y sanitarios públicos y únicos. La ejemplaridad de los dirigentes, junto a este soporte, permitirá superar la nueva encrucijada que afronta el país.

El pueblo cubano ha demostrado una extraordinaria capacidad para sobreponerse a las dificultades retomando la confianza en la revolución. Es el país que exige mayor cautela a la hora de formular

pronósticos. Muchas veces se dijo que no soportarían el bloqueo, las invasiones, las penurias o el aislamiento y siempre salieron airoso. Seguramente volverán a ganar la partida.

16. China: un socio para no imitar

Las reformas económicas se discuten en Cuba evaluando la transformación mayúscula que ha registrado China. La nueva potencia asiática no es sólo un socio comercial de primer orden. Por su envergadura económica y su relevancia internacional, se ha convertido en un importante aliado geopolítico para contrapesar las agresiones estadounidenses. Pero, en un análisis desde la izquierda, China interesa por un motivo adicional: ¿su modelo actual mantiene perfiles socialistas?

Dos etapas diferenciadas

China ocupa en la actualidad un lugar tan significativo como el alcanzado por la Unión Soviética en el pasado. No sólo es una gran economía en ascenso, sino que su expansión introdujo en las últimas décadas cambios significativos en el orden internacional.

El país ya integra el club de las economías centrales luego de multiplicar trece veces su PBI (1978-2010). Logró prosperar en medio de tres grandes temblores contemporáneos. No fue afectada por las décadas perdidas que demolieron a los países subdesarrollados en los años ochenta y noventa, se mantuvo al margen del desplome sufrido por el bloque soviético y actuó como socorrista de los bancos internacionales en la reciente crisis del 2008 (Lo y Zhang, 2011).

Su crecimiento no partió de cero, puesto que ya poseía en los años ochenta un PBI superior a muchos emergentes actuales. Pero, posteriormente, consumó un salto histórico que aproxima, empareja o si-

túa a China por encima de varias potencias. Es evidente la importancia del acervo acumulado durante las transformaciones anticapitalistas previas al avance actual. Sin la industrialización, la alfabetización, la superación del hambre, la modernización productiva y la acumulación extensiva hubiera sido imposible la extraordinaria expansión posterior. Basta comparar esas mutaciones con el subdesarrollo continuado que, por ejemplo, afectó a la India (Amin, 2012).

Pero la incógnita radica en lo ocurrido posteriormente. En la nueva trayectoria, ¿afianzó o abandonó el proyecto socialista? La tesis oficial subraya la continuidad. El Partido Comunista continúa dirigiendo los destinos del país y sus líderes declaran oficialmente la preeminencia de un modelo de “socialismo de mercado”, compatible con los principios del marxismo. Esta visión resalta la presencia de elementos poscapitalistas, junto a las reglas de la acumulación y la ganancia imperantes en la economía.

El enfoque oficial destaca que los principios socialistas introducidos entre los años cincuenta y setenta fueron posteriormente ajustados a las necesidades de la modernización. Considera que esa evolución se adapta a la tradición milenaria de una civilización que ha seguido rumbos de desarrollo muy distintos al patrón occidental.

El diagnóstico opuesto subraya la preeminencia de un proceso de restauración capitalista asentado en la explotación del trabajo, la polarización social y la corrupción de las elites (Hart-Landeborg, 2011). Otros enfoques intermedios caracterizan al proceso en curso como una fase de acumulación primitiva transitoria, que puede desembocar en la estabilización capitalista o en la renovación del socialismo (Yi, 2009). ¿Quién tiene razón?

Para clarificar este complejo problema conviene reconocer la existencia de dos situaciones diferenciadas. Entre 1978 y 1992, se reintrodujo limitadamente el mercado dentro de un sistema de propiedad pública. Se buscaba fomentar el desarrollo agrícola, la expansión del consumo y la gravitación de la pequeña empresa, en un marco de precios parcialmente libres.

En esa etapa se registró un crecimiento balanceado impulsado por el mercado interno y la flexibilizaron de los precios agrícolas. Este cambio incrementó el poder compra en el sector rural y generó un desahogo urbano. La tasa de crecimiento repuntó aceleradamente y la inversión fue incentivada mediante una rigurosa selección estatal de los sectores priorizados.

Ese modelo incluía cierta diferenciación social y zonas francas para las transnacionales, pero mantenía restricciones compatibles con una

construcción socialista. Pero, a principios de los noventa, se implementó una orientación distinta. Comenzaron las privatizaciones en gran escala, la generalización de normas capitalistas de gestión y la formación de una clase de grandes empresarios con exponentes directos en los organismos dirigentes.

Este nuevo esquema comenzó con inversiones destinadas al mercado interno y se afianzó privilegiando las exportaciones. En la última década, se acrecentó la apropiación privada de las grandes empresas, en un escenario de creciente desigualdad y precarización del empleo.

La principal transformación social generada por esta reconversión ha sido el surgimiento de una clase capitalista local asociada a las empresas transnacionales y promotora de una ideología neoliberal. La gravitación de este sector en las altas esferas del régimen político se verifica en el pragmatismo de esta conducción. La tradición maoísta de la revolución cultural es rechazada y los empresarios son bienvenidos dentro del partido. El pensamiento de Marx y Confucio son combinados en función de las necesidades políticas de cada momento (Xie, 2009).

En esta segunda etapa, varios rasgos clásicos del capitalismo han quedado incorporados a la economía china. Hay competencia, beneficio, explotación y acumulación. La desigualdad aumenta a un ritmo más acelerado que en el resto de la región y los niveles de explotación se ubican por encima de Corea, Taiwán o Singapur.

El alcance de la restauración

Los teóricos del “socialismo de mercado” reivindican la acelerada industrialización y el desarrollo tecnológico autónomo, que le permitieron a China contar primero con los resguardos defensivos requeridos para afrontar la presión imperialista. El país construyó primero una bomba atómica (1964), luego otra de hidrógeno (1970) y finalmente colocó un satélite en el espacio (1970). Sobre estos pilares negoció la apertura hacia Occidente, a partir del emblemático viaje de Nixon (1972).

Estas lecturas también consideran que ese período de economía planificada se agotó y fue sucedido por mecanismos de gestión mercantil que revitalizaron el socialismo, permitiendo el gran desenvolvimiento de las últimas décadas (Yang, 2009).

Pero este razonamiento confunde la extensión de la gestión mercantil con la introducción de normas capitalistas. Desde los años noventa, no sólo se flexibilizó el manejo de los precios, sino que también se afirmó la nueva propiedad de los capitalistas sobre un sector muy significativo

de la economía. Este cambio en la posesión de las empresas estratégicas es incompatible con cualquier perspectiva de socialismo.

Una transición hacia la sociedad igualitaria puede incluir formas de gestión centralizadas o descentralizadas, con modalidades más o menos flexibles de planificación. Pero el afianzamiento de clases propietarias y desposeídas de los medios de producción sólo augura la vigencia del capitalismo.

Los teóricos de las mixturas entre ambos sistemas afirman que esa combinación se está consumando en los hechos a través de modificaciones paralelas en el capitalismo mundial que habría incorporado formas del Estado de bienestar y valores de igualdad (Yang, 2009).

Pero omiten que la tendencia contemporánea predominante de este sistema ha sido exactamente la opuesta. El neoliberalismo de las últimas décadas ha sepultado las conquistas sociales de posguerra, para garantizar las ganancias de los grandes bancos y empresas. En lugar de un amoldamiento del capitalismo al ímpetu socialista de China, se verifica un proceso opuesto: aumenta la gravitación de los patrones de rentabilidad y explotación en la economía asiática.

Esta incidencia es incluso inocultable para defensores del curso actual. Reconocen la magnitud de las diferencias de ingreso y esperan que la propia dinámica del mercado achate esas inequidades (Yang, 2009).

Pero nunca explican cómo ese mecanismo corregiría el defecto que ha introducido. Su expectativa es inconsistente y desconoce que las brechas sociales se originan en la existencia de una nueva clase capitalista interesada en afianzar esas diferencias.

Otros enfoques del mismo tipo aceptan la existencia de segmentos patronales, pero relativizan su influencia. Presentan la incorporación de empresarios al Partido Comunista como un signo de patriotismo de los enriquecidos y una manifestación de madurez del funcionariado (Ding, 2009).

Pero, en los hechos, los nuevos capitalistas consolidan su posición social al ganar influencia en las cúpulas del sistema político. Cualquiera sea la veracidad de sus pronunciamientos patrióticos, afianzan una fractura de clases que contradice los enunciados básicos del socialismo. Se puede discutir cuál es el grado de intercambio mercantil que debería prevalecer en una sociedad poscapitalista ya avanzada, pero resulta insólito imaginar que ese estadio incluiría explotación, plusvalía y altos niveles de desigualdad social.

Estas incongruencias han sido resaltadas por muchos críticos del curso actual, que presentan indicios contundentes del curso de la restau-

ración. Un ejemplo son los cambios en el sistema de fijación de precios planificados. El declive de esos guarismos a favor de cotizaciones mercantiles ha sido monumental.

El primer tipo de precios decayó del 97,8% (1978) al 2,6% (2003) en el rubro minoristas y del 100% (1978) al 10% (2003) en el sector industrial. Otra muestra de la misma tendencia se verifica en la pérdida de gravitación de la propiedad estatal en la industria, que declinó del 100% (1978) al 41,9% (2003). El Estado sólo mantiene la supremacía en cinco sectores y ha perdido peso en las 23 actividades más dinámicas (Hart-Landeborg, 2011).

Esta misma evolución procapitalista se corrobora en la erosión del tejido social generado por el avance de la precarización y la declinación del empleo tradicional. De los 30 millones de obreros que fueron despedidos entre 1998 y 2004, quedaron 21,8 millones viviendo con el ingreso mínimo.

En muchas empresas rigen, además, jornadas laborales de 11 horas durante 26 días al mes. La superexplotación afecta duramente a los 200 millones de trabajadores rurales que emigraron a las ciudades en los últimos veinticinco años, sin lograr el *status* de residencia (Hart-Landeborg, 2011).

China se ha ubicado al tope de los índices de desigualdad medidos por el coeficiente Gini. En la región, es tan sólo superada por Nepal y, luego de Estados Unidos, alberga al mayor número del billonarios del mundo. Por esta razón, florecen los negocios del lujo y los clubs de yate. Toda la generación de ahijados del viejo liderazgo comunista maneja las grandes compañías. Allí se concentra la nueva élite. Basta observar que un tercio de los 800 individuos más ricos del país son miembros del PCC.

Estos datos económicos, sociales y políticos no dejan ningún margen de duda sobre la tendencia a la restauración del capitalismo que rige en China. Los neoliberales se congratulan de este cambio y los heterodoxos se limitan a presentarlo como un momento necesario de la acumulación.

Pero muchos teóricos del marxismo enfrentan este escenario con desconcierto. Algunos hacen malabarismos para presentar los datos de China como signos de modernización del socialismo. Más allá del desgastado recurso de subrayar las singularidades del país (“socialismo con características chinas”), no logran demostrar cómo se compatibiliza ese sistema con el creciente poderío de los acaudalados.

El lenguaje diplomático, las abstracciones y el reemplazo del término “capitalismo” por “mercado” no alcanzan para disfrazar un curso evi-

dente. Es discutible el grado de consolidación alcanzado por la restauración capitalista, pero no la primacía de esta tendencia (Weil, 2009).

Las nuevas resistencias

Al caracterizar la existencia de dos períodos diferenciados —introducción del mercado en una economía planificada (1978-92) y giro procapitalista (1992-2014)— se puede entender la naturaleza de la transformación en curso. El pasaje del primer modelo al segundo marca una ruptura cualitativa que ha bloqueado (o sepultado) cualquier transición socialista.

Ese cambio no implicó sólo otra política económica (de primacía del consumo a la inversión) o de entrelazamiento del sector financiero con el productivo. Tampoco se redujo a un pasaje de las comunas rurales a unidades agroindustriales o a una conformación de zonas francas en la costa para fabricar bienes exportables mediante inversiones extranjeras.

La modificación central entre ambos períodos ha sido un cambio en la reglas de propiedad que facilitó la conversión de una elite de funcionarios en dueños de grandes empresas. Este giro fue acompañado con el otorgamiento de mayores atribuciones a los gerentes para reorganizar las unidades de producción. Mientras que el elevado crecimiento económico permitió reducir la pobreza, el esquema de gran desigualdad instaurado impide actualmente a las familias obreras afrontar los gastos corrientes de salud y educación (Li y Piovani, 2011).

La segunda etapa económica de China estuvo signada por un explosivo crecimiento económico, acompañado de agudas manifestaciones de corrupción. Por esa vía, la nueva clase privilegiada se apropia de una gran tajada del desarrollo actual.

Esos grupos de la alta burocracia debieron tolerar —durante el largo período que sucedió a la revolución— la preeminencia de grandes conquistas populares, que obstruían su enriquecimiento. Cuando alcanzaron el poder suficiente para arrebatar esas mejoras, comenzó el salto hacia su nuevo *status* capitalista. Actualmente sostienen su poder en el manejo del Estado y cuentan con el apoyo social de una clase media, aquella que ascendió soñando con alcanzar el estilo de vida norteamericano (Li, 2009).

Entre los autores que resaltan este nítido curso procapitalista, muchos dejan abierta una definición sobre la madurez de esta involución. ¿Se ha consumado por completo la restauración, como ocurrió en Rusia o los países de Europa Oriental?

El carácter irreversible de este giro es puesto en duda por quienes cuestionan la solidez de la nueva clase capitalista. Afirman que el Estado mantiene un gran poder de intervención y una consiguiente capacidad para introducir cambios de tendencias (Lin, 2009; Lo y Zhang, 2011).

Otros destacan la persistencia del legado socialista en la vida cotidiana y la sensibilidad (o temor) de las autoridades ante cualquier expresión de descontento popular. Señalan que la reacción de estas elites es muy distinta a la conducta de clases opresoras de Occidente, que acumulan siglos de experiencia en el ejercicio de su dominación (Wang, 2009).

Finalmente, las nuevas resistencias populares que irrumpieron en los últimos años son vistas como otro síntoma de grandes reservas de oposición al rumbo capitalista que subyacen en la sociedad china (Li, Li y Xie, 2012).

Esta variedad de argumentos ilustra cuán complejo es definir el grado de concreción de la restauración capitalista. Este proceso no supone solamente transformaciones objetivas en la escala de la propiedad privada vigente, sino también drásticos cambios en el nivel de aceptación subjetiva del capitalismo. La restauración implica un proceso dual de consolidación de ambos componentes.

En nuestra caracterización de estos procesos, establecimos cinco criterios para mensurar esa restauración, subrayando tres aspectos económicos (precios libres, planificación reducida, crisis por acumulación), un pilar político (modalidad institucional) y un elemento social-subjetivo de resistencia y defensa del ideal socialista (Katz, 2006a).

En el plano económico, las reglas del capitalismo se encuentran muy avanzadas en China, tanto en la forma que asume el ciclo y la gestión macroeconómica, como en el manejo de las empresas. Este dato es reconocido por los propios defensores del modelo actual, que describen el comportamiento de una clase capitalista con influencia preeminente en todas las instituciones y medios de comunicación. Pero las elites más neoliberales no dominan todo el aparato del Estado y los grandes desequilibrios regionales, sociales y agrarios que desata la acumulación ponen en duda la consistencia del naciente capitalismo.

El desemboque final de este proceso es incierto, puesto que a diferencia de lo ocurrido en la Unión Soviética la clase obrera está recuperando protagonismo. Hay grandes huelgas que imponen concesiones a los gobernantes. El número de protestas creció de 58 mil en 2003 a 87 mil en 2005, alcanzando las 94 mil en 2006. Desde el año 2009, el incremento de estas resistencias determinó un cambio de conducta de los dirigentes, que optaron por sustituir la reacción represiva inicial por negociaciones y concesiones (Yu, 2012).

Este cambio converge con la multiplicación de corrientes críticas y planteos anticapitalistas de tendencias de izquierda, que demandan medidas de renacionalización y reversión de las privatizaciones. Exigen restaurar la gratuidad de la educación y la salud y confrontan con los enriquecidos (Zhu y Kotz, 2011).

Estos segmentos militantes son más influyentes que lo supuesto en Occidente. Suelen combinar reivindicaciones básicas con demandas de cambio en los impuestos y los patrones de crecimiento. Muchos mezclan la defensa del igualitarismo con propuestas de democratización política. Todas las referencias a un “modelo chino al socialismo” deberían ser identificadas con estas vertientes “por abajo” de resistencia a la restauración (Choi, 2009).

La política internacional

Algunos analistas registran líneas de continuidad de China con su pasado antiimperialista. Consideran que el país retoma los principios de soberanía y cooperación impulsados durante el emblemático encuentro de 1955 con el Egipto de Nasser y la India de Nehru (Bandung, 2011).

Pero resulta muy difícil corroborar algún resabio de esos proyectos. China está embarcada en un curso radicalmente opuesto de ampliación de las inversiones en el exterior y afianzamiento de los tratados de librecomercio.

Otros autores estiman que el país edifica los basamentos del nuevo modelo global, que reemplazará la decadente hegemonía de Estados Unidos. Suponen que erigirá un esquema de cooperación favorable al grueso de la periferia. Esta visión fue difundida por Arrighi, al contraponer el belicismo yanqui en declive, con un ascendente “Consenso de Pekín” basado en el pacifismo de la potencia asiática (Arrighi, 2007).

Este mismo enfoque es presentado por quienes suponen que este país orientará la economía mundial hacia el igualitarismo, liderando el nuevo bloque contrahegemónico de los BRICS.

Pero no es sensato concebir algún devenir poscapitalista bajo la dirección de una potencia que emerge en términos capitalistas y con tanta rivalidad como asociación con Estados Unidos. Los propios dirigentes chinos enfatizan este perfil en todas las iniciativas que asumen a escala mundial. Suelen exhibir una ideología más próxima a la idolatría mercantil-liberal que a cualquier vestigio de mensajes socialistas.

La significativa asociación de las elites chinas con los principales bancos y empresas de Occidente contradice la esperada formación de un bloque de economía cooperativa global. Ese entrelazamiento con el ca-

pital extranjero se verifica dentro de China en la incidencia de ese sector en las ventas industriales. También se expresa en la fanática adopción de principios del librecomercio luego del ingreso a la OMC. El país asciende en el escenario mundial como socio de las grandes compañías y es un natural custodio del *statu quo* vigente.

Este importante vínculo con la producción, el comercio y las finanzas globalizadas impide a la nueva potencia cumplir con un papel progresista. Se ha convertido en un pilar de la mundialización neoliberal y no puede actuar simultáneamente como gestor de modelos poscapitalistas.

Las propias tendencias generadas por la crisis de 2008 confirman esa imposibilidad. Si China decide reforzar su posición en el escenario mundial —transformando en propiedades sus enormes acreencias en dólares— consolidará su asociación con grandes empresas capitalistas. Los bienes adquiridos a su rival serían reciclados bajo el mismo esquema de la globalización neoliberal afectando a todos los perdedores de la reorganización capitalista¹.

Pero no es necesario evaluar estas hipótesis para verificar cuál es el comportamiento internacional predominante de las elites chinas. Los acuerdos concertados con sus abastecedores de materias primas están regulados por estrictos principios de librecomercio.

La asociación de los capitalistas chinos con sus pares occidentales ha obstruido, además, el esperado desacople internacional y el consiguiente giro chino hacia el crecimiento interno. Los efectos de esta limitación ya pesan severamente sobre una economía que ha reducido significativamente su ritmo de crecimiento. Los vínculos transnacionales recortan los márgenes de acción autónoma de la nueva potencia.

En la propia dirección china, los partidarios de estrechar la relación con Occidente (elite de la Costa) chocan con los críticos de esa asociación (elite del Interior). Pero ninguna de las dos vertientes promueve los cursos de ruptura antiimperialista requeridos para gestar un modelo internacional cooperativo.

En este terreno, se verifica una significativa diferencia con la estrategia postulada por los dirigentes de la vieja Unión Soviética. También allí todos los sectores de la burocracia gobernante habían archivado cualquier perspectiva de estrategia socialista. Pero la coexistencia pacífica que mantenían con el imperialismo se basaba en un principio de división territorial (“áreas de influencia”) que recreaba los permanentes conflictos de la Guerra Fría. Los campos de acción económica

¹ Esta posibilidad es analizada con otras conclusiones por Dos Santos (2011b).

estaban totalmente separados y los vínculos comerciales, financieros o productivos entre los dos contendientes eran mínimos.

En el curso de las últimas décadas, la burocracia china siguió un camino diferente de integración plena al mercado mundial. Por esta razón, el programa de Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI)—que impulsaba la Unión Soviética para asociar al Segundo y Tercer Mundo— no tiene continuidad en el liderazgo chino.

Esta dirección concibe todas sus acciones internacionales partiendo del entrelazamiento que estableció con las empresas y bancos del Primer Mundo. Por eso desarrolla una política exterior más cautelosa que los soviéticos, con bajo perfil, alto realismo y convivencia con la economía estadounidense.

Alianzas sin imitación

En su configuración actual, China puede ser vista como un socio de los procesos transformadores de América Latina, pero nunca como el modelo a seguir para la construcción del socialismo. El gigante asiático se ha distanciado estructuralmente de ese objetivo.

Al igual que la Unión Soviética en el pasado, China es muy importante en la actualidad para Cuba y América Latina. La región necesita aliados para cualquier batalla contra el imperialismo estadounidense. El gigante del Norte sigue tratando a las naciones situadas al sur del Río Grande como piezas de su patio trasero. Nunca abandonó sus pretensiones de anexionar Centroamérica y tutelar Sudamérica. Envió *marines*, organizó golpes de Estado y diseñó todas las masacres requeridas para perpetuar su dominación.

Estados Unidos respondió al surgimiento de proyectos socialistas en el hemisferio con sabotajes, invasiones y conspiraciones. Comandó un estricto monitoreo anticomunista y llevó a cabo explícitas acciones de intervención contra Chile y Nicaragua. Las décadas de bloqueo que soporta Cuba o las conspiraciones que afronta Venezuela retratan esta injerencia.

Es totalmente falsa la creencia que Estados Unidos se ha olvidado de América Latina y que ha renunciado al intervencionismo. Basta registrar el protagonismo yanqui en el golpe de Honduras, el despliegue general de la IV Flota o las nuevas bases en Colombia para desmentir esas ilusiones. Hay cambios en el lenguaje (del anticomunismo al antiterrorismo) y mayor delegación de acciones en militares locales. Pero el Pentágono persiste como la principal barrera para cualquier perspectiva no sólo de socialismo, sino de efectiva independencia.

El desahogo que se observa en los últimos años —declive de la OEA, surgimiento de la Celac, retorno de Cuba a la diplomacia regional— es un resultado provisorio del escenario creado por las rebeliones populares. Hay gobiernos más autónomos, pero la obstrucción imperial a cualquier proyecto de emancipación de la América Latina no ha cambiado.

Resulta, por lo tanto, indispensable apuntalar las alianzas internacionales que permitan proteger los procesos antiimperialistas en la región del abrumador poderío del Pentágono. Por su peso geopolítico a escala global, China podría actuar como contrapeso de esa amenaza.

La trayectoria seguida por Cuba desde los años sesenta aporta un interesante antecedente de la forma de implementar una política exterior revolucionaria sin subordinación a los mandatos de los grandes jugadores mundiales. El Che puso en práctica una estrategia de expansión internacional del socialismo, en contraposición al *statu quo* permanente con el imperialismo que propiciaban los líderes de la ex Unión Soviética. En su discurso de Argelia, fue particularmente crítico con la escasa solidaridad de estos dirigentes hacia las sublevaciones del Tercer Mundo.

Guevara convocó a forjar “uno, dos, tres, muchos Vietnam” en oposición a la pasividad del Kremlin. Impulsaba esas sublevaciones frente a la utopía de restringir la edificación del socialismo a un solo país o región. En el Congo, puso el cuerpo y, en Bolivia, entregó su vida a esos ideales (Katz, 2008a; Sánchez Vázquez, 2007).

Más allá del resultado de esas acciones, la experiencia cubana ilustró cómo la alianza con una potencia para contrabalancear el peso del imperialismo, no implica sometimiento o imitación del socio. Ese modelo ofrece un importante punto de partida para concebir las relaciones con China de los procesos radicales actuales y futuros de América Latina.

Pero el análisis de estas relaciones con China debe ser enmarcado en una coyuntura internacional de crisis y en una etapa de gran transformación capitalista. Es indispensable situar el escenario latinoamericano en ese contexto para comprender el significado de todas las transformaciones que se registran en la región.

V

CONTEXTO MUNDIAL

17. Las economías centrales

Al cabo de seis años de crisis global, la economía latinoamericana se desenvuelve en una coyuntura internacional muy variada. Los grandes bancos de Estados Unidos y Europa fueron salvados a expensas de un enorme bache fiscal y en los países centrales se contuvo la depresión, aunque no el estancamiento; China consolidó su ascenso; las economías intermedias mantuvieron un crecimiento frágil; y la periferia sufrió una nueva degradación.

Los cambios geopolíticos han puesto en debate la supremacía imperial de Estados Unidos, la continuidad de la Unión Europea y la aparición de nuevos bloques. La ofensiva del capital sobre el trabajo persiste con fuertes resistencias en Europa, convulsiones en Medio Oriente y reacciones sociales en Asia.

¿Cómo impacta la crisis en las distintas regiones? ¿Qué alcance y significado tiene la multipolaridad? ¿Cambió la relación social de fuerzas en que se asienta el neoliberalismo? Los acontecimientos del último sexenio brindan pistas para esclarecer las tendencias de la coyuntura, la etapa y la época del capitalismo.

Dilemas del socorro bancario

La quiebra de Lehman Brothers inauguró un período de turbulencias que transformó a la crisis en un dato cotidiano de las economías centrales. Los incontables paralelos con lo ocurrido en 1929 retratan la gravedad del torbellino, que convulsionó a los bancos estadounidenses y al euro.

Durante el año 2014, la anémica recuperación de la Eurozona coexistió con una inestable reanimación económica de Estados Unidos, el languidecimiento de Japón y la desaceleración de China. Es el mismo escenario que ha predominado en los últimos años. Los promisorios signos de reactivación se diluyen con la reaparición de nubarrones financieros y paralizaciones productivas. Pocos analistas anuncian el fin de la crisis y muchos consideran factible una reaparición del momento crítico vivido en el bienio 2008-2009 (Guillén, 2014).

La incierta coyuntura actual prevalece al cabo de una inédita expansión del gasto público. Todos los gobiernos de los países afectados por la crisis desplegaron un gran socorro para rescatar a los financistas que especularon con créditos subprime, burbujas y bonos empaquetados.

Las investigaciones sobre el rol de Goldman Sachs en el diseño de hipotecas titularizadas fueron cerradas. Los expertos en ocultar riesgos y apañar créditos insolventes conservan sus empleos. Sólo cayó algún chivo expiatorio por estafas muy explícitas y se negocian algunas multas sin consecuencias penales con las calificadoras de riesgos.

Los bancos estadounidenses neutralizaron la reglamentación de una tenue ley de supervisión, mantienen sus operaciones en las sombras, impiden la división de las grandes entidades y preservan los paraísos fiscales. En Europa, todavía no se aprobó el famoso impuesto a las transacciones cambiarias —tasa Tobin— y el último proyecto incluye un gravamen ridículo que podría favorecer al propio auxilio de los bancos (Hernández Viguera, 2014; Clavero, 2014).

Los gobiernos optaron por el rescate en lugar de cerrar o nacionalizar los bancos colapsados. Evitaron el camino de la clausura por temor a un desplome general de los depósitos y acreencias. Luego de la conmoción creada por la intervención de Lehman se disiparon las propuestas ortodoxas de precipitar una desvalorización masiva del capital.

Pero la asociación de los gobernantes con el poder financiero sepultó también las tentativas opuestas de avanzar hacia la estatización de las entidades. Esta complicidad contrasta con el trato dispensado a las víctimas de la crisis que padecen pobreza, desempleo y caída del salario.

Se ha mantenido intacta la estructura bancaria que detonó la crisis. El oxígeno oficial aportado a las entidades agrava todos los desequilibrios financieros. Lo más explosivo es la magnitud de la inyección monetaria consumada para auxiliar a los bancos. No existen precedentes de una emisión con efectos tan expansivos sobre la liquidez internacional. Nadie sabe cuándo y cómo esa descomunal suma de dinero será absorbida por la economía.

La Reserva Federal estadounidense (FED) introdujo una política de “relajamiento cuantitativo” para transferir un caudal millonario de fondos a los bancos. Intenta inducirlos a incrementar los préstamos con destino productivo. Pero los resultados de esa medida sobre el nivel de actividad económica han sido exiguos. Las entidades eluden derivar esos recursos a créditos de inversión o al refinanciamiento de las familias endeudadas. Utilizan el dinero para incentivar un nuevo ciclo de especulación con materias primas, acciones o monedas extranjeras.

La FED ha quedado atrapada en un complejo dilema. Si mantiene la liquidez continuará alentando las transacciones de alto riesgo que condujeron al estallido de 2008. Pero si desactiva ese peligro incrementando la tasa de interés, asfixiará la débil recuperación y reabrirá el grifo para una recesión de envergadura (Munevar, 2014).

A diferencia de los años sesenta, no está obligada a optar entre el crecimiento inflacionario y la retracción de la economía. En las últimas décadas, se ha instalado un cuadro deflacionario que reduce el impacto de la emisión sobre los precios. Pero debe lidiar con la disyuntiva de propiciar nuevas burbujas financieras o resignarse al continuado estancamiento.

Un anticipo de este dilema se verificó en Japón durante los años noventa. El auxilio a los bancos no se tradujo allí en repunte del crecimiento y los rescates ni siquiera erradicaron la insolvencia financiera. Si se repite ese escenario, los gobiernos bombearán fondos que nunca llegarán a la esfera productiva.

Gravitación financiera estadounidense

La crisis comenzó en Estados Unidos, se expandió al resto de las economías desarrolladas y terminó atenuándose en el país de origen. Esta curva se explica por la gravitación de la primera potencia en varios terrenos.

En primer lugar, mantiene la primacía del dólar en el comercio y las finanzas. En esa divisa están nominadas el 62% de las reservas y el 85% de las transacciones globales. El billete norteamericano ha perdido su reinado de posguerra, pero ninguna otra moneda ocupa su lugar. Preserva una significativa hegemonía, mientras se negocia otro patrón internacional basado en la convivencia de varias monedas, el retorno a las paridades fijas o la formación de una canasta de divisas (Ramaa, 2012).

A pesar del elevado endeudamiento y déficit comercial que soporta la economía estadounidense, el dólar se mantuvo como refugio predi-

lecto de los capitalistas en los momentos críticos del último sexenio. En esas coyunturas, los acaudalados buscaron protección en ese signo monetario.

Estados Unidos define, en segundo término, el ritmo y las características de la reforma del sistema financiero internacional. Este ajuste normativo se ha tornado imperioso por la crisis reciente, la globalización de las finanzas y la interconexión de las bolsas. Paul Volcker, el reconocido jefe del clan bancario, supervisa esta remodelación para perpetuar la hegemonía de los capitales que operan desde Nueva York. También busca garantizar los privilegios del puñado de expertos que maneja ese complejísimo sistema.

La influencia de este sector se verificó en el veto que impuso a las propuestas de limitar las operaciones de alto riesgo. Los financistas bloquearon, además, las sanciones contra los causantes del *crack* de 2008 y consiguieron la continuidad de las escandalosas comisiones que cobran los gestores de las burbujas.

Estados Unidos logró, en tercer lugar, rehabilitar al FMI como auditor de las economías nacionales y supervisor de los ajustes. Una entidad desprestigiada y con recursos decrecientes cuenta nuevamente con muchos fondos y gran capacidad de intervención global. En los últimos cónclaves del G20, se acordó duplicar el capital de ese organismo. Aunque los norteamericanos aportan poco dinero, mantienen una influencia predominante en el directorio. La agenda del FMI se define en Washington.

El poder de Wall Street y la Reserva Federal explica cómo pudo la potencia del norte exportar una crisis originada en su territorio. Al comienzo del temblor, impuso la estrategia de expandir la liquidez bancaria y neutralizó la resistencia de Alemania. Ha recurrido nuevamente a la inundación internacional de dólares, que en el pasado facilitó la licuación de la deuda pública estadounidense. Ante la ausencia de alternativas, los tenedores de esa moneda vuelven a aceptar ese riesgo.

Muchos bancos del país se han recompuesto con fondos públicos y comienzan a devolver parte del dinero obtenido durante el rescate. Por eso, la FED propicia un giro hacia la restricción monetaria y el aumento de las tasas de interés (Noyola y Noyola, 2014).

En las fases anteriores de liquidez, la política monetaria expansionista condujo a la emigración de capitales hacia las economías intermedias, que ofrecían mayor rendimiento a los fondos golondrinas. En el escenario opuesto que se avecina (de encarecimiento del costo del dinero), comenzaría un retorno de esos capitales hacia las economías centrales.

En ambos períodos, Estados Unidos ha orientado el ciclo financiero global, confirmando el rol central que tienen Wall Street, la FED y los bancos de ese país en el desenvolvimiento del capitalismo contemporáneo¹.

Deterioro industrial

La otra cara de este protagonismo internacional es el deterioro interno de la economía del norte. Ese declive se corrobora en el débil crecimiento que ha sucedido al endeudamiento privado y a la insolvencia desatada por la crisis de las hipotecas.

La recuperación de la economía está afectada también por el enorme costo fiscal que ocasionó el socorro de los bancos. La deuda pública alcanzó un peligroso techo, luego de saltar del 62 % (2007) al 100% del PBI (2011). La gravedad de esta carga fue testeada el año pasado durante el cierre del gobierno federal. La administración dejó de funcionar, mientras republicanos y demócratas discutían los límites al financiamiento de ese pasivo.

El *establishment* utilizó el abismo fiscal como un argumento de ajuste, para forzar cortes más drásticos en el gasto municipal y social. Finalmente, no se produjo el temido default ni la dramática corrida contra los bonos del tesoro. Pero lo ocurrido ilustra la dimensión de la crisis fiscal que corroe a la economía norteamericana (Navarro, 2013).

Esta flaqueza se acentúa, además, por la impotencia que demuestra Obama para introducir reformas mínimas. Bajo la presión del Tea Party y los republicanos, aceptó el vaciamiento de su proyecto de salud. Los millones de estadounidense que carecen de protección sanitaria deberán afiliarse a un servicio privado prepago regulado por el Estado. El proyecto de una cobertura significativa y menos onerosa quedó archivado.

Como la derecha ha bloqueado cualquier reintroducción de impuestos a los ricos, todo el ajuste sigue recayendo sobre los trabajadores. Obama choca con los republicanos en temas culturales (aborto, matrimonio homosexual) y prioridades políticas (inmigración, uso de armas). Pero su agenda económica es muy semejante. Un abismo lo separa del *New Deal* que instrumentó Roosevelt durante la gran depresión.

El presidente actual mantiene una política neoliberal adversa a los sindicatos y rechaza todas las sugerencias de los economistas keyne-

¹ Hemos desarrollado esta caracterización en Katz (2011), partiendo de Gowan (2003) y Panitch y Leys (2005).

sianos para regular los bancos, aliviar a los pequeños deudores y mejorar el ingreso de los empobrecidos.

Como resultado de este continuismo, un puñado de multimillonarios ha triplicado su apropiación del PBI en comparación a los años setenta. El sistema impositivo que impuso el *reaganomics* no ha cambiado, mientras uno de cada seis norteamericanos vive con ingresos inferiores a la línea de pobreza.

El endeudamiento personal constituye otro índice del mismo deterioro. Es un recurso de supervivencia frente a la pérdida de ingresos que utilizan todas las víctimas del modelo actual. Las familias de Estados Unidos han quedado particularmente atrapadas en la madeja de esta financiación (Brenner, 1998; Chesnais, 2008).

Las brechas sociales se amplían, además, con la expansión del desempleo, que no decae en los momentos de reactivación. Gran parte de los empleos perdidos desde 2008 desaparecieron para siempre. Las grandes empresas continúan incrementando la productividad con innovaciones que expulsan mano de obra, mientras amplían su deslocalización de plantas. Crean fuera del país los empleos que destruyen internamente, multiplicando los barrios fantasmales en las ciudades obreras, tales como Detroit.

Es cierto que este deterioro industrial coexiste con el liderazgo estadounidense en la creación de nuevas tecnologías de la información. Pero esa actividad genera poco empleo y no podrá encabezar un resurgimiento del nivel de ocupación. La emigración de empresa hacia países con menores costos laborales genera pérdidas de puestos de trabajo muy superiores a la recuperación de empleos que acompaña al desarrollo de las actividades de punta. Las nuevas tecnologías no recrean el trabajo masivo de la industria clásica.

Reajustes en la primacía bélica

Estados Unidos conserva un rol internacional protagónico a pesar de su pérdida de liderazgo industrial. ¿Cómo se explica esta disociación? La influencia decisiva de sus bancos aporta una respuesta. Pero la principal explicación se encuentra en el rol imperial que despliega la primera potencia. Esa supremacía militar le permite preservar protagonismo económico.

El gendarme del planeta es garante del orden capitalista. Es un *sheriff* que maneja el 40% del gasto bélico global, a través de 800 bases militares distribuidas en 130 países. No tiene sustituto en este papel de custodio de las clases dominantes. Protege al capital frente

a las amenazas sociales serias o las situaciones de extrema inestabilidad².

Actualmente, Obama perfecciona estas formas de intervención. Promueve una menor presencia directa de tropas para facilitar acciones laterales con mayor sostén tecnológico. El curioso premio Nobel de la Paz incorporó a su equipo a un ex “halcón” republicano, como Check Hagel, y a un experto en provocaciones de la CIA, como John Brennan. Ha decidido evitar las invasiones con más operaciones encubiertas.

Washington es la capital de una guerra perpetua. Un ejército secreto de 60 mil hombres se encarga de implementar los mandatos de una diplomacia militarizada que desinforma a la población. Este encubrimiento es facilitado por el ínfimo porcentaje actual de alistamiento de la ciudadanía.

Las operaciones quirúrgicas son realizadas por comandos entrenados para el asesinato. El caso de Bin Laden ilustra cómo estas ejecuciones son resueltas sin procesos judiciales. Obama maneja la lista de condenados y define el momento de cada crimen. Utiliza una ley secreta para detener a los sospechosos de terrorismo en cualquier parte del mundo y refuerza los grupos de tareas que pasaron de 35 a 106 entre los años 2006 y 2010 (Gelman, 2012).

Esta política conduce a restricciones de las libertades democráticas, como se ha notado en la venganza que soporta el soldado Bradley Manning por destapar información sobre la violencia imperial. La persecución internacional que sufren Assange y Snowden obedece al mismo propósito de silenciar la brutalidad de las operaciones estadounidenses. Este belicismo repercute internamente en el continuado armamento de población, los asesinatos en los colegios y la expansión de las milicias derechistas.

Obama reajusta la estrategia imperial para reparar la fatiga política y el agujero financiero que dejó Bush. Después de la crisis de 2008-2009, Estados Unidos no puede costear guerras infinitas. Los us\$ 800 mil millones gastados en Irak y los us\$ 450 mil millones desembolsados en Afganistán dejaron exhausto al Tesoro. Tal como ocurrió luego de Vietnam, la primera potencia necesita cicatrizar las heridas para retomar el intervencionismo. No es la primera vez que el imperio introduce un paréntesis entre dos cruzadas (Petras, 2013).

² Exponemos este tema en Katz (2011) retomando los enfoques de Anderson (2013) y Panitch y Gindin (2013).

Imperialismo colectivo

La reorientación actual incluye una revisión de las prioridades bélicas, para reducir la presencia estadounidense en Medio Oriente y aumentar la presión sobre China. En la primera región, se transfieren responsabilidades a los socios locales, mientras la CIA preserva el control de las operaciones secretas, el manejo de la información y la provisión selectiva de armamento.

En la segunda zona, el Pentágono incrementa el número de tropas localizadas en la zona del Pacífico, afianza el cerco sobre Corea del Norte y supervisa los conflictos limítrofes entre Japón, Corea y China. Pero además, los *marines* entrenan tropas de 34 países africanos y encabezan todas la “intervenciones humanitarias” que requieran las empresas multinacionales. Sostienen, especialmente, la tensión sobre Rusia a través de los nuevos satélites que incorporó la OTAN.

El gendarme global mantiene su vieja estrategia de hostilizar a los adversarios para obligarlos a negociar. El acuerdo con Irán es el ejemplo más reciente de esta política. La primera potencia impuso el desarme nuclear a cambio de concesiones mínimas. Logró este objetivo al cabo de muchos años de bloqueo comercial y ofertas de negocios a la burguesía persa.

La renuncia a bombardear Siria demostró que Estados Unidos tiene limitada su capacidad de intervención militar directa, pero no su rol de mandante geopolítico. Está ubicado en la primera fila de las negociaciones, luego de la contraofensiva iniciada en Libia para sepultar la “primavera árabe” entre guerras sectarias.

Se ha retirado superficialmente de los conflictos de la región, para facilitar un desangre que le permita negociar nuevas alianzas con los ganadores de las batallas en curso. Fue el modelo que utilizó con Irak contra Irán, para luego sepultar a Irak y terminar negociando con Irán. En Siria, financia a los yihadistas contra el gobierno, para luego exigir la depuración de los fundamentalistas. En el Líbano, apaña el reinicio de las masacres.

Pero como cada aventura alumbró una nueva fuerza reaccionaria autónoma, la secuencia de guerras no tiene fin. Ya ocurrió con los talibanes y Al Qaeda. El próximo descarrilamiento podría ser encabezado por Arabia Saudita, si el reino continúa avanzando en la construcción de una bomba atómica para reforzar sus ambiciones regionales (Armanian, 2014).

Es evidente que el “*sheriff* del mundo” quedó afectado por el resultado de Irak. Debió abandonar el fallido ensayo colonial que devastó a ese

país. Pero sigue manejando los hilos de la región junto a sus socios y, a diferencia de Vietnam, no soportó una crisis interna por las masacres perpetradas.

Luego de la experiencia iraquí, Obama promueve acciones imperiales más coordinadas y trata de compartir costos con sus socios internacionales. Busca que Europa hostilice a Rusia frente a la crisis de Ucrania, que Francia intervenga en África y que las élites locales se involucren más directamente en los conflictos de Yemen, Tailandia, Pakistán o Egipto.

Esta política apunta a incrementar la participación de sus aliados en la custodia imperial sin resignar el manejo de las prioridades. Estados Unidos determina quiénes son los integrantes y excluidos de la OTAN, cómo opera el eje forjado durante la Guerra Fría con Europa y Japón y qué papel deben cumplir las subpotencias ya probadas (Israel, Canadá, Australia), seleccionadas (Turquía, Brasil, Sudáfrica) o eventuales (Pakistán, India).

Estas tendencias confirman que el rol militar de Washington no se ha modificado. Preserva el liderazgo de una gestión imperial colectiva, que en la segunda mitad del siglo xx sustituyó a las viejas confrontaciones bélicas interimperialistas³.

Algunos autores cuestionan esta caracterización remarcando el declive militar de Estados Unidos. Interpretan los desenlaces geopolíticos recientes en Medio Oriente, Europa Oriental o Asia como expresiones de impotencia del viejo gendarme. Estiman que el Pentágono ha quedado irreversiblemente agotado y retrocede frente a cada desafío. Consideran que luego de ejercer cierta hegemonía cultural durante de los años noventa (con la fantasiosa ilusión de un “siglo americano”), los yanquis han perdido la partida.

Pero resulta difícil corroborar este diagnóstico a la luz de lo ocurrido en los últimos años. Estados Unidos sigue fijando las pautas y asumiendo las decisiones más relevantes de la acción imperial. Es la voz cantante a la hora de definir quiénes son los miembros y los excluidos del club nuclear.

En ese terreno, negocia con sus viejos antagonistas (China y Rusia); comparte el armamento con sus socios (Francia y Gran Bretaña) y agentes privilegiados (Israel); acuerda la magnitud del poderío atómico con regímenes históricamente próximos (Pakistán) o actualmente afines (India). Al mismo tiempo impone una duro acoso contra quienes buscan dotarse de esos recursos bélicos en forma autónoma (Corea del Norte).

³ Analizamos este problema Katz (2011) recogiendo la visión de Amin (2003; 2013).

Estados Unidos ha perdido capacidad de acción unilateral, pero no poder de intervención en la dirección del imperialismo colectivo. Este comando obedece a la inexistencia de otro timón para la custodia general del capitalismo.

Alemania remodela a Europa

Europa es el epicentro de la crisis actual. Allí continúa la recesión al cabo de fatigosos ajustes con niveles récord de desempleo. El momento más dramático del temblor se registró en el bienio 2011-2012, cuando sobrevoló una convergencia de quebranto de los bancos con cesaciones de pagos de la deuda pública, en pleno temblor global. También parecía inminente el estallido del euro. Ese dramatismo ha cedido pero el respiro es frágil. La situación de las instituciones financieras es delicada y el estancamiento es mayor que en Estados Unidos.

La interpretación europea inicial del *tsunami* como un eco pasajero del temblor norteamericano ha quedado desmentida. El Viejo Continente está atrapado en un círculo vicioso de quiebras bancarias y déficit fiscal. El rescate de las entidades potenció la deuda pública y precipitó recesiones, que acentúan la vulnerabilidad del sector financiero. Aunque 800 bancos ya recibieron un billón de euros, nadie avizora el final del túnel.

Alemania se ha convertido en la gran potencia del Viejo Mundo. Recuperó preeminencia con la anexión de la RDA, que financió entre 1998 y 2006 con ajustes internos y retracción salarial. Luego, impuso el incremento de la productividad por encima de los salarios mediante un atropello contra las conquistas sociales. Con las leyes Hartz se obligó a los desocupados a realizar trabajos precarizados, que ya representan un cuarto del empleo total. Esta agresión fue desplegada por los capitalistas para reducir el costo salarial.

La afluencia de mano de obra barata y calificada del Este y la relocalización externa de numerosas empresas complementaron el ajuste. Los sindicatos no fueron demolidos como en Inglaterra, pero decreció su poder de negociación y el modelo renano de capitalismo social se diluyó hasta perder sus viejas diferencias con el esquema anglosajón. El capital alemán se internacionalizó, recibió inversiones externas y adoptó el estilo brutal de los *managers* estadounidenses.

Estas transformaciones han socavado la legitimidad del sistema político. En Alemania Oriental, las elites del viejo régimen no obtuvieron los beneficios que lograron sus pares de Polonia, Hungría o Eslovaquia con la restauración capitalista. La emigración de jóvenes pro-

vocó una importante despoblación de la ex RDA y el 16% de la población total ya afronta un serio riesgo de pobreza. Además, los servicios de alimentación para los carenciados se han triplicado desde 2002 (Kundnani, 2014).

Los capitalistas germanos salieron airoso de la anexión e impusieron sus prioridades en la conformación de la Unión Europea. Acumularon un gran acervo de acreencias y superávits comerciales que les permite definir el rumbo del continente. Esta primacía se ha consolidado luego de cooptar a varias economías del norte, como Dinamarca, Holanda, Finlandia y Austria.

También ha sido esencial el acuerdo político con Francia. La clase dominante de ese país compensa su declive productivo con la alianza geopolítica que forjó con su viejo rival. Pero el precio del convenio es un ajuste continuado, que conservadores y socialdemócratas implementan sin ninguna distinción. A los pocos meses de asumir, Hollande sustituyó su leve sugerencia de subir impuestos a las familias pudientes por nuevos subsidios al capital y mayor flexibilidad laboral.

Inglaterra ensaya otra estrategia tomando distancia del poder alemán. Se mantiene fuera del euro y renegocia el *status* especial que acordó en 2009 dentro de la Unión Europea. Esta autonomía es exigida por el *lobby* bancario para preservar los negocios internacionalizados de la City londinense. Pero hay muchas tratativas en curso, porque el sector industrial —que coloca la mitad de sus exportaciones en el Continente— promueve una reaproximación con Europa.

Cirugía deflacionaria

Las economías intermedias de Europa afrontan las consecuencias de convalidar los recortes que impone la cúpula de la Unión. Esta cirugía comenzó en Italia a principios de los noventa con la aceptación de los Criterios de Maastricht. El viejo modelo de inflación, devaluación y déficit fiscal fue sustituido por una drástica comprensión del gasto público. La derecha de Berlusconi y los socialdemócratas de Prodi se han repartido la tarea de privatizar y desregular el mercado de trabajo, acentuando la brecha que separa al norte del sur italianos. Con este molde macroeconómico se perpetúa el estancamiento y el desempleo.

España siguió otro recorrido. Su incorporación a la Unión dio lugar a un fuerte crecimiento inicial e incentivó la internacionalización de ciertas empresas que se transformaron en jugadores globales (Telefónica, Endesa, Fenosa, Repsol, BBVA, Santander). La contrapartida de esa inserción ha sido una especialización de la economía (construc-

ción, servicios, turismo), que cercenó la estructura industrial y estabilizó elevadas tasas de desempleo (Santiso, 2008).

Estas fragilidades explican el gran impacto de la crisis reciente. El estallido de la burbuja inmobiliaria precipitó en España un colapso bancario que arruinó las finanzas públicas al cabo de cuatro rescates. El último socorro incluyó el tutelaje alemán directo en la supervisión de los recortes. El producto se contrae, el déficit fiscal saltó al 6,4% y la deuda se acerca al 87% del PBI.

España e Italia no pueden compensar su fragilidad económica con acciones geopolíticas. En las últimas centurias, tuvieron poca presencia en este ámbito y la incorporación a la Unión consolidó esa marginalidad. El impacto de la crisis se asemeja por estas razones al sufrimiento de toda la periferia europea (Beck, 2012).

El desempleo bate récord en la zona euro (10,8%) y se duplica entre los jóvenes (21,6%). Pero, en España, ya supera el 23% y, en Italia, afecta a uno de cada tres jóvenes y a la mitad de las mujeres del sur. El 8,2% de trabajadores europeos quedó situado en 2010 por debajo de la línea de pobreza. Pero el número de empobrecidos se duplicó en Italia en el período 2007- 2012 y alcanza a tres millones de personas en España. Si esta degradación persiste al ritmo actual, un amplio sector de la población de ambos países quedará privado de coberturas básicas en los próximos años. El modelo socialdemócrata de “capitalismo con mejoras sociales” se desvanece en forma acelerada.

En el fracturado mapa del continente, Alemania determina el ritmo del ajuste. Impone a los deudores una indigerible dieta deflacionaria, para amoldar la región a su patrón de competitividad. Como al mismo tiempo necesita preservar los nuevos mercados, evita la bancarrota de sus clientes, refinanciando a los quebrados con durísimos condicionamientos.

Cada país debe socorrer a sus bancos con fondos propios, puesto que la unificación monetaria no incluye compartir los pasivos. Alemania proyecta avanzar hacia una convergencia fiscal y bancaria de toda la Unión Europea cuando haya concluido la actual limpieza de insolventes. Por eso, otorga préstamos sólo a las economías colapsadas que aceptan el futuro control germano.

Para preparar esa supervisión, Alemania bloquea cualquier auxilio indiscriminado basado en la mutualización de deudas o la emisión de eurobonos. Impone un organismo afín (ABE) que timonea la reorganización de los bancos. También introduce la supervisión del Banco Central Europeo sobre las 6.200 entidades de la Eurozona y maneja la recapitalización de esas instituciones a través de un fondo de estabili-

dad (MEDE). El paso siguiente sería reformar el Tratado Europeo para asegurarse el control fiscal, ampliando la delegación de atribuciones que ya detenta Bruselas.

Sólo al final de este proceso, Alemania consideraría la introducción de los mecanismos federales que rigen en Estados Unidos para supervisar las finanzas y la moneda. Pero este plan requiere que el euro, los bancos y las finanzas públicas perduren sin estallar por la gran ingesta de cicuta que contienen los ajustes. La crisis podría demoler este proyecto antes de su concreción si se agrava la actual fractura entre el norte y el sur europeo.

Mecanismos de polarización

Los capitalistas de toda la Eurozona invocan la permanencia en el euro para justificar la destrucción del Estado de bienestar. Pero los más afectados son los países de la periferia regional. Estas economías han sufrido duramente las consecuencias de una liberalización financiera que generalizó las maniobras de titularización, el apalancamiento y las contabilidades fuera de balance. Los bancos quedaron desprovistos de sus protecciones tradicionales y, al trastabillar, impusieron un inmenso agujero a las finanzas públicas.

La periferia europea está agobiada por pasivos inmanejables y ha quedado sometida a las exigencias de los acreedores. Su situación se asemeja a los padecimientos sufridos por América Latina en los momentos de mayor endeudamiento.

Los mismos excedentes de liquidez y mercancías que Estados Unidos colocaba entre sus vecinos del sur en años ochenta y noventa, fueron transferidos por Alemania a las economías más frágiles del Viejo Continente. Ambas potencias utilizaron formas semejantes de endeudamiento público para descargar sobrantes de mercancías y capitales. Esta traslación socavó la estabilidad fiscal de las regiones dependientes y derivó en ajustes muy similares. El FMI monitoreaba los recortes de América Latina y ahora repite esa supervisión en una *troika* compartida con la Comisión Europea y el Banco Central Europeo. Sólo han cambiado las víctimas y la localización de un mismo proceso.

El desastre es mayúsculo en varios casos. Grecia sufre un colapso superior al padecido por Argentina en 2001, tanto en el desplome de su producto (el doble del derrumbe postconvertibilidad), como en la magnitud del endeudamiento (169% frente a 150% del PBI). El desempleo promedia el 27% y alcanza el 58% en la juventud, en un escenario de depresión sin fin (Ntavanellos, 2013).

La *Troika* no expulsó al país del euro, pero tampoco lo financia. Mantiene una soga corta para imponer el ajuste perpetuo con inverosímiles promesas de mejoría futura. Al cabo de una promocionada renegociación de la deuda, el pasivo fue reducido en un irrisorio 10%.

A Irlanda no le va mejor. Durante una década, el país fue exhibido como el “modelo más exitoso de neoliberalismo” y, desde hace cuatro años, soporta un ajuste sin pausa. El consumo se ha desplomado (12% inferior al 2007) y los recortes no han reducido la deuda pública que continúa por encima del 120% del PBI.

En Portugal, la derecha y los social-liberales se alternan en el gobierno para introducir nuevos recortes al concluir cada ronda de negociación de la deuda. Con el tercer rescate de los bancos, el país quedó vaciado de reservas, mientras se multiplica el desempleo. Europa Oriental sufre una gran emigración de la población desocupada y soporta tasas de pobreza semejantes al Tercer Mundo.

El destino de dos paraísos financieros ilustra quién carga con las consecuencias de la crisis. En Islandia, se privatizaron las entidades para atraer capitales a dos bancos que recaudaron fondos equivalentes a 10 veces el PBI de la isla. Cuando colapsaron, el FMI intentó transferir el desfaldo a una población que impidió el atropello.

También en Chipre se buscó penalizar a los pequeños depositantes por la quiebra de los bancos. La resistencia social y el temor a una corrida en otros mercados liberalizados obligaron a limitar esa confiscación. Pero el precedente de una expropiación directa de los ahorristas quedó flotando como un recurso para el futuro.

La moneda común opera en toda la Eurozona como una convertibilidad forzosa, que consolida las ventajas de las economías avanzadas al impedir el uso de las devaluaciones para recomponer la competitividad.

Los países más endeudados son forzados a reducir su déficit fiscal y su desbalance comercial. Como utilizan la misma moneda que el resto para gestionar productividades, salarios y tasas de inflación muy diferentes, soportan una gran hemorragia de recursos hacia el centro.

El promedio salarial en Alemania, Francia, Países Bajos, Suecia y Austria duplica o triplica las medias de Grecia, Portugal o Eslovenia. Supera entre 7 y 10 veces los niveles vigentes en Letonia, Rumania o Bulgaria. La brecha de productividad con Alemania es abismal.

También los desniveles de inflación entre el norte y sur de Europa se han acentuado. En el período 2000-2008, el incremento de precios fue 11,8% en la primera región y 27% en la segunda. Desde su incorpo-

ración al euro, las economías de la periferia crecieron aumentando el consumo sin ningún soporte productivo. La inflación diferenciada reflejó este desequilibrio, que primero desembocó en déficit comercial, luego en endeudamiento y finalmente en quebranto bancario.

Estos procesos ilustran el carácter crónico de las desigualdades socio-económicas regionales y la recreación de relaciones centro-periferia en los momentos de gran reconversión capitalista. En el escenario europeo, se verifica cómo ambos polos se alimentan mutuamente a medida que la región es adaptada a los nuevos moldes de la acumulación global⁴.

Del federalismo al centralismo

La crisis no ha detenido la conformación de la Unión Europea, que ya es un proto-Estado continental con varias instituciones en gestación. Hasta ahora, funciona mediante tratados sin gran sustento constitucional. Para cambiar cada regla se necesita el voto de los gobiernos, que a su vez recurren a consultas internas. Estos mecanismos regirán hasta que se defina cómo centralizar las decisiones. Esta modificación se está procesando mediante la eliminación de todos los resabios de la “Europa social” que obstruyen a la “Europa del capital”.

La transformación en curso ya no guarda ningún parentesco con el ideario federalista. Ese proyecto se ha disipado para insertar al Viejo Continente en la mundialización neoliberal. El viraje es comandado por Alemania, quien ensayó internamente los nuevos principios de restricción salarial y prioridad explícita del beneficio a través de estrictas políticas monetarias de independencia del Banco Central (Goddin, 2014).

Los primeros pasos que siguió la paulatina conformación de la Unión —Tratado de Roma en los cincuenta, política agraria común en los sesenta, sistema de paridades en los setenta, acuerdos de moneda en los ochenta— registraron un brusco giro con el Tratado de Maastricht en los años noventa. Allí comenzó el viraje neoliberal consumado con la unificación monetaria, el resurgimiento de Alemania y el ingreso de los países del Este a la Unión Europea.

El modelo actual funciona bajo el comando de una casta supranacional que amolda la construcción de Europa a las exigencias del mercado. Su poder creció abruptamente luego, con la implosión de la Unión Soviética y la reunificación germana. Maastricht consagró la primacía del despotismo capitalista para demoler el Estado de bienestar en los 27 miembros de la Unión y en los 17 integrantes de la Eurozona.

⁴ Esta reconsideración de la dinámica centro periferia en Husson (2012) y Toussaint (2013).

Todos perdieron soberanía, resignaron atribuciones presupuestarias y delegaron decisiones en la tecnocracia de Berlín-Bruselas. Este sometimiento se verifica en la primacía económica del Tribunal Europeo, el dominio de las empresas continentales, el libre flujo de capitales financiero y la gravitación del euro.

El proyecto federalista inicial de Monnet-Delors ha quedado totalmente sustituido por las propuestas de Hayek de forjar una estructura política divorciada de la soberanía popular. Este esquema modifica a tal punto las tradiciones progresistas de posguerra que el término “reforma” ya no implica mejoras sociales, sino aceleración de las privatizaciones.

La meta geopolítica inicial de la Unión apuntaba a realzar la gravitación de Francia para contener un eventual resurgimiento germano. Ese propósito compartían el Plan Schuman y la Comunidad del Acero y el Carbón. Se buscaba evitar la repetición de la inestabilidad de los años treinta, imponiendo la subordinación de Alemania a una construcción continental.

Pero la crisis de Suez, las derrotas del colonialismo francés y la erosión del gaullismo alteraron el proyecto. Por un lado, se incrementó la presencia perdurable de Estados Unidos en el Viejo Continente y, por otra parte, se debilitaron las posibilidades de un esquema europeo autónomo. El desplome de la Unión Soviética reforzó estas tendencias.

El viejo temor a una repetición de la inestabilidad de entreguerras se diluyó e irrumpió el nuevo horizonte de forjar empresas regionalizadas (o internacionalizadas) para apuntalar la competitividad europea. El discurso apolítico que emana desde Bruselas expresa esta prioridad.

Todos los debates actuales confirman la sustitución definitiva del proyecto keynesiano por el planteo hayekiano. Algunas interpretaciones atribuyen este cambio a la necesidad de centralizar la actividad de las grandes empresas integradas. Otros explican el mismo proceso por la pérdida de influencia del Estado-nacional. La interdependencia económica y la formación de alianzas continentales son vistas como datos insoslayables del nuevo escenario europeo.

Contradicciones de la Unión Europea

Muchos analistas se preguntan si la Unión aguantará la profunda erosión que genera la crisis actual. También discuten si el ajuste en marcha no terminará debilitando al Viejo Continente en la competencia global.

Cada iniciativa que adopta la Unión reduce su legitimidad política. Desecha las normas de una confederación, afianza la tiranía de sus organismos (Comisión, Consejo, Corte) y se divorcia del sustento electoral. Por estas razones aumenta el predicamento de las corrientes “euro-escépticas”.

El “déficit democrático de la Unión” es presentado por los neoliberales como un trago amargo y pasajero. Pero, en realidad, promueven un consenso pasivo de largo plazo, asentado en el sostén de las elites para contrapesar la indiferencia de las masas.

Dos de cada tres europeos ya hablan otro idioma y las calificaciones educativas se han unificado. Pero las clases populares no comparten el nuevo europeísmo, carecen de un sentido supranacional y conservan sus afiliaciones nacionales. Este descontento emerge periódicamente a la superficie en los resultados de los comicios.

El distanciamiento popular distingue la unificación actual de las viejas construcciones nacionales, que incluían la intervención revolucionaria de las masas para democratizar los nuevos Estados. Estos organismos surgieron históricamente a través de la expansión gradual de la autoridad en cierto territorio, la edificación desde arriba (absolutismo francés) o la revolución anticolonial (Estados Unidos).

La Unión Europea no repite ninguno de estos precedentes y se forja con gran orfandad simbólica. Los valores de la civilización asociados con el Viejo Continente desde el Iluminismo han sido vertiginosamente erosionados por los atropellos neoliberales.

La unificación actual destruye, además, el equilibrio de poderes políticos que generaba la existencia de múltiples Estados competidores. Este deterioro podría compensarse con la integración económica continental. Pero las empresas están consumando su entrelazamiento en un contexto de crisis global y desgarramiento social (Anderson, 2009).

Los analistas “euro-escépticos” también remarcan la inexistencia de una defensa militar y una política exterior común, la inoperancia del Parlamento de Estrasburgo, la continuada primacía de partidos políticos nacionales y la ausencia de una real identidad europea. Subrayan especialmente la incapacidad de la Unión para sustituir a los viejos Estados nacionales en la gestión corriente de los asuntos públicos (Mann, 2000).

La manifestación más evidente de estas tensiones es la creciente gravitación de las demandas regionalistas. Las tendencias separatistas se expanden en un amplio espectro de regiones (Escocia, Flandes) y en procesos muy contradictorios. Las legítimas exigencias nacionales

(catalanes) se mixturaron con el regresivo rechazo a compartir los presupuestos locales con las zonas empobrecidas (norte de Italia).

El contraste entre los derechos vulnerados de los vascos y la persecución racista en la ex Yugoslavia ilustra el carácter diametralmente opuesto que pueden asumir esos nacionalismos. Al aceptar varios mini Estados en su seno, la Unión Europea abrió un peligroso sendero de pertenencia a la Comunidad fuera de los Estados vigentes.

Dos facetas de la unificación

La estructura estatal europea en gestación presenta un perfil neoliberal de pocos gastos y burocracias ínfimas. Con ese delgado aparato, se busca avasallar las conquistas sociales que nunca alcanzaron los asalariados de otros continentes. Por esa razón el presupuesto de Bruselas se reduce al 1% del PBI regional.

La insignificante dimensión de ese organismo conduce a combinar los atropellos decididos en Bruselas con su implementación estatal-nacional. En este último ámbito se garantiza el recorte. Allí se concentran los dispositivos represivos y las instituciones políticas requeridas para consumir la agresión.

Pero un proto Estado mínimo para el ajuste también genera una estructura débil para la competencia internacional. Esta diferencia se ha verificado en las políticas divergentes que adoptaron la Reserva Federal y el Banco Central Europeo frente a la crisis. Mientras que la FED lanzó una emisión de 400% de la base monetaria de la economía estadounidense, el BCE sólo incrementó ese volumen en un 150% (Durand, 2014).

Esta diferencia de respuestas ha determinado una recuperación inferior del producto bruto y del empleo en comparación a Estados Unidos. La caída del nivel de actividad tuvo una duración inicial similar en ambas regiones (un año y medio). Pero la Eurozona recayó posteriormente en una nueva recesión de dos años. Además, su tasa de desempleo promedia el 12,1% frente al 6,7% de Estados Unidos (Wiesbrot, 2014).

Mientras que la potencia norteamericana recurrió a tres rounds de relajamiento monetario, en el Viejo Continente imperó la norma deflacionaria. Esta asimetría ha sido explicada por la adopción de una política monetaria expansiva frente a otra restrictiva. También se menciona la existencia de una Reserva Federal con experiencia, frente a un Banco Central Europeo en surgimiento. También se recuerda que los reglamentos de la Unión impiden prestar el dinero, mientras

que la FED distribuye sin ninguna restricción en todo el territorio estadounidense.

Otros analistas subrayan la mayor capacidad de acción de un Estado imperial construido hace dos siglos, frente a un proto Estado continental en plena gestación. Observan la misma diferencia entre un capital yanqui (que opera en forma cohesionada) y capitales europeos (segmentados en proyectos heterogéneos).

Pero la principal diferencia radica en la continuada hegemonía imperial de Estados Unidos. El ejercicio de esa supremacía le otorga un manejo militar, político y económico que no tienen sus rivales europeos. Este dominio se expresa también en la forma dominante de ejercer la política monetaria con un horizonte global.

Por estas razones, la Reserva Federal adoptó una actitud ofensiva frente a la crisis, emitiendo moneda y reduciendo las tasas de interés, mientras que el BCE recurría a la deflación y al encarecimiento del costo del dinero.

Merkel optó por una estrategia ultraortodoxa, no sólo por el alcance acotado del euro como moneda mundial. Su conducta defensiva también obedece a la subordinación germana al poder geopolítico norteamericano. Alemania ha recuperado gravitación económica, pero no presencia militar (Serfati, 2001).

La sintonía del país con cualquier acción antiterrorista que exige el Pentágono ilustra este sometimiento. Las elites alemanas son muy conservadoras y se han acostumbrado a seguir los mandatos del Departamento de Estado estadounidense. En los últimos años, aceptaron la participación de sus efectivos en los Balcanes, Afganistán y el Congo.

El comando económico que rige dentro de la Unión Europea no se extiende a la órbita geopolítica global. Como Alemania carece de ejército y proyección internacional, no puede actuar sola. Necesita el concurso de Francia, que a su vez ha optado por el abandono de la estrategia soberana del gaullismo.

El declive imperial francés no siguió el precedente británico de inmediata dependencia financiera y subordinación militar a Estados Unidos. De Gaulle pretendió reconstruir la autonomía del país mediante guerras coloniales y proyectos atómicos propios, aprovechando la gravitación internacional que mantenía la cultura francesa.

Pero ese intento fue socavado por la adaptación al neoliberalismo que inició Mitterand y que, posteriormente, propiciaron los intelectuales derechistas enemistados con la generación de 1968. Esta transforma-

ción fue reforzada por la apertura de la economía, la privatización de las empresas públicas y la consolidación de un estilo gerencial anglosajón.

El estancamiento económico, la reacción política y el declive cultural de Francia han desembocado en el giro pronorteamericano en los últimos años. Este viraje incluyó el reingreso a la OTAN y la participación militar en Afganistán.

Es cierto que Francia mantiene un despliegue imperial propio en su viejo espacio colonial. Allí desenvuelve todas las “intervenciones humanitarias” que exijan sus empresas. Ha realizado estas incursiones neocoloniales en Costa de Marfil, Ruanda, Congo, Níger y República Centroafricana, considerando a esa región como una gran reserva de negocios.

Pero habitualmente actúa en sintonía con el Pentágono, a través de operaciones coordinadas que distribuyen el trabajo militar. En el caso reciente de Mali, la invasión fue concretada por Francia para garantizar la provisión de uranio a su red energética. Pero el ejército norteamericano ya había adiestrado previamente a las tropas del mismo bando (Martial, 2013; Ramonet, 2013).

No sólo en África la acción imperial francesa remueve presidentes, promueve secesionismos y encubre genocidios en coordinación con la OTAN. También en Medio Oriente actúa con sus aliados occidentales, para sostener a las fuerzas reaccionarias de Libia o Siria.

Todas las rivalidades franco-americanas se procesan en el marco compartido del imperialismo colectivo. Cualquiera sea la expectativa francesa de esta acción (conservar su influencia neocolonial, su proteccionismo agrario o su excepcionalidad cultural), la asociación con Estados Unidos reduce el margen de acción de la principal potencia militar de la Eurozona.

Estados Unidos incrementa su influencia sobre una Europa unificada. Piloteó la expansión de la OTAN hacia el Este promoviendo la incorporación de varios países lindantes con Rusia y logró un explícito compromiso del Viejo Continente en la “guerra contra el terrorismo”. Ha impuesto la definitiva extinción de las viejas diferencias que separaban a los conservadores de los socialdemócratas en el manejo de la política exterior europea.

La reciente crisis desatada por el espionaje informático norteamericano corrobora ese viraje. Snowden destapó cómo el Pentágono ausculta los secretos de sus socios europeos. Los espías respondieron con cierta espuma mediática, pero aquietaron rápidamente el escándalo para no perturbar las operaciones conjuntas de ambas potencias.

La impotencia de Japón

La crisis global generó fuertes efectos pero no sorpresas en la economía nipona. Reavivó impactos que la tercera potencia del bloque desarrollado padece desde hace veinte años.

El prolongado estancamiento que soporta Japón le quitó centralidad económica desde el estallido de una burbuja especulativa en sectores bancarios y de la construcción (1989). Ese temblor inició un lento proceso de restricción crediticia e inversora, que desembocó en 5 recesiones durante los últimos quince años.

En ese período, las cotizaciones del mercado bursátil Nikkei y los activos inmobiliarios se desplomaron en un 70% y el nivel de actividad se retrajo muy por debajo del promedio de Estados Unidos y Europa.

La insolvencia bancaria generó un agujero financiero que continúa absorbiendo el 40% del presupuesto estatal. La deuda total se ubica en un récord internacional de 245% del PBI y todas las iniciativas ensayadas para retomar el crecimiento han chocado con la persistente deflación. Estos resultados son vistos con gran preocupación por los gobiernos occidentales, que actualmente recurren al mismo experimento monetario.

Un nuevo intento de reactivación ha encarado el gobierno de Shinzo Abe. Lanzó planes keynesianos de gran porte, que incluyen la inyección anual de us\$ 100 mil millones (Plan Kuroda). Se propone monetizar la deuda pública, expandir el crédito barato y mantener reducidas las tasas de interés, mientras empuja la actividad económica estimulando cierto repunte de la inflación. Implementa una flexibilización monetaria muy riesgosa, con un volumen de liquidez interna que podría situarse por encima de su equivalente estadounidense.

El atisbo de crecimiento que registran ciertos analistas no alcanza para revertir el estancamiento de las últimas décadas. El nuevo plan ha impulsado el despegue de los índices bursátiles, pero no la reactivación real de la economía (Roberts, 2013).

Las iniciativas en curso alientan también la devaluación para propiciar las exportaciones. Pero esta opción enfrenta la saturación del mercado mundial y la retracción general de compras. Japón no está en condiciones de entablar una guerra de monedas con sus competidores asiáticos mientras mantiene irresueltos varios conflictos económicos con Estados Unidos.

Los funcionarios norteamericanos negocian desde hace varios años la liberalización comercial de la economía nipona, especial-

mente en los sectores más protegidos de la agricultura, el comercio minorista, la salud, la energía y las finanzas. Después de muchas negativas, el gobierno se ha resignado a negociar un tratado de libre comercio.

Japón lideró la primera oleada de exportaciones asiáticas y quedó posteriormente afectado por el ascenso de sus rivales. China y Corea del Sur han logrado mayor competitividad en varios sectores. El viejo milagro exportador nipón se está deteriorando y, por primera vez desde los años ochenta, la economía padeció coyunturas de déficit comercial por la fortaleza del yen y la debilidad de las ventas. El encarecimiento de las importaciones de petróleo y minerales ha influido significativamente en este declive.

El peso económico de Japón se desdibuja. Por esta razón, durante los picos de la crisis reciente hubo más preocupación por el contagio que por los eventuales auxilios a Estados Unidos y Europa.

El deterioro de la competitividad nipona está influido en el largo plazo por el envejecimiento de la población. El exabrupto de un ministro, que presentó la aceleración del fallecimiento de los ancianos como único remedio al déficit de la seguridad social, ilustra la gravedad de este problema.

En un contexto de evidente madurez industrial, Japón no cuenta con reservas demográficas para abaratar el salario. Enfrenta un fuerte escollo frente a rivales asiáticos que cuentan con gran acervo de trabajo juvenil.

También en el tablero internacional, Japón actúa en espacios geopolíticos muy estrechos y se desenvuelve como un actor secundario en comparación a Europa. Está subordinado a las prioridades que fija Estados Unidos y esta marginalidad tiene serias consecuencias a la hora de concretar negociaciones comerciales o financieras.

Japón acompaña sin voz propia todas las acciones de la gestión imperial colectiva. Esta conducta se corroboró en las guerras recientes. Las fuerzas neoconservadoras que dirigen el país reforzaron el alineamiento prooccidental mediante un giro armamentista que incrementó el presupuesto militar.

Esa política condujo a la revisión de la Constitución de posguerra que restringe la acción bélica externa del país. Siguiendo las demandas de Washington, fueron enviadas tropas a Irak y Afganistán y, para limitar el avance de China, se multiplican los ejercicios con los socios regionales de Estados Unidos, como Filipinas, Malasia, Australia) (Kessler, 2013).

El escenario japonés confirma que más allá de los matices y diferencias, la crisis global afecta a todas las economías avanzadas. Pero ¿qué ocurre con los países emergentes? ¿Han logrado sustraerse del temblor? ¿Consumaron el esperado desacople?

18. Ascendentes, intermedios y periferia

Las economías emergentes suscitan tanto interés como dificultades de interpretación. Aglutinan a los países que no integran el bloque de los desarrollados ni de la periferia marginada. Se han expandido, ganan espacio en el mercado mundial y aumentan su influencia geopolítica.

Pero no es fácil distinguir a los integrantes de este segmento. Como suele ocurrir con las denominaciones que difunde la prensa, el término se ha popularizado antes de alcanzar un significado nítido. Retrata indiscriminadamente a varias economías, sin distinguir a China del conjunto de ascendentes.

Esta generalización impide notar una de las principales transformaciones cualitativas del período actual: la conversión del gigante asiático en una potencia. Ya está ingresando en el club de los países centrales y se ubica muy por delante de cualquier otro ascendente. Se ha convertido en el taller del mundo, con un tipo de inserción global muy diferente a los proveedores de materia primas o a los subcontratistas de servicios.

La transformación de China

El cambio de posicionamiento de China en la jerarquía mundial corona el afianzamiento de su estructura industrial. Esta mutación es el resultado de un vertiginoso crecimiento, que multiplicó en 33 veces el *PBI per cápita* en términos de poder de compra entre 1980 y 2011.

El volumen comercial del país se duplica cada cuatro años. Representaba el 20% de las transacciones estadounidenses en 2001, saltó al 40% en 2005 y, actualmente, ha emparejado a su rival. El peso del comercio exterior pasó de 9,8% al 65% del PBI desde 1978 hasta la actualidad. Estas transformaciones trastocaron por completo la estructura interna de la economía. El peso del sector agrícola cayó abruptamente, los servicios se expandieron y la industria se convirtió en el motor de todas las actividades (Salama, 2013).

La nueva potencia oriental mantuvo altísimas tasas de crecimiento y protagonizó un cambio histórico comparable a la revolución del vapor en Inglaterra, a la industrialización de Estados Unidos o el desarrollo de la Unión Soviética.

Esta nueva gravitación de China se ha verificado en el último sexenio. Su auxilio al dólar y al euro durante el pico de la crisis impidió la conversión de la recesión de 2009 en una depresión global. Los aportes financieros de Beijing fueron decisivos para el rescate inicial de las instituciones hipotecarias estadounidenses, para el sostenimiento posterior de los Bonos del Tesoro y para el apuntalamiento reciente de la moneda europea. La magnitud de las acreencias acumuladas por China retrata la dimensión de este salvamento.

El auxilio no fue acto de filantropía. Sirvió para asegurar la continuidad de las exportaciones y evitar la desvalorización de los enormes activos atesorados en moneda extranjera. Pero lo novedoso es la gravitación del país. En los años setenta, era impensable que el sistema financiero internacional fuera socorrido por China.

La mutación de esa economía comenzó en 1978 y, hasta el 2007, estuvo centrada en la emigración rural y el aumento de la productividad por encima de los salarios. Esta combinación abrió las compuertas para el giro exportador y la creciente captura de porciones del mercado mundial. Pero esa expansión no fue gratuita. Se consumó reduciendo la participación de los salarios y el consumo en el ingreso total. El *boom* exportador floreció junto a las ganancias y el debut de una brecha social interna. Este ascenso ilustró los enormes márgenes para desenvolver la acumulación que poseía una economía atrasada de dimensiones continentales (Lo y Zhang, 2011).

La crisis en curso tiende a reforzar un giro hacia el mayor consumo. Se intenta reducir la dependencia de las exportaciones de manufacturas básicas para expandir el mercado interno. Con ese objetivo, se introdujeron varios planes keynesianos de estímulo de la demanda.

Pero los resultados del sexenio han sido modestos. Aumentó levemente el consumo, se incrementó en algunos puntos la participación del salario en el ingreso y se registró alguna caída porcentual de las exportaciones. Estos cambios se ubican muy lejos del viraje ambicionado.

El gran problema radica en que una economía estructurada en torno a elevadísimos rendimientos del comercio exterior no puede girar hacia un esquema inverso sin perder competitividad.

Expansión y desequilibrios

China empieza a registrar las consecuencias de su tránsito al capitalismo. Desde 1978 hasta 1992, ese pasaje estuvo limitado por la preeminencia de un modelo de reformas mercantiles subordinado a la planificación central. Bajo ese esquema, las comunas rurales se convirtieron en unidades agroindustriales guiadas por principios de rentabilidad, pero sin privatizaciones de envergadura. Aparecieron los *managers* con atribuciones para reorganizar las plantas industriales, pero sin facultades para despedir en masa o vender empresas.

También se formaron las zonas francas en la costa, arribó el capital extranjero y comenzó la exportación, pero estas actividades no ejercían un dominio estratégico sobre el resto de la economía. En ese período, la industrialización retroalimentó la demanda y las mejoras en el consumo preservaron la distribución precedente del ingreso (Li y Piovani, 2011).

El viraje hacia el capitalismo se consumó a principios de los años noventa, a partir de las privatizaciones realizadas por los viejos directores de las empresas con la intención de forjar una clase capitalista. Los miembros de ese grupo se transformaron en los principales inversores de las nuevas compañías. Se aceleró también la acumulación primitiva mediante la expropiación de los productores agrarios.

La triplicación del ingreso *per cápita* y la cuadruplicación de las tasas de crecimiento han presentado desde ese momento otro significado social. Convalidan los enormes niveles de desigualdad social y la regresión de las conquistas populares.

Los grandes avances de la revolución han quedado interrumpidos. La duplicación de la esperanza de vida (de 32 a 65 años) y la alfabetización masiva (de 15% al 80/90% de la población) han sido reemplazados por la expansión del coeficiente de desigualdad (el índice Gini varió de 0,27 a 0,47 entre 1984 y 2009) (Lin, 2009).

Los desequilibrios del capitalismo comienzan a emerger en una economía que reduce su promedio de crecimiento (del 9/11% al 6/7% anual), como consecuencia de la madurez industrial y el encarecimiento de los costos. En el ciclo 2013-2014, el nivel de actividad registró la menor expansión de la última década. Tal como ocurrió anteriormente con Japón y Corea, el modelo comienza a lidiar con problemas de competitividad. Mantiene salarios muy inferiores a esos países, pero en las regiones de la costa y en las actividades de mayor calificación esa diferencia se está estrechando.

También los desequilibrios financieros se multiplican. Una importante porción de los bancos opera en las sombras con créditos dudosos que solventan el consumo de la clase media. También la oscura administración de los gobiernos locales se financia con préstamos clandestinos.

En las grandes ciudades está ascendiendo, además, una visible burbuja inmobiliaria. La inflación que durante la década pasada osciló en torno al 2% anual ha trepado al 6,2%. Junto al salto registrado en el número de multimillonarios (de 3 a 197 en la última década), crecen los padecimientos del trabajo precarizado que realizan quienes migran a las ciudades.

Pero el principal desequilibrio actual se ubica en la altísima tasa de inversión, que se mantiene en porcentuales insostenibles (43,8% del PBI en 2007 y 48,3% en 2011) en la actual coyuntura de desaceleración económica internacional. Esos niveles generan sobreacumulación de capitales y sobreproducción de mercancías a una escala mayúscula.

Una economía no puede crecer al 10% mientras sus compradores se expanden al 2/3% anual. Todos los planes keynesianos de los últimos años agravaron un problema que no se resuelve con el simple incremento de las importaciones (Zhu y Kotz, 2011).

Las tasas de inversión chinas no guardan ninguna proporción con patrones históricos o internacionales. Son consecuencia de un modelo exportador que exige un insostenible nivel de utilización de las materias primas y una gran devastación ambiental.

Una vez sustituida la gestión planificada por la competencia del mercado, no es fácil atemperar este tipo de sobreinversión. La competencia por el beneficio impide procesar en forma ordenada la reducción de ese exceso.

Disputas internas y externas

Las contradicciones económicas de China se acentúan por la disputa que opone al grupo dirigente de la Costa (asociado con el capital extranjero) con la elite del Interior (interesada en el desenvolvimiento del capitalismo de Estado).

El primer sector busca reforzar la integración del país a los circuitos del capitalismo global con mayores compromisos comerciales externos, nuevas adquisiciones de activos europeos y estadounidenses, y una eventual participación en el diseño de la futura moneda mundial.

Por el contrario, el segundo sector promueve un giro más radical hacia mercado interno, cuestiona el desmedido aumento de las inversiones foráneas y objeta el gran rescate de monedas y bancos extranjeros.

El choque entre estas fracciones ha incluido importantes cambios en la cúpula del PCC, que mejoraron las posiciones del grupo neoliberal encabezado por Wang Jiang, muy asentado en la región exportadora de Gaungdong. El sector rival sufrió el desplazamiento de ciertos líderes como Bo Xialai. El conflicto persiste, pero el último congreso partidario consagró el liderazgo de Xi Jinping y autorizó nuevas privatizaciones. Los grupos exportadores resisten un distanciamiento del mercado mundial que amenazaría sus privilegios.

Estas tensiones en las fracciones dominantes no han modificado la estrategia geopolítica defensiva que caracteriza a todos los dirigentes chinos. Buscan asegurar el acceso internacional a los recursos naturales, garantizar la seguridad de las fronteras conflictivas (Tíbet) y completar la reconstrucción de la nación con la reincorporación de Taiwán.

Para alcanzar estos objetivos, recurren a heterogéneas alianzas y despliegan a pleno la *realpolitik*. Esta orientación guía su custodia naval del Pacífico y su intermediación en la negociación de las armas nucleares que construyó Corea del Norte.

Este énfasis en la protección fronteriza explica la ausencia de correlatos político-militares externos de la expansión económica internacional del país. China inunda al planeta de capitales y mercancías, pero no de ejércitos y conspiradores. Mantiene una actitud defensiva frente a los periódicos hostigamientos de las administraciones norteamericanas, acrecentando la vigilancia y los resguardos defensivos.

Los líderes de Pekín saben que Estados Unidos ejerce la dirección del bloque imperialista y no aspiran a ocupar ese lugar. Intuyen que cualquiera sea el grado de traslado de la industria mundial a Oriente, el gendarme yanqui continuará supervisando las intervenciones

imperiales. Los dirigentes chinos no se imaginan a sí mismos cumpliendo ese rol en ningún escenario previsible.

Pero el nuevo *status* de potencia económica mundial que alcanzó China dificulta esa estrategia de equilibrio. La necesidad de recursos naturales y nuevos mercados empuja a sus dirigentes a la adopción de conductas agresivas. La apropiación de materias primas en África y los tratados de libre comercio con América Latina constituyen dos muestras de esta compulsión.

La nueva potencia está embarcada en la concurrencia global y en las consiguientes rivalidades internacionales. Su modelo exportador no es agregativo ni inclusivo. Exige arrollar a los competidores en el propio escenario asiático.

El ascenso de China amenaza el lugar central de Japón y la pujanza de Corea del Sur. Las tensiones se acentúan a medida que el nuevo gigante amplía su participación en exportaciones de mayor valor agregado y localiza plantas en la periferia asiática para explotar fuerza de trabajo barata.

Escenarios y desenlaces

El principal interrogante geopolítico gira en torno a las relaciones chino-estadounidenses. Algunas hipótesis estiman que irrumpirá un gran conflicto cuando la economía asiática externalice las tensiones de su modelo, presionando a los proveedores para que abaraten insumos y a los competidores para que resignen mercados. China confrontaría con Estados Unidos luego de conseguir el manejo de una moneda internacional convertible.

Pero otro escenario surge al recordar cómo se ha renovado la co-dependencia de China con Estados Unidos en las últimas cuatro décadas. El gran exportador oriental necesita el mercado norteamericano para descargar sus excedentes y la primera potencia requiere financiación china para solventar sus monumentales desbalances financiero-comerciales.

La transformación de Shangai en gran centro de empresas transnacionales ilustra cómo se reciclan los proyectos entre ambas potencias. Dos figuras centrales del pensamiento imperial apuestan a la renovación de esta asociación. Consideran que Estados Unidos aceptará un *status* económico preponderante de China, a cambio de su ratificación como *sheriff* del planeta (Nye, 2013; Brezinsky, 2011).

Hasta ahora, las tendencias hacia el conflicto y la asociación se desenvuelven con similar intensidad y resulta muy difícil prever

cuál será el desenlace. Es tan aventurado un pronóstico de choque abierto como la previsión opuesta de una idílica amalgama entre ambas potencias. Por el momento, el gigante oriental no sustituye a su adversario occidental y el gendarme norteamericano oscila entre conciliar y hostilizar a su rival.

Estados Unidos fomenta la tensión militar supervisando las disputas territoriales sino-niponas. También controla las maniobras navales de Corea del Sur, refuerza la instalación de *marines* en Australia y redobla las presiones sobre Corea del Norte para que desactive su arsenal atómico. Pero estas acciones coexisten con la continuidad de inversiones conjuntas.

El ascenso económico chino se consumó mediante una asociación internacional con empresas transnacionales que aceleró la formación de la nueva clase capitalista. La peculiaridad de este proceso ha sido el enlace directo que establecieron los grupos aburguesados del país con esas compañías. No siguieron la trayectoria clásica de acumulación nacional, barreras proteccionistas y rivalidad con otras potencias por la conquista de mercados externos. Se incorporaron sin mediaciones al nuevo contexto internacionalizado del capitalismo.

Confusión de emergentes

Un cierto número de países ha quedado clasificado junto a China dentro del mismo bloque de emergentes. Especialmente India, Brasil y Rusia son ubicados en ese casillero. Pero este agrupamiento olvida que la economía china es dos veces y media superior a la India y cuadruplica a Brasil o Rusia. Sus tasas de crecimiento han sido mucho mayores y acumula reservas por un monto que duplica la suma de los tres países (Turzi, 2011).

Estas distancias han sido corroboradas por un tipo de inserción internacional muy diferente. Mientras que China incide directamente sobre la marcha del ciclo global, los otros países ejercen una influencia secundaria.

El decisivo auxilio que ofreció el Banco Central Chino a las monedas, presupuestos públicos y bancos de la Tríada durante la crisis contrasta con la ausencia de gravitación de las otras tres naciones. Este grupo se ubicó más cerca del campo de los necesitados que del área de los socorristas. Los tres países tampoco han sido receptores del desplazamiento general de la industria que se orienta hacia el Extremo Oriente.

Las clasificaciones más recientes también incluyen dentro del bloque emergente a Turquía y Sudáfrica. Realzan su expansión durante la última década, el efecto limitado de las crisis reciente y el menor impacto del endeudamiento en comparación con las economías desarrolladas. Pero las tasas de crecimiento de estas economías han sido variables y muy inciertas. Obedecen a procesos relativamente recientes y no a movimientos acumulativos de varias décadas.

Otros países ubicados en el mismo sector ascendente han repuntado como consecuencia de la apreciación internacional de las materias primas. El carácter eventualmente estructural, y no meramente financiero de esta valorización, no modifica la vulnerabilidad de economías tan dependientes del vaivén de las *commodities*.

El agrupamiento de todos bajo un mismo mote de “emergentes” genera múltiples confusiones. La propia clasificación proviene de visiones financieras de corto plazo. La sigla BRICS, por ejemplo, fue introducida por un operador bursátil de Goldman Sachs para señalar las oportunidades de inversión.

Con este mismo parámetro, otros financistas han tomado distancia de los BRICS y preparan su reemplazo por los MINT (México, Nigeria, Indonesia y Turquía), percibidos como candidatos a recibir capitales golondrinas. En realidad, los receptores potenciales de estos fondos son tan numerosos como efímeros.

Los más renombrados últimamente son: Vietnam, Australia, Bangladesh, Chile, Colombia, Corea del Sur, Egipto, Filipinas, Irán, Israel, Malasia, México, Nigeria, Pakistán, Perú, Polonia, República Checa, Singapur y Tailandia. Como no existen criterios para clasificar a esta variedad de países, se multiplican las sopas de letras (CIVETS, EAGLES, AEM, VISTA, MAVINS).

Es evidente que estos malabarismos terminológicos no esclarecen ningún proceso económico. En función de algún parentesco financiero, se mezcla en el mismo casillero a países medianos y periféricos o a economías industrializadas y rentistas.

Economías semiperiféricas

El probable incremento de las tasas de interés estadounidenses ha reducido actualmente la aureola de los BRICS. Algunos economistas consideran que los mayores riesgos de un próximo temblor financiero se han desplazado hacia las economías intermedias, con mayores déficits fiscales y tasas de crecimiento bajas (Roubini, 2014a; 2014b).

Otros temen la repetición de las grandes crisis que durante los años noventa desencadenaron economías semejantes: México (1994), el Sudeste Asiático (1997), Rusia (1998) o Argentina (2001).

Pero, más allá del diagnóstico coyuntural, es importante registrar que se ha profundizado la división en el viejo bloque de economías no industrializadas. Un segmento amplió su estructura fabril, participa de exportaciones manufactureras, incorporó empresas al círculo de compañías transnacionales o desarrolló servicios productivos. El otro sector mantiene, en cambio, su viejo perfil primarizado.

Esta clasificación de las economías en función de su estructura e inserción en la división internacional del trabajo es utilizada por autores críticos del vago concepto de “emergentes”. Con esta mirada centrada en el proceso productivo global, han precisado el contenido de la noción “semiperiferia” (Martínez Peinado, Cairó y Gemma, 2012).

Esta categoría se aplica a países como Corea, Taiwán, Turquía, México, Brasil o Sudáfrica, que se han distanciado del grueso de la periferia asiática, africana o latinoamericana. Este posicionamiento intermedio confirma el ordenamiento tripolar que postulan los teóricos de sistema-mundo y su caracterización de las semiperiferias como un segmento que acolchona las brechas entre los dos polos del capitalismo global (Wallerstein, 1988; Arrighi, 2009).

Este grupo protagoniza, actualmente, las bifurcaciones que tradicionalmente separaron a las económicas ascendentes de sus pares retrasados. Se repite así la trayectoria seguida por países que atravesaron por contradictorios períodos de proximidad con los centros o confluencia con la periferia.

Esta caracterización cuestiona la creciente expectativa actual en un ascenso general de los países emergentes. Destaca que estas economías compiten entre sí al interior de una arquitectura estable, dónde el éxito de un concurrente conspira contra las posibilidades de los rivales situados en la misma escala de desarrollo.

Las economías intermedias repiten la trayectoria de las semiperiferias precedentes, que ambicionaron subir al escalón del centro. Pero la segmentación mundial siempre impidió un éxito colectivo. Si la expansión actual de China se consolida, confirmará la excepcionalidad de ese salto. El arribo al *status* de país desarrollado no está al alcance de OTROS BRICS, MINTS O EAGLES.

Subpotencias dispersas

El protagonismo geopolítico regional de cada economía semiperiférica es determinante de su éxito o fracaso en ocupar los espacios vacantes del orden global. Algunos países de ese segmento cuentan con dimensiones continentales y Estados de gran porte, pero arrastran también trayectorias imperiales frustradas. Fueron potencias que devinieron en semicolonias y volvieron a renacer con proyectos de dominación zonal.

Actualmente, se desenvuelven en grandes territorios con importantes recursos demográficos o naturales y negocian directamente con la Tríada. Su acción geopolítica incide directamente sobre su ubicación final en el ranking semiperiférico. Especialmente Rusia, India y Turquía comparten estas peculiaridades.

Muchos analistas estiman que estos países tienden a converger en bloques comunes para disputar poder con las potencias centrales. Pero los indicios efectivos de este empalme son escasos frente al trato dispar que les dispensa el imperialismo. Estados Unidos hostiliza a Rusia, está asociado con Turquía y se reacomoda con la India.

En lugar de conformar un bloque, cada subpotencia busca su propio nicho dentro del orden neoliberal. Aceptan el librecomercio, la primacía de las empresas transnacionales y la continuidad de flujos financieros transfronterizos. A diferencia de lo ocurrido durante los años treinta y cuarenta, no apuestan a forjar redes proteccionistas ni a construir coaliciones belicistas.

Todos trabajan dentro de los organismos internacionales para reforzar su influencia. Promueven reformas del sistema de votación dentro del FMI y propugnan la constitución de fondos de reservas globales para reemplazar paulatinamente al dólar. Como no les interesa sustituir abruptamente a la divisa que nomina el grueso de sus reservas, apuestan a una larga negociación.

En las Naciones Unidas, propician un reajuste del actual Consejo de Seguridad, conformado por cinco miembros permanentes con derecho a veto. Esa negociación es muy conflictiva porque el nuevo asiento en discusión tiene muchos candidatos entre las viejas potencias (Alemania, Japón) y las que ascienden (India, Brasil). China y Rusia no están seguras de la conveniencia de este cambio.

Varias subpotencias han mostrado disposición para aportar tropas a las misiones de la ONU, convalidando la hipocresía del humanitarismo imperialista. Esta conducta no sólo ilustra la afinidad de las clases dominantes de estos países con el *statu quo* global. También

indica las dificultades que enfrentan para encarar acciones alternativas. Algunos integrantes de esta franja compiten entre en sí en varios terrenos económicos y otros mantienen viejas disputas fronterizas. Frecuentemente, sus prioridades estratégicas no confluyen.

Los BRICS realizaron, por ejemplo, varias cumbres para acordar cierto incremento del intercambio, la constitución de un fondo de reserva y la eventual conformación de un Banco de Desarrollo. Pero han buscado confluencias frente a contingencias de corto plazo, sin avanzar en compromisos significativos.

Esa actitud obedece a la estrecha asociación que están gestando las clases dominantes de este grupo con las empresas transnacionales. Participan de la etapa neoliberal junto a elites de multimillonarios muy integradas al club mundial de los poderosos. Estas tendencias se verifican en cuatro casos.

Rusia e India

La recuperación de Rusia es muy visible. La era Putin ha contrarrestado la desintegración social, el derrumbe económico y la pérdida de posiciones internacionales que sucedieron a la implosión de la Unión Soviética. Pero se suelen resaltar los contrastes entre ambos períodos omitiendo las continuidades. El presidente ruso consolidó las nuevas clases capitalistas que la vieja burocracia forjó saqueando los bienes del Estado. Ese descarado vaciamiento desembocó, durante el período de Yeltsin, en la bancarrota del rublo (Kagarlistky, 2005).

Putin limitó esos excesos restaurando el orden que se requiere para el funcionamiento del capitalismo. Reconstruyó el poder del Estado mediante un régimen autoritario, asentado en la fatiga legada de la caótica situación precedente. Introdujo reglas para la acumulación y consolidó la concentración del negocio energético y financiero en manos de un reducido de acaudalados. También afianzó cierto control estatal sobre los rentistas para recomponer el consumo y la inversión. Esta acción incluyó la detención de varios millonarios.

El nuevo poder político vertical se basa en el fraude y la persecución de opositores, pero logró varios triunfos electorales. Este caudal de votos es utilizado para reforzar el sometimiento político de una clase obrera huérfana de tradiciones y prácticas de autoorganización.

El legado de varias décadas de totalitarismo burocrático continúa obstruyendo la conformación de sindicatos y agrupaciones de iz-

quierda, a pesar de la enorme desigualdad social y la creciente pérdida de ilusiones en el capitalismo (Boudraitskis, 2012).

Sobre este trasfondo de pasividad y desmoralización popular, Putin recrea una ideología nacionalista que enaltece los liderazgos providenciales y las antiguas tradiciones de supremacía eslava. Así, intenta reconstruir el papel subimperial de Rusia en el entorno geográfico del viejo zarismo. Las masacres contra los chechenos fueron el punto de partida de esta acción. Contaron con la implícita colaboración de Occidente, que perpetra crímenes semejantes en la lucha contra el “enemigo terrorista”.

Pero esa complicidad no atenuó la creciente tensión de Rusia con el imperialismo norteamericano, que intentó aprovechar el colapso de la Unión Soviética para exterminar a su viejo rival. Estados Unidos rodeó el país con misiles de la OTAN para forzar la liquidación del gran arsenal soviético.

Putin comprendió que ese desarme imposibilitaría forjar un sistema capitalista medianamente sólido e inició una reacción defensiva de reconstrucción del poder bélico. Intervino en Georgia, desplegó efectivos en Asia Central, participa en las negociaciones de Siria y anexó Crimea frente al golpe de Ucrania.

Con estas acciones consolida la autonomía estatal que los grandes capitalistas necesitan para afianzar sus inversiones. Estos sectores dividen sus simpatías entre Estados Unidos y Europa, mientras derrochan fortunas en Berlín, Londres o Nueva York. Una fuerte tradición soviética de intervención en los problemas globales es utilizada por la elite actual. Aprovechan la diplomacia para apuntalar los negocios.

Rusia recupera espacio porque mantiene una enorme estructura bélica que no supervisa el imperialismo colectivo. Esta gravitación militar, y no el florecimiento económico, explican su resurgimiento internacional. La crisis global afectó al país más que a otros emergentes. No ha reconstruido la estructura industrial del pasado y se afianza una enorme dependencia de las exportaciones de gas y petróleo.

También India participa del ascenso de los emergentes por el lugar geopolítico que ocupa en un convulsivo subcontinente asiático. Es la gran potencia de una región conmocionada por diferendos fronterizos, demandas separatistas y ambiciones localistas. La omnipresencia de su ejército contrapesa la convulsión de Sri Lanka, las tensiones de Bangladesh, los conflictos con Nepal y la ola de terror talibán. Condiciona el irresuelto *status* de Cachemira, al cabo de cua-

tro guerras con Pakistán, y las disputas fronterizas con China luego del choque militar de 1962. La situación de Tíbet se mantiene en suspenso.

Las clases dominantes gestionan un conglomerado de más de mil millones de personas, en 28 Estados, 7 territorios, 18 idiomas oficiales, varias religiones y comunidades que cohabitan en una estructura de castas. Las estructuras estatales formalmente seculares están corroídas por la multiplicidad de choques sectarios y por sangrientas explosiones de nacionalismo. Este tembladeral queda habitualmente encubierto por el discurso celebratorio que presenta a la India como una democracia estable y multicultural (Anderson, 2012; Chakraverty, 2007).

Pero el gran cambio geopolítico ha sido el giro pronorteamericano de clases dirigentes que adoptaron el credo neoliberal. El desplome de la Unión Soviética y la posterior complicidad del ejército pakistaní con los talibanes favorecieron esa confluencia con Estados Unidos.

Las inversiones yanquis saltaron, en menos de veinte años, de us\$ 76 millones a us\$ 4 mil millones. India ya formaba parte del selecto club atómico mundial, pero ahora cuenta con un aval del Pentágono, anteriormente focalizado en su rival pakistaní (Varadarajan, 2008).

En la última década, la economía india registró elevadas tasas de crecimiento y alumbró varias multinacionales de peso global. También logró cierta expansión en la informática, especialmente en los servicios de *software*. Pero sus actividades de subcontratación se mantienen muy distantes de los epicentros de la revolución digital. Cualquier comparación de patentes o niveles de rendimiento con Estados Unidos confirma esa brecha (Shie y Meer, 2010).

Al igual que China, el resurgimiento de India está acompañado de un sentimiento de renacer milenario de civilizaciones, que ocupaban lugares preponderantes hasta el siglo XVIII. Pero el crecimiento actual del país no es comparable al desarrollo de su vecino. La industria continúa operando en eslabones intermedios no integrados, con alta dependencia de insumos externos y pagos de *royalties*. La productividad es baja y la infraestructura es muy obsoleta.

Las diferencias con China son más categóricas en el plano social. El país cuenta con el mayor número de multimillonarios recientes y una numerosa clase media. Mantiene al 77% de la población en estado de pobreza y el 40% de niños con insuficiencia de peso. La lucha contra el hambre ha fracasado y 100 mil campesinos se suicidaron

entre 1996 y 2003 por angustias de subsistencia. La histórica exclusión social persiste a una escala gigantesca. Cuatro de cada diez persona no saben leer ni escribir y en el índice de desarrollo humano el país está ubicado en el lugar 126 (Bulard, 2007).

El proceso actual de acumulación enfrenta dos límites ausentes en las centurias precedentes. India no puede descargar su población sobrante en corrientes de emigración (como hizo Europa hacia América) y sufre un desempleo agravado por la innovación tecnológica.

Estos obstáculos tienden a acentuarse por la actual presión neoliberal para flexibilizar el mercado laboral y privatizar empresas públicas. Pero esta agresión comienza a afrontar una resistencia que puede modificar todos los datos del país.

Sudáfrica y Turquía

Sudáfrica es otro caso de gravitación geopolítica creciente, luego de la heroica lucha popular que permitió sepultar el sistema político racista. Pero esa gesta —simbolizada en la figura de Mandela— dio lugar a una transición pactada que consolidó la supremacía de las minorías enriquecidas.

La cooptación de una elite negra al poder aportó a las clases dominantes una nueva proyección regional que facilitó cierto crecimiento económico. La desaparición del aislado régimen del *Apartheid* permitió consolidar un área de librecomercio y afianzar una economía industrializada que absorbe el 70% de toda la electricidad del África Subsahariana.

Esta reubicación estratégica explica la incorporación de Sudáfrica al núcleo de los BRICS. Rusia o India tienen un PBI cuatro veces superior y la diferencia se extiende a 16 veces con China. En este terreno, el país es incluso superado por Corea, Turquía o Indonesia. Su extensión geográfica y población son inferiores a Argentina o Irán y tiene competidores de peso como Nigeria dentro del continente. Pero sólo el régimen post *Apartheid* ofrece las estructuras requeridas para un liderazgo regional.

Durante el siglo xx, las empresas sudafricanas combinaron la expansión regional con el belicismo y el racismo. Los colonos blancos, convertidos en clase dominante *afrikaneer*, se asociaron con las empresas mineras para asumir ese rol de gendarme. Utilizaron intensamente el poder militar gestado durante la sustitución de importaciones (Bond, 2007).

Con el fin de esa dominación, se extinguieron las ambiciones de expansión externa, pero no la gravitación de la principal economía de la región. La nueva elite negra promueve el capitalismo neoliberal bajo el emblema de un “renacimiento africano”.

Un líder histórico de los trabajadores mineros (Cyril Ramaphosa) se ha convertido en director de grandes empresas, en un país que ya no es repudiado por sus vecinos. Sudáfrica es el niño mimado del FMI y del Banco Mundial. Sus dirigentes despliegan retóricas progresistas en la ONU, mientras actúan como socios confiables de Estados Unidos (Saul, 2005).

Pero este giro neoliberal ha desgarrado a Sudáfrica. Desde 1996, la combinación de privatizaciones y apertura comercial, con la eliminación de las restricciones al desplazamiento de personas, generó una caótica urbanización que ha ensanchado la polarización social (Bond y Desai, 2006).

El desempleo se duplicó y afecta al 36% de la población. La desigualdad se ubica al tope de los índices mundiales, evidenciado en un Gini de 0,73. Los desastres en la provisión de agua, la precariedad de la vivienda y la degradación de la educación son mayúsculos. El salario se ha estancado con la generalización de agencias que intermedian en la contratación laboral. En el 87% de las tierras que monopolizan los granjeros blancos, subsisten formas encubiertas de servidumbre.

Las modalidades extremas del desarrollo desigual y combinado que generó el *Apartheid* no han desaparecido. Ese sistema articulaba capitalismo y precapitalismo mediante una excepcional subsistencia de formas de coerción extraeconómica. El trabajo temporario y migrante que conectaba a los sectores modernos y atrasados de la economía se ha remodelado y recrea las viejas fracturas (Skinner y Valodia, 2007).

Sudáfrica también padece la erosión de su base energético-minera tradicional. Ese complejo se ha internacionalizado manteniendo su primacía (23% del PBI y 60% de las exportaciones). Pero el extractivismo está agotando los recursos del subsuelo al cabo de varios intentos fallidos de diversificación.

Por estas razones, la crisis global ha impactado más en Sudáfrica que en otras economías equivalentes. Hay cierta fuga de capitales en un marco de tensiones sociales y masacres mineras que recuerdan las terribles represiones del pasado.

También el caso de Turquía ilustra cómo despunta una subpotencia regional por su gravitación geopolítico-militar. Las clases dominantes han desarrollado, en las últimas décadas, una estrategia de expansión en el mundo árabe y el Mediterráneo.

Esta política se asienta en un despliegue militar que desborda las fronteras (ocupación de Chipre) y se refuerza con la opresión inter-

na de la minoría kurda. Los derechos nacionales de este sector son rechazados a punta de fusil, ignorando la opinión mayoritaria de la propia población turca. Al cabo de treinta años de resistencia, el gobierno debió aceptar el inicio de negociaciones ante el establecimiento de regiones autónomas kurdas en Irak y Siria (Mohamed, 2013).

En Turquía, la coerción interna y las ambiciones expansivas son políticas de Estado, actualmente retomadas por una administración islámica conservadora. Sus dirigentes asumieron hace once años con promesas —que no cumplieron— de renovar el nacionalismo autoritario del *Kemalismo*.

Recrean especialmente el proyecto subimperial de lograr la supremacía regional frente a Irán, Egipto y Arabia Saudita. Por eso, preservan la tradición despótica de una gran burocracia sometida a la tutela militar. El fin de la dictadura no erradicó los vestigios del totalitarismo y los poderes efectivos del Parlamento son muy débiles (Çağlı, 2009).

El neo-otomanismo persiste como ideología histórica de sectores dominantes que atravesaron toda la variedad de estadios imperiales y semicoloniales. Actualmente, adaptan esa tradición a un proyecto de inserción en la mundialización neoliberal, asentado la supremacía regional.

Con esa estrategia, Turquía forma parte de la OTAN, tolera en su territorio las actividades del Pentágono y participa en las incursiones en Afganistán, Somalia e Irak. Pretende actuar como socio y no como un vasallo de Estados Unidos. Con la misma intención, brindó sostén a los islamistas que participaron en la guerra de Siria.

La burguesía turca abraza el neoliberalismo con ese horizonte geopolítico. Se ha beneficiado con un crecimiento del 8% anual del PBI que ubicó al país en un *status* mediano, con varias corporaciones de peso. Pero los nubarrones que actualmente afectan a todas las economías intermedias amenazan este ascenso.

Los nuevos sectores del islamismo librecambista han desplazado a las viejas fracciones proteccionistas laicas, pero todos dejaron atrás la etapa desarrollista para propiciar la apertura comercial. Buscan ingresar en la Unión Europea con el activo apoyo de los medios de comunicación y la Bolsa.

Estados Unidos avala esta incorporación por las mismas razones que alentó el ingreso de los países del Este europeo a esa comunidad. Pero resulta muy difícil lograr un consenso dentro del Viejo Conti-

nente para incluir a una potencia autónoma tan opresiva y poco secular (Anderson, 2009).

La regresión de la periferia

La crisis global ha impactado en la periferia clásica. Afecta duramente a las economías que exportan bienes básicos, adquieren productos elaborados y sufren el saqueo de sus recursos naturales.

Estos países no cuentan con los amortiguadores que utilizan las economías intermedias para atemperar un contexto internacional desfavorable. Quedaron muy golpeados por las condiciones políticas adversas que impuso el neoliberalismo al eliminar los contrapesos que limitaban la polarización mundial. El desmoronamiento del bloque socialista y la pérdida de conquistas obreras en el Primer Mundo facilitaron la ampliación de esa brecha.

La periferia está conformada por las economías que sufren un empobrecimiento mayúsculo. En los polos extremos del ingreso, persisten diferencias abismales. El PBI *per cápita* de Congo (us\$ 231) o Burundi (us\$ 271) se ubica a años luz de su equivalente en Mónaco (us\$ 114.232) o Estados Unidos (us\$ 48.112). Estas fracturas se ampliaron significativamente durante las últimas décadas, puesto que la brecha que separa el ingreso *per cápita* de las regiones más ricas y más pobres aumentó, entre 1973 y 1998, de 13,1 a 19,1. Existen numerosos cálculos de esta expansión geométrica de la fractura de ingresos que separa a los primeros y últimos 40 países del ranking global (Economía Mundial, 2013).

La acumulación del capital a escala global siempre se desarrolló en una división internacional del trabajo que genera transferencias de recursos de la periferia hacia el centro. En la etapa neoliberal, esta dinámica polarizadora se mantuvo modificando las localizaciones de este proceso. El despegue de ciertas zonas se consumó en desmedro de otras, a través de intercambios desiguales y procesos de recreación del subdesarrollo (Wallerstein, 1986).

Esta polarización se verifica en forma dramática en el agravamiento del hambre. Esta tragedia social se acentuó desde 2003 por el ciclo ascendente que registran los precios de los alimentos. Hasta 2008, esa carestía se concentraba en los cereales y ciertas oleaginosas, pero en la actualidad abarca a todos los productos. En diciembre de 2010, el índice de precios de la FAO superó su máximo histórico.

Las expectativas en un descenso de esas cotizaciones por la desaceleración económica global no se han verificado. La cifra total de

hambrientos ronda los 1.200 millones de personas, pero la amenaza se extiende a 2.500 millones que subsisten en condiciones de pobreza. Basta recordar cómo esa carestía influyó en el debut de los levantamientos árabes (“una intifada del pan”), para notar el impacto social del problema.

Existen tres explicaciones de la continuada inflación de los alimentos. La primera atribuye el comportamiento alcista a la formación de burbujas, gestadas con la especulación de los precios a futuro de los cereales. Esta operación ha canalizado los excedentes de liquidez que genera la falta de oportunidades de inversión en los países desarrollados.

Las obscenas apuestas con bienes primordiales para la vida humana es un juego cotidiano en Estados Unidos. Antes de 2000, el mercado de futuro de estos productos estaba regulado y se desenvolvía con estrictas exigencias de información de las posiciones de los *traders*. Estas regulaciones fueron abolidas y la actividad fue abierta al ingreso de los fondos que operan en el corto plazo.

Las inversiones llegaron en masa y, en 2007, el monto de esas transacciones promedió los us\$ 9 billones. Los financistas perfeccionaron posteriormente su acción y ya no suscriben contratos a futuro. Compran y venden siguiendo el vaivén diario de las *commodities*, sin comprometerse nunca con la posesión física del producto. Simplemente manejan los contratos mediante derivados financieros, que multiplicaron seis veces su presencia en el sector entre 2002 y 2008 (Ghosh, 2012).

Los grandes bancos (BNP Paribas, Deutsche Bank, JP Morgan, Morgan Stanley, Goldman Sachs) se especializaron en esta actividad para recuperar beneficios luego del *crack* de 2008 y estuvieron directamente involucrados en el brusco aumento del precio de los tres alimentos que cubren el 75% del consumo básico mundial (maíz, arroz y trigo) (Toussaint, 2014b).

Un segundo enfoque estima que la valorización de los alimentos es consecuencia de las actividades que aprecian indirectamente los productos básicos (como los biocombustibles). Estos desarrollos incrementan los costos de los insumos y acentúan el agotamiento del suelo. Los precios de los alimentos trepan, además, al compás del encarecimiento del petrolero, el transporte o la irrigación. El mismo impacto genera la expansión de los supermercados, que inflan la demanda con nuevos hábitos de consumo.

Finalmente, otra explicación estima que la apreciación de los alimentos es un problema estructural, derivado de la demanda ejer-

cida por los nuevos compradores asiáticos. Aunque la oferta se ha expandido junto al incremento de la productividad agrícola, consideran que la nueva dieta de millones de consumidores impacta sobre los precios.

Es probable que estas tres visiones expliquen aspectos complementarios del mismo fenómeno. En los próximos años, quedará esclarecido cuál ha sido el principal determinante de la carestía alimenticia. Sean maniobras financieras, actividades competitivas o brechas estructurales entre producción y consumo, el resultado es el mismo: agravamiento de la tragedia del hambre.

El trasfondo de este flagelo ha sido la mundialización neoliberal, que impuso una reconversión agrícola tan favorable a la exportación como nociva para los cultivos tradicionales. Esa transformación benefició al *agrobusiness*, socavó la seguridad alimentaria, destruyó al campesinado y acentuó el éxodo rural.

Las normas de librecomercio que impuso la OMC forzaron la especialización exportadora de muchas economías periféricas que se convirtieron en compradoras netas de productos básicos. Perdieron sus reservas nacionales de alimentos y quedaron desguarnecidas frente al ciclo actual de encarecimiento. Esta desprotección favoreció a varias economías desarrolladas que descargaron sus excedentes sobre comunidades arruinadas por la destrucción del autoconsumo.

La desnutrición constituye la manifestación más aguda de la regresión padecida por el Tercer Mundo. Estas economías soportan la depredación de los recursos codiciados por las grandes empresas transnacionales. El petróleo, los minerales, el agua y los bosques son blancos principales del atraco.

¿Despunta África?

África Subsahariana ha sido el mayor escenario de tragedias sociales. Allí se localizaron los terribles dramas de refugiados, migraciones masivas y masacres étnicas.

El desangre generado por las guerras locales se cobró tres millones de muertos. En los años ochenta y noventa, la región sufrió un declive de la esperanza de vida (58 años en 1950 a 51 años en 2000). Este cuadro dantesco fue consecuencia de incontables disputas por la apropiación de los recursos naturales.

Las batallas entre caciques para controlar los recursos exportables provocaron el colapso total de varias sociedades (Ruanda, Somalia, Liberia, Sierra Leona). Otras se desangraron por el coltán (República

del Congo) o por la apetencia de diamantes, cobre y petrolero (Costa de Marfil, Sudán y Angola). La batalla por esos botines reavivó antiguas rivalidades étnicas, regionales y confesionales, promovidas por elites que frustraron el proceso de descolonización de los años sesenta y setenta (Hobsbawm, 2000).

No es cierto que África sufrió estas desgracias por su “marginación del mundo”. Es la región más integrada y subordinada a la división internacional del trabajo. La tasa de comercio extraregional en proporción al PBI (45,6%) es muy elevada en comparación a Europa (13,8%) o Estados Unidos (13,2%). El problema radica en la forma que históricamente adoptó esa integración.

Durante la esclavitud, África sufrió una hecatombe demográfica que redujo dramáticamente su población. En el periodo colonial (1880-1960), se generalizó el pillaje y los pequeños campesinos fueron sometidos al cultivo de exportaciones tropicales. La breve experiencia de descolonización nacionalista (1960-1975) quedó rápidamente sepultada por el neoliberalismo, que renovó el ciclo de inserción primarizada. Pero la etapa actual incluye varias novedades.

En primer lugar, se está consolidando la formación de un capitalismo negro, integrado por socios locales de las empresas extranjeras que capturan una porción del recurso depredado. En muchos países, se han reformado los códigos de minería y petróleo para acrecentar esa tajada, que nutre también un proceso de acumulación primitiva. Por eso, ha ganado importancia la participación de las burguesías locales de ciertos países. Sudáfrica lidera este grupo, pero también Nigeria amplía su gravitación.

En segundo lugar, la llegada de China ha modificado los equilibrios de las elites dominantes con Estados Unidos y las viejas potencias coloniales. Un nuevo jugador ha ingresado en el continente para comprar enormes volúmenes de materias primas y ofrecer créditos de infraestructura sin las condicionalidades del Banco Mundial. La nueva burguesía africana —más vinculada a Occidente— disputa con los partidarios de estrechar la asociación con un gigante asiático que no carga con la rémora de ex potencia colonial.

En tercer lugar, se ha producido un significativo cambio en la coyuntura económica de la última década. La tasa de crecimiento comenzó a repuntar y, en el período 2000-2009, alcanzó un promedio del 5,1% anual, que supera la media mundial de 3% y se ubica muy lejos de la regresión de 1980-1990. Este aumento acompaña el fuerte incremento en las inversiones extractivas, que saltaron de us\$ 7 a 62 billones, en un marco de generalizada transformación agrícola.

Las importaciones aumentan 16% anual y los términos de intercambio mejoraron un 38% en comparación al período 2000-2012 (Nanga, 2010; 2013).

Estas modificaciones han alterado el clima ideológico de “afro-pesimismo” que presentaba el desgarró del continente como un destino inexorable. Ahora prevalece una variante opuesta de “afro-optimismo” que difunden las elites neoliberales para augurar un futuro venturoso. Si la primera teoría justificaba el saqueo recurriendo a la autoflagelación y las reflexiones cínicas, la segunda lo aprueba como un precio de salida del subdesarrollo (Kabunda, 2013).

Esta última visión se difunde junto a todo tipo de fantasías sobre la inminente masificación de las clases medias. Olvidan recordar los abismos sociales vigentes en los países de mayor crecimiento. El 60 % de la población es pobre en Angola o Nigeria. Este mismo porcentual de habitantes vive en villas de emergencias en todo el continente, que en un 80% carecen de agua potable. Además, el desempleo entre los jóvenes promedia el 60%.

En el campo, la situación es más dramática por la gran presión demografía sobre tierras cultivables, con reducidas reservas de agua renovables en un marco de gran deforestación (Batou, 2014).

Desempleo árabe, explotación en oriente

Otro ejemplo de las desventuras de la periferia se localiza en el mundo árabe. El incendio político que conmocionó a esta región en los últimos tres años obedece a múltiples causas. Pero varias décadas de neoliberalismo furioso han sido determinantes de la pobreza, el estancamiento y la desigualdad que desencadenaron ese estallido.

La región ha padecido un récord de desempleo, disimulado con el asistencialismo que distribuyen los regímenes rentistas. Las privatizaciones y la flexibilidad laboral generaron fracturas sociales mayúsculas (Achcar, 2013).

Las presiones para reducir el gasto social y eliminar subsidios a los alimentos empujaron en Medio Oriente a millones de jóvenes al desamparo. No pueden subsistir en sus países y tienen vedada la emigración a Europa. Estos desposeídos encendieron las revueltas, cuando un vendedor tunecino se inmoló para protestar contra las prohibiciones a la venta callejera (Petras, 2011).

Al igual que África, esa región tuvo un corto período de florecimiento nacionalista en los años sesenta. Esa experiencia se agotó

por la incapacidad que demostraron esos procesos para erradicar la dominación parasitaria de los grandes capitalistas. El neoliberalismo agravó posteriormente la explosiva combinación de subdesarrollo y rentismo (Katz, 2013c).

Un tercer caso de regresión periférica se sitúa en los países de Asia, que no participan de la onda expansiva generada por China, y las economías intermedias. Esas zonas sufren los terribles índices de pobreza multidimensional que mide el PNUD. El último reporte de ese organismo destaca que el 51% de la población mundial afectada por la miseria extrema se encuentra en el sur de Asia y el 15%, en el este de ese continente.

Pero semejante grado de pobreza se está convirtiendo en un imán para las empresas transnacionales, que buscan nuevos proveedores de fuerza trabajo barata. Un sector mano de obra intensiva como la industria textil es el gran barómetro de esta tendencia (Amin, Houtart, François, Tandon, Dierckxsens, Founou-Tchuigoua, Tablada, Padilla, 2012/2013).

La primera oleada de deslocalización en la fabricación de confecciones se afincó en los años setenta en Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong. El segundo movimiento se ubicó en los ochenta en Indonesia, Sri Lanka, Filipinas, Bangladesh y Tailandia. En las últimas décadas, se verifica una tercera secuencia de inversiones en Camboya, Laos, Birmania y Bangladesh.

El nivel de superexplotación obrera que imponen las grandes marcas y sus contratistas es aterrador. Una gran campaña de protesta bajo la consigna “Ropa Limpia Internacional” denuncia las atrocidades que predominan en esos talleres.

Un ejemplo de este drama se vive en Bangladesh. El PBI creció sostenidamente desde los años noventa hasta convertir al país en el tercer exportador mundial de ropa. Ya hay 4 mil fábricas que contratan a 3 millones de obreros. Se trabaja entre 12 y 14 horas respirando polvo, en pequeñas habitaciones, mal iluminadas y sin ventilación. Los empresarios locales operan con márgenes estrechos y trasladan esa presión sobre los trabajadores que sufren la represión y el asesinato de sindicalistas.

Esta situación se transformó en noticia internacional cuando 250 personas murieron por el derrumbe de una fábrica carente de protecciones laborales. Las crónicas periodísticas trazaron numerosas analogías con las condiciones de trabajo infrahumanas vigentes en Inglaterra durante el debut de la revolución industrial (Sales, 2013).

Con pobreza, desempleo, salarios ínfimos y superexplotación, la periferia carga con las consecuencias más duras del período neoliberal. Pero ¿qué tipo transformaciones predominaron en esta etapa? ¿Y cuáles son las interpretaciones teóricas de esos cambios?

19. Controversias sobre la etapa

Las características de la crisis reciente se explican por las transformaciones ocurridas durante la etapa neoliberal de las últimas tres décadas. Ese período comenzó con el thatcherismo, se reforzó con el desplome de la Unión Soviética y persiste, en la actualidad, atropellando las conquistas sociales.

Mediante privatizaciones, apertura comercial y flexibilización laboral, el neoliberalismo modificó el funcionamiento del capitalismo. Amplió el radio sectorial y territorial de la acumulación, sometiendo nuevas actividades (educación, salud, jubilaciones) y espacios geográficos (ex países socialistas) al reinado del lucro. Ha incentivado formas de consumo más segmentadas y modalidades de producción flexible que potencian el desempleo, la feminización del trabajo y la polarización de las calificaciones.

El modelo actual se apoya en el repliegue de los sindicatos y en el reflujo de las ideas anticapitalistas. Propicia una competencia global basada en aumentos de la productividad desgajados del salario. Ha facilitado la recomposición de la tasa de ganancia incrementando la explotación de los trabajadores.

Las grandes empresas aprovechan las diferencias internacionales de sueldos para ampliar sus beneficios. Emigran hacia los países que ofrecen mayor baratura salarial —o utilizan la amenaza de ese traslado— para acentuar el control patronal del proceso de trabajo. Esta orientación confirma que las ganancias provienen de la extracción de

plusvalía y que no se avecina el “fin del trabajo” teorizado por tantos autores.

El neoliberalismo acentuó la precarización de todas las categorías profesionales, creando un duro escenario de informalidad laboral. El aumento de la desigualdad social es una consecuencia de esta regresión.

Polarización social

La enorme expansión de las brechas sociales retrata la ofensiva del capital. Con sus denuncias de enriquecimiento del 1% de los acaudalados, el movimiento de ocupantes de Wall Street puso de relieve esta fractura. Un documentado libro reciente confirma la magnitud de esta polarización. Ese trabajo aporta detalladas estimaciones del aumento de la desigualdad social en 30 países y establece comparaciones históricas de esta brecha (Piketty, 2013; 2014a).

El texto destaca que el 1% de la minoría más enriquecida de la población (equivalente a la crema de la clase capitalista) es poseedora del 25% del patrimonio total en Europa y del 35% en Estados Unidos, según estimaciones del año 2010. El 9% siguiente (que corresponde a los sectores privilegiados, gerenciales o directivos) detenta el 35% de ese acervo en ambas zonas. Un 10% de habitantes maneja, por lo tanto, el 60% y 70% del patrimonio en las dos principales regiones económicas del planeta. En el otro polo de la sociedad, el 50% más pobre sólo tiene el 5% de ese total y el 40% restante conforma un sector intermedio que controla el 35% (Europa) y el 25% (Estados Unidos) de esa suma.

El estudio también señala que este enriquecimiento se amplió dos o tres veces más que el PBI durante los últimos veinte o treinta años, a un ritmo desconocido desde 1910. Por esta razón, algunos “super bilionarios”, como la heredera de la empresa francesa L’Oreal, incrementaron su fortuna de us\$ 2 mil a us\$ 25 mil millones entre 1990 y 2010. Lo mismo ocurrió con Bill Gates.

Estas cifras confirman otras evaluaciones que circularon en los últimos años para ilustrar esta explosión de desigualdades. Por ejemplo, una minúscula elite de bilionarios detenta el 46% de los activos mundiales y un puñado de 200 mil “ultra ricos” aumentó el año pasado su patrimonio en un monto equivalente al PBI de la India (Kliksberg, 2014).

Estos datos demuestran todas las justificaciones neoliberales de la brecha social como “un precio a pagar por el progreso” o como un “mal transitorio hasta que finalice el derrame”. También refutan la fanta-

sía de “erradicar la pobreza mediante el crecimiento”. Los cálculos que habitualmente presenta el Banco Mundial para demostrar esa reducción se basan en una burda identificación de las necesidades básicas con la subsistencia fisiológica. Como miden la pobreza omitiendo su evolución comparativa frente a la riqueza, registran disminuciones porcentuales de la miseria que sólo existen en su imaginación (Llach, 2014).

El aumento de la desigualdad en las economías emergentes se desenvuelve a un ritmo semejante a los países centrales, confirmando que estas fracturas no se acortan con el simple crecimiento. En China, el 1% más rico pasó de 4/5% del patrimonio (1980) a 10/11% (2010) y, en India, de 4% a 12%. La riqueza se ha expandido más rápido que el PBI en las economías asiáticas ascendentes y en las regiones estancadas de Occidente (Toussaint, 2014a).

La estrecha relación entre desigualdad y neoliberalismo se verifica en la evolución histórica de los desniveles sociales. El pico máximo de la brecha social se registró a principio del siglo xx; luego, descendió en la posguerra hasta alcanzar a su punto más bajo en 1975; y, posteriormente, ha retomado una imparable curva ascendente. Dos contrapesos tradicionales de esta polarización —la existencia de una clase media y de Estados involucrados en la problemática social— no atenuaron la fractura creada por el capitalismo neoliberal (Piketty, 2014b).

Es muy significativo que los datos más contundentes sobre el incremento de la desigualdad contemporánea hayan sido aportados por un economista convencional, crítico de Marx y partidario de mejorar al capitalismo con tenues reformas en los impuestos y la educación (Pettit, 2014).

Mundialización productiva

La desigualdad se expande junto al salto registrado en la internacionalización de la economía. Esta mundialización se ha convertido en un nuevo eje articulador del capitalismo. En la esfera productiva, los protagonistas de este cambio han sido las empresas transnacionales, aquellas que ampliaron la diversificación internacional de los procesos de fabricación.

Estas firmas aumentaron la elaboración de mercancías “hechas en el mundo” mediante “cadenas globales de valor”. Desenvuelven su producción en función de las ventajas que ofrece cada localidad en materia de salarios, subsidios o disponibilidad de recursos. De esta forma, un “Ipod” se fabrica actualmente con microcircuitos japone-

ses, diseño norteamericano, pantallas planas coreanas y ensamblado chino (Rubinzal, 2014; Andreff, 1996).

La industria se desplaza al continente asiático para lucrar con salarios bajos, aprovechando el abaratamiento del transporte y las comunicaciones. Esta extensión geográfica condujo a una duplicación de la fuerza de trabajo involucrada en la producción global en el período 1990-2010. El porcentaje de asalariados comprometidos en esta actividad mundializada aumentó un 190% en las economías intermedias y un 46% en los países desarrollados (Husson, 2014).

La industria automotriz —que con el fordismo o toyotismo siempre marcó la tónica de nuevos modelos productivos— ha incrementado su internacionalización. Fracciona la fabricación de vehículos en incontables países y ya existen tres casos importantes de entrelazamiento global de la propiedad (Fiat-Chrysler, Renault-Nissan y Peugeot-Dongfeng).

La evolución de Fiat es muy ilustrativa de esta tendencia, puesto que ingresó en Chrysler en 2009 bajo la dirección de un ítalo-canadiense, manteniendo la propiedad de la familia Agnelli. La compañía se despegó posteriormente del mercado italiano y dio lugar a una nueva empresa internacionalizada (FCA) con sede legal en Holanda y domicilio fiscal en Inglaterra.

La revolución digital es el soporte tecnológico de esta mundialización productiva. La velocidad de las innovaciones en la informática torna obsoletos los nuevos productos antes de agotar su comercialización. La crisis no atenuó el vertiginoso ritmo de estos cambios. La expansión de Internet a partir de las redes sociales ha generado, por ejemplo, una nueva interconexión entre mil millones de usuarios. Los debates sobre la propiedad intelectual y la nueva cultura audiovisual ilustran la magnitud de la revolución tecnológica en curso.

El impacto de estas innovaciones sobre la productividad suscita un intenso debate, que opone a los “tecno-eufóricos” con los “tecno-escepticos”. La apología neoliberal del universo virtual que despliega el primer grupo es impugnada por los heterodoxos del segundo alineamiento, con argumentos que relativizan el impacto de los nuevos mecanismos de producción flexible¹.

Pero conviene recordar que el capitalismo siempre ha funcionado introduciendo innovaciones que incrementan la tasa de explotación. Este mecanismo se encuentra en el ADN de un sistema basado en la extracción de plusvalía.

¹ La primera visión puede encontrarse en Alex Tabarrok; la segunda, en Robert J. Gordon (La Nación, 2014b). Nuestra revisión de ese debate en Katz (1996).

La revolución informática actual repite esa norma, pero generando recortes mayores en el nivel de empleo. Esta pérdida de puestos de trabajo se verifica en las fases de prosperidad y recesión, a medida que se acelera la rotación del capital y se reducen los gastos de administración.

Algunos críticos marxistas reconocen la presencia de esta revolución tecnológica, pero objetan su alcance industrial. Estiman que la productividad no se expande, ni genera mutaciones comparables a la máquina del vapor o el automóvil (Sáenz, 2012).

Pero esta caracterización reitera los diagnósticos keynesianos que añoran el viejo capitalismo. Acepta sus cálculos de productividad para las economías avanzadas y aprueba la omisión de estas estimaciones para las economías asiáticas. Es evidente que la gigantesca expansión del PBI chino se consumó junto a los grandes cambios de la informática que utilizan las empresas transnacionales para fabricar globalmente.

Es erróneo suponer que el capitalismo eliminó las revoluciones tecnológicas luego de la era del automóvil. Este sistema no puede prescindir de estas mutaciones periódicas desde el momento que funciona compitiendo por beneficios surgidos de la explotación. El mercado obliga a sus concurrentes a incrementar la productividad para sustraer mercados a sus rivales. La informática simplemente repite lo ocurrido con el vapor, los ferrocarriles, la electricidad, el automóvil o los plásticos (Katz, 2011).

Mundialización comercial-financiera

La fuerte expansión que han registrado los convenios de librecomercio se amolda al avance de la mundialización productiva. Las compañías necesitan aranceles bajos y libertad de movimientos entre países para concretar sus transacciones intrafirma.

La gravitación actual de esas empresas es enorme. Sólo 737 firmas transnacionales controlan el 80% del valor accionario de las mayores compañías del mundo y una crema de 147 maneja el 40% de esos títulos (Basterra, 2013).

Como el comercio mundial no se interrumpió en el reciente sexenio de crisis, estas tendencias han persistido. La caída registrada en el volumen de transacciones durante 2009 se recompuso, sin afectar el eslabonamiento forjado por las empresas globalizadas.

La mundialización comercial continúa extendiéndose con los nuevos megatratados que Estados Unidos negocia con la Unión Europea

(Transatlántico) y con los países asiáticos (Transpacífico). Obama retomó las tratativas iniciadas durante la administración de Clinton, bajo la presión de los sectores más interesados en ampliar la escala de sus mercados (productos agrogenéticos, informática, automotrices, bancos).

Estas negociaciones corroboran que la crisis no introdujo el giro hacia el proteccionismo que pronosticaron algunos economistas. Al contrario, persistieron los grandes bloques regionales (Unión Europea, Alianza del Pacífico, ASEAN) y los convenios que mantienen entre sí los países miembros de las distintas alianzas. Aquí radica la gran diferencia con los años treinta. La economía se encuentra más internacionalizada y se estrechó el margen para recrear áreas monetarias resguardadas con elevados aranceles.

Por estas razones, tampoco hubo reversión de la globalización financiera. En este campo, se concentra la mayor escala de internacionalización del capital. La desregulación de las operaciones, la integración de los mercados y la gestión accionaria de las firmas que introdujo el neoliberalismo han persistido. Los capitales continúan fluyendo de un país a otro con la misma velocidad y libertad de circulación que exhibían antes de 2008. Estos movimientos siguen generando la explosión de liquidez, el descontrol crediticio, la inestabilidad cambiaria y la volatilidad bursátil que sacuden periódicamente a todos los mercados.

Bajo el impacto inicial de la crisis, abundaron las convocatorias a reintroducir regulaciones, controles a los bancos y penalidades a las ganancias especulativas. Pero no ocurrió nada. Todas las iniciativas chocaron con la resistencia de los financistas, que volvieron a demostrar capacidad de veto y creciente entrelazamiento con el capital productivo.

Dos situaciones en la misma etapa

El avance de la mundialización no es sinónimo de sincronización del ciclo económico. Al contrario, cada vez resulta más nítida la coexistencia de situaciones diferenciadas. El crecimiento bajo o nulo de Estados Unidos, Europa y Japón empalma con el continuado ascenso de China y ciertas economías intermedias.

Este segundo bloque no tiene la pujanza suficiente para actuar como consumidor global ni para generar una desconexión compensatoria del estancamiento en el centro. Pero su continuado crecimiento limitó el alcance de la crisis.

Como resultado de esa combinación, coexisten dos tipos de escenarios dentro de la misma economía internacionalizada. Las empresas transnacionales neutralizan la caída de un mercado con el desarrollo de otro. Contrarrestan las pérdidas afrontadas en ciertos países con las ganancias obtenidas en las localidades más prósperas. Este heterogéneo contexto explica las modalidades diferenciadas que presenta actualmente el neoliberalismo agobiado por las finanzas en el centro y basado en el productivismo en oriente.

En ambas regiones, se corrobora el mismo comportamiento turbulento de la acumulación. No rige la expansión autosostenida que imaginan los neoliberales ni el estancamiento generalizado que suponen muchos heterodoxos.

Frente a esta situación, conviene ser cuidadosos con los contrapuntos históricos. El período neoliberal no repite la depresión de entreguerras ni la pujanza de posguerra. Conforman una nueva etapa que perdura en la coyuntura post 2008.

Este período incluye un funcionamiento cualitativamente diferenciado del capitalismo. Este sistema tuvo una primera etapa de librecomercio en el siglo XIX, una segunda de imperialismo clásico a principio del XX y una tercera de posguerra con mayor regulación estatal. El neoliberalismo constituye la cuarta etapa del capitalismo.

Esta caracterización permite abordar los problemas actuales mejorando la aplicación de la Teoría de las Ondas Largas, productiva para captar la coexistencia de situaciones de recesión y crecimiento. Indagar sólo la preeminencia de un ciclo Kondratieff descendente o de un período contrapuesto ascendente genera múltiples problemas.

Los teóricos marxistas que postulan la perdurabilidad de un ciclo descendente suelen remarcar la anemia de la acumulación. Reconocen que el neoliberalismo restauró la tasa de ganancia, pero consideran que esa recomposición no incrementó la inversión y la productividad. Explican esa limitación por la dominación de los monopolios, la pérdida de pujanza tecnológica o la gravitación parasitaria del capital financiero (Foster y Chesnais, 2009).

Pero esta mirada omite el fenomenal crecimiento de China y la expansión cualitativa de la mundialización. Razona como si estos datos constituyeran episodios menores o pasajeros, sin notar que modifican el funcionamiento del capitalismo. Reitera imágenes de estancamiento recogidas de los años treinta o setenta, olvidando que este sistema no se caracteriza por escenarios de parálisis sin fin. Se desenvuelve ampliando la explotación de los trabajadores para acumular beneficios.

Otros autores vislumbran la proximidad de una fase ascendente en 2018, como conclusión de un ciclo Kondratieff descendente que prolongó su duración tradicional (Roberts, 2014).

Pero esta determinación cronológica exacta de los períodos largos es más familiar al razonamiento schumpeteriano que a la tradición de Marx. Los seguidores de esa concepción (que aceptan la problemática de los ciclos largos) siempre objetaron las periodicidades fijas. Cuestionaron las justificaciones basadas en la renovación del capital fijo o la maduración de revoluciones tecnológicas, considerando que el dato central de estos procesos es el imprevisible desenlace social de la confrontación clasista.

Más allá de estas controversias, no existe hasta ahora ningún indicio de reversión del bajísimo crecimiento de Europa, Japón o Estados Unidos que se requeriría para el debut de esa onda ascendente.

La atención puesta en dilucidar la primacía de un ciclo de regresión o prosperidad de largo plazo obstruye el registro de la dualidad actual. En esta etapa no perdura la homogeneidad, ni las fracturas de posguerra. El centro ya no determina tan directamente la evolución económica mundial y ha desaparecido el movimiento económico específico que caracterizaba al bloque socialista. Probablemente, los nuevos movimientos de largo plazo se están amoldando al perfil de un capitalismo más globalizado y desincronizado.

En cualquier caso, es más productivo desentrañar las transformaciones cualitativas en curso que discutir la periodicidad cuantitativa de las ondas. El concepto de “etapa” contribuye a esta indagación. Permite afinar los instrumentos conceptuales requeridos para captar la dinámica de un período tan complejo. La evolución en curso no se esclarece con preguntas simplificadas. No basta definir “si la crisis se profundiza o atenúa” para comprender lo que está ocurriendo. Resulta indispensable contextualizar esta convulsión en la nueva etapa que han estudiado varios autores (Harvey, 2005; 2013).

Una crisis específica

El neoliberalismo cerró el período de convulsión predominante durante el ocaso del *boom* de posguerra (temblores de 1974-1975 y 1981-1982). Pero, como siempre ocurre bajo el capitalismo, el fin de ciertos desequilibrios abrió nuevas contradicciones que desembocaron en los estallidos financieros y en la recesión de los últimos años. Dos décadas de privatización, apertura comercial y flexibilización laboral generaron esos torbellinos.

Las crisis de la mundialización neoliberal han sido muy frecuentes en distintos puntos del planeta. Salieron a flote con la burbuja japonesa (1993), la eclosión del Sudeste Asiático (1997), el desplome de Rusia (1998), el desmoronamiento de las “punto com” (2000) y el descalabro de Argentina (2001).

El temblor global de 2008 tuvo una magnitud y un alcance geográfico muy superior a estos precedentes, pero forma parte de la misma secuencia. No ha sido una prolongación de crisis irresueltas de los años setenta, sino un resultado de contradicciones específicas de la nueva fase. Las caracterizaciones que subrayan esta peculiaridad han clarificado mucho más el contexto actual que las interpretaciones centradas en explicar el temblor reciente como una continuidad de la crisis iniciada hace cuarenta o cincuenta años².

Las convulsiones de los últimos años no constituyen sólo desequilibrios genéricos del capitalismo ni efectos exclusivos de las políticas neoliberales. Obedecen a ambas causas. Son productos combinados del capitalismo neoliberal.

Esta síntesis ha sido acertadamente analizada por distintas interpretaciones marxistas que explican cómo la crisis emergió de un sistema de competencia por beneficios surgidos de la explotación (capitalismo) y de un modelo de ofensiva del capital contra el trabajo (neoliberalismo) (Katz, 2012).

Estas caracterizaciones se ubican en las antípodas de la visión neoclásica, que atribuye las crisis recientes a desaciertos de los gobiernos o irresponsabilidades de los deudores. No sólo reducen todos los problemas a comportamientos individuales, sino que culpabilizan a las víctimas y apañan a los responsables.

La ortodoxia neoclásica presentó el temblor de 2008 como un episodio pasajero y justificó con pragmatismo todos los socorros estatales a los bancos. No registró que este auxilio contraría sus prédicas a favor de la competencia y el riesgo. Pondera, además, a los países que presentan menor resistencia al ajuste (Letonia, Irlanda) y despotrica contra las poblaciones que enfrentan esa agresión (Grecia) (Greenspan, 2010; Ocampo, 2013; Raghuram, 2012).

Las interpretaciones marxistas también discrepan con las teorías keynesianas, que explican la crisis por ausencia de regulaciones y descontrol del riesgo. Estas visiones postulan resolver los desajustes con mayor supervisión bancaria (Stiglitz, 2010; Wyplosz, 2012).

² El primer enfoque puede revisarse en Panitch y Gindin (2005); el segundo, en Brenner (1998).

Pero suelen olvidar que los controles ya existen y que son periódicamente socavados por las rivalidades que oponen a los propios bancos. En su idealización de las regulaciones, desconocen que esas normas están destinadas a proteger los negocios de las clases dominantes.

La heterodoxia convencional denuncia acertadamente el descaro de Wall Street, la estafa de los ahorristas y el chantaje de los calificados. Pero omite que la especulación es una actividad constitutiva y no opcional del capitalismo.

Los keynesianos que buscan raíces más estructurales de la crisis actual remarcan el deterioro del poder de compra que introdujo el neoliberalismo (Aglietta y Berrebi, 2007; Bhaduri, Cesaratto y Palma, 2012). Pero no tienen en cuenta que el capitalismo actual funciona incentivando el consumo y fragilizando los ingresos, mediante la competencia laboral y la degradación del trabajo. El propio sistema propicia metas contradictorias de ampliación de las ventas y reducción de los costos salariales.

Tres explicaciones marxistas

En polémica frontal con estas visiones, los economistas marxistas han presentado en los últimos años tres explicaciones principales de la crisis.

Una primera visión destaca que el neoliberalismo creó un problema de realización del valor de las mercancías al contraer los salarios. Alentó el consumo sin permitir su disfrute y amplió la producción estrechando los ingresos. Estas incongruencias derivan en última instancia de la estratificación clasista de la sociedad, pero fueron potenciadas por el deterioro del poder de compra popular que introdujo el neoliberalismo (Husson, 2008; Bhir, 2008).

Pero también conviene subrayar que ese desequilibrio no afectó a todos los países con la misma intensidad. El modelo actual incluye una gran expansión del consumismo y la riqueza patrimonial financiados con endeudamiento.

Un segundo enfoque marxista pone el acento en los problemas de valorización. Destaca que el neoliberalismo incrementó la tasa de plusvalía y redujo los salarios, sin consumir una recuperación suficiente de la tasa de ganancia (Harman, 2009; Kliman, 2009).

Pero, como ese porcentaje no es un número fijo, lo que debe evaluarse es si esa recomposición alumbró un nuevo esquema de funcionamiento capitalista. Dos décadas y media de neoliberalismo ilustran esa concreción. Los desequilibrios actuales de valorización son resul-

tado del impacto que genera la tasa de inversión sobre un nivel restaurado del beneficio.

La tercera caracterización marxista resalta la existencia de capitales sobreacumulados en la esfera financiera. Remarca las tensiones que generan esos fondos a través de mecanismos de titularización, derivados y apalancamientos. La internacionalización de las finanzas, la desregulación bancaria y la gestión bursátil de las grandes firmas agigantan esos desequilibrios (Chesnais, 2008).

Pero es importante vincular estas transformaciones a sus determinantes productivos para evitar lecturas simplistas. Ciertamente, el neoliberalismo abrió las compuertas para un festival de especulación, pero las mutaciones que introdujo con la multiplicación de títulos y la gestión del riesgo han sido funcionales a la mundialización productiva y comercial.

Las tres visiones marxistas ilustran cómo el neoliberalismo erosionó los diques que morigeraban los desequilibrios del capitalismo. Por esta razón, el sistema opera con un grado de inestabilidad muy superior al pasado.

Las coincidencias entre esos enfoques son mucho mayores que sus diferencias. Divergen en la identificación de los mecanismos últimos de una crisis que todos atribuyen al funcionamiento intrínseco del capitalismo. El debate concierne a explicaciones teóricas y no entraña divergencias políticas significativas. La vieja identificación del subconsumismo con el reformismo socialdemócrata y de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia con la revolución social ha perdido relevancia. En ningún lugar existen alineamientos orientados por esos parámetros.

Esas compatibilidades pueden desarrollarse profundizando un abordaje metodológico multicausal de la crisis, que indague cómo el capitalismo se reproduce potenciando una amplia gama de contradicciones.

La heterogeneidad de la mundialización neoliberal es una manifestación de esta combinación de desequilibrios. El modelo incentivó en las economías centrales problemas de demanda al contraer los ingresos populares y aumentar la desigualdad. En las economías de alto crecimiento, introdujo, en cambio, desajustes de sobreinversión y potencial caída de la tasa de ganancia.

Por estas razones, las crisis de realización que prevalecen en el primer bloque coexisten con los desequilibrios de valorización que despuntan en el segundo. Los temblores financieros que sacuden a todo el sistema expresan esta variedad de contradicciones estructurales.

Conflictos dentro del orden neoliberal

Ningún proceso económico esclarece por sí mismo el rumbo contemporáneo del capitalismo. Si se omiten los cambios geopolíticos o se postula su estudio en forma separada, resulta muy difícil comprender las transformaciones en curso.

El rol de Estados Unidos, las reacciones de China y las actitudes de las subpotencias intermedias no operan como simples reflejos de exigencias económicas. Se desenvuelven siguiendo tensiones geopolíticas autónomas en un escenario mundial estratificado por la dominación imperialista.

En este orden global, las guerras interimperialistas por el reparto del mundo colonial —que predominaban hasta la primera mitad del siglo xx— fueron sucedidas por una gestión imperial asociada bajo el liderazgo de Estados Unidos. En ese escenario, se registraron los choques con Rusia y China y las permanentes agresiones a los países periféricos.

La interpretación de las nuevas situaciones que irrumpieron bajo el neoliberalismo está dificultada por la variedad de coyunturas que ha caracterizado a esta etapa. Basta contrastar la sensación de triunfalismo imperial que prevaleció durante era Bush con el reajuste estadounidense de los últimos años, para calibrar la magnitud de estas modificaciones.

Habitualmente, se distinguen tres momentos diferenciados de este período. La fase de predominio bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética (1985-1989); el escenario unipolar de supremacía de la primera potencia (1989-2008); y el contexto multipolar en curso (2008-2016). El colapso de la Unión Soviética, la ofensiva belicista estadounidense y la conversión de China en país central han sido los acontecimientos más determinantes del pasaje de una fase a otra.

También se registraban mutaciones de este tipo en el período previo de posguerra. Los momentos de ímpetu imperial eran sucedidos por etapas de mayor gravitación del bloque socialista o del núcleo de países “no alineados”. Pero la relativa solidez de la divisoria planetaria durante la Guerra Fría atenuaba el alcance de esas modificaciones. Por esta razón, los virajes actuales son más desconcertantes y generan abruptos cambios de opinión entre los analistas. Un día describen la invencibilidad de Estados Unidos y, al otro, retratan el fulminante declive de esa potencia.

Para evitar estos vaivenes, conviene recordar que el período neoliberal se consolidó cuando fue aceptado por los principales actores del

orden internacional. Esta convalidación sucedió a la restauración del capitalismo en el ex bloque socialista. Partiendo de esta coincidencia en torno al sistema socioeconómico mundial, se desenvuelven los conflictos comerciales, financieros y productivos. La competencia económica y la búsqueda de mayor poder geopolítico operan al interior de esa estructura.

Estas oposiciones se sitúan por debajo de un umbral de antagonismo y se desarrollan sin quebrar la solidaridad de clases dominantes que existe entre los rivales. Todos se alinean en la misma órbita de la opresión social, acompañan la mundialización y aceptan con distinto grado de entusiasmo la modalidad neoliberal prevaleciente. Las empresas transnacionales operan como el gran conector entre los capitalistas nacionales y los nuevos enriquecidos del Este y Oriente, que aspiran a alcanzar la riqueza de sus pares de Occidente.

Esta coexistencia de intereses no elimina la disparidad de intereses en juego ni reduce la virulencia de la concurrencia, pero define el marco en que se negocian las disputas. En el G7, el Consejo de Seguridad o, últimamente, el G20 se determina cuál es el grado de consenso o disenso que existe en torno a cada controversia.

Estas tratativas siempre penalizan a la periferia y ratifican la supremacía del circuito imperial. También disimulan la asimetría militar que mantiene Estados Unidos con el resto y consagran el *status* ascendente o descendente de las subpotencias y las economías intermedias. Este escenario de choques, en un ámbito acotado, ha sido comparado con el contexto histórico de “Concierto de las Naciones” que sucedió al fin de las guerras napoleónicas (Anderson, 2008; 2010).

Este marco geopolítico del período neoliberal ha persistido luego de la crisis de 2008. La convulsión económica no modificó el consenso en torno a la mundialización. Estados Unidos reorganiza su intervención imperial definiendo la agenda que asumen Europa y Japón. China asciende con grandes vacilaciones sobre la forma de amoldar su escasa incidencia política a su enorme gravitación económica. Las ambiciones subimperiales de varias potencias emergentes chocan con su vulnerabilidad económica y sus frágiles alianzas externas. La periferia continúa padeciendo los mayores daños de este reajuste.

Este nuevo escenario es también registrado por las visiones que destacan la sustitución del viejo fordismo nacional por un nuevo postfordismo global. Pero este reconocimiento choca con su expectativa de gestar una globalización progresista, basada en la competitividad compartida y la redistribución internacional de los ingresos (Lipietz, 1997; Strange, 2002).

No cabe duda que la geografía industrial del mundo se aleja del viejo fordismo. Pero esta transformación se consume con el activo protagonismo de empresas transnacionales que rivalizan entre sí explotando a los trabajadores. Este modelo de competencia por la extracción de plusvalía impide el surgimiento de una globalización cooperativa. Imaginar la forma que eventualmente asumiría un esquema sustitutivo antiliberal no aporta a clarificar el contexto actual.

¿Resurgimiento multipolar de las naciones?

Otra caracterización del escenario actual diagnóstica un declive del neoliberalismo frente al pujante avance de los Estados nacionales que priorizan el mercado interno y el proteccionismo. Pondera el desarrollo industrial autónomo de China, Rusia e India, que aprovechan los avances ya alcanzados por sus antecesores (*catch up*). También pronostica el inicio de un “siglo de naciones” en un mundo multipolar con alta fragmentación regional (Sapir, 2008).

Estos enfoques convergen con las expectativas de constitución de un bloque contrahegemónico en torno a los BRICS. El Estado nacional es visto como el principal artífice de esa posibilidad si afianza su resistencia al neoliberalismo.

Pero estas miradas presentan la multipolaridad como un dato de la etapa olvidando su carácter reciente. Tampoco notan el conflicto que existe entre una variedad de centros políticos operando en torno a la internacionalización de la economía. Suponen que existe plena compatibilidad entre ambos procesos, sin notar cuántas restricciones introduce la segunda tendencia sobre la primera.

La presentación de la mundialización como un escenario de oportunidades es ingenua. Este marco no ofrece simples ventajas a los recién llegados. Implica un protagonismo de empresas transnacionales que se expanden seleccionando sus localizaciones para garantizar los movimientos financieros y el librecomercio.

La multipolaridad política no revierte la mundialización neoliberal. Sólo modifica las relaciones de fuerza al interior de ese esquema. No cambia la etapa prevaleciente ni induce un retorno al capitalismo de posguerra. Incorpora otra faceta al mismo orden global de las últimas tres décadas.

Este sistema ha funcionado con poca flexibilidad en torno a estamentos muy definidos. Los poderosos negocian acuerdos en el Consejo de Seguridad y la OTAN a costa del resto. Este modelo no decae a favor de otro basado en el resurgimiento de las naciones, por las mismas ra-

zones que ha quedado atrás el capitalismo del siglo XVIII. La secuencia histórica de mercados locales que forjan Estados nacionales para luego dar lugar a potencias mundiales es una norma del pasado.

Las esperanzas en un esquema multipolar antiliberal están actualmente centradas en la evolución de China, Rusia o los BRICS. Pero estas expectativas no suelen considerar la elevada conexión de esos modelos con la mundialización neoliberal. Por eso, sobreestiman sus diferencias con las potencias imperiales y subestiman la aplicación de políticas internas regresivas. Es falso que el capitalismo funciona bien en los BRICS y mal en las economías desarrolladas. Los desequilibrios del sistema se extienden a todas partes.

Los teóricos del resurgimiento nacional estiman que el inexorable declive de Estados Unidos abre espacios para ese renacimiento. Pero también reconocen la continuada gravitación militar de la primera potencia, especialmente cuando retratan el empantanamiento de proyectos alternativos a esa primacía. Los fracasos del eje Rusia-Europa, del rearme autónomo de Francia o del replanteo de la política exterior japonesa confirman ese *impasse*.

Los propios previsores de un curso de este tipo resaltan la primacía de las alianzas regionales, sin notar que esas tendencias difieren del renacimiento nacional. Si los países emergen aglutinados en bloques, lo que repunta es el regionalismo, tal como lo prueban la Unión Europea, el Tratado del Pacífico o el ASEAN. Pero esos bloques no desmienten ni contradicen la mundialización neoliberal.

Ciertamente existen muchas manifestaciones de renacimiento nacional. Pero incluyen fenómenos muy contradictorios. A veces expresan la resistencia popular a la cirugía neoliberal y, en otros casos, maniobras derechistas y xenófobas para canalizar regresivamente ese descontento. Sólo excepcionalmente estos procesos reflejan proyectos burgueses de acumulación nacional contrapuestos o divorciados de la mundialización. Además, la utilización del disfraz nacional es muy frecuente, en otros casos, para justificar políticas subimperiales de opresión de los pueblos fronterizos.

Es cierto que los Estados nacionales continuarán cumpliendo un rol insustituible. Pero ese papel deriva de la función medidora que cumplen entre la internacionalización económica ascendente y la vieja estructuración nacional del capitalismo. Del primer proceso no emerge automáticamente un organismo estatal mundializado y el segundo conglomerado no resucita el pasado. Los Estados son utilizados por las clases dominantes para desenvolver formas de acumulación más internacionalizadas a costa de los trabajadores.

Los teóricos del renacimiento nacional conciben un desenvolvimiento flexible del capitalismo que afianzaría múltiples polos de acumulación, disolviendo las polaridades que emergen de la propia expansión del capitalismo. Pero estas fracturas impiden un avance equivalente de todas las economías. El ascenso de una debe consumarse a costa de otra, puesto que el capitalismo enfrenta límites a su ampliación global que se manifiestan en las grandes crisis. Los rezagados deben cargar con la cuenta de las expansiones que consuman los más avanzados, imposibilitando a largo plazo la simple coexistencia de múltiples procesos de acumulación.

El significado de la amenaza ambiental

Cualquiera sea la evolución predominante en el plano económico o geopolítico, la acelerada destrucción del medio ambiente afecta a todas las alternativas. Este peligro acecha en los distintos escenarios. El desastre ecológico tiende a acelerarse con el crecimiento débil en el centro y acelerado en Oriente. Se agrava con los desacuerdos y con las concertaciones entre potencias. Se profundiza con la unipolaridad y con la multipolaridad.

Los últimos seis años han demostrado que el deterioro ambiental no depende del ciclo. Ha persistido con la misma intensidad en la recesión y en la prosperidad. Las crisis enfrían el crecimiento sin alterar el elevadísimo consumo energético. Las emisiones de gas contaminante a la atmósfera ya superan en un 70% los promedios de los años noventa.

El sobreuso de combustibles fósiles ha creado un nivel de dióxido de carbono superior a cualquier otro momento de la historia humana. Las posibilidades de un ingobernable aumento del nivel del agua de 5 a 10 metros se multiplican a medida que la temperatura del planeta llega a los temidos niveles de incremento de 2, 4 o 6 grados. En este último caso, el impacto sería catastrófico y podría retrotraer al planeta a la era de la glaciación (Tanuro, 2014).

Los anticipos más preocupantes de ese peligro ya están a la vista en la dislocación de los glaciares o en el deshielo de Groenlandia y la Antártida. Con su decisión de extraer *shale oil* e intensificar la extracción de petróleo del Ártico, Estados Unidos continúa encabezando la demolición del medio ambiente. Pero China le sigue muy cerca y Europa no está lejos.

La reiteración de fenómenos climáticos extremos en los cuatro puntos cardinales indica el grado de extensión alcanzado por el calenta-

miento global. Las sequías son sucedidas por tormentosas inundaciones y las oleadas de frío polar coexisten con agobiantes períodos de calor tropical.

Durante 2010, se registraron las temperaturas más altas de la historia en 18 países. Rusia sufrió una marea de calor y gran parte de Pakistán quedó sumergido en el agua. La falta y exceso de lluvia deterioró el suelo de incontables países generando millones de víctimas. Ya nadie duda del impacto de cambio climático ni observa estas catástrofes como episodios pasajeros. Los accidentes adicionales —como el gran derrame de petróleo en el Golfo de México o el accidente de Fukushima— sólo agravan un deterioro ambiental que confirma las advertencias formuladas por todos los especialistas.

Las alertas más recientes resaltan el impacto del cambio climático sobre los rindes de la producción agrícola como resultado del bloqueo a la expansión natural de los cultivos que genera la acumulación dióxido de carbono. Si la demanda de alimentos sigue aumentando y la productividad agrícola queda afectada, las consecuencias serían muy graves para los desnutridos (La Nación, 2014c).

Este desastre también amenaza cortar el ascenso de China, que se desenvuelve consumiendo la mitad del cemento, un tercio del acero y más de un cuarto del aluminio total. Algunos expertos estiman que los costos ambientales se asemejan a su tasa de crecimiento. Allí se encuentran 7 de las 10 ciudades con mayor contaminación atmosférica del mundo y el 75% del agua en las regiones próximas a las ciudades ha perdido condiciones de potabilidad (The Economist, 2008).

Las grandes potencias han desaprovechado la recesión para disminuir el calentamiento global. El socorro que otorgaron a los bancos contrasta con la carencia de cronogramas para alcanzar algún acuerdo de protección de la naturaleza. El *impasse* de la Cumbre de Río (junio 2012) volvió a ratificar ese empantanamiento. No hubo coincidencias mínimas para detener el calentamiento.

Mientras las inversiones en energías limpias han caído un 11% en el 2013, la próxima cita para lograr un acuerdo es la cumbre de París en 2015. Los científicos de la Naciones Unidas exigen ir más allá de un Protocolo de Kyoto que nunca se aplicó, señalando la probable irrupción de un nuevo drama de los refugiados climáticos (El País, 2014).

La propuesta de crear un fondo de us\$ 30 mil millones para reducir la emisión de gases es totalmente rechazada por los países desarrollados, que a su vez confrontan entre sí a la hora de precisar el aporte de cada uno a cualquier iniciativa. Siguen buscando formas de traslado del problema a la periferia para posponer las restricciones al uso de

los combustibles fósiles. Seguramente mantendrán esta actitud hasta que algún descalabro mayor irrumpa brutalmente en los centros.

Los límites de un sistema

El desastre ecológico tiene un alcance comparable a las guerras mundiales e ilustra cómo el capitalismo funciona generando cataclismos periódicos que desvalorizan o destruyen el capital sobrante. Pero el potencial de la nueva demolición supera todo lo conocido.

La ausencia de conflagraciones interimperialistas ha dejado un vacío en el aniquilamiento de recursos que tradicionalmente utilizó el capital para oxigenar su reproducción. La reorganización destructiva del medio ambiente no aporta un remedio equivalente a la depuración de capitales sobrantes, mercancías excedentes y tecnologías obsoletas. Es un proceso que amenaza la continuidad del género humano. Este peligro es conocido y, al mismo tiempo, ignorado por las clases opresoras.

Esta dinámica del sistema puede conducir a la sepultura de toda la sociedad. La irracionalidad del modo de producción vigente radica en esta ceguera. La presión competitiva impide a las grandes empresas frenar la alocada carrera contaminante en que están inmersas. Es evidente que esa rivalidad conduce a la destrucción del entorno físico en que se desarrolla la acumulación. Sin embargo, nadie logra detener la rueda que empuja hacia el descalabro.

Lo mismo ocurre con los gobernantes que advierten contra un potencial suicidio colectivo que no detienen. La presión competitiva que engecece a los capitalistas también afecta a los funcionarios que dirigen los Estados.

La reconversión global hacia un sistema energético basado en fuentes eólicas o solares renovables se demora, a pesar de constituir el único dique efectivo frente al colapso ambiental. Como los capitalistas se benefician con la continuidad inmediata del *statu quo*, resisten una transformación que no puede postergarse. En el modelo energético actual, el 60% de las emisiones favorecen al 1,5% de la población de los países más ricos.

Por esta razón, los economistas ortodoxos cierran los ojos ante el problema, esperando que el mercado defina espontáneamente los costos de la corrección que asumirían los agentes. Sus adversarios heterodoxos confían en un maná de remedios tecnológicos o en un brote de economía verde que generaría negocios más rentables que la propia contaminación. Mientras tanto, todos juegan con fuego, esperando

que las respuestas del capitalismo aparezcan antes de la concreción de una situación irreversible.

El desastre ambiental retrata los límites de un sistema que emergió en cierto período y deberá desaparecer antes de arrastrar a un desplome a toda la civilización. La crisis actual puede ser vista en términos históricos como un fenómeno múltiple que involucra la economía, la alimentación o la energía. Pero la dimensión climática sintetiza los contornos más dramáticos de esa convulsión. Retrata el principal aspecto de senilidad del capitalismo, que ha quedado desfasado del tipo de organización que requiere la sociedad.

Este divorcio es un resultado de las transformaciones generadas por el capitalismo neoliberal. Algunos autores van más allá de este diagnóstico y prevén un escenario de confrontaciones y estancamiento económico hasta la disipación del caos, hacia los años 2040 o 2050, al cabo de un largo y turbulento periodo (Wallerstein, 2011; 2012).

Pero la catástrofe climática confirma el carácter turbulento de la acumulación y no el inmovilismo del sistema. El capitalismo está más corroído por su inmanejable desenvolvimiento que por su estancamiento productivo o desborde financiero. Este descontrol de la acumulación conduce a torbellinos que presentan aristas caóticas. Pero ¿se puede fechar la conclusión de estos temblores en cierto momento del futuro?

Al establecer esa cronología se supone que los procesos históricos están sujetos a una rigurosa periodicidad interna, determinada por fuerzas ajenas a los sujetos sociales. Sólo con ese criterio se puede concebir que el desastre ambiental (o el agotamiento tecnológico, la estrechez de los mercados y la caída de la tasa de ganancia) definirá un punto final del ciclo sistémico, más allá del descontento o la resignación popular.

La experiencia indica que los momentos de giro de la historia siempre han seguido otro patrón. Estuvieron determinados por la irrupción de procesos revolucionarios y por enfrentamientos entre las principales clases sociales. El comportamiento de líderes políticos y el peso de las ideologías incidieron en forma decisiva en esta evolución. Ninguno de estos procesos puede anticiparse con un calendario en la mano.

Las relaciones sociales de fuerza

El neoliberalismo se gestó con la derrota que impusieron el thatcherismo y el reaganismo a los trabajadores en los países centrales. Se consolidó con el posterior declive sindical y se acentuó junto al cansancio político, que genera la alternancia de conservadores y social-

demócratas en la gestión del mismo modelo. Este esquema se reforzó con la desmoralización que produjo en la izquierda la restauración del capitalismo en Rusia y China.

El modelo actual no perdura desde los años ochenta por sus éxitos económicos. Ha incentivado crisis mucho más severas que en los años de posguerra. Desencadenó temblores políticos y rediseños de fronteras que contrastan con el congelado del mapa mundial de la Guerra Fría. Introdujo un inédito grado de erosión en los partidos y un desprestigio sin precedentes del sistema político. Si en estas condiciones el neoliberalismo perdura, es por el retroceso social, político e ideológico que ha impuesto a los trabajadores.

Este sector social continúa siendo el único antagonista del capitalismo con capacidad para desafiar, derrotar y sustituir la dominación de la burguesía. Por esta razón, su repliegue le ha brindado tanto oxígeno al sistema.

Esta pérdida de protagonismo de los asalariados explica el peso de las nuevas ilusiones en el renacimiento de las naciones, en la potencialidad de los Estados o en la multipolaridad. La expectativa de introducir transformaciones progresistas transitando estos tres caminos deriva del vacío dejado por la menor centralidad de las luchas obreras, la fragilidad de los sindicatos y los cuestionamientos al ideal socialista.

Este declive se revertirá al calor de triunfos populares que permitan recobrar la confianza en la lucha. Pero, hasta el momento, el repliegue impuesto por el neoliberalismo en la mayor parte del planeta se recicla con la enorme mutación que está registrando el capitalismo. Estas transformaciones incrementan los atropellos y generan nuevas resistencias entre los oprimidos.

Las agresiones del neoliberalismo no han sido mayoritariamente impuestas a través de confrontaciones sanguinarias. Las principales armas del capital han sido la angustia del desempleo, la humillación de la flexibilidad laboral, la desgracia de la pobreza y las bofetadas de la desigualdad. En los países del centro, utilizaron más la fractura social que la virulencia física. De esta forma, debilitaron, pero no demolieron a la clase obrera. Los trabajadores no han sufrido las heridas que dejaban en el pasado los aplastamientos brutales de las rebeliones sociales. Este dato permite la recomposición de la acción popular.

Siguiendo la misma dinámica de su aparición, el cierre de esta etapa neoliberal tendrá lugar con un desenlace impuesto desde abajo. Sólo con triunfos populares se podrá revertir un período tan oscuro para los

trabajadores. Así ocurrió en el pasado y volverá a suceder en el futuro. Las etapas de atropello nunca se eternizan y siempre son revertidas por la resistencia social.

Las oleadas de movilización conforman ciclos relativamente autónomos del contexto económico y geopolítico. Son procesos más dependientes de las experiencias sindicales, las tradiciones políticas y las ideologías predominantes que del comportamiento del PBI o del grado de cohesión de las clases dominantes.

Esta dinámica prevaleció en la etapa de crisis que antecedió al neoliberalismo. Los avatares políticos que rodearon a la oleada revolucionaria del '68 fueron más definitorios de ese periodo que el agotamiento del keynesianismo o el equilibrio del poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Esta centralidad de la lucha social determinará cuándo y cómo decaerá el neoliberalismo.

Las nuevas confrontaciones

Desde el estallido de la crisis reciente, despuntaron numerosas luchas en distintos puntos del planeta. Gran parte de estas acciones se localizaron, en los últimos dos años, en las economías que mantuvieron cierto crecimiento, sin padecer la degradación social que acosa a Europa. Pero estas movilizaciones forman parte de un mismo proceso de resistencia y se caracterizan por un gran protagonismo de la juventud trabajadora, precarizada y desempleada.

Con las anteojeras del liberalismo, algunos autores han interpretado la irrupción callejera de jóvenes en Turquía o Brasil como una expresión de la nueva clase media satisfecha con el consumo que ahora busca transparencia política y promoción social (Fukuyama, 2013).

Pero esa relación es una construcción totalmente artificial que desconoce el sentido de las resistencias contra el ajuste y la represión. Supone que la utilización de *Facebook* determina la pertenencia de los manifestantes a las clases medias, como si una nueva forma de comunicación definiera posicionamientos de clase. Reduce las batallas sociales a meros pronunciamientos contra la corrupción e ignora cómo el desempleo y la informalidad laboral alimentan el descontento de los indignados.

Otras caracterizaciones sensatas y ubicadas en el campo popular contrastan estos movimientos con la oleada de manifestaciones "altermundialistas" que se registraron hace diez años. Remarcan sus perfiles más nacionales y asocian la nueva irrupción a la crisis iniciada en 2008 (Gerbaudo, 2013). Ciertos planteos subrayan la pérdida de

atracción y capacidad de movilización de los Foros Sociales y convocan a sustituir las banderas “altermundialistas” por proyecto de “desmundialización” (Cassen, 2011).

Pero estos contrapuntos son prematuros. El neoliberalismo es un atropello mundial y es percibido por sus víctimas como una fuerza reaccionaria que opera a escala global. Es cierto que las tendencias de movimientos sociales están cambiando, pero sin un norte claro. Por el momento, impera una gran diversidad de focos de lucha sin primacía de referentes nítidos.

Es importante notar que las movilizaciones han comenzado a emerger en el interior de la primera potencia. El movimiento de “Ocupar Wall Street” irrumpió sin generalizarse, como un síntoma de esa reacción.

Otro gran gigante que comienza a despertar se localiza en China. La clase obrera protagoniza una ascendente oleada de protestas que tiende a revertir el reflujó post Tiananmen (1989). Estas resistencias involucran a millones de trabajadores en decenas de miles de huelgas que, desde 2009, han impuesto la actitud contemporizadora que prevalece entre los funcionarios.

Los sectores dominantes buscan negociar concesiones con un proletariado que ha crecido y asume una conducta muy diferente a la pasividad que sepultó a la Unión Soviética. Esta intervención no determina aún el rumbo de la sociedad china, pero ya anticipa la gravitación de un próximo protagonista.

Otro foco de lucha se ha localizado en el mundo árabe desde la gran “primavera” que sorprendió al mundo e, inicialmente, impuso el derrocamiento de mandatarios neoliberales en Egipto y Túnez. Posteriormente, este despertar derivó en un duro “otoño” y puede desembocar en un terrible “invierno” si se afianza la contraofensiva que despliegan el imperio y el islamismo reaccionario.

Estas fuerzas están desangrando a la población en guerras sectarias que facilitan la reconstitución del poder de los dictadores, los jeques y los clérigos. Luego de lo ocurrido en Libia y Siria, nadie sabe si el empuje democrático recobrará vitalidad o quedará enterrado por esa agresión.

Pero el gran *test* de la pulseada entre el neoliberalismo y los trabajadores se procesa en Europa. Esta región ha sido escenario de grandes movilizaciones durante el último sexenio. En España, las marchas de resistencia contra los desalojos y el desempleo convergen con demandas nacionales, debilitando a una monarquía que ha perdido el consenso que mantuvo durante la transición.

Las manifestaciones de lucha en el Viejo Continente son numerosas en el oeste (Portugal, Islandia) y en el este (Rumania, Hungría, Eslovaquia). Pero ningún país ha logrado actuar como catalizador del resto. El lugar que tradicionalmente ocupaba Francia como centro de la acción callejera continental no ha sido reemplazado. Esa gravitación se mantuvo incluso bajo el neoliberalismo con las movilizaciones de 1984, 1986, 1995 y 1998.

La principal expectativa de modificación de las relaciones de fuerza se ha trasladado a Grecia. Las protestas alcanzaron gran intensidad y traducción política en construcciones de izquierda que mantienen en vilo al *establishment*. Pero la gravedad de la crisis confirma la necesidad de acciones y programas radicales. Es la única respuesta progresiva frente al despiadado ajuste que continúan imponiendo los acreedores.

La radicalidad se ha tornado decisiva en el Viejo Continente frente al cansancio que exhibe una población defraudada con la Unión Europea. Los votantes emiten reiterados mensajes de oposición. Si estos rechazos no encuentran una canalización radical en la izquierda, continuarán alimentando la despolitización o el crecimiento de las corrientes derechistas.

El voto castigo ya sepultó a 17 gobiernos europeos en la geografía cambiante de la protesta. Pero ese descontento también genera el ascenso de la extrema derecha, que maquilla su defensa del capital con banderas de identidad nacional. Victorias populares en la calle son indispensables para neutralizar esa amenaza y colocar a la izquierda en un escenario favorable.

En síntesis, el neoliberalismo se mantiene expandiendo el desempleo y la pobreza. No impuso aplastamientos físicos, pero sí el repliegue de los trabajadores, el debilitamiento de los sindicatos y el cuestionamiento del ideal socialista. Estos ciclos siempre fueron revertidos, pero las nuevas luchas no lograron aún modificar esta etapa.

En América Latina, se dieron los primeros pasos de este giro que necesitan los pueblos del mundo para recuperar conquistas, retomar proyectos transformadores y gestar una sociedad igualitaria.

EPÍLOGO

Desenlaces del ciclo progresista

El año 2015 concluyó con significativos avances de la derecha en Sudamérica. Macri llegó a la presidencia de Argentina, la oposición obtuvo la mayoría en el parlamento venezolano y persisten las presiones para acosar a Dilma en Brasil. También hay campañas de los conservadores en Ecuador y habrá que ver si Evo obtiene un nuevo mandato en Bolivia.

¿En qué momento se encuentra la región? ¿Concluyó el periodo de gobiernos distanciados del neoliberalismo? La respuesta exige definir las peculiaridades de la última década.

Causas y resultados

El ciclo progresista surgió de rebeliones populares que tumbaron gobiernos neoliberales (Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina) o erosionaron su continuidad (Brasil, Uruguay). Esas sublevaciones modificaron las relaciones de fuerza, pero no alteraron la inserción económica de Sudamérica en la división internacional del trabajo. Al contrario, en un decenio de valorización de las materias primas, todos los países reforzaron su perfil de exportadores básicos.

Los gobiernos derechistas —Piñera en Chile; Uribe y Santos Colombia; Fox y Peña Nieto en México— utilizaron la bonanza de divisas para consolidar el modelo de apertura comercial y privatizaciones. Las administraciones de centroizquierda — Kirchner y Cristina Fernández en Argentina; Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil; Taba-

ré Vázquez y Mugica en Uruguay; Correa en Ecuador— privilegiaron la ampliación del consumo interno, los subsidios al empresariado local y el asistencialismo. Los presidentes radicales —Chávez y Maduro en Venezuela; Evo Morales en Bolivia— aplicaron modelos de mayor redistribución y afrontaron severos conflictos con las clases dominantes.

La afluencia de dólares, el temor a nuevas sublevaciones y el impacto de políticas expansivas evitaron en la región los fuertes ajustes neoliberales que prevalecieron en otras regiones. Los clásicos atropellos que padecía el Nuevo Mundo se trasladaron al Viejo Continente. La cirugía de Grecia no tuvo correlato en la zona y tampoco se padecieron los desgarros financieros que afectaron a Portugal, Islandia o Irlanda.

Este desahogo fue también un efecto de la derrota del ALCA en el año 2005. El proyecto de crear un área continental de libre comercio quedó suspendido y ese freno facilitó alivios productivos y mejoras sociales.

Durante el decenio, imperó una drástica limitación del intervencionismo estadounidense. Los *marines* y la IV Flota continuaron operando, pero no consumaron las típicas invasiones de Washington. Esta contención se verificó en el declive de la OEA. Ese auténtico “ministerio de colonias” perdió peso frente a nuevos organismos (Unasur, Celac) que intermediaron en los principales conflictos (Colombia).

El reconocimiento estadounidense de Cuba reflejó este nuevo escenario. Al cabo de medio siglo, Estados Unidos no pudo doblegar a la isla y optó por un camino de negocios y diplomacia para recuperar imagen y hegemonía en la región.

Esta cautela del Departamento de Estado contrasta con su virulencia en otras partes del mundo. Basta observar la secuencia de masacres que soporta el mundo árabe para notar la diferencia. El Pentágono asegura allí el control del petróleo, aniquilando Estados y sosteniendo a gobiernos que aplastan las primaveras democráticas. Esa demolición (o las guerras de saqueo en África) estuvieron ausentes en Sudamérica.

El ciclo progresista permitió conquistas democráticas y reformas constitucionales (Bolivia, Venezuela, Ecuador), que introdujeron derechos bloqueados durante décadas por las elites dominantes. También se impuso un hábito de mayor tolerancia hacia las protestas sociales. En este terreno, salta a la vista el contraste con los regímenes más represivos (Colombia, Perú) o con los gobiernos que utilizan la guerra contra el narcotráfico para aterrorizar al pueblo (México).

El período progresista incluyó, además, la recuperación de tradiciones ideológicas antiimperialistas. Esta reapropiación fue visible en las conmemoraciones de los Bicentenarios, actualizando la agenda de una Segunda Independencia. En varios países, este clima contribuyó al resurgimiento del horizonte socialista.

El ciclo progresista involucró transformaciones que fueron internacionalmente valoradas por los movimientos sociales. Sudamérica se convirtió en una referencia de propuestas populares. Pero ahora han salido a flote los límites de los cambios operados durante esa etapa.

Frustraciones con la integración

Durante el año 2015, las exportaciones latinoamericanas declinaron por tercer año consecutivo. El freno del crecimiento chino, la menor demanda de agrocombustibles y el retorno de la especulación a los activos financieros tienden a revertir la valorización de las materias primas.

Esa caída de precios se afianzará si el *shale oil* coexiste con el petróleo tradicional y se consolidan otros sustitutos de insumos básicos. No es la primera vez que el capitalismo desenvuelve nuevas técnicas para contrarrestar el encarecimiento de los productos primarios. Estas tendencias suelen arruinar a todas las economías latinoamericanas atadas a la exportación agrominera.

Las adversidades del nuevo escenario se verifican en la reducción del crecimiento. Como la deuda pública es inferior al pasado, no se avizoran aún los colapsos tradicionales. Pero ya declinan los recursos fiscales y se estrecha el margen para desenvolver políticas de reactivación.

El ciclo progresista no fue aprovechado para modificar la vulnerabilidad regional. Esta fragilidad persiste por la expansión de negocios primarizados en desmedro de la integración y la diversificación productiva. Los proyectos de asociación sudamericana fueron nuevamente desbordados por actividades nacionales de exportación, que incentivaron la balcanización comercial y el deterioro de procesos fabriles.

Luego de la derrota del ALCA surgieron numerosas iniciativas para forjar estructuras comunes de toda la zona. Se propusieron metas de industrialización, anillos energéticos y redes de comunicación compartidas. Pero estos programas han languidecido año tras año.

El banco regional, el fondo de reserva y el sistema cambiario coordinado nunca se concretaron. Las normas para minimizar el uso del

dólar en transacciones comerciales y los emprendimientos prioritarios de infraestructura zonal quedaron en los papeles.

Tampoco se puso en marcha un blindaje concertado frente a la caída de los precios de exportación. Cada gobierno optó por negociar con sus propios clientes, archivando las convocatorias a crear un bloque regional.

El congelamiento del Banco del Sur sintetiza esa impotencia. Esta entidad fue especialmente obstruida por Brasil, que privilegió su Banco Nacional de Desenvolvimento Econômico e Social (BNDES) o, incluso, un Banco de los BRICS. La ausencia de una institución financiera común socavó los programas de convergencia cambiaria y moneda común.

La misma fractura regional se verifica en las negociaciones con China. Cada gobierno suscribe unilateralmente acuerdos con la nueva potencia asiática, que acapara compras de materias primas, ventas de manufacturas y otorgamientos de créditos.

China prioriza los emprendimientos de productos básicos y retacea la transferencia de tecnología. La asimetría que estableció con la región sólo es superada por la subordinación que impuso en África.

Las consecuencias de esta desigualdad comenzaron a notarse el año pasado, cuando China redujo su crecimiento y disminuyó sus adquisiciones en Latinoamérica. Además, comenzó a devaluar el yuan para incrementar sus exportaciones y adecuar su paridad cambiaria a las exigencias de una moneda mundial. Estas medidas acentuaron su colocación de mercancías baratas en Sudamérica.

Hasta ahora, China se expande sin exhibir ambiciones geopolíticas o militares. Algunos analistas identifican esta conducta con políticas amigables hacia la región. Otros observan en ese comportamiento una estrategia neocolonial de apropiación de los recursos naturales. En cualquier caso, el resultado ha sido un aumento geométrico de la primarización sudamericana.

En lugar de establecer vínculos inteligentes con el gigante asiático para contrapesar la dominación estadounidense, los gobiernos progresistas optaron por el endeudamiento y la atadura comercial. En Unasur o Celac nunca se discutió como negociar en bloque con China para suscribir acuerdos más equitativos.

Los fracasos en la integración explican el nuevo impulso que logró el Tratado del Pacífico. Los TLCs rebrotan con la misma intensidad que decae la cohesión sudamericana. Estados Unidos tiene objetivos más nítidos que en la época del ALCA. Alienta un convenio con Asia

(TTP) y otro con Europa (TTIP) para asegurar su preeminencia en actividades estratégicas (laboratorios, informática, medicina, militares). En el escenario que sucedió al temblor de 2008, promueve con renovada intensidad el librecomercio.

Sudamérica es un mercado apetecido por todas las empresas transnacionales. Estas compañías exigen tratados con mayor flexibilidad laboral y explícitas ventajas para litigar en los pleitos de contaminación ambiental. Estados Unidos y China rivalizan utilizando estos mismos instrumentos de apertura comercial.

Chile, Perú y Colombia ya aceptaron las nuevas exigencias libre-cambistas del TTP en materia de propiedad intelectual, patentes y compras públicas. Sólo esperan lograr mayores mercados para sus exportaciones agrominerales. Pero la gran novedad es la disposición del gobierno argentino a participar en ese tipo negociaciones.

Mauricio Macri pretende destrabar el acuerdo con la Unión Europea e inducir a Brasil a cierta participación en la Alianza del Pacífico. Ha registrado que el gabinete de Dilma incluye representantes del agronegocio, más proclives a la liberalización comercial que al industrialismo del Mercosur.

Un test de los TLCs se verificará en las tratativas de otro convenio negociado en secreto por 50 países, integrado por cláusulas extremas de liberalización en los servicios (TISA). Esta iniciativa ya afrontó un rechazo en Uruguay, pero las tratativas continúan. El ciclo progresista está directamente amenazado por la avalancha de librecomercio que propicia el imperio.

Fallidos neodesarrollistas

Los límites del progresismo han sido más visibles en los intentos nacionales de implementar políticas neodesarrollistas. Estos ensayos pretendieron retomar la industrialización con estrategias de mayor intervención estatal, buscando imitar el desenvolvimiento del Sudeste Asiático. A diferencia del desarrollismo clásico, promovieron alianzas con el agronegocio y apostaron a un largo período de reversión del deterioro de los términos de intercambio.

Al cabo de una década, no lograron avanzar en ninguna meta industrializadora. La expectativa de igualar el avance asiático se diluyó ante la mayor rentabilidad que genera la explotación de los trabajadores en el Extremo Oriente. La esperanza de conductas emprendedoras de los empresarios locales se desvaneció frente a la continuada exigencia de auxilios estatales. La promoción de un funcionariado

eficiente quedó neutralizada por la recreación de ineptas burocracias.

El principal intento neodesarrollista se llevó a cabo en Argentina durante el decenio que sucedió al estallido de 2001. Ese experimento fue erosionado por múltiples desequilibrios. Se renunció a administrar en forma productiva el excedente agrario mediante un manejo estatal del comercio exterior. También se confió en empresarios que utilizaron los subsidios para fugar capital sin aportar inversiones significativas. Además, se apostó a un virtuosismo de la demanda cimentado en aportes de los capitalistas que prefirieron remarcar los precios.

El modelo preservó todos los desequilibrios estructurales de la economía argentina. Afianzó la primarización, potenció el estancamiento de la provisión de energía, perpetuó un esqueleto industrial concentrado y sostuvo un sistema financiero adverso a la inversión. El mantenimiento de una política impositiva regresiva impidió modificar los pilares de la desigualdad social.

Las tensiones acumuladas inducían a un viraje regresivo que el candidato del kirchnerismo (Scioli) eludió al perder los comicios. Postulaba un programa gradual de ajuste con reendeudamiento, devaluación, arreglo con los *holdouts*, mayores tarifas y recortes del gasto social.

En Brasil, se ha discutido si el gobierno del PT gestiona una variante conservadora de neodesarrollismo o una versión regulada del neoliberalismo. Como allí no se afrontó la crisis y la rebelión popular que convulsionaron a la Argentina, los cambios de política económica tuvieron menor intensidad.

Pero, al cabo de un decenio, los resultados son semejantes en ambos países. La economía brasileña se ha estancado y la expansión del consumo no ha resuelto las desigualdades sociales ni masificado a la clase media. Hay mayor dependencia de exportaciones básicas y un fuerte retroceso industrial. Los privilegios al capital financiero persisten y el agronegocio sofoca cualquier esperanza de reforma agraria.

Dilma introdujo el viraje conservador que el progresismo evitó en Argentina. Ganó la elección cuestionando el ajuste promovido por su rival (Aécio Neves) y desconoció esas promesas frente a las presiones de los mercados. Designó un ministro de economía ultraliberal (Levy) que reprodujo el debut de Lula con personajes del mismo tipo (Palocci).

Durante el año 2015, esta gestión ortodoxa generó subas de tasas y aumentos de tarifas. Dilma justificó el recorte de las políticas sociales y mantuvo las ventajas que tienen los financistas para acumular fortunas. Pero al comienzo del nuevo año reemplazó al hombre de los banqueros por un economista más heterodoxo (Barbosa), que promete un ajuste fiscal más pausado para atenuar la recesión. Este giro no anticipa salidas al pantano que generan las políticas conservadoras.

Ecuador ha padecido la misma involución del neodesarrollismo. Correa debutó con una reorganización del Estado que potenció el mercado interno. Aumentó los ingresos fiscales, otorgó mejoras sociales y canalizó parte de la renta hacia la inversión pública.

Pero, posteriormente, enfrentó todos los límites de experimentos análogos y optó por el endeudamiento y el privilegio de las exportaciones. Suscribió un TLC con Europa, facilita la privatización de las carreteras y entrega campos maduros de petróleo a las grandes compañías.

Las falencias del neodesarrollismo han obstruido el ciclo progresista. Ese modelo intentó canalizar los excedentes de la exportación hacia actividades productivas. Pero enfrentó resistencias del poder económico y se sometió a esas presiones.

El nuevo tipo de protestas

Durante la última década, se atenuaron los estallidos de descontento popular. Todas las administraciones contaron con un significativo colchón de ingresos fiscales para lidiar con las demandas sociales. La derecha recurrió al asistencialismo, la centroizquierda concretó mejoras sin afectar a los poderosos y los procesos radicales facilitaron conquistas de mayor gravitación.

En toda la región, hubo mayor distensión social y los principales conflictos se trasladaron al plano político. Se verificaron grandes resistencias contra las acciones destituyentes de la derecha y gigantescas movilizaciones para apuntalar las batallas electorales. Pero no se registraron levantamientos equivalentes al periodo pre progresista. Sólo la heroica respuesta al golpe de Honduras se aproximó a esa escala.

La combatividad popular se expresó en otros terrenos. Irrumpieron multitudinarias manifestaciones de estudiantes chilenos por la gratuidad de la educación y se consumó una llamativa huelga general en Paraguay. También se observaron activas demandas de los campesinos, indígenas y ambientalistas en Colombia y Perú.

Pero la principal novedad de la etapa fueron las protestas sociales en los países gobernados por la centroizquierda. En un contexto de fuertes presiones políticas de la derecha, esa interpelación desde abajo puso de relieve la insatisfacción popular.

El desafío fue notorio en Argentina. Primero, se extendieron las huelgas de los docentes y estatales. Luego, apareció el rechazo al pago de un impuesto que grava a los asalariados de mayores ingresos. Este disgusto detonó cuatro paros generales en el bienio 2014-2015. La masividad de estas acciones sorprendió a los gremialistas del oficialismo que se opusieron a la protesta.

En Brasil, el descontento emergió en las jornadas de julio de 2013. Las grandes manifestaciones para reclamar mejoras en el transporte y la educación convulsionaron a las principales ciudades. Estas peticiones no sólo constituyeron reclamos de “segunda generación” suplementarios de lo ya logrado. Expresaron el fastidio con las condiciones de vida. Ese malestar se verificó en los cuestionamientos a los gastos superfluos realizados para financiar la Copa Mundial de Fútbol de la FIFA en desmedro de las inversiones en educación.

Finalmente, en Ecuador, las movilizaciones sociales e indígenas incrementaron su presencia callejera y alcanzaron un pico de masividad el año pasado. Correa respondió con dureza y autoritarismo, ensanchando la grieta que separa al oficialismo de amplios sectores populares.

¿Por qué avanza la derecha?

El arribo de Macri a la presidencia en Argentina representa el primer desplazamiento electoral de una administración centroizquierdista por sus adversarios conservadores. Este viraje no es comparable a lo ocurrido en Chile con la victoria de Piñera sobre Bachelet. Allí se registró una acotada sustitución dentro de las mismas reglas neoliberales.

Macri es un crudo exponente de la derecha. Triunfó recurriendo a la demagogia, la despolitización y las ilusiones de concordia. Con promesas vacías, transformó los virulentos cacerolazos en una oleada de votos.

El nuevo mandatario ya designó un gabinete de gerentes para administrar el Estado como si fuera una empresa. Inició una drástica transferencia regresiva de ingresos mediante la devaluación y la carestía. Recurre a los decretos para criminalizar la protesta social y prepara la anulación de los logros democráticos.

El triunfo de Macri no fue una casualidad. Estuvo precedido por la negativa del progresismo a asumir numerosas demandas que la derecha recogió en forma distorsionada y demagógica. Esta responsabilidad del kirchnerismo es omitida por sus seguidores.

Algunos progresistas observan la victoria de PRO como una desventura pasajera y esperan retomar el gobierno en pocos años, desconociendo las probables modificaciones del mapa político en ese interregno. Otros suponen que la elección se perdió por mala suerte o por el desgaste de doce años, como si ese cansancio siguiera una cronología fija.

Quienes atribuyen el desenlace electoral a la prédica ciertamente efectiva de los medios de comunicación hegemónicos, no aceptan que al mismo tiempo falló el armado alternativo de la propaganda oficial. Lo mismo vale para quienes se burlan de la “pos política” del macrismo, sin registrar la decreciente credibilidad del discurso kirchnerista. El fastidio con la corrupción, el clientelismo y la cultura justicialista de verticalismo y lealtad explican la victoria de Macri.

La ofensiva reaccionaria para acosar a Dilma no logró los resultados de Argentina, pero desconcertó al gobierno brasileño durante todo el año 2015. Los derechistas comenzaron con grandes manifestaciones en marzo, que no pudieron sostener en agosto y, menos aún, en diciembre. Las movilizaciones sociales contra el golpe institucional siguieron, en cambio, un curso opuesto y se engrosaron con el paso del tiempo.

El Tribunal Supremo frenó el juicio político por ahora y el gobierno logró un alivio que utiliza para reordenar alianzas a cambio de cierto desahogo fiscal. Pero Dilma sólo ha conseguido una tregua con sus oponentes en el Congreso y los medios de comunicación.

Al igual que en Argentina, el progresismo elude cualquier explicación de ese retroceso. Simplemente maniobra para asegurar la supervivencia del gobierno mediante nuevos pactos con el poder económico, las elites provinciales y la partidocracia.

Sus teóricos evitan indagar la involución del PT que erosionó su base social al aceptar los ajustes. En la última elección, Dilma ganó por muy poco y compensó con votos del nordeste los sufragios perdidos en el sur. El sostén de las viejas bases obreras del PT disminuyó frente al clientelismo tradicional.

Además, el gobierno está manchado por graves escándalos de corrupción. Han salido a flote negociados con la elite industrial que retratan las consecuencias de gobernar en alianzas con los acauda-

lados. En vez de analizar esta dramática mutación, los teóricos del progresismo reiteran sus genéricos mensajes contra la restauración conservadora.

Una regresión semejante se observa en Ecuador. La gestión de Correa está signada por un gran divorcio entre la retórica beligerante y la administración del *statu quo*. El Presidente polemiza con los derechistas y es implacable en sus denuncias de la injerencia imperial. Pero cada día cruza una nueva barrera en la aceptación del librecomercio y en la confrontación con los movimientos sociales.

También aquí los análisis del progresismo se limitan a redoblar las alertas contra la derecha. Omiten la desilusión que genera un presidente comprometido con la agenda del *establishment*. Este giro explica su reciente decisión de renunciar a un próximo mandato.

La centralidad de Venezuela

El desenlace del ciclo progresista se juega en Venezuela. Lo que sucede allí no es equivalente a lo acontecido en otros países. Estas diferencias son desconocidas por quienes equiparan los recientes triunfos de la derecha venezolana y argentina. Ambas situaciones son incomparables.

En el primero caso, los comicios se desarrollaron en medio de una guerra económica, con desabastecimiento, hiperinflación y contrabando de las mercancías subsidiadas. Fue una campaña llena de pólvora, paramilitares, ONGs conspirativas y provocaciones criminales.

La derecha preparaba sus típicas denuncias de fraude para descalificar un resultado adverso en los comicios. Pero ganó y no logra explicar cómo pudo registrarse esa victoria bajo una "dictadura". Por primera vez en dieciséis años, obtuvieron mayoría en el Parlamento e intentarán convocar a un revocatorio para deponer a Maduro.

Como no están dispuestos a esperar hasta 2018, se avecina un gran conflicto con el Ejecutivo. Promoverán en el Congreso exigencias inaceptables con el explícito propósito de acosar al Presidente (liberar golpistas, transparentar la especulación, anular conquistas sociales).

Ningún rasgo de ese escenario se observa en Argentina. No sólo Capriles tiene prioridades muy distintas a Macri, sino que el chavismo difiere significativamente del kirchnerismo. El primero surgió de una rebelión popular y declaró su intención de alcanzar objetivos socialistas. El segundo se limitó a capturar los efectos de una sublevación y siempre enaltecía al capitalismo.

En Venezuela, hubo redistribución de la renta afectando los privilegios de las clases dominantes y, en Argentina, se repartió ese excedente sin alterar significativamente las ventajas de la burguesía. El empoderamiento popular que desencadenó el chavismo no se equipara con la expansión del consumo que promovió el kirchnerismo. Tampoco el proyecto antiimperialista del ALBA guarda semejanzas con el conservadurismo del Mercosur (Cieza, 2015; Mazzeo, 2015; Stédile, 2015).

Pero la principal singularidad de Venezuela proviene del lugar que ocupa en la dominación imperial. Estados Unidos concentra todos sus dardos contra ese país para recuperar el control de las principales reservas petroleras del continente. Por eso, mantiene una estrategia de agresión permanente.

Basta observar la guerra que libró el Pentágono en Medio Oriente—demoliendo a Irak y Libia— para notar la importancia que le asigna al control del crudo. El Departamento de Estado puede reconocer a Cuba y discutir con presidentes adversos, pero Venezuela es una presa no negociable.

Por esta razón, los medios de comunicación hegemónicos martillean día y noche sobre el mismo país con imágenes de un desastre que requiere salvamento externo. Los golpistas son presentados como víctimas inocentes de una persecución, omitiendo que Leopoldo López fue condenado por los asesinatos perpetrados durante las “guarimbas”. Cualquier tribunal estadounidense hubiera dictado sentencias mucho más duras frente a esas tropelías. La diabolización mediática busca aislar al chavismo para incentivar mayores condenas de la socialdemocracia.

Esta campaña no logró resultados hasta la reciente victoria electoral de la derecha. Ahora se disponen a retomar los planes para tumbar a Maduro, combinando el desgaste que promueve Capriles con la destitución violenta que impulsa López. Tratan de empujar al gobierno a una situación caótica para repetir el golpe institucional perpetrado en Paraguay.

Macri es el articulador internacional de esa conspiración. Encabeza todos los cuestionamientos a Venezuela mientras criminaliza la protesta en Argentina. Gobierna por decreto en su país y exige respeto institucional a los parlamentarios de otra nación.

El líder de PRO ya sugiere sanciones contra el nuevo socio del Mercosur, pero no habla de Guantánamo ni menciona los padecimientos de los presos políticos en las cárceles estadounidenses. Pospuso su exigencia de sanciones a Venezuela a la espera de mayores definicio-

nes de Dilma. Pero volverá a la dureza si estima oportuno acompañar las provocaciones de López.

Definiciones impostergables

El chavismo ha debido confrontar con fuertes agresiones por la radicalidad de su proceso, la furia de la burguesía y la decisión imperial de manejar el petróleo. El contraste con Bolivia es llamativo. También allí ha primado un gobierno radical-antiimperialista. Pero el Altiplano no tiene la relevancia estratégica de Venezuela y arrastra un nivel muy superior de subdesarrollo.

Evo mantuvo la hegemonía política y logró un crecimiento económico significativo. Forjó un Estado plurinacional desplazando a las viejas élites racistas e impuso por primera vez la autoridad real de ese organismo en todo el territorio.

Hasta ahora la derecha no pudo disputarle el gobierno, pero hay una batalla abierta en torno a la reelección de Morales. En cualquier caso, Bolivia no afronta aún las impostergables definiciones que debe asumir el chavismo.

Desde la caída del precio del petróleo, Venezuela sufre un drástico recorte de los ingresos. Están amenazadas las importaciones requeridas para el funcionamiento corriente de la economía. También se verifica un gran desborde del déficit fiscal, la brecha cambiaria, la inflación y la emisión monetaria.

Ya no alcanza con la simple constatación de la guerra económica. También hay que registrar la incapacidad del gobierno para enfrentar ese atropello. A Maduro le ha faltado la firmeza que tuvo Fidel durante el “Período Especial”. El sabotaje económico es efectivo porque la burocracia estatal continúa sosteniendo con los dólares de PDVSA un sistema cambiario que facilita el desfalco organizado de los recursos públicos (Gómez Freire, 2015; Aharonian, 2016; Colussi, 2015).

Este desmanejo acentúa el estancamiento del modelo distribucionista, que canalizó inicialmente la renta hacia programas asistenciales y no logró, posteriormente, gestar una economía productiva.

El escenario actual ofrece una nueva (y quizás última) oportunidad para reordenar la economía. Resulta imprescindible cortar el uso de las divisas para el contrabando de mercancías y el ingreso de importaciones encarecidas. Ese fraude enriquece al funcionariado aburguesado y subleva a la población. No basta con reorganizar PDVSA, controlar las fronteras o encarcelar a ciertos delincuentes. Sin remover a los corruptos, el proceso bolivariano se autocondena al declive.

El chavismo necesita un contragolpe para recuperar sostén popular. Varios economistas han elaborado detallados programas para implementar otra gestión cambiaria a partir de la nacionalización de los bancos y el comercio exterior. Como ya no hay dólares suficientes para solventar las importaciones y pagar la deuda, habría que encarar también una auditoría de ese pasivo.

Maduro ha declarado que no se rendirá. Pero en la delicada situación actual no alcanzan las definiciones por arriba. La supervivencia del proceso bolivariano exige construir un poder popular desde abajo. Ya existe una legislación que define las atribuciones del poder comunal. Sólo esos organismos permitirían sostener la batalla contra capitalistas que burlan controles cambiarios y recuperan excedentes petroleros.

El ejercicio del poder comunal está bloqueado desde hace años por una burocracia que empobrece al Estado. Ese sector sería el primer afectado por una democracia desde abajo. Al comenzar el año, Maduro instaló una asamblea del poder comunal. Pero el verticalismo del psuv y la hostilidad hacia las corrientes más radicales obstruyen esa iniciativa (Guerrero, 2015; Iturriza, 2015; Szalkowicz, 2015; Teruggi, 2015).

Cualquier impulso a la organización comunal redoblará las denuncias de la prensa internacional contra la “violación de la democracia” en Venezuela. Estos cuestionamientos serán propagados por los artífices del golpe estadounidense en Honduras y por los inspiradores de la farsa institucional que derrocó a Lugo en Paraguay.

Son los mismos personajes que silencian el terrorismo de Estado imperante en México o Colombia. Han debido aceptar la institucionalidad cubana dentro de Unasur, pero no están dispuestos a tolerar el desafío de Venezuela. Confrontar con ese *establishment* mediático es una prioridad en todo el continente.

Ocultamientos derechistas

El nuevo escenario sudamericano ha envalentonado a la derecha. Piensa que llegó su hora y promete cerrar el ciclo “populista”, para reemplazar el “intervencionismo por el mercado” y el “autoritarismo por la libertad”.

Con estos mensajes, oculta su responsabilidad directa en la devastación sufrida durante los años ochenta y noventa. Los gobiernos progresistas impugnados aparecieron frente al colapso económico y el desangre social generado por los neoliberales. La derecha no sólo

retrata ese pasado como un proceso ajeno a sus gestiones. También encubre lo que sucede en los países que gobierna.

Pareciera que los únicos problemas de América Latina se ubican fuera de ese radio. Este engaño ha sido construido por los medios hegemónicos de comunicación, que pasan por alto cualquier información adversa a las administraciones derechistas.

El apañamiento es tan descarado que el grueso de la población desconoce cualquier información ajena a los países objetados por la prensa dominante. Los medios describen la inflación y las tensiones cambiarias reinantes en los gobiernos impugnados, pero omiten el desempleo y la precarización imperantes en las economías neoliberales.

También resaltan la “pérdida de oportunidades” que ocasiona el control de los capitales y silencian los terremotos que provoca la desregulación. Despotrican contra el “artificio del consumo” y ocultan el deterioro generado por la desigualdad.

Pero la omisión más grosera se ubica en el funcionamiento del Estado. La derecha impugna el “paternalismo discrecional” vigente en el área progresista y desconoce el desmoronamiento que afecta a los “narco Estados” expandidos al calor del libre comercio y la desregulación financiera. Tres economías ponderadas por su grado de apertura y afinidad con el capital —México, Colombia y Perú— sufren esa corrosión del Estado.

México padece el nivel de violencia más dramático de la región. Ningún funcionario de alto rango ha sido encarcelado y numerosos territorios están bajo control de bandas criminales. En Colombia, los cárteles de la droga financian presidentes, partidos y sectores del ejército. En Perú, el grado de complicidad oficial con el tráfico de drogas incluyó la conmutación de penas a 3200 condenados por ese delito.

Ninguno de estos datos es difundido con la insistencia que se retratan las desventuras de Venezuela. Esta dualidad comunicacional se extiende al tema de la corrupción. La derecha presenta esta adversidad como una gangrena del progresismo, olvidando la participación protagónica de los capitalistas en los principales desfalcos de todos los Estados.

Los grandes medios exponen los detalles del oscuro manejo oficial del dinero público en Venezuela, Brasil o Bolivia. Pero no hablan de los casos más escandalosos que afectan a sus protegidos. La indignación colectiva que precipitó la reciente renuncia del presidente de Guatemala no encabeza los noticieros.

La derecha recurre a las mismas unilateralidades mediáticas para embellecer el modelo económico de Chile. Este esquema es ponderado por sus privatizaciones, ocultando el asfixiante endeudamiento de las familias, la precarización laboral y las miserables pensiones de la jubilación privada. Tampoco se comenta el freno del crecimiento y el aumento de la corrupción que socavan las reformas de la educación y la previsión social prometidas por Bachelet.

El contraste entre el paraíso neoliberal y el infierno progresista también incluye el silenciamiento del único caso de cesación de pagos de 2015. Puerto Rico se quedó sin reservas para financiar el despojo de sus recursos humanos (emigración), naturales (reemplazo de la agricultura por la importación de alimentos) y económicos (deslocalización de la industria y el turismo).

Las consecuencias del neoliberalismo no tienen espacio en los periódicos ni minutos en los informativos. La derecha discute el fin del ciclo progresista omitiendo lo que sucede fuera de ese universo.

¿Un período “posliberal”?

La engañosa mirada de la derecha sobre el ciclo progresista contrasta con el importante debate que se desenvuelve en la izquierda entre teóricos de la continuidad y del agotamiento de ese período.

El primer enfoque resalta la solidez de las transformaciones de la última década. Subraya los logros socioeconómicos, los avances en la integración, los aciertos geopolíticos y las victorias electorales (Arkonada, 2015a; Sader, 2015a).

La consistencia que observan en los cambios operados se verifica en el uso del calificativo “posliberal” para describir ese ciclo. Estiman que una etapa “pos” ha dejado atrás a la fase precedente por la contundencia de las mutaciones registradas. Con este enfoque, polemizan con las visiones que remarcan el declive de ese proceso (Itzamná, 2015; Sader, 2016b; Rauber, 2015).

El triunfo de Macri, el avance del tándem Capriles-López y la parálisis de Dilma o Correa han moderado estas apreciaciones e inducido a ciertas críticas. Algunos resaltan los efectos nocivos de la burocracia o las falencias en la batalla cultural (Arana, 2015; Arkonada, 2015b).

Pero, en general, mantienen la caracterización del período y subrayan las limitaciones de la ofensiva conservadora. Resaltan la debilidad de ese proyecto, la transitoriedad de sus éxitos o la proximidad de grandes resistencias sociales (Puga Álvarez, 2015; Arkonada, 2015b).

Esta visión no permite registrar hasta qué punto la profundización del patrón extractivista ha socavado el ciclo progresista. La sintonía de ese esquema económico con las administraciones derechistas no se extiende a sus pares de centroizquierda. Estos gobiernos son afectados por las nefastas consecuencias de un modelo que deteriora el empleo e impide el desarrollo productivo. Esta contradicción es mucho más severa en los procesos radicales.

El supuesto de un periodo “posliberal” omite esas tensiones. No sólo olvida que la superación del neoliberalismo exige comenzar a revertir la primarización de la región. También recurre a muchas indefiniciones en la caracterización del período. Nunca se aclara si el “posliberalismo” está referido a los gobiernos o a los patrones de acumulación.

A veces se sugiere que conforma un período contrapuesto al Consenso de Washington. Pero, en ese caso, se enfatiza el giro político hacia la autonomía, desconociendo la persistencia del patrón de exportaciones básicas.

También se argumenta que un cambio más sustancial del modelo económico desborda lo que puede encarar América Latina. Este giro supondría virajes más significativos en un capitalismo multipolar en gestación. Pero nadie precisa cómo esas transformaciones alterarían la fisonomía tradicional de la región. Lo ocurrido en la última década ilustra un curso de primarización contrapuesto a los pasos que debería transitar la región para forjar una economía industrializada, diversificada e integrada.

El enfoque afín al progresismo también reivindica el basamento económico neodesarrollista del último decenio resaltando sus contrastes con el neoliberalismo. Pero no registra las numerosas áreas de complementariedad entre ambos modelos. Tampoco nota que ningún ensayo de mayor regulación estatal ha revertido las privatizaciones, erradicado la precariedad laboral o modificado los pagos de la deuda.

Estas insuficiencias no constituyen el “precio a pagar” por la gestación de un escenario “posliberal”. Perpetúan la dependencia y la especialización primario-exportadora.

Es cierto que, en la última, década hubo mejoras sociales, mayor consumo y cierto crecimiento. Pero estos repuntes ya ocurrieron en otros ciclos de reactivación y valorización exportadora. Lo que no ha cambiado es el perfil del capitalismo regional y su adaptación a los requerimientos actuales de la mundialización.

Cuando este dato es ignorado, se tiende a observar avances donde hay estancamiento y logros perdurables donde imperan los desaciertos. El trasfondo del problema es la santificación del capitalismo como único sistema factible. Los teóricos del progresismo descartan la implementación de programas socialistas o, a lo sumo, aceptan su eventualidad para futuros lejanos.

Con ese presupuesto, imaginan la viabilidad de esquemas heterodoxos, inclusivos o productivos de capitalismo latinoamericano. Cada evidencia de fracaso de este modelo es sustituida por otra esperanza del mismo tipo que desemboca en desengaños semejantes.

Oficialismo sin reflexión

Los problemas reales que afectan al progresismo son frecuentemente eludidos, cuestionando exclusivamente a la burocracia, la corrupción o la ineficiencia. Se olvida que esas adversidades suelen acosar en algún momento a todos los modelos económicos y no constituyen una peculiaridad de la última década.

Como se supone, además, que la única alternativa frente a esas administraciones es el retorno conservador, se justifican conductas que terminan facilitando la restauración derechista.

Este comportamiento se corroboró durante las protestas que irrumpieron bajo los gobiernos de centroizquierda. Los oficialistas rechazaron estas manifestaciones observando una mano de la derecha en su gestación. Cuestionaron a los “desagradecidos” que ganaron las calles desconociendo lo hecho por las administraciones progresistas.

Durante los paros de 2014 y 2015 en Argentina, el progresismo repitió los argumentos tradicionales del *establishment*. Objetó el carácter “político” de las huelgas, omitiendo que ese perfil no reduce su legitimidad. Arremetió contra la “extorsión de los piquetes”, olvidando que ese chantaje es ejercido por las patronales y no por los activistas. Ignoró que esos cortes protegen de sanciones a los trabajadores precarizados sin derecho a la protesta.

Otros progresistas descalificaron las huelgas afirmando que “mañana todo seguirá igual”, como si un acto de fuerza de los trabajadores no favoreciera su capacidad de negociación. Incluso presentaron la huelga como un acto de “egoísmo” de los asalariados con mayores sueldos, cuando esa ventaja ha permitido motorizar las mayores resistencias sociales de la historia argentina.

En Brasil, la reacción del PT fue semejante. No participó en el inicio de las jornadas de 2013, expresó su desconfianza hacia los ma-

nifestantes y sólo aceptó la validez de las marchas cuando se masificaron. El gobierno se limitó a acusar a la derecha de incentivar el descontento en lugar de registrar la desilusión popular con una administración que designa ministros neoliberales.

La hostilidad hacia las acciones callejeras fue un resultado de la involución del PT. Ese partido perdió sensibilidad hacia los reclamos populares al estrechar vínculos con el empresariado y los banqueros. Su cúpula gestiona la economía al servicio de los capitalistas y se sorprende cuando sus bases sociales demandan lo que siempre reclamaron.

Las mismas tensiones salieron a flote en Ecuador frente a numerosas peticiones de los movimientos sociales en defensa de la tierra y el agua. Como estas marchas coincidieron con rechazos de la derecha a los proyectos impositivos del gobierno, los oficialistas subrayaron la convergencia de ambas acciones en un mismo proceso de restauración conservadora. En vez de propiciar una aproximación a los reclamos sociales para forjar un frente común contra los reaccionarios, el progresismo acompañó ciegamente a Correa.

Lo ocurrido frente a las protestas en los tres países gobernados por la centroizquierda ilustra cómo las administraciones progresistas toman distancia (en vez de aproximarse) al movimiento popular. De esa forma, pavimentan el repunte de la derecha.

Distinciones perdurables

Las tesis “posliberales” son objetadas por otros autores que remarcan el agotamiento del ciclo progresista como consecuencia del extractivismo. Estiman que los emprendimientos megamineros (TIPNIS, Famatina, Yasuní, Aratirí) y la primacía de la soja o los hidrocarburos han impedido reducir la desigualdad social. Consideran, además, que todos los gobiernos de América Latina convergen en un “consenso de *commodities*” que acentúa la primarización (Svampa, 2014; Zibechi, 2015a; 2016).

Esta visión describe correctamente las consecuencias de un modelo que privilegia las exportaciones básicas. Pero postula erróneamente la preeminencia de una fisonomía uniforme en la región. No registra las significativas divergencias que separan a los gobiernos derechistas, centroizquierdistas y radicales en todos los terrenos ajenos al extractivismo.

Venezuela no erradicó la gravitación del petróleo, Bolivia no se liberó de la centralidad del gas y Cuba mantiene su atadura al níquel

o el turismo. Pero esta dependencia no convierte a Maduro, Evo Morales o Raúl Castro en mandatarios semejantes a Peña Nieto, Santos o Piñera. Las exportaciones básicas prevalecen en toda la economía latinoamericana sin definir el perfil de los gobiernos.

Al resaltar los nefastos efectos del extractivismo, se evita la ingenua visión “posliberal”. Pero las limitaciones del progresismo no se reducen al reforzamiento del patrón agrominero. Tampoco el neodesarrollismo se define por esa dimensión. Si la impronta extractiva constituyera el rasgo principal de ese modelo, no presentaría diferencias significativas con el neoliberalismo.

Los nuevos desarrollistas han intentado canalizar la renta agrominera hacia el mercado interno y la recomposición industrial. Fallaron en ese objetivo, pero tuvieron una pretensión ausente en sus adversarios librecambistas.

Es importante precisar estas distinciones para elaborar alternativas. De la exclusiva contraposición en torno al extractivismo no emergen esas respuestas. Frente al capitalismo “posliberal” impulsado por los teóricos de la continuidad del ciclo progresista, sus objetores no postulan la opción socialista. Más bien, enuncian genéricas convocatorias a proyectos centrados en la multiplicación de comunidades autogestionadas.

Este horizonte localista suele desechar la necesidad de un Estado administrado por las mayorías populares que concilie la protección del medio ambiente con el desenvolvimiento industrial. América Latina necesita nacionalizar los principales resortes de su economía para financiar emprendimientos productivos con la renta agrominera.

Los beneficiarios de estas propuestas serían las mayorías laboriosas y no las minorías capitalistas. Aquí radica la principal diferencia del socialismo con el neodesarrollismo.

Los teóricos del declive progresista cuestionan el autoritarismo de los gobiernos de ese signo. Describen restricciones a las libertades públicas, agresiones al movimiento indígena y reforzamientos del presidencialismo. También denuncian la sustitución de dinámicas de hegemonía por lógicas coercitivas y el silenciamiento de las voces independientes frente a la palabra oficial (Svampa, 2015; Gudynas, 2015; Zibechi, 2015b).

Pero ninguna de estas tendencias ha convertido a una administración de centroizquierda en un gobierno de la reacción. El único caso de ese tipo sería el de Ollanta Humala en Perú, quien se disfrazó de

chavista para acceder al gobierno, para luego ejercer la presidencia con mano dura y entrega neocolonial.

Es importante reconocer estas diferencias para tomar distancia de los mensajes que divulga la derecha contra el “autoritarismo” y el “populismo”. Mientras que los políticos conservadores buscan unificar las críticas al progresismo en un engañoso discurso común, la izquierda necesita delimitarse. Repudiar explícitamente los argumentos o posturas de los reaccionarios es la mejor forma de evitar esa trampa.

Conviene no olvidar que radicalizar los procesos empantanados por las vacilaciones del progresismo es una meta contrapuesta a la regresión neoliberal. Por eso, pueden existir áreas de convergencia con la centroizquierda pero nunca con la derecha. La confrontación con los reaccionarios es un requisito de la acción política popular.

Estas distinciones se verifican en todos los planos y tienen especial vigencia en el terreno democrático. El progresismo puede adoptar actitudes coercitivas, pero no actúa estructuralmente con patrones represivos. Por esta razón, un pasaje de formas hegemónicas (consenso) a dominantes (coerción) en la gestión estatal es habitualmente acompañado por cambios en el tipo de gobierno. Las diferencias entre la centroizquierda y la derecha que aparecieron al inicio del ciclo progresista persisten en la actualidad.

Controversias concretas

Todos los debates en curso asumen actualmente en Venezuela un contenido urgente. Allí no se discuten diagnósticos genéricos de continuidad o agotamiento de la etapa, sino propuestas específicas de radicalización o involución del proceso bolivariano.

El primer planteo es alentado por los revolucionarios. Rechazan los pactos con la burguesía, promueven acciones efectivas contra los especuladores y auspician la consolidación del poder comunal. Estas iniciativas retoman la audacia que caracterizó a las revoluciones exitosas del siglo xx. Propician tomar la iniciativa antes que la derecha gane la partida (Conde, 2015; Valderrama y Aponte, 2015; Aznárez, 2015; Carcione, 2015).

El segundo enfoque es alentado por los socialdemócratas y los funcionarios que lucran con el *statu quo*. Sus teóricos no explicitan claramente un programa. Ni siquiera objetan abiertamente las tesis radicales. Simplemente soslayan las definiciones, sugiriendo que el gobierno sabrá encontrar el camino correcto.

Con esa actitud, suelen denunciar la culpabilidad del imperialismo en todos los atropellos que sufre Venezuela, pero no aportan propuestas para derrotar esas agresiones. Convocan a redoblar los esfuerzos contra la “ineficiencia” o el “descontrol”, sin mencionar la nacionalización de los bancos, la expropiación de quienes fugan capital o la auditoría de la deuda.

En la disyuntiva actual, la simple reivindicación del proceso bolivariano (y de la adhesión que preserva) no resuelve ningún problema. Sin discutir abiertamente por qué el chavismo perdió votantes activos, no hay forma de revertir el mayor predicamento de la derecha. Tampoco alcanza señalar elípticamente que el gobierno “no supo o no pudo” adoptar las políticas adecuadas.

Más desacertado aún es culpabilizar al pueblo por su “olvido” de lo otorgado por el chavismo. Esta forma de razonar supone que las mejoras concedidas paternalmente por una administración deben ser aplaudidas sin chistar. Es la mirada contrapuesta al poder comunal y al protagonismo de trabajadores que construyen su propio futuro.

Los proyectos de capitalismo “posliberal” chocan con la realidad venezolana. Allí se comprueba el carácter fantasioso de ese modelo y la necesidad de abrir caminos anticapitalistas para impedir la restauración conservadora. Rechazar estos senderos con un recetario de imposibilidades conduce, simplemente, a bajar los brazos.

Algunos pensadores coinciden con esta caracterización, pero estiman que “ya pasó el momento” para avanzar en esa dirección. Pero ¿cómo se determina esa temporalidad? ¿Cuál es el barómetro para dictaminar el fin de un proceso transformador?

La pérdida de entusiasmo, el repliegue a la vida privada y las proclamas de “adiós al chavismo” son datos de la coyuntura. Pero muchas veces el pueblo reaccionó frente a situaciones de extrema adversidad. No sería la primera vez que las divisiones y los errores de la derecha precipitan un contragolpe bolivariano.

Identidad socialista

La persistencia, renovación o extinción del ciclo progresista en la región depende de la resistencia popular. No se puede indagar la continuidad o cancelación de ese período omitiendo esta dimensión. Es un gran error evaluar cambios de gobiernos ignorando los niveles de lucha, organización o conciencia de los oprimidos.

Por el momento, la derecha tiene la iniciativa, pero el signo del período se definirá en las batallas sociales que seguramente preci-

pitarán los propios conservadores. El resultado de esos conflictos no sólo depende de la disposición de lucha. La influencia de corrientes socialistas, antiimperialistas y revolucionarias será un factor clave de ese final.

En la última década, las tradiciones de estas vertientes han sido actualizadas por movimientos sociales y procesos políticos radicales. Una nueva generación de militantes retomó especialmente el legado de la revolución cubana y del marxismo latinoamericano.

Chávez jugó un papel clave en esa recuperación y su fallecimiento afectó severamente el renacimiento de la ideología socialista. Ese impacto fue tan grande que indujo a buscar referentes sustitutos. La centralidad asignada al Papa Francisco es un ejemplo de esos reemplazos, aquellos que suelen confundir roles de mediación con papeles de liderazgo.

Es incuestionable la utilidad de ciertas figuras para negociar con los enemigos. El primer latinoamericano que accede al Papado aporta una buena carta de intermediación con el imperialismo. Su presencia puede servir para romper el bloqueo económico sobre Cuba, contrarrestar el sabotaje a las negociaciones de paz en Colombia o interceder frente a las bandas criminales que operan en la región. Sería insensato desperdiciar el puente que aporta Francisco para cualquiera de esas tratativas.

Pero esa función no implica protagonismo del Papa en las batallas contra el capitalismo neoliberal. Muchos suponen que Francisco encabeza esa confrontación a través de mensajes contra la desigualdad, la especulación financiera o la devastación ambiental.

No registran que estas proclamas contradicen la continuada fastuosidad del Vaticano y su financiamiento a través de oscuras operaciones bancarias. El divorcio entre prédica y realidad ha sido un clásico de la historia eclesiástica.

El Papa retoma también varios preceptos de la doctrina social de la Iglesia, aquella que auspicia modelos de capitalismo con mayor injerencia estatal. Estos esquemas buscan regular los mercados, alentar la compasión de los poderosos y garantizar la sumisión de los desposeídos. Desenvuelven una ideología forjada durante el siglo xx en polémica con el marxismo y sus influyentes ideas de emancipación.

Las concepciones de la Iglesia no han cambiado. Francisco intenta retomarlas para recuperar la pérdida de adhesión que sufre el catolicismo a manos de credos rivales. Esas religiones se han moderniza-

do, son más accesibles a las clases populares y están menos identificadas con los intereses de las elites dominantes.

La campaña del Vaticano cuenta con el beneplácito de los medios de comunicación que enaltecen la figura de Francisco, ocultando su cuestionado pasado bajo la dictadura argentina. Bergoglio mantiene su vieja hostilidad a la Teología de la Liberación, rechaza la diversidad sexual, niega los derechos de las mujeres y evita la penalización de los pedófilos. Encubre, además, obispos impugnados por las comunidades (Chile), canoniza misioneros que esclavizaron indígenas (California) y facilita las agresiones contra el laicismo.

Es un error suponer que la izquierda latinoamericana se construye en un ámbito compartido con Francisco. No sólo persiste una gran contraposición de ideas y objetivos. Mientras que el Vaticano continúa reclutando fieles para disuadir la lucha, la izquierda organiza protagonistas de la resistencia.

Es tan importante reforzar esta actitud combativa como afianzar la identidad política de los socialistas. La izquierda del siglo XXI se define por su perfil anticapitalista. Batallar por los ideales comunistas de igualdad, democracia y justicia es la mejor forma de contribuir a un desemboque positivo del ciclo progresista.

Bibliografía

- ABERCROMBIE, N.; HILL, S. y TURNER, B. (1987). *La tesis de la ideología dominante*. Madrid: Siglo XXI EDITORES
- ACHCAR, G. (2013). Le Peuple veut. Disponible en www.contretemps.eu/.../lire-extrait-peuple-veut-gilb
- ACOSTA, A. (2009). "Los gobiernos progresistas no han puesto en tela de juicio la validez del modelo extractivista". Disponible en www.ecoportel.net/...septiembre...2009/ambiente_y_sociedad_ano_10_n
- ACOSTA, A. (2012). "Puntos de separación". Disponible en <http://ecuadorlibrerred.tk/politica/4873-puntos-de-separacion-acosta-vs-correa>
- ADAMOVSKY, E. (2012, 26 de diciembre). El mito del aumento de la clase media. *Clarín*. Disponible en http://www.clarin.com/opinion/mito-aumento-clase-media-global_o_835716476.html
- AGLIETTA, M y BERREBI, L. (2007). *Desordres dans le capitalisme mondial*. París: Odile Jacob.
- AGUILAR MORA, M. (2013). "Los primeros siete meses de la restauración priista". *Rebelión*. Disponible en www.rebelion.org/noticia.php?id=171659
- AGUIRRE ROJAS, C. (2007). "Immanuel Wallerstein y la perspectiva crítica del Análisis de los Sistemas-Mundo". En *Textos de Economía*, vol. 10, nº 2.
- AHARONIAN, A. (2016, 20 de enero). Venezuela, ejemplo cívico..., ¿y ahora qué?. *Nodal*. Disponible en <http://www.nodal.am/2015/12/venezuela-ejemplo-civico-y-ahora-que-por-aram>
- ALMEYRA, G. (2013, 27 de diciembre). A 20 años de la rebelión zapatista. *La Jornada*. Disponible en www.jornada.unam.mx/2013/12/29/opinion/015a1pol
- ALMEYRA, G. (2014, 6 de abril). Venezuela: avanzar o retroceder hacia el abismo. *La Jornada*. Disponible en www.jornada.unam.mx/2014/04/06/opinion/019a1pol
- ALONSO, A. (2013, 13 de julio). Cuba: mentalidades en confrontación ante el desafío del cambio. *Academia de Ciencias*, La Habana.
- ÁLVAREZ, V. (2009). *Venezuela: hacia dónde va el modelo productivo*. Caracas: CIM.
- ÁLVAREZ, V. (2012, 7 de octubre). Radiografía. *Página 12*. Dispo-

- nible en: www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6317-2012-10-09.htm
- AMICO, F. y FIORITO, A. (2014). Revista Circus, blog de teoría económica [blog]. Disponible en grupolujan-circus.blogspot.com
- AMIN, S. (1988). *La desconexión*. Buenos Aires: Pensamiento Nacional.
- AMIN, S. (2003). *Más allá del capitalismo senil*. Buenos Aires: Paidós.
- AMIN, S. (2008). *Modernité, religion et démocratie, Critique de l' eurocentrisme*. Lyon: Parangon.
- AMIN, S. (2012, 30 de marzo). El mundo visto desde el Sur. ALAI. Disponible en www.alainet.org/es/active/53747
- AMIN, S. (2013). Entrevista “El imperialismo colectivo: Desafíos para el Tercer Mundo”. Disponible en <http://www.fisyp.org.ar/article/entrevista-a-samir-amin-el-imperialismo-colectivo-/>.
- AMIN, S.; HOUTART, F.; TANDON, y.; DIERCKXSENS, W. y FOUNOU-TCHUIGOUA, B. (2012/2013). Audacity to Build a New Paradigm In The Face Of the Contemporary Crisis of Capitalism. Preparatory document for the South/South Forum. Mimeo.
- ANDERSON, B. (1994). “Exodus”. En *Critical Inquiry*, vol. 20, no. 2, 314-327.
- ANDERSON, P. (1983). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- ANDERSON, P. (1984). “Modernidad y Revolución”. En *Leviatán*, no. 16.
- ANDERSON, P. (1996). “Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda”. En *El Rodaballo*, 3.
- ANDERSON, P. (2002). “Internacionalismo: un breviario”. En *New Left Review*, 14, mayo-junio.
- ANDERSON, P. (2003). “Neoliberalismo: un balance provisorio”. En Sader, E. y Gentili, P. (comps.). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires: CLACSO.
- ANDERSON, P. (2008). “Apuntes sobre la coyuntura actual”. En *New Left Review*, 48, enero-febrero.
- ANDERSON, P. (2009). *The New Old World*. Londres: Verso.
- ANDERSON, P. (2010). “Algunas observaciones históricas sobre la hegemonía”. En *Revista Crítica y Emancipación*, año II, 3, 219-224.
- ANDERSON, P. (2012). “The Indian Ideology”. En *Counterpunch*. Disponible en www.threeessays.com/blog/category/review/

- ANDERSON, P. (2013). "American Foreign Policy and Its Thinkers". En *New Left Review*, 83, september-october (Special Issue).
- ANDREFF, W. (1996). *Les multinacionales globales*. París: La Découverte.
- ANTUNES, R. (2013, 20 de junio). Fim da letargia. Disponible en <http://www1.folha.uol.com.br/opinia0/2013/06/1298008-ricardo-antunes-fim-da-letargia.shtml>
- ARANA, S. (2015, 1 de octubre). Respuesta a los profetas del "fin de ciclo" latinoamericano. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebellion.org/noticias/2015/10/203924.pdf>
- ARCARY, V. (2013, 21 de marzo). Brasil dez anos de governos de coalizao. Disponible en site.adital.com.br/site/noticia.php?lang=PT&cod=74381
- ARKONADA, K. (2013, 26 de noviembre). Del golpe de Estado al golpe en las urnas. *ALAINET*. Disponible en www.alainet.org/es/active/69297
- ARKONADA, K. (2014a, 13 de octubre). Sostener para profundizar, profundizar para sostener. *ALAINET*. Disponible en www.alainet.org/es/active/77905
- ARKONADA, K. (2014b, 16 de junio). "Hacia un nuevo orden contra-hegemónico para vivir bien. *Rebelión*. Disponible en www.rebellion.org/noticia.php?id=186095
- ARKONADA, K. (2015a, 8 de septiembre). Fin del ciclo progresista o reflujó del cambio de época en América Latina. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=203029>
- ARKONADA, K. (2015b, 18 de diciembre). ¿ Fin de ciclo? La disputa por el relato. Disponible en <http://www.mdzol.com/opinion/646979-fin-de-ciclo-la-disputa-por-el-relato/>
- ARMANIAN, N. (2014, 31 de marzo). Arabia Saudí: el viaje más importante de Obama. *Publico.es*. Disponible en <http://blogs.publico.es/puntoyseguido/1509/arabia-saudi-el-viaje-mas-importante-de-obama/>
- ARMENDÁRIZ, A. (2011, 27 de noviembre). Brasil pasó a Gran Bretaña y es la sexta economía. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1435680-brasil-desplazo-a-gran-bretana-y-es-la-sexta-economia>
- ARRIAZU, R. (2013, 27 de enero). Pequeñas señales de alerta en la región. *Clarín*. Disponible en http://www.clarin.com/opinion/Pequenas-senales-alerta-region_o_854914604.html
- ARRIGHI, G. (2007). *Adam Smith en Pekín*. Madrid: Akal.

- ARRIGHI, G. (2009). "The winding paths of capital". En *New Left Review*, 56, London, april-march.
- ARRIGHI, G.; KORZENIEWICZ, R.; CONSIGLIO, D. y MORAN, T. (1996). "Modeling zones of the world economy". Paper presented at the Annual Meeting of the American Sociological Association, Nueva York.
- ASCANTE, M. (2011, 26 de diciembre). 60.000 muertos en la guerra contra las drogas. *ABC.es*. Disponible en <http://www.abc.es/20111226/internacional/abcp-muertos-guerra-droga-2011226.html>
- ASIAÍN, A. (2012, 1 de octubre). La economía en números. *Página 12*. Disponible en www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-204602-2012-10-01.html
- AZCURRA, F. (2011). "Las diez tesis sobre el Nuevo Desarrollismo elaboradas por economistas heterodoxos en un encuentro financiado por la Fundación Ford en el 2010". Disponible en www.pctargentina.org/desarrollismo.htm
- AZNÁREZ, C. (2015, 7 de diciembre). Venezuela: Aún se está a tiempo de salvar la Revolución. *Resumen Latinoamericano*. Disponible en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/12/07/venezuela-aun-se-esta-a-tiempo-de-salvar-la-revolucion/>
- BAIROCH, P. (1999). *Mythes et paradoxes de l'histoire économique*. París: La Découverte.
- BAMBIRRA, V. (1986). *El capitalismo dependiente latinoamericano*. México DF: Siglo XXI.
- BÁRCENA, A. (2014, 6 de julio). El modelo boliviano. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-7780-2014-07-06.html>
- BASTERRA, J. (2013, 1 de febrero). 737 multinacionales monopolizan el 80% del valor accionario de las grandes compañías. *Revista Pueblos*. Disponible en www.revistapueblos.org/?p=13071
- BASUALDO, E. (2011). *Sistema político y modelo de acumulación: tres ensayos sobre la Argentina actual*. Buenos Aires: Atuel.
- BATOU, J. (2014, 15 de enero). Redeploiement de l'imperialisme français en Afrique. *Contretemps*. Disponible en <http://www.contretemps.eu/interventions/afrique-red%C3%A9ploiement-imp%C3%A9rialisme-fran%C3%A7ais-sid%C3%A9gration-humanitaire-gauche>
- BAZZAN, G. (2014, 31 de agosto). Argentina y Venezuela tienen

- las peores notas. *Clarín*. Disponible en http://www.clarin.com/politica/Argentina-Venezuela-peores-economicas-region_o_1203479697.html
- BECK, G. (2012, 29 de junio). Entrevista: “Habrá una Eurozona mucho más reducida”. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-197469-2012-06-29.html>
- BENSAÏD, D. (1991-1992). “Marx y la modernidad”. En revista *El Cielo por Asalto*, 3.
- BENSAÏD, D. (2003). *Le nouvel Internationalisme*. París: Textuel.
- BERTERRETICHE, J. (2010, 7 de diciembre). Brasil, Río de Janeiro: El embuste de la guerra contra la droga. Disponible en www.argenpress.info/2010/12/brasil-rio-de-janeiro-el-embuste-de-la.html
- BERTERRETICHE, J. (2013, 1 de abril). Los tramposos delirios de los tecnócratas del Banco Mundial. Disponible en www.argenpress.info/2013/04/los-tramposos-delirios-de-los.html
- BERTERRETICHE, J. (2014, 27 de octubre). Brasil: Recuperar la utopía. Disponible en www.argenpress.info/2014/10/brasil-recuperar-la-utopia.html
- BHADURI, A.; CESARATTO, S. y PALMA, G. (2012, 19 de noviembre). Visión alternativa para salir del infierno. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-208112-2012-11-19.html>
- BHIR, A. (2008, 10 de noviembre). Le triomphe catastrophique du néolibéralisme. *Presse toi a Gauche*. Disponible en www.presse-gauche.org/spip.php?article2789
- BLOMSTROM, M. y BJORN, H. (1990). *La teoría del desarrollo económico en transición*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- BOITO, A. (2012, 9 de abril). A economia capitalista está em crise e as contradições tendem a se aguçar. *Brasil de Fato*. Disponible en <http://www.brasildefato.com.br/content/%E2%80%9C-economia-capitalista-est%C3%A1-em-cri-se-e-contradi%C3%A7%C3%B5es-tendem-se-agu%C3%A7ar%E2%80%9D>
- BOND, P. (2007). “South African subimperial accumulation”. En Bond, P; Chitonge, H. y Hopfman, A. *The accumulation of capital in Southern Africa*. Rosa Luxemburg Political Education Seminar, Johannesburg.
- BOND, P. y ASHWIN, D. (2006). “Explaining uneven and combined development in South Africa”. En Dunn, B. (ed.). *Permanent Revo-*

- lution: *Results and Prospects 100 Years*. Londres: Pluto Press.
- BORJA, D. (2014, 15 de abril). TLC contra la Democracia. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=183412>
- BORON, A. (2013a, 24 de agosto). Venezuela y Suramérica. Entrevista de Atilio Borón con Walter Martínez, segunda parte. *Contrainjerencia*. Disponible en <http://www.contrainjerencia.com/?p=73369>
- BORON, A. (2013b, 30 de diciembre). Brasil: Un increíble (y enorme) error geopolítico. Disponible en www.globalresearch.ca/.../increible-y-enorme-error-geopolitico/5363054
- BORON, A. (2013c, 18 de febrero). Cuatro lecciones. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/subnotas/214105-62505-2013-02-18.html>
- BORON, A. (2013d). “Introducción”. En Seoane, J.; Taddei, E. y Algranati, C. *Extractivismo, despojo y crisis climática*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- BORON, A. (2014a, 24 de abril). Venezuela, una batalla decisiva. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/subnotas/242570-67354-2014-03-25.html>
- BORON, A. (2014b, 6 de mayo). Padura en Buenos Aires. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=184277>
- BOUDRAITSKIS, I. (2012). “Poutine ou le chaos”. En *Inprecor*, París, febrero/abril, 581-582.
- BRENNER, R. (1998). “The economics of global turbulence”. En *New Left Review*, 229, may-june.
- BRESSER PEREIRA, L. (2010). *Globalización y competencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BRESSER PEREIRA, L. (2011). “From the National-Bourgeoisie to the Dependency Interpretation of Latin America”. En *Latin American Perspectives*, vol. 38, 3, mayo.
- BRESSER PEREIRA, L. (2012). “Five models of capitalism”. En *Revista de Economía Política*, vol. 32, 1, junio-marzo.
- BRUCKMANN, M. (2012, 11 de diciembre). Unasur: Una estrategia regional para la gestión soberana de los recursos naturales. *ALAINET*. Disponible en www.alainet.org/es/active/60230
- BRUM, H. (2013, 23 de noviembre). ¿Segundas partes serán buenas?. *Viento Sur*. Disponible en <http://www.vientosur.info/spip.php?article8511>

- BRZEZINSKY, Z. (2011, 24 de febrero). Adiós a las guerras por el poder global. *Clarín*. Disponible en www.clarin.com/opinion/Adios-guerras-poder-global_o_871712915.html
- BUDD, A. (2013). “Characterising the period or caricaturing capitalism? A reply to Nigel Harris”. En *International Socialism*, 138.
- BULARD, M. (2007). “India recupera su jerarquía”. *Le Monde Diplomatique*, enero. Disponible en www.lemondediplomatique.cl/India-recupera-su-jerarquia.html
- BURBACH, R. (2013, 10 de febrero). ¿Una primavera cubana?. *Sin Permiso*. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5662>
- BURKETT, P. y HART-LANSBERG, M. (2003). “A Critique of ‘Catch-Up’ Theories of Development”. En *Journal of Contemporary Asia*, vol 33, issue 2, 147-71.
- BUSTELO, P. (1998). *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*. Madrid: Síntesis.
- ÇAĞLI, E. (2009). “On Sub-imperialism: Regional Power Turkey”. Disponible en http://en.marksist.net/elif_cagli/on_sub_imperialism_regional_power_turkey.htm
- CALLINICOS, A. (1993). *Contra el posmodernismo*. Bogotá: El Ancora Editores.
- CALLINICOS, A. (1999). *Social theory: a historical introduction*. Londres: Polity Press.
- CALVO OSPINA, H. (2012, 14 de abril). ¿Gobierna la izquierda en El Salvador?. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/ideologia/a141868.html>
- CAMPOS, P. (2011, 6 de marzo). Una batalla estratégica en el seno de la Revolución, por el futuro del socialismo. *Enlace Socialista*. Disponible en <http://www.enlacesocialista.org.mx/articulo/cuba-una-batalla-estrategica-en-el-seno-de-la-revolucion-por-el-futurto-del-socialismo>
- CANTAMUTTO, F. y COSTANTINO, A. (2013). “Neodesarrollismo: ¿cuánto hay de nuevo?”. En *Herramienta web*, 14. Disponible en <http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-14/neodesarrollismo-cuanto-hay-de-nuevo>
- CARCAGHNOLO, M. (2010). “Neoconservatismo com roupagem alternativa”. En Castelo, R. (org.). *Encruzilhadas da América Latina no seculo XXI*. Rio de Janeiro: Pao e Rosas.
- CARCIONE, C. (2014, 19 de marzo). Las contrarreformas en el proce-

- so bolivariano. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=182232>
- CARCIONE, C. (2015, 16 de diciembre). Una mirada desde Venezuela Lo que viene en América Latina. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/mostrar.php?tipo=5&id=Carlos%20Carcione&inicio=0>
- CARCIONE, C.; PÉREZ, S.; GÓMEZ, G. y GARCÍA, J. (2013, 18 de noviembre). Las medidas de emergencia de Nicolás Maduro en el rumbo correcto. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=176979>
- CÁRDENAS, E. (2013, 9 de enero). El éxito del Nafta, veinte años después. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1654053-el-exito-del-nafta-veinte-anos-despues>
- CARDOSO, F. H. (2012). *A Suma e o resto*. Rio de Janeiro: Editorial Civilização Brasileira.
- CARDOSO, F. H. y FALETTO, E. (1969). *Desarrollo y dependencia en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CARNEIRO, R. (2012a). “Velhos e novos desenvolvimentismos”. En *Economia e Sociedade*, vol. 21, dezembro, 749-778.
- CARNEIRO, R. (2012b, 4 de abril). Desenvolvimentismo. *Jornal Valor Econômico*. Disponible en <http://www.unicamp.br/unicamp/clipping/2012/04/10/desenvolvimentismos>
- CARNEIRO, R. (2012c, 31 de marzo). Um intelectual em seu labirinto. *Carta Maior*. Disponible en <http://cartamaior.com.br/?/Editoria/Economia/Um-intelectual-em-seu-labirinto-%0D%0A/7/24993>
- CASSEN, B. (2011, 17 de septiembre). Ha llegado la hora de la “desmundialización”. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=135749>
- CASTAÑEDA, J. (1993). *La utopía desarmada*. Buenos Aires: Ariel.
- CASTAÑEDA, J. y HETT, E. (1991). *El economicismo dependientista*. México DF: Siglo XXI.
- CASTAÑEDA, J. y MORALES, M. (2010). *Lo que queda de la izquierda*. México DF: Taurus.
- CASTELO, R. (2010). “O novo desenvolvimentismo e a decadência ideológica”. En Castelo, R. *Encruzilhadas da América Latina no século XXI*. Río de Janeiro: Pao e Rosas.
- CASTELO, R. (2012). “O novo desenvolvimentismo e a decadência ideológica do pensamento econômico brasileiro”. En *Serviço Social e Sociedade*, 112, outubro-dezembro, 613-636.

- CEPAL (2010). “La economía del cambio climático en América Latina y el Caribe”. Disponible en <http://www.cepal.org/es/publicaciones/2974-la-economia-del-cambio-climatico-en-america-latina-y-el-caribe-sintesis-2010>
- CEPAL (2012). “La inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe”. Disponible en <http://www.cepal.org/es/node/30088>
- CEPAL (2014, 22 de septiembre). Los Pueblos Indígenas en América Latina. Avances en el último decenio y retos pendientes. Disponible en <http://www.cimi.org.br/pub/lospueblosindigenasenamericalatinacepal.pdf>
- CEPAL-UNICEF (2010). “La pobreza infantil: un desafío prioritario”. *Boletín* (mayo), 10.
- CHADE, J. (2013, 23 de enero). “Brasil se transforma no 4to maior destino”. *O Estado de Sao Paulo*. Disponible en <http://economia.estadao.com.br/noticias/geral,brasil-se-transforma-no-4-maior-destino-de-investimentos-do-mundo,141650e>
- CHAKRAVERTY, C. (2007). “India recupera su jerarquía. Búsqueda de una identidad para el siglo XXI”. *Le Monde Diplomatique*, enero.
- CHALMERS, C. (2013, 18 de octubre). “Haití y la permanencia de la Minustah”. *Brecha*. Disponible en <http://brecha.com.uy/haiti-y-la-permanencia-de-la-minustah/>
- CHALMERS, C. (2014). “Haití: humillación de la intervención militar”. En *Isla*. Disponible en <http://isla.igc.org/Features/Haiti/ChalmersEsp.html>
- CHATTERJEE, P. (2000). “Comunidade imaginada. Por quem?”. En Balakrishnan, G. *Um Mapa da Questao Nacional*. San Pablo: Editorial Contrapunto.
- CHAURAN, A. (2014, 14 de agosto). SIDOR es sólo una parte, el todo es más complejo. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/endogeno/a193182.html>
- CHAVOLLA, A. (2005). *La imagen de América en el marxismo*. Buenos Aires: Prometeo.
- CHESNAIS, F. (2008). “La recesión mundial: el momento, las interpretaciones y lo que se juega en la crisis”. En revista *Herramienta*, 37.
- CHOI, W. (2009). “Toward a Communist imminent critique”. En *Science and Society*, vol. 73, abril.
- CIEZA, G. (2014, 15 de octubre). Capacidad y necesidad en el proceso bolivariano. *Contrahegemonía Web*. Disponible en <http://contrahegemonia.org>

- gemoniaweb.com.ar/capacidad-y-necesidad-en-el-proceso-bolivariano/
- CIEZA, G. (2015, 2 de octubre) ¿Fin de ciclo o fin de cuento?. *Contrahegemonía Web*. Disponible en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/fin-de-ciclo-o-fin-de-cuento/>
- CINATTI, C. (2003). “La impostura posmarxista”. En *Estrategia Internacional*, 20, septiembre.
- CLARÍN (2014a, 18 de agosto). “Una nueva élite de clientelismo en la Venezuela bolivariana”. *Clarín*. Disponible en http://www.clarin.com/mundo/nueva-elite-clientelismo-Venezuela-bolivariana_o_1195680475.html
- CLARÍN (2014b, 9 de abril). Lula pide un gobierno de coalición. *Clarín*. Disponible en http://www.clarin.com/mundo/Lula-pide-gobierno-coalicion_o_1117088332.html
- CLAVERO, V. (2014, 4 de abril). El engaño de una mal llamada Tasa Tobin. *Caffè Reggio*. Disponible en <http://www.caffereggio.net/2014/04/04/el-engano-de-una-mal-llamada-tasa-tobin-de-vicente-clavero-en-publico/>
- COBAS AVIVAR, R. (2010, 3 de noviembre). La patria es ara, no pedestal. *Bandeja Roja*. Disponible en <http://banderaroja.blogspot.com.ar/2010/11/cuba-la-patria-es-ara-no-pedestal.html>
- COLSON, N. (2008). “La rebelión del hambre en Haití”. En *Obrero Socialista*, junio-julio. Disponible en http://www.obrerosocialista.org/Obrero/039/039_00_Haiti.shtml
- COLUSSI, M. (2015, 20 de septiembre) Un espejo donde mirarse. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/ideologia/a214219.html>
- CONDE, N. (2015, 9 de noviembre) Venezuela: causas, efectos y respuestas a un gran revés. *ABP Noticias*. Disponible en <http://www.abpnoticias.org/index.php/venezuela/2844-venezuela-causas-efectos-y-respuestas-a-un-gran-reves>
- CORREA PRADO, F. (2011). “História de um não-debate: a trajetória da teoria marxista da dependência no Brasil”. En *Comunicação Política*, vol. 29, 2.
- CORTÉS CONDE, R. (2013, 15 de septiembre). Acumular desequilibrios: la causa de las crisis recurrentes del país. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1619871-acumular-desequilibrios-la-gran-causa-de-las-crisis-recurrentes-en-el-pais>
- COSTA OREIRO J. (2012). “Novo-desenvolvimentismo, crescimento

- econômico e regimes de política macroeconômica”. En *Estudos Avancados*, vol.26, 75.
- CRESPO E. y FIORITO, A. (2013, 17 de marzo). Es la puja distributiva. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6677-2013-03-17.html>
- CRESPO, E. (2013a, 20 de enero). Es un mito. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6552-2013-01-20.html>
- CRESPO, E. (2013b, 19 de mayo). El auge del capitalismo de estado. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6820-2013-05-19.html>
- CUEVA, A. (1979). “Dialéctica del proceso chileno”. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México DF: Edicol.
- CUVI, J. (2013). “No hay revolución, este proyecto es la modernización del capitalismo”. *La línea de fuego*. Disponible en <http://lali-neadefuego.info/2013/05/28/entrevista-a-juan-cuvi-no-hay-revolucion-este-proyecto-es-la-modernizacion-del-capitalismo/>
- DACAL DÍAZ, A. (2013). “Apuntes para preguntarle al contexto”. 1º Encuentro de Psicología Social y Comunitaria, La Habana, 4 de junio. mimeo.
- DÁVALOS, P. (2013, 6 de junio). “Cambio de la matriz productiva: discurso que encubre el extractivismo”. Disponible en <http://www.ecuadorlibrered.tk/index.php/ecuador/economia/2187--cambio-de-la-matriz-productiva-discurso-que-encubre-el-extractivismo>
- DAVIDSON, N. (2006). “From uneven to combined development”. En Dunn, B. y Radice, H. *Permanent Revolution: Results and Prospects 100 Years*. Londres: Pluto Press.
- DAY, R. Y GAIDO, D. (2011). *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*. Leiden: Brill Academic Publishers.
- DE LA BALZE, F. (1995). “Argentina y Brasil: enfrentando el siglo XXI”. En De la Balze, F. (comp.) *Argentina y Brasil: enfrentando el siglo XXI*. Buenos Aires: Asociación de Bancos.
- DEVÉS VALDÉS, E. (2005). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX: entre la modernización y la identidad*. Tomo III. Buenos Aires: Biblos.
- DÍAZ POLANCO, H. (2006). *Elogio de la diversidad*. México DF: Siglo XXI.
- DIETERICH, H. (2005). *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*. Caracas: Instituto Municipal de Publicaciones.

- DING, X. (2009). "The socialist market world economy, china and the world". En *Science and Society*, vol. 73, 2, 235-241.
- DOMINGUES, J.(2009). *Modernidad contemporánea en América Latina*. Siglo XX. Buenos Aires: CLACSO.
- DOS SANTOS, T. (1998). La teoría de la dependencia un balance histórico y teórico. En López Segrera, F. (ed.) *Los retos de la globalización*. Caracas: UNESCO.
- DOS SANTOS, T. (2003). *La teoría de la dependencia. Balance y perspectiva*. México: Plaza & Janés.
- DOS SANTOS, T. (2009). *Bendita Crisis, socialismo y democracia en el Chile de Allende*. Caracas: El Perro y la Rana.
- DOS SANTOS, T. (2011a). "Globalization, Emerging Powers, and the Future of Capitalism". En *Latin American Perspectives*, 45-57.
- DOS SANTOS, T. (2011b, 22 de agosto). Algunos comentarios a la entrevista de Wallerstein. ALAI. Disponible en <http://theoniodossantos.blogspot.com.ar/2011/08/algunos-comentarios-la-entrevista-de.html>
- DURAND, C. (2014). "Struggles from above: The strategies of the ruling class and the 'austeritarian' program in Europe". *Third IIRE Seminar on the Economic Crisis*, Amsterdam, february 15. Disponible en <http://fileservr.iire.org/Econosem14/CDURAND-strategyUEcrisis-IV-14feb2014.pdf>
- EAGLETON, T. (1997a). *Ideología*. Barcelona: Paidós.
- EAGLETON, T. (1997b). *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós.
- ECHEVERRÍA, P. (2012, 7 de abril). México país poderoso subordinado a EEUU no cuenta en política mundial. Disponible en <https://pedrocheverriav.wordpress.com/2012/04/07/mexico-pais-poderoso-subordinado-a-eeuu-no-cuenta-en-politica-mundial/>
- ECONOMÍA MUNDIAL (2013, 10 de noviembre). Un abismo de riqueza entre países ricos y pobres. Disponible en <http://www.argenpress.info/2013/11/economia-mundial-un-abismo-de-riqueza.html>
- EL PAÍS (2014, 15 de abril). No queda margen. *El País*. Disponible en http://elpais.com/elpais/2014/04/14/opinion/1397504897_185420.html
- ELÍAS, A. (2014, 26 de marzo). ¿Por qué Uruguay solicitó integrarse al TISA?. CADTM. Disponible en <http://cadtm.org/Por-que-Uruguay-se-integro-al>

- ESCOBAR, A. (2005). “El postdesarrollo como concepto y práctica social”. En *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Disponible en <http://www.unc.edu/~aescobar/text/esp/El%20postdesarrollo%20como%20concepto.pdf>
- ESCOBAR, A. (2010a). “Contra el neodesarrollismo”. En *Conversaciones en el Impasse - Colectivo Situaciones*, 245-267.
- ESCOBAR, A. (2010b, 25 de mayo). “Pachamámicos” versus “Modernicos”. *Política y Economía*. Disponible en <http://www.politicayeconomia.com/2010/05/%C2%BFpachamamicos-versus-modernicos/>
- ESCOBAR, A. (2013). La alternativa al modelo hegemónico de desarrollo capitalista es el concepto del buen vivir. Disponible en <http://www.cronicon.net/paginas/edicantes/Ediciones92/nota02.htm>
- FAJNZYLBBER, F. (1983). *La industrialización trunca de América Latina*. México DF: Editorial Nueva Imagen.
- FAZIO, C. (2012, 5 de noviembre). La guerra debe continuar: los años de Obama y su impacto en México. Disponible en <http://www.argenpress.info/2012/11/la-guerra-debe-continuar-los-anos-obama.html>
- FELETTI, R. (2013, 30 de junio). La crisis global y el futuro de la región. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1596613-la-crisis-global-y-el-futuro-de-la-region>
- FÉLIZ, M.(2013). “El neodesarrollismo y la trampa de la renta extraordinaria. El caso de Argentina 2002-2012”. En *Contrapunto*, 2, 113-129.
- FERNÁNDEZ BLANCO, R. (2011). “Consideraciones acerca del carácter burgués del Proyecto de lineamientos de la Política Económica y Social propuesto por la dirección del Partido Comunista de Cuba”. *Universidad Central de las Villas*. Disponible en <http://www.penultimosdias.com/wp-content/uploads/2011/02/Blanco.pdf>
- FERNÁNDEZ RETAMAR, R. (2006). *Pensamiento de Nuestra América*. Buenos Aires: CLACSO.
- FERREIRA, J. (2011). “Comunidad, indigenismo y marxismo”. En *Estrategia Internacional*, 27.
- FERRER, A. (1996). “Raul Prebisch y los problemas actuales de América Latina”. En *Ciclos*, vol. 6, 10, 103-117.
- FERRER, A. (2007). “Globalización, desarrollo nacional y densidad

- nacional”. En Vidal, G. y Guillén Romo, A. (coords.) *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- FERRER, A. (2010a). “Raúl Prebisch y el dilema del desarrollo en el mundo global”. En *Revista CEPAL*, 101, 7-15.
- FERRER, A. (2010b, 6 de noviembre). “El nuevo desarrollismo”. En *Miradas al Sur*.
- FERRERES, O. (2013, 5 de julio). Cómo salir del camino de la decadencia. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1598171-como-salir-del-camino-de-la-decadencia>
- FIORI, J. (2009, 14 de abril). La crisis económica, la izquierda y la dinámica geopolítica. *Sin Permiso*. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2508>
- FIORI, J. (2011, 30 de noviembre). A miseria do novo desenvolvimentismo. *Carta Maior*. Disponible en <http://www.cartamaior.com.br/?/Coluna/A-miseria-do-novo-desenvolvimentismo-/20887>
- FIORI, J. (2012a, 29 de febrero). O ‘desenvolvimentismo de esquerda’. *Jornal Valor Econômico*. Disponible en <http://www.valor.com.br/imprimir/noticia/2547676/opinia0/2547676/0>
- FIORI, J. (2012b, 29 de marzo). Desenvolvimentismo e dependencia. *Carta Maior*. Disponible en <http://cartamaior.com.br/?/Coluna/Desenvolvimentismo-e-dependencia-/26563>
- FONTES, V. (2010). “Novas encruzilhadas e velhos fantasmas”. En Castelo, R. (org.) *Encruzilhadas da América Latina no século XXI*. Rio de Janeiro: Pao e Rosas.
- FOSTER, J. y CHESNEY R. (2009). “Monopoly-Finance Capital And The Paradox Of Accumulation”. En *Monthly Review*, 5.
- FRANK, A. G. (1979). *Lumpenburoesía y lumpendesarrollo*. Barcelona: Laia.
- FUKUYAMA, F. (2013, 7 de julio). Rebelión mundial: los nuevos dueños de las calles” (citado por Luis Corradini). *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1599027-rebelion-mundial-los-nuevos-duenos-de-las-calles>
- FURTADO, C. (2007). “Los desafíos de la nueva generación”. En Vidal, G. y Guillén Romo, A. (coords.) *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- GANDÁSEGUI, M. (2012, 13 de diciembre). La clase media del Banco Mundial. ALAINET. Disponible en www.alainet.org/es/active/60295

- GARCÍA LINERA, Á. (2009). *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Bogotá: CLACSO.
- GARCÍA LINERA, Á. (2010a, 7 de febrero). “El socialismo comunitario: un aporte de Bolivia al mundo”. Disponible en http://www.vicepresidencia.gob.bo/IMG/pdf/revista_analisis_5.pdf
- GARCÍA LINERA, Á. (2010b). “La construcción del estado”. En *Tres pensamientos políticos*. Buenos Aires: UBA - Sociales publicaciones.
- GARCÍA, M. (2010, 25 de agosto). Un nuevo desarrollismo. *Revista Socialista*. Disponible en <http://www.revistasocialista.com.ar/node/35>
- GELMAN, J. (2012, 9 de febrero). Robotizando la guerra. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-187236-2012-02-09.html>
- GERBAUDO, P. (2013, 8 de julio). Son movimientos nacionales (Entrevista por Marcelo Justo). *Página 12*. Disponible en www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-223976-2013-07-08.htm
- GERSCHENKRON, A. (1970). *Atraso económico e industrialización*. Barcelona: Ariel
- GHOSH, J. (2012, 18 de noviembre). Precio de... *Página 12*. Disponible en www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6408-2012-11-18.html
- GIDDENS, A. (2000). *La tercera vía*. Buenos Aires: Taurus.
- GODDIN, R. (2014, 1 de abril). Quelques elements trop peu connus du neoliberalisme. CADTM. Disponible en <http://cadtm.org/Quelques-elements-trop-peu-connus>
- GOLD D.; LO C. y WRIGHT E. (1977). “Recientes desarrollos en la teoría marxista del estado”. En *El estado en el capitalismo contemporáneo*. 23-61. México DF: Siglo XXI.
- GÓMEZ FREIRE, G. (2015, 7 de diciembre) Para los que le echan la culpa a la “guerra económica”. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/ideologia/a218577.html>
- GÓMEZ, G. (2014, 1 de mayo). Todavía estamos a tiempo de cambiar el rumbo de conciliación con la burguesía. CADTM. Disponible en <http://cadtm.org/Desde-Venezuela-Gonzalo-Gomez>
- GONCALVES, R. (2012). “Novo desenvolvimentismo e liberalismo enraizado”. En *Serviço Social e Sociedade*, 112, 637-671.
- GOWAN, P. (2003). “US hegemony today. Imperialism Now”. En *Monthly Review*, vol. 55, 3.

- GRACIARENA, J. (2000). *El estado latinoamericano en perspectiva*. Buenos Aires: Eudeba.
- GREEN, P. (2006). "A review of Nigel Harris, The Return of Cosmopolitan Capital". En *Historical Materialism*, vol. 14, issue 4, 203-232.
- GREENSPAN, A. (2010). "The Crisis". En *Brookings Papers on Economic Activity*. 201-261. Disponible en http://www.brookings.edu/~media/Projects/BPEA/Spring-2010/2010a_bpea_greenSPAN.pdf
- GUANCHE, J. (2011, 14 de junio). Cuba: Los distintos grupos sociales se enfrentan a los cambios en condiciones desiguales. *La Haine*. Disponible en <http://www.lahaine.org/mundo.php/cuba-los-distintos-grupos-sociales-se-en>
- GUDYNAS, E. (2013a, 8 de febrero). Hoy, en América Latina, Marx ¿sería extractivista?. *Rebelión*. Disponible en www.rebelion.org/noticia.php?id=163572
- GUDYNAS, E. (2009). "Inserción internacional y desarrollo latinoamericano en tiempos de crisis global: una crítica a la CEPAL". En *Observatorio de la Globalización*, 7. Disponible en www.globalizacion.org/observatorio/ODG7GudynasRevisionCepal.pdf
- GUDYNAS, E. (2012a, 17 de julio). Cinco hipótesis sobre el caso Conga. Disponible en listas.chasque.net/pipermail/boletin-prensa/2012-July/004614.html
- GUDYNAS, E. (2012b, 14 de septiembre). Ecuador: una izquierda más allá del progresismo. *Sin Permiso*. Disponible en www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5241
- GUDYNAS, E. (2013b, 18 de diciembre). Los gobiernos progresistas justifican y celebran el extractivismo. *OLCA*. Disponible en <http://olca.cl/articulo/nota.php?id=103913>
- GUDYNAS, E. (2015, 7 de octubre). La identidad del progresismo, su agotamiento y los relanzamientos de las izquierdas. *ALAINET*. Disponible en <http://www.alainet.org/es/articulo/172855>
- GUERRA VILABOY, S. (2006). *Breve Historia de América Latina*. La Habana: Ediciones Ciencias Sociales.
- GUERRERO, M. (2013, 21 de octubre). El laberinto de la economía bolivariana. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/actualidad/a175522.html>
- GUERRERO, M. (2014a, 14 de septiembre). Otro sacudón de Maduro. *INFONews*. Disponible en <http://www.infonews.com/nota/162073/otro-sacudon-de-maduro>
- GUERRERO, M. (2014b). *Una revuelta de ricos*. Buenos Aires: Herra-

- mienta.
- GUERRERO, M. (2014c, 11 de agosto). El chavismo sin Chávez después del Congreso. *Aporrea*. Disponible en www.aporrea.org/ideologia/a193066.html
- GUERRERO, M. (2015, 11 de diciembre) La cuestión es que el gobierno bolivariano nunca se propuso. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/actualidad/n282586.html>
- GUILLEMI, R. (2012, 22 de septiembre). América Latina la región más desigual. *Resistencia Huemul*. Disponible en <http://www.resistenciahuemul.com.ar/notas/21/11659/america-latina-la-region-mas-desigual-violenta-y-urbanizada.htm>
- GUILLEMI, R. (2014, 15 de octubre). De la épica chavista a la prudencia chilena, la metamorfosis de Evo. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1735045-de-la-epica-chavista-a-la-prudencia-chilena-la-metamorfosis-de-evo>
- GUILLEN, A. (2007). “La teoría latinoamericana del desarrollo”. En Vidal, G. y Guillén Romo, A. (coords.) *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- GUILLEN, A. (2013, 6 de mayo). América Latina: Neoliberalismo, políticas macroeconómicas y proyectos nacionales de desarrollo. Disponible en <http://www.centrocelsofurtado.org.br/arquivos/image/201305061749070.ponencia%20ecuador%2013.pdf>
- GUILLEN, A. (2014). “Recuperación o deflación y nuevas crisis financieras”. Disponible en <http://amepmexico.com.mx/wp-content/uploads/2014/11/Arturo-Guillen-Coyuntura-2014.pdf>
- GUTIÉRREZ, D. (2014, 5 de enero). La antigua derecha y la nueva derecha. *Voces*. Disponible en voces.org.sv/2014/01/05/la-antigua-derecha-y-la-nueva-derecha
- HAGMAN, I. (2014, 13 de junio). Un nuevo Alca se negocia en silencio. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=184745>
- HARMAN, C. (2009). *Zombie Capitalism*. Londres: Bookmarks.
- HARRIS, N. (2003). *The Return of Cosmopolitan Capital: globalization, the state and the war*. Londres: I. B. Tauris.
- HARRIS, N. (2012). “Characterising the period”. En *International Socialism*, 135. Disponible en isj.org.uk/characterising-the-period/
- HART-LANDSBERG, M. (2011). “The Chinese Reform experience: A critical assessment”. En *Review of Radical Political Economics*, vol. 43, 1, 56-76.

- HARVEY, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HARVEY, D. (2005). *A brief history of Neoliberalism*. Nueva York: Oxford University Press.
- HARVEY, D. (2013, 8 de abril). El neoliberalismo como proyecto de clase. *Herramienta Web*. Disponible en <http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-13/el-neoliberalismo-como-proyecto-de-clase-entrevista-con-david-harvey>
- HERNÁNDEZ NAVARRO, L. (2013, 26 de diciembre). La reinención de Latinoamérica. *ALAINET*. Disponible en <http://www.alainet.org/es/active/70117>
- HERNÁNDEZ VIGUERAS, J. (2014, 20 de febrero). El mercado de los derivados financieros sigue operando sin control. *IEco-Clarín*. Disponible en www.ieco.clarin.com/.../poder-lobbies-financieros_o_1088291420.html
- HERRERA, R. (2010). “El renacimiento neoliberal de la economía del desarrollo”. En Mateo, J.; Molero, R. y Santana, R. (comps.) *Globalización, dependencia y crisis económica, Análisis heterodoxos desde la economía del desarrollo*. Málaga: FIM y Centro de Estudios de la Diputación de Málaga.
- HIRSCH, J. (1999). “Globalización del capital y la transformación de los sistemas de estado”. En *Cuadernos del Sur*, 28.
- HOBBSAWM, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- HOBBSAWM, E. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- HOLLOWAY, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires: Herramienta-BUAP.
- HOUTART, F. (2012, 4 de noviembre). Una mirada crítica. *La Época*. Disponible en <http://www.la-epoca.com.bo/index.php?option=front&mod=detalle&id=3023>
- HUSSON, M. (2008). *Un Pur Capitalism*. Luasanne: Editions Page Deux.
- HUSSON, M. (2012). “Economíe politique du systeme euro”. En *Inprecor*, 585-586.
- HUSSON, M. (2014, 6 de enero). La formación de clase obrera mundial. *Viento Sur*. Disponible en <http://www.vientosur.info/spip.php?article8622>
- IGLESIAS, F. (2004). *¿Qué significa hoy ser de izquierda?*. Buenos Aires: Sudamérica.

- IGLESIAS, F. (2012, 25 de junio). Intelectuales por la democracia global. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1484887-intelectuales-por-una-democracia-global>
- INOZÉMTSEV, N. y MILEIKOVSKI, A. (1980). *Economía política del capitalismo monopolista contemporáneo*. Moscú: Editorial Progreso.
- ISA CONDE, N. (2011, 7 de abril). Transición del socialismo de estado al nuevo socialismo: el caso cubano. *Camino Socialista* [blog]. Disponible en <https://caminosocialista.wordpress.com/.../transicion-del-“socialismo-de-e..>
- ITURRIZA, r. (2014). “La revolución es algo que se hace permanentemente. Entrevista de Marco Teruggi”. *Contrahegemonía Web*. Disponible en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/reinaldo-iturri-za-la-revolucion-es-algo-que>
- ITURRIZA, R. (2015, 8 de diciembre). Venezuela: Después del 6-D no hay chavismo vencido. *Resumen Latinoamericano*. Disponible en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/12/08/venezuela-despues-del-6-d-no>
- ITZAMNÁ, O. (2015, 24 de septiembre). Latinoamérica emergente: ¿se acaba la esperanza?. *ALAINET*. Disponible en <http://www.alainet.org/es/articulo/172606>
- JAGUARIBLE, H. (1969). “Causas del subdesarrollo latinoamericano”. En *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- JAGUARIBLE, H. (1995). “O estado na América Latina”. En *El estado en América Latina*. Buenos Aires: CIEDLA.
- KABUNDA, M. (2013, 21 de junio). África y los africanos en el espejo de los demás. *El Arca Digital*. Disponible en www.elarcadigital.com.ar/modules/suplementos/articulo.php?id=238
- KAGARLISTKY, B. (2005). “El estado ruso en la era del imperio norteamericano”. Panitch, L. y Leys, C. *El Imperio Recargado*. Buenos Aires: CLACSO.
- KAPLAN, M. (1995). “Teoría y realidad del estado en América Latina”. En *El estado en América Latina*. Buenos Aires: CIEDLA.
- KATZ, C. (1996). “La concepción marxista del cambio tecnológico”. En *Revista Pensamiento Económico*, 1.
- KATZ, C. (2004). “Burguesías imaginarias y existentes”. En *Enfoques Alternativos*, 21, 17-18.
- KATZ, C. (2006a). *El porvenir del socialismo*. Caracas: Monte Ávila.
- KATZ, C. (2006b). *El rediseño de América Latina, ALCA, Mercosur y ALBA*.

- Buenos Aires: Luxemburg.
- KATZ, C. (2008a). El legado del Che. Disponible en katz.lahaine.org/?p=162
- KATZ, C. (2008b). “El agro-capitalismo de la soja”. En *Anuario EDI*, 4, 65-75.
- KATZ, C. (2008c). *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Luxemburg.
- KATZ, C. (2009). *La economía marxista, hoy. Seis debates teóricos*. Madrid: Maia.
- KATZ, C. (2010). “Los nuevos desequilibrios de la economía argentina”. En *Batalla de Ideas*, 1, 47-68.
- KATZ, C. (2011). *Bajo el imperio del capital*. Buenos Aires: Luxemburg.
- KATZ, C. (2012). “Interpretaciones de la crisis”. En Estrada Álvarez, J. (coord.) *La crisis capitalista mundial y América Latina*. 19-36. Buenos Aires: CLACSO.
- KATZ, C. (2013a, 3 de diciembre). Necesitamos pensar la unidad de América Latina desde abajo y desde la lucha social. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=177630>
- KATZ, C. (2013b). “Nuestro Chávez”. En *Cubainformación*, 25.
- KATZ, C. (2013c). “De la primavera al otoño árabe”. En *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*. Facultad de Ciencias Sociales UBA, año 3, 5, 187-222.
- KATZ, C. (2014a). “¿Brotará socialismo del chavismo?”. En *Hugo Chávez y la revolución bolivariana*. Buenos Aires: Editorial Metrópolis.
- KATZ, C. (2014b). “La economía desde la izquierda: una mirada sobre Argentina”. En *Cuadernos de Economía Crítica*, año 1, 1, 135-144.
- KATZ, C. (2014c, 25 de septiembre). La deuda vuelve a dominar la agenda. *Diario de Izquierda*. Disponible en <http://www.laizquierdadiario.com/La-deuda-vuelve-a-dominar-la-agenda>
- KAY, C. (1998). “Estructuralismo y teoría de la dependencia en el período neoliberal”. En *Nueva Sociedad*, 158, diciembre.
- KAY, C. (2009). “Teorías estructuralistas e teoría da dependencia na era da globalizacao neoliberal”. En Sotelo Valencia, A.; Martins, C.; Sader, E. y Dos Santos, T. (orgs.) *A América Latina e os desafios da globalizacao*. Rio de Janeiro: Boitempo.
- KAY, C. y GWYNNE, R. (2000). “Relevance of Structuralist and Dependency in the Neoliberal Period”. En *Journal of Developing Societies*, 16, 49-70.

- KESSLER, C. (2013). “El regreso militar de Japón”. En *Le Monde Diplomatique*, 164. Disponible en <http://www.eldiplo.org/notas-web/el-regreso-militar-de-japon/>
- KESTELBOIM, M. (2013, 28 de abril). Reindustrialización. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6771-2013-04-28.html>
- KLIKSBERG, B. (2014, 8 de enero). La explosión de las desigualdades. *Página 12*. Disponible en www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-237229-2014-01-08.html
- KLIMAN, A. (2009). “The destruction of capital and the current crisis”. En *Socialism & Democracy*, vol. 23, 2, 47-54.
- KOHAN, N. (2000). *De Ingenieros al Che*. Buenos Aires: Biblos.
- KUNDNANI, H. (2014, 6 de febrero). Deconstruyendo el llamado milagro alemán. *Página 12*. Disponible en www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-239226-2014-02-06.htm
- LA NACIÓN (2014a, 30 de agosto). Argenzuela: Parte I. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1723004-argenzuela-parte-i>
- LA NACIÓN (2014b, 12 de enero). Innovación o fiasco: La economía global después de Internet. *La Nación*. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1654736-innovacion-o-fiasco-la-economia-global-despues-de-internet>
- LA NACIÓN (2014c, 6 de abril). Un viejo pronóstico de hambruna podría hacerse realidad. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1678378-un-viejo-pronostico-de-hambruna-podria-hacerse-realidad>
- LALL, S. (1975). “Is dependence a useful concept in analysing underdevelopment?”. En *World Development*, vol. 3, 11-12, 799-810. Londres: Pergamon Press.
- LAMRANI, S. (2014, 4 de septiembre). Banco Mundial diz que Cuba tem o melhor sistema educativo. *Brasil de Fato*. Disponible en www.brasildefato.com.br/node/29720
- LAURIN FRENETTE, N. (1985). *Las teorías funcionalistas de las clases sociales*. Madrid: Siglo XXI.
- LEÓN, M. (2014, 11 de julio). Ecuador: Acuerdo con la Unión Europea: ¿Una capitulación inevitable?. *AlbaTV*. Disponible en www.albatv.org/Acuerdo-con-la-Union-Europea-Una.html
- LESSA, C. (2013, 14 de enero). Dilma precisa de coragem. *Folha Sao Paulo*. Disponible en <http://www1.folha.uol.com.br/paywa->

- ll/login.shtml?http://www1.folha.uol.com.br/fsp/mercado/88524-dilma-precisa-de-coragem-para-ir-do-discurso-a-practica.shtml
- LI, A.; LI, Z. y XIE, F. (2012). “Guojinmintui: China new public-private debate”. En *Science and Society*, vol. 76, 3, 291-318.
- LI, M. (2009). “A harmony of capitalism and socialism?”. En *Science and Society*, vol. 73, 216-221.
- LI, M. y PIOVANI, C. (2011). “One hundred millón jobs for the chinese workers”. En *Review of Radical Political Economics*, vol. 43, 1, 77-94.
- LIN, C. (2009). “The socialist market economy, step forward or backward”. En *Science and Society*, vol. 73, 228-234.
- LIPIETZ, A. (1997). “El mundo del postfordismo”. En *Ensayos de Economía*, 12. Facultad Ciencias Humanas y Económicas, Medellín.
- LIPIETZ, A. (2013). “Pour un protectionnisme universaliste”. En *Mémoire des luttes*. Disponible en http://lipietz.net/IMG/pdf/Pour_un_protectionnisme_universaliste.pdf
- LLACH, J. (2014, 15 de abril). El desafío de la desigualdad. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1680831-el-desafio-de-la-desigualdad>
- LO DIC, Z. (2011). “Making sense of China’s economic transformation”. En *Review of Radical Political Economics*, vol. 43, 1, 33-55.
- LÓPEZ BLANCH, H. (2012, 8 de febrero). Los certeros avances de la economía bolivariana. *Rebelión*. Disponible en www.rebelion.org/noticia.php?id=144308
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, R. (2005). “La dependencia a debate”. En *Latinoamérica*, 40, 11-54. Disponible en www.cialc.unam.mx/web_latino_final/archivo_pdf/Lat40-11.pdf
- LÓPEZ VIGIL, M. (2011, 13 de noviembre). Una dictadura institucional. *Sin Permiso*. Disponible en www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=4553
- LÖWY, M. (2009a). “Changement climatique: contribution au debat”. En *Inprecor*, 553-554. septembre-octobre, Paris.
- LÖWY, M. (2009b). “Ecosocialismo: hacia una nueva civilización”. En *Revista Herramienta*, 42.
- MACHADO, D. (2012, 24 de febrero). Las élites económicas: los verdaderos beneficiarios del Gobierno de Rafael Correa. *Argenpress*. Disponible en www.argenpress.info/2012/02/las-elites-economicas-los-verdaderos.html

- MACHADO, J. (2013, 25 de junio). También la izquierda radical ha sido sorprendida por la amplitud de las movilizaciones y la complejidad de la lucha. *Viento Sur*. Disponible en www.vientosur.info/spip.php?article8081
- MAIKI, J. (2011). “Los retos de Cuba hoy”. En *Postaporteña*, 6 (505).
- MANN, M. (2000). “Estados nacionais na Europa en outros continentes”. En Balakrishnan, G. *O Mapa Questao Nacional*. San Pablo: Editorial Contrapunto.
- MARCHINI, J. (2014, 8 de enero). Negociaciones por un acuerdo MERCOSUR-UE: Decisiones clave. *ALAINET*. Disponible en www.alainet.org/es/active/70309
- MARFLEET, P. (2004). “All praise the market! A review of Nigel Harris: The Return of Cosmopolitan Capital”. En *International Socialism* 2, 102.
- MARIÁTEGUI, J. (2007). “La revolución socialista latinoamericana”. En Löwy, M. *El marxismo en América Latina*. Santiago de Chile: LOM.
- MARINI, R. (1976). “Dos estrategias en el proceso chileno”. En Marini, R. *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*. México DF: Ediciones Era.
- MARINI, R. (1985). “La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil”. En *Subdesarrollo y revolución*. México DF: Siglo XXI.
- MARINI, R. (1994). “La crisis del desarrollismo”. En *Archivo de Ruy Mauro Marini*. Disponible en www.marini-escritos.unam.mx/o85_crisis_desarrollismo.html
- MARINI, R. (2007). “La sociología latinoamericana: origen y perspectivas”. Disponible en http://www.marini-escritos.unam.mx/o83_sociologia_latinoamericana.html
- MARTIAL, P. (2013, 22 de enero). El por qué de la intervención imperialista de Francia. *Viento Sur*. Disponible en <http://www.vientosur.info/spip.php?article7606>
- MARTÍNEZ PEINADO, J. y CAIRÓ I CÉSPEDES, G. (2012). “El desarrollo de una semiperiferia como necesidad de la transición hacia el Sistema Capitalista Global: una aproximación empírica a través del análisis factorial”. *Jornadas de Economía Crítica*, Sevilla. Disponible en <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/jec/javier.htm>
- MARTÍNEZ, M. (2013, 23 de enero). “La revolución ciudadana está en decadencia”. *La línea de fuego*. Disponible en <http://lalineade-fuego.info/2012/01/23/la-revolucion-ciudadana-esta-en-deca->

- dencia-entrevista-a-mateo-martinez/
- MARTINS, C. (2005). “Neoliberalismo e desenvolvimento na América Latina”. En Estay Reyno, J. (comp.) *La economía mundial y América Latina*. 139-168. Buenos Aires: CLACSO.
- MARTINS, C. (2011b). “China e América Latina: perspectivas no século XXI”. En *Comunicação e Política*, vol. 29, 2.
- MARTINS, C. (2011a). *Globalização, Dependência e Neoliberalismo na América Latina*. San Pablo: Boitempo.
- MAYORGA, F. (2014, 13 de febrero). O camino boliviano. *Instituto Humanitas Unisinos*. Disponible en <http://www.ihu.unisinos.br/noticias/528205-o-caminho-boliviano-entrevista-com-fernando-mayorga>
- MAZZEO, M. (2015, 5 de octubre). Hay que sembrarse en las experiencias del pueblo. *Contrahegemonía Web*. Disponible en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/hay-que-sembrarse-en-las-experiencias-del-pueblo>
- MELCONIAN, C. (2013, 4 de agosto). Faltan dólares, sobran pesos... Y seguiremos así. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1607100-faltan-dolares-sobran-pesos-y-seguiremos-asi>
- MEYSSAN, T. (2013, 15 de octubre). Hacia un mundo sin Estados Unidos. *Voltaire.net*. Disponible en www.voltairenet.org/article180558.html
- MILIBAND, R. (1997). *Socialismo para una época de escépticos*. México DF: Siglo XXI.
- MIRANDA, L. (2011, 26 de julio). Revolución, autogestión y cooperativas. Una visión desde la presente perspectiva cubana. *ALAINET*. Disponible en www.alainet.org/es/active/48284
- MOHAMED, H. (2013, 8 de mayo). El pueblo kurdo participa en la revolución siria con perspectivas propias. *Lucha internacionalista*. Disponible en <http://luchainternacionalista.org/spip.php?article1865>
- MOLINA, F. (2013). “¿Por qué Evo Morales sigue siendo popular?”. En *Nueva Sociedad*, 245.
- MOLS, M. (1995). “Sobre el estado en América Latina”. En *El estado en América Latina*. Buenos Aires: CIEDLA.
- MONCAYO JIMÉNEZ, E. (2004). “El debate sobre la convergencia económica internacional e interregional: enfoques teóricos y evidencia empírica”. *Economía y Desarrollo*, vol. 3, 2, 7-46.
- MONEDERO, J. y EL TROUDI, H. (2007). *Empresas de producción social*.

- Caracas: CIM.
- MORGENFELD, L. (2013, 5 de mayo). Alianza del Pacífico: hacia un nuevo ALCA. ALAINET. Disponible en www.alainet.org/es/active/63783
- MORRIS, E. (2014). "Unexpected Cuba". En *New Left Review*, 88, 5-45.
- MOVIMIENTOS SOCIALES DEL ALBA (2013, 18 de mayo). "Reflexiones sobre la Asamblea Continental de los Movimientos Sociales del ALBA". *Radio Mundo Real*. Disponible en <http://radiomundo-real.fm/6700-dialogos-del-alba>
- MUNCK, R. (1999). "Dependency and imperialism in the new times: A Latin American perspective". En *The European Journal of Development Research*, 56-74.
- MUNEVAR, D. (2014, 19 de marzo). Inestabilidad en los mercados emergentes: El fin de un ciclo. Parte I. CADTM. Disponible en http://cadtm.org/spip.php?page=imprimer&id_article=10045
- NAHON, C.; RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, C. Y SCHORR, M. (2006). *El pensamiento latinoamericano en el campo del desarrollo del subdesarrollo: trayectorias, rupturas y continuidades*. Buenos Aires: CLACSO.
- NAIM, M. (2013, 5 de noviembre). La latinoamericanización de Europa. *El País*. Disponible en http://internacional.elpais.com/internacional/2011/11/05/actualidad/1320529207_755804.html
- NANGA, J. (2010, 15 de octubre). Ogre Chinois en Afrique. *Les Autres voix du plante*. Disponible en <http://content.yudu.com/Library/A1t6v5/Lesautresvoixdelapla/resources/7.htm>
- NANGA, J. (2013). "Afrique subsaharienne et ses croissances". En *Inprecor*, 592-593.
- NAVARRO, M. y CÁRCAMO, C. (2014, 25 de agosto). El modelo... *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-7877-2014-08-25.html>
- NAVARRO, V. (2013, 11 de enero). La falsa alarma del abismo fiscal en Estados Unidos. Disponible en <http://www.vnavarro.org/?p=8319>
- NAVARRO, V. (2014, 13 de septiembre). ¿Ha fracasado el socialismo?. *ATTAC.ES*. Disponible en <http://www.attac.es/2014/09/13/ha-fracasado-el-socialismo>
- NEPOMUCENO, E. (2013, 18 de febrero). Contradicciones. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-214074-2013-02-18.html>
- NEW YORK TIMES (2014, 20 de octubre). La impresionante contri-

- bución de Cuba en la lucha contra el ébola. *New York Times*. Disponible en <http://www.nytimes.com/2014/10/20/opinion/la-impressionante-contribucion-de-cuba-en-la-lucha-contra-el-bola.html>
- NICANOFF, S. (2014). “Reflexiones sobre la revolución bolivariana”. *Contrahegemonía Web*. Disponible en <http://contrahegemoniaweb.com.ar/reflexiones-sobre-la-revolucion-bolivariana-2/>
- NORIEGA, C. (2014, 15 de octubre). Gobernador, activista y reo. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-257528-2014-10-15.html>
- NOYOLA RODRÍGUEZ, A. y NOYOLA RODRÍGUEZ, U. (2014, 6 de abril). La rivalidad euro-dólar. *Contralinea*. Disponible en <http://contralinea.info/archivo-revista/index.php/2014/04/06/la-rivalidad-euro-dolar/>
- NTAVANELLOS, A. (2013, 25 de octubre). ¿Podremos avanzar hacia la constitución ampliada de comités populares de resistencia?. *Viento Sur*. Disponible en <http://www.vientosur.info/spip.php?article8435>
- NYE, J. (2013, 12 de enero). Dos décadas para barajar y dar de nuevo. *Clarín*. Disponible en http://www.clarin.com/opinion/deca-das-barajar-dar-nuevo_o_846515436.html
- O'DONNELL, G. (1997). *Contrapuntos*. Buenos Aires: Paidós.
- O'DONNELL, G. y SCHMITTER, P. (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario: conclusiones tentativas*. Tomo 4. Buenos Aires: Paidós.
- OCAMPO, E. (2013, 11 de enero). Cuando el remedio resulta peor que la enfermedad. *Ámbito Financiero*.
- OGAZ ARCE, L. (2013, 11 de marzo). El Triunfo de Rafael Correa. *La línea de fuego*. Disponible en <http://lalineadefuego.info/2013/03/11/el-triunfo-de-rafael-correa-una-lectura-diferente-por-leonardo-ogaz-arce/>
- OLIVERA, M. (2010). “Las teorías del desarrollo desde la posguerra al nuevo milenio”. En Mateo, J.; Molero, R. y Santana, R. (comps.) *Globalización, dependencia y crisis económica*. Málaga: Centro de Estudios de la Diputación de Málaga, FIM.
- OPPENHEIMER, A. (2013, 17 de diciembre). El plan de Kerry para América Latina. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1648359-el-plan-de-kerry-para-america-latina>
- OPPENHEIMER, A. (2014, 30 de agosto). Venezuela hacia la importación de petróleo. *El Nuevo Herald*. Disponible en <http://www.el>

- nuevoherald.com/opinion-es/opin-col-blogs/andres-oppenheimer-es/article2040095.html
- OROVITZ SANMARTINO, J. (2014, 1 de abril). Estado, poder y socialismo en Venezuela. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=182763>
- OSORIO, J. (2009). *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*. México DF: Itaca.
- OURIQUES, N. (2012, 3 de junio). Desarrollismo y dependencia en Brasil. *Revista Pueblos*. Disponible en <http://www.revistapueblos.org/?p=2443>
- PADURA, L. (2010, 2 de enero). Cuba: ¿año nuevo, vida nueva?. *Sin Permiso*. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3826>
- PADURA, L. (2012). “Eppur si mouve en Cuba”. En *Nueva Sociedad*, 242, 26-35.
- PADURA, L. (2014, 13 de abril). ¿Crece o no crece, Cuba?. *Sin Permiso*. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=6836>
- PALMA, G. (1987). “Dependencia y desarrollo: una visión crítica”. En Seers, D. (comp.) *La teoría de la dependencia: una evaluación crítica*. 21-89. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- PALMA, G. (2006, 14 de julio). Diferenciarse de China, India y Brasil. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/subnotas/2513-646-2006-07-14.html>
- PALMA, G. (2012a, 6 de mayo). A rienda corta. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-5975-2012-05-06.html>
- PALMA, G. (2012b, 15 de julio). Optar por el desarrollismo. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6137-2012-07-15.html>
- PANITCH, L. y GINDIN, S. (2005). “Capitalismo global e imperio norteamericano”. En Panitch, L. y Leys, C. *El nuevo desafío imperial*. 19-74. Buenos Aires. CLACSO.
- PANITCH, L. y GINDIN, S. (2013). *The Making of Global Capitalism*. Londres: Verso Books.
- PANITCH, L. y LEYS, C. (2005). “Las finanzas y el imperio norteamericano”. En *El Imperio Recargado*. 69-112. Buenos Aires: CLACSO.
- PASSARINHO P, (2012, 6 de agosto). El milagro propagandístico de la explosión de la “clase media”. *Viento Sur*. Disponible en <http://>

www.vientosur.info/spip.php?article7023

- PCC (2011). Lineamientos de Política Económica y social del Partido y la revolución. *Cuba Debate*. Disponible en <http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2011/05/folleto-lineamientos-vi-cong.pdf>
- PELLICANI, L. (1990). “La anti-economía colectivista”. En *Socialismo del futuro*, vol. 1, 2.
- PÉREZ MARTÍ, F. (2013, 25 de abril). ¿Qué hacer? Diagnósticos y propuestas sobre la situación económica”. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/ideologia/a164538.html>
- PETIT, J. (2014). “A propos du Capital au XXI siècle de Thomas Piketty”. NPA. Disponible en <http://www.npazoo9.org/content/propos-du-capital-au-xxie-siecle-de-thomas-piketty>
- PETIT, M. (2011). “El VI Congreso del PC ratificó la restauración capitalista”. En *Correspondencia Internacional, UIT-ORG*. Disponible en <http://www.uit-ci.org/index.php/noticias-y-documentos/cuba/44-cuba-el-vi-congreso-del-pc-ratifico-la-restauracion-capitalista>
- PETRAS, J. (2013, 21 de diciembre). The changing contours of US Imperial Intervention in World Conflicts. *Global Research*. Disponible en <http://www.globalresearch.ca/the-changing-contours-of-us-imperial-intervention-in-world-conflicts/5362322>
- PETRAS, J. (2011, 6 de marzo). Las raíces de las revueltas árabes y lo prematuro de sus celebraciones. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=123702>
- PIKETTY, T. (2013). *Le capital au XXIe siècle*. París: Seuil.
- PIKETTY, T. (2014a, 11 de marzo). En ciertos aspectos las desigualdades son actualmente mayores que en 1913. *Le Nouvel Observateur*. Disponible en <https://encampoabierto.wordpress.com/2014/03/11/thomas-piketty-en-ciertos-aspectos-1>
- PIKETTY, T. (2014b, 13 de abril). Nunca ha habido tanta riqueza privada en el último siglo. *El País*. Disponible en http://economia.elpais.com/economia/2014/04/11/actualidad/1397236998_639957.html
- PIÑEIRO HARNECKER, C. (2010, 11 de octubre). Riesgos de la expansión de empresas no estatales en la economía cubana y recomendaciones para evitarlos. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=114561>
- PIVA, A. (2013). “¿Cuánto hay de nuevo y cuánto de populismo? Kir-

- chnerismo y populismo en la Argentina post-2001". En *Trabajo y Sociedad*, 21, 135-157.
- PNUD (2013). Informe sobre Desarrollo Humano. El ascenso del sur. Disponible en http://hdr.undp.org/sites/default/files/hdr2013_es_complete.pdf
- PNUD (2014). Informe sobre Desarrollo Humano. Sostener el progreso humano. Disponible en <http://hdr.undp.org/sites/default/files/hdr14-summary-es.pdf>
- POMAR, V. (2013a). *Notas sobre a política internacional do PT*. San Pablo: Secretaria de Relaciones Internacionales do PT.
- POMAR, V. (2013b, 1 de abril). El desafío es como pasar a una segunda etapa. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-217063-2013-04-01.html>
- PORTES, A. (2004). *El desarrollo futuro de América Latina: neoliberalismo, clases sociales y transnacionalismo*. Bogotá: Ediciones Antropos.
- PRENSA OBRERA (2014). *Venezuela*. Disponible en www.po.org.ar
- PSUV (2014). *III Congreso del Partido Socialista Unificado de Venezuela*. Disponible en <http://www.psuv.org.ve/congreso-partido-socialista-unido-venezuela/>
- PUGA ÁLVAREZ, V. (2015, 22 de noviembre). América Latina en disputa: Contra la tesis del fin de ciclo. Disponible en <http://coyuntura sociales.uba.ar/america-latina-en-disputa-contrala-tesis-del-fin-de-ciclo/>
- QUIJANO, J. (2013, 20 de diciembre). El difícil camino hacia el combate de la desigualdad. *Brecha*. Disponible en <https://groups.google.com/forum/#!topic/jovenesfaruta5/4Bbrlu9e9g4>
- RAGHURAM, R. (2012, 23 de agosto). El boom commodities crea problemas. *Ámbito Financiero*. Disponible en <http://www.corber.com.ar/noticias/verarticulo.asp?articuloID=48771>
- RAMAA, V. (2012, 24 de septiembre). La crisis de la hegemonía del dólar. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-204073-2012-09-24.html>
- RAMONET, I. (2013, 2 de febrero). ¿Qué hace Francia en Mali?. *Rebellion*. Disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=163208>
- RAUBER, I. (2015, 4 de diciembre). La clave del protagonismo popular. *Gobiernos populares de América*. [blog] Disponible en <http://isabelrauber.blogspot.com.ar/2015/12/la-clave-del-protagonismo-popular.html>

- REVERÓN COLLAZO, W. (2013). “Los retos de la descolonización en el Caribe”. En *Revista Tricontinental*, La Habana. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=152966>
- REVISTA BANDUNG (2011). Vol. 1. *Cedebras*, Belo Horizonte.
- REYES GIOVANNI, E. (2001). “Principales teorías sobre desarrollo económico y social”. Disponible en <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/4/gereyes2.htm>
- RINESI, E. (2011). “Notas para una caracterización del kirchnerismo”. En *Debates y Combates*, 1, 141-173.
- ROBERTS, M. (2013, 14 de abril). Japón: el triple empujón de Kuroda. *Sin Permiso*. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/kuroda.pdf>
- ROBERTS, M. (2014). “Tendencias, triggers and tulips”. En *Third IIRE Seminar on the Economic Crisis*, Amsterdam, 15 de febrero. Disponible en <https://thenextrecession.wordpress.com/2014/02/16/tendencias-triggers-and-tulips/>
- ROBINSON, W. (2001-2002). “Global capitalism and nation-state-centric”. En *Science and Society*, vol. 65 (4).
- ROBINSON, W. (2008). *Latin America and global capitalism: a critical globalization perspective*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- ROCHA, B. (2014, 14 de octubre). El avance del voto conservador y la difícil capacidad de respuesta del movimiento popular brasileño. *Resumen*. Disponible en <http://resumen.cl/2014/10/el-avance-del-voto-conservador-y-la-dificil-capacidad-de-respuesta-del-movimiento-popular-brasileno/>
- RODRÍGUEZ, J. (2012). “Las alternativas actuales de la industrialización en América Latina”. 13, 44-49. Disponible en http://www.espaciocritico.com/sites/all/files/revista/recrt17/n17_a05.pdf
- RODRÍGUEZ, J. (2014, 6 de octubre). Revisando estadísticas recientes de la economía cubana. *Cuba Contemporánea*. Disponible en <http://www.cubacontemporanea.com/noticias/revisando-estadisticas-recientes-de-la-economia-cubana>
- RODRÍGUEZ, O. (2007). “La agenda del desarrollo”. En Vidal, G. y Guillén, A. *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- ROSETO, A. (2013, 16 de octubre). Una cuestión moral y de principios: Yasuní-ITT. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=175577>
- ROUBINI, N. (2014a, 6 de abril). El panorama cambiante del riesgo

- mundial. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1678371-el-panorama-cambiante-del-riesgo-mundial>
- ROUBINI, N. (2014b, 31 de enero). El problema de la Argentina y de otros mercados emergentes. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1662448-el-problema-de-la-argentina-y-de-otros-mercados-emergentes>
- RUBINZAL, D. (2013, 17 de febrero). Década ganada. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6624-2013-02-17.html>
- RUBINZAL, D. (2014, 30 de marzo). Cadenas globales. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-7569-2014-03-30.html>
- SAAD FILHO, A. y MORAIS, L. (2011). “Da economía política a política económica: o novo-desenvolvimentismo e o governo Lula”. En *Revista de Economía Política*, vol. 31, 4.
- SADER, E. (2013, 5 de diciembre). La crisis de la derecha latinoamericana. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=177762>
- SADER, E. (2015a, 14 de septiembre). El final del ciclo (que no hubo). *ALAINET*. Disponible en <http://www.alainet.org/es/articulo/172389>
- SADER, E. (2016, 4 de enero). La izquierda del siglo XXI. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-289505-2016-01-04.html>
- SÁENZ, R. (2012). “Perspectivas del capitalismo a comienzos del siglo XXI”. En *Socialismo o Barbarie*, 20, 43-95.
- SALAMA, P. (1998). “Las nuevas causas de la pobreza en América Latina”. En revista *Ciclos*, 16.
- SALAMA, P. (2013, 3 de octubre). ¿Desaceleração econômica: a China na tormenta?. *Carta Maior*. Disponible en <http://cartamaior.com.br/?/Editoria/Economia/Desaceleracao-economica-a-China-na-tormenta-/7/29029>
- SALES I CAMPOS, A. (2013, 3 de mayo). Los trapos sucios de la moda global. *Chasque*. Disponible en <http://listas.chasque.net/pipermail/boletin-prensa/2013-May/004958.html>
- SAMPAIO ARRUDA JR., P. (2012, 30 de octubre). Brasil Hechos y mitos de los gobiernos progresistas. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=158426>
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A. (2007). “La revolución cubana y el socialis-

- mo". En Löwy, M. *El marxismo en América Latina*. Santiago de Chile: LOM.
- SANGUINETTI, J. (2012, 16 de noviembre). Se nubla el cielo de América Latina. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1527025-se-nubla-el-cielo-de-america-latina>
- SANTISO, J. (2008). "La emergencia de las multilatinas". En *Revista CEPAL*, 95, 7-30.
- SAPIR, J. (2008). *El nuevo siglo XXI*. Madrid: El Viejo Topo.
- SAUL, J. (2005). "Globalización, imperialismo, desarrollo". En Panitch, L. y Leys, C. *El nuevo desafío imperial*. 251-281. Buenos Aires: CLACSO.
- SCHORR, M. y AZPIAZU, D. (2010). *Hecho en Argentina Industria y economía, 1976-2007*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SCHORR, M. y MANZANELLI, P. (2013, 24 de marzo). Inflación oligopólica II. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6703-2013-03-24.html>
- SEBRELI, J. (1975). *Tercer Mundo mito burgués*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- SEBRELI, J. (1992). *El asedio a la modernidad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SEBRELI, J. (2012, 4 de noviembre). El populismo rechaza la democracia. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1523405-el-populismo-rechaza-la-democracia>
- SELWYN, B. (2010). "Trotsky, Gerschenkron and the political economy of late capitalist development". En *Economy and Society*, vol. 40, 3, 421-450.
- SEOANE, J.; TADDEI, E. y ALGRANATI, C. (2013). *Extractivismo, despojo y crisis climática*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- SERFATI, C. (2001). *La mondialisation armée*. Paris: Textual.
- SERRANO MANCILLA, A. (2014, 16 de marzo). Estados Unidos contra Venezuela. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/subnotas/241923-67247-2014-03-16.html>
- SERRANO, F. (2013, 26 de abril). Brasil debe ser locomotora. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/el-pais/1-218827-2013-04-26.html>
- SHIE, V. y MEER, C. (2010). "The rise of knowledge in dependency theory: the experience of India and Taiwan". En *Review of Radical Political Economics*, vol. 42, 1.

- SICSU, J.; DE PAULA, L. y RENAUT, M. (2007). “¿Por qué novo desenvolvimentismo?”. En *Revista de Economía Política*, 4.
- SKINNER, C. y VALODIA, I. (2007). “Two economies?”. Bond, P.; Chitonge, H. y Hopfman, A. (eds.) *The accumulation of capital in Southern Africa*. Rosa Luxemburg Political Education Seminar 2006, Johannesburg.
- SKOCPOL, T. (1977). “Wallerstein’s World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique”. En *The American Journal of Sociology*, vol. 82, 5, 1075-190.
- SKOCPOL, T. (1985). “Bringing the state back in”. En Evans, P; Rueschemeyer, D. y Skocpol, T. *Bringing the state back*. Nueva York: Cambridge University Press.
- SMITH, A. (2000). “O nacionalismo e os historiadores”. En Balakrishnan, G. *Um Mapa da Questao Nacional*. San Pablo: Editorial Contrapunto.
- SOTELO VALENCIA, A. (2005, 4 de septiembre). Dependencia y sistema mundial: ¿convergencia o divergencia. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=19642>
- SOUSA SANTOS, B. (2014, 9 de mayo). ¿La Revolución ciudadana tiene quien la defienda?. *Publico.es*. Disponible en <http://blogs.publico.es/espejos-extranos/2014/05/09/la-revolucion-ciudadana-tiene-quien-la-defienda/>
- STÉDILE, J. (2013, 10 de enero). O dilema da Reforma Agrária no Brasil do agronegócio. *Desacato*. Disponible en <http://desacato.info/destaques/o-dilema-da-reforma-agraria-no-brasil-do-agronegocio/>
- STÉDILE, J. (2015, 24 de noviembre). O imperio passou a jogar mais duro. *ALAINET*. Disponible en <http://www.alainet.org/es/articulo/173811>
- STEFANONI, P. (2008). “Presentación”. En García Linera, Á. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO.
- STEFANONI, P. (2013a, 14 de enero). Cuba: 54 años. *Página 7*. Disponible en <http://listas.chasque.net/pipermail/boletin-prensa/2013-January/004789.html>
- STEFANONI, P. (2013b, 28 de mayo). La decisión de Evo Morales. *Clarín*. Disponible en http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/decision-Evo-Morales_o_925707459.html
- STEFANONI, P. (2014a, 19 de octubre). Evo, el ex villano. *Sin Permi-*

- so. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=7396>
- STEFANONI, P. (2014b, 9 de abril). Ecuador: una meritocracia nacional y popular. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=183051>
- STIGLITZ, J. (2010). *Caída libre*. Buenos Aires: Taurus.
- STRANGE, G. (2002). “Globalisation, structural dependency theory and regionalism”. Disponible en <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.125.9820&rep=rep1&type=pdf>
- SUNKEL, O. (2007). “En busca del desarrollo perdido”. En Vidal, G. y Guillén, A. (coords.) *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- SVAMPA, M. (2010). La disputa por el desarrollo: territorio, movimientos de carácter socio-ambiental y discursos dominantes. Disponible en <http://www.extractivismo.com/documentos/SvampaSobreDesarrollo.pdf>
- SVAMPA, M. (2013, 2 de mayo). El consenso de commodities y lenguajes de valoración en América Latina. IADE. Disponible en <http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=4501>
- SVAMPA, M. (2014, 13 de noviembre). Cristina, el maldesarrollo y el progresismo sudamericano. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=191895>
- SVAMPA, M. (2015, 25 de agosto). Termina la era de las promesas andinas. *Revista Ñ*. Disponible en http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Termina-promesas-andinas_o_1417058291.html
- SZALKOWICZ, G. (2015, 9 de diciembre). Venezuela: golpe de timón o peligro de naufragio. *Marcha*. Disponible en <http://www.marcha.org.ar/venezuela-golpe-de-timon-o-peligro-de-naufragio/>
- TANURO, D. (2014). “Energy transition and anticapitalist alternative”. En *Third IIRE Seminar on the Economic Crisis*, Amsterdam, february, 15. Mimeo.
- TELÉGRAFO (2013, 12 de octubre). 98% de comunicaciones de Latinoamérica pasa por Estados Unidos. *Telégrafo*. Disponible en <http://www.telegrafo.com.ec/mundo/item/98-de-comunicaciones-de-latinoamerica-pasa-por-los-estados-unidos.html>
- TERUGGI, M. (2015, 10 de diciembre). Venezuela: Recalculando (para vencer). [blog]. Disponible en <https://comoelvientoenla-noche.wordpress.com/2015/12/10/>

- THE ECONOMIST (2008). A special report on China's place in the world. *The Economist*. Disponible en <http://www.economist.com/sites/default/files/special-reports-pdfs/17601686.pdf>
- THERBORN, G. (1987). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Madrid: Siglo XXI.
- TOKATLIAN, J. (2013, 27 de noviembre). Bye Bye Monroe, Hello Troilo. *El País*. Disponible en http://elpais.com/elpais/2013/11/27/opinion/1385571900_190267.html
- TOUSSAINT, E. (2013, 12 de noviembre). Contradicciones Centro Periferia en la Unión Europea. CADTM. Disponible en <http://cadtm.org/Contradicciones-Centro-Periferia>
- TOUSSAINT, E. (2014a, 10 de abril). Que faire de ce que nous apprend Thomas Piketty sur Le capital au XXIe siècle. *Presse toi à Gauche*. Disponible en <http://www.pressegauche.org/spip.php?article16535>
- TOUSSAINT, E. (2014b, 18 de marzo). La banca especula con materias primas y alimentos. *Viento Sur*. Disponible en <http://www.vientosur.info/spip.php?article8870>
- TROTSKY, L. (1925-1926). "Europa y América". En *¿Adónde va Inglaterra?*. Disponible en <http://grupgerminal.org/?q=node/323>
- TROTSKY, L. (1972). *Resultados y perspectivas*. Buenos Aires: CEPE.
- TROTSKY, L. (1973). "The soviet economy in danger". En *Writings*. Nueva York: Pathfinder Press.
- TROTSKY, L. (1991). *La revolución traicionada*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- TURZI, M. (2013, 3 de julio). Al MERCOSUR le haría falta una remodelación. *Clarín*. Disponible en http://www.clarin.com/opinion/Mercosur-haria-falta-remodelacion_o_949105139.html
- TURZI, M. (2011). *Mundo BRICS Las potencias emergentes*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- UGARTECHE, O. y NOYOLA RODRÍGUEZ, A. (2013, 3 de mayo). Las tres velocidades de la crisis y su bifurcación. *ALAINET*. Disponible en <http://www.alainet.org/es/active/63742>
- VALDERRAMA, T. y APONTE, A. (2015, 8 de agosto). Venezuela. El presidente Maduro y la revolución. *Resumen Latinoamericano*. Disponible en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/12/08/venezuela-el-presidente-maduro-y-la-revolucion-en-su-laberinto-como-resolver-el-enigma/>
- VALIER, J. (1978). *El partido comunista francés y el capitalismo monopolista de*

- estado. México DF: Ediciones Era.
- VANDEPITTE, M. (2011, 3 de marzo). La situación en Cuba. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=123478>
- VARADARAJAN, S. (2008). “India ávida de reconocimiento”. En *Le Monde Diplomatique*, noviembre. Disponible en <http://www.lemondediplomatique.cl/India-avida-de-reconocimiento.html>
- VARESI, G. (2011). “Argentina 2002-2011: neo-desarrollismo y radicalización progresista”. En *Realidad Económica*, 264, noviembre-diciembre.
- VARGAS LLOSA, M. (2014, 10 de marzo). La libertad en las calles de Venezuela. Disponible en <http://www.cubademocraciayvida.org/web/print.asp?artID=24240>
- VENTURA, C. (2014). “China’s economic empire”. *Le Monde Diplomatique*, septiembre. Disponible en <http://mondediplo.com/2014/09/09zchina>
- VERNENGO, M. (2006). “Technology, Finance and Dependency: Latin American Radical Political Economy in Retrospect”. En *Review of Radical Political Economics*, vol. 38, 4.
- VIDAL, G. y GUILLEN, A. (2007). “La necesidad de construir el desarrollo en América Latina”. En *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- VVAA (2007). “Declaración de Río de Janeiro”, en Vidal, G. y Guillen, A. *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- VYAS, K. (2014, 24 de agosto). Venezuela se cae del mapa de las grandes aerolíneas internacionales. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1722542-venezuela-se-cae-del-mapa-de-las-grandes-aerolineas-internacionales>
- WALL STREET JOURNAL (2012, 24 de septiembre). Las remesas ayudan a los países emergentes. *La Nación*. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1511126-las-remesas-ayudan-a-los-paises-emergentes>
- WALLERSTEIN, I. (1982). “Who wants still more development?”. En *Fernand Braudel Center’s Annual Meeting of American Sociology Association*, 6 de octubre.
- WALLERSTEIN, I. (1986). “Marx y el subdesarrollo”. En *Zona Abierta*, 38.
- WALLERSTEIN, I. (1987). “Development: Lodestar or illusion?”. *Fernand Braudel Center*, october, 22.

- WALLERSTEIN, I. (1988). *El capitalismo histórico*. México DF: Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, I. (1992). "Revolution as strategy and tactics of transformation". *Fernand Braudel Center*, 12 de noviembre.
- WALLERSTEIN, I. (2004). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos: un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal.
- WALLERSTEIN, I. (2005). *Análisis de sistemas-mundo, una introducción*. México: Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, I. (2011). *The Modern World-System IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*. California: University of California Press.
- WALLERSTEIN, I. (2012, 17 de agosto). E se nao houver saida alguma?. *Outras Palavras*. Disponible en <http://outraspalavras.net/posts/e-se-nao-houver-saida-alguma/>
- WANG, F. (2009). "Crossroads: China's future under debate". En *Science and Society*, vol. 73, april.
- WEEKS, J. (2001). "The expansión of capital and uneven Development on world Scale". En *Capital and Class*, 74.
- WEIL, R. (2009). "Class bases of Chinese marxisms today". En *Science and Society*, vol. 73, april.
- WEISBROT, M. (2014, 23 de enero). En el reino de los ciegos. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/index-2014-01-23.html>
- WIERZBA, G. (2014). www.cefid-ar.org.ar.
- WOOD, E. MEIKSINS (1986). *The retreat from the class*. Londres: Verso Books.
- WOOD, E. MEIKSINS (2001). "Eurocentric anti-eurocentrism". En *Against the current*, 92.
- WYPLOSZ, C. (2012, 27 de julio). En Europa habrá una enorme reestructuración de la deuda. *Ámbito Financiero*. Disponible en <http://www.ambito.com/diario/noticia.asp?id=647301>
- XIE, S. (2009). "Crossroads: China's future under debate". En *Science and Society*, vol. 73, april.
- YANG, J. (2009). "The historical significance of the combination of socialism and market economy". En *Science and Society*, vol. 73, april.
- YI, J. (2009). "A marxist perspective on chinese reforms". En *Science and Society*, vol. 73, april.
- YU AU, L. (2012). "De maitre a serviteur". En *Inprecor* 588-589, noviembre-décembre.

- YUNES, M. (2010, 13 de diciembre). “El VI Congreso del PCCh y sus lineamientos. Socialismo de mercado hacia la restauración capitalista”. En *Socialismo o Barbarie*.
- YUNES, M. (2011, 6 de enero). “A propósito de observaciones de Claudio Katz sobre Cuba”. En *Socialismo o Barbarie*.
- ZAIAT, A. (2013, 17 de octubre). Mariachi, burguesía y el estado. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-233771-2013-11-17.html>
- ZHU, A. y KOTZ, D. (2011). “The dependence of China’s economic growth on exports and investment”. En *Review of Radical Political Economics*, vol. 43, 1.
- ZIBECHI, R. (2012a, 14 de septiembre). Hacia un mundo des-americanizado La mirada estratégica. ALAINET. Disponible en <http://www.alainet.org/es/active/68319>
- ZIBECHI, R. (2012b, 7 de septiembre). La paz del extractivismo en Colombia. *La Jornada*. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2012/09/07/opinion/021a2pol>
- ZIBECHI, R. (2013, 23 de diciembre). Una decisión que fortalece la independencia. ALAINET. Disponible en <http://www.alainet.org/es/active/70039>
- ZIBECHI, R. (2015a, 4 de agosto). Hacer balance del progresismo. *Resumen Latinoamericano*. Disponible en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2015/08/04/hacer-balance-del-progresismo/>
- ZIBECHI, R. (2015b, 27 de noviembre). Las tormentas que vienen. *La Jornada*. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2015/11/27/opinion/024a2pol>
- ZIBECHI, R. (2016, 20 de enero). Crisis de los gobiernos progresistas. *Contrapunto*. Disponible en <http://www.contrapunto.com.sv/opinion/tribuna/crisis-de-los-gobiernos-progresistas>
- ZUÑIGA, S. (2013a, 8 de febrero). Devaluar o no devaluar... ¿Este es el problema?. *Rebelión*. Disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=163508>
- ZUÑIGA, S. (2013b, 28 de septiembre). Más caramelos de cianuro. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/actualidad/a174303.html>
- ZUÑIGA, S. (2013c, 8 de abril). Venezuela: lo económico como campo de batalla. Disponible en <http://ensartaos.com.ve/noticia/economia/venezuela-lo-economico-como-campo-de-batalla-que-hacer>

ZUÑIGA, S. (2014, 19 de enero). Las medidas económicas y lo que nos dejó Chávez. *Aporrea*. Disponible en <http://www.aporrea.org/actualidad/a180332.html>.

